
NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07029500 5



HISTORIA

RELIGIOSA, POLÍTICA Y LITERARIA

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS

TOMO III.

HISTORIA

RELIGIOSA, POLÍTICA Y LITERARIA

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS

COMPUESTA SOBRE DOCUMENTOS INÉDITOS Y AUTÉNTICOS

770

POR

J. CRETINEAU-JOLY

Y TRADUCIDA

Por D. J. Roca y Cornet y D. J. Rubió

Redactor el primero de La Religion.

TOMO TERCERO.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA, BOURET Y Cia.

1851

J.W.13.

CAPITULO I.

Los Jesuitas en el Paraguay — Lo que hicieron en él segun Buffon, Robertson y Montesquieu. — Descubrimiento y situacion de aquellas comarcas. — Los padres Barcena y Angulo. — Los padres Romero y Monroy, entre los Guaranís. — Primeras iglesias construidas por los salvajes. — Nuevo plan de las misiones. — El padre Paez visitador en el Paraguay y en Tucuman.— Reunion de los Padres en Salta.— Odio de los salvajes contra los Españoles. — Estos favorecen las misiones nacientes. — Los Jesuitas exigen mas humanidad de parte de los Europeos.— Desavenencias de los Jesuitas con los mercaderes y colonos españoles. — Los padres abandonan Santiago. — Retiranse á san Miguel. — Misiones entre los Diaguitas y los Lullos. — El padre Valdiva cerca del Rey de España.— Obtiene la libertad para los indígenas que se hagan cristianos.— Los padres Maceta y Cataldino, en el Paranapane y en el Guayra. — Primera idea de la república cristiana. — Obstáculos que suscitan los Españoles. — Fundacion de los establecimientos ó colonias. — El Rey de España los protege contra la malevolencia ó codicia de sus súbditos. — Los misioneros pacificadores.— Los españoles obligan á los Jesuitas á salir de la Asuncion. —Carácter de los salvajes. — Su inconstancia que es necessario curar, y sus astucias que es preciso burlar. — Peligros de los Jesuitas.— El padre Ruiz de Montoya.— El padre Gonzalez en el Paraná.— Los Jesuitas se aislan de los Europeos á fin de ganarse la voluntad de los salvajes. — Ignorancia y enbrutecimiento de los Indios. — Los padres comienzan á educarlos.— Medios de que se valen.— Los Jesuitas músicos en las orillas de los rios.— Talleres en que se enseña á los salvajes el oficio que es mas de su gusto. — Comercio de la yerba del Paraguay. — Se prohibe á los neófitos toda relacion exterior.— Atribuciones de los Jesuitas. — Respeto que les tienen. — Leyes que promulgan. — Espectáculo que ofrecen las nuevas poblaciones. — Sus costumbres, sus fiestas, su trabajo y sus ejércitos. — Explicacion de su gobierno.— Los obispos y los Jesuitas.— Se prohibe á los neófitos el uso del vino. — Porque se abstienen de beberlo. — Tranquilidad que disfrutan los establecimientos. — Sistema de posesion. — Cuadro de la vida de los neófitos. — Romero entre los Guaycurus. — Montoya y los antropófagos de Guibay. — Gonzalez en las fuentes del Uruguay. — Nuevas colonias.— Los salvajes y los Jesuitas. — Los Holandeses intentan oponerse á los Padres. — Martirio de Gonzalez. — Los Terudos en guerra con los Jesuitas. — Indiferencia calculada de los Españoles. — Saqueo de los establecimientos.— El padre Montoya propone á los neófitos que emigren. — Resignacion de los Gua-

ranis.— Su viage á traves de los rios y de las tierras. — Sacrificio de los Jesuitas.— Los nuevos establecimientos.— Los Jesuitas en Tapé.— El padre Espinosa muerto por los Guapalaches. — Muerte del padre Mendoza. — Sus neófitos quieren vengarle. — Los padres Diaz, Tano y Montoya parten para Roma y Madrid, á fin de solicitar la intervencion del Papa y del Rey de España, en favor de los neófitos. — Carta del obispo de Tucuman al Rey. — El padre Osorio en el Chaco. — Los salvajes matan á los misioneros. — El Rey de España concede á los neófitos el derecho de usar de armas de fuego. — Esto favor cambia la situacion.— El padre Pastor entre los Mataranes y los Abipones. — Tropas formadas por los Jesuitas. — Destruccion de los Tetudos. — Don Bernardino de Cardenas, obispo de la Asuncion, y los Padres. — Causas de sus diferencias.— Los Jesuitas acusados de poseer minas de oro. — Muerte de los padres Romero y Arias. — Los comerciantes y colonos, se ponen de parte del Obispo de la Asuncion. — Don Juan de Palafox se asocia á sus esfuerzos. — Origen de todas esas disputas. — Jurisdiccion del ordinario, opuesta á los privilegios de los misioneros. — Los Jesuitas triunfan de don Bernardino. — Los Jansenistas y los Protestantes toman su defensa en Europa. — Gaspar de Artiaga y sus folletos. — Los neófitos, conducidos por los Jesuitas, marchan contra los Indios sublevados. — Salen vencedores. — Los Jesuitas negocian la paz entre los españoles y los Indios. — Los Padres en Mariland.— Emigracion de los Ingleses católicos. — El padre White y los salvajes. — Situacion de esas colonias cristianas.

Al contemplar el espectáculo de todos esos pueblos á quienes los Jesuitas llevaban con el Cristianismo las luces y los beneficios de la civilizacion, Buffon escribia (1). « Las » misiones han formado mas hombres en las naciones bár» baras, que no han destruido los ejércitos victoriosos de » los príncipes que los han subyugado. La dulzura, la ca» ridad, el buen ejemplo y la práctica de la virtud cons» tantemente seguida por los Jesuitas conmovieron á los » salvajes, vencieron su desconfianza y su ferocidad, é hi» cieron que fuesen espontáneamente á pedir que les die» sen á conocer la ley que volvia los hombres tan perfec» tos, y se sometiéron á ella reuniéndose en sociedad. Na» da hace mas honor á la Religion que haber civilizado

(1) *Historia natural del hombre.*

» aquellos pueblos y echado los fundamentos de un im-
» perio sin mas armas que las de la virtud. »

Robertson prueba lo que el naturalista francés proclama con la autoridad de su genio. « El nuevo Mundo, dice el » historiador inglés refiriendo sus misiones (1), es donde » los Jesuitas han desplegado sus talentos con mas brillo y » de una manera mas útil á la felicidad del género huma- » no. Los conquistadores de esa desgraciada parte del glo- » bo no habian tenido otro objeto que despojar, encadenar » y exterminar sus habitantes; únicamente los Jesuitas se » establecieron en ella con miras de humanidad. »

Los Jesuitas en efecto, solo con la fuerza del principio cristiano, que en una Orden constituida como lo estaba la suya no se debilita jamás, aun cuando se renueva, lograron realizar una utopia que todos los filósofos habian creido, que todos los hombres pensativos miraban como imposible. Les hemos visto desde san Francisco de Javier hasta al padre Brebeuf, en el Japon y en Etiopia, en las Indias y en el Perú, en el Brasil y en el Mogol, en los archipiélagos mas áridos y en Monomotapa, en el fondo de los bosques vírgenes, en el Bósforo, bajo los cedros del Líbano y de la choza del salvaje, en la China y en el Canadá, en Maduré y en Tibet, hacerse alternativamente, segun el consejo del Apóstol, pequeños con los débiles, enfermos con los que sufrian, ignorantes con las naturalezas incultas, doctos con los espíritus cultivados, diplomáticos con las potencias de la tierra, dispuestos á todas horas á sacrificar su vida para conquistar una alma ó para anunciar la verdad á los hombres; convertidos en letrados y mandarines en la China, en esclavos de los negros en Cartajena, en bramas penitentes y parias en el Indostan, en cazadores errantes en el Canadá, en Maronitas bajo las palmeras de la Judea, desplegando eu todas partes un valor que no se desmiente en los suplicios, una actividad asombrosa en sus trabajos, y un piadoso esmero en ocultar al misionero bajo el disfraz mas favorable á su empresa.

Pero las dificultades de la política, la pasiones de los hom-

(1) *Historia de Cárlos V*, tomo II.

bres, la codicia de los unos, la ambicion de los otros, las rivalidades mismas, no les permitieron aplicar en su conjunto el sistema que Ignacio de Loyola les legara en gérmen. La Compañía de Jesus queria demostrar que no hay nada mas practicable que realizar por medio de la Fe entre los salvajes la utopia que Platon y los sabios de la tierra han tantas veces y tan inútilmente soñado; ella encontró por fin un punto del globo donde le era permitido instruir, y derramar con toda libertad su sangre. El Paragüay fué este punto ignorado, y « es muy glorioso para ella, dice » Montesquieu (1), haber sido la primera que manifestó en » aquellas regiones la idea de la Religion unida á la de la » humanidad, y que reparando los estragos causados por » los Españoles, comenzó á curar una de las mayores lla- » gas que haya recibido el género humano. »

Dueños de su voluntad y sin tener que dar cuenta de sus actos sino á Dios, á la santa Sede y al Rey de España, los Jesuitas hicieron para esas tribus bárbaras un milagro de civilizacion, que se ha perpetuado hasta su caida; y este milagro continuo es el que vamos á explicar.

Hasta en 1608 el Paragüay estuvo unido á la provincia del Brasil; mas á esta fecha dicho país habia hecho tan rápidos progresos bajo la direccion de los misioneros, que fué erigido en provincia de la Compañía de Jesus. El Paragüay es una vasta region situada entre el Brasil, el Perú y Chile; el español Juan de Solis lo descubrió en 1516, y fué devorado por los salvajes mientras subia el rio que lleva el nombre de esta comarca. Algunos años mas adelante Garcia y Sedeno, atraidos por las riquezas de toda especie, cuyas maravillas referia la codicia cosmopolita, tuvieron la misma suerte en las orillas del Parana. Iban á conquistar tesoros; mas la astucia de los indígenas fue superior á su audacia y perecieron miserablemente. El veneciano Sebastian Gabot, uno de esos aventureros que recorrian entonces los mares á cuenta del príncipe que mejor pagaba sus servicios, ofreció á Cárlos V tentar nuevas incursiones hácia aquellos rios enrojecidos ya con sangre europea. Subió el

(1) *Espíritu de las Leyes*, lib. IV, cap. VI.

Paragüay, cambió su nombre en el de Rio de la Plata, y y comenzó á degollar á los Indios.

Desde este momento hasta el dia en que el dominico Francisco Victoria, obispo de Santiago, llamó á los Padres de la Compañía de Jesus, los Españoles renovaron en aquellas playas todos los atentados contra la humanidad que habian señalado su conquista en el Perú. Los Españoles solo pensaban en enriquecerse, y si se ocupaban en civilizar á los bárbaros era solo para tener operarios mas activos, esclavos mas inteligentes. La sed de oro aconsejaba acaso esas crueldades; mas la Religion rehusó asociarse á ellas; y cuando en 1586 los Padres Alfonso Barcena y Angulo salieron de santa Maria de las Charcas para obedecer las órdenes de su superior, ensayaron de hacer triunfar el Evangelio donde no habia reinado todavía mas que la fuerza bruta. Sus primeros pasos en esa senda fueron asaz difíciles: fueles preciso combatir las preocupaciones de los Europeos, vencer su codicia, luchar con la desconfianza instintiva de los salvajes y ganarse su benevolencia por medio de una abnegacion continua. Los Jesuitas se sometieron á estos sacrificios y multiplicaron poco á poco su apostolado. Fueron en su auxilio los pádres Juan Solanio, Tom Filds, Estévan de Grao y Manuel de Ortega, de los cuales los dos primeros habian visitado ya las tribus de las orillas del Rio-Rojo y estaban familiarizados con los peligros. Subieron la corriente del Paraguay, y en 1588 llegaron al país de los Guaranis. El carácter indolente y perezoso de estas poblaciones les alejaba de las virtudes cristianas, pero comprendieron non obstante sus bellezas. Filds y Solanio, despues de haber predicado el Evangelio á los habitantes de Ciudad-Real y de Villarica, se internaron en los bosques en seguimiento de las tribus errantes; mas habiéndose declarado en 1589 la peste en la Asuncion, los dos Padres fueron llamados á ella.

Entretanto, en 1593 aparecian con la cruz en la mano en las riberas del Paraguay, los padres Juan Romero, Gaspar de Monroy, Juan Viana y Marcelo Lorenzana. En Santa Fe, en Córdoba del Tucuman, en las tribus de los Guaranis y entre los Omaguacas, su infatigable caridad alcanzó algu-

nos resultados. Los naturales del país deponian su ferocidad; los soldados españoles les habian hecho huir al fondo de sus bosques; mas la piedad de los Padres, que iban á su encuentro sin mas armas que su confianza, los tiernos cuidados que les prodigaban, todo contribuia á domar sus inclinaciones sanguinarias y á suavizar sus costumbres. Era preciso expiar las crueldades de los primeros conquistadores para enseñar á los Indios á bendecir el yugo del Cristianismo, y esta fué la principal ocupacion de los Jesuitas: el mismo Voltaire (1), siguiendo todo sus pasos, no pudo menos de decir: « La civilizacion del Paraguay » debida únicamente á los Jesuitas españoles, parece ser » en cierto modo el triunfo de la humanidad. »

Elevábase un colegio en la Asuncion: en otros puntos, los salvajes medio convertidos edificaban iglesias, y los padres Ortega y Villarnao se internaban en las montañas de la cordillera Chiriguane. Los misioneros arrostraban toda clase de peligros en sus excursiones lejanas, entre bosques poblados de serpientes, de tigres y de los mas feroces animales, de parte de los indígenas y hasta de parte de los Españoles, cuya irritacion no conocia límites porque la marcha que seguian los Jesuitas era una severa censura de su política. Nada habia podido hasta entonces detener los progresos de la Fe, y en 1602 sintieron la necesidad de regularizarlos. Aquaviva seguia desde Roma á todos esos operarios diseminados por el nuevo Continente, y aplaudia sus trabajos; pero creyó que era preciso, á fin de darles mas fuerza, someterlos á una direccion uniforme. Esas misiones ambulantes que atravesaban el desierto y que llevaban una civilizacion pasajera á las extremidades del mundo no debian dejar mas que un recuerdo confuso entre los salvajes. No bastaba á su ver derramar la simiente del Evangelio en una tierra, sino que era preciso hacerla germinar y cultivarla hasta que madurase, á fin de que la cosecha fuese mas abundante. Aquaviva habia creido útil trazar un plan para moderar y dirigir los arrebatos del celo: el padre Estevan Paez, visitador de las misiones transatlánticas, fué el encargado de ponerlo en práctica.

(1) *Ensayo sobre las costumbres.*

Reunió en Salta los Jesuitas diseminados en el Tucuman, en el Paraguay y en las riberas del rio de la Plata, y todos convinieron en que sus excursiones, necesarias al principio para propagar el nombre de Cristo y aguerrir á los Padres, no eran ya tan indispensables; y que sin renunciar del todo á ellas se debia concentrar la accion para que fuese mas vigorosa. Resolvióse que se obraria bajo un plan combinado y que el fervor del apóstol, lo mismo que el valor individual del soldado, se someteria á la táctica. Mientras que esta asamblea de misioneros deliberaba acerca los medios mas propios para asegurar el triunfo de la civilizacion, los neófitos del Paraguay, creyéndose abandonados por los Jesuitas, manifestaban su pesar los unos, y los otros su despecho. Pronto estos sentimientos opuestos aunque nacidos de un mismo temor, se confundieron en una alegría comun. Los misioneros volvian para trabajar en su felicidad.

En 1605, el padre Diego de Torres es nombrado provincial del Paraguay y de Chile, y lleva consigo quince Jesuitas de Lima, para dar mas latitud á las medidas adoptadas en la Congregacion de Salta. Otros desembarcan en Buenos Aires, punto central donde debe desarrollarse la mision. Mas allí parece oponerse á su marcha un obstáculo insuperable. Los naturales del país, cuya talla gigantesca, cuyas costumbres feroces eran un objeto de terror para los Españoles, profesaban un odio implacable á los que se llamaban sus conquistadores. Teníanles casi sitiados en sus ciudades y los degollaban y los devoraban en cuanto ponian el pie en el Campo. Su terror hallaba sin cesar un nuevo alimento, porque los Españoles reducian á la esclavitud á cuantos caian prisioneros en sus manos. Habíanse hecho no pocos proyectos á fin de conciliar la avaricia de los europeos con el orgullo de los salvajes, mas todos ellos habian sido inútiles. Al ver á los Jesuitas prepararse á anunciar á Jesucristo á unas poblaciones tan independientes, los Españoles creyeron que solo ellos podrian domarlas.

Acogieron pues á los misioneros con transportes de alegría; mas al saber los dolores que el cautiverio de los unos y la barbarie de los otros reservaba á los indígenas, los Je-

suitas no pudieron contener su indignacion. Les pedian que empleasen la cruz en el servicio de los mas sórdidos intereses; se quiso poner los cálculos mas odiosos al abrigo de su elocuencia; les llamaban á remachar las cadenas, cuando iban á llevar la civilizacion y la libertad en nombre de un Dios muerto para todos: los Jesuitas se negaron á responder á estas proposiciones. En Tucuman, lo mismo que en el Paraguay, los Españoles pretendian servirse de su apostolado como de un medio mas seguro para contener en la obediencia á los pueblos esclavos; mas los Jesuitas exigieron que antes de comenzar su mision se aligerase el yugo á que estaban sujetos los Indios. Sus primeras palabras fueron una protesta contra los atentados de que eran testigos.

Esta firmeza debia producir peligrosos resultados : ella arruinaba las esperanzas de los comerciantes ; los cuales creyeron que sitiando por hambre á los Jesuitas; les reducirian á no ser mas que los instrumentos de su avaricia, ó que les obligarian á abandonar aquella tierra. Los Padres vivian de limosnas; se les niegan estas, y se ven obligados á alimentarse de maíz y de raízes. Viendo que estas medidas no modifican sus proyectos de emancipacion, se subleva contra ellos á los magistrados y al clero secular, y la persecucion se extiende desde la Asuncion hasta Santiago. En Chile el padre Valdiva, el mas celoso promotor de la emancipacion cristiana de los salvajes, se halla expuesto á á los tiros de la calumnia. Viendo les Españoles que no podian cansar la paciencia de los Padres, les atacan de una manera mas pérfida. Los Jesuitas rehusan asociarse á sus cálculos, y les acusan de aspirar á la dominacion exclusiva de los Indios. Estas acusaciones salian de la ciudad de Santiago para derramarse en todos los mercados donde comerciaban los europeos; los misioneros creyeron oportuno no malgastar el tiempo en luchas en que se agriaban los ánimos, sin ningun probecho para el Cristianismo. Sus avisos eran desatendidos, sus ruegos caian en corazones endurecidos por la codicia, y abandonaron Santiago para fijarse en San Miguel, ciudad que rivalizaba con ella por su comercio y su riqueza.

Santiago, habia querido venderles la hospitalidad á precio del honor apostólico, mas los habitantes de San Miguel se la ofrecieron sin condiciones. Fúndase un colegio, y luego los padres Juan, Dario é Ignacio Marcelli salen de esta tierra de Promision, jardin encantado pero cuya custodia parece estar confiada á rebaños de tigres, y recorriendo sin cesar los campos, se lanzan los primeros en busca de los salvajes. Los unos penetran entre los Diaguites, los otros entre los Lullos; Dario y Marcelli van á proponer la paz á los Calchaquis, nacion que, lo mismo que los Guapachos, no cesa de inquietar á los Españoles. Durante este tiempo, Torres llega á la Concepcion, desde donde se dirige á la Asuncion, á cuyo punto le han llamado el Gobernador y el Obispo el Paraguay.

El padre Valdiva habia ido á Madrid para hacer ver á Felipe III de España los obstáculos que la codicia suscitaba al Cristianismo, y con tanto calor defendiera los derechos de los Indios oprimidos, que el Rey Católico se decidió á manifestar su voluntad. Mandó qne para subyugar á los habitantes del Paraguay no se empleasen mas armas que la palabra de los Jesuitas. No quiso homenajes forzados; su intencion era sacar aquellas tribus de la barbarie, y hacerles conocer el verdero Dios, y por lo tanto queria que no se las esclavizase.

Tales eran los decretos que el jesuita Valdiva habia sugerido al Rey de España. Despues de haberse enterado de ellos, el padre Torres se ocupa de su ejecucion. Dichos decretos consagraban el sistema de humanidad que los Padres habian predicado hasta entonces : el obispo del Paraguay y Arias de Saavedra no opusieron el menor obstáculo. Decidióse que se probaria colonizar, que se procuraria emancipar poco á poco por medio de la Fe á los salvajes; y como los Guaranis eran la tribu mas inmediata á la Asuncion, resolvióse ensayar este sistema en ellos.

Simon Maceta y José Cataldino, que habian partido el 10 de octubre de 1605; llegaron á su destino en el Paranapané en el mes de febrero del año siguiente. Los Españoles procuran entorpecer el proyecto de los dos Jesuitas, y murmuraron y acudieron á las amenazas; mas ellos, fuer-

tes con la voluntad del Rey de España y mas aun con la justicia de su causa, no se dejan intimidar. Saben por el cacíque que les acompaña que serán recibidos con una alegría llena de reconocimiento; porque la nacion entera les mira como á sus libertadores, y marchan atravesando los rios y salvando las montañas. Apenas pisan las tierras del Guayra, se ven bendecidos y saludados en nombre de todas las familias que Ortega y Filds han hecho cristianas por el bautismo, y que ellos van á civilizar por la libertad.

Aquellas tribus, hasta entonces errantes estaban dispuestas á aceptarlo todo de manos de los Padres. En el lugar de la entrevista fundan el primer establecimiento del Paraguay, cuna de los demás á los cuales servirá de modelo, y le dieron el nombre de Loreto, homenaje tributado á la Vírgen madre de Jesucristo. Elévanse en él las casas como por encanto; pero pronto el número de los Indios que se presentan es mayor que el que puede caber en aquella poblacion nueva, y fundan otra, á la cual por un sentimiento de gratitud llamaron los Guaranis San Ignacio. Sus discípulos protegian su libertad; y sin embargo de ser europeos se oponian á las crueldades de los suyos, al paso que les revelaban el secreto de la patria y de la familia. Los salvajes comprendieron tanto desinterés, y de tal modo se asociaron á él con su confianza, que en el mismo año 1616 se fundaron otras dos colonias.

Los Jesuitas obraban tantos milagros de civilizacion en esas comarcas, y ejercian un prestigio tal en el ánimo de los pueblos, que ninguno de ellos retrocedió ante la idea de fundar una república que debia recordar al mundo admirado los bellos dias del Cristianismo naciente. Ese sueño, que un monarca no se hubiera atrevido á idear siquiera, intentaron realizarlo algunos sacerdotes sin mas armas que una cruz de madera, sin mas fuerza que una perseverancia á toda prueba. Todo les era contrario; todo se conjuraba contra ellos: tenian que vencer y dirigir á unos bárbaros veleidosos, indóciles, y cuya razon limitada solo de vez en cuando se daba cuenta de los sacrificios que en su favor se hacian. Y sin embargo, no era de aquellas tur-

bas viciosas por instinto de donde esperaban los mas recios combates. Los Españoles les suscitaban obstáculos mas duraderos con su avaricia y con las intrigas de toda especie que esta evocaba. Los comerciantes europeos no habian abandonado su patria para hacer felices á los salvajes : poco les importaba que fuesen ó no cristianos como lograsen realizar una colosal fortuna. Lá ambicion les habia llevado á aquellas playas, y solo aspiraban á alejarse de ellas para ir á gozar en España del fruto de sus rapiñas ; ó bien, si consentian en establecerse en ellas, procuraban cimentar su futuro poder en el embrutecimiento de los naturales. Semejante estado de cosas era un manantial de desórdenes. La administracion militar y civil habia cooperado á crearlo; mas los Jesuitas se ofrecian á ponerle fin ; fuerza era pues que se creasen enemigos, cuyo número y furor debia aumentar necesariamente cualquier descalabro. El deber habló mas alto al corazon de los misioneros de la Compañía que todos esos temores. Un buen éxito habia coronado las primeras tentativas, y por lo tanto los Padres pasaron adelante en la senda de mejoras sociales que se habian trazado, sin cuidarse de las inculpaciones de que iban á ser el blanco. Veian el bien, y lo cumplian, dejando á la experiencia el cuidado de vengarlos.

La experiencia, empero, lo mismo que la justicia humana, vino tarde ; mas entre tanto, organizábanse los establecimientos. Los Jesuitas enseñaban á los Indios la civilizacion; mas el Rey de España les debia un apoyo, sin el cual los Padres declararon que les seria imposible resistir por mucho tiempo á los ataques ya manifiestos ya ocultos á que se veian expuestos. Felipe III hacia protegido las colonias nacientes ; fuerza era pues que las sancionase por medio de leyes. Nombróse un comisario real para visitar los nuevos establecimientos, el cual aprobó cuanto habian ideado los Jesuitas, y á fin de poner á los neófitos al abrigo de toda violencia, promulgó muchas ordenanzas concediendo grandes privilegios á los misioneros. La dicha de que empezaban á gozar las colonias tentó otras tribus del Guayra, y aunque hostiles á los Españoles, que les arreba-

taban sus mugeres y sus hijos para hacerlos esclavos, solicitaron el bautismo. Los padres Lorenzana y Francisco San Marino se dirigieron hácia ellas, pero no encontraron los corazones tan bien preparados como los espíritus. Estas tribus pedian que se les eximiese del impuesto de sangre á que les condenaba la codicia; mas el sentimiento cristiano no se desarrollaba en ellas con la misma energía que el amor de la libertad. Despues de un año pasado en las humillaciones y en los trabajos Lorenzana pudo esperar que se mostrarian en fin dóciles á sus lecciones.

Los Jesuitas se cólocaban voluntariamente entre dos peligros: de un lado los Españoles que temian su ascendiente sobre los salvajes; del otro los salvajes que viendo europeos en sus hogares podian cometer contra ellos los mas horribles excesos. Cuando se habia cometido algun acto de violencia contra una tribu; cuando esa tribu, como las de los Guaycurus ó de los Diaguitas, corria á las armas para vengar alguna injuria, los Españoles encargaban á los Padres que negociasen la paz. Los Misioneros salvaban los montes, atravesaban los rios y los desiertos, y se presentaban en medio de aquellas poblaciones errantes, á quienes hacia mas feroces la desesperacion ó la embriaguez del triunfo de un momento. Arrostraban los recelos de que eran objeto; encontraban en sus labios palabras para lisonjear la irascible vanidad de los Indios, ganaban poco á poco su confianza, y llegaban á dominarles manifestando que no temian sus flechas ó sus venenos. Los Españoles degollaban sus caciques con el objeto de esclavizarlos; los caciques debieron ser los primeros en solicitar la intervencion de los Jesuitas, que respetaban su autoridad y ponian bajo la salvaguardia del Rey su vida amenazada de continuo. Despues que los Padres se hubieron dado cuenta de la posicion en que se les habia colocado, se sirvieron de esos jefes de las hordas salvajes como de unos protectores, é hicieron de ellos sus catecúmenos, bien persuadidos de que un ejemplo venido de tan alto no pedia menos de ser provechoso.

Don Francisco Alfaro se hallaba en Tucuman en calidad de comisario en nombre de Felipe III.

En virtud de los poderes ilimitados de que se hallaba revestido, declaró que no se esclavizase jamás á los Guaranis y á los Guaycurus, y abolió el servicio personal en favor suyo. Los europeos creyeron que los Padres eran los autores de esos mandatos, y á fin de volverles guerra por guerra, les obligaron á salir de la ciudad de la Asuncion. Como era imposible pasarse mucho tiempo sin sus auxilios, en el momento mismo en que la Asuncion les expulsaba de su recinto, los ciudadanos de Santiago los volvian á llamar dentro de sus muros, y les fundaban un colegio destinado á la educacion de la juventud. Los Guaranis que se habian reunido en poblacion no habian querido al principio sino substraerse á la esclavitud, y se habian hecho de los Jesuitas un muro para su libertad. Esta esperanza habia atraido muchos otros ; mas en esos refugios ni seguian los preceptos del Evangelio, ni las obligaciones de la ley natural.

Conservábanse feroces, caprichosos y tenazmente aferrados á sus supersticiones, escuchaban las palabras de los Padres con apatía ó desconfianza, y luego cuando no sabian que razon oponer á sus instancias para que renunciasen á sus costumbres salvajes, la mayor parte de ellos desaparecian. Internábanse de nuevo en sus bosques y montañas con riesgo de caer entre las manos de los Españoles, prefiriendo una libertad precaria á los tranquilos goces de la civilizacion cristiana. A veces tambien, dejándose llevar por su crueldad instintiva, concebian criminales sospechas y se sublevaban contra los misioneros, quienes se exponian á todos los ultrajes á fin de preservalos de los insultos exteriores. Esa existencia de tribulaciones á que se condenaban los Padres en su favor no producia en su alma mas que una impresion pasajera. Admiraban su caridad siempre activa, pero sin dejarse vencer por ella : para ellos el derecho de ser libres no era mas que el de hacer guerra á sus vecinos y de vivir en el abandono ; y por lo mismo se aprovechaban de todas las circunstancias para volver á su existencia errante.

Cuando la desercion era mucha los misioneros se ponian en campaña, y escoltados por sus neófitos mas antiguos se

lanzaban á través de las llanuras, sin alimentarse en estas peligrosas correrías mas que de frutos silvestres ó de raíces amargas. Bajo un sol ardiente ó una lluvia incesante, marchaban sin tregua ni reposo, sin temer las garras de los tigres ni las mordeduras de las serpientes, pasando los rios á nado ó encaramándose por las rocas mas escarpadas. Era preciso para abrirse camino que el hacha derribase los árboles; y los guias de los Jesuitas, sintiendo á veces renacer en sus corazones su instinto de barbarie, delante de los indios que huian ó les disparaban sus flechas para detenerles en su marcha, desertaban á su vez, abandonando á los tormentos del hambre y del insomnio al que se sacrificaba por ellos. Esos sufrimientos diarios, la perspectiva de una muerte casi inevitable, no alteraban la serenidad de los Padres, quienes solos ó acompañados continuaban registrando las cuevas mas inaccesibles. Cuando medio muerto de fatiga, y cubierto de úlceras que envenenaba á cada paso la picadura de los mosquitos encontraba por último alguno de sus desertores el Jesuita, olvidando sus sufrimientos, entonaba el himno de victoria y los volvia al aprisco.

Esta lucha contra la necesidad de fiera independencia, tan natural en los bárbaros, llevaba en pos de sí toda especie de enfermedades. La perspectiva de tantos padecimientos no detenia á ningun discípulo del Instituto; no ignoraban que estaban destinados á perecer miserablemente en aquellas madrigueras, y sin embargo corrian á ellas desde todas partes; de manera que cuando el padre Antonio Ruíz de Montoya, uno de los hombres mas sabios de su siglo, fue en 1614 á participar de los trabajos da Maceta y Cataldino, la provincia del Paraguay contaba ya ciento diez y nueve Jesuitas. Dos años despues, otros treinta y siete conducidos por el padre Viana se diseminaban por el Guarambora, el Uruguay, el Panamá y los otros rios. El padre Gonzalez de santa Cruz penetraba entre los salvajes de Itapua, los padres Moranta y Romero recorrian el país de los Guaycurus, y otros se lanzaban en el inmenso valle de Algonquinca, se detenian entre los Mahomas y fertilizaban los pantanos de Appupen. Por todas partes en-

contraban, como en el desierto de Corrientes, indios armados de flechas y de mazas, con el cuerpo pintado de diversos colores, que les recibian con amenazas ó con palabras de estúpido orgullo. El padre Gonzalez subia el Parana cuando se encontró con una tribu errante. Ni aun los Españoles se habian atrevido á adelantarse hasta allí porque les estaba reservada una muerte espantosa: el jefe se levanta al ver al misionero: Has de saber, exclama, que ningun europeo ha pisado todavía la yerba de esta ribera sin haberla regado con su sangre. Tú vienes á anunciarme un nuevo Dios, y por consiguiente me declaras la guerra, porque aquí solo yo tengo derecho de ser adorado.

Gonzalez no se intimida: responde con firmeza, explica las intenciones que le animan y á favor de su intrepidez y de su dulzura, puede continuar su viaje acompañado por toda aquella tribu que ha conquistado.

Fuera de las colonias ya formadas en el Guayra y que costaba á los Jesuitas mucho trabajo disciplinar, gracias á la natural ligereza de los Indios, no se presentaba la mies con muy buenas esperanzas. En todas partes habia peligros sin que los compensase casi nunca un éxito duradero: los Jesuitas eran recibidos como un muro contra los Españoles; mas á fin de evitar el terror que inspiraba este nombre se veian obligados á comunicar lo menos que les era posible con los Europeos. El gobernador del Paraguay, don Arias de Saavedra, deseaba tiempo hacia visitar las residencias; mas el padre Gonzalez le habia disuadido hasta el año 1616 de este proyecto; que debia provocar nuevas sospechas en el corazon de los Guaranis. La curiosidad pudo mas en él que la prudencia y entró al frente de un batallon en esos asilos que el odio al nombre español habia poblado. Presentábase en ellos como amigo, como cristiano, como delegado del Rey Católico; los neófitos lo acogieron con respeto, mas á la vista de los soldados, los Guaranis que no habian abrazado todavía el Cristianismo toman la resolucion de interceptar el paso del rio, y apoderarse del gobernador. La conspiracion iba á tener efecto, cuando el padre Gonzalez, que no ha querido separarse de

Saavedra se precipita hácia los salvajes emboscados, les habla con ese tono de confianza y de autoridad que sabian usar los Jesuitas, les bace caer las armas de las manos, y conduce cerca del virey á Tabacambé su caudillo.

Para ejercer semejante imperio sobre los bárbaros fuerza era que los Padres les hubiesen preparado muy de antemano á la subordinacion. Antes de referir sus efectos milagrosos bueno será remontarse á su origen y estudiar en detalle ese singular gobierno, égloga religiosa y política que no ha encontrado sino Teócritos y Virgilios en los historiadores, en los filósofos y hasta en los mismos escépticos. Muratori, el escritor religioso, y Voltaire, el hombre que enseñaba á burlarse de todas las virtudes, han confundido en el mismo elogio las instituciones establecidas por los Jesuitas entre los salvajes del Paraguay.

Este país de las misiones, donde, segun las palabras de este último (1), « fueron á la vez fundadores, y legislado» res, pontífices y soberanos, » ha atraido durante mucho tiempo las miradas del mundo entero; y Rainal, el sacerdote que tantas blasfemias ha proferido contra el Catolicismo, no ha podido menos de manifestar en sus *Historia de las Indias* el sentimiento de admiracion de que se hallaba poseido. « Cuando en 1768, dice (2), las misiones del Para» guay salieron de las manos de los Jesuitas, habian lle» gado á un punto de civilizacion el mayor tal vez á que se » pueda conducir las naciones nuevas, y muy superior por » cierto á la que existia en lo restante del nuevo hemisfe» rio. Observábanse las leyes, reinaba en él una policía » exacta, sus costumbres eran puras, una venturosa frater» nidad unia los corazones, las artes de necesidad habian » llegado á un alto grado de perfeccion, y hasta se cono» cian algunas de lujo : la abundancia era general, etc. »

Segun confesion de sus mismos adversarios y de los enemigos del Cristianismo, los Jesuitas realizaron la utopia que tantos visionarios socialistas no pudieron desarrollar

(1) *Ensayo sobre las costumbres.*

(2) *Historia política y religiosa de las Indias*, tomo II, pág, 289. (Ginebra, 1780).

jamás sino en sus escritos : veamos los expedientes de que echaron mano para llegar á este resultado.

Los Indios tenian una inteligencia muy limitada, solo comprendian lo que estaba sujeto á sus sentidos, y ese embrutecimiento alarmó de tal suerte á los misioneros, que se preguntaron si era posible admitirlos á la participacion de los sacramentos. Consultóse acerca de este punto á los obispos del Perú reunidos en Lima, los cuales decidieron que excepto al bautismo, no debia convidárseles á los demás, sino con muchas precauciones. No se desanimó por eso la paciencia de los Jesuitas : pusiéronse al alcance de su catecúmenos, y les dirigieron por grados, bien así como una madre diligente vela los primeros movimientos de un niño enfermizo : estudiaron su organizacion viciosa, su carácter feroz, su amor de independencia, y se convencieron de que aun habia en ellos elementos de vida. Las pasiones degeneradas y los instintos sanguinarios habian ahogado casi el gérmen de su razon : mas este gérmen era capaz aun de producir. Los indios que lo habian perdido todo en el naufragio de su inteligencia, conservaban una especie de talento para imitar las cosas que tenian á la vista : eran incapaces de crear, pero sabian imitar con prontitud el modelo que se les ponia delante.

Mientras que los misioneros justificaban esta calidad, otros siguiendo el curso de los rios descubrieron un gusto musical innato entre los salvajes, y del cual era fácil sacar provecho. Observaron que cuando entonaban sus alabanzas al Señor, los indios acompañaban sus piraguas con un sentimiento de placer inexplicable, y que se esforzaban en tomar parte en sus cantos. Esta observacion no fué perdida : los Jesuitas saltaron en tierra, se mezclaron á los grupos y con palabras sencillas procuraron, cual otros Orfeos del Cristianismo á hacer comprender á sus oyentes el sentido misterioso de los cánticos. Alcanzáronlo, y entonces prosiguiendo su viaje continuaban aquella dulce armonía escoltados por los habitantes de ambas orillas que pisaban alegremente los umbrales de los establecimientos.

Así fué como reclutaron los Padres sus primeros neófitos. Cuando hubieron favorecido el vuelo de esas inclina-

ciones, las aplicaron á los trabajos manuales. Construyéronse talleres, á cuya cabeza ponian un hermano coadjutor, para todas las artes, para todas los oficios útiles. Lo mismo que nosotros á los niños, se dejaba al Indio la eleccion de la profesion á la que se sentia mas inclinado : el uno se hacia relojero ó escultor, el otro tejedor ó cerrajero. Habia plateros, mecánicos, fundidores, carpinteros, pintores, albañiles doradores. En seguida enseñaron á cultivar la tierra : este trabajo no halaga tanto su imaginacion ; pero aunque carecian de recursos para mantener aquella reunion de hombres los Jesuitas no se desanimaron. Veian que sus neófitos no eran aficionados á la agricultura, y á fin de iniciarles en los secretos de la tierra se pusieron ellos mismos á conducir el arado, á menejar la azada, á sembrar y á recoger las cosechas. Con el auxilio de los Guaranis edificaron iglesias, y casas, trazaron caminos procuraron que las familias viviesen en la mayor comodi dad posible.

Cuando quedó arreglado el trabajo de los hombres, se pensó en darlo á las mugeres. Cada lunes se les distribuia cierta cantidad de lana y de algodon, que hilaban y que devolvian el sábado. A fin de hacerles abrazar con mas gus to el sistema de colonizacion á que se sujetaban su inde pendencia, los Jesuitas les habian inspirado nuevas necesidades. Con el amor de la Religion habian adquirido el de familia. Si no todos comprendian este doble beneficio, la segunda generacion instruida desde la cuna no debia manifestarse indócil, y segun lo habian calculado los Padres, dentro de un plazo fijo la civilizacion, mamada por decirlo así con la leche, seria para ella como una segunda naturaleza.

Como el país no producia lo suficiente para los establecimientos, no se bastaban á sí mismos. Pensóse pues en aprovechar la yerba del Paraguay conocida bajo el nombre de *Caamini*. Los Españoles creian que esta planta, especie de té que estaba muy en boga en la América meridional, era un preservativo contra casi todas las enfermedades. Los Jesuitas hicieron traer plantel del Canton de Maracayo y o cultivaron en las colonias como una riqueza que el comercio aseguraba á los indígenas. Enseñáronles á recoger la

cera y la miel en los bosques, y la venta de estos géneros llevába la abundancia y el bienestar á los establecimientos: pues los Padres no habian creido prudente permitir que los neófitos se comunicasen directamente con los extrangeros, y á fin de que no hubiese contacto entre ellos, se prohibió á los catecúmenos que aprendiesen la lengua española, contentándose con enseñarles á leer y escribir en este idioma. Semejantes precauciones debieron de alarmar la susceptibilidad europea; mas don Antonio de Ulloa, encargado con la Condamine, Godin y Bouquer, de determinar la figura de la tierra, prueba su necesidad. « La perseverancia de los Jesuitas, dice (1), en impedir que entrase en los establecimientos ningun espagnol, ningun mestizo ó indio, ha dado pie á muchas calumnias; mas todos los hombres sensatos aprueban los motivos que han tenido parar obrar de este suerte. No cabe duda que sin estas precauciones pronto no hubiera reconocido á los neófitos que ahora viven en la mayor inocencia; son perfectamente dóciles, no reconocen otro dueño que Dios en el cielo y el Rey en la tierra, estan persuadidos de que sus pastores no les enseñan sino lo bueno y lo verdadero, y no conocen ni la venganza, ni la injusticia ni ninguna de las pasiones que infestan la tierra. »

Dos Jesuitas gobernaban una poblacion, el mas anciano con las atribuciones de cura, y el mas jóven como vicario. La gerarquía perfectamente establecida entre los jefes, lo estaba igualmente entre los súbditos, á los cuales dirigian por medio de la confianza arreglando sus horas de oracion, de trabajo y de descanso. Seguíanles á los campos, á la iglesia ó á los juegos que inventaban á fin de ocupar sus horas de ocio ó de mantenar ágiles y vigorosos sus cuerpas. El Jesuita era como la sombra del salvaje, mas los andadores con que, por decirlo así, les dirigia desaparecian bajo el interés que los Padres les manifestaban y el afecto de que los rodeaban los Indios. En los primeros tiempos de las colonias cuando la ley no era todavía uniforme todo era comun. Antes de dejarles abandonados á si

(1) **Relacion del viaje á la América meridional, lib. I, cap. XV.**

mismos, los misioneros, que conocian la imprevision y la pereza de los neófitos, no habian querido confiarles la administracion de los bienes. Cada semana se distribuia á las familias lo necesario para su alimento, y en cada estacion recibian los vestidos que necesitaban. Cuando la educacion hubo hecho nacer ideas de orden y de economia; les confiaron una porcion de terreno para que lo cultivasen ; y mas adelante se les hizo propietarios á fin de inspirarles mas apego á su país. Los establecimentos y hasta las parroquias poseyeron tambien. Los frutos y las cosechas pertenecientes al comun fueron depositados en graneros para acudir á las necesidades imprevistas, y proporcionar á las viudas, á los huérfanos, á los caciques y á todos los empleados y enfermos la subsistencia, que no podian procurarse por sus propias manos.

En medio de los enemigos, que de cuando en cuando venian á perturbar ese venturoso estado, convenia no entregar los neófitos sin defensa à los ataques de los Españoles y de los salvajes. A peticion de los Jesuitas el Rey Católico autorizó á los Catecúmenos para que usasen de armas de fuego, y en todas las misiones, construidas sobre un mismo plan, habia un arsenal donde se guardaban las municiones de guerra. Cada problacion formaba dos compañías de milicia que los oficiales adiestraban en el manejo de las armas y evoluciones. Los peones además de la espada y del fusíl, se servian del macana, del arco y de la honda; los de caballería marchaban al combate con sable, lanza y mosquete. Fabricaban ellos mismos todas esas armas, como tambien sus cañones ; mas solo eran temibles á los que iban á inquietarles : se les imponia como un deber el valor militar y se les acostumbraba á la mas extricta obediencia ; se les enseñaba á burlar las emboscadas y guardar como una ciudadela la patria que se habian dado. Aguerridos por adhesion, pronto se hicieron por conviccion soldados intrépidos que no cejaban nunca y que se reunian á la primera señal.

El traje de esas tropas urbanas estaba tambien sujeto á reglas lo mismo que el de los hombres, mujeres y niños, y como las horas del trabajo y de reposo, de oracion y de recreo. Habia en cada porroquia una iglesia que daba á la

plaza pública, y cerca de la cual habia la habitacion de los misioneros, la escuela, el gimnasio de canto y de baile, los almacenes y los talleres. Los bueyes y los instrumentos de labranza se distribuian segun las necesidades de cada familia. Vigilábase á los labradores y los operarios como niños, cuya caprichosa inconstancia y franqueza tenian al principio. Confesaban sus faltas y deploraban su apatía, y los Jesuitas á fin corregirles de este vicio, que en una reunion tan numerosa hubiera podido tarde ó temprano ocasionar el hambre y todos los desórdenes, condenaban á los perezosos á cultivar las tierras del comun. Estas tierras se llamaban la *Posesion de Dios*, y en ellas se acostumbraba á los niños al trabajo.

La ociosidad era un crímen, y para castigarlo creyóse útil establecer en las colonias el uso de las penitencias públicas. Se les hizo una obligacion tan solemne de la caridad y del amor al prójimo, que todos los neófitos se miraban como hermanos con los cuales era grato dividir su pan, sus alegrías y sus tristezas. Los Jesuitas eran el alma de los establecimientos : todo se ejecutaba segun sus órdenes; mas habia sobre los misioneros dos autoridades cuyo poder eran los primeros en respetar. El Rey de España y los obispos diocésanos tenian en ellos sus súbditos mas fieles y sus mas fervorosos cristianos.

La Corte de Madrid, que diferentes veces se habia hecho dar cuenta de aquel prodigio de civilizacion, no habia querido al principio exigir ningun tributo; cuando el trabajo hubo producido la abundancia, Felipe, por un decreto de 1649, renovó el privilegio que eximia á los neófitos de todo servicio excepto el suyo. Contentóse con exigir por todo do impuesto y por todo derecho de vasallaje, un peso fuerte, que pagaban únicamente los hombres desde los diez hasta los cincuenta años. Las elecciones de corregidores y alcaldes, que el pueblo celebraba en épocas determinadas, debian someterse á la aprobacion de los magistrados del Paragüay, que representaban la corona de España; mas se hacian estas con tanto tino, que jamás los oficiales de la Metrópoli ó los Jesuitas tuvieron que anular ninguna.

El poder del ordinario estaba tan perfectamente estable-

cido como el del monarca. Los Jesuitas habian reunido á costa de mil peligros ese venturoso rebaño; pas para gobernarlo religiosamente se consideraron casi siempre como instrumentos de los prelados. Nada emprendian sin consultarles antes, no se manifestaban independientes en el ejercicio de sus funciones, ni usaban sino con mucho tino de los privilegios concedidos por el sumo Pontífice. La mayor parte de los obispos del Tucuman, del Paragüay y de Buenos-Aires les han hecho justicia en este punto. Los Padres no ignoraban que para ser obedecidos importaba mucho que diesen los primeros el ejemplo de sumision á los Indios, y eran demasiado hábiles para que, además de la obediencia eclesiástica no venerasen al que aparecia de lejos á los ojos de los neófitos como el Pastor supremo. Hubo sin embargo en el Paragüay, en Méjico y y en la China algunos prelados que, como muchos de Europa, se quejaron de la ambicion y del afan de invadirlo todo que tenia la Compañía. Estos prelados, virtuosos y llenos de un santo celo, combatian en favor de sus prerogativas, que temian ver destruidas por la influencia que ejercian los Padres. Toca á la historia fallar despues de la Iglesia acerca de esas desavenencias: nosotros nos ocuparémos de ello cuando sea tiempo.

La llegada de un obispo á las misiones era una fiesta enteramente religiosa; la de los gobernadores ó de los comisarios reales tenia algo de marcial, por la actitud que tomaban las milicias, á las cuales se habia cuidado de instruir en el amor de las armas, como una salvaguardia contra la ferocidad de los vecinos y la codicia de los Españoles; mas cuando el provincial de la Compañía de Jesus iba á visitarlas, los Indios parecian multiplicarse para acoger mas dignamente al que honraban como su padre. Habia en la efusion de su alegría algo de infantil y de poético que elevaba el alma. Los Jesuitas vivian, por decirlo así, de su vida, se asociaban tan íntimamente á sus trabajos, á sus placeres y sobre todo á sus dolores; gobernaban con una solicitud tan paternal este universo creado por ellos, que los indígenas no sabian con que demostraciones expresar su reconocimiento.

« Cuando un jesuita debia llegar á alguna provincia,
» dice Raynal (1), los jóvenes iban en cuadrillas á su en-
» encuentro, ocultándose en los bosques situados en el
» camino, y al acercarse salian de su escondite, tocaban
» sus pífanos y sus timbales; llenaban los aires de cantos
» de alegría, bailaban, y nada omitian de cuanto podia
» manifestar su contento. A la entrada de la poblacion es-
» taban los ancianos y los principales jefes de familia, que
» le recibian con una alegría igualmente franca, pero me-
» nos estrepitosa. Un poco mas lejos se veian las jóvenes
» y las mugeres en una postura respetuosa y cual conve-
» nia á su sexo. Todos juntos llevaban en triunfo al Padre
» al lugar donde debian reunirse. Allí, les instruia en los
» principales misterios de la Religion, les exortaba á la re-
» gularidad de las costumbres, al amor á la justicia, á la
» caridad fraternal, á mirar con horror la sangre huma-
» na, y les bautizaba.

» Como los misioneros eran pocos para poder hacerlo
» todo por sí mismos, enviaban muchas veces en su lugar
» los mas inteligentes de entre sus indios. Estos hombres,
» orgullosos de una distincion tan honrosa, distribuian ha-
» chas, cuchillos y espejos á los salvajes que encontraban,
» y les pintaban los Portugueses como unos hombres dul-
» ces, humanos y benéficos. Nunca regresaban de sus cor-
» rerías sin ir seguidos de algunos bárbaros, en quienes
» habian excitado cuando menos la curiosidad. Desde que
» estos habian visto á los Jesuitas, no sabian separarse de
» ellos, y si volvian á sus país era para invitar á sus fami-
» lias y amigos á que fuesen á participar de su dicha, y
» para enseñarles los regalos que les babian hecho.

» Si alguno dudase de los felices efectos de la benevo-
» lencia y de la humanidad sobre aquellos pueblos salva-
» jes, compare los progresos que hicieron en tan poco
» tiempo los Jesuitas en la América meridional con los que
» las armas y los navíos de España y de Portugal no pu-
» dieron hacer sino en el espacio de dos siglos. »

(1) *Historia política y filosófica de las dos Indias,* tomo II, pág. 373, y 74.

Se habia observado que las pompas exteriores del culto herian vivamente la imaginacion de los indígenas, los Jesuitas nada perdonaron para rodear á la Religion de ese esplendor que tanto agradaba á los neófitos. Dejóseles que edificasen iglesias magníficas, que llenaban de pinturas, y que cubrian de verdura y de flores en los dias festivos. Los Padres les cautivaban por su amor al lujo religioso, y á la par que ocupaban su imaginacion, les desviaban de esos vicios que son el patrimonio de las clases bajas. Los europeos les prodigaban los vinos de España, y los embrigaban para enervarles, á fin de apoderarse mas fácilmente de su voluntad y de vencerles por medio del deleite. Los Jesuitas lograron desarraigar esta pasion, y los Indios se privaron de todo licor espirituoso, « porque, decían, era » un veneno que mataba al hombre. » Sus virtudes y su piedad tenian algo de tan extraordinario, que para dar una idea de ellas al Rey de España don Pedro Fajardo, obispo de Buenos-Aires, no temia escribirle : No creo que en » esos establecimientos se cometa un solo pecado mortal » por año. »

Los Jesuitas, con esa inteligencia para dominar los hombres y conducirlos á la felicidad de que tienen dadas tantas pruebas, habian establecido una variedad tal de placeres inocentes, y de piadosas distracciones, que las generaciones se sucedian sin pensar en quejarse, sin saber siquiera que mas allá de su horizonte habia voluntades culpables y corazones corrompidos. La atmósfera en que les colocaban bastaba á sus deseos, y no salian nunca de ella. Mas allá de esta atmósfera habia para ellos el infinito, y no se ocupaban en buscarlo. Cada fiesta llevaba consigo su pompa, y la Iglesia las tenia para ellos alegres ó tristes. Seguian con orgullo el santísimo Sacramento, que recorria el dia del Corpus sus poblaciones elegantes y sus fértiles campiñas; y el dia de Difuntos iban llenos de desesperacion terrestre y de confianza en el cielo, á llorar por los parientes que habian perdído. Oraban con, ardor y cantaban con placer, porque la música, era el solo deleite que no les estaba vedado.

Sin embargo, para mantener en el círculo de sus debe-

res un pueblo formado de tan opuestos elementos, y conducido á la civilizacion por medios que parecen todavia tan extraordinarios á los ojos de los legisladores, se echaba mano tambien de severas medidas de prudencia. Los Jesuitas no perdian nunca de vista á sus néofitos, y la vigilancia que desplegaron el primer dia, la continuaron hasta el postrero. Establecióse que cada familia se retiraria á su casa á una hora fija, y á fin de conservar esta ley en su integridad primitiva, unos guardas recorrian durante la noche las calles desiertas. Se vigilaba á los Indios hasta durante su sueño, lo que era para ellos un doble beneficio, pues se evitaba de esta manera la corrupcion interior, y que el enemigo exterior pudiese aprovecharse de las tinieblas para asaltar de repente las poblaciones fronterizas. Los neófitos no salian de las reducciones sino para el servicio del Rey, y aun en esto caso llevaban siempre á su frente ó en sus filas algunos Jesuitas, que les prohibian todo roce con les indígenas y los europeos, y que respondian de su virtud delante de Dios, del mismo modo que solo ellos eran responsables de su valor delante los hombres.

Los Jesuitas habian encontrado á los Guaranis crueles, vengativos, inclinados á todos los excesos, salvajes por naturaleza y por gusto, y en pocos años supieron transformar tan admirablemente estos defectos en otras tantas virtudes, que pronto no vieron mas que un pueblo de hermanos reunido bajo sus leyes. El Cristianismo tuvo sin duda la mayor parte en este cambio milagroso ; pero sin poner en duda la eterna y poderosa influencia de la Fe, seria injusto olvidar que el mundo debió semejante espectáculo á la perseverancia de los Jesuitas. El Evangelio habia sugerido la idea de este gobierno único ; mas solo los Jesuitas osaron realizarlo. Solo ellos en el mundo lo alcanzaron ; mientras que los filósofos, los legisladores, y los doctrinarios mas famosos no hacen mas que soñar teorías, y ven derrumbarse todos sus sistemas, el uno despues del otro, ora por imposibles de llevar á cabo, ora por ridículos, y las mas veces porque corrompen la moral pública. Su gobierno era la república de Licurgo, sin los vicios que la manchaban, sin los ilotas que la deshonraban, para ha-

ser apreciable la sobriedad á los jóvenes espartanos, era el Falansterio inventado y realizado en el fondo de los bosques vírgenes todavía de la America meridional por ese desinterés que inspira la virtud, y por el sacerdocio que revela á los salvajes la idea de la familia y de los deberes sociales.

Los establecimientos, cuyas leyes y organizacion hemos brevemente analizado ocupaban una grande extension de terreno, y contaban en los dias de su prosperidad mas de trescientos mil habitantes. El clima era templado, pero las enfermedades contagiosas causaron mas de una vez en ellas horribles estragos. Los Guaranis y despues de ellos los Tapés y los Guananas formaron la mayor parte de las colonias; sin embargo, los Jesuitas llevaron á ellas en diferentes épocas tribus enteras que convertian ya en Parana ó el Uruguay, ya en los confines del Brasil. Las naciones cuya sangre no se habia mezclado eran aquellas en que encontraban discípulos mas dóciles. Encerrados en la materia, no tardaban en asociarse á un género de vida que les procuraba aun en la tierra una felicidad, cuya posibilidad no habian podido entrever siquiera en sus mas hermosos sueños.

Eran libres porque eran felices; ricos porque no tenian ni ambicion ni deseo, y porque la oracion venia en pos del trabajo como un placer siempre nuevo. No tenian nada que pedir ni que esperar de los demás hombres. Habianles inspirado los dulces afectos de la paternidad y del amor filial. Su matrimonio era un vínculo que la Iglesia habia bendecido, y se unian con amor á sus mugeres convertidas de jóvenes doncellas radiantes de pudor é inocencia en castas y tiernas madres. Pero el sentimiento en ellos dominante era el de la gratitud. Al gozar de los dias tranquilos de que eran deudores á los Jesuitas, los salvajes pudieron comprender fácilmente los sacrificios á que debieron de condenarse á fin de disponerles para la felicidad de que gozaban, y así fué que amaron á sus apóstoles como un padre ama á sus hijos, y siempre que se quiso darles otros pastores manifestaron su afliccion dispersándose en el mismo instante. Al separar de ellos á los que les habian revelado el secreto de la civilizacion renunciaban á esta para no tener que maldecirla quizás bajo otros guias; internábanse

en los bosques, y solo conservaban la cruz como un recuerdo de su vida pasada.

Han transcurrido ochenta años desde que el Paraguay no está bajo el dominio de los Jesuitas; en este tiempo ha cambiado de dueños, y como toda la América ha sufrido mas de una vez las sacudidas de las revoluciones. Hanse puesto en movimiento todos los resortes para borrar de sus almas la imágen de los misioneros; y si bien el corazon del hombre se siente mas naturalmente inclinado á la ingratitud, y el beneficio se olvida mas pronto que el ultraje, todavia se bendice en el Paraguay el nombre de los Jesuitas. « Se ha hablado muchas veces, dice un viajero con-
» temporáneo que ha vivido por espacio dé ocho años en
» medio de aquellas tribus (1), del excesivo rigor de esos
» religiosos para con los indígenas; si así hubiese sido,
» los Indios no se acordarian con tanto amor de ellos aun
» en el dia: no hay un anciano que no se incline solo al oir
» su nombre, que no recuerde con una viva emocion aque-
» llos tiempos venturosos siempre presentes á su imagina-
» cion y cuya memoria se ha transmitido de padres á hijos
» en las familias. »

Fácil es de adivinar que los reglamentos, la administracion, la policía no fueron obra de un solo dia; sino que fueron hijos de la reflexion ó del tiempo; porque los Jesuitas no hacian las leyes sin haber experimentado antes su virtud ó su necesidad. Sin embargo desde el año 1623 quedaban establecidas sus ordenanzas orgánicas: su sistema de colonizacion ensayado en pequeño, solo necesitaba ser aplicado en mayores proporciones. En esta época de la historia del Paraguay, edad de oro que no ha vuelto á renacer durante las otras tres edades que marcan su decadencia progresiva, el padre Cataldino gobernaba la colonia del Guayra, y el padre Gonzalez las del Parana y del Uraguay. Ademas de estas misiones los Jesuitas poseian colegios en las provincias del Tucuman, del Paraguay y del rio de la Plata, donde educaban á los salvajes en la libertad é inspi-

(1) *Viaje á la América meridional*, tomo II, pág. 47, por Mr. Alcides d'Orbigny.

raban á la juventud española el afecto debido á aquellas naciones que la Fe reunia en Sociedad.

Tantos cuidados y desvelos en nada alteraban el principio del Instituto; aquel gran poder nacido de una idea civilizadora no les hacia orgullosos, ni destruia la buena armonía que debia existir entre las diferentes sociedades religiosas que trabajaban en la misma tierra con una desigualdad de resultados imposible de desconocer. Los misioneros de las demás órdenes no se habian sentido bastante fuertes para emancipar á sus neófitos y los confiaban á los Españoles, de lo cual resultaban todos los dias divisiones y luchas que entorpecian la accion apostólica. El ejemplo de los establecimientos de la Compañía daba sin duda mucho que pensar á sus émulos, los cuales tenian el mismo celo que sus individuos; pero no comprendian como ellos, todo el bien que podian realizar por medio de su ministerio. Las demás órdenes, harto débiles delante de la codicia de los Españoles, no la combatian sino con la súplica cuando era preciso luchar con ella con energía.

Nicolás Mastrilli reemplazó en este año en el cargo de provincial al padre de Oñate. Apenas hubo desembarcado en Buenos Aires, cuando cediendo á las instancias del gobernador don Manuel de Frias, ordena al padre Romero que ensaye una nueva excursion en el país de los Guaycurus. Tres meses despues estos salvajes invitaban al padre Provincial á que fuese á visitarlos, y los padres Rodriguez y Orighi eran elegidos para adoctrinarlos. Los Jesuitas, queriendo subyugar á los que no podian civilizar todavía, arrostraban todos los peligros á fin de proteger con el prestigio de su nombre á los Indios que abrazaban al Cristianismo. Hombres de paz, se hacian guerreros por humanidad, y marchaban contra los salvajes para vengar la muerte de sus catecúmenos. En 1623 la tribu del bosque Itirambara habia muerto y devorado uno de estos últimos, y los padres Cataldino, Montoya y Salazar no consintiendo en dejar impune semejante atentado, fueron á su encuentro y los dispersaron. Esta ventaja debida á la firmeza de Cataldino les inspiró la idea de conquistar á los antropófagos retirados en el Guibay. Montoya visita sus mora-

das, y mueren á sus golpes siete neófitos; mas estos desastres previstos no hacen variar el plan adoptado y en 1925, Don Luís de Céspedes, gobernador del rio de la Plata, en union con el padre Gonzalez dispone una expedicion hasta las fuentes del Uraguay.

Gonzalez parte acompañado del padre Miguel Ampuero y de algunos cristianos, y en el camino se mezcla en las hordas salvajes, los instruye y echa con ellas los cimientos de dos colonias que tomaron el nombre de los tres Reyes y de San Francisco Javier. La de la Candelaria fué establecida por los mismos medios; mas habiéndola destruido una invasion de Bárbaros, reunió tres mil Casaappaminas en el Piratini, y puso á este nuevo establecimiento el mismo nombre. Cataldino, Montoya y Salazar obraron prodigios de civilizacion en las riberas del Ibicuy. En el mismo tiempo el padre Claudio Ruger volvia á la reduccion de Santa María la Mayor los neófitos á quienes el hambre habia arrojado de ella; el padre Maceta fundaba la de Santo Tomás, y Montoya dejaba á la custodia del padre Espinosa los salvajes que reunia bajo la invocacion de los Arcángeles. El padre de Mendoza refrenaba en su colonia de la Encarnacion á los Coronados ó Cabelludos, tribu intratable, que despues de haber mirado la naciente colonia como una batería contra su libertad, habia acabado por aceptar su yugo. Esas tribus eran salvajes y estaban en guerra contínua ya contra los Españoles, ya contra los indígenas, habiendo inventado mil lazos para hacer caer en poder suyo al enemigo. Los Jesuitas se habian ocupado al principio en rechazar á los tigres al fondo de los bosques, los bárbaros no pudiendo asestar sus flechas contra ellos, se hacian cazadores de hombres, y antes que los Padres los amansasen se precipitaban sobre sus establecimientos sin órden, aunque no sin furor. No se habia introducido aun la regularidad y la disciplina en el servicio militar, y todas las precauciones que se tomaban no podian ponerles á cubierto de los asaltos nocturnos, ni impedir á los Holandeses que fuesen á sondear los rios y que hiciesen en aquellas playas lo que habian ensayado en el Japon y en el Brasil.

El Protestantismo carecia en el aislamiento de su culto

de la palanca con que la Religion Católica armaba sus sacerdotes. No le era dado llamar por medio de la Fe á la vida intelectual, y viéndose condenado á la impotencia, quiso paralizar la obra que conocia que le seria imposible construir. Los Holandeses esparcieron entre los Indios escritos contra la santa Sede y el Rey de España, fomentando entre ellos la rebelion, á fin de imponerles mas adelante la ley de Lutero y el yugo de la esclavitud. Su tentativa no produjo en el Paraguay los resultados que en el Japon: los neófitos Indios eran felices; la obediencia que debian al Monarca no estaba en oposicion con sus convicciones religiosas; así pues, corrieron á las armas é hicieron desaparecer el buque protestante.

El número de los Padres era insuficiente para hacer marchar tantos bárbaros por la senda de las mejoras. Las enfermedades, resultado de interminables correrías y de fatigas de toda especie, diezmaban cada año la Compañía: los primeros apóstoles del Paraguay habian sucumbido; otros, agotadas sus fuerzas, fallecian en la flor de su edad, y faltaban ya sucesores para proseguir su obra. En 30 de abríl de 1628 desembarcaron en Buenos Aires cuarenta y dos Jesuitas, y este refuerzo permitió á los antiguos internarse en los bosques. Gonzalez recorre el del Caro, y funda en él la colonia de San Nicolás: el 15 de agosto se instala la de la Asuncion no lejos de aquella, y es confiada á la direccion del padre Juan del Castillo. Gonzalez habia emprendido y llevado á cabo grandes cosas, y solo le faltaba santificar sus obras con su sangre: el martirio coronó su existencia. Un desertor de la colonia de san Francisco Javier, llamado Potirava, se habia declarado enemigo de los Jesuitas, les perseguia con su odio, y procuraba inspirarlo á todos los que el Cristianismo no habia podido vencer todavía. El 15 de noviembre del mismo año Gonzalez se hallaba en el establecimiento de Todos los Santos, cuando los conjurados que Potirava y Caarupe han seducido penetran hasta su iglesia y lo derriban muerto á sus pies.

El padre Rodriguez, su compañero, sucumbe á los golpes de la misma clava, y dos dias despues espira como ellos el padre del Castillo. Este triple atentado no era mas que

el preludio de muchos otros. Al saberlo los Guaranis se ponen en marcha: los neófitos se habian opuesto al pillaje y al incendio: aquellos hacen mas; atacan á los sublevados, los derrotan y los acorralan en el fundo de los bosques.

Los Jesuitas no solo tenian que evitar los lazos que les tendian los apóstatas, los cuales no eran muchos: habia además en el Paraguay una raza indomable á la cual llamaban los Europeos Tetudos, la cual desde el principio de la conquista declarara una guerra de exterminio á los Españoles, y en especial á los Padres de la Compañía. Cuando estos salvajes vieron los progresos de las misiones, juzgaron que tarde ó temprano se verian obligados á renunciar á su existencia errante, y esta idea acreció de tal suerte su odio, que pusieron en movimiento todos los resortes para satisfacerlo. No pudiendo coger, á los Jesuitas se decidieron á entrar á sangre y fuego en sus establecimientos. El de San Antonio fué el primero sobre el cual descargaron su furor y que saquearon; los de San Miguel y de Jesus María sufrieron la misma suerte. Los vencedores recorrian las nuevas colonias esparciendo por do quiera el terror y la muerte, degollando aquí y llevándose allí cautivas las mugeres y los niños. Cuando la resistencia de los neófitos oponia un dique á sus crueldades, lo sitiaban por hambre. En la Concepcion el padre Salazar, bloqueado de esta suerte, se vió reducido á alimentarse de víboras, hasta que fué el padre Cataldino á hacer levantar el sitio.

El Tucuman no estaba mas al abrigo de las hostilidades que el Uruguay. Los Calchaquis lo habian invadido, y los Españoles permanecian indiferentes en medio de aquellas luchas entre salvajes y cristianos. Hubieran tomado indudablemente la defensa de estas poblaciones si hubiesen sido esclavas; mas los Jesuitas los habian emancipado y los Europeos dejaban á los misionistas el cuidado de protegerlas. Este cuidado era insuficiente puesto que los Tetudos, reunidas las tribus errantes, se dejaban caer donde quiera que sabian que debian encontrar una resistencia débil. En menos de un año desde 1630 á 1631 devastaron las mas bellas colonias. Las de San Francisco Javier, San Jose, San Pedro, la Concepcion, San Ignacio y Loreto fueron des-

truidas hasta sus cimientos. Los cristianos no eran ni bastante numerosos ni asaz aguerridos para hacer frente á aquellas hordas de bárbaros que combatian con el veneno, con las flechas y con todas las armas que usaban los Europeos. Apoderóse la desesperacion de algunos neófitos, y acusaron de sus desastres á los Padres, quienes sin embargo hubieran querido desviarlos á costa de su sangre. Esos infelices, acostumbrados ya á las comodidades de la civilizacion, se hallaban reducidos á la indigencia, sin asilo, sin familia, y ocultos en los bosques no tenian valor sino para deplorar sus calamidades. A la vista de tantos dolores, y que eran mas acerbos de cada hora, los Jesuitas toman una resolucion la mas atrevida. No pueden esperar socorro alguno de los Españoles á quienes los Tetudos forman ya el proyecto de sitiar en Villarica y en sus otras ciudades : es preciso salvar á los neófitos á todo trance, y se resuelve que se tentará una emigracion. Comunícase la idea á los Caciques; se les dice que es necesario abandonar sus cosechas, sus rebaños de bueyes, la habitacion que se han construido, la Iglesia donde tantas veces han orado, y los Guaranis se levantan y declaran que irán como ciegos donde quiera que los misioneros les conduzcan, con tal de no separarse de sus maestros en la Fe.

El padre Montoya, que es quien ha propuesto este último medio de salud, es tambien el que se encarga de llevarlo á cabo. Los Jesuitas comparten con los Indios sus fatigas y les guiarán en su emigracion. Embárcanse todos en el Paranapane; descienden por el Parana haste al Gran Salto; y aquella multitud de hombres llevando en sus espaldas los enfermos, las mujeres, los ancianos y niños, se interna en los arenales. Caminan bajo un sol ardiente costeando rocas cercadas de precipicios; y luego divididos en cuatro divisiones á las órdenes de los Padres Montoya, Suarez, Contreras y Espinosa si dirigen hácia los rios de Acaray é Iguazu, donde esperan encontrar hospitalidad en las misiones. Aquel viaje fué como toda emigracion de un pueblo arrojado de su patria por la guerra. Hubo en el sufrimientos de toda especie, y muertes horribles; pero en fin despues de tres meses de padecimientos, los que sobre-

vivieron á esta peregrinacion llegaron á las orillas del Jubaburrus. Los pueblos cristianos del Guayra constaban en el momento de invasion de mas de cien mil almas; mas cuando los Jesuitas hubieron arrancado á los Tetudos su última presa pudieron reunir apenas doce mil en torno de la Cruz que enarbolaban todavía. Fundáronse dos nuevos establecimientos y fueron consagrados con los nombres de Loreto y San Ignacio como los dos que sirvieran de modelo á los Guaranis.

Los Españoles no habian querido convenir en que aquellas colonias eran para ellos un muro viviente contra las incursiones de los salvajes. Los neófitos sucumbieron por no haber sido socorridos, mas al morir dejaron las ciudades europeas expuestas al furor de los bárbaros. Los Tetudos no encontrando ya víctimas en el Guayra, cayeron sobre Villarica y Ciudad Real y acumularon ruínas sobre ruínas.

Apenas los Jesuitas han vuelto á sus neófitos la paz de que cerecian despues de tanto tiempo; apenas han comprado con el dinero de las pensiones que el Rey de España pagaba á los misioneros los bueyes é instrumentos necesarios para la labranza, cuando el padre Montoya encarga á Juan Ranconier, Mansillo, Henart y Martinez que vayan á visitar á los Itatinos. Esta nacion habitaba una comarca que los torrentes que nacian de las montañas inundaban con harta frecuencia. No conocian á los Españoles sino por un sacerdote portugués que pocos años antes habia querido esclavizarlos. Al ver los Jesuitas renacieron en ellos las sospechas, los temores y la cólera; mas pronto Ranconier, Henart y Martinez les persuadieron de que no entraba en sus planes sujetarlos á los Españoles. Edificáronse cuatro colonias, mas los Tetudos al saberlo se precipitan sobre ellas. Ranconier quiere incitar á los Indios á que se defiendan; pero los Tetudos han logrado persuadir á los Itatinos que vienen llamados por los mismos Jesuitas: les dicen que los Padres son sus guias y sus espías, y que á ellos deben los triunfos de que hace algunos años que es el Paraguay teatro. Este rumor produce un efecto terrible. La vida de Ranconier se halla amenazada, y va á perecer; pero intervienen los Caciques; y cuando los Tetudos

hubieron abandonado aquel territorio en el cual habian sembrado la ruina y la discordia, los Jesuitas reconciliados con la poblacion volvieron á continuar la obra que acababa de interrumpir la guerra.

Las tribus Itatinas comenzaron su aprendizaje de civilizacion bajo la direccion de los Padres; mientras que otros hijos de Loyola, en cuyos corazones no tenia entrada el desaliento, marchaban á la conquista de nuevas obligaciones. En 1632 los padres Romero, Mendoza, Bertoldo y Benavides penetraban en el Tapé. Los Indios de aquellas tribus no eran ni tan crueles ni tan intratables como los demás, acogieron á los Jesuitas como á sus libertadores, y pronto se elevaron tres establecimientos al rededor del primero, que habia tomado el nombre de la Navidad. Jimenez y Salas, que habian bajado de las montañas, propagaban el Evangelio en la misma nacion. No bastando sin embargo á los Jesuitas combatir con tanto ardor en nombre del Cristianismo, exponian su vida todos los dias, no solo para salvar las almas, sino para abastecer á los neófitos de los víveres necesarios á su existencia. Los Tetudos y los Guapalaches infestaban todos los caminos, y amenazaban con la muerte á los que se aventuraban lejos de las habitaciones. Este peligro empero no intimida al padre Espinosa. Sus cristianos se hallan reducidos al último apuro, van á perecer de hambre, y el Padre se dirige hácia Santa Fe, para pedir pan en nombre de sus fieles. Los Guapalaches lo cogen y muere á sus golpes. Algunos meses despues en 25 de de abril de 1635 el padre Mendoza perecia de la misma manera, víctima de su caridad.

De esta muerte data la actitud marcial que van á tomar las colonias. Cuando los Cristianos del Tapé supieron el asesinato del padre Mendoza resolvieron vengarlo. El padre Mola quiere oponerse á su proyecto, pero es en vano; parten só pretexto de ir à buscar su cadáver y de tributarle los honores fúnebres, y atacando el ejército de Tayuba lo derrotan. Este es hecho prisionero por el cacique de san Miguel, quien le pregunta donde ha muerto el Padre, y arrastrándole hasta el lugar que Tayuba le designa le rompe la cabeza. Esta ventaja revelaba en los neófitos una

disposicion militar, disposicion que los acontecimientos desarrollaron, y que los Españoles tenian tanto interés en ahogar como los salvajes.

Algunos comerciantes, cuyas esperanzas culpables desbarataba la política de los Jesuitas, habian entrado en convenio con los Tetudos y otras hordas guerreras. Comprábanles los prisioneros que hacian en los combates; y á pesar de los Padres y de las ordenanzas reales, transformaban en esclavos á esos hombres que los Jesuitas sacaban de su estado de barbarie. Esta situacion era cada dia mas alarmente, y urgia hacerla cesar á todo trance. Diaz, Tano y Ruiz de Montoya, dos Jesuitas cuyo nombre es grato á los Indios y célebre en Europa, fueron enviados á Roma y á Madrid. El uno debia exponer al Papa y al General de la Compañía los progresos y les necesidades de la Religion en el Paraguay; el otro llevaba el encargo de solicitar del Rey de España y del Consejo de las Indias poderosas auxilios contra los Tetudos. Melchor Maldonado. religioso de la órden de los ermitaños de san Agustin, era obispo de Tucuman, y dirigió al Rey la carta siguiente :

Señor :

« Vuestra Majestad mandó repetidas veces á mis predecesores que le informasen de la necesidad que tuviese la » diócesis de Tucuman de religiosos que pudiesen trabajar » en la conversion de los Indios, á fin de que el Consejo » real de las Indias se hallase en estado de proveerla de » ellos. Como en los tres años y mas que tengo el gobierno » de esta Iglesia la he visitado casi toda, y la he conocido » bastante, voy á dar cuenta á Vuestra Majestad del esta» do en que se halla.

» Esta provincia, señor, tiene mas de cuatrocientas le» guas de extension : hay en ella ocho ciudades y un gran » número de poblaciones indianas, las menos considera» bles de las cuales cuentan de doce á catorce mil habitan» tes. Todos han recibido el bautismo, pero la mayor par» te de ellos han apostatado, á consecuencia de su carác» ter veleidoso y de la falta de instruccion. Habia mas de

» cincuenta mil que habian sido convertidos por la Com-
» pañía de Jesus, y á quienes estos religiosos se han visto
» obligados á abandonar á causa del mal comportamiento
» de los Españoles, que han entrado á mano armada en el
» Chaco, cuyos habitantes son generalmente dóciles: van
» desnudos como los demás Indios, y estan reunidos en
» poblaciones. Hay ocho de estas poblaciones cuyos habi-
» tantes son cristianos, pero carecen de pastores, y me es
» imposible dárselos, puesto que hasta en las parroquias
» españolas apenas se encuentra un sacerdote que se ha-
» lle en estado de ejercer las funciones de su cargo. Cuan-
» do puedo les envio dos veces al año algunos eclesiásti-
» cos para visitarlos; pero aun esto no siempre me es da-
» ble hacerlo, y así es que tengo el sentimiento de ver
» perecer sin poder socorrerlas muchas almas confiadas á
» mi custodia, rescatadas por la sangre de Jesucristo, y que
» estan bajo la proteccion de vuestra Majestad.

» En las poblaciones de los Indios gobernadas por sacer-
» dotes seculares habria mucho que reformar, pero no ten-
» go medio alguno de hacerlo: estos sacerdotes nada sa-
» ben y no son capaces ni de desempeñar sus obligacio-
» nes, ni de instruir á los que tienen á su cargo. Los re-
» gulares son muy escasos, y los religiosos de san Fran-
» cisco bastan apenas para el servicio de sus iglesias: so-
» lo hay pues los padres de la Compañía que puedan des-
» cargar la conciencia de vuestra Majestad y la del Obispo.
» Encuéntranse en todas sus casas ministros, que se ha-
» llan dispuestos dia y noche á hacer cuanto se exige de
» ellos; instruyen los niños, visitan á los enfermos, asis-
» ten á los moribundos y cuidan con especial esmero á los
» negros y á los Indios; así es que he rogado en nombre
» de Vuestra Majestad á su Provincial, que ha venido con
» alguno de ellos á celebrar su asamblea en esta ciudad de
» Córdoba, que enviase operarios evangélicos al Chaco, á
» fin de que estos pueblos, que tienen algunos principios
» de instruccion, puedan ser sometidos sin violencia á la
» ley de Jesucristo, suplicándole al propio tiempo que en-
» viase á los pueblos mas numerosos de mi diócesis pre-
» dicadores para trabajar en la reforma de las costumbres

» depravadas de los Españoles, de los Portugueses y de los
» mestizos, cuya vida libertina escandaliza á los Indios, y
» para administrar los sacramentos que tan poco se co-
» nocen.

» Manifestóme acerca de esto que sus religiosos no po-
» dian hacer lo que yo deseaba, sin exponerse á una per-
» secucion semejante á las que habian sufrido los años an-
» teriores en la provincia del Paraguay de parte de los Es-
» pañoles, de los habitantes de san Pablo de Piratininga y
» de los del Tapé. Y en efecto, los Españoles los miran
» con harto desvio; porque en cuanto está en su poder,
» mantienen á los Indios en la libertad que vuestra Majes-
» tad tuvo á bien concederles. Sin embargo, desde que vió
» que le hablaba en nombre de vuestra Majestad y que se
» trataba del servicio de Dios, ha enviado á todos los cole-
» gios órdenes conforme á mis deseos; y estoy cierto que
» antes abandonarán todas sus casas que dejar obedecer-
» las : por desgracia empero su número es muy limitado.

» Suplico pues á vuestra Majestad por las entrañas de
» Jesucristo y por consideracion á tantas almas cuya sal-
» vacion me ha conflado este divino Salvador y por las
» cuales murió en la cruz, que me envie cuarenta Padres
» de la Compañia, los cuales solo tengan permiso para
» ejercer su celo en el Tucuman; porque no creo que en
» toda la Iglesia haya una diócesis mas pobre de auxilios
» espirituales. Puedo aseguraros, Señor, que si mis gastos
» indispensables no absorbiesen toda mi renta, que es tan
» solo de cuatro mil escudos, haria venir á esos religiosos;
» pero creo haber cumplido con mi conciencia refiriende á
» vuestra Majestad que es el soberano de estas provincias
» y el protector de sus iglesias la triste situacion de esta
» y el modo con que se puede remediar sus males. Dios
» guarde y conserve vuestra real Persona para defensa de
» la Religion.

« Córdoba de Mucuman, el dia 11 de 1637. »

El Obispo del Tucuman se habia empeñado en consolidar el Cristianismo en el Chaco, y el Superior de los Jesuitas dió órden al padre Osorio para que penetrarse en él. Osorio toma el camino del país de los Ocloias, y empieza á for-

mar una colonia; mas apenas se ha ganado algunos prosélitos, cuando los Franciscanos reclaman aquel pueblo naciente como una mision perteneciente á su Instituto. Osorio y el padre Ripario, que se le habia unido, abandonan al momento á sus Cristianos; mas al travesar las montañas caen en una emboscada que les tenian preparada los Chiriquanes, los cuales se lanzan sobre un jóven español que acompañaba á los dos Jesuitas y lo devoran, haciendo perecer en seguida á los misioneros en los tormentos.

Mientras espiraban aquí bajo la clava de los bárbaros, se dedicaban allí á reanimar la moral de los Indios. Los neófitos acababan de verse obligados de nuevo á huir de sus establecimientos entre el Uruguay el Piratini: en vez de la calma que se les habia prometido, encontraban por todas partes la guerra; pero esa guerra que no podian hacer ya como salvajes, y que no sabian sostener todavía como hombres. No eran ya bastante crueles para recurrir á las flechas emponzoñadas de su patria, ni asaz inteligentes para utilizar su valor. Los Jesuitas, haciendo que se les concediesen armas de fuego, disciplinándoles y enseñándoles á economizar su sangre no tardaron en convertirlos en verdaderos soldados. Los neófitos acosados por los Tetudos no ignoraban que se trataba para ellos de la esclavitud ó de la muerte; decidiéronse en su consecuencia á vender su libertad tan cara como su vida, y desde entonces resistieron á sus enemigos. Señalóse este nuevo periodo con reñidos combates, en los cuales se colocaron siempre los Jesuitas en la primera fila, y en los que los Padres Borea y Romero prestaron immensos servicios, ya alentãdo las milicias, ya procurando refuerzos : Sin embargo, molestados continuamente con nuevos ataques, porque la Religion les prohibia degollar los prisioneros, se veian obligados aun á buscar un nuevo asilo. Volvieron á emigrar, y se les señaló para asiento el pais que se extiende entre el Paraguay y el Uruguay.

Por un cálculo cuya prevision era mas política que humana, el Consejo de las Indias solo habia permitido el uso de las armas de fuego á los españoles, lo cual era asegurarles el dominio : Los Jesuitas hicieron que fuesen reco-

nocidos como vasallos de la corona de España todos los pueblos que convertian á la Fe, y formaron de ellos la vanguardia de los ejércitos europeos. Bajo este punto de vista presentó el padre Montoya la cuestion á Felipe IV, el cual la resolvió en el mismo sentido que el Jesuita, determinando que desde aquel momento los Indios que viviesen en colonias serian considerados aptos para usar de las armas de fuego, con las reservas que en el interés de todos tuviesen á bien imponer los misioneros de la Compañía.

La fuerza de que disponian los Cristianos fué un freno á la audacia de los Tetudos y de sus aliados, y en adelante ya solo se tuvo que pensar en reparar las pérdidas que habian causado en las colonias la desercion, la esclavitud ó la muerte. El Padre Antonio Palermo fué costeando el Parana hasta la embocadura del Monday, al paso que otros Jesuitas se lanzaban en direcciones opuestas, los unos en los bosques, los otros hácia los montañas. Todos ellos volvieron acompañados de una multitud de salvajes. Los Jesuitas reclutaban nuevos cristianos: el padre Diaz Tano, despues de haber dado feliz cumplimiento á su embajada en Roma y de haber obtenido del soberano Pontifice cuanto tenia el encargo de pedir á la santa Sede, regresó en 1640 al Paraguay con nuevos refuerzos. Montoya habia sido igualmente venturoso en Madrid; mas la justicia hecha á los neófitos indios por su Rey y por el Jefe de la Iglesia universal encontró detractores interesados. Los Españoles y los Portugueses del Brasil, lo mismo que sus compatriotas del Paraguay, especulaban con los Indios comprados á los Tetudos, ó con aquellos de quienes se hacian dueños. El Papa fulminaba sentencia de excomunion contra tan inhumano tráfico, y el padre Tano la promulgó en Rio Janeiro, en Santos y en San Pablo de Piratininga. A estas amenazas de la Iglesia los comerciantes españoles deponen todo miramiento, y no pudiendo dirigir su cólera contra Urbano VIII, se incarnizan contra los Jesuitas, á cuyos oidos resuenan gritos de expulsion y de muerte. Por medio de Tano han cumplido estos un deber riguroso, y lejos de dejarse intimidar, declaran que se debe respetar así el breve pontificio como las órdenes emanadas del Rey, y que despues de

haber solicitado uno y otras sabrán hacerlas cumplir como se debe.

En medio de esos obstáculos el Obispo y don Felipe Albornoz gobernador de Tucuman, deseaban con vivo ardor ver á los Padres internarse en el Chaco. Las hostilidades de sus habitantes y sus excursiones sobre las tierras del Paraguay habian turbado los nuevos establecimientos formados á costa de tantos trabajos; mas los Calchaquies escucharon por fin la palabra de Dios. Los Padres Fernando Torreblanca y Pedro Patricio, enviados á las montañas, fueron acogidos en ellas con respeto. La ocasion pareció oportuna para enviar otros al Chaco. Semejante empresa ofrecia un sin número de dificultades : era necesario pedir hospitalidad á antropofágos, recorrer regiones desconocidas, en las cuales era imposible encontrar ni una gota de agua potable durante los calores y cuyas campiñas por un horrible contraste no eran mas que un vasto mar durante los otros seis meses (1). El Padre Pastor, rector del colegio de Santiago, quiso tener el honor de ser el primero en arrostrar estos peligros. Acompañado de Gaspar Cerqueyra, se puso en camino resuelto á ir á buscar á los Alipones en el extremo oriental del Chaco. Detuviéronse en Matara, donde solo oyeron al principio horribles amenazas; mas sus palabras lo-

(1) Los Anglicanos. que no sospechaban entonces que vendria un dia en que el Protestantismo tendria comerciantes de Biblias, y especuladores en conversiones, se han valido hasta de la poesía para calumniar á los Jesuitas. El Anglicanismo les degollaba en Londres, y los arrojaba por medio de odiosas intrigas, de los continentes que habian civilizado; mas no satisfecho todavía de esos triunfos mercantiles, hacia insultar hasta el desinterés de los misioneros católicos. En el tomo II de los *Viajes de Fraisier*, el autor, despues de haber referido á su modo lo que ha visto en el Paraguay, termina su relacion en estos dos versos ingleses :

No Jesuite cer took in hand,
To planta chruch in barren land.

Esto es : Ningun Jesuita ha plantado jamás la Fe, en una comarca estéril.

El Anglicanismo, que no teme mentir en la historia, miente tambien en sus poesias.

graron calmar aquella irritacion. Los Maratanos sabian que los Padres no hacian causa comun con los Españoles para esclavizarlos, y que los Indios habian encontrado en ellos los mas intrépidos defensores de su libertad. Estas tribus se hallaban embrutecidas por la ignorancia, por la embriaguez y por el placer; no habia en su lenguaje ninguna huella de Cristianismo, ningun vestigio de razon: ello no obstante conocieron que solo un desinterés y un celo á toda prueba podian conducir á aquellos hombres hasta el fondo de sus valles, y se dejaron instruir.

Para ir desde Matara al país de los Alipones es preciso atravesar un desierto habitado tan solo por jaguares, y un pantano pestilente alimentado por las avenidas del Rio Rojo. Castor no se desanimó por esto, y partió á pié, llegando al término de su viaje á fines de 1641. Los Alipones parecian tan terribles, como su clima. Iban desnudos: su mirada feroz é inquieta, sus largos cabellos esparcidos por la espalda, las jabalinas ó las clavas que blandian sobre sus cabezas, su piel pintada como la de un tigre y cubierta de plumas de avestruz lo mismo que sus labios y narices, todo ese conjunto de selvatiquez daba á su continente un aire de ferocidad que hubiera hecho retroceder á los mas audaces. El Jesuita vióse rodeado por aquella multitud lanzando gritos agudos: pero sin dejarse acobardar les manifestó el objeto de su viaje, y la confianza que ponia en Dios y en su buena fe. Su aire tranquilo chocó á los bárbaros, los cuales le acogieron con demostraciones de alegría. Desde entonces el Padre fué su amigo y su guia; inicióles en los primeros rudimentos de la civilizacion; hizo entre ellos lo que cada Jesuita llevaba á cabo en las demás tribus; estudió sus costumbres, enseñóles á que no se alimentasen de la carne de sus semejantes y les acostumbró poco á poco á una nueva vida.

Mientras que los Jesuitas volvian de nuevo á sus excursiones para pedir cristianos á los bosques y á las montañas, los Tetudos, estimulados por sus anteriores proezas, tornaron á la carga y se dispusieron á saquear las nuevas colonias; pero la experiencia habia amaestrado á los Padres y á los neófitos. Levantaron un ejército en el cual solo los

oficiales usaban fusiles, y se lanzaron contra el enemigo que fué desbaratado. Los Tetudos estaban ó destruidos ó desanimados, y no se hallaban ya en estado de amenazar á las colonias; pero suscitóse contra los Jesuitas un adversario mucho mas formidable. Era un sacerdote, un obispo, un hombre dotado de una imaginacion brillante, y que poseia todas las calidades propias para seducir las masas, D. Bernardino de Cárdenas. Como misionero de la Orden de san Francisco habia llevado á cabo grandes empresas, y para recompensar su celo y sus talentos el Rey de España, de acuerdo con la santa Sede, acababa de nombrarle obispo de la Asuncion. No habian llegado aun las bulas de Roma cuando en el mes de octubre de 1641 alcanzó que le consagrase el obispo de Tucuman presentándole las cartas que afirmaban quedar expedidas aquellas.

Esta consagracion era nula por muchos motivos. Los Jesuitas del colegio de Salta inducidos á error como el obispo de Tucuman la habian favorecido; pero los de la Universidad de Córdoba, mas avisados, se habian opuesto á ella. Apenas hubo Cárdenas recibido la plenitud del sacerdocio, pidió á la Universidad de Córdova que reconociese por escrito la legitimidad de su consagracion. El padre Boroa no pudo adherirse á semejante deseo, y el prelado irritado no tardó en manifestar su resentimiento. En 1644 intenta apoderarse en la Asuncion de una casa de la Compañía de Jesus, mas D. Gregorio, gobernador del Paraguay, se opone á ello: entonces Bernardino publica un escrito aconsejando expulsar á los Jesuitas de todos sus establecimientos. Habla á los Españoles, se dirige á sus intereses, despierta los antiguos odios que fermentaban siempre en sus corazones, y acusa á los misioneros de ser los únicos apóstoles de la libertad de los Indios. Ese escrito, salido de la pluma de un obispo y que halagaba abiertamente la codicia de los europeos, debia hallar un eco funesto entre los Españoles y en las misiones. D. Bernardino no se contentó con meras palabras. Los Jesuitas, sostenidos por el gobernador, apelaron de sus odios á la Audiencia real de Charcas; el clero secular y regular estaba en su favor, mas el prelado tenia en el suyo las simpatías de la nobleza y del comercio, y fulmina

un decreto de excomunion contra los Padres, y hasta condena á todos los cristianos que recurran á su ministerio. Deseaba expulsarles de sus colonias y de su diócesis, y habia tomado sus medidas conforme á sus deseos; mas de repente D. Gregorio, poniéndose á la cabeza de seiscientos neófitos dirige á Cárdenas una orden de destierro y se apodera de sus temporalidades. Este cede á la fuerza y se retira; pero sus partidarios, es decir todos aquellos cuyas esperanzas echaba por el suelo la emancipacion de los Indios, no se dieron por vencidos. Un obispo habia suscitado la tormenta y ellos se disponen á engrosarla.

Por aquellos tiempos se esparció en las Indias y en Europa un rumor extraño : afirmóse que los Jesuitas poseian minas de oro, que explotaban en secreto, y cuyo producto era enviado desde Buenos Aires á Roma. El Consejo de las Indias sin detenerse en la imposibilidad material de semejante acusacion, tomó un partido que las susceptibilidades españolas le aconsejaban que abrazase tiempo hacia. El afecto que manifestaban los Indios á los Padres y el amor que los Cristianos del Paragüay les tenian se habian convertido en un objeto de inquietud para algunos ministros de Felipe IV. No pudiendo entorpecer sus progresos, procuraron ponerles trabas, y se resolvió que en adelante las colonias del Paragüay solo serian regidas por súbditos del Rey católico.

El delator de los Jesuitas, el que descubrió las minas de oro era un indio llamado Buenaventura, y que habia estado algunos años en un establecimiento del Paraguay. El obispo de la Asuncion atestiguó su veracidad. A instancias del rector de la casa de Buenos Aires, los magistrados toman informes judiciales, y el Gobernador del Rio de la Plata ordena que se instruya un sumario. Demostróse en diversas epocas y por los mismos comisarios reales (1) que

(1) El 2 de octubre de 1657, una nueva comision nombrada por el Rey de España, y presidida por el oidor de la Audiencia real de la Plata, don Valaquez de Valverde, gobernador y capitan general en las provincias del Paraguay, pronunció la siguiente sentencia definitiva :

» La Comision cree de su deber declarar y declara en efecto nulos y

lo de las minas de oro no era mas que una fábula; pero esta fábula que acusaba á los Jesuitas, sus adversarios fingieron creerla para mejor seducir la credulidad popular. Como si no bastasen las dificultades interiores que se suscitaban á cada paso, en 1645 los padres Romero y Francisco Arias mueren bajo el hierro de los salvajes; el primero, que era uno de los fundadores de la provincia del Paragüay, fué degollado por un cacique, mientras que evangelizaba á los Guiropors, y el segundo pereció á manos de los Tetudos.

Cárdenas, refugiado en Corrientes, no se daba por vencido: en 1648 D. Diego Osorio es nombrado gobernador del Paraguay con órden expresa de oponerse á toda hostilidad contra los Jesuitas. Al saber este cambio, el prelado vuelve á su diócesis, y hace que sean expulsados los Padres del país de los Italinos. Los Jesuitas lo abandonan, y

» de ningun valor todos los actos, decretos, informes y otros procedi-
» mientos hechos en este negocio por los citados regidores y alcaldes,
» y quiere que sean borrados de los libros y de los registros, como lle-
» nos de falsedades y de calumnias contrarias á la verdad, que ha sido
» justificada y reconocida en las mencionadas provincias del Parana y
» del Uraguay, en presencia de los mismos delatores citados á juicio.
» Ha declarado además, que no ha descubierto indicio alguno que pu-
» diese hacer ceer que hubiese en este' país minas de oro, ni que se le
» haya extraido jamás de los sitios donde se encuentran, como los so-
» bredichos lo habian temeraria y maliciosamente declarado y depues-
» to con el objeto, segun parece, de desacreditar con calumnias la con-
» ducta de una órden tan santa, como la Compañía de Jesus, la cual se
» ocupa de este país, hace cincuenta años en predicar la Fe, y en ins-
» truir el gran número de infieles, que esos religiosos han convertido
» con su ejemplo y sus predicaciones.»

El Gobierno español, que tenia un interés inmenso en buscar esas pretendidas minas, y que lo probó, haciendo todos los esfuerzos imaginables para descubrirlas, afirma que es una mentira, y que ni siquiera se encuentran señales de que las haya en el Paraguay. Esta demostracion terminante para todo el mundo, no lo es para los adversarios de la Compañía, y Fraisier en el tomo II de sus *Viajes*, da una version falsa de ella y mas conforme con sus miras. « Todas las mercancias, » dice este viajero, citado con elogio por los enemigos de los Padres, » y las materias y especies de oro y plata que los Jesuitas sacan de sus » *minas* son transportadas desde las misiones á Santa Fe, que es su » puerto de depósito.»

al dia siguiente no era mas que un desierto; sus habitantes habian huido. La Audiencia real de Charcas restableció á los Padres en su establecimiento; pero los Indios se imaginaron que persiguiendo á sus misioneros se queria atentar á su libertad cuya salvaguardia eran, y se retiraron al fondo do sus bosques, de donde solo pudo lograrse que volviese una parte de ellos á sus colonias.

El Obispo del Paragüay sostenia la guerra que alimentaban los interescs lastimados y la codicia de los Españoles. D. Juan de Palafox, obispo de Angelopolis, hacia resonar tambien sus quejas en Méjico, ó mas bien servia de escudo con la fama de sus virtudes á los adversarios de los Jesuitas, los cuales ultrajaban no solo à estos, sino hasta al mismo Palafox, atribuyéndole un lenguaje impropio de un obispo. Este prelado habia tenido en 1647 contestaciones con los Padres: creia amenazada su jurisdiccion por el uso de algunos privilegios concedidos á los misioneros, y en una carta fecha 25 de mayo de 1647, elevó la cuestion al tribunal del sumo Pontífice. Apareció una segunda en 8 de enero de 1649; pero era tan extraña en el fondo y en la forma, que los Jesuitas la delataron al Rey de España. El obispo de Angelopolis manifestó en esta ocasion sus verdaderos sentimientos acerca la Compañía de Jesus; y presentó á Felipe IV su *Defensa canonica* (1), en la cual se lee: « La Compañía del santo nombre de Jesus es un ins-» tituto admirable, sabio, útil, santo, digno de la protec-» cion no solo de vuestra Majestad, sino de todos los pre-» lados Católicos. Hace mas de cien años que los Jesuitas » son los auxiliares útiles de los obispos y del clero. »

Palafox estaba discorde con los Padres sobre algunos puntos de disciplina, y sobre la interpretacion de ciertos privilegios que concedian derechos mas ó menos latos á los misioneros, y pedia á la santa Sede que decidiese la cuestion. No habia en todo eso nada que no fuese muy lícito; pero fundarse en una disputa de jurisdiccion para acusar á su adversario de todos los crímenes, es lo que Palafox no hubiera hecho jamás: no obstante los Jesui-

(1) *Bullario*, tomo IV, (Lion, 1655).

tas le citaban á que respondiese á aquella carta publicada en su nombre. El obispo de Angelopolis despues de haber emitido su opinion sobre la Compañía de Jesus, decia al Rey de España (1): « ¿Cuando he hablado yo en este » tono? ¿Donde está esta supuesta carta que se cita? ¿Se » la he comunicado al soberano Pontífice! Que muestren » mi firma, » Don Juan de Palafox se defendia con esa energía que nace de la conviccion, pero su defensa no llegó hasta cuatro años despues de la impostura. Menos tiempo de silencio basta para convencer los corazones crédulos y poner en movimiento las pasiones. El colega de Palafox en el obispado, su amigo, se dejó engañar por aquellas inculpaciones que halagaban su odio, y se apoyó en ellas sin indagar su orígen. Méjico lanzaba un grito de indignacion contra la Compañía de Jesus por boca de un prelado cuyas virtudes honraba el nuevo Mundo. Don Benardino cegóse á sí mismo para acabar en el Paraguay la obra que algunos falsarios comenzaban en Méjico. La muerte del gobernador dejaba su autoridad entre sus manos; mas este no quiere usar de ella hasta haber consultado al pueblo. Este se componia de esa multitud de especuladores, mercaderes, nobles sin bienes de fortuna, ó europeos ambiciosos cuyos crueles cálculos habian desbaratado los Jesuitas, y en su consecuencia votó por unanimidad su destierro.

Una bula de Gregorio XIII, fecha del 8 de las calendas de junio de 1572, concedia á los Padres en mision el derecho de nombrar un juez conservador para examinar las diferencias de alguna gravedad que se suscitasen entre los obispos y los Jesuitas: dicho juez pronunció la sentencia en nombre de la santa Sede, de la cual era por su título delegado. Esta bula, concesion que la prevision de los soberanos pontífices hácia al Instituto, habia sido admitida por Felipe II con la condicion de que los tribunales superiores rectificasen la eleccion que hiciesen los Jesuitas, los cuales designaron el padre Nolasco, superior de los religiosos de la Merced. Nolasco, con sentencia de 19 de oc-

(2) *Defensa canónica de don Juan de Palafox.*

tubre de 1649 condenó al Obispo. Don Gabriel de Peralta, dean de la catedral de la Asuncion, redacta con el mismo título que Nolasco un juicio contra los partidarios del prelado : en su consecuencia la Audiencia real de Charcas ordena la reinstalacion de los Padres en su Colegio ; y Sebastian de Leon, gobernador interino del Paraguay, se encarga de hacer ejecutar este decreto.

Con la tenacidad española y las prevenciones que los Protestantes y Jansenistas se esforzaban en alimentar en Europa para minar el poder de la Compañía de Jesus, una justicia tan solemne hecha á los Padres, no debia hacer callar á sus detractores. Los acontecimientos pasaban en países tan lejanos, llegaban de tal suerte desfigurados, y venian rodeados de tantas circunstancias, que algunas plumas bien cortadas hermanaban con sus propios agravios, que no es extraño ver eternizarse estas diferencias. Don Juan de Palafox habia desmentido caballerosamente á los falsarios que usurpaban su nombre para escudar sus columnias ; mas no por eso dejó su carta de ser auténtica á los ojos de todos los enemigos de los Jesuitas para los cuales era una rica mina de acusaciones. Palafox era un grande escritor, un digno obispo, y su nombre servia de pasaporte, por decirlo así, á las bajezas de una polémica encarnicada. Don Bernardino de Cárdenas sostenia en el Paraguay la lucha que habia suscitado : era vencido, es cierto, en todos los campos de batalla á donde llevaba su querella ; pero á fuer de atleta infatigable no se dejaba desanimar ni abatir. Semejante perseverancia suscitaba numerosos adversarios á los Indios, y hallaba en Francia entre los Jansenistas hombres que la admiraron y sacerdotes que supieron transformar este prelado en un mártir.

Los jansenistas publicaban á la sazon escritos contra la *moral relajada* de los teólogos de la Compañía de Jesus, y decian hablando de Bernardino de Cardenas (1) : « Era un » gran predicador del Evangelio, que babia hecho maravi-

(1) *Noveno escrito contra la moral relajada*, 1653.— Véase tambien *los Jesuítas mercaderes*, páginas 185 y siguientes, y la *Moral de los Jesuítas*, por Antonio Arnauld, tomo V.

» llas en la mision de las Indias. El Rey de España le eligió
» para aquel obispado cuando tenia cerca de cincuenta
» años de profesion. Vuestros Padres vivieron tres años en
» buena armonía con él y le tributaron grandes elogios,
» pues no los escaseais á los que no os contrarian; mas
» habiendo querido visitar algunas provincias donde do-
» minaban como dueños absolutos y donde tenian sus in-
» mensas riquezas, que no querian que fuesen conocidas,
» no puede imaginarse las persecuciones que le suscitaron
» y las crueldades que contra él ejercieron. Se ve en los
» procesos que le arrojaron muchas veces de su ciudad
» episcocal; que usurparon su autoridad; que trasladaron
» su sede á su iglesia, y que levantaron horcas en la puer-
» ta para colgar á los que no quisiesen reconocer aquel
» altar cismático. Pero lo que mas debe halagar á los de
» vosotros que tienen un genio marcial son los prodigios
» de valor y los hechos de armas de vuestros Padres. Vió-
» seles á la cabeza de los batallones de Indios levantados
» á expensas suyas, enseñarles el ejercicio, pronunciar
» arengas militares, dar batallas, saquear poblaciones, en-
» cadenar eclesiásticos, sitiar el Obispo en su iglesia, obli-
» garle á rendirse para no perecer de hambre, arrancarle
» de las manos el santísimo Sacramento, encerrarle luego
» en un calabozo y enviarle en un mal buque á doscien-
» tas leguas de distancia, donde fué recibido por todo el
» país como un mártir y un apóstol. »

Estas acusaciones, que han pasado por tantas bocas, no estan sin embargo conformes con los hechos tales como los exponemos; pero sin dejarnos preocupar por las afecciones ó los odios de que era á un mismo tiempo objeto la Compañía de Jesus, creemos que la historia debe buscar la verdad en todas partes. En los movimientos religiosos ó políticos que cambian la faz de las naciones hay siempre un lado vulnerable. Las obras mas difíciles para el genio ó la caridad encuentran necesariamente entre sus contemporáneos algunos hombres dispuestos á pronunciar teniendo solo en cuenta la inclinacion de la naturaleza humana, y con sus preocupaciones y sus antipatías acerca de aquellas grandes empresas: esos tales juzgan siempre injusta ó

equivocadamente. Las cosas solo se ven bien desde cierta distancia, y he aquí porque es muy difícil en épocas de agitacion encontrar las opiniones opuestas acordes en un acto ó en un carácter. Uno y otro estan sujetos á tantos juicios, se hallan alabados tantas veces por unos y vituperados por otros, se hacen tantas relaciones contradictorias acerca de ellos, que es facilísimo dejarse arrastrar por ese torrente de pasiones encontradas. Los hombres mas bien procuran apropiarse sus contemporáneos que explicarlos; y cuando aquello es imposible acuden á la calumnia dejando á los historiadores concienzudos el cuidado de desenredar el caos que se han complacido en crear.

Tas es á nuestro modo de ver la posicion que ha tomado cada partido en esa lucha. Los Jansenitas, enemigos por naturaleza de la Compañía de Jesus, descubrieron en ella un nuevo texto de acusaciones, y lo aprovecharon. Los obispos de Méjico y del Paraguay vieron en los prodigios hechos por los Jesuitas lo que cada uno descubre en la obra de su vecino ó de su rival, un cosa comun, que se mide contemplando al autor y que solo se mira siempre con los ojos de la duda y de la incredulidad. Los Jesuitas en el Paraguay eran hombres, y fueron apreciados al principio por otros hombres cuyos proyectos echaban por el suelo, cuyas ideas desbarataban, y cuyo amor proprio en fin lastimaban con sus trabajos. Se tenian á mano todos los resortes que se habian puesto en juego, y se negaban sus resultados y hasta la posibilidad de los mismos. Esta necesidad de censura ó de oposicion, inseparable del corazon humano, era causa de que, á fin de satisfacer un orgullo pasajero, se pusiesen obstáculos á un bien que no estaba al alcance de los que le miraban con prevencion.

Esta teoría del espíritu desconfiando sin cesar de los demás, queriendo explicar naturalmente las injusticias de que el pasado ha sido testigo, como lo será á su vez el porvenir, es tan verdadera en el mundo político como en la Iglesia; y así fué que se convirtió en una arma ese sentimiento de envidia que penetra al través de las mas felices organizaciones y que vuelve injusta la misma equidad. Se enconaron llagas todavía sangrientas, abultáronse las

faltas cometidas por ambas partes, y las injusticias que una fraternidad de trabajos y de sacrificios hubiera hecho olvidar muy pronto. Desde un punto de jurisdiccion eclesiástica, casi insignificante, se llegó á fomentar odios vivísimos y dificultades casi invencibles. Esperábase provocar con esto el bien, y solo se logró engendrar el mal. Ese afan de prerogativas de un lado, esa pasion de privilegios de otro, la guerra naciendo en el seno de los que predicaban la paz, todo eso debió de producir un funesto efecto en el espíritu de los Indios, y los nuevos establecimientos se resintieron de ello durante muchos años.

Solo hasta quince despues en 1665 no volvió todo á la calma primitiva. Se habia malgastado un tiempo precioso, y quedaba unida al nombre de los Jesuitas una calumnia inmortal, como lo son todas las imposturas. El Rey de España habia encargado al padre Gabriel de Guillestiguy, comisario general de los religiosos de san Francisco en el Perú, que examinase ese negocio y que le manifestase su opinion acerca los agravios hechos á la Compañía. El Franciscano instruyó este proceso eclesiástico sobre los mismos lugares; desarrolló en una memoria los motivos que militaban por ó contra los dos partidos; y Felipe IV pidió á la santa Sede la translacion de don Bernardino á otra diócesis. El 15 de diciembre de 1666 Gabriel de Guillestiguy fué proclamado en Roma obispo de la Asuncion, cuya silla estaba vacante por haber sido nombrado el de Cárdenas para ocupar la de santa Cruz de la Sierra (1). Este acto de autoridad puso fin ó los debates : sin embargo el ejemplo dado por algunos obispos del nuevo Mundo suscitó imitadores, los cuales, como sucede siempre en estos casos, llevaron las cosas mas lejos aun que sus maestros.

Gaspar de Artiaga, hermano lego de la Orden san Francisco, concibió en 1658 un odio tal contra los Jesuitas del Paraguay, que para satisfacerlo mas cumplidamente inundó de sus obras todos los países en que fundaba la Compañía sus misiones. No se contentó todavía con con esto, y en una carta dirigida al Rey de España por el Obispo de Tu-

(1) *Registros del Consistorio Apostólico.*

cuman, fecha del 9 de junio de 1659 se lee : «Este religioso
» manifiesta tener un odio mortal á los Padres de la Com-
» pañía de Jesus; envia sus folletos infamatorios hasta An-
» gola en Africa, y segun resulta de un informe, hasta Ho-
» landa, á fin de hacerlos imprimir y diseminarlos por
» todas partes. »

Tantos obstáculos no habian logrado cansar la perseverancia de los Jesuitas. En 1653 los padres Medina y Lujan superan todas las dificultades, penetran en el país de los Matacuayez, y llegan al Chaco, mientras que otros plantaban la cruz en los puntos mas remotos. Se ha acusado á los Jesuitas de haber aislado á los Indios, de haberles encerrado en su dicha y no haber consentido jamás en abrir las fronteras del Paraguay á los sacerdotes seculares. Por esa misma época contestan á esta acusacion con hechos : llaman en su auxilio eclesiásticos extraños á la Compañía, y en la carta de uno de los Padres franceses que trabajaron en los establecimientos; se encuentra una prueba que no tiene réplica de esta verdad. « Hay mas de veinte poblacio-
» nes de indios civilizados, escribia el Jesuita (1) en 1656,
» cerca de mil familias en cada uno, y cinco ó seis perso-
» nas en cada familia; de suerte que se pueden contar de
» cinco á seis mil almas en cada poblacion. Ademas de
» estos veinte establecimientos ya fundados, hay otros tres
» comenzados, y algunos cuya direccion hemos confiado
» á buenos sacerdotes; pues el Papa ha autorizado á nues-
» tro reverendo padre provincial del Paraguay para que
» eligiese los que creyese aptos para el servicio de esas
» nuevas iglesias. Nuestros Padres se ocupan especial-
» mente en ir á recoger esas pobres gentes en los bosques
» y convertirlos. »

Un acontecimiento inesperado vino en 1660 á probar á los Españoles que los neófitos no eran vecinos sospechosos ó rebeldes, y que los Jesuitas en lo que menos pensaban era en apoderarse de las provincias que habian civilizado. Los Españoles de la Asuncion tenian en esta ciudad mas de quince mil Indios como esclavos : estos se revelan

(1) Manuscritos del Abate Brotier.

de improviso, se apoderan de la ciudad, degüellan á sus principales habitantes y obligan á su gobernador don Alonso Sarmiento á huir de ella. Acosado de cerca por los insurgentes no tenia ni tiempo ni medio alguno para llamar tropas en su auxilio, cuando los neófitos de las colonias saben el peligro que corren los Españoles y vuelven á socorrerles. Tenian armas de fuego y conocian su uso se sirven de ellas para defender á los que tantas veces han amenazado su libertad, y salvan á los Europeos, los cuales pueden, despues de la victoria alcanzada por los soldados de los Jesuitas, volver á su ciudad cubierta de sangre y de ruínas. Los neófitos del Paraguay habian dado muestras de su denuedo; mas los Padres habian obtenido de su obediencia algo de mas decisivo que el mismo valor. Por adhesion al principio cristiano les volvian fieles para siempre hasta contra sus compatricios al príncipe cuya ley aceptaran á la fuerza.

Los Jesuitas se manifestaban entonces por todas partes, ora como misioneros, ora como pacificadores. Habia una region cerrada al Evangelio por la recelosa vigilancia de sus habitantes, y los Padres penetraban en ella para traerle la paz. Casi nunca cesaban las hostilidades entre los Españoles y los Calchaquies, aliados de Macobys, que devastaban las cercanías de Esteca, En 1664, Mercado, gobernador de Tucumar, siente la necesidad de terminar una guerra tan desastrosa, y se resuelve á entrar en pactos con los Indios. Era tan conocido el ascendiente que ejercian los Jesuitas hasta en las tribus mas bárbaras, que Mercado va á buscar entre ellos sus plenipotenciarios, y ruega al padre Andrés de Rada, provincial del Paraguay, que le designe dos Jesuitas. Agustin Fernandez y Pedro Patricio parten á la voz de su superior : llegan al fuerte de Puno, envian á llamar á los caciques de los Mocobys, les hacen oir palabras de conciliacion, y lo que las armas españolas no habian podido lograr con su prestigio, lo alcanzan dos pobres Jesuitas por la sola autoridad de sus discursos. Los salvajes habian rehusado constantemente creer en las promesas de los Europeos; pero confiaron en ellas desde que los Padres les respondieron de su sinceridad. Firmóse la

paz por seis años, y los Indios la guardaron hasta terminado el plazo, porque lo habian prometido á los Jesuitas, á quienes miraban como á sus amigos y á sus únicos protectores. Esos seis años fueron una época de reposo, y los Padres la aprovecharon para extender el Cristianismo y dar á sus proyectos de civilizacion toda la extension posible.

El cuadro de la felicidad de que gozaban los establecimientos del Paraguay, las relaciones que de ella se hacian en Europa, inspiraron á los Igleses la idea de una emigracion. Eran católicos, y el Anglicanismo les hacia esclavos en la patria misma de la libertad, y no podian practicar su culto sino en secreto y bajo pena de exhorbitantes multas ó de prision. Carlos I era mas tolerante que Jacobo Estuardo su padre ; pero débil como él, no osaba oponerse á las exigencias de los Protestantes. Se perseguia á las familias católicas, y mas de doscientas se dejaron tentar por la imágen de una felicidad que unas leyes las mas opresivas les negaban en su patria. Estas familias creyeron que los Jesuitas harian en favor suyo el prodigio continuo de que eran teatro las misiones de la otra parte de los mares, y se decidieron á hacerse á la vela para el Maryland. Sir Jorge Calvert (lord Baltimore) obtuvo del Rey de la Gran Bretaña la concesion de esa tierra ignorada de la América, y el 27 de marzo de 1634 los emigrados desembarcaban en la isla de San Clemente, en las orillas del Potomac. El buque que les habia traido se llamaba el *Arca de la Alianza.*

El Jesuita Andrés White, nacido en Lóndres en 1579 era el jefe espiritual de esa colonia cristiana, y venia acompañado de Jonh Altham, Knowles y Tom Gervack, todos de misma Orden : iban á aquellas comarcas con el doble objeto de plantar la cruz entre los salvajes y de librar de la persecucion anglicana parte del rebaño confiado á su custodia. Lord Baltimore y los Jesuitas subieron la corriente del Potomac, con el fin de anunciar al gran Jefe de Piscataway sus intenciones pacíficas y su deseo de derramar la luz del Evangelio entre los indígenas. El nombre de los Jesuitas habia llegado hasta aquellas tribus : el gran Jefe les

recibió como hermanos : « lo cual, dice Mac-Mahon, el
» historiador americano, fué para los débiles emigrados un
» motivo fundado de un gozo mas racional si cabe que
» profundo. Prefiriendo toda clase de privaciones á la de
» la libertad de conciencia, habian renunciado á cuanto te-
» nian de mas grato en su país natal, para lanzarse, con-
« fiados en los auxilios de la Providencia, á los peligros
» de una region desconocida, habitada por un pueblo sal-
» vaje ; pero estaba con ellos él Dios en quien tenian fe,
» y el que tiene los corazones en su mano, pareció haber
» llenado de una amabilidad extraordinaria los de los sal-
» vajes para que les preparasen una acogida favorable.
» ¿Donde encontrarémos en la historia de ningun reino
» un acontecimiento mas digno de compasion que el des-
» embarco de la colonia en el Maryland? El está identifi-
» cado con el orígen de un estado libre y venturoso ; nos
» pone á la vista los cimientos de nuestro gobierno, senta-
» dos sobre la ancha y sólida base del principio de libertad
» religiosa y civil ; nos muestra con orgullo los fundadores
» de ese Estado, como hombres que para gozar con segu-
» ridad de su independencia cambiaron los placeres del
» lujo, la compañía de sus amigos y las dulzuras de la ci-
» vilizacion por las privaciones y los peligros de un país
» salvaje ; nos hace ver en fin á esos hombres en un siglo
» en que la perfidia y la crueldad marcan con harta fre-
» cuencia la superioridad de la vida europea sobre la de los
» bárbaros, desplegando en sus relaciones con los indíge-
» nas, todo el agrado de que es capaz la naturaleza hu-
» mana, y toda la caridad de su Religion. Por mas que
» quisiéramos evitar un contraste odioso y olvidar la du-
» reza del carácter puritano, que tantas veces se engañó
» tomando la intolerancia por un santo celo, no podemos
» menos de dirigir con satisfaccion nuestras miradas á los
» peregrinos de Maryland, fundadores de la libertad reli-
» giosa en el Nuevo Mundo. Ellos fueron los que la erigie-
» ron el primer altar en ese continente ; y el primer incien-
» so, que en él se quemó, subió al cielo entre las ben-
» diciones de los salvajaes. »

Andrés White era ya casi un anciano, tenia cincuenta y

cinco años; mas los sufrimientos que tuvo que sobrellevar en su amada patria no habian agotado ni la fuerza de su espíritu, ni ese afan de empresas, que es el carácter distintivo de la Compañía de Jesus. Ofrécenle una cabaña indiana, y la transforma en capilla, y hace de ella la primera parroquia del Maryland en las fecundas orillas del rio de Santa María. Los emigrados habian abandonado una tierra que los devoraba embruteciéndoles; mas allí, bajo las sombras de los bosques primitivos, delante de una naturaleza que iluminaba un primer rayo del sol de primavera, les era permitido por fin ensanchar sus corazones. Excitados por la elocuencia de los Jesuitas, podian dar gracias á Dios de que hubiesen sido privados de la libertad y de la paz por el Protestantismo. Los dias que siguieron al desembarco se consagraron al agradecimiento; aquellos desgraciados rogaron con el fervor de los marineros salvados del naufragio; y mientras que hacian subir al cielo sus cantos de gratitud, los salvajes atraidos por aquel espectáculo extraordinario parecian querer rogar con ellos. Procuraban acostumbrarse á sus ceremonias, imitaban sus gestos, les acompañaban en la caza, les ofrecian el producto de su pesca, y segun Bozman, las mugeres y los hijos de los indígenas, hacian ya en cierto modo parte de la familia inglesa.

Los naturales del Maryland eran mansos y afables; mas su idioma ofrecia tantas dificultades por la multiplicidad de sus dialectos, que los Jesuitas miraban como imposible acelerar la prospera fusion que entreveian. Así es que un año despues en 1635 escribian al General de la Compañía. « Poco podemos decir acerca de esta mision tan reciente- » mente comenzada : los numerosos obstáculos con los » cuales tenemos que luchar no nos permiten apreciar » los resultados obtenidos, sobre todo entre los salvajes, » cuya lengua aprendemos con mucha dificultad. Somos » tres Padres y dos coadjutores y suportamos con alegría » los trabajos presentes con la esperanza de los triunfos » futuros. »

Mas esos triunfos no debian alcanzarse sin combates. habia en Virginia anglicanos, los cuales persuadieron á los

envian como un trofeo á Inglaterra. La mision estaba dispersa, pero White y sus hermanos del Instituto habian sembrado en una tierra fértil. El padre Felipe Fischer volvia á parecer en ella en 1648, y escribia al General de la Orden. « Por fin hemos llegado á Virginia mi compañero y yo » en el mes de enero y despues de un viaje de siete » semanas. He dejado allí mi compañero y aprovechan- » do una ocasion favorable para continuar mi marcha » he llegado al Maryland en febrero. Por una particular » disposicion de la Providencia he encontrado mi reba- » ño reunido despues de tres años de calamidades, y en » un estado mas floreciente que el que gozaban los que le » habian saqueado y oprimido. Imposible seria describir » la alegría con que me han recibido los fieles, y mi satis- » faccion al verme de nuevo entre ellos : he sido acogido » como un ángel enviado del cielo. Me preparo á una pe- » nosa separacion; pero los Indios reclaman mis auxilios : » ¡ han sido tan cruelmente maltratados por el enemigo » desde que fuí arrancado de en medio de ellos! Apenas sé » lo que debo hacer : no puedo acudir á todo. Hay en ver- » dad muchas flores en esta tierra : ¡quiera el cielo que » produzcan frutos! »

La revolucion habia arrebatado los Jesuitas á la colonia fundada por ellos y á los Cristianos apenas formados. Los Jesuitas volvian á ellos á pesar de las amenazas de los Protestantes; y mientras que los Puritanos excitaban á los indígenas á las revueltas, ellos por el contrario solo hacian oir palabras de salvacion y de sosiego.

CAPITULO II.

Los Jesuitas en España. — Traslacion del cuerpo de san Francisco de Borja.— El padre Jaime Ruiz de Montoya, consultado por Felipe III sobre la creacion del nuevo impuesto. — Se opone á ello. — Su respuesta. — Muerte de Felipe III. — Nuevos colegios. — Los Jesuitas

quebrados en Sevilla. — Acusaciones acerca de esto. — Poder del Instituto en Portugal. — La conspiracion de 1640 y la casa de Braganza. — Política de los Jesuitas. — Luisa Guzman de Medina Sidonia y el padre Correa. — Insurreccion de Evora. — El duque Juan de Braganza proclamado Rey. — Se apoya en los Jesuitas. — Los Padres son arrojados de la isla de Malta. — Motivos de esta expulsion. — Los Padres Talavia y Casia. — El *Teatro Jesuítico*, Antonio Arnauld y Vertot. — Carta de Luis XIII al gran maestre de Lascaris. — Los Jesuitas reinstalados en Malta. — Gustavo Adolfo y Tilly. — Principios de la guerra de Treinta Años. — Los Padres en los ejércitos Católicos. — Sus progresos en Alemania, Boemia, Ungria, Polonia y en las fronteras de Rusia. — Las *Mónita Secreta*, condenadas por la santa Sede, y los obispos polacos. — Movimiento en favor de los Jesuitas. — El metropolitano de los Rusos y los Padres del Instituto. — Colegios fundados en Polonia. — La Universidad de Cracovia y los Jesuitas. — Sublévase esta contra el rey Segismundo. — Sus cartas de queja á las demás Universidades. — Primeras victorias de Gustavo Adolfo. — Alejandro Corvino le derrota. — El padre Pazmany, misionero en Ungría. — Es nombrado arzobispo de Gran. — Sus triunfos. — Lucha de los Jesuitas contra los Protestantes de Alemania. — Los Luteranos saquean los colegios de la Compañía. — Los Jesuitas en los ejércitos de Maximiliano de Baviera y de Wolfang de Neubourg. — La peste y los Jesuitas. — Betlem-Gabor les persigue. — Tratado de paz que concluye renunciando aquel á la corona da Ungria. — Muerte de los padres Juan Pfiffer, Wisman y Thelen. — El duque de Eriedland funda un colegio á la Compañía. — Cristian de Brunswik y su bandera. — Muerte del padre Martin Becan, confesor del emperador Fernando II. — Juramento del Emperador. — Maximiliano de Baviera, Tilly, Walstein y Piccolomini. — Retrato de Fernando II. — Su política y su carácter. — El padre Guillermo Lamormaini, su confesor. — Influjo de los confesores. — Los Jesuitas en Moravia. — Los Protestantes se esfuerzan en paralizar sus triunfos. — La persecucion y la guerra. — Richelieu sondea los Protestantes. — Fernando II, aconsejado por el padre Lamormaini, confisca los bienes eclesiásticos, de que se han apoderado los Luteranos. — Edicto de restitucion. — Carta de Scioppius pidiendo que esos bienes sean atribuidos á los Jesuitas. — Política de estos en esta ocasion. — Jesuitas degollados por los Protestantes. — Tratado entre la Francia y la Suecia. — Gustavo Adolfo se obliga á proteger á los Jesuitas. — Carta de Luis XIII al mariscal Barinier. — Batalla de Lutzen. — Muerte de Gustavo Adolfo y de Tilly. — Fernando vencedor, realiza su idea católica. — Sus medidas severas. — Destierra del imperio á los ministros protestantes, — Su muerte. — Sitio de Praga. — El padre Plachy y los estudiantes de la Universidad. — Corona mural concedida á Plachy, y carta del Emperador. — Los Jesuitas en presencia del Luteranismo vencedor. — Los Jesuitas en Holanda. — Progresos del Catolicismo. — *Occultus Mercatus Jesuitarum*. — Los Gomaristas y los Armenios. —

Mauricio de Nassau y Barnevelt.— Division de los dos partidos.— Sínodo de Dordrecht.— Ejecucion de Barnevelt.— Los Jesuitas se aprovechan de este acontecimiento. — La peste de Mansfield en Bélgica. —Muerte de los padres Goster, Lessius y Sailly. — Los Jesuitas entre los apestados y los prisioneros pretestantes. — El padre Guillermo de Pretere convierte á Felipe de Mansfield, prisionero en Anvers. — El padre Florencio de Montmorenci. — Nuevos colegios. — El padre Boddens recibe la abjuracion del duque de Bouillon. — Conspiracion de los Católicos de Utrecht contra los Luteranos. — Estos acusan á los padres Bodeens y Paesman.— Suplicio de los Jesuitas.

Resonaba todavía en España el postrer eco de las borrascas que habia atravesado la Compañía de Jesus; Mucio Vitelleschi, su nuevo general, se ocupó desde 1616 en cicatrizar la llaga interior que tantas pasiones puestas en juego habian desarrollado. Reinaba la discordia entre los Jesuitas de la Península, y á fin de reunirlos en una sola idea les llama á las obras exteriores. Las campiñas de Aragon, Andalucía y Castillas, y las montañas de Asturias encerraban un crecido numero de cristianos pobres é ignorantes, y ordena á los Padres de Gandia, Tarragona, Bilbao, Salamanca, Tortosa, Cádiz, Barcelona, Compostela, Jaen, Leon, y Zaragoza que vayan por los pueblos á llevarles la palabra de Dios y los consuelos de la Fe. Los Jesuitas de Lassari reciben iguales órdenes para la Cerdeña : los de Portugal no la esperaron. Las discusiones teológicas y las intrigas de convento hicieron lugar á los trabajos apostólicos y á las inspiraciones de la caridad.

A fines del año 1617 fué trasladado de Roma á Madrid el cuerpo de Francisco de Borja en medio de las aclamaciones y del respeto del pueblo. La Iglesia no debia contenerle en el catálogo de los santos hasta el 24 de noviembre de 1624 : la España entera se anticipó á la santa Sede en tributar sus homenajes á un Santo, cuya vida habia honrado la humanidad, y cuyas virtudes eran un título de gloria para la Compañía de Jesus. Todo el camino que hizo la comitiva fúnebre fué una serie continua de esas fiestas que embellecen la muerte : Pelipe III y el duque de Lerma, nieto de

Francisco de Borja, se asociaron á ellas, y fundaron nuevos colegios para los Padres; mas esta proteccion y tantos beneficios no les distrajeron del cumplimiento de su deber, de lo cual recibieron una prueba en 1618 el Rey y su ministro.

Felipe III se encontraba momentáneamente apurado, y creyó cubrir el déficit de sus rentas imponiendo una nueva contribucion á los habitantes de Sevilla : el decreto fué dirigido á los magistrados encargados de ejecutarlo. Habia entonces en Sevilla un Jesuita llamado Ruiz de Montoya, que habia llegado á ser el oráculo de la poblacion por la sabiduría de sus consejos y la profundidad de su ciencia. El Rey comprendió que el impuesto proyectado no hallaria el menor obstáculo si el padre Montoya lo apoyaba con su asentimiento, y en su consecuencia encargó al duque de Lerma que le sondease y que le prometiese en su nombre, que si decidia á los magistrados y á los habitantes de Sevilla á aceptar aquella nueva carga, se encargaria él mismo de obtener permiso del soberano Pontífice para la publicacion de su obra sobre los auxilios de la divina gracia. El Padre respondió á esta proposicion que tendia á poner una contribucion ilegal al abrigo del amor propio de un escritor, diciendo : « Ciertamente deseo ante todo someterme » respetuosamente á la Majestad real; mas por lo que toca » á esa contribucion, que seria una opresion manifiesta, » primero quemaria por mi propia mano todas mis obras, » fruto de mis trabajos, que aprobar la ordenanza del » Rey. » Este era absoluto, y sin embargo aplaudió esta generosa libertad, y no se ejecutó el decreto.

Tres años despues en 1621 Felipe, que apenas contaba cuarenta y cuatro, se hallaba próximo á la muerte, y en las angustias de la agonía mandaba llamar á su lado el Padre Gerónimo de Florencia, el Bourdalue español, como para dar al Instituto un postrero y solemne testimonio de confianza, y espiraba en sus brazos. Apenas Felipé IV se hubo encargado de las riendas del estado, concedió á la Compañía mas influencia que la que habia ejercido en tiempo de su predecesor. Alentó á sus súbditos á que edificasen colegios, porque el plan de los Padres no era ciertamente con-

centrar la enseñanza y distribuirla únicamente á las clases privilegiadas, sino que llamaban indistintamente á gozar de los beneficios de la instruccion tanto á los hijos de los pobres como á los herederos de los mas brillantes títulos, Establecian la igualdad cristiana, y la hacian reinar sobre la juventud á fin de grabar su principio en el corazon de los hombres. Ildefonso de Santana en Orense; Pedro de Miralles, en Segorbe; Francisco Roya, obispo de Cusco, en Baeza; Lorenzo Diaz, en Moron; Antolinez de Burgos, obispo de Tortosa; Mateo Boterello y el doctor Gerónimo Astor, en esta ciudad; Miguel Simoneto, en Palma secundan las miras de la Compañía fundándole colegios. Las ciudades de Manresa, Vich, San Sebastian y Alicante se los erigen tambien. Todo sonreia al Instituto en la Península, tanto que en el espacio de mas de treinta años apenas se logra descubrir una nube en su horizonte siempre sereno; puesto que las querellas suscitadas por el doctor Juan de Espino contra el Jesuita Poza y la sociedad toda entera, los folletos publicados por ese heredero de Melchor Cano y la *Epifania* de Francisco Reale son indignas de la historia, á pesar de estar todas esas obras escritas con mucho talento. Solo un hecho vino en 1646, y aun no en España sino en Francia, donde el espíritu de partido no se amortigua nunca, á dar pábulo á las acusaciones. Tal fué un primer ensayo de la bancarrota del padre La Valette. Tuvo es verdad menos eco que esta; pero nació de la misma idea y provocó las mismas injurias.

Habia en la Península un gran número de casas y de colegios que se hallaban reducidos casi á la miseria. El de Sevilla tenia por administrador temporal un hermano coadjutor, quien, á fin de proporcionar algun bienestar á aquellas casas, se dedicó al comercio. Hizo empréstitos, amontonó capitales y los puso sobre buques, esperando aumentar los recursos de los Jesuitas sin que lo supiesen estos. Los vientos y las olas desbarataron esos cálculos y todo fué devorado por los naufragios ó perdido en falsas especulaciones. La suerte no le habia sido próspera, y sus acreedores, que al concederle su confianza habian creido que obraba en nombre de los Padres, se dirigieron contra

estos. Los Jesuitas afirmaron no haber tenido noticia de aquel suceso sino por la fama pública, que les acusaba; pero no obstante, obraron como la conciencia y el buen nombre de la Compañía lo exigian: declararon que todos los acreedores serian satisfechos y cumplieron su promesa. El hermano coadjutor, que por un celo culpable habia comprometido la Orden, no podia permanecer en ella sin dar cuerpo á las sospechas: fué pues expulsado, y aunque pobre despues de tantos sueños de fortuna, nunca acusó á nadie mas que á sí mismo. Tales son los hechos. Los autores de la *Enciclopedia* no se tomaron el trabajo de examinarlos, y en el artículo *Jesuitas*, se contentan con decir. « En 1646 los Padres hacen en Sevilla una quiebra que » causa la miseria de muchas familias. »

Este asunto tan sencillo en su orígen y en sus consecuencias, fué un texto fecundo de hipérboles para los adversarios de la Compañía. Los Jesuitas se ven condenados á no hacer nada como los demás hombres; se les supone una idea, un objeto en el acto mas indiferente, se les juzga con pasion porque se supone que todo es inspirado y dictado por una voluntad invariable. Para mejor hacer comprender el partido que algunos hombres prevenidos pueden sacar de una imputacion aislada, de la cual fingen hacer responsable á toda una corporacion religiosa, creemos deber reproducir la mas enérgica invectiva que haya provocado este hecho reducido á sus justas proporciones. Es una acusacion terrible encerrada en pocas páginas, y que citamos para hacer ver cuan diestra es la animosidad en abultar los objetos.

« ¿ A dónde van pues á parar todas esas riquezas que » sacan del Paraguay y del comercio? » se pregunta el jansenista Quesnel (1); y luego se contesta: « Mantener » un ejército de sesenta mil hombres, fundar y alimentar » colonias; hacer ornamentos considerables para los In- » dios y para la Europa, sustentar hasta dos mil esclavos en » una sola casa, sostener guerras contra enemigos envidio-

(1) *Historia de los religiosos de la Compañía de Jesus*, por el abate Quesnel, tomo I, introduccion.

» sos de las riquezas adquiridas por medios indignos; pro-
» curarse la entrada de los reinos donde no se puede toda-
» vía penetrar; enviar embajadas para volver á aquellos
» de donde han sido arrojados; acudir á los gastos inmen-
» sos de una Compañía que desde su fundacion no hace
» mas que correr de un extremo á otro de la tierra; pagar
» en casi todos los puertos del universo comisarios y fac-
» tores para comerciar en su nombre; tener espías en to-
» das las cortes; comprar á dinero contante la direccion de
» la conciencia de un monarca, de cuya debilidad se
» abusa para gobernar en nombre suyo sus estados; se-
» parar á los ministros demasiado previsores para no po-
» ner al lado de los príncipes sino hombres de cuya adhe-
» sion se está seguro; comprar dignidades y cargos para
» darlos á personas que les estan vendidas; hacerse árbi-
» tros soberanos del destino de las coronas; decidir de la
» paz ó de la guerra; negociar alianzas y hasta los matri-
» monios de los monarcas, sublevar los pueblos contra
» ellos, cuando conviene; suscitar y pagar asesinos para
» deshacerse de ellos cuando no son de su agrado; tramar
» conspiraciones contra los estados, tanto contra aquellos
» donde no se ha podido penetrar como contra aquellos
» donde se han recibido infinitos beneficios; comprar á
» peso de plata y con lisonjas las mas viles los favores de
» una corte, de la cual se dispone despues de cerca dos-
» cientos años, y de la cual casi no ha salido ningun de-
» creto que no se haya, por decirlo así, dictado; ponerse
» en estado de resistir á la fuerza á todos los poderes,
» tanto espirituales como temporales; sostener contra
» toda la Iglesia la corrupcion introducida en su doctrina
» y en su moral, que hasta entonces se habian conservado
» tan puras; suscitar persecuciones las mas violentas con-
» tra sus mas celosos defensores; pensionar á los minis-
» tros de su furor y de sus venganzas; apartar de todos
» los empleos los hombres de mérito que pudieron ocu-
» parlos; pretender esos mismos empleos ó para sí mis-
» mos, ó para sus hechuras; corromper á fuerza de dinero
» ó de regalos la integridad de un juez, y muchas veces de
» un senado ó de todo un tribunal; sofocar por los mismos

» medios el rumor que provocan en él público los excesos
» mas escandalosos; sobornar testigos falsos para perder
» los inocentes ó para arrebatar los bienes de la viuda ó
» del huérfano, ganar los notarios para hacerse inscribir
» en los testamentos ó para inducirles á redactar actas
» falsas; pagar gente para que preconice todas sus accio-
» nes, premiar á otros para que acallen con panegíricos
» tan falsos como ampulosos el odio público tan justa-
» mente merecido por sus rapiñas y por sus crímenes;
» hacer imprimir á sus expensas esos enormes volúmenes
» de historia, en los cuales se falsifica casi siempre la ver-
» dad, y que solo se encuentran en las bibliotecas porque
» les fueron regalados, distribuir á las beatas esas fastidio-
» sas colecciones de relaciones apócrifas, que nadie com-
» pra ni lee, porque es sabido que estan atestadas de men-
» tiras; hacer imprimir y circular esos folletos infamato-
» rios y sediciosos que han inundado por tanto tiempo la
» Inglaterra, la Francia, los Países Bajos, la España y mu-
» chos otros reinos; provocar querellas, hacer nacer dispu-
» tas; excitar odios; perseguir por toda la tierra de un
» modo tan cruel como indigno á patriarcas, obispos y de-
» más ministros de Jesucristo; abatir y perder lo que de-
» sagrada: en una palabra encender y conservar en todo
» el universo ese fuego de discordia que reina en él hace
» doscientos años: todo esto no se hace sin gastos in men-
» sos, y este es el uso que han hecho y hacen todavía los
» Jesuitas de esos tesoros que se les echa en rostro haber
» adquirido por medios tan indignos y criminales. »

Nunca tal vez una causa tan pequeña ha producido una explosion tal de elocuencia. Esto no es una discusion, es un delirio; y así es que estas líneas llenas de injusticia sacerdotal serán una leccion de imparcialidad para nosotros. El deber del historiador es referir y nosotros relatamos los hechos tales como los hallamos despues de serios estudios.

En Portugal, sujeto al dominio español y una de las provincias del imperio formado por Cárlos V y Felipe II, la marcha del Instituto era la misma. El poder de los Jesuitas se extendia, sus riquezas aumentaban, y multiplicábanse

sus colegios. Doña Beatríz de Lara, viuda de Pedro de Médicis, se hacia protectora de su Casa de Coimbra. En 1617 las ciudades de Portalegre y de Faro; y en 1620 la de Santarem seguia el mismo ejemplo; pero estas prosperidades siempre crecientes estaban amenazadas de ser devoradas de un dia á otro por una revolucion. Felipe IV no era bastante fuerte para conservar en su cabeza la corona de Portugal conquistada por su abuelo. El orgullo del conde duque de Olivares, ministro omnipotente, arrastraba al gobierno español á faltas políticas que le hacian caer poco á poco de la altura á que se habia encumbrado. La dinastía austriaca se debilitaba en medio de las pompas solitarias del Escorial, como todas las razas de reyes afortunados, que no saben prepararse en la dicha para elevarse sobre las calamidades.

El Portugal, secretamente alentado por el Gobierno francés, aspiraba á la independencia. Se conspiraba en las ciudades, en las universidades, en el pueblo y en el ejército; la conjuracion germinaba en todos los corazones, excepto en el de Juan, duque de Braganza, que iba á recoger sus frutos. La separacion de los dos reinos era inminente, y los Jesuitas podian trabajar en ella con éxito. Teodosio, Fulgencio y Francisco de Braganza procuraron hacerlos favorables á su familia. Entre todos esos príncipes que ambicionaban la diadema de Manuel el afortunado, solo habia una persona de talento y de corazon; tal era Luísa Guzman de Medina Sidonia, exposa de Juan de Braganza. De acuerdo con Pinto, uno de esos aventureros que ponen el genio de la intriga al servicio de una causa, Luísa de Medina Sidonia habia hecho al duque Juan conspirador sin querer serlo. Esperaba crearle rey á pesar suyo; pero para esto era preciso obtener la cooperacion ó cuando menos la neutralidad de los Jesuitas.

Habian asistido ya á tantas conmociones políticas, y se habian visto mezclados á tantos sucesos, que sabian por experiencia que las revoluciones aprovechan muy poco á sus mas activos promotores. Los héroes revolucionarios desaparecen en efecto despues del triunfo que sus exigencias comprometerian. Se les embalsama, por decirlo así en

su gloria estéril y se les condena á la obscuridad; se les deja que maldigan el poder y que le acusen de ingratitud hasta el dia en que este se siente bastante fuerte para proscribirlos ó encadenarlos. Entonces los que han esperado el fin de la crisis para adoptar una bandera les suceden en los negocios y en los honores; porque un gobierno que tiende á regularizar no puede nunca glorificar el principio revolucionario : se ha servido de él para instalarse, pero es necesario que lo rompa para no ser un dia roto por él. Colocados entre su deber de Portugueses y la gratitud que debian al Rey de España, los Jesuitas se hallaban en una situacion difícil.

El sentimiento de la independencia nacional inflamaba algunos corazones, pero los mas prudentes deseaban estar á ver venir y no tomar partido hasta que el vencedor fuese proclamado. Esta actitud alejaba á los Padres del teatro de la accion; pero la duquesa de Braganza no se resignó á semejante táctica. La influencia de los Jesuitas era necesaria á sus proyectos : ella osó obligarles á pronunciarse, y en 1635 cuando sus planes comenzaban á madurar, apareció Juan de Braganza en la ciudad de Evora. Se habia dotado á este príncipe tímido de todas las virtudes de un héroe : sus partidarios hacian de él un grande hombre, y el pueblo le acogió como su última esperanza. Saludó su llegada con aclamaciones entusiastas, y cual si su sola presencia fuese, como en efecto era, una prenda de restauracion. Hubo fiestas en todas partes, y principalmente en la Iglesia. Allí fué elegido un Jesuita, el padre Gaspar Correa para predicar en su presencia, y terminó su discurso con estas palabras : « Príncipe, yo veré todavía sobre vuestra » cabeza la corona... de gloria á la cual pueda llamarnos » todos el Señor. »

Esta suspension halagaba demasiado el delirio de los oyentes para que no prorumpiesen en aplausos sin fin. En aquella muchedumbre que creia en el advenimiento de los Braganzas al trono, profetizado por una reticencia de palabras solo se encontraba un corazon indiferente, y era el de Juan. Pasó el dia en el colegio de los Jesuitas, y segun dicen los manuscritos de la Compañía, se abstuvo siempre de

cuanto hubiera podido hacer sospechar que aspiraba á la corona. Dos años despues en 1637 se hacian sentir ya las consecuencias de este suceso. La alusion de Correa se traducia en insurreccion, que fué la primera y la única, que señaló la revolucion portuguesa de 1640.

Olivares habia dictado á Felipe IV un decreto, mandando que se hiciese el censo de las rentas de todos los Portugueses, y que exigia la quinta parte de ellas solo por una vez, los habitantes de Evora creyeron que esta promesa seria ilusoria y que una vez entrase en la senda de las arbitrariedades el Gobierno español no volveria atrás nunca. Jamás se ofreció á la revolucion un pretexto tan plausible: los amigos de Braganza lo explotaron, y desde Evora el fuego de la insurreccion se comunicó de ciudad en ciudad hasta abrasar todo el Portugal. El provincial de los Jesuitas ha estudiado el movimiento y prevee sus consecuencias; pero fiel á la ley trazada por las congregaciones generales, prohibe á todos los individuos de la Compañía que se mezclen en la sedicion directa ó indirectamente, por aprobacion pública ó tácita.

Los espíritus estaban demasiado agitados para que semejante órden fuese obedecida: lo que se habia hecho en tiempo de la Liga, renovóse en Portugal con las diferencias de país y de costumbres. La mayor parte aceptó la obediencia debida al Jefe del Instituto; pero el patriotismo de algunos individuos, el entusiasmo que en la víspera de las revoluciones, sube como una fiebre al corazon y á la cabeza, arrastraron á cinco ó seis Jesuitas á traspasar los límites de la neutralidad. El tercer domingo de Adviento de 1635 el padre Francisco Freire se declaró desde la cátedra del Evangelio en favor de la reaccion que agitaba á Portugal. Su discurso produjo en Evora un efecto mágico: el provincial condenó al orador á prision, pero al momento las mas nobles familias se ligan con ardor á su causa; se interpretan y atenuan sus palabras, y se escribe al Rey de España para quejarse de la injusticia de que es víctima el padre Freire. Los Jesuitas castigaban á uno de los suyos que habia excitado al pueblo á tomar las armas para sacudir el yugo de la dominacion española, al paso que el Rey de

España se declaraba del parecer de la nobleza portuguesa.

En vísperas de perder este reino Felipe IV y Olivares se ciegan hasta tal punto, que el monarca y el ministro toman sus medidas para que Freire sea puesto al instante en libertad. Se conocia la imprevisora debilidad del Conde duque, y así es que las órdenes del Príncipe fueron ejecutadas por el pueblo ante de su promulgacion. El superior de los jesuitas se vió derrotado, y entonces los padres Sebastian Conto, Alvarez Perez, Diego Areda y Gaspar Correa se esforzaron en comprimir el arranque que se les acusaba haber fomentado. La duquesa de Braganza habia ensayado sus fuerzas, y creyó deber aplazar su designio. En el mes de noviembre de 1638, los cinco Jesuitas obtuvieron del pueblo una sumision completa, pero momentánea.

Apaciguada esta primera sedicion, la corte de Madrid quiso castigar sus autores, pero sin examinar sus causas. El Rey manda llamar al Escorial á Conto, Perez, Areda y Correa, diciendo que tiene necesidad de su prudencia y de sus luces y que desea consultarles acerca el estado en que se hallan los ánimos. Conto, Perez y Areda presienten que debajo de esta invitacion se oculta un lazo, y alegan los mas especiosos motivos para retardar su marcha: solo Correa llega á Madrid. Él es quien cuatro años antes ha anunciado desde lo alto del púlpito que Juan de Braganza ceñiria la corona; en vano procura justificar su conducta y explicar sus palabras: Felipe IV le destierra en san Félix: pocos meses despues la conspiracion, diestramente tramada, estallaba en Lisboa; habíase consumado la separacion de Portugal y de España y la casa de Braganza se apoderaba del trono.

Tuvo esta en cuenta lo que habian hecho y hacian los Jesuitas, y quiso asegurarse el porvenir por medio de ellos. Los Jesuitas fueron los primeros embajadores del Rey Juan IV: el padre Ignacio de Mascareñas partió para Cataluña; Villena para el Brasíl, y Cabral para Flandes, encargados todos de misiones secretas. En 1647 la reina Luísa elegia para confesor suyo y del infante Teodosio al padre Juan Nuñez. El padre Vieyra, predicador del Rey, era enviado á Francia y á Holanda para entablar negociaciones con

estos estados. En 1653 la division de Portugal en dos provincias de la Orden produjo un grande descontento en la Corte y entre los Jesuitas. El padre Ignacio de Mascareñas y el Rey temian ver debilitarse por esta division muchos colegios no bien robustecidos todavía. La cuestion empezaba á agitarse, y Juan IV amenazaba: el General concede sus plenos poderes al padre Juan Brisacier, confesor del duque de Orleans, para que corte esa desavenencia; y el Jesuita francés allana los obstáculos y lleva á cabo lo resuelto por Vitelleschi.

El quinto generalato se pasa en una prosperidad casi monótona. Sin embargo suscitóse en Malta una tempestad que arrojó á los Padres de la Compañía de la Isla. Tomás Gargallo, obispo de la diócesis, habia creado en el año 1592 en la ciudad de Lavalette un colegio de Jesuitas, destinando parte de sus rentas á esta fundacion, de la cual se declararon protectores el gran Maestre y el consejo de la Orden. En el mes de marzo de 1617 un Jesuita restableció en la isla la concordia, turbada por querellas interiores. Habianse formado entre los caballeros dos partidos, el uno á favor del gran maestre y el otro que estaba por los ancianos. Muchos príncipes habian intentado reconciliarlos, pero sin fruto; el padre Cárlos Mastrilli fué mas afortunado: condujo á los jefes de ambos partidos á que se hiciesen concesiones mútuas, y acalló las diferencias: pero en 1639 rompióse de repente la buena armonía que reinara hasta entonces entre los caballeros y los Jesuitas. La causa de esta desavenencia era muy leve, pero para la escasez de inculpaciones diarias en que se hallaban los enemigos de la Compañía, el asunto de Malta fué una fortuna: prestáronse le circunstancias imaginarias, é inventóse la siguiente relacion:

« La isla era presa del hambre; faltaban granos, y la » flota turca impedia toda comunicacion con la Sicilia; pero » los Jesuitas guardaban en sus graneros mas de cinco mil » sacos de trigo: temiendo que el gran Maestre les obli» gase á venderlo barato, procuraron ocultar que lo tu» viesen, y fingieron hallarse tambien en la mayor necesi» dad. Pablo Lascaris, que era jefe de la Orden, socorrió

» generosamente à los Jesuitas, á pesar de que algunos
» caballeros protestaron contra una liberalidad tan mal em-
» pleada. Sucedió al propio tiempo, continua el *Teatro*
» *Jesuítico* (1); que el padre Cassia cometió un crímen tan
» abominable, que irritó á todos los caballeros, quienes
» para castigarle de una manera proporcionada al delito
» le embarcaron en un falucho con sus compañeros y les
» enviaron á Sicilia: visitaron despues todo el Colegio y
» hallaron en él trigo suficiente para alimentar la isla du-
» rante muchos meses. »

Vertot, este historiador de imaginacion que nunca fué aficionado á los Jesuitas, nada dice acerca de estas impu-

(1) El *Teatro jesuítico*, es una obra española tan rara como virulenta, en que el epigrama hace muchas veces lugar á la calumnia. Fué quemada por órden de Felipe IV, y prohibida en 18 de enero de 1655 por el tribunal de la Inquisicion. La santa Sede la condenó tambien en 26 de febrero del año siguiente, y el dominico Tapia, arzobispo de Sevilla, la quemó públicamente por sus propias manos. Antonio Arnauld ha sacado de ella la mayor parte de las acusaciones de su *Moral práctica de los Jesuitas*, y no ha temido atribuirla á un nombre respetable, para dar mas autoridad á los fragmentos que copia de ella. « En cuanto al
» autor del *Teatro jesuítico*, dice en el tomo I de su *Moral práctica*,
» pág. 211, el nombre de *La piedad*, que ha tomado, no es el suyo ver-
» dadero. Era dominico cuando le compuso, se llama Ildefonso de Santo
» Tomás, y es en la actualidad obispo de Málaga. »

Apenas supo el prelado esta imputacion, escribió al papa Inocencio XI. « Ha caido en nuestras manos hace poco, un opúsculo infame, in-
» digno de la luz pública, y compuesto en medio de las tinieblas del in-
» fierno, titulado: *Moral práctica de los Jesuitas*. » El obispo de Málaga prueba que no es el autor de este *Teatro*, y añade: « Queda de-
» mostrado matemáticamente que es imposible que hayamos escrito el
» *Teatro jesuítico*. El escritor dice que ha sido publicado en 1651; es-
» to es, cinco años antes de nuestra profesion; cuando la falta de tiempo,
» la debilidad del temperamento, y una aplicacion constante á otros es-
» tudios nos ponian en la imposibilidad de tratar un asunto tan difícil y
» fatigoso. He aquí lo que confunde la temeraria audacia con que atribuís
» esta obra *á un docto y piadoso religioso de santo Domingo, Ildefon-*
» *so de santo Tomás*, en una edad en que no solo no enseñaba todavía,
» sino en que apenas comenzaba á aprender las bellas letras. »

Este solemne mentís proclamado en toda la Europa, no impidió que Arnauld, Pascal y los adversarios de la Compañía de Jesus, atribuyesen al Obispo de Málaga una obra en la cual no le hubiera permitido pensar ni su hombría de bien ni sus pocos años.

taciones, y refiere de esta suerte la causa de su destierro (1). « Algunos caballeros, que acababan de salir de » pajes se disfrazan en los dias de carnaval de Jesuitas: » estos se quejan á Lascaris, quien hace prender algunos » de aquellos jóvenes. Sus compañeros rompen las puer- » tas de la cárcel y los ponen en libertad: en seguida se » dirigen todos al Colegio, echan los muebles por las ven- » tanas, y obligan al gran Maestre á que consienta que » sean transportados fuera á la Isla. Fueron embarcados » once Jesuitas, y solo permanecieron cuatro ocultos en la » ciudad de Lavalette. El Consejo y los grandes cruces » no manifestaron sentir mucho el destierro de los Pa- » dres, que en perjuicio suyo gobernaban á los grandes » maestres. »

La narracion de Vertot se acerca mas á la verdad que la del Teatro que ha copiado Antonio Arnauld; pero Vertot no lo cuenta todo, y así pues importa ser mas exacto. Pablo Lascarís manifestaba tener en mucha estima á los Jesuitas, dos de los cuales sobre todo, los padres Jorge Talavia y Jaime Cassia, poseian toda su confianza. Reinaba una licencia casi sin freno en aquella Isla, á donde iban los caballeros tan denodadamente para defender la Religion y combatir á los infieles. Los peligros que arrostraban todos los dias habian dado un no sé que de aventurero tanto á su carácter como á su vida; consagraban á los placeres el tiempo que no pasaban cruzando los mares, y pronto aquellos placeres degeneraron en corrupcion. Lascaris juzgó oportuno poner término á ellos; llamó con medidas severas á esos frailes soldados á la observancia de las reglas á que estaban sugetos, y prohibió á los mugeres disfrazarse de hombres y presentarse en la escena en una comedia que los jóvenes italianos preparaban para al Carnaval. Esos caballeros intentaron hacer revocar la prohibicion, y así lo solicitaron é hicieron que se solicitase al gran Maestre; mas este respondió: « He dado esta órden solo para obedecer » á lo que la Religion y nuestros votos nos mandan, si el » padre Cassia declara que puedo autorizar vuestras diver-

(1) *Historia de Malta*, lib. XIV, año 1639.

» siones no me opondré á ellas. » Consultado el Jesuita se niega á acceder á los deseos de los caballeros. Los ánimos se acaloran; Salvatici, gentilhombre de Padua, se pone á la cabeza de los descontentos, se visten con el hábito de la Compañía, y disfrazados de esta suerte recorren la ciudad proclamando que los Jesuitas turban los placeres públicos y que son los autores del edicto. Lascaris manda encerrar á Salvatici en el fuerte de San Telmo. Al saberlo los Italianos corren á las armas, y excitan á los demás á la insurreccion. Salvatici es puesto en libertad, todos juntos se dirigen al Colegio de los Jesuitas, que entran á saco; arrestan once Padres y los embarcan en un buque que se hace á la vela dara Sicilia:

Este acto provenia mas bien de un exceso de Carnaval que de un plan premeditado. Lascaris escribio á Roma, y Urbano VII (de la familia Barberini) se apresuró á expedir sus órdenes para que los Jesuitas fuesen reinstalados en Malta. Mas durante este intervalo Luis XIII creyó que no debia permanecer espectador indiferente de aquel escándalo. La Francia del tiempo de Richelieu tenia la voz fuerte y la mano poderosa, y su Rey escribió en 5 de mayo de 1639 (1) al gran Maestre:

» Querido primo: he encontrado muy extraño el modo » de proceder de algunos caballeros franceses é italianos » contra los Padres Jesuitas de Malta, y como la violencia » que han cometido ha sido pública, no hay duda que el » castigo debe ser severo y ejemplar. La estima que como » es sabido tengo á la Compañía de los Padres Jesuitas, » puesto que confio la direccion de mi conciencia á uno « de ellos; me mueve á dispensarles mi proteccion en to- » das ocasiones, como lo hago en cuanto es posible en la » presente, encomendándoos de todo mi corazon lo que es » de su interés en este asunto: paréceme que os conviene » particularmente no dejar impune semejante accion en su- » mo grado violenta y sediciosa. Escribo acerca de esto á » mi embajador en Roma á fin de que acuda al Santo Pa- » dre para que si es necesario interponga su autoridad para

(1) *Manuscritos de la Biblioteca real de París*, 144, vol. 623.

» sostener la vuestra, de suerte que nada pueda impedir
» que se castigue la insolencia de dichos caballeros. Si que-
» reis enviar algunos á Francia yo les haré ver de buena
» gana mi descontento. Mas ante todo, los Jesuitas que han
» sido expulsados deben ser reinstalados en su casa con
» los que han quedado en ella. Por lo demás no dudo que
» les protegeréis en adelante con todo esmero y que pro-
» curaréis que no se repita semejante atentado; con lo que
» ruego á Dios, primo mio, que os tenga en su santa y dig-
» na guardia. »

En 12 de diciembre del mismo año los Jesuitas volvieron á entrar en su Colegio entre los aplausos de los caballeros y del pueblo; mas por una medida llena de prudencia, se destinó á los padres Talavia y Cassia á otro punto. El crédito de que gozaba la Compañía de Jesus con Lascaris habia infundido zelos á ciertos dignatarios de la Orden de Malta; por lo que los Padres se encerraron en el ejercicio de sus funciones con una severidad que nada les hizo abandonar en adelante. Sin embargo en el Carnaval de 1640 iban á renacer las turbulencias, cuando Salvatici obtuvo por fin de Lascaris que se ejecutase la comedia proyectada en el año anterior. Llega al teatro y se empeña una disputa entre él y un caballero llamado Roberto Solarts: Salvatici se cree ofendido y retrocediendo un paso, lleva la mano á la guarnicion de su espada: Solares le previene y le pasa con la suya. Este fin deplorable, en el cual vió el pueblo una especie de juicio de Dios, sirvió de desenlace á una intriga á cuyo objeto y resultado se dieron tan distintas versiones.

Mientras que reinaba la paz en el mediodía de la Europa estallaba la guerra en el Norte. Gustavo Adolfo, el héroe del Protestantismo, y Juan, Conde de Tilly, su rival en la gloria derramaban por todas partes el terror de su nombre y de sus armas. Tilly habia querido entrar en la Compañía de Jesus, pero su amor á los mas combates fué mas poderoso en él que su piedad. Los Jesuitas le hicieron renunciar á su Instituto para que llegase á ser un gran capitan; mas el afecto constante que profesó á los que en el claustro habian dejado desarrollar con entera libertad su pasion militar, fué

un nuevo incentivo para los herejes. Los Jesuitas habian formado á Tilly, Walstein y Piccolomini, los tres campeones del Catolicismo en esa guerra de treinta años que agitó tan hondamente la Alemania; mas expiaron este triple honor con persecuciones sin fin, con peligros diarios. Tilly tenia Jesuitas en su campo, los cuales, aunque víctimas de la guerra, le predicaban la humanidad y se oponian á que las tropas imperiales vengasen en sus prisioneros los desastres que arruinaban sus colegios. Acompañaban el ejército en sus marchas, les seguian á los campos de batalla, y despues de la victoria de Starlo disputaron á los Croatos los cautivos hechos en aquella jornada (1). Los Protestantes se mostraron poco conmovidos por este ejemplo. Sin tener cuasi en cuenta las consideraciones políticas que encendian el fuego de la discordia en Alemania, se batian, como lo hacen la mayor parte de las naciones, sin poder saber con exactitud los motivos de la lucha; si bien encontraban uno mas que suficiente en su odio al Catolicismo y á la Compañía de Jesus.

Esta habia hecho inmensos progresos en el corázon del Austria y en las fronteras de la Rusia; se hallaba establecida en Polonia y en Bohemia, en Ungría y en las provincias de la Livonia: la guerra de treinta años proporcionó una ocasion para hechar por tierra su poderio. Habian aparecido en 1612 en Cracovia las *Monita secreta* (2). Este libro en el

(1) «En cuanto á los prisioneros, dice el *Mercurio de Francia,* tomo » IX, pág. 657, que fueron de cuatro á cinco mil; daba compasion ver» les conducir por los Croatos, cual si fuesen carneros, por la Westfa» lia hasta las puertas de Munster: *Ibi ipsis cibo, potu, et vestimentis,* » dice Arthus, *per summam commiserationem prospectum fuit, tametsi* » *paulo ante hostes fuissent*. Muchos eclesiásticos, y entre ellos los Pa» dres Jesuitas, los Capuchinos, y hasta algunos seglares, arrancaron no » pocos de las garras de los Croatos; y les dieron é hicieron que les die» sen con que volver á sus países.»

(2) Las *Monita secreta*, fueron publicadas en 1612 en Cracovia, sin nombre de autor; pero Pedro Tilicki, obispo de esta ciudad, entabló en 1615 un proceso contra Gerómino Zaorouski, cura párroco de Gordziec que se presumia ser quien lo habia escrito. Era apenas conocido cuando fué impreso en París en 1761. Los Jesuitas iban á sucumbir ante los ataques de as miembros que gobernaban entonces á los princi-

cual se supone que el General de los Jesuitas inculca á su subordinados los consejos que deben eternizar su poder y acrecer su fortuna, pone á descubierto y justifica todas las iniquidades. Una sociedad cualquiera que partiese de esa base no seria mas que una Compañía de ladrones. y no habria venganza humana que no fuese permitida contra semejante código. Los que lo inventaron lo conocieron muy bien, y así es que solo esperaron engañar á los ánimos que tienen necesidad de mentiras. Nunca pudieron alcanzar mas resultado que este, pero tampoco esperaban otro. El 10 de diciembre de 1616 la Congregacion de los cardenales decretó que « se condenaban absolutamente las *Monita se-* » *creta* como atribuidas falsamente al Instituto de los Jesui- » tas. » Este acto no enseñaba nada nuevo á nadie, y no modificó ninguna opinion. La obra tendia á destruir la confianza; tenia por objeto manifiesto presentar á los Jesuitas obedeciendo á ciegas unas leyes perversas, un sistema de invasion que sembraba la discordia en las familias y en los estados.

José Velamin, metropolitano de los Rusos, no se dejó seducir. Habíanse introducido grandes desórdenes en los monasterios de Lituania que seguian la disciplina de san Benito, y creyendo que era necesario desarraigarlos, rogó á dos Jesuitas que comenzasen por llevar la reforma al monasterio de Bilen, y que la propagasen despues á todos los demás. Elevóse un colegio en medio de los bosques de la Samogitia, y los Padres volvieron al Evangelio por medio de la

pes de la casa de Borbon; sin embargo nadie tuvo bastante valor para prohijar aquella edicion, y se hizo bajo el nombre supuesto de Paderborn. Para dar mas autoridad á esta obra, el editor anunció que Cristian de Brunswich la habia sacado de la Biblioteca de los Jesuitas de Paderborn ó de Praga. Esto era una grosera impostura histórica, y todos los obispos polacos de aquel tiempo protestaron con la santa Sede contra semejante calumnia, que solo fué recibida por los ignorantes ó por aquellos para quienes es una necesidad el error. Barbier, á quien nadie se atreverá á acusar de parcial de los Jesuitas, confiesa en su *Dicconario de anóminos y pseudóminos*, tomo III, núm. 20,985, que es una obra apócrifa. El podre Gretzer, se tomó el trabajo de refutar este libro que ha servido de base á todos los que gustan partir de un principio falso, para deducir falsas consecuencias.

educacion á los habitantes que eran casi paganos. El canciller del reino, Leon Sapieha, fundó otro en Brestovitza, y edificóse un tercero en Grodno; pero entonces la Universidad de Cracovia conoció el peligro de tener un rival. Sigismundo habia querido que se crease una nueva casa de Jesuitas en la misma ciudad de Cracovia, á fin de compensar las pérdidas que les causara la guerra con los Turcos; pero la Universidad se opone á que se funden otras escuelas, y eleva al Rey sus quejas, que parecen haber sido inspiradas por la lectura de la *Monita secreta*.

Los Jesuitas, segun la Universidad de Cracovia, « son » astutos, sabios en mil artificios y diestros en fingirse » sencillos. » El Rey lleva con todo adelante su propósito, y los miembros de la Universidad, que veian la patria amenazada de un lado por los Luteranos y del otro por los Turcos que infestaban sus fronteras aprovecharon esta ocasion para obtener por la rebelion lo que se habia negado á los ruegos. La Polonia era entonces lo que ha sido siempre, un reino electivo gobernado por la anarquía. En 1621 adelántanse algunas tropas contra los partidarios de la Universidad, y en una carta que escribieron en 29 de Julio á la de Lovaina, se lee (1) : « que los Jesuitas hicieron » correr mas de una vez la sangre de los inocentes y que » inundaron la ciudad de ella. Los Padres no estaban har- » tos, todavía de matanza, mas lo estuvieron los brazos de » de crueles que empleaban en los crímenes y enternecidos » no quisieron continuar la carnicería. »

Dirigiéronse á todas las universidades cartas por este estilo. La de París las recibió tambien y respondió á ellas con elocuentes maldiciones contra los Jesuitas. Los doctores de Polonia se quejaban de que un monarca abrumado de enemigos exteriores castigaba vigorosamente la rebelion interior que le arrancaba parte de sus fuerzas, y todas las universidades á una voz prodigaron á los revoltosos lágrimas de compasion y alabanzas. En aquel momento los Jesuitas eran víctimas de las primeras victorias de Gustavo Adolfo.

(1) *Litteræ academiæ Cracoviensis ad academian Lonvaniensem*, 92 *ujlii*, 1627.

En aquel año (1621), en que la Universidad de Cracovia cree que ellos la persiguien, los Suecos, que se habian lanzado sobre la Livonia, obligaban á capitular la ciudad de Riga. Los Jesuitas fueron arrojados de ella por los Luteranos, y ocho dias despues lo eran de Venden por Gustavo Adolfo. Fuerza era contener la impetuosidad del Sueco ó perecer. Alejandro Cornivo Gosiewski, palatino de Esmolenco, marcha á su encuentro; lo alcanza cerca de Dinamarca, triunfa, y para consagrar el recuerdo de esta jornada crea una casa de Jesuitas en la ciudad libertada por sus armas.

La guerra les arrojaba de un punto y les reunia en otro. Corvino les ofrece un vasto campo que cultivar, y lo aceptan. Creen que es posible hacer florecer el Cristianismo en el fondo de aquellos bosques, donde la civilizacion no ha llevado todavía sus beneficios, y se consagran á esta tarea. Sin dejarse intimidar por supersticiosas amenazas, ó abatir por el sufrimiento, logran realizar los deseos de Gosiewski. Cada victoria de este palatino era una nueva mision para los Jesuitas. En 1630, Corvino se apodera de una fortaleza en las fronteras de Rusia, y va á transformarla en casa de la Compañía; pero los Padres le dan á entender que será mas útil erigir un colegio en Vitepok, en el centro de la provincia, que no en un país abandonado : Corvino cede á sus deseos y ocho dias despues abríase el colegio.

Nicolás Telski, gobernador de Pinsk, donde penetraban á la par el cisma griego y el Luteranismo, quiere oponerse al daño que causan las dos sectas en el rebaño católico y manda á llamar Jesuitas. La muerte le impidió dar cima á sus proyectos; mas su sucesor el príncipe Estanislao Radziwill, canciller del reino, los llevó á cabo con el auxilio de la nobleza del Palatinado. En 1629, el general polaco Estanislao Konicepolski, en union con Elisabet Strzyzeroska, daba mas importancia al colegio fundado en Podolia por el canciller Zolkiewski. Algunos años antes en 1625, Ana Chodkiewska, hija del duque de Ostrog, fundaba uno en la Volhynia. Jaime Bobda, escanciador del palatinado de Sandomir, y Andrés Trzebickt, obispo de Cracovia, introducian los Jesuitas en dicho palatinado, y Alejandro Prase-

crynski, gobernador de Kiow, la familia Kalinswski, en la Ukrania, Pedro Tryzna, en Bobruisk; Lucas Tolkienoski, en el Borystenes, testigo de sus victorias y Adan Nowodwoski, en Lomza, imitaban este ejemplo.

Habia muy pocos años que circulaban las *Monita secreta*, y que la Universidad de Cracovia declarara la guerra á los Jesuitas; y sin embargo tal era la respuesta que daban la nobleza y el pueblo de Polonia á este supuesto escrito. Este modo de responder con hechos era mas elocuente que todos los discursos de los doctores polacos, mas convincente que todos los argumentos de su lógica. Los Católicos polacos se alegraron de esos triunfos, al paso que los Protestantes se encarnizaban mas contra esa Sociedad, que despojada aquí y calumniada allá, parecia aumentar sus fuerzas con los nuevos desastres.

Se perseguia á los Jesuitas en su enseñanza, en sus misiones, en su piedad de sacerdotes, en sus virtudes de hombres y de ciudadanos. El emperador Matías, despreciando todos esos odios, les fundaba un colegio en Tirnan, y les establecia en la Universidad de Praga. Su sucesor concedia al Rector del Colegio el título de presidente de aquella academia; mas este título era demasiado brillante y llevaba en sí una grandeza que no estaba en armonía con la humildad de que tan celosos se mostraban los Padres, y el General de la Compañía suplicó á Fernando II que apartase de ella semejantes honores, y el Príncipe accedió á sus ruegos.

Despues de la muerte del cardenal Jozgaez el Emperador y los magnates de Ungría, reunidos en la misma idea por uno de esos acuerdos tan poco frecuentes entre ellos, rogaban al soberano Pontífice que nombrase para sucesor de aquel al jesuita Pedro Pazmany. Este Padre era el misionero de sus compatriotas los Húngaros, á quienes ilustraba con sus discursos y seducia con sus obras. « Tenia, dice el » protestante Ranke, el talento de escribir bien en su len» gua materna. Su libro titulado *Kalans*, producia una » sensacion irresistible. Dotado de una elocuencia fácil y

(1) *Historia del Papado*, tomo IV, pág. 124 y 25.

» persuasiva, convirtió, segun se dice, cincuenta familias,
» entre las cuales vemos nombres ilustres como los For-
» gaez, los Erdœdy, los Balassa, los Jakustin, los Homanay,
» los Adan Thurzo, los Adan Zringi, quien expulsó por sí
» solo veinte ministros protestantes, reemplazándoles por
» curas párrocos católicos. El gobierno de la Ungría tomó
» necesariamente otra direccion; el partido católico aus-
» triaco obtuvo la mayoría en la Dieta de 1625; y uno de
» los nobles cuya conversion era mas ardientemente de-
» seada por la corte, un Esterhazy, fué nombrado Pala-
» tino. »

Este libro de un jesuita, de que hacen los Protestantes tan cumplido elogio, despertaba en el corazon de los Húngaros las tradiciones católicas que la herejía creia haber ahogado; la virtud del padre Pazmany hacia lo demás. Negábase á admitir el arzobispado de Gran; mas en 1616 el error salia de los límites de esta diócesis y amenazaba ininvadir la Ungría. Pazmany lo habia combatido con tan buen éxito como misionero, que los Católicos creyeron que solo él seria capaz de vencer á sus falsos apóstoles y conservar la Fe en el seno de las poblaciones. El Papa y el General de la Compañía se vieron obligados á ceder á semejante voto, que salia á un mismo tiempo del corazon del Príncipe y del pueblo, y el Jesuita tuvo que aceptar la dignidad arzobispal. Su mansedumbre para gobernar y sus raras facultades par instruir le grangearon muy pronto la confianza de todos. Era obispo á pesar suyo; en 1629 el emperador Fernando II le honró con la púrpura romana.

Teodoro, principe de Furstemberg, obispo de Paderborn, habia fundato en esta ciudad un colegio, que transformó en Universidad en 1616. Leopoldo de Austria, archiduque de Carintia, obtuvo el mismo privilegio por el establicimiento de Molsheim que creara en su diócesis de Estrasburgo. Fernando de Baviera, elector de Colonia, y el obispo de Munster, introducen los Jesuitas en los paises que riega el Ems. La ciudad de Meppen les ofrece una residencia, desde la cual luchan abiertamente con la herejia que invadia el pais. En 1618, los estados de Bohemia, los expulsan de su territorio; mas á la sazon la Bohemia, dejándose arrastrar por

el espiritu de rebelion habia levantado el estandarte contra su soberano, y algunos sectarios trabajaban en propagar el principio de insurreccion al abrigo de sus doctrinas. Los Jesuitas se refugian en la Moravia; mas en 4 de mayo de 1619, los herejes les obligan á salir de Brunn, é incendian el colegio de la Compañia á fin de desvanecer toda esperanza de que puedan instalarse en él de nuevo.

En Olmuz, las mismas causas ofrecen los mismos resultados. Vese siempre al Luteranismo combatiento á sangre y fuego, y porque juzga que los Padres son sus mas terribles adversarios, se vale de todos los medios para vencerlos. En la Alemania superior el padre Miguel Sybold, sostenido por el duque Volfang de Neuburgo, restaura el culto católico y vuelve al seno de la Iglesia un considerable número de sectarios. Los Protestantes ocupan la Bohemia, y Maximiliano, duque de Baviera y discípulo de los Jesuitas, entra en ella con su ejército. Siguen sus banderas diez y ocho Padres, á cuya cabeza se halla Jeremias Drexel, cuyo nombre resuena tantas veces en la historia de esas guerras. El príncipe Federico, jefe de la liga herética, es batido en Praga y en el Monte Blanco en 1620. Este elector palatino no habia reinado en Bohemia sino algunos meses como usurpador, y los Alemanes le llamaron el Rey de invierno.

Esos movimientos de tropas, esos interminables combates no tardaron en engendrar la peste, cuyas primeras víctimas eran los soldados : seis Jesuitas, entre ellos Juan Pfiffer, de Lucerna espiran asistiendo á los moribundos. La victoria entre tanto corona las armas católicas. Maximiliano es dueño de la Bohemia, de la cual los Protestantes habian expulsado un año antes á los Jesuitas.

Gustavo Adolfo sostenia una guerra que era á la vez de religion y de política, y en su marcha victoriosa arrojaba delante de sí el Catolicismo y los sacerdotes que lo defendian. A todo eso se lanza sobre la Ungría otro caudillo llamado Betlem Gabor, príncipe de Transilvania y aliado de los Turcos. Gabor sabia hablar á las masas y las arrastraba en pos de él; y estas le proclaman Rey de Ungría. Cométense todo género de excesos, porque las violencias del pueblo son sin comparacion mayores que las que pre-

tende vengar con la insurreccion. Los Imperiales marchan contra él: el conde de Ruegnoy, su jefe, es muerto; pero Gabor era tan profundo diplomático como intrépido soldado. En 1622 comprende que la corona de Ungría no puede aguantarse en su cabeza, y en un tratado de paz con Fernando II la cambia por un título de príncipe del imperio; mas pone una condicion á esa abdicacion calculada, y exige que los Jesuitas no puedan volver á pisar jamás el suelo húngaro: su destierro perpétuo es para él, protestante, una satisfaccion que compensará los sueños ambiciosos que sacrifica. El emperador rechaza semejante cláusula. Gabor prosigue triunfando; hace degollar el padre Wisman, y casi al propio tiempo el padre Gottfried Thelen sucumbe á los golpes de los herejes.

Los jesuitas eran para los generales del Imperio unos auxiliares que valian un ejército: ellos no esperaban por recompensa de sus sacrificios sino la facultad de sacrificarse todavía despues de terminada la guerra. El archiduque Carlos les funda un colegio en Neise, en Silesia, y Walstein, otro en Giczin. Mas en esa guerra tan llena de peripecias, en que los excesos pasan de un campo á otro lo mismo que la victoria, en que hasta las derrotas hallaban en su feroz desesperacion nuevos motivos de matanza, el vencedor de la víspera sufria casi siempre un descalabro al dia siguiente. Los jefes eran demasiado diestros y los soldados harto entusiastas para que pudiese terminarse con una batalla la doble querella que se habia empeñado. En 1622, Ernesto de Mansfeld, el indómito protestante, hace una irrupcion en la diócesis de Spire, penetra en Alsacia, se apodera de la ciudad de Hagueneau, y planta en la plaza pública las horcas que destina á los Jesuitas.

Todos los príncipes herejes de todas las comuniones, los reyes de Inglaterra de Suecia y de Dinamarca se unen para arrojar á los Españoles de la Alemania. El objeto secreto de ese movimiento de opiniones y de ejércitos no es ciertamente la presencia de los soldados de la Península en las orillas del Rhin ni el poderío de la casa de Austria. Los protestantes aspiran à destruir el Catolicismo y establecen una prapaganda con las armas en la mano. Cristian de

Brunswick es el generalísimo de los confederados; se hace llamar obispo de Herbestadt, y marcha bajo un doble estandarte, que pone de manifiesto su idea: uno de ellos hace ondear al viento el emblema de una tiara herida por los rayos, y en el otro se lee esta inscripcion, que Cristian ha tomado por símbolo: « *El amigo de los hombres, enemigo de los Jesuitas.* » Tilly lo ataca cerca de Hoesting, y le vence; luego se lanza sobre Heidelberg, que habia caido en poder de Federico, el elector palatino, y los Jesuitas vuelven á entrar en la ciudad con el vencedor. El padre Sand espira á los golpes de los sables de los Luteranos de Ernesto de Mansfeld, los cuales envenenan tambien al padre Arnaldo Boecop; mas como si el peligro no pudiese arredrar jamás á los Padres, otros dos, Jorge Nag y Gaspar Puckler, parten para Constantinopla á fin de consolar ó rescatar á los cristianos que en las últimas guerras han caido esclavos de los Turcos.

En medio de esta complicacion de sucesos y en 20 de enero de 1624 murió en Viena el padre Martin Becan, confesor del Emperador. Teólogo consumado y adversario infatigable de la herejía, habia sabido inspirar tan bien sus sentimientos á la familia imperial, que en 25 de marzo Fernando II, la Emperatriz su esposa, y el canciller Ulrico Eggemderg, se obligaban por un voto público á conservar y hacer triunfar la Religion de los Apóstoles en todos los estados del Imperio germánico.

Necesitábase una fuerza de alma extraordinaria para observar un juramento tan solemne en las circustancias en que se hallaba la Alemania; pero Fernando y Maximiliano de Baviera no retroceden ante niguna dificultad. Formados ambos por los Jesuitas, emprenden una tarea que habia asustado hasta el mismo Cárlos V, y en circunstancias mucho mas difíciles que en 1545. Cumpliéronla sin embargo, á pesar de los infinitos descalabros que sufrieron y que no compensaban sus triunfos parciales. Maximiliano, Tilly, Wasltein y Piccolomini eran el brazo que obraba y Fernando fué la cabeza que dirigia.

Lo mismo que Cárlos V de Francia, este Príncipe no salió nunca de su gabinete; pero los Duguesclin que condu-

cian sus ejércitos seguian los planes que el trazara. Ellos ejecutaban sus órdenes, y viendo al Monarca que no desesperaba nunca de su causa, aun en medio de los desastres, se hicieron como él superiores á los acontecimientos. Fernando II tenia las virtudes, los defectos y las costumbres de su patria y de su casa. Frio y reservado, inalterable en sus resoluciones, impasible siempre, unia la firmeza al genio, la desconfianza á la prudencia. Sin haber desenvainado jamas su espada y á pesar de que en diez y ocho años de reinado ha visto á Gustavo Adolfo, Richelieu, Mansfeld, Gabor, Bannier y los jefes mas ilustres del Protestantismo, hizo frente á esas potencias coaligadas, y les venció ó desarmó. Era católico por sus creencias, católico por sus instintos conservadores; y los Protestantes han querido suponerle fanático. Gustavo Adolfo, á quien no deslumbraba la rapidez de sus triunfos, acostumbraba á decir: « Solo temo las virtudes de Fernando. » Y no obstante, ese hombre que dió al mundo la idea de un príncipe verdaderamente cristiano, à quien ní la prosperidad cegó nunca, ni pudo abatir la desgracia, fué el blanco de todos los ultrajes.

Combatió á sus súbditos sublevados y á los sectarios de Alemania aliados con el extranjero y que invocaban la devastacion y el incendio. Fué maldecido, y por una de esas anomalías inexplicables, y con todo tan frecuentes, el Príncipe fiel á su Dios y á su patria es acusado todavía de intolerancia y de crueldad. Los que se esforzaban en arrancar de su cabeza la diadema que honró, le han pintado con los colores mas sombríos. Mientras que calumniaban al Soberano católico, ponian á las nubes la clemencia de Elisabet de Inglaterra, y la moderacion de Gustavo Adolfo devastando diez provincias para glorificar á Lutero. Estas inconsecuencias de sectas y de partidos no detuvieron al emperador Fernando. Le estaba reservada una grande mision, la habia comenzado con los Jesuitas y la continuó con ellos. Despues de la muerte del padre Becan confió al padre Lamormaini la direccion de su conciencia.

Los emperadores de Alemania y la mayor parte de los príncipes católicos tenian por directores espirituales discí-

pulos de san Ignacio. A pesar del sabio decreto de Claudio Aquaviva : *pro confesariis regum*, era esto concederles una influencia directa sobre los negocios de estado, que entonces se ligaban de una manera indisoluble con los asuntos religiosos. Los Jesuitas hacian en las cortes de Viena y de Munich, en Polonia y en los estados de Italia lo que sus colegas en la corte de Francia. Sujetos todos á la misma ley, observaron en todas partes la misma conducta. Los padres Martin Becan y Guillermo Lamormaini ejercieron una accion tan poderosa en sus penitentes imperiales que borra completamente lo que venian á debilitar ó modificar en París diversas causas. Sin embargo, las acusaciones contra los confesores de los príncipes no han salido nunca sino de los círculos germánicos. La historia escrita por los Protestantes con conciencia es muda : confirma la accion, pero no acusa. Se hace sentir el móvil, mas este movil nacido de un pensamiento católico, aparece á los ojos de los Luteranos como una consecuencia natural de la situacion. Los Jesuitas confesores de los reyes han cuando menos hecho en Alemania lo mismo que en Francia, y sus nombres son apenas conocidos.

No sucedia así en el Reino de san Luís. Los Alemanes nunca se apoderan de un hombre para discutir sobre él sus principios ; al paso que los Franceses, extremados siempre, procuran substituir el individuo al hecho ó á la idea. Ellos no aprecian las consecuencia de un acto, sino por el que las ha producido ; no juzgan sino que aman ó aborrecen. Esos dos modos de ver explican los distinctos papeles que hacen los Jesuitas confesores de los monarcas en la historia germánica y en los anales de Francia. Los publicistas de la otra parte del Rin callan acerca de la influencia que pudieron ejercer Cecan, Lamormaini, Keller y sus sucesores, ó solo hacen mencion de ella rara vez y con reserva; los Franceses, mas dados al ruido y amigos de atribuir siempre misteriosas combinaciones á los hechos mas sencillos. han ensanchado desmesuradamente el círculo trazado á los Jesuitas.

Posesores de la confianza y del oido del príncipe, se hizo de ellos el eje de la política.Podíanse explicar naturalmen-

te las circunstancias, así las mas graves como las mas fútiles; mas nadie echaba mano de esas explicaciones. El confesor fué destinado á una intervencion secreta, ó á intrigas de gabinete ó de tocador. Falsas muchas veces, y las mas imposibles, ellas dejaban el carácter nacional flotando en esa indecision histórica que tantos encantos presta á las memorias privadas. En Francia cada cual busca la solucion de un suceso bajo distinto punto de vista: cada cual lo arregla con sus antipatias ó con sus amistades, y casi nunca con la verdad. Así es como se han centuplicado las fuerzas de que disponian los Jesuitas; mientras que á la misma época esas mismas fuerzas mas activas, mas decisivas, solo se encuentran mencionadas una que otra vez por los historiadores de Alemania (1).

Fernando II daba al Instituto toda la latitud posible. El cardenal de Dietrichstein los instala en Iglan. En esta parte de la Moravia, lo mismo que en Znaym, no se encontraba sin un solo católico. Tres años despues el Protestantismo era vencido y los ciudadanos podian, como los de Znaym, ofrecer al Emperador un crucifijo de oro con esta inscripcion: « Prenda de fidelidad que da á Fernando II la ciudad « católica de Znaym. » Los herejes de Glatz, dejándose arrastrar por la fiebre de persecucion habian arrojado los Jesuitas de su ciudad: suplicáronles despues que les alcanzasen el perdon del Emperador, y los Padres lo obtuvieron, y la fe volvió á Glatz con la clemencia, virtud que era menos conocida en los campos, cada uno de los cuales procuraba únicamente sobrepujar al otro en valor y en atentados contra la humanidad.

Al ver ese desencadenamiento de las pasiones luteranas sobre la Compañía de Jesus, uno se ve casi tentado á creer que ella sola era el móvil de la guerra y que para protegerla ó derribarla los mas grandes capitanes del siglo XVII, tan fecundo en heroes, se daban esas batallas de cuales se ha constituido Schiller el historiador poeta.

(1) En una carta del cardenal Barberini al nuncio apostólico se lee « Lamormaini es un digno confesor, un hombre que no se deja vencer » por consideraciones temporales. » *Littera del cardinale Barberini al nuncio Baglione*, 17 *martii* 1635.

Por la enseñanza que propagaban, por sus predicaciones y controversias, por su caridad, que no cejaba ni ante los sufrimientos del cuerpo, ni ante las enfermedades del alma los Padres ejercian sobre las poblaciones un ascendiente que era la envidia de los pastores herejes. No atreviéndose á marchar sobre sus mismas huellas, creyeron estos que era mas fácil calumniar que combatir con armas iguales. Extraviaron por consiguiente el fanatismo de los pueblos presentaron como enemigos constantes de su culto á esos Jesuitas, á quienes era seguro encontrar al mismo tiempo en el palacio de los reyes y en la cabecera de la cama del pobre, bajo la choza del salvaje y en las cátedras de las universidades, en el seno de las ciudades y en el fondo de los desiertos. Los Jesuitas militan siempre y en todas partes, y los caudillos de la reforma creyeron que abatiendo esa corporacion darian un paso de gigante hácia su objeto. Los herejes no ocultaban sus proyectos: cebáronse en la Sociedad de Jesus; pero los Católicos la apreciaron mas cuanto mas aquellos la odiaban. Los unos saqueban las casas y los colegios de la Orden, y los otros reparaban estos desastres por un sentimiento de gratitud religiosa y por miras políticas. La herejía degollaba á los Jesuitas alemanes, y Roma forma otros en su Colegio germánico, y les enviaba al Rin y al Danubio para que combatiesen por la Fe en los ejercitos que militaban por ella. La Compañía de Jesus habia abierto un asilo á todos los fieles proscritos, la Alemania, la Irlanda y la Escocia poseian en Roma su colegio, que era un plantel de apótoles y mártires, plantel que la inquisicion anglicana no pudo destruir, y contra el cual no fueron mas felices Gustavo Adolfo, Mansfield y Brunswik con todas sus victorias.

Richelieu sondeaba todos esos generales. Los Protestantes de la otra parte del Rhin se armaban contra la tranquilidad de su patria, y á fuer de mercenarios ilustres hacian la guerra en Alemania á cuenta de la Francia. El grande Gustavo Adolfo recibia el oro del extrangero, y el extranjero quiso volver á la Francia el dinero que daba á los Suecos y á los sectarios. Habia en el Reino Cristianismo hugonotes siempre dispuestos á insurreccionarse: los Rohan, los Sombire y los demás jefes del Calvinismo, ponian á sus correli-

gionarios á sueldo de la España. Richelieu se apoya en los Protestantes de Alemania; el Emperador y el rey Felipe incitan á los herejes á la rebelion. Estos últimos levantan el estandarte de la guerra civíl, y vióse entonces á los príncipes y á los ministros católicos, á Fernando II y Luís XIII, á Richelieu y Olivares escudarse cada uno por su parte con los Protestantes. Los Calvinistas se levantaban en Francia para servir á los intereses de la Alemania, y los Luteranos alemanes inundaban el Imperio de sangre y de ruínas para favorecer los planes de Richelieu.

Fernando habia resuelto arrojar de sus estados hereditarios á los Protestantes que querian destruir su poder, y los Jesuitas fueron sus mas ardientes y hábiles auxiliares. En 1626 ordenó que se hiciese en su Imperio un padron de los herejes convertidos por los Padres, y su número se elevó á un million y medio (1). Hallábanse los Padres en su gabinete imperial, en sus ejércitos, en medio de los sectarios vencidos, y hasta se atrevian á penetrar en los campos de los Luteranos vencedores. En Bohemia el príncipe Lichtenstein les animaba á que reedificasen sus colegios destruidos, y « el nuncio Carlos Caraffa, dice Ranke (2), se admiraba de » la mucha gente que acudia á las iglesias de Praga, en » las cuales habia muchas veces el domingo por la mañana » dos ó tres mil personas, cuya humildad y recogimiento » admiraba. » El Emperador pedia que se acabase con los rebeldes de Bohemia, Ungría y Austria; y como la influencia de las armas no era mas que momentánea pensó en domarles por medio de la educacion. Este era el mismo consejo que dieran muchísimas veces el Papa y los Jesuitas. Para realizarlo era preciso despojar á los Protestantes de los bienes eclesiasticos de que se habian apoderado . Fernando no dudaba del derecho: pero los medios de ejecucion le parecian casi imposibles, y vacilaba. El nuncio Caraffa, los cuatro príncipes electores católicos y el padre Lamormaini triunfaron al fin de su irresolucion, y el 28 de agosto de 1629 apareció el edicto de restitucion.

(1) *Inventa sunt quingenta supra decies centena millia.*
(2) *Historia del Papado*, tomo IV, pág. 121.

Esto era dar un golpe de muerte á la herejía. Como todas las revoluciones centuplicaba el número de sus adeptos asociando la expoliacion á sus ideas de emancipacion y de libertad; y era atacarla en sus obras vivas y romper su resorte mas activo no permitir el robo que habia autorizado. Una vez admitido y aplicado este principio tutelar, los Protestantes no temieron hacer oir sus quejas. Los que habian despojado al Clero acusaban al Emperador de injusto porque les obligara á devolver lo que usurparan á la fuerza. La apostasía de la antigua Religion parecia consagrar á sus ojos el robo hecho á la Iglesia Católica y que les habia enriquecido. Fernando no se dejó intimidar por aquellos clamores hijos del interés. La victoria que Tilly acababa de alcanzar en las riberas del Lutter sobre el ejercito danés, y las que en el mismo tiempo coronaban las armas de Waltsein y del duque de Friedland no permitieron oponerse sino con maldiciones á las órdenes imperiales. La Iglesia recobraba sus bienes, mas entonces suscitóse una grave dificultad.

A fin de arrastrar al error á los sacerdotes y á los conventos, la herejía habia dejado á los apóstatas la propiedad de las tierras de que no tenian mas que el usufruto; y seducidos por esas promesas, un gran número de frailes hicieron causa comun con el Protestantismo. Era forzoso distribuir al Clero que habia permanecido fiel y que habia combatido, esas propiedades que eran el patrimonio de una generacion nacida del perjurio, ó transmitidas á herederos que no tenian mas derechos que los de la violencia. Los Jesuitas se encontraban en primera linea para fecundar por medio de la educacion las nuevas riquezas que iba á poseer la Iglesia Católica. El Emperador se habia puesto de acuerdo con el soberano Pontífice, y en el mes de julio de 1699 la santa Sede decretaba : « que una parte de los bie- » nes restituidos podria destinarse á la creacion de semi- » narios, pensionados, escuelas y colegios, tanto de Jesui- » tas, que fueron los autores principales del edicto impe- » rial, como de otras órdenes religiosas. »

Urbano VIII decidia la cuestion; y su sobrino el cardenal Barberini explicaba los motivos á Paleotta, nuncio de

la santa Sede cerca del emperador: «El bien del estado, » escribia en 24 de enero de 1630, exige que se construyan » seminarios, que se erijan colegios y que se creen parro- » quias sobre todo en el momento en que la mies es abun- » dante. Es indudable que si sus fundadores viviesen to- » davía y fuesen testigos de las calamidades, de la miseria » y de los azotes que devastan su patria, no permitirian » que se diese á sus propiedades otro destino que el que » mejor puede impedir la ruína de la Fe. Añadid á esto » que no queda nadie á quien deban restituirse; pues los » monasterios estan destruidos, y los religiosos no existen. » Esta es pues la ocasion de acudir á la suprema autoridad » del Vicario de Jesucristo á fin de que disponga de esos » bienes y que los aplique á lo que exija la mayor gloria » de Dios. »

Las intenciones del Papa y de Fernando II eran asaz manifiestas, cuando un hombre cuya pluma ejercia no poca influencia en los ánimos, y que ha combatido á los Jesuitas con toda clase de armas, Gaspar Schopp, mas conocido bajo les nombres de Scioppius, Alfonso Vargas, Melandro, Junipero de Ancona ó de Geraldus, vino á dar á su plan una aprobacion inesperada. Schopp se hallaba en el centro de la Alemania, conocia sus necesidades, estudiaba y explicaba sus ideas, y el 14 de julio de 1630 el infatigable adversario de la Compañía de Jesus, al que llamaban el Atila de los escritores, dirigia á Cornelio Mottman, auditor de la Rota, una carta, en la cual se lee lo siguiente (1):

« Creo obrar como debo sugiriéndoos algunos consejos » que podriais manifestar al Papa y á los cardenales á fin » de utilizar en la propagacion y conservacion de la Reli- » gion las rentas de los bienes eclesiásticos que segun el » edicto deben ser restituidos á la Iglesia. En primer lugar » es preciso considerar el gran número de operarios evan- » gélicos que se necesitan en estos paises devastados por » la herejía. La baja Sajonia es por si sola un gran reino: » ¿dónde se encontrarán bastantes sacerdotes para culti- » var esta provincia? En el bajo Palatinado les Jesuitas se

(1) *In notis ad Poggianum*, tomo IV, pág. 425.

» ven obligados á desempeñar todas las funciones de los
» sacerdotes de las parroquias, á menos que no quieran
» abandonar á esos pobres pueblos. Si el Emperador per-
» severa en sus designios, me parece que el cielo ofrece
» por este medio recursos al soberano Pontífice. Solo el
» ducado de Wítemberg contiene de sesenta á setenta mo-
» nasterios, cuyas rentas serán muy útiles para fundar se-
» minarios, pues el duque de Witemberg educaba mas de
» cuatrocientos jóvenes herejes con las rentas de esos do-
» minios sagrados. Lo mismo puede decirse de las demás
» provincias. El mayor bien que puede hacerse es educar
» muchos jóvenes en los principios de la Religion Católica
» y formar de ellos doctores y maestros para los pueblos.
» En cuanto á mí, si conociese otros además de los Je-
» suitas capaces de desempeñar tan importantes funcio-
» nes, me apresuraria á ofrecérselas; y si bien no apruebo
» todo lo que hacen los Padres, me veo sin embargo obli-
» gado á confesar, y no me atrevo á negarlo, que despues
» de Dios se debe á los Jesuitas el que la Religion Católica
» no hayo sido completamente desterrada de la Alemania.
» Bueno será pues que de un monasterio de Witemberg
» cuya renta asciende á 20000 florines se funden cuatro
» celegios de Jesuitas en que enseñen las letras divinas y
» humanas, y que como lo han hecho con tan buen éxito
» en Dillinguen, tomen sobre sí la tarea de formar buenos
» discípulos para los monasterios y para las iglesias. La
» misma conducta podria seguirse en la Sajonia, el Palati-
» nado y otras provincias, á menos que el soberano en-
» cuentre medio mas ventajoso. »

Este reparto en que se concedia la mayor parte á la Compañia de Jesus, y esto por consejo de sus enemigos, debia servir de texto á muchas acusaciones (1). Los religiosos del Cister y de san Benito elevaron sus quejas, que la santa Sede juzgó infundadas. Acusóse á los Jesuitas de ambicion y de codicia; y hasta se dijo que abusando del favor del Monarca, procuraban apartar á las demás sociedades religiosas de los lugares donde tenian algun interés

(1) *Moral práctica*, por Antonio Arnauld, tomo I, pág. 138.

humano ó espiritual. Esta última imputacion solo se encuentra en las obras de los Protestantes, y sin venir apoyada en ningun documento histórico, por lo que es preciso admitirla ó desecharla sobre su palabra. Nosotros la apuntamos aunque desnuda de prueba; lo que no sucede con la primera. Dos Luteranos, á quiencs el edicto de 1629 privaba de una fuente de riquezas, han tenido palabras amargas para ajar lo que ellos llamaban afan de los Jesuitas en adquirir nuevas posesiones. Ellos han vituperado (y haciéndolo estaban en su derecho de herejes) su infatigable necesidad de apostolado. Su acusacion tuvo eco hasta en el seno del Catolicismo; así pues conviene examinar lo que hay de real en ella.

Los Jesuitas del siglo XVII, como los que les habian precedido, sabian por experiencia que para emprender y dar cima á grandes cosas se necesitaban grandes recursos. Llevaban una idea muy vasta; proponíanse un fin útil á la Cristiandad; nacian, vivian y morian para combatir la herejía y para someter los espíritus al yugo de la moral y del Evangelio, y este fin no podia lograrse sino con medios proporcionados á la empresa. Despojando á los sectarios del fruto de sus rapiñas daban un saludable ejemplo á los príncipes y al mundo. Admitiendo y hasta solicitando una parte y la mejor de esas propiedades que la herejía habia arrebatado á la Iglesia, no se enriquecian individualmente, pues ningun Jesuita puede poseer : pero si daban á su Instituto una fuerza nueva. Los pingües despojos de la herejía les servian para fundar colegios, acrecer su influencia y disminuir la del Protestantismo. Habia por consiguiente en este modo de obrar tanta prevision como inteligencia política. Critíquenla en buena hora en los Jesuitas; los que lo hagan procurarán imitarlos en cuanto puedan, pues tal es la condicion de existencia de las sociedades, de las corporaciones y hasta de los individuos.

El edicto de restitucion no pudo ser ejecutado mas que en parte : los trastornos de que fué teatro la Alemania durante el periodo sueco, las victorias de Gustávo Adolfo y de Bannier, que tomó el mando del ejército despues de la muerte del héroe protestante, los de Bernardo de Sajonia

Weimar, de Condé y de Turena hicieron quc se aplazasen los proyectos de los Jesuitas. El tratado de Westfalia cambió el aspecto de los negocios.

En 1629, Walstein, que habia llegado al apogeo de las grandezas, pero tan ambicioso de gloria como de poder, habia inspirado á Fernando recelos acerca su fidelidad : vivia retirado en su principado de Friedland, premio de su victoria de Praga. Habíase servido de los Jesuitas en la guerra, y los empleó en el reposo á que las sospechas del Emperador la condenaban, y les abrió su ducado despues de haber expulsado de él á todos los ministros luteranos. El padre Mateo Bernat, despues de haber convertido al Catolicismo la ciudad de Duben, evangeliza las campiñas. La palabra de los Jesuitas no producia el bien con tanta rapidez como deseaba el soldado realizarlo, y en su consecuencia Walstein pone sus tropas en compaña para acelerar los progresos de la Fe. Este medio militar no era el mas á propósito para popularizar la Religion : los Jesuitas probaron de hacérselo comprender á Walstein; mas al saber los Husitas que marchan tropas contra ellos acuden á las armas. El 5 de agosto de 1629 Bernat es cogido y degollado al pie del altar de la aldea de Liburn, Walstein habia creado á los Jesuitas un Colegio en su ciudad de Sagan, el martirio entra en él con los sectarios. Los habitantes de Leitmaritz suplican al Emperador que les envie algunos Padres de la Compañía : llegan estos en 1630 : pero apenas se han instalado, los Suecos se lanzan sobre la ciudad. El conde Enrique Schlick ha establecido un colegio en Eger, el conde Oton de Oppersdorff otro on Hadek; Maria Maximiliana de Hohenzollern, condesa de Serberg, funda uno en la nueva Praga; el burgrave Cárlos Donau se rodea en Glogau de Jesuitas : en algunos meses Weimar á la cabeza de los Protestantes destruye todas esas casas. El padre John Meagh, irlandés, con los hermanos Martin Ignacio y Venceslao Tronoska, caen en sus manos, y mueren los tres; por el mismo tiempo sucumbia tambien el padre Jeremias Tischer.

La alianza pecuniaria del cardenal de Richelieu con los Protestantes de Alemania duplicaba las fuerzas de estos.

Gustavo Adolfo se deja caer en el corazon del Imperio; el 7 de diciembre de 1631 Tilly marcha á contener sus progresos, y los dos ejércitos se encuentran bajo los muros de Leipsick. Gustavo Adolfo queda vencedor; mas como si los triunfos ó las derrotas de los Católicos debiesen ser siempre selladas con la sangre de algun Jesuita, los padres Lorenzo Passok y Mateo Cramer son hallados entre los heridos á quienes exhortaban en su última hora. Los Luteranos no quisieron respetar semejante ministerio. Passok estaba en el campo de batalla entre les moribundos sirviéndoles y rogando por ellos. Los vencedores le reconocen, y le ofrecen la vida si consiente en blasfemar del nombre de la Vírgen; mas el Jesuita la bendice y muere. El príncipe de Luxemburgo ve no lejos de allí al padre Cramer que confesaba un soldado en la agonía. Se acerca, le rompe la cabeza de un pistoletazo, y luego exclama en presencia de Tortenson y de otros generales. : « He » muerto un perro papista en el ejercicio de su idola- » tría. »

Por una mezcla singular de religion y de política, Luís XIII y Richelieu, que procuraban debilitar la casa de Austria suscitándole adversarios, pactaban con Gustavo Adolfo que los ejércitos protestantes respetarian por todas partes y hasta en Suecia el apostolado y los establecimientos de los Jesuitas. Los Padres alemanes y franceses no aprobaban los planes del gabinete de París que sacrificaba á intereses humanos la suerte de la Iglesia y el porvenir del Catolicismo. El cardenal ministro habia creido debilitar su oposicion por medio de aquella cláusula : los Protestantes la olvidaron mas de una vez; mas de todos modos su existencia es un hecho que demuestra el grande ascendiente de los Padres. Despues de la muerte de Gustavo Adolfo, Luís XIII escribiendo desde Dijon al mariscal Bannier comandante del ejército sueco, invocaba ese tratado concluido por el marqués de Fenquieres, y reclamaba su observancia de la hija y heredera del Héroe sueco.

« Primo, escribia el Rey al General protestante en 11 de « setiembre de 1639, muchas razones me hacen apreciable

» la Compañía de Jesus, compuesta de hombres piadosísi-
» mos y de gran prudencia, cuyas virtudes me infunden
» la persuasion asaz fundada que en nada perjudicarán á
» los intereses de nuestra hermana la Reina de Suecia en
» los lugares ocupados por los ejércitos que vos mandais.
» Así que, quisiera que mi recomendacion mereciese de
» ella, por vuestra intercesion, el permiso para que esos
» Padres puedan residir en dichos lugares con la libertad
» de ejercer su ministerio, y que les garantice todas las
» posesiones que en ellos tenian. Mi demanda es conforme
» con los tratados hechos con mi hermano el difunto Rey,
« y renovados con mi hermana la Reina de Suecia. Confio
« que procuraréis que se observen con toda la latitud po-
» sible respecto de los padres Jesuitas, y yo os manifestaré
» mi satisfaccion por vuestros cuidados cuantas veces se
» me ofrezca ocasion (1). »

(1) El 9 de octubre de 1639 el conde de Guebriant, por la Francia, y el mayor general Erlack, por la Suecia, firmaban en Brissach un tratado en el sentido que indica la carta de Luís XIII. En 25 de agosto del año siguiente, todos los generales protestantes que cedieran á los deseos de Luis XIII daban á todos los Jesuitas y á sus colegios cartas de seguridad, y tenemos en nuestro poder muchas que Bannier concedió á los de Erfut, d'Haguenean y Molsheim.

Los Jesuitas invocaban la proteccion de la Francia, y en la correspondencia del General de la Compañía con los confesores de Luis XIII, los padres Sirmond y Dinet encontramos nna demanda de intervencion en cada carta. En 3 de julio de 1639, Vitelleschi escribia: « Me da » vergüenza cansar tantas veces la benevolencia del Rey en nuestro » favor; pero los pobres tienen derecho en algun modo para importu- » nar á los príncipes misericordiosos y clementes, sin ofenderles por » eso : vea pues vuestra Reverencia, si puede alcanzar algo del Rey Cris- » tianísimo, para nuestros hermanos de Bohemia, en cuyo reino hemos » perdido cinco colegios, habiendo tenido que huir nuestros Padres al « acercarse el general Bannier. Y no se crea que tuviesen motivo para » huir; pues habiéndose apoderado este General del Rector del colegio » de Guttemberg y de otros tres Padres, los ha llevado consigo, y ha » pedido diez mil ducados por el rescate del primero, amenazándole » de no efectuarlo dentro de tres dias, con que le cortaria la cabeza. ¿No « podríais alcanzar del Rey Cristianísimo una recomendacion en favor » de los nuestros de Bohemia y de los países inmediatos? No insisto mas: » sé, Padre mio, que vuestro corazon se abrasa en el amor de Dios y en « él de sus hermanos. »

Tilly habia sido vencido : su antiguo renombre se eclipsaba ante la gloria de Gustavo Adolfo. El emperador Fernando llamó del destierro al duque de Friedland ; Walstein se mide con el Sueco, y le vence y es vencido por él; pero conociendo que esas derrotas y esos triunfos parciales de nada sirven para cambiar la situacion de los negocios, se decide á perderlo ó á ganarlo todo. El 16 de noviembre de 1632 le presenta batalla en las llanuras de Lutzen, ilustres llanuras que, cual las de Leipsick, verán todavía dos siglos despues, grandes ejércitos y eminentes generales disputarse el imperio del mundo. Gustavo Adolfo triunfó de Walstein, como habia triunfado de Tilly ; mas esta fué su última victoria. Gustavo quedó sepultado debajo de sus laureles; murió como deberian morir todos los héroes, como habia muerto algunos meses antes Tilly en el paso Lech.

La pérdida del General en jefe de la Liga protestante era para los Católicos un acontecimiento de la mas alta importancia. Bannier y Bernardo de Sajonia Weimar, á la cabeza de los Suecos sostenian la lucha todavía ; mas un acontecimiento venturoso podia destruir esa coalicion cuyos intereses eran distintos. Dos años despues los Imperiales vencen en Nortlingen; y Fernando, á quien no han podido desalentar tantos desastres, vuelve á prosequir su obra desde el punto donde la habia dejado. Los Jesuitas eran sus mas activos auxiliares, y Sciopius, que no ha obtenido de ellos lo que esperaba, se alista en el número de sus detractores. La calumnia fué tan audazmente grosera, que el mismo Emperador escribió á Mucio Vitelleschi, general de la Orden : « Mi reverendo Padre en Jesucristo, yo envio á vues-
» tra Reverencia la mentira de la mentiras; me he reido
» de ella al propio tiempo que me ha indignado. Si vuestra
» Reverencia desea de nos un testimonio de lo contrario,
» tendrémos un placer de darlo del mejor modo posible y
» y con la mayor solemnidad, á fin de conservar intacto el
» honor de la Compañía de Jesus nuestra madre. Que Dios
» conserve á esta y á vuestra Reverencia, á cuyas oraciones
» me encomiendo. Todo de vuestra Reverencia.—*Fernando.*
» En Ebersdorc, á 17 de setiembre de 1633. »

Al propio tiempo que se ofrece por fiador de los Jesuitas, les derrama por todo el imperio. Fernando quiere á volver á la unidad, porque ha visto por una fatal experiencia las desgracia que provocan en un reino las divisiones religiosas. Inspirado por esta idea, ordena á su ejército y á sus magistrados que secunden á los misioneros de la Compañía de Jesus. En este último periodo de su vida es cuando el Emperador es principalmente acusado de fanatismo, de intolerancia y de crueldad.

No tenemos ni que vindicar ni que acusar su memoria; pero sí es fuerza decir, porque es la expresion la mas sincera de los hechos, que en medio del movimiento que siguió á tantos trastornos causados por el soplo de la herejía, el Emperador, aconsejado por los Jesuitas no echó mano ni de los tormentos, ni de los verdugos para volver á sus súbditos al culto de sus abuelos. Como Enrique VIII, Elisabeth, los Holandeses y la mayor parte de los príncipes luteranos de la Alemania, no puso los suplicios en lucha con las convicciones. A fuer de monarca que tenia el valor de sus ideas, no ocultó ni á sus comtemporáneos ni á la posteridad los medios de que se valia, y no fué desleal. Permaneció siendo hombre político, mientras que los soberanos Protestantes se hacian perseguidores, y no permitió que corriese la sangre para provocar las creencias. Tomó sin embargo medidas rigurosas; mas estas no tendian á violentar la conciencia para introducir una nueva fe, como en Inglaterra y en Irlanda; sino que se trataba tan solo primero de defender el Catolicismo, y luego de propagarlo á los pueblos que el error habia seducido. A fin de realizar su pensamiento de unidad católica, Fernando no vaciló en acudir á los confinamientos y desterró de las tierras del imperio á los ministros y á cuantos invocaban la fuerza en favor de la Reforma. Solo fueron presos algunos de los mas exaltados, y concedió el derecho de emigrar á los que prefirieron su culto á la patria.

Con las ideas de libertad que el tiempo y la indiferencia en materia de religion han inspirado á los hombres, quienes por otra parte se destierran y se matan por teorías políticas, tales hechos serán severamente juzgados. Nos-

otros no los aprobamos tampoco, por mas que la tolerancia no sea de rigor en todas las ocasiones y que el príncipe esté tan obligado por lo menos á defender la Religion y la verdad como los otros bienes de sus súbditos. En aquella época en que el Protestantismo habia cubierto de ruínas el imperio Germánico, Fernando se valió de la violencia moral para cicatrizar las llagas y sobre todo para prevenirlas. Su sistema tendia á comprimir, y no á degollar; no dejaba la libertad de discusion, pero concedia la facultad de vender su patrimonio y de ir á buscar bajo otros cielos una tierra donde fuese permitido á cada cual seguir sus opiniones: pocos luteranos se sentieron harto convencidos para tomar el camino del destierro: la inmensa mayoría habia cedido á sus pasiones ó á una ignorancia grosera. Los Jesuitas tuvieron pues que calmar la efervescencia general, y que ilustrar un pueblo al cual habian arrastrado á la herejía mas bien que las predicaciones de Lutero ó las entusiastas teorías de sus discípulos, los vicios de muchos miembros del Clero y los escándalos y apostasías de no pocos.

Durante veinte años se les encuentra en todos los campos de batalla: aquí prisioneros de los Luteranos y sobrellevando todos los sufrimientos del cautiverio; allá secundando las miras católicas de los príncipes de Alemania. El 29 de octubre del 1633 el landgrave de Leuchtemberg muere en Praga entre los brazos del padre Gaspar Lechner; los Martinicz, Forgacz, Pablo de Mansfeld, Cristiern de Brandebourg, Rubna, Kolowratt, Metternich, Eggemberg, Colata, Rieffenbach, Zampach, Brennei Hartwig, Oppersdorff, Paar, Picolomini, Waldstein, Wratislaw, Colloredo, Harrach, Frederico de Hesse, Lichstenstein, Kinski, Wrangel, á quienes han sostenido en la Fe, les protegen en su apostolado. Los Padres saben que un gran número de ellos caerán bajo los hierros de los Luteranos; que como los Jesuitas Andres Calocer, Mateo Cuber, Herman Kadisk, Knippmann, Leon Jorge, Stredon y Laubshy serán hechos esclavos; pero ven á través de esas miserias y de esos sacrificios la Alemania á la cual tienen que preservar de la herejía, y marchan sin te-

mor á unos combátes cuya gloria no encontrarán jamás en la tierra.

Mientras que reparaban con misiones pacíficas la obra de destruccion multiplicada en los dos campos, el Emperador exhalaba el último suspiro; el padre Lamormaini le asistia en ese instante supremo y en el mismo año, 1637 sucedíale su hijo con el nombre de Fernando III. Volvieron á comenzar las hostilidades con un nuevo encarnizamiento. Fernando II habia tenido un digno enemigo en Gustavo Adolfo, Bernardo de Sajonia Weimar lo fué de su hijo. La gloria ganada por los ejércitos beligerantes no compensó las calamidades morales y materiales que cayeron sobre la Alemania. Menos afortunado que su padre, el Emperador atacado á la vez por los Suecos y por los Franceses, teniendo que luchar contra Weimar, Condé, Turena, Guébriant, Bannier y Forienson se vió reducido de derrota en derrota al último apuro. En 1648 la paz de Westfalia le dejó un imperio desorganizado, y los cultos Luterano y Calvinista triunfaron sobre las ruínas que habian amontonado.

En esta guerra de treinta años, durante la cual cada dia tuvo su combate, los Jesuitas no hicieron mas que un papel pasivo; esto es, predicaron, sufrieron y se sacrificaron; solo en el sitio de Praga se hicieron soldados por patriotismo, y se igualaron con los mas valientes. El príncipe Cárlos-Gustavo, que sucedió á Cristina en el trono de Suecia, fué en 1648 á bloquear la ciudad de Praga con el ejército de Wrangel. El padre Jorge Plachy, profesor de Escritura sagrada en la Universidad, era uno de esos hombres á quienes el sacerdocio no hace perder nada de sus virtudes de guerrero. Forma un batallon de voluntarios de los estudiantes que tienen confianza en su valor, de que tiene ya dadas pruebas, y para evitar la última afrenta á la Alemania se coloca con aquellos jóvenes en la brecha combatiendo en ella con un denuedo que no se desmintió jamàs. El ejemplo de Plachy no fué estéril. La patria estaba amenazada, era preciso salvar la ciudad ó ver parecer el Catolicismo; los monges y los seculares corrieron á las armas. El padre Andrés de Buisson, al frente de setenta Jesuitas, y las demás

órdenes religiosas tomaron parte en los combates. Muchos perecieron; otros fueron heridos; pero en fin el príncipe de Colleredo que mandaba en la ciudad, hizo una resistencia tán heróica, y los sacerdotes de todos los institutos secundaron tan bien sus planes, que los Suecos se vieron obligados á levantar el sitio. El padre Plachy habia combatido siempre en primera fila : los oficiales de los imperiales le premiaron con una corona mural, y el Emperador Fernando III, á fin de consagrar esos altos hechos, escribió de su mano al General de la Compañía de Jesus la siguiente carta :

REVERENDO Y ESTIMADO PADRE.

« Doy gracias á Dios por el felíz resultado de ese amor á » la patria, de ese celo ardiente por el bien comun de la Re- » ligion, de que los Padres de la Compañía de Jesus esta- » blecida en Praga han dado un ejemplo tan brillante hasta » el último trance en la gloriosa defensa de esa querida ciu- » dad. De cada dia nos recomiendan mas y mas su compor- » tamiento. Entre las hazañas de los demás defensores se » nos cita con unánimes elogios los eminentes servicios del » padre Jorge Plachy, cuyo valor y destreza han excitado, » armado y sostenido la juventud de nuestras escuelas. He- » mos creido esa cooperacion de vuestra Compañía y los » servicios del padre Plachy dignos de recibir la expresion » de que nos han consolado sobre manera. Ellos nos han » sido tan agradables, que en toda ocasion nos manifesta- » rémos agradecidos y dispuestos à favorecer vuestra Orden » con una munificencia imperial y real. Sí, yo os prometo » mi imperial y real benevolencia. — En Viena, á los 16 de » diciembre de 1648. — *Fernando..* »

El tratado de paz de Westfalia, tan honroso para la Francia, era la muerte del Catolicismo en Alemania. Solo los Jesuitas en la esfera de sus funciones osaron no desesperar de la causa de la Iglesia, que el Rey de Francia habia abandonado momentáneamente por grandes motivos políticos. Procuraron llevar adelante los planes que la muerte del padre Lamormoini, acaecida en Viena en 22 de febrero

de 1648, dejaba sin terminar. El Protestantismo obtenia derecho de ciudadanía en Alemania, gracias á su alianza con el gobierno francés : los Jesuitas lo minaron por la base, popularizando la educacion y abriendo en todas partes escuelas en que la elocuencia venia en el auxilio de la lógica. Los acontecimientos dominaban su incesante accion, y los Padres aprendieron á desviarlos. Poníanse trabas á la libertad de su ministerio; mas ellos trabajaron á la sombra, y poco á poco lograron minar la herejía.

Esta no estaba ya sostenida por la idea de su emancipacion; solo tenia que empeñarse en discusiones teológicas, y estuvo muy distante de manifestarse en las cátedras tan temible como en los campos de batalla. Un peligro comun habia reunido todas aquellas sectas separadas entre sí por un abismo de orgullo; la prosperidad volvió á dividirlas, porque carecian de un centro de direccion, de un vínculo de unidad. Los Jesuitas habian presentido sabiamente que los proyectos de reforma naufragarian al tomar puerto y que el triunfo seria mas fatal al Luteranismo que sus derrotas. Habíanse puesto en estado de recoger los frutos de su prevision, y esos frutos fueron abundantes. En menos de veinte años los Padres hicieron resaltar tan bien el vacío de aquellas creencias aisladas, y el vicio del libre exámen, que el Protestantismo fué mas bien una oposicion habitual contra la corte de Roma que un culto que ofrecia á los espíritus pensadores un cuerpo de doctrinas homogéneas.

Lo mismo que la Alemania, la Bélgica y la Holanda se hallaban en presencia de los dos principios religiosos. En estas provincias de los Países Bajos, reunidas muchas veces por la victoria, pero hóstiles siempre por las costumbres, por el espíritu de nacionalidad y por el interés, agitábase la misma cuestion con las armas en la mano. Allí, como en todas partes, los Jesuitas sufrian las consecuencias de los triunfos de los Luteranos.

Vimos ya que en 1612 la Bélgica habia sido invadida en dos provincias de la Orden : la provincia Flandro-Belga se extendia por la Holonda. Alejandro Farnesio habia establecido en ella dos casas militares, esto es, habia deseado que los Jesuitas siguiesen sus banderas, á fin de inspirar á los

soldados mas confianza en su propria causa. Lo que Farnesio habia hecho en el ejército de tierra, Spínola lo realiza en la flota. Hay Jesuitas entre sus tropas, y quiere que los haya tambien entre sus marineros. Mientras que en medio de los campamentos y en las escuelas los padres Scribani, Coster, Lessius y Sailly colocaban á sus subordinados de centinelas avanzadas de la Religion, y que la defienden contra los ataques del Protestantismo, otros continuaban en la misma Holanda la obra de sus predecesores. Proscritos de los estados de la República, esta proscripcion solo habia servido para centuplicar su celo. Mauricio de Nassau y los suyos les amenezaban de continuo con los tormentos; los Jesuitas despues de haber regularizado su acion, marchaban á la realizacion de la obra apostólica. En 1617 ocupaban las principales ciudades de las provincias confederadas y se hallaban en Amsterdam, La Haya, Utrecht, Leyde, Harlem, Delft, Rotterdam, Gonda, Hoorn, Alkmaer, Harlingen, Groninga, Bolsward, Zutphen, Nimega y Vianen. Publicábanse cada dia edictos contra ellos, porque cada dia sus esfuerzos alcanzaban un nuevo triunfo. Obraban y hablaban con misterio, y allí, como en todas partes, el misterio fué favorable al proselitismo. Los holandeses católicos eran invencibles; los Luteranos procuraron comprometer á los Jesuitas imprimiendo su correspondencia secreta con el General del Instituto. En aquellos tiempos de controversia y de peligros y en medio de enemigos que no dormian, no era posible tratar de los negocios de la Religion sino con muchísima reserva, y á fin de poner sus secretos á cubierto de toda sorpresa é interpretacion, los Jesuitas se valian de un lenguaje convencional. Hallábanse en Holanda, y habian adoptado el estilo del comercio. Cayó su correspondencia en manos de los agentes de Nassau, y no pudiendo descifrarla la dieron á comentar al pueblo bajo el título de : *Occultus mercatus Jesuitarum*. Apenas fueron impresas aquellas cartas, cuando el público supo interpretarlas, y cuando, á fin de no dar mas prestigio á la Compañia de Jesus, cuyos trabajos revelaba aquella correspondencia, los Protestantes se vieron obligados á recoger todos los ejemplares que habian diseminado.

La España habia negociado con la Holanda; los reyes Católicos reconocian la Confederacion que les privaba con las armas de su libertad y su nuevo culto. Apenas el Protestantismo hubo triunfado, cuando se introdujo la division en sus doctrinas. Los sectarios se habian separado de la unidad para marchar por la senda del libre exámen, y este les llevó á la confusion, y de ella á la intolerancia y al asesinato judicial. Dos discípulos de la escuela de Calvino, Gomar y Arminius, dividieron los Holandeses en dos bandos. La política mezcló sus teorías á las de los doctores, y pronto las Provincias Unidas no fueron mas que un vasto campo de batalla donde cada cual combatió, segun Voltaire (1) « por cuestiones obscuras y de poco momento, en » las cuales no se sabe siquiera definir las cosas de que se » disputa. » Mauricio de Nassau se hallaba á la frente de los Gomaristas, que favorecian sus proyectos ambiciosos; y el Gran pensionario Burnevelt y Grocio se pusieron de parte de los Arminios, procurando limitar el poder que se atribuía.

Semejante situacion debia dar orígen á colisiones sangrientas. Mauricio de Nassau, como todos los revolucionarios venturosos, se manifestó inexorable con sus adversarios. Habíanse coligado contra el despotismo de uno solo; habian proclamado juntos la libertad de los cultos, la libertad de pensar, y los que se llamaban hermanos la víspera anterior solo aspíraban á reemplazar por un nuevo absolutismo el de los reyes de España y del duque de Alba. Barnevelt y Grocio raciocinaban, discutian; como todas las oposiciones, los Arminios hablaban de derechos imprescriptibles, de igualdad y de justicia. Nassau les combatió con la espada y les hizo morir en el cadalso, y luego cuando la guerra civil no le ofreció bastantes probabilidades de que triunfaria, apeló á sus teólogos. Reunióse un sínodo en Dordrecht en 1618, eu cual condenó á los Arminios. Con menos autoridad, con menos ciencia, con menos vir- » tudes que las que desplegaban los concilios generales, ajando las doctrinas de los novadores, y sin embargo ex-

(1) *Ensayo sobre las costumbres.*

clusiva, como todas las sectas, aquella asamblea invitó á los herejes á unir su causa á la suya. « Cuatro provincias de » Holanda, dice Mosehein, teólogo y escritor protestante (1), » rehusaron adherirse al sínodo de Dordrecht. Este sínodo » fué recibido con desprecio en Inglaterra; porque los an- » glicanos respetaban á los Padres de la Iglesia. »

Mauricio de Nassau hallaba oposicion hasta en sus mismos correligionarios y por lo tanto acudió al verdugo para hacer triunfar sus doctrinas y su ambicion. El anciano Barnevelt luchaba por la emancipacion de su patria, y no queria doblegarse á los errores de los Gomaristas. Fiel á los que habia abrazado evocaba el fantasma de la libertad; mas no la encontró sino en la muerte. Cortáronle la cabeza, « por- » que, segun la sentencia promulgada por una comision, » habia contristado cuanto pudo la Iglesia de Dios. » Esas ejecuciones, mas odiosas que aquellas con que habia ensangrentado el duque de Alba el suelo de los Países Bajos, esas divisiones entre los sectarios, que no reconocian la autoridad de la santa Sede para abandonarse á su razon individual, eran á propósito para convertir á los espíritus. El Protestantismo se manifestaba mas intolerante que la Religion Romana. Al pie del cadalso de Barnevelt, delante del calabozo de Lowenstein, del cual sacaba la mujer de Grocio á este gran jurisconsulto, los Jesuitas se apoderaron de esta reaccion, y supieron sacar tan buen partido de ella que la persecucion dirigida contra Barnenelt se convierte en simiente católica. Multiplícanse las capillas detrás de los escritorios de los mas ricos comerciantes; mas en el año 1620 la muerte del archiduque Alberto hace renacer las hostilidades entre Mauricio de Nassau y la España. Estalla la guerra, y un azote terrible todavía se encarniza en los dos ejércitos; este azote es la peste de Mansfeld, llamada así por los Católicos del nombre de Felipe, conde de Mansfeld y general en el servicio de Holanda. Corríanse mas peligros en los hospitales que en los campos de batalla; los Jesuitas se presentaron donde quiera que gemia un moribundo. Sacrificanse en Bruselas y en Lovaina, y

(1) *Instit. historiæ ecclesiásticæ.* (Helmstadt, 1764.)

mueren en Malines los padres Proost, Gaillard, Wiring y Seriantz, y an Amberes David Taleman, Jorge Vanderlachen y los coadjutores Vanderlos y Spernmaher.

Los sufrimientos que arrostran para sí mismos, y que endulzan para los demás, no les hacen olvidar que deben ser siempre y en todas partes los porta-estandartes de la Iglesia. En 1623, en lo mas recio de esa guerra, que ha ilustrado los nombres de Mauricio de Nassau y de Ambrosio Spínola, los Jesuitas prueban de entrar en Dinamarca. Coster, Lessius y Sailly mueren consumidos por el trabajo en el intervalo de algunos meses; pero es preciso que no parezca que esas pérdidas han debilitado la energía del Instituto. Los unos parten para Dinamarca á través de la flota holandesa, y otros van á llevar á los Protestantes prisioneros et tributo de su celo. En Dunkerque y en Amberes esos cautivos de la guerra son abandonados sin recursos. Encuéntranse entre ellos Ingleses, Alemanes y Escoceses; mas los Jesuitas les confunden á todos en un mismo sentimiento de compasion. Su jefe, de Mansfeld, cae en la batalla de Fleurus en poder de los Españoles, y el padre Guillermo de Prejere se bace abrir la ciudadela de Amberes, donde Gonzalo de Córdova guarda á su prisionero. Pretere se gana la confianza del audaz partidario, disputa con él, y á la voz del Jesuita desciende la conviccion en su alma. Mansfeld se hace católico, y apenas ve rotas sus cadenas, abjura la herejía al pie mismo del altar de los Jesuitas.

La provincia galo-bélgica, como la mas inmedita á Francia era tambien la menos expuesta á los desastres de la guerra; y así era que la Compañía hacia en este rico país los mas rápidos progresos. En 1616 los príncipes Juan y Gil de Mean fundaban un colegio en la ciudad de Huy, su patria; mientras que se elevaba otro en Maubenge bajo la proteccion de Francisco Brunelle. Los religiosos de Saint-Waast dotaban á los Jesuitas de Arras; las canonesas de Santa Gertrudis y el obispo de Namur les ofrecian una casa en Nivelles; y Florencio de Montmorency y Francisco Grenier los establecian Armentieres, cuyas costumbre reformaba el padre Carlier con sus predicaciones. En Lille,

donde acababa de declararse la peste, se hacian los enfermeros de los moribundos y perecian con ellos. En Tournai se empeñaba una lucha sublime de caridad en la Compañía y los Agustinos, y en la cual perdieron los Jesuitas porque los últimos invocaron en favor suyo la prioridad de sacrificios. En 1620 no era ya la la peste sino el hambre la que diezmaba los habitantes de Douai. Los magistrados han agotado todos los recursos del commun; los necesidades, y hasta los ricos, se ven condenados á perecer de miseria; los Jesuitas acuden á su socorro; reunen sus discípulos, les cargan de canastas llenas de víveres y distribuyen el pan de la caridad en todas las puertas. Francisco de Monmorency es testigo de esas obras, que la historia, arrastrada por el choque de las pasiones, no ha tenido tiempo de consignar en sus páginas, y que se olvidan como se pierden los beneficios en la memoria de los hombres, y quiere consagrar este sacrificio sacrificándose él mismo. Su nacimiento y sus méritos le han elevado al apogeo de los honores, y se despoja da las dignidades de la tierra para hacerse Jesuita.

En todas partes la Bélgica aceptaba á los Jesuitas como una muralla contra la herejía, y como una seguridad para el porvenir. La Holanda les proscribia por este doble motivo; mas los Católicos no temian marchar por opuesto camino. En 1628 Ana y Ester Jansen y Juana Keiser, su parienta, ofrecian á los hijos de San Ignacio una casa de noviciado en Lierre. Francisco Van der Burg, arzobispo de Cambray y Juan de Florbecque fundan en 1632 el colegio de Ath. En 1636 perecen once Padres de veinte y cuatro que se reunieron para socorrer á los apestados de Bethune. Al contagio sucede la guerra, la cual destruye el colegio; pero pronto renace de sus ruinas por la generosidad del padre de Libersaert y de su tio el conde Nedonchel.

Tantos triunfos no eran los mas propios para tranquilizar á los Protestantes. El duque de Bouillon, gobernador de Utrecht, vuelve al seno de la Iglesia católica, y esta conversion, que priva á los sectarios de uno de sus mas ilustres defensores se debe al padre Juan Bautista Boddens, rector del colegio. Los herejes, no pudiéndose vengar en el

príncipe, lo hacen en los Jesuitas. Utrecht se habia sometido an 1663 á los Holandoses con la condicion de que los Católicos y los miembros de la Compañía de Jesus gozarian los unos del libre ejercicio de su culto, y de la facultad de desempeñar su ministerio los otros; mas la abjuracion del duque de Bouillon y los triunfos que coronaban los esfuerzos del Instituto provocaron medidas opresivas.

Violábase la capitulacion, y los padres Boddens y Gerardo Paezman recuerdan al vencedor las promesas estipuladas en el tratado, que obligan á la tolerancia religiosa, y atacan con energía semejante atentado contra los derechos de la conciencia y de la justicia. Sus palabras hallan ecó en el corazon de los infieles, y los Luteranos acusan á los Padres de que traman un complot para introducir á los Españoles en la plaza. La conspiracion existia en realidad, y fué descubierta por un soldado que se habia asociado á ella y reveló los planes y los nombres de los conspiradores. Nó citó entre estos ningun jesuita, y se le ofrece la libertad y riquezas si acusa á Bodden y Paezman: el soldado se deja seducir por el interés, y declara que ha hablado del complot con los dos Jesuitas.

Esta delacion era mas que suficiente. Boddens, Paezman y el coadjutor Felipe Nottin son puestos en careo con su pretendido cómplice, quien duda, tartamudea y vacila á las repetidas preguntas que se le dirigen. Su irresolucion podia comprometer á los Protestantes, y estos pusieron fin á ella haciéndole cortar la cabeza.

Los Jesuitas se habian defendido diestramente, pues si bien no podemos apoyar nuestra conviccion en ninguna prueba legal, en ningun indicio, creemos no obstante que al menos tenian noticia de la conspiracíon de los Católicos. Lejos de acriminarlos por eso, aprobamos que hubiesen querido castigar semejante violacion del derecho de gentes. Aquella defensa exasperó á los Luteranos, quienes no pudiendo conseguir que confesasen por medio de amenazas, recurrieron á los tormentos. Pusieron á los dos Padres y á Nottin sobre láminas de hierro puestas en forma de aspa; atáronles de pies y manos con cadenas llenas de puntas de acero que penetraban en las carnes; encerráronles el cue-

llo en un enrejado de plomo guarnecido de una triple hilera de dientes, y en esta postura les rodearon de braseros. Apenas el fuego empezó á abrir las carnes, derramaron vinagre, sal y pólvora en las llagas. No satisfechos todavía con tales tormentos, aplicaron sobre los pechos de los Padres siete antorchas encendidas, y los mutilaron hueso por hueso los dedos de los pies y de las manos. Despues de veinte y dos horas de suplicio, los médicos declararon que la existencia de los Padres se extinguia con mas rapidez que su valor, y sin embargo de que nada habian confesado en medio de tantos tormentos, les condenaron á ser decapitados.

Lleváronles, porque sus pies llagados no podian sostenerlos, al cadalso el uno despues del otro, y con pocos dias de intervalo. Perecieron en el mes de junio de 1638, rogando á Dios que perdonase á sus asesinos. Les habian muerto, y como para dejar al mundo una huella viva de la iniquidad de los jueces y de la inocencia de los reos, el consejo de las Provincias Unidas amenazó con las penas mas severas á cualquiera que publicase ningun escrito que recordase, aun cuando fuese á favor del gobierno holandés, la conspiracion que tan bárbaramente habian expiado tres Jesuitas.

CAPITULO III.

Los Jesuitas llamados á Bearne.— Luis XIII y el padre Arnoux. — Este predica al Rey la tolerancia en favor de los Protestantes.— Odio que le profesan los Protestantes.— Arnoux excita al Rey á que se reconcilie con su madre. — El padre Seguiran, confesor del príncipe.— El cardenal Richelieu, ministro. — Motivos que da de su aprecio á los Jesuitas. – La Universidad de París celosa de la Compañía. — El padre Coton, provincial. — Política de Richelieu. — Acusacion contra los Jesuitas. — El cardenal Barberini, legado en Francia, y el padre Eudemundo Joannes.— Mateo Molé y Servin.— El padre Keller, autor de los folletos contra Richelieu. — Son acusados los padres Joannes y Garasse.—*Mysteria política*, y *Admonitio ad regem*.— Con-

denation de estas obras. — Santarelli y el Parlamento. —Muerte de Luis Servin. — Omer Talon ataca á los Jesuitas. — Mateo Molé toma su defensa.— Los Jesuitas citados à la barra. — El padre Coton y el primer presidente. — Richelieu calma la tempestad que ha suscitado.— Muerte del padre Coton.— Carta del padre Suffren al general de la Compañía. — Censo de los estudiantes de la provincia de París. — Richelieu y los Jesuitas.— La ciudad de Paris y el preboste de los mercaderes ponen la primera piedra del colegio de los Padres. — Enojo de la Universidad. — Respuesta del Preboste y de los echevines. — Guerra de las universidades del Reino contra la Compañía. — Memorias del padre Garasse.— Richelieu y el padre Teófilo Raynaud — El padre de Suffren sigue á la Reina madre á su destierro.— Elogio de Suffren por el abate Gregorio.—El duque de Montmorency condenado á muerte, manda á llamar al padre Arnoux. — Cinq-Mars y de Thou. — La Corte y los confesores del Rey. — Luis XIII y Richelieu.— El padre Caussin y la alianza con los Protestantes de Alemania.— Mademoiselle de La-Fayette y los Jesuitas.— El padre Caussin desterrado por Richelieu. — La Gaceta de Francia calumnia al Jesuita.— El padre Bagot, confesor del Rey, se retira. — El padre Sirmond — Carácter de Richelieu. — Prepara una revolucion.— Aspira al patriarcado. — Quiere reunir un concilio. — El padre Robardeau le secunda. — Muerte de Richelieu.— Muerte de Luis XIII. — El padre Dinet.— El gran Condé en Rocroy. — El mariscal de Rantzau abjura el Protestantismo en manos de los Jesuitas. — Grandes fundaciones y hombres célebres.— Los Jesuitas toman parte en todas esas obras. — Apostasía del padre Larrige. — Su libro de *Los Jesuitas en el cadalso,* y su retractacion. — Lo que es un confesor de un Rey. — Cárlos IV, duque de Lorena y los Jesuitas. — Francisco de Gournay y Cárlos de Harcourt en el noviciado de Nancy. — El padre Chaminot aprueba la bigamia del duque de Lorena. — Se pone en lucha con la Compañía. — Amenazas del duque. — Obstinacion del Jesuita. — Cheminot excomulgado.— Carta del padre Toccins Gerard al General.— Arrepentimiento de Cheminot.

Tenian lugar en el norte de Europa gravísimos acontecimientos, en que figuraban los Jesuitas ora triunfantes ora perseguidos. Por la misma época la justicia del pueblo ó el favor de la corte en Francia les permitian hacer frente á sus enemigos y hasta tomar la ofensiva. Las guerras de Religion no iban á pasar ya á ser no mas que recuerdos, y el reino de San Luis, curado de aquel cáncer por Enrique IV, se creaba la influencia que la España habia tenido en tiempo de Felipe II. Solo faltaba apaciguar algunos desconten-

tos parciales, y domar los esfuerzos de las grandes familias calvinistas que soñaban confederar el reino y dividirlo entre sí en ocho círculos republicanos. Los Protestantes, siempre rebeldes, habian tomado las armas en las riberas del Loire, en Poitou, en el Mediodia y en el Bearne; el Rey se puso á la cabeza de sus tropas y dispersóles. Era preciso dar una prueba de fuerza moral á los Bearneses: Enrique IV, su compatricio, habia establecido los Jesuitas en aquellas provincias, mas aprovechándose de las faltas de la regencia de María de Médicis, sus habitantes, parapetados en sus montañas, se habian negado á recibirlos, porque como dice el presidente de Gramond en su *Historia de las guerras de Luis XIII* (1), « es preciso observar cuan » grande era el odio de los herejes contra los Jesuitas, » hombres de costumbres irreprensibles, y á quienes es » imposible ponderar cuanto les debe la Francia vencedora » en esa guerra. » Por un decreto solemne el Rey reunió en 1620 el Bearne á la corona, y restableció en él el culto católico. Este necesitaba misioneros, y los Jesuitas, que seguian al Rey en los campamentos, que en san Juan de Angely, segun expresion del citado historiador, animaban á los soldados en la refriega, fueron elegidos para volver aquel pueblo á la fe de sus abuelos, y lo lograron.

Luis XIII, príncipe jóven todavía, y cuyas buenas cualidades, lo mismo que sus defectos, nadie ignoraba, habia heredado el valor de su padre y su amor á la Religion; pero tímido en el trono, con el corazon siempre henchido de tristeza, solo aspiraba á dejarse gobernar. Comenzaba el reinado de los favoritos : los nombres del condestable de Luines, del duque de Saint Simon y de Cinq Mars se hacian históricos solo por la amistad con que les honraba el hijo de Enrique IV; por lo que los Jesuitas, gozando del aprecio del soberano y dirigiendo su conciencia, pudieron crearse una posicion inexpugnable.

Hacia mucho tiempo que el padre Coton deseaba fortalecer su alma en la soledad, y en 1617 el rey accedió á sus

(1) *Historia prostratæ á Ludovico XIII, sectariorum in Gallia religionis* lib. II, cap. II.

deseos nombrando para su confesor al padre Arnoux. « Este » jesuita, sucesor de Coton, era como este, dice el abate » Gregorio (1), diestro controversista y gran predicador. » En un sermon pronunciado delante del Rey en Fontainebleau habia atacado la profesion de fe de los Calvinistas: Dumoulin y Metretat, unidos con otros dos ministros, publicaron la defensa de esta profesion de fe, defensa que fué refutada por varios escritores católicos, y entre otros por el obispo de Lucon, que fué despues cardenal de Richelieu. « Como habia provocado esta disputa el sermo » del padre Arnoux, el partido protestante le tomó un c » cuyo órgano se hizo Elias Benoit en su *Historia del edic* » *de Nantes*, donde en falta de pruebas acumuló contra él » invectivas y acusaciones, que refutó muy bien el pad » Mirason, Bernabita, en su *Historia de las revueltas* (» *Bearne.* »

Segun este sacerdote, cuyo nombre es célebre en los anales de la Revolucion francesa, el padre Arnoux era en extremo odiado de los Calvinistas, por haber llevado al pie del trono una controversia que los herejes sostenian á mano armada. Aborrecer un miembro de la Compañía de Jesus, era odiar á toda la Orden (2). Los Protestantes se hacian los campeones del libre examen, y desde lo alto de su razon, permítasenos decirlo asi, rechazaban con desden las tradiciones y las doctrinas del Catolicismo, sin que fuese permitido combatir sus principios. Arnoux no supo transigir con ellos, sino que en unos tiempos en que fermentaban en el fondo de las almas los odios religiosos, cumplió con la tolerancia y con el deber. Los sectarios, que levantaron muy pronto el estandarte de la revolucion, exigian la expulsion de las Jesuitas, los cuales no experimentaban delante de sus enemigos uno de esos terrores que solo el destierro hubiera podido calmar, sino que se manifestaban mas confiados en la justicia de su causa, y mas hermanos en su proselitismo. « El odio de los reformados contra Arnoux,

(1) *Historia de los confesores de los Emperadores y de los Reyes*, por Gregorio, pág. 333.
(2) *Historia de los confesores*, *ibid.*

» añade el Obispo constitucional de Blois, era tanto mas » injusto, en cuanto en otro sermon habia recordado á » Luis XIII que debia protegerles como á sus súbditos, y los » historiadores que constantemente inspiraba á los reyes » sentimientos de moderacion para con ellos. »

Arnoux, como confesor del Rey, era tolerante; pero no carecia de valor y de energía cuando desde lo alto de la cátedra daba al Monarca aquellas grandes lecciones que solo puede autorizar la santa libertad del sacerdote.

En 1619, intrigas políticas de mas de una especie habian logrado dividir el hijo y la madre. Luis XIII la habia confinado al castillo de Blois, de donde la sacaba et duque de Epernon para conducirla á Angulema. Circulaban rumores siniestros: decíase que Luís, mal aconsejado por sus jóvenes favoritos, buscaria tal vez en una guerra parricida el reposo de que le privaban las quejas de María de Médicis. Delante de este crímen improbable, pero cuya idea llenaba de consternacion á la Francia, el padre Arnoux conoció que debia cumplir un deber imperioso. Los consejos que daba al rey la enemistad no eran los mas á propósito para reconciliar de viuda con el hijo de Enrique IV; el jesuita se atrevió á decir predicando en presencia de la corte (1): « No puede creerse que un príncipe religioso desenvaine la » espada para derramar su propia sangre : vos no permi- » tireis, Señor, que propale una mentira en la cátedra de » la verdad : conjúroos por las entrañas de Jesucristo que » no escucheis los consejos violentos y que no deis seme- » jante escándalo á la cristiandad. »

Esta audacia heróica, segun Voltaire, produjo felices resultados: el monarca, amonestado por un hombre cuyo carácter respetaba comprendió que su dignidad no les dispensaba de honrar á la que le habia llevado en su seno. Nada hasta entonces habia podido calmar aquel corazon irritado: mas las palabras del Jésuita prepararon el tan deseado concierto. Sin embargo, un hombre tan osado en el cumplimiento de su deber debia atraerse el odio de los aduladores: el condestable de Luines se hizo enemigo de Ar-

(1) *Ensayo sobre las costumbres.*

noux, y dos años despues el padre Seguiran aceptó unas funciones que parecian hereditarias en la Compañía de Jesus. Arnoux habia sido acusado de intolerancia, y su sucesor lo fué de orgullo. Se dijo que apenas habia tomado posesion de su nuevo cargo, Seguiran habia querido establecer una etiqueta particular para los Jesuitas confesores del Rey, y que sus pretensiones no aspiraban á menos que à conquistar la preferencia sobre los obispos, y hasta sobre los príncipes de la Iglesia. Los cardenales de la Rochefoucauld y de Richelieu atestiguaron que este rumor era una calumnia. La declaracion de estos dos prelados no daba lugar ni al terror ni á la duda, pues tenian harto interés en la cuestion para no profundizarla; mas en medio de las intrigas de que era teatro la corte de Luís XIII en 1621 se ponian en juego contra los Jesuitas tantas prácticas secretas, que la calumnia sobrevivíó. El padre Arnoux habia caido en desgracia por haber tenido el valor de tomar el partido de María de Médicis proscrita; el 20 de diciembre de 1625. Seguiran secumbió porque habia desagradado á esta princesa reconciliada ya con su hijo. Hacia mas de catorce años que el padre Juan de Suffren era confesor de la Reina madre; Luís XIII le apreciaba, y eligióle para que dirigiese su conciencia á ruegos de los cardenales de La Rochefoucauld y de Richelieu.

En este momento fíjase por fin y toma color la política incierta de la Francia : Richelieu llega al poder. Ha luchado con todos los obstáculos, ha vencido la repugnancia del Rey; se ha hecho un pedestal de María de Médicis; se ha arrastrado por ventura para subir mas alto que el trono; pero ahora que se ha hecho rey por su voluntad de hierro, por su genio que arrostra las dificultades ó que triunfa de ellas por la perseverancia, va á gobernar. Richelieu conocia á fondo el carácter francés; amante de todas las glorias, el cardenal se manifestaba poeta y soldado, téologo y ministro, obispo y hombre del mundo. Constituyóse defensor de los Jesuitas, quizás por cálculo mas bien que por afecto, porque conocia que solo ellos harian frente á la herejía; les amaba porque los protestantes no ocultaban el odio que les tenian; y así es que cuando los ministros de Cha-

renton reclamaron la abolicion de la órden de Jesus en Europa, este hombre de estado dió á los Católicos una leccion que hubieran debido no perder nunca de vista. « Es tan » grande la bondad divina, decia el cardenal dirigiéndose » á los Calvinistas (1), que por lo comun convierte en bien » todo el mal que se quiere hacer á los suyos. Pensais perjudicar á los Jesuitas y les favoreceis grandemente, pues » nadie hay que no reconozca que es para ellos un título » de gloria ser vilipendiados por la misma boca que acusa » á la Iglesia, calumnia á los santos, injuria á Jesucristo y » hace á Dios culpable. Esto es una ventaja para ellos, y » la experiencia nos lo enseña, en cuanto, además de las » consideraciones que les hacen estimar de todo el mundo, » muchos los aman particularmente porque vosotros les » aborreceis. »

Richelieu no queria menos que hacer causa comun con los Jésuitas: era sobrado perspicaz para no apreciar su saber, demasiado justo para no tomar en cuenta las prevenciones ó las enemistades de que les veia rodeados; mas si el obispo habia sabido defenderlos con tanto vigor, el ministro de Estado se creia con derecho á esperar que le secundarian en sus planes políticos. El Parlamento y la Universidad sabian que el Cardenal se irritaba fácilmente cuando sentia herido su amor propio, y no siéndoles posible atacar á la Compañía de frente, encargaron á Richelieu su venganza. La Universidad acababa de experimentar una derrota que habia vuelto á abrir sus mal cicatrizadas llagas. Enrique de Borbon, nombrado á ocupar la sede episcopal de Metz, era un discípulo de los Jesuitas. Cuando en 1624 hizo su acto público de teología, queriendo dar una prueba de reconocimiento á sus maestros, eligió su colegio para sufrir sus exámenes. Los Jesuitas afirman que habian incitado al jóven príncipe á que concediese este honor á la Sorbona; mas este, segun los antiguos manuscritos de aquel tiempo, no pudo resolverse á consentir en ello. Enrique de Borbon era hijo de Enrique IV y de la marquesa de Ver-

(1) *Los principales puntos de la Fe católica, defendidos contra los cuatro ministros de Chârenton*, c IX, 190 (*Chalons*, 1683.)

neuil; Luís XIII le profesaba una tierna amistad, y deseó asistir á aquella tesis; toda la corte le acompañó á la casa de los Jesuitas : mucho menos bastaba para despertar los zelos y el encono de Universidad.

En esto llegó de Roma el padre Coton, nombrado provincial de Francia. Hallábase en una posicion excepcional: habia visto crecer á su alrededor aquellos jóvenes ambiciosos que se disputaban el favor del Monarca; era el amigo de Richelieu, el del condestable de Lesdiguieres, quien en 1622 habia en fin abjurado el calvinismo, y Sully en su retiro le acogia como un recuerdo del buen Rey : era como un lazo que unia el pasado al presente. Apenas estuvo de vuelta entre sus hermanos, cuyo jefe era, Coton procuró rechazar los ataques. Acusábase todo cuanto salia de la pluma de los Jesuitas : la Universidad les echaba en rostro que estancaban la educacion, y los Calvinistas que atesoraban. Coton defendió su Orden en una carta que dirigió al Monarca y en la cual se lee entre otras cosas : « Los enemigos de la Iglesia y del Rey quisieron hace creer á dicho difunto monarca el Gran Enrique, vuestro padre, que nuestra Compañía era extremadamente rica; por cuya razon fuí obligado á presentar un estado de todos nuestros bienes á Mr. de Bellievre, entonces canciller, á monsieur de Sully, ministro de hacienda, y á los señores Secretarios de estado, haciendo ver lo que estoy dispuesto á manifestar de nuevo en la actualidad, que no llega á doscientos francos lo que cada uno de nosotros tenemos, comprendiendo en ello el alimento, el vestido, la librería, la sacristía, la habitacion, el viático y todos los demas gastos así comunes como particulares; y nombraríamos muchos eclesiásticos franceses el menor de los cuales tiene mas beneficios él solo que todos nosotros juntos : y este hecho fué justificado y estamos dispuestos á probarlo aun si V. M. lo desea. »

Formábanse nuevas tempestades, de las cuales sacó el primer chispazo un sacerdote de Dieppe, el cual acuso al padre Ambrosio Guyot de conspirar con los Españoles contra el Rey y el Cardenal, con motivo de la guerra de la Valtelina. Richelieu se proponia dos objetos : el anona-

damiento del Calvinismo en Francia, y la humillacion de la casa de Austria en Europa. Esta política, no era por cierto hija de una idea caballeresca; el cardenal pensaba muy poco en vengar la derrota de Pavía y el cautiverio de Francisco I: sus planes miraban mas al presente. En el interior trataba sin piedad á los hugonotes, mientras que en el exterior alentaba su espíritu revolucionario, sondeaba sus jefes y hacia causa comun con ellos. Los Católicos, que no conocian el secreto de esa diplomacia llena de doblez la extrañaban, y así fué como el padre Guyot se vió denunciado como cómplice del extranjero. El delator confesó mas tarde en el momento en que expiaba en el cadalso su crímen de traicion, que el Jesuita era inocente; mas no por eso desvaneció la sospecha que habia entrado en el corazon de Richelieu. El Parlamento vió la ocasion propicia y aprovechóla.

Urbano VIII enviaba á París el Cardenal Barberini, legado de la santa Sede, el cual llevaba consigo, como adjunto á la legacion y en calidad de teólogo y de consejero, al padre Eudemundo Joannes cuyo nombre y escritos habian resonado tantas veces en la polémica (1). Apenas llegó cuando se dijo que este Jesuita era poco aficionado al reino de san Luís. Cuando este rumor hubo tomado cuerpo el abogado general Servin, que sabia muy bien que Richelieu no lo desmentiria acusa al Padre como autor de escritos sediciosos, y propone en pleno Parlamento que se viole el derecho de gentes y el de los embajadores, llegando hasta á pretender que se le prenda. Mateo Molé era procurador general: estrechamente unido con el padre Coton se habia visto siempre á este gran magistrado elevarse sobre las animosidades, y buscar la justicia solo en las inspiraciones de su conciencia. Molé habia podido seguir á los Jesuitas en sus trabajos; habíales estudiado en todas las situaciones, y les tenia un afecto fundado en la estima, y así, es que indignado por las amargas expresiones de Servin, le impuso silencio.

Mateo Molé habia calmado una tempestad: el padre Ke-

(1) Andrés Eudemundo Joannes, era natural de la isla de Candia.

ller, jesuita aleman, hizo estallar otra. Los Católicos de Alemania eran víctimas de la política del Cardenal. Debianle tan solo la verdad : Keller, confesor de Maximiliano de Baviera, usó del derecho que tiene todo hombre ; censuró la direccion que daba á los negocios el ministro de Luís XIII, y publicó á fines de 1625 los *Mysteria politica* y la *Admonitio ad Regem Christianissimum*. Era mas peligroso ofender al ministro que al monarca, y estos dos escritos ponian é descubierto la idea secreta del Cardenal, herian su orgullo y amenazaban acabar con su poder, no bien robustecido todavía. Ambas producciones habian aparecido sin nombre de autor ; mas la Universidad, el Parlamento, y sobre todo Richelieu, reconocieron en ellas la mano de un Jesuita. El padre Joannes era entonces el blanco de todos los ataques, y así fué que sin pasar mas adelante en las investigaciones, se le atribuyeron esas dos obras en que la verdad cometió el error de ocultarse bajo el disfraz del folleto. El Jesuita probó que no podia haber sido el autor, y se acusó á otros, recayendo las sospechas en los padres Garasse y Scribani, provincial de Flandes.

Francisco Garasse tenia bastante fantasía y mal gusto, sobrada conviccion religiosa y aspereza para producir esos libelos, mas en medio de las infinitas invectivas y antitesis ridículas de que sembraba sus escritos, este Jesuita, á quien los sarcasmos del jansenismo han entregado á la burla haciendo de él un objeto de risa, poseia un carácter pundonoroso y unad caridad ardiente. Defendióse de las acusaciones que se le hacian, y encontró en tres hombres que se hallaban en el apogeo de la grandeza por la virtud, el valor militar y el talento, amigos que salieron garantes de su probidad. El Cardenal de la Rochefoucauld, el duque de Montmorency y Mateo Molé estimaban y tenian en mucho aprecio al padre Garasse. Esta triple amistad es un título de gloria para el nombre de este sacerdote que poseyó en un grado eminente las buenas cualidades y los defectos de los escritores de su tiempo, y que algunos años mas adelante (1631) murió en Poitiers sacrificando su vida para socorrer á los apestados. Los Rochefoucauld, Montmo-

rency y Molé apoyaron tan poderosamente al padre Garasse, que Richelieu tuvo que abandonar esta nueva presa; mas ya qne no pudo descargar su cólera en el autor, la hizo al menos caer sobre la obra; el Parlamento y la Universidad estaban á sus órdenes y la condenaron. La asamblea del Clero dió una sentencia análoga.

Esta venganza no basta ni á Richelieu, ni al Parlamento, ni á la Sorbona. El 20 de enero de 1626, pocos dias despues de promulgado el decreto contra los *Mysteria* y la *Admonitio*, fué conocido en París el tratado del Jesuita Santarelli (1). Filesac, doctor de la Sorbona, y Servin lo examinaron, y en los capítulos XXX y XXXI encontraron materia abundantísima para una acusacion. Sántareli establecia los principios ultramontanos, los desarrollaba en Roma, y sin ocuparse del ruido que iban á causar sus doctrinas, disertaba sobre puntos que las desconfianzas de la política debian hacer mas difíciles todavía. Profesábase, en él el poder pontifical en su pureza primitiva: segun este teólogo el papa tenia el derecho de castigar á los príncipes, extendiéndose este derecho hasta relevar á los súbditos del juramento de obediencia cuando existiesen justas causas para hacerlo.

La autoridad de la santa Sede sobre lo temporal habia sido muchísimas veces sumamente provechosa y favorable á los pueblos, mas en la Iglesia galicana prevalecia una nueva jurisprudencia. Ese tratado, al cual concedian su aprobacion la Corte de Roma y el general de la Compañía de Jesus, debia tener, tanto en Francia como en las demás cortes extranjeras, poderosos adversarios. Los reyes se esforzaban en emanciparse de la tutela de la santa Sede, sin echar de ver que se preparaban otra que no tendria ni la justicia ni el sentimiento paternal de la primera. Desviaban el yugo pontificio para inclinar su cerviz bajo el de las masas. Los príncipes creian la soberanía asaz fuerte para marchar por fin sin andadores ni obstácu-

(1) Este tratado se intitula: *De Hæresi, schismate, apostasía, sollicitatione in sacramento pœnitentiæ, et de potestate summi pontificis in his delictis puniendis.*

los, y expiaron cruelmente esta opinion. El Jesuita no habia tenido esos miramientos cuyo arte posee Roma tan perfectamente, y expresábase sin reticencias, como si su obra no debiese salvar jamás los Alpes. Equivocada ó verdadera, esta doctrina fué un pretexto para los adversarios de la Compañía; Servin se apoderó de ella, y á fin de dar mas realce á su manifestacion galicana, la difirió hasta el 6 de marzo de 1626. El Rey ocupaba aquel dia su solio en el Parlamento. Servin toma la palabra; mas en el momento en que iba á hablar con toda su energía contra los principios del Ultramontanismo, y á blandir los rayos del Parlamento contra lo Compañía de Jesus, rosponsable á sus ojos de la obra de Santarelli, cayó á los pies de Molé herido de una apoplegía. Ni siquiera tuvo tiempo para invocar en una última plegaria al que juzga á los jueces de la tierra.

Esta muerte repentina no detuvo el proceso formado por Servin. Reemplazóle Omer Jalon, grave y digno magistrado, y los Jesuitas tuvieron que recordar con sentimiento la memoria de Servin. Este les perseguia con mucha dureza, como quien consideraba el proceso mas bien como una lucha de amor propio que un asunto de equidad, y como su enemigo que habia sido en todos tiempos. Jalon les debia agradecimiento, y procedia con mas calma que su predecesor; pero Richelieu queria que los Padres humillasen su poder delante del suyo, y Jalon favoreció elocuentemente sus cálculos.

El 13 de marzo el presidente de Lamoignon fué en secreto á la casa profesa, é hizo saber al padre Cóton que Santarelli habia sido condenado, y que el Parlamento pensaba pronunciar al dia siguiente una sentencia de destierro, confundiendo de esta suerte á todos los Jesuitas franceses en una acusacion contra una obra italiana. El Cardenal se habia hecho de la opinion de aquel cuerpo judicial, y era ya sabido que un desso de Richelieu tenia fuerza de ley, Mateo Molé, sin embargo, no teme incurrir en su enojo. Se presenta al Rey, le pone delante en términos enérgicos sus deberes y los servicios que la Orden de Jesus ha prestado al mundo, al Catolicismo y á la Francia,

y declara que no sancionará jamàs una tal iniquidad. El Rey no reconocia mas voluntad ni otras inspiraciones que las de Richelieu, y dejó hacer. La obra de Santarelli fué quemada en la plaza de la Greve por mano del verdugo, y luego se pasó á discutir la cuestion del destierro. Algunos de los mas exaltados hablaron hasta de prohibir en el mismo instante á los Jesuitas que predicasen y confesasen, cuando Deslandes, decano de los consejeros, exclama: « ¿En qué pensamos? ¿Será preciso que prohibamos al » Rey y á la Reina madre que se confiesen con el padre » Suffren, y que les nombremos otro director? »

Estas palabras calmaron la irritacion, y se determinó que el Parlamento haria comparecer á la barra al provincial y á los superiores de los Jesuitas. Coton y los padres Fillean, Brosald y Armand, se presentaron delante del primer presidente de Verdun: interrogóseles, y se les mandó que firmasen los cuatro artículos que habian rechazado los Estados generales de 1614. Coton iba á morir; pero el peligro que corria la Orden de Jesus dió fuerzas á su debilidad: contexto á todas las preguntas, y luego añadió en nombre de su Compañía que firmaria todo cuanto firmasen la Sorbona y la asamblea del Clero. La proposicion de los Jesuitas no era nueva, mas no por eso pareció menos embarazosa para el Parlamento.

Richelieu habia provocado la tormenta y el mismo la calmó: acababa de probar á los Jesuitas que sabia ser un enemigo implacable; y pronto le verémos ofreciéndoles compensaciones. En tanto el padre Coton se hallaba enfermo de muerte, no le quedaban mas que cinco dias de vida, y el 14 de marzo de 1626 dió cuenta al General de la Compañía de haber comparecido delante del Parlamento. El Rey le habia recibido mal el 15, y al dia siguiente Richelieu desistia de llevar las cosas mas adelante. Los Jesuitas ofrecian aceptar la censura que la Sorbona y el Clero francés harian de la doctrina de Santarelli y creyó que esta aceptacion era lo que bastaba. Las opiniones de Edmundo Richer dominaban entonces en la Universidad, mas esta contaba en su seno algunos doctores circunspectos, y el cardenal no era hombre para dejar que aquellas opiniones

se prevaliesen de una circunstancia fortuita. El 18 de marzo Coton se hallaba en la agonía, cuando se presentó un ugier à manifestarle el decreto del Parlamento. El Jesuita escuchó su lectura, y cuando estuvo terminada, murmuró estas palabras : « ¡Es preciso que muera como criminal » de Lesa Majestad y perturbador del órden público, des- » pues de haber servido con fidelidad por espacio de trein- » ta años á dos reyes de Francia! » Coton espiró al dia siguiente. Esta muerte cambió el curso de las ideas y se verificó una reaccion. El Arzobispo de París fué á rezar las oraciones de difuntos sobre sus restos mortales para honrar al Padre, cuyos postreros instantes habian sido turbados por un proceso judicial, y el mismo Richelieu fué á orar cerca de su sepulcro, que su política habia abierto.

Los Jesuitas se habian obligado á suscribir á las decisiones que adoptase la Sorbona. El 1.° de abril la Facultad de París se ocupó de redactarlas ; pero en el seno mismo de la Universidad suscitáronse dificultades de mas de una especie. Los doctores Du-Val, Poulet, Manclerc, Reverdi é Isambert se oponian á todo cuanto fuese hostil en las palabras ó en la idea tanto á los verdaderos derechos de la santa Sede, como al respeto que se le debia. La discusion se eternizó y vino á parar en un compromiso : por lo que el 29 de enero de 1627 el Rey decretó en su Consejo que, á fin de terminar esas controversias, nombraria él mismo los cardenales y los obispos que juzgasen « en que terminos debia estar » concebida la censura de la detestable y perniciosa doc- » trina que se encerraba en el libro de Santarelli, para que » en su vista S. M. mandase lo que fuese mas conforme á » la justicia. »

Antes de la publicacion de este decreto, el padre Suffren, dirigiéndose al General de la Orden, tomaba la iniciativa en las medidas de prudencia. « Me esforzaré en demostrar, es- » cribia en 6 de mayo de 1626, como he procurado hacerlo » hasta este dia, que vuestra Reverencia, aprobando el li- » bro de Santarelli ha obrado como podia y debia en esta » materia, y que no se debe acusar y condenar á nuestros » Padres de Francia porque algun padre italiano de á luz » una obra compuesta sin mala intencion, pero quizás con

» sobrada ligereza y sin bastante circunspeccion y sabidu-
» ría. Si se consulta la razon, nada hay sin duda de mas ra-
» zonable, mas en estos tiempos desgraciados no es tanto
» aquella como la pasion la que dirige á los hombres. Te-
» nemos muchos enemigos declarados, y pocos de nuestros
» amigos tienen el valor de tomar abiertamente nuestra de-
» fensa. Nadie para la atencion en los numerosos servicios
» públicos ó privados que hacemos al reino; al paso que
» todo el mundo pone el grito en el cielo si descubre la me-
» nor falta en uno de nosotros. »

Richelieu quedaba satisfecho, y se ocupó en hacer olvidar á los Jesuitas el golpe de destreza que contra ellos habia ensayado. Sirvióse de ellos como de los mas diestros auxiliares para desarrollar sus planes de grandeza nacional y volver á la unidad á los franceses que se habian separado de ella. Empleóles tambien en las misiones. Los Jesuitas, sin embargo, no podian acudir á todo: en la primera que hizo Vincente de Paul tuvo por coadjutores al rector del Colegio de Amiens y al padre Fourché. Madama de Gondi, la protectora de Vicente, veia por este felíz ensayo y por la reunion de un gran santo con un grande instituto, las maravillas que obraba la fe todavia, y concibió et proyecto de dotar sus tierras con una mision quinquenal destinando á ella una renta de mil seiscientas libras, y encargando á Vicente de Paul que buscara una congregacion que aceptase áquel legado. En 1612 Vicente se dirige al padre Charlet, provincial de los Jesuitas. Consultado el General de la Compañia, lo rehusa, y los padres de san Felipe Neri siguen su ejemplo. Vicente no encontraba misioneros en las sociedades establecidas porque todas ellas estaban abrumadas de trabajos; mas como hombre cuyo celo crecia con las dificultades, viendo que los Jesuitas ni los sacerdotes del Oratario no pueden secundarle, reune algunos clérigos securiscales de Brezé, de Saint-Luc y de la Meilleraye, el canciller Seguier, Bouthillier, superintendente de hacienda, y los cuatro secretarios de Estado se acercaron á la sagrada mesa, y recibieron la comunion de manos del Cardenal. Pocos meses despues una ceremonia profana reunia de nuevo al ministro omnipotente y á los grandes del reino en

lares, les inspira su poderosa caridad, y hace que aquella doble negativa dé nacimiento á la congregacion de los Lazaristas, que tantos servicios ha prestado y prestan aun á la Religion católica.

Durante estos años, que sirven de comienzo al ministerio del cardenal, los Jesuitas habian visto introducirse la inquietud y el desorden en sus colegios. Las amenazas de la Universidad y del Parlamento habian alejado á muchos discípulos; mas á pesar de esto, en el censo que se envió á Roma á fin del año de 1620 subia á trece mil ciento noventa y cinco el número de jóvenes á quienes instruian los Padres en la sola provincia de París (1). La Francia entera contaba cinco. Las de Lion, Tolosa, Guiena, Champagne y Lórena tenian cada una de ellas tantos estudiantes como la de Paris; y cuando Richelieu hubo permitido á Luis XIII que favoreciese á los Jesuitas, este número aumentó considerablemente. El 7 de marzo de 1627 el Rey selló su reconciliacion con los Padres, y fué acompañado de su ministro á colocar la primera piedra de la iglesia de la casa prefesa, calle de san Antonio. Luis XIII cooperaba con sus donativos á la construccion del establecimiento; Richelieu contribuyó tambien á ella, y el 9 de mayo 1641 el Monarca y toda su corte asistian ya á la misa solemne que celebró en ella el Cardenal, rodeado de un fasto regio y de una multitud de prelados y de abades. En aquellos tiempos nadie se avergonzaba de practicar su religion. Verdad es que los intereses, las pasiones ó los placeres arrastraban á los hombres por senderos tortuosos; mas cuando importaba dar un ejemplo de fe al mundo, y á Dios un testimonio de adoracion, todos los interesses, las pasiones ó los placeres hacian lugar á la piedad. El Rey, la Reina, los duques de Orleans, de Enghien, de Conti, de Nemours, de Chevreuse, de Montbazon, de Ventadour, de Uzes y de Luynes, los ma-

(1) Esta suma total se encuentra repartida en el catálogo de esta suerte: Colegio de Clermont, en Paris, 1827; La Fleche, 1350, Bourges, 713; Ruan, 1968; Rennes, 1484; Caen, 940; Nevers, 381; Amiens, 1430; Moulins, 400; Orleans, 412; Eu, 440; Blois, 239; Quimper, 950; Alenzon, 570.

la morada de los Jesuitas. Acababa el año escolar de 1641; con Richelieu necesitábase la poesía, el teatro y el heroismo en la escena. Hacia tiempo que los Padres habian inventado este nuevo resorte de emulacion ; sus discipulos hicieron la comedia. Contábanse entre los jóvenes autores Armando de Borbon, príncipe de Conti, el príncipe de Saboya-Nemours, que se mezclaban á los juegos de sus condiscípulos despues de haber tomado parte en sus estudios. De esta suerte, por medio de una educacion nacional confundian los Padres todas las clases de la sociedad, y enseñahan á los hijos de los principes á vivir entre los hijos del pueblo.

La corte favorecia á los discípulos de san Ignacio, y la ciudad de Paris siguió su ejemplo. Pensaban hacer reedificar su colegio de Clermont: el preboste de los mercaderes y los regidores de la capital se declararon sus protectores, y la ciudad concedió diez mil libras para acudir á los gastos. Hizo mas : el preboste de los mercaderes y los regidores colocaron con gran solemnidad la primera piedra de la casa. Este favor dispertó á los doctores de la Universidad, los cuales se reunieron el 9 de agosto de 1628, y el 11 fueron á quejarse en la casa de la ciudad de la benevolencia que en favor de los Padres habian manifestado los magistrados, añadiendo (1): « Los Jesuitas se aprovecharán de » ella para hacer creer á la posteridad que su colegio, á » cuyo establecimiento se opuso esta ciudad desde el año » 1564, no solo ha sido autorizado al presente por ella, sí » que tambien edificado y fundado con sus rentas. » Bailleul, preboste de los mercaderes, no se dejó intimidar por esas lamentaciones que iban en cierta manera acompañadas de una amenaza, y respondió que los ciudadanos de Paris se habian propuesto por modelo al Rey, y que no podian escoger otro mejor. La Universidad se retiró avergonzada del papel que se hacia desempeñar á su animosidad demasiado apasionada, y procuró llevar la querella á otro terreno.

En el momento en que Richelieu creyó deber remover

(1) D'Argentré, *Collec. jud.* pág. 227.

para su interés propio la vieja palanca de los zelos doctorales, no se habia contentado con armar la Sorbona, sino que habia excitado á las demás universidades del reino, las cuales contestaron á su llamamiento. El colegío de Tournon, creado por el cardenal de este nombre, era erigido en universidad á peticion de sus herederos : la santa Sede y el Rey de Francia sancionaban en 1622 este proyecto; el Parlamento de Tolosa habia confirmado los privilegios concedidos; mas el Parlamento de Languedoch, teniendo á Richelieu de su parte, contrarió su sentencia. La causa fué evocada al Consejo privado del Rey, y las facultades de Burdeos, Reims, Poitiers, Caen, Orleans, Bourges, Angers y Aix hicieron causa comun con las de Valencia, Cahors y Tolosa. Daban, como su hermana de Paris, el grito de alarma porque adivinaban muy bien que si los Jesuitas gozasen del derecho de conceder los grados literarios, aun cuando no fuese mas que un rincon ignorado del Vivarais, todos los jóvenes irian á Tournon á tomarlos. La guerra era encarnizada; los hijos de Loyola comprendieron que seria prudente aplazar para otra ocasion una idea que suscitaba tantos adversarios, y desistieron en una memoria que dirigieron á la Sorbona. Dicha memoria, escrita por el padre Garassa, termina de esta suerte. « Si solo se tratase » de sufrir en particular besaríamos las huellas del rector » y haríamos como san Ignacio, el gran mártir de Antio- » quía, acariciaríamos los osos y lós leones que nos per- » siguen. Mas tratándose de una corporacion ultrajada y » disfamada; y siendo evidente que ella no nos haria » mártires cual á san Ignacio, sino que atraeria sobre nos- » otros todas las maldiciones del mundo, permitidnos que » conservemos cuatro cosas, de las cuales no se nos puede » despojar sino muy arbitrariamente, á saber : la pluma » para defendernos modestamente, la voz para quejarnos » con justicia, el corazon para suspirar dulcemente en nues- » tros afanes, y nuestros votos para ofrecerlos devota- » mente á Dios en favor de los que nos afligen. »

Los Jesuitas desistian de unas pretensiones que el Papa y el Rey apoyaban con bulas y decretos, y se retiraban del palenque cuando apenas acababa de abrirse. La Universi-

dad de París no se contentó con una victoria sin combate; volvió á dar vida con sus escritos á todas las acusaciones que los protestantes de Alemania, Inglaterra y Holanda dirigian contra los Padres, y no siéndole ya dado escudarse con los decretos siempre favorables del Parlamento, recurrió al insulto calvinista. Esto era ir mas allá de los deseos de Richelieu; el Cardenal-rey hizo una señal, y la Universidad desapareció, esperando una ocasion mas oportuna para hacer revivir su odio. Habia entre los Jesuitas franceses un padre llamado Teófilo Raynaud. Nacido en Sospello, en el condado de Nice, el 15 de noviembre de 1583, y dotado de una memoria y de una imaginacion prodigiosas, habia tomado parte, muchas veces á despecho de su Orden, en las cuestiones teológicas ó literarias de su época. Era amigo del Jesuita Monod, á quien el Cardenal tenia por aquel mismo tiempo preso en el castillo de Montmelian (1). Richelieu es el blanco de los sarcasmos y de las maldiciones de los escritores alemanes y españoles, que le reprenden de contínuo por sus alianzas con los Protestantes. Pone los ojos en el padre Teófilo, y le elige por estribo, digámoslo así, de sus venganzas. El estilo, lleno de originalidad, el genio mordaz y la erudicion del Jesuita eran otras tantas prendas de buen éxito; pero Teófilo Raynaud se niega á encargarse de semejante causa. Richelieu le persigue en Saboya y en el condado Venaissin, y el padre Veófilo, que no es su amigo, se hace su contrario. El Jesuita hizo frente á la persecucion, y algunos años despues de haber dado á Richelieu un testimonio de su independancia, ofrece al mundo católico un ejemplo de abnegacion. Acababa de vacar la sede episcopal de Ginebra por muerte de Juan Francisco de

(1) El padre Monod de la Compañía de Jesus habia nacido en Saboya en el año de 1586. Confesor de Cristina de Francia, hija, de Enrique IV y esposa de Victor Amadeo I, fué enviado por este príncipe á la corte de Francia para proseguir las negociaciones relativas al título de rey de Chipre. Richelieu se opuso á ellas. Monod se coligó con el padre Caussin y mademoiselle de Lafayette; mas despues de la muerte de Victor Amadeo fué castigado por el Cardenal por el celo que habia desplegado.

Sales, hermano y sucesor del Santo: la corte de Saboya, el Senado y pueblo de Chambery, llaman á ocuparlo á su sabio compatriota, á quien han hecho grande las persecuciones del Cardenal; mas el Jesuita rechaza los honores del episcopado (1).

Exceptuando los padres Monod y Raynaud, Richelieu habia hecho las paces con la Compañía de Jesus; mas declaró la guerra á su bienhechora. María le habia dejado hacerse grande en su palacio, y le habia protegido contra el rey; en cambio Richelieu, dueño de la Francia, la sacrificaba á su ambicion. La Reina madre era intrigante; tenia, como Catalina de Médicis, las costumbres y los caprichos de una Italiana; pero su talento poseia estos recursos de astucia que comunicó Maquiavelo á su familia. Esta política buscando siempre el término medio y lleno de pequeñas intrigas, no estaba en armonía con el carácter resuelto del Cardenal. Richelieu no tocaba las cuestiones sino para cortarlas; la Reina madre le servia de obstáculo y le rompió. Esta desgraciada princesa perdió en un solo dia todos sus amigos y cortesanos: dirigíase á un destierro, sin lujo, sin consuelos, pobre y abandonada. Solo un Jesuita se atrevió á hacer frente á un ministro que imponia á un monarca, á un hijo, tan duras condiciones. El padre Suffren tenia que escoger entre las dos conciencias reales que dirigia:

(1) Este padre Teófilo es el autor de los *Heteroclita spiritualia* y de muchas obras, tan singulares por el título como por los asuntos de que tratan; pero poseia virtudes mayores todavía que sus talentos. Baltasar de Monconys, en su *Diario de los viajes*, parte II, p. 386, habla tambien del concienzudo desinterés del Jesuita. Despues de haber referido la renuncia del obispado de Ginebra, que le hace saber el prior de Jugeact en Lion, Monconys añade: «El citado prior fué tambien » testigo de un acto de la mas heróica virtud, pues habiendo recibido » orden del difunto M. de Bourdeaux (el cardenal de Sourdis) y de » algunos otros, de ofrecer al padre Teófilo, en tiempo de sus adversi- » dades algunos beneficios y dos mil libras de rentas con buenas hi- » potecas en Lion, solo con que quisiese emplear su pluma en escri- » bir en favor de ciertas doctrinas, el Padre, besando su sotana res- » pondió á Jugueact estas hermosas palabras: « Que preferia morir » perseguido con aquel hábito, que vivir con comodidad siendo infiel » á Dios, á quien habia confesado.»

María de Médicis se hallaba sin apoyo; Suffren renuncia á la amistad de Luís XIII, y como última gracia solicita del Soberano el honor de seguir á la Reina madre. « Esperaba, » dice el abate de Gregorio, (1) que sus consejos calmarian » el ánimo irritado de esta muger y la volverian á senti- » mientos mas moderados. El Rey, que amaba á Suffren, » consintió en fin en su partida. Este apreciable religioso » murió en Flesinge siendo muy llorado de la Reina, de la » cual habia sido confesor mas de treinta años. »

María de Médicis, víctima del ascendiente de Richelieu, marchaba en 1631 al destierro, y el padre Juan de Suffren la acompañaba.

Algunos meses despues, otro Jesuita á quien Luís XIII honrara tambien con su amistad, que expiaba lejos de la corte los sabios consejos que habia dado, era llamado por el duque de Montmorency para ayudar á morir al descendiente de los primeros barones cristianos. Enrique de Montmorency, seducido por Gaston de Orleans, fiado en su valor, habia levantado el estandarte contra el Cardenal. Habiendo caido prisionero en la jornada de Castelnaudary, fué condenado á muerte. Era todavía jóven; mas conociendo que no tenia que esperar de la piedad de Richelieu, ni socorros de su miserable aliado, se resignó á su muerte. El padre Arnoux se hallaba en Tolosa, y Montmorency manifiesta deseos de ser auxiliado en sus postreros instantes por el Jesuita. En los dias de su poder el ilustre adversario del Cardenal no solo no era adicto á los Padres, sino que hasta se opuso á sus progresos; en su hora postrera únicamente se acuerda de sus virtudes, de su elocuencia, y hace pedir, como una gracia suprema, el favor de confesarse con aquel Padre. El mariscal de Brezé fué de parte del Rey á abrirle las puertas de la prision, y el 30 de octubre de 1632 él y otros tres jesuitas acompañaban á la víctima al cadalso. Cuando hubo puesto la cabeza sobre el tajo « Herid sin miedo, » dijo al verdugo el hijo de los condestables, y su cabeza rodó á los pies del Jesuita. Apenas hubo cumplido con tan triste deber, Arnoux fué lla-

(1) *Hist. de los Confes., de los emperadores y reyes,* pág. 339.

mado á la corte. « Señor, dijo á Luís XIII, V. M. ha dado
» un grande exemplo á la tierra con la muerte de Mr. de
» Montmorency; mas Dios por su misericordia ha hecho
» de él un gran santo en el cielo. »

Diez años despues morian en Lion otros dos cómplices de Gaston de Orleans en una nueva conspiracion urdida por este príncipe. Cinq-Mars, y Francisco Augusto de Thou habian sido juzgados y condenados. Richelieu en su agonía ahogaba en la sangre de sus enemigos todo gérmen de discordia intestina. Cinq-Mars, el favorito del rey, y de Thou, amigo del grande escudero, escucharon su sentencia con animosa resignacion; y como para reparar respecto de la Compañía de Jesus las injusticias parlamentarias del ilustre historiador su padre, Francisco de Thou en aquel momento solemne quiere marchar al suplicio apoyado en el brazo de un jesuita. El padre Mambrun recogió sus últimos pensamientos, acompañóle al cadalso; mientras que el padre Malavalette enseñaba al insigne Cinq-Mars á recibir cristianamente aquella muerte ignominiosa; porque donde quiera que se ofrecia en aquella época una expiacion, la víctima se sentia mas fuerte poniendo su postrer dia al amparo de los discípulos de san Ignacio de Loyola.

Los Jesuitas diseminados en las provincias trabajan en manifestarse dignos de la confianza que pusiera en ellos el pueblo. Evangelizaban las campiñas, volvian al seno de la Iglesia á los que habian desviado de ella la herejía ó las pasiones, y formaban en el interior de sus colegios aquella brillante juventud que auguraba el siglo de Luís XIV. Popularizaban el amor á los letras y abrian las inteligencias al culto de lo bello y de lo grande. No tenian rivales que temer en la enseñanza ni antagonistas que combatir en los tribunales : Richelieu habia impuesto silencio á todas esas enemistades, las cuales temblaban delante de él lo mismo que los príncipes y los señores del reino cuya cábeza ó libertad estaban siempre á la merced del cardenal. La madre, la esposa y el hermano del rey vivian desgraciados, y los generales, diplomáticos, magistrados y obispos que no se presentaban á las miras del ministro se consumian en la Bastilla ó en el destierro. El mismo rey no osaba le-

vantar la voz para quejarse de la esclavitud en que se le tenia, esclavitud gloriosa, es verdad, en cuanto reorganizaba la Francia: y sin embargo, un Jesuita supo por deber hacer rostro á la omnipotencia del Cardenal.

Era este el padre Nicolás Caussin. La historia de esta época es la historia de la corte. Todo se disponia y arreglaba en ella, y Richelieu habia organizado su gobierno con tanta habilidad, que todos obedecian al freno. Pero el Jesuita del cual Luís XIII hacia en 1637 su director espiritual tenia sobre las obligaciones inherentes á sus funciones ideas que no estaban muy en armonía con las del Cardenal ministro. El padre Caussin, establecia un parangon entre los cortesanos y los de un confesor de Rey, y resumia su pensamiento en esta sentencia: « Para los cortesa» nos, escribia al General en 7 de marzo de 1638, el silen» cio es muchas veces un deber, al paso que para el » confesor seria un sacrilegio. » Richelieu no habia visto en Caussin sino lo que descubrian en él todos; un talento cultivado y un carácter igual y dulce, cualidades que, segun el abate Gregorio, le conciliaban la estimacion general. Apenas el Jesuita hubo entrado á ejercer sus funciones, cuando comprendió la gravedad de ellas. El Cardenal habia aislado al monarca para condenarle á no vivir mas que de su gloria sacerdotal y política. El Rey se borraba, por decirlo así, para dejar el trono vacio, á fin de que Richelieu no encontrase ni una sombra siquiera de oposicion á sus deseos. Todo cedia en presencia de aquella voluntad inmutable como el destino, y que sabia recompensar tan generosamente á sus esclavos, y castigar con tanto rigor á los que no aplaudian su política ó sus miras.

Caussin no ignoraba que el confesor del Rey debia ante todo ser el criado y el panegirista del Cardenal. Sin romper con él, y hasta sin negar al ministro vivo las eminentes cualidades que los hombres solo conceden á los finados, el jesuita, que habias visto de tan cerca las desgracias del pueblo, procuró cicatrizar las llagas de la Francia. Hizo entender á Luís XIII que importaba á su salvacion eterna aligerar las cargas que pesaban sobre el país; reprendió los disgustos que no cesaban de sucederse en la familia real, y

manifestó los peligros á que exponia al Catolícismo su alianza con los Protestantes del Imperio germánico. El Rey solo sabia ocultarse con la timidez de un niño detrás de la púrpura de Richelieu, y cuando Caussin le suplicaba que rompiese el tratado hecho con los sectarios del Imperio: « Sin embargo, replicaba Luís, el Cardenal me ha enseña» do una consulta hecha á algunos doctores los cuales en » este punto no piensan como vos. Ella está firmada ade» más por muchos jesuitas. — ¡Ah! señor, contestó Caus» sin (1); estos tienen que edificar una iglesia. »

La réplica era muy atrevida para un Jesuita, arrancó una sonrisa á los labios marchitos del Rey, al paso que probó á Richelieu que la permanencia de Caussin en la corte era para el un peligro continuo. « Este religioso, dice Madame » de Motteville, fué verdaderamente incorruptible. Podia » elevarse fácilmente á las dignidades eclesiásticas capitu» lando con su conciencia; pero obró segun sus luces y » su creencia, con riesgo de hacerse del Cardenal su ene» migo mas poderoso y mas terrible. » En esa corte, en que Luís XIII, siempre enemistado con Ana de Austria su esposa, sometia no obstante sus pasiones á la virtud, una hija de una noble familia cobró sobre el Rey un ascendiente extraordinario. Amaba esto á la señorita de La Fayette, y Richelieu esparaba asegurar para siempre por medio de ella su dominacion sobre el príncipe. Indecisa esta entre el cielo y la tierra consultó al Jesuita para substraerse al papel que le reservaba al ambicioso ministro. « Lo cierto es, » añade madame de Motteville en sus *Memorias* (2), que

(1) *Historia de los Confesores*, etc., por Gregorio, pàg. 343. Esta respuesta del padre Caussin se encuentra por primera vez en el calvinista Lewassor, autor de una historia de Luís XIII, quien cita igualmente algunos fragmentos de una carta atribuida al Jesuita, en la cual se lee: «¿Podia yo ignorar que habia en nuestra Orden algunos Padres » que obraban segun el capricho del Cardenal por el interés de la Casa » profesa ó de ellos mismos? »

(1) *Mem. de Mad. de Motteville*, tomo I pág. 75. — *La Hist. eclesiástica de la corte de Francia*, por Oroux, da los mismos detalles y tributa el mismo elogio al padre Caussin. Tomo II, pág. 413 y sig.

» Dios la destinaba á esta dicha; porque á pesar de la ma-
» licia y de las falsas hablillas de los cortesanos, el padre
» Caussin, en vez de prestarse á las intenciones del Carde-
» nal de Richelieu, como sospecharon algunos, le acon-
« sejó, en vista de las inocentes intenciones que le supo-
» nia, que no se hiciese religiosa, pues llevaba la idea de
» servirse de ella para inspirar al Rey que hiciese volver á
» su lado á la Reina, su madre, y de gobernar sus estados
» por sí mismo. »

Caussin dió además otros consejos á La Fayette. El fué quien verificó la reconciliacion entre Luís y Ana de Austria, y cuando esta reunion fué consagrada, aquella jóven, guiada por Vicente de Paul y el Jesuita se retiró del mundo. Richelieu echó de ver que el monarca escuchaba con placer los consejos de este último; supo que su confesor para determinar al Rey á que se manifestase por fin dueño absoluto, le habia hecho oir verdades algo amargas y hasta que se habia atrevido á decirle : « Vos no decís todo lo que
» pensais, ni haceis todo lo que quereís, ni quereis todo lo
» que podeis : » y le desterró. El 26 de deciembre se leia en la *Gaceta de Francia* : « El padre Caussin ha sido dispen-
» sado por su Majestad de confesarle en lo sucesivo y des-
» terrado de la Corte, porque no obraba en ella con el co-
» medimiento que debia, y porque su conducta era tan
» mala, que todos, inclusos los de su Orden, mas han ex-
» trañado que hubiese permanecido tanto tiempo desem-
» peñando aquel cargo que no que haya sido privado
» de él. »

Teofrasto Renaudot fué el primero que concibió eu Francia la idea de publicar un periódico, que hacia servir para adular el poder á calumniar á los adversarios de Richelieu. El padre Caussin, desterrado primero en Rennes y despues en Quimper, se contentó con justificarse con el General de la Orden; lo que debió serle muy fácil, puesto que el historiador de los *Confesores de los reyes*, resumiendo las mentiras inspiradas por el Cardenal á la *Gaceta*, no puede menos de llamarla : « Acusacion vaga y que parece desnuda de pruebas. » Caussin habia desaparecido, y Luís XIII llamó para dirigirle al padre Juan Bagot. Péro este cargo,

tal como Richelieu lo queria, no estaba en armonía con el carácter independiente de aquel. Bagot era Breton. Apenas ha puesto el pie en la Corte suplica al Rey que le conceda permiso para retirarse; le obtiene, y es nombrado en su lugar Jaime Sirmond. Este Jesuita poseia las cualidades todas del religioso y las virtudes del ciudadano. Grande por su erudicion y por la variedad de sus talentos, y mas aun por su modestia, habia desempeñado en tiempo de Aquaviva las mas importantes funciones; su recuerdo era grato á Roma, y el Papa deseaba verle volver á su lado para aprovecharse de sus conocimientos. « Pero el Rey y el Carde-
» nal, dice Enrique de Valois (1), no permitieron que fuese
» arrebatado á la Françia el que era el honor de la Igle-
» sia galicana, y para mejor unirle á su patria Luís le
» nombró su confesor. » El Rey conocia su debilidad. Richelieu le era indispensable, y quizás necesario al reino. El padre Sirmond se ocupó en poner de acuerdo sus deberes para con el soberano y las obligaciones que su empleo le imponia. Las circunstancias eran mas críticas que nunca.

Richelieu, con esa necesidad de dominarlo todo que el genio no sabe ocultar, aspiraba á concentrar en sus manos todos los poderes. Continuaba la obra de Luís XI matando el feudalismo, y sacrificaba la monarquía en provecho de la autoridad real; pero para realizar su sistema necesitábase en el trono un Enrique IV ó un Luís XIV, el valor y la grandeza, ó un ministro como él. El dia en que la Francia cayese bajo el cetro de un príncipe sin energía ó bajo la direccion de hombres pusilánimes, aquel dia el reino seria presa de la revolucion. El Cardenal no hizo ó no quiso hacer estas reflexiones : constituíase revolucionario por amor á la autoridad; habia abatido el orgullo de los últimos grandes vasallos, y emprendió la lucha contra el poder de Roma. Dueño de la Francia y mas aun de su rey, pretendia gobernar tambien la santa Sede. Urbano VIII, poeta como Richelieu, cual él hombre de Estado; pero que

Ne tantus vir, ad illustrandam Ecclesiæ gallicanæ antiquitatem natus, Galliæ eriperetur (*Elogium Jacobi Sirmundi.*)

sabia moderar sus deseos y hacerse de la astucia italiana un muro contra el cual se estrellaban los ímpetus del Cardenal, resistia hacia mucho tiempo á unos deseos que hubieran podido turbar le tranquilidad de la Iglesia.

El Cardenal de Amboise, ministro de Luís XII, habia sido revestido con las funciones de legado apostólico en Francia; Richelieu para robustecer su autoridad solicitó este título. Roma conocia su ambicion, y el papa se negó á concederle un cargo que le hubiera facilitado los medios de usurpar una preponderancia sin límites. Viendo que la santa Sede no accedia á sus arrogantes súplicas, probó de llegar á su objeto por una senda mas tortuosa : pensó en tener bajo su dependencia las antiquas órdenes monásticas. Era ya abad de Cluny, y en 1636 se hizo elegir jefe de la órden del Cister y de los Premonstratenses. Urbano no le concedió las bulas de entronizacion. Richelieu habia vivido en Roma y conocia su política : estas repulsas sucesivas le irritaron, y para comenzar la guerra obtuvo un decreto del Consejo por el cual se prohibia solicitar expediciones á la corte pontificia y enviar el dinero destinado á la Dataría. Tenia á su discrecion algunos prelados, los cuales pidieron la revocacion de las Anatas y la reunion de un Sínodo nacional para reprimír las usurpaciones de la Corte pontificia. Pedro de Marca, presidente del Parlamento de Pau y que mas adelante fué nombrado arzobispo de París, habia publicado una obra sobre la concordia del Sacerdocio y del Imperio.

Jurisconsulto profundo, erudito, lleno de gusto, procuraba agradar á Richelieu. El Cardenal se lamentaba de la desconfianza con que le miraba el soberano Pontífice, la cual era un insulto á su fe de obispo, un ultraje á sus sentimientos católicos, y un obstáculo á sus instintos de dominacion. Marca le propuso un medio de poner de acuerdo su ambicion con su deseo de venganza, y trazó un plan por el cual todas las iglesias catedrales atribuian al Rey la facultad de elegir los obispos, de que le habia despojado el concordato. Dado este primer paso, fuerza era reunir un Concilio galicano, del cual debia salir Richelieu con el título de Patriarca de Francia. Creia poder contar con la ma-

yoria de los obispos; mas á fin de ocultar sus intenciones secretas, confió la direccion del Sínodo futuro á los prelados mas respetuosamente adictos á la cátedra de san Pedro. Hallábanse las cosas en este estado cuando el Cardenal, que procuraba aumentar las dificultades que el Parlamento. ganado por él, no cesaba de suscitar á la santa Sede, se resuelve á preparar la opinion pública para el cisma premeditado.

Un doctor de la Sorbona, Cárlos Hersent no se creyó obligado á encerrarse en los límites de la moderacion que observaban Urbano VIII y la corte de Roma en tan delicadas circustancias, y publicó en 1640 su *Optati galli de cavento schismate*; libelo sangriento contra el Cardenal. Este grito de alarma vino á arrancar de su estupor á los Católicos. Un miembro de la Universidad denunciaba á Richelieu, y este, á fuer de táctico consumado, encargó su defensa á un padre de la Compañía de Jesus. Hersent se habia guardado muy bien de poner su nombre en su obra; y el Cardenal, no pudiendo dirigirse contra el autor hizo condenar el libro por Francisco de Gondi, arzobispo de París y por los prelados de las provincias, mientras que el Jesuita Miguel Rabardeau se ocupaba en refutar al doctor de la Sorbona. Trocábanse los papeles, y esta confusion era uno de los cálculos mas bien combinados de Richelieu. Esperaba alucinar de esta suerte á los fieles, y probar que, supuesto que un jesuita reconocia la necesidad de un patriarcado francés, no habia en esta innovacion nada contrario á la fe Católica. Los Padres de la Compañía de Francia no se asociaron á semejante doctrina; los de Roma, Alemania y España la rechazaron, mas Richelieu habia logrado lo que deseaba. Para combatir á Roma se habia apoderado de su escudo, y ya no le faltaba sino poner en ejecucion sus desígnios; mas la muerte no le dió tiempo de hacerlo. Este sacerdote que habia obligado á los potentados de Europa á arreglar sus intereses sobre su política, y que era el motor invisible así de todas las guerras como de todas las transacciones diplomáticas, espiró el 4 de diciembre de 1642. Fué aborrecido de los príncipes, de la corte y del pueblo, pero grande con todos los odios que una sola de

sus miradas bastaba á encerrar en el fondo de los corazones, y que únicamente se desvanecieron delante de su sepulcro glorificado por la posteridad.

Al propio tiempo solo quedaban á Luis XIII, víctima de una enfermedad mortal, pocos meses de vida. Este príncipe que rolo era rey por el valor ó por la justicia, sentia siempre necesidad de tener á su lado un amigo, un favorito ó un dueño. El padre Sirmond habia conocido sus flaquezas : á la edad de mas de ochenta años este anciano intentaba inspirar á un monarca todavía jóven la energía del bien, y le acompañaba al sitio de Perpiñan. Cuando Sirmond echó de ver que era fuerza preparar á Luis XIII á la muerte mas bien que á la vida, creyó que sus fuerzas no eran suficientes para semejante tarea, y pidió permiso para retirarse. Fué nombrado para reemplazarle el padre Dinet : el 18 de marzo de 1643 el Rey le hizo enviar á San German. Richelieu, que como los hombres de Estado, no concedia á los sentimientos de la naturaleza el derecho de contrariar sus proyectos, habia echo de Luis XIII á pesar suyo, un mal hijo, un mal esposo y un mal hermano. Los Jesuitas trabajaron durante mucho tiempo para emanciparle de esta esclavitud ; y Dinet quiso que á lo menos en su última hora el Rey saliese de su abatimiento. Richelieu habia proscrito ó encerrado en calabozos á todos los hombres cuya influencia temia : « A instancias de su confesor, dice Grego-
» rio (1), el Rey da órden para poner en libertad á los pre-
» sos, para llamar á los desterrados, víctimas inocentes,
» para que se paguen sus salarios á los criados de su ma-
» dre. El confesor le hace presente la obligaeion de mani-
» festar públicamente su pesar por el tratamiento riguroso
» que dió á esta, é insiste en la necesidad de hacer la paz
» y de aliviar al pueblo. »

Tal fué el último favorito, y tales fueron las ideás que le inspiró. El Rey, que veia su muerte muy cerca, oyó los votos que dictaba al Jesuita el amor á la Francia; y el 14 de mayo de 1643 expiró entre sus brazos. Cinco dias despues aparecia en los campos de Rocroi el jóven duque de

(1) *Hist. de los Confesores*, etc., pág. 348.

Enghien, discípulo de los Jesuitas de Bourges (1). Para celebrar los funerales del hijo de Enrique IV y el advenimiento al trono de Luis XIV, el duque de Enghien, general á los veinte y dos años, destrozaba las compañías españolas, y triunfaba en aquella batalla de tres dias de la prudencia de Mello y del denuedo de Fuentes.

Acababa apenas de salir un héroe de la escuela de los Jesuitas cuando entraba en ella un veterano, el mariscal Josías conde de Rantzaw. Compañero de armas de Gustavo Adolfo, amigo del canciller Oxenstiern, el Richelieu del norte, Rantzaw, despues de la muerte del sueco dejó Holstein su patria para pasar al servicio de la Francia. En menos de diez años habia perdido en los campos de batalla un ojo, una pierna y una mano, en el sitio de Bourbourg una bala se le llevó la oreja izquierda. Semejante valor fué premiado con la dignidad de mariscal de Francia. Nada entero quedaba á Rantzaw sino el corazon, y pensó ofrecerlo á Dios: el general luterano se dirigió á los Jesuitas. En medio de su vida agitada habia concebido dudas acerca la verdad del dogma protestante; mas la conducta poco evangélica de los pastorés reformados, y la lectura de las controversias de Bellarmino, habian triunfado por fin de sus convicciones. Gustábale conversar con los Jesuitas, y el padre Marchan, provincial de los Franciscanos en Bélgica, habia en 1643 en Gante, obrado casi su conversion. Cuando tres años despues hubo perdido su oreja, Rantzaw, creyendo que esta última herida era un aviso del cielo, llama dos Jesuitas en su tienda. El 9 de agosto de 1645 cava en su poder la ciudad de Dunkerque, y el 15 abjuraba el luteranismo entre las manos de uno de los Padres. Apenas hubo recibido la comunion, cuando, lleno de un santo fervor, corre al alojamiento del mariscal de Gassion: este es calvinista, y su compañero de armas hace con él el oficio de misionero. Rantzaw habia vuelto sinceramente á la Religion

(1) El gran Condé tuvo por maestro en Bourges en el arte de las fortificaciones un hermano coadjutor jesuita, llamado Dubreuil. Este hermano matemático y artista distinguido, dejó una obra muy curiosa sobre la perspectiva.

de sus mayores; y perseveró en ella hasta la muerte.

Era aquella la época de las grandes creaciones, precursora de la era de los grandes hombres. En sus colegios los Jesuitas preparaban el siglo de Luis XIV, y en la cátedra y en el mundo se asociaban á las obras de la prevision nacional, de que cubria la Religion el reino. En el fondo de las prisiones á donde bajaban para consolar á los culpables, lograban que los reos de muerte pudiesen recibir la santa Eucaristia, á fin de probarles que, abandonados del mundo entero, encontrarian en su arrepentimiento un padre menos inflexible que la justicia de los hombres. Bernardo, llamado el pobre sacerdote, hacia fecunda la benevolencia; san Francisco de Sales, el cardenal de Berulle (1), Juan Santiago Olier, Pedro Jouvier y Jean Eudes, cinco discípulos de los Jesuitas de París, de Pont-á-Mousson, de Lion y de Ruan, se entregaban al ardor de un celo, que enfrenaban la prudencia y el saber. Francisco de Sales y la barone-

(1) El cardenal de Berulle era tan adicto á los Jesuitas, que en su *Vida*, escrita por Habert de Cherisy se lee, no sin admiracion, que para manifestar á un amigo tan virtuoso la entera confianza que en él tenian puesta, los Padres le enviaron un poder para examinar y recibir á los que se presentasen para ser de su Compañía. El historiador del Fundador del Oratorio refiere una anécdota curiosa sobre este aprecio recíproco que tanto honra á los discípulos de S. Ignacio y al Cardenal. » El reverendo padre D. Juan de S. Malaquías, dice, religioso Fuldense » y prior en otro tiempo del convento de París, refiere que hallándose » en Roma, le rogó el R. P. Claudio Aquaviva, general de su Orden, » que viese á M. de Berulle, cuando estuviese en la capital de Francia, » y hablase con él de algunos asuntos importantes para la Compañía. » Este buen religioso no conocia bien aun todo su mérito, no sabia que » los Seguien, sus tios, oráculos de la justicia, le consultaban como » un oráculo de la del cielo y de las cosas de la éternidad..... No pudo » menos de extrañar que el jefe de una Compañía tan juiciosa y venerable hubiese elegido un niño (Benulle solo contaba entonces veinte » años), para aconsejarse en aquella populosa ciudad, donde hubiera » podido hallar tantas personas de edad madura y de una pruden» cia consumada. Mas la admiracion del R. P. D. Juan de S. Malaquías » cesó desde que hubo visto á Mr. de Berulle. En una carta suya nos » dice él mismo entre otras cosas, lo siguiente: « Yo no extrañé que » esos venerables y grandes religiosos tuviesen tanta confianza en él, » aunque tan jóven. » (*Vida del cardenal de Berulle*, lib. I, cap. VI, pág. 99, 103.

sa de Chantal instituian la órden de la Visitacion, Berulle creaba el oratorio, Fourier reformaba los canónigos de la congregacion de san Augustin; Olier fundaba los Sulpicianos, Eudes, el hermano de Mezerai, el historiador, daba orígen á la órden de su nombre. El padre Bagot, apenas logró escaparse de la corte de san German, reunia á su derredor algunos jóvenes que educaba para la virtud y el martirio. Contábanse entre estos Francisco de Montmorency-Laval primer obispo de Quebec; de Meurs, primer superior de las Misiones extranjeras de Paris; Pallu, obispo de Heliopolis; Jogues, uno de los apóstoles del Canadá: el célebre arcediano de Evreux, Enrique Boudon, Chevreuil y Fermanel. « Esta reunion de jóvenes, dice Boudon (1), ha » sido como un humilde arroyo que ha venido á convertirse » en un grande rio por el número de obispos y vicarios apos- » tólicos que han sido elegidos de entre ellos para el Oriente » y para el Occidente. De ellos han salido obispos para Siam, » para la China y para el Canadá. Ellos son los que han da- » do origen al seminario de las misiones extranjeras en » Paris que derramaba por todas partes el olor de las » doctrinas del Evangelio, que es el buen olor de Jesu- » cristo. »

Durante este tiempo Vicente de Paul, cuyo solo nombre es un himno de gloria á la Iglesia católica y á la humanidad instituia los Lazaristas, fundaba la órden de las hermanas de la Caridad, y abria asilos paro los niños expósitos. Los sacrificios alentaban tan gloriosas émpresas, las secundaban, y se hacian los amigos y colaboradores de esos hombres que el mundo venera. Combatian con ellos la licencia de las costumbres que populorizaban el ateismo de Vanini y las poesias de Teófilo. Francisco de Sales moria entre los brazos del padre Juan Ferrier, y Vicente de Paul, dice el historiador de su vida (2). proclamaba « que habia tenido siem- » pre una veneracion particular á la santa Compañía de » Jesus. »

En el momento en qne tenian lugar tan graves sucesos en

(1) *El Cristiano desconocido*, lib. II, cap. I.
(2) Collet, *Vida de S. Vicente de Paul*, tomo II, pág. 88.

la Iglesia y en el mundo, la Orden de Jesus se vió expuesta á los tiros de un apóstata. Encuéntranse entre las sociedades religiosas, lo mismo que en el seno de los partidos, hombres revoltosos, descontentos siempre de sus posicion, y siempre dispuestos á apreciar sus talentos ó su servicios en mucho mas de lo que valen. Creyéndose despreciados, procuran al principio hacerse temer, y acaban por pasarse al campo enemigo, llevándose por única arma la calumnia. Los adversarios explotan sus revelaciones, si bien desprecian á quien las hace. Compran este oprobio, y lo venden de nuevo sin reflexionar que hasta la misma verdad, cuando viene en pos de una transaccion vergonzosa no puede ser aceptada ya como tal. La compañía de Jesus habia visto salir ya de su seno algunos apóstatas, talos como Hasenmuller, Reihing, Daniel Peyrol y otros cinco ó seis, que el Protestantismo habia acogido, y á quienes se habia apresurado á crear ministros de su culto. Un Jesuita francés, el padre Jarrige, nacido en Tulle en 1605, renovó este escándalo. « Jarrige, dice Bazle, (1) se resintió tanto de no ob» tener en su Orden los empleos de que se creia digno, que » resolvió hacerse protestante. » El 25 de diciembre de 1647 el Gonsistorio calvinista de la Rochela le abrió sus brazos; y como entonces la apostasía era un crímen que se castigaba con la muerte, Jarrige se refugió á Holanda. Fuerza era explotar aquella ignominia que los herejes pensionaban, y en su consecuencia Jarrige explicó en la cátedra de Leyde los motivos que le habian inducido á separarse de la Iglesia romana y de la Compañia, los cuales desarralló en seguida en una obra titulada : *Los Jesuitas llevados al cadalso por muchos crimenes capitales*. Al leer este libro, cuyo título era ya una infamia, las almas buenas se cubrieron de indignacion, en la cual tomaron parte hasta algunos protestantes : pero los partidos no se creen, como tales obligados á la probidad que sus individuos reclaman y profesan en la vida privada. Jarrige era una arma contra los Jesuitas, y acababa de ser colgado y quemado en efigie en la Rochela ; ¿ qué extraño, pues, que se recibiese su folleto como la ex-

(1) Bayle, *Dic. histórico crítico*, antículo *Jarrige*.

presion mas exacta de los sentimientos y de los actos de la Compañía de Jesus?

Este libro, exaltado por el espíritu de secta, alcanzaba un éxito escandaloso. El jesuita Honthelier, que se hallaba entonces en la Haya, tuvo ocasion de hablar con Jarrige. A fuerza de destreza y de prudencia le indujo á confesar su crimen; y el apóstata, renunciando á sus nuevas amistades y á la fortuna que le preparaban los Estados generales de Holanda se retiró en 1650 entre los Jesuitas de Anvers, desde donde publicó una retractacion tan lata y tan completa como fué posible. En ella se lee lo siguiente (1): «Falto de razon y dejándome arrastrar del espíritu de » venganza, escribí un libro venenoso y cruel contra la pro- » vincia de Guiena. Si encontré la mas leve ocasion para » hacer algun comentario, no dejé de hacer pasar mis con- » jeturas por pruedas; cuando sucedia que algunos habian » sido tenidos por sospechosos, con verdad ó sin ella, por » los criados ó por los extraños, tomaba esas sospechas por » verdades, y procuraba que fuesen tenidos por grandes » criminales hombres de bien, los cuales si se les suje- » tase á un exámen riguroso solo, resultarian culpables » de alguna ligereza, ó cuando mas de alguna falta leve. » Cualquiera que examine seriamente y sin preocupacion » mi obra echará de ver que me he valido de rodeos á la vez » especiosos y llenos de artificio, para propalar agradable- » mente y con algunos visos de verdad mis calumnias. He » dicho demasiado para que pueda ser creida; y hasta los » herejes, aunque en lo sucesivo se sirvan de mis acusa- » ciones, las reprobaron en el sínodo de Middelburgo; y » es preciso tener el ánimo tan apasionado como lo estaba el » mio cuando escribia este libro, para dar crédito á mis ul- » trajes. Si algo ha habido de verdadero, los culpables han » sido despedidos de la Compañía; la cual, para que no le » falte ninguna de las cualidades del Océano, no puede » conservar en su seno los cadáveres. Mis acusaciones son » pues injustas en haber hecho responsable á una Orden » tan ilustre de las faltas de aquellos á quienes ha ar-

(1) *Retractacion de Jarrige*, pág. 77 y 79.

» rojado de sí como indignos de vivir entre los santos,
« y que alimentan un espíritu de demonio entre los ánge-
» les.

» Mi furor me ha hecho decir el mal y ocultar los reme-
» dios. He publicado en algunos lugares, lo que algunos
» hicieron; pero sin añadir que habian sido arrojados al
» momento y sin dilacion como apestados. Quien conoce
» á los Jesuitas juzgará que los crímenes de regicidio, in-
» fanticidio y otros semejantes, igualmente abominables,
» no son mas que supuestos. ¡Cuántas veces me he vali-
» do, contra todos los principios de una sana lógica, de
» reflexiones capciosas para de lo particular sacar deduccio-
» nes contra la generalidad, y atribuir á toda la Compa-
» ñía lo que no hubiera podido sostener de uno solo si se
» me hubiese obligado á probarlo judicialmente! »

Estas confesiones, siempre penosas al amor propio, llevan consigo un carácter de justicia y un conocimiento de las debilidades humanas, que no podian menos de inspirar confianza. Los Protestantes se avergonzaron del papel que habian desempeñado, y callaron; pero intervinieron los jansenistas y declararon poco terminante la retractacion de Jarrige. Bayle contestó á semejante lenguaje (1): « Dejo á
» la consideracion del lector el juzgar si los señores de
» Por-Royal van bien fundados cuando sostienen que Pe-
» dro Jarrige publicó una retractacion poco satisfactoria;
» y que si bien se acusa de haber hablado con demasiado
» calor en su libro contra los Jesuitas, no desmiente en
» particular ninguna de las historias escandalosas que ha-
» bia referido. »

Jarrige, arrepentido, se humilló, y fué á ponerse á discrecion de la santa Sede y de la Compañía, y luego retirado en Tulle vivió en los remordimientos y en el ejercicio de las virtudes sacerdotales. Condenóse voluntariamente á la obscuridad; mas los Protestantes y los Jansenistas hicieron correr la voz de que habia desaparecido y que los Jesuitas le habian hecho morir en un calabozo subterráneo. El sabio Estévan Balucio, bibliotecario de Colbert y

(1) Bayle, *idem*.

compatriota de Jarrige, ha desmentido con hechos esta suposicion en su *Historia de la ciudad de Tulle* (1). La acusacion sobrevivió sin embargo á las pruebas materiales, porque halagaba los odios y permitia á la calumnia ocultarse detrás de un suplicio imaginario. Jarrige habia colocado á los Jesuitas en el cadalso : otro apóstata Julio Clemente Scotti, dió á luz en 1652 un libro titulado: *Monarchie des Solipses*, sátira que, como todas las obras de este género, solo prueba la ira de su autor, siendo conocida únicamente de algunos filólogos y bibliógrafos. (2)

Por los disturbios que se suscitaron entre el cardenal de Richelieu y los Jesuitas confesores del Rey Cristianísimo, por la confianza que Enrique IV y los emperadores tenian puesta en los padres Coton, Becan y Lamormaini, hemos podido ver cual era el poder de la Sociedad creada por san Ignacio, tanto en Francia como en Alemania. Este poder se ejercia de una manera oculta, y era tanto mayor, en cuanto

(1) Léese en Estévan Balucio, *Historia urbis Tutelensis*, lib. III, c. XXX, pág. 290 y 291 : « Pedro Jarrige publicó en 1651 en Amberes un » libro que contenia su abjuracion y su arrepentimiento. Estuvo seis » meses en la Casa profesa de París, donde fué recibido y tratado con » benevolencia y caridad. Durante este tiempo los Jesuitas alcanzaron » permiso del Papa para que Pedro Jarrige pudiese permanecer en el » mundo en hábito de sacerdote secular, aun que sin quedar relevado de » los votos de religioso. Volvió á Tulle, donde vivió honrado y hasta » estimado do los Padres de la Compañía, hasta en 1670, en que murió » en la parroquia de S. Pedro, el 26 de setiembre, siendo enterrado al » dia siguiente en el santuario de la misma iglesia. Tenia sesenta y » cuatro años de edad, y habia pasado veinte y cuatro en la Compañía » antes de que apostatase. »

(2) Los unos han atribuido esta obra al padre Melchor Inchofer, muerto en 1648, y que por consiguiente no podia desmentir este aserto; otros á Scioppius ó á Oton Tabor, jurisconsulto aleman. Dekheer, en su obra *De scriptis adespotis*, pág. 95, la atribuye á Gabriel Bariacus Lermœus : gentilhombre de Languedoc, y Antonio Arnauld y Bayle á Inchofer. Weeis, es de distinto parecer. El padre Oudin (V. las *Memorias de Niceron*) y Barbier, en su *Dic. de los anónimos y pseudónimos*, núm. 12090, creen que Scotti compuso este libro que en 1812, con motivo de las fiestas de aniversario del colegio de Zeitz, mereció los honores du una disertacion escrita por J. Gottl. Kneschke, y titulada : *De auctoritate libelli de Monarchia Solipsorum.*

el príncipe, árbitro de la vida y de la fortuna de todos, acostumbrado á los homenajes y á las adulaciones, no encontraba mas censor que el sacerdote á cuyas plantas humillaba su orgullo. El Jesuita sondeaba las miserias, las pasiones, los ambiciosos deseos del monarca; los consolada ó los calmaba, y venia á ser por la misma fuerza de los sucesos un mediador entre en rey del cielo y los soberanos de la tierra. Dirigíalos en sus actos, y aprobaba ó vituperaba sus medidas gubernativas. La vida pública, la privada, los mas secretos pensamientos del príncipe, todo era de su incumbencia, todo pasaba por el confesonario para ir á abrigarse bajo la diadema. Esta posicion excepcional engendraba al lado mismo del poder un sin número de descontentos y de enemigos, y daba á los Jesuitas una preminencia, de la cual era muy difícil no abusar, ya en favor de su Orden, ya en perjuicio del Estado. Hasta aquel dia los Padres habian dirigido tan felízmente la eleccion de los príncipes, que, aun en medio de las turbulencias políticas y de los conflictos religiosos y militares no se encuentra ninguna queja históricamente fundada contra los directores espirituales de los reyes. Con todo, en este mismo tiempo un jesuita confesor de un monarca, no sabia mantenerse dentro de los límites de la moderacion. Este padre favorecia graves escándalos, y estos atrajeron un severo castigo sobre su cabeza.

La casa de Lorena, de la cual formaban los de Guisa la segunda rama, se habia declarado la mas ardiente protectora de la Compañía desde su orígen. Los Jesuitas de la provincia de Champaña poseian numerosos establecimientos en aquel ducado. Cárlos de Lorena, obispo de Verdun, no se contentó con seguir el ejemplo de los de su familia, sino que en vez de prestar á la Compañía su influjo, renunció á las dignidades eclesiásticas para consagrarse todo entero al Instituto. De príncipe que era, se hizo jesuita, y vivió y murió en el ejercicio de las mas modestas funciones. El ejemplo de sus virtudes habia sido tan santamente contagioso que pocos años despues de su muerte el noviciado de Nancy recibia en su seno á los herederos de las mas ilustres familias. En 1641 contábanse entre estos Cárlos de Har-

court y Francisco de Gournay. El padre de este habia muerto en desafío al del primero, y esta sangre derramada alimentaba el odio entre las dos casas. Apenas Cárlos de Harcourt habia entrado en el noviciado, cuando se presenta tambien en él Francisco de Gournay. Ambos aspiran, y tal vez por los mismos motivos, á ahogar bajo el hábito de Jesuita la aversion que se tienen mutuamente ambas familias. De Harcourt solicita el favor de servir á Gournay durante los dias de la primera prueba, y lo obtiene. Se echa en sus brazos, le baña con sus lágrimas, le declara que es su hermano, que lo ha olvidado todo al pie de la cruz, y le lava los pies segun costumbre del Instituto.

Este perdon de las injurias, concedido tan fraternalmente bajo la inspiracion de los Jesuitas, no era sin embargo el mas bello triunfo de la Compañia en Lorena. Hacia veinte años que la guerra asolaba los campos de este estado, y la miseria era tan horrible, que solo pudo conjurarla la caridad de Vicente de Paul, quien envió allí hermanos de la Caridad y de Lazaristas. Los Jesuitas de Pont-á Mousson y de Langres habian agotado sus recursos para alimentar á los pobres; su colegio, su casa se hallaban convertidos en un hospital. Vicente enviaba socorros, y los embajadores de su beneficencia se unieron á los que les habian precedido en esta senda. Los hijos de Loyola y los de Vicente se coligaron en la misma idea; hicieron sus planes en comun, y repararon poco á poco las calamidades producidas por la carestía.

Mientras que los Padres del Instituto satisfacian con la caridad la deuda de gratitud que contrajeran con la casa de Lorena, el padre Didier Cheminot, por una condescendencia culpable, hacia traicion á sus deberes, y exponia su Compañia á las mas tristes sospechas. En 25 de marzo de 1637, Cheminot era llamado á dirigir la conciencia de Cárlos IV, duque de Lorena. Este principe, jóven todavia, tenia un talento casi tan brillante como su valor; pero caprichoso é inquieto, dispuesto siempre á dar su mano con su corazon; y formándose la mas extraña idea de la santidad del matrimonio, se manifestaba tan inconstante en amor como infiel á sus alianzas políticas. El padre Chemi-

not era su súbdito, y nombróle su confesor. Ocho dias despues, el 2 de abril, se casaba viviendo aun Nicole de Lorena, su primera exposa, con la princesa Beatriz de Cusance, viuda del conde de Cantecroix.

De nada sirvieron los ruegos de su hermano, Francisco de Lorena, de su hermana Enriqueta, duquesa de Phalsbourg y de la de Orleans: permaneció indiferente á las recriminaciones de su familia, cual el padre Cheminot á las de su Orden. Vióse á este padre, despues de haber aconsejado ó cuando menos aprobado la bigamia, publicar una memoria para defender la validez de aquella segunda union. Al principio pudo haber sido débil ó demasiado complaciente; pero mas adelante se esforzó en apoyar su tenacidad en argumentos culpables, y desdeñando los consejos de los unos y despreciando las amonestaciones de los otros, llegó á arreglarse una moral para sí.

Con los resentimientos que sobre la Compañia de Jesus pesaban; con los zelos y los temores que provocaba su posicion cerca de los reyes, este escándalo no podia pasar desapercibido. Un casuista tan indulgente, un confesor tan tolerante salido de la Compañia, debia suscitar contra ella toda clase de censuras. El padre Cheminot no fué perdonado, ni estalló solo contra él la borrasca. Todos los Jesuitas son responsables del mal que comete uno de sus hermanos, sin que esta responsabilidad exista para el bien.

Acusóse á la Compañia de haber servido vergonzosamente á las pasiones de un principe, y de haberse prestado á sus caprichos para no perder su útil proteccion. Afirmóse que catorce teólogos del Instituto habian tomado á su cuenta la defensa del duque de Lorena, y encontrado razones para disculpar á su colega. Muchos escritores han adoptado esta opinion; pero despues de haber estudiado en los archivos de Gesu las cartas autógrafas de los padres Florencio de Montmorency, Claudio Maillard, Juan Bruanus, Bartolomé Jacquinot y Juan Tollenare, todos los cuales tomaron una parte muy activa en esto asunto, creemos que es imposible perseverar en semejante idea.

Estas cartas, en número de mas de ciento cincuenta abrazan un espacio de tiempo de cerca de cinco años; con-

tienen la relacion de las tentativas hechas cerca del duque de Lorena y de Cheminot para conducirlos á la enmienda, y demuestran que en vez de ser bien quistos de Carlos IV, los Jesuitas no tenian mas cruel enemigo. El duque experimentaba una resistencia que debia vencer tarde ó temprano su confesor y dejarle expuesto á las censuras de su familia. Los Jesuitas no admitian ningun pacto, y creyó que devastando sus casas de Alsacia y cometiendo en algunos dias mas desastres que no hicieron los sucesos en diez años de guerra, les convenceria por el terror, de la legitimidad de su mision adúltera. Los excesos de su ejército fueron tan impotentes como sus ruegos. Los provinciales vecinos de la Lorena, los del Alto Rin, y hasta el mismo General, instaban á Cheminot para que se retirase de la Corte : este resistia, y Cárlos IV escribia á Vitelleschi desde Bruselas el 4 junio de 1639 : « El padre Maillard me dijo de parte de » los Jesuitas de este lugar que no recibirán al padre Che- » minot en su casa, y que estan resueltos á hacernos á él » y á mí este ultraje impulsados por alguna persona á ra- » zon poco considerable; lo que me obligó á enviar á la » puerta de esta ciudad para avisar al padre Cheminot. »

Este se ponia en rebelion abierta, los consejos de sus superiores le habian hallado sordo é indiferente; su proscripcion patente hizo nacer alguna incertidumbre en su espíritu. Para ocultar sus futuros remordimientos bajo una violencia de su príncipe, imaginó el 24 de marzo de 1642 hacerse dirigir desde Worms la órden siguiente : « Mi re- » verendo Padre, le escribia el duque de Lorena, conside- » rando que me habeis advertido que vuestro reverendo » padre General os instaba para que os retiraseis de mi » corte y me pedieseis permiso para hacerlo, os advierto » que no puedo consentirlo por justas razones, ni vos ve- » rificarlo; de otra suerte incurrireis en mi indignacion » y me obligareis á que os castigue, de suerte que enseñe » á los demás á obedecerme en cuanto yo mande. »

Creyendo su responsabilidad á cubierto con tales amenazas, cuya eficacia conocian ya los Jesuitas, Cheminot esperaba que las cosas no pasarian de aquí, y que seria una salvaguardia para él la complicidad de Cárlos IV : pe-

ro no fué así. El escándalo era público, y la santa Sede y el General de la Compañía, agotados los médios de persuasion, echaron mano de los de rigor : Cheminot fué excomulgado. No atreviéndose ningun ministro público á presentarle el acta pontificia, porque temian la cólera del duque de Lorena, se encargó esta mision al padre Toccius Gerard. He aquí en que términos da este cuenta de ella al general Mucio Vitelleschi :

« El 27 de abril, escribe desde Worms con fecha del 2
» de mayo de 1643, recibí un aviso de nuestro reverendo
» padre Provincial para intimar la excomunion al Padre
» Didier Cheminot, segun las órdenes de vuestra paterni-
» dad. Quedé sumido en el estupor y mis cabellos se eri-
» zaron. He visto, leido y experimentado la verdad de es-
» tas palabras : » El espíritu esta pronto, mas la carne es
» flaca. Pensaba tambien en el furor del duque y de su con-
» cubina. Heme no obstante echado en rostro mi cobardía,
» y dicho para mí : Vale mas que perezca uno solo que el
» honor de toda la Compañía, con grave escándalo de las
» almas. Habiendo el 28 de abríl venido el padre un ins-
» tante al colegio, le he llamado á mi celda. No pensaba
» entonces en la ejecucion de las amenazas tantas veces
» reiteradas. Le leí clara y distintamente en presencia de
» dos de los nuestros la fórmula de su excomunion, escu-
» chóla hasta al fin, y luego salió del colegio triste y aba-
» tido. »

Cheminot, arrojado del seno de la Iglesia, era un objeto de repulsion para sus hermanos, un escándalo vivo á los ojos de los cristianos. El duque de Lorena y el Jesuita conocieron que no podian ya hacer frente á la santa Sede. El 14 de setiembre de aquel año el excomulgado se sometió al General, se manifestó arrepentido de sus errores, y se puso á la disposic.on de aquel. Los Jesuitas le perdonaron el mal que hiciera á su Orden y los ultrajes que sobre ellos atrajera. Arrastrados por un movimiento interior, ó repugnándoles tal vez poner ante el tribunal de la opinion pública un asunto en el cual se veia tan tristemente mezclada la confesion, condenaron al olvido los documentos que acabamos de citar, documentos que en lugar de pre-

sentar como culpable toda una sociedad religiosa, solo dejan á la historia el derecho de acusar á un sacerdote.

CAPITULO IV.

Posicion que tomó el general de la Compañía de Jesus en Roma. — Los Jesuitas en Italia. — El padre Gonfalonieri evangeliza la Córcega. — Su sistema para reprimir el robo. — Nuevos colegios. — Muerte de Paulo V y de Belarmino. — El padre Mazarini y Juana de Austria. — Insurreccion de la Valtelina. — Reclámanse en ella los Jesuitas. — Negativa del General. — Urbano VIII, papa. — Canonizacion de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Javier. — Ambicion del padre Vermi. — Llega á ser obispo. — Es escomulgado. — Misiones en Sicilia. — El padre Pepé y los odios sicilianos. — Peste en Palermo. — El padre Picolomini, visitador. — Año secular. — Fiestas de los Jesuitas. — La *imago primi sæculi*. — Muerte de Vitelleschi. — La congregacion general. — Es nombrado general el padre Caraffa. — Su muerte. — Eleccion de Picolomini. — Su muerte. — Nueva congregacion. — El Cardenal de Lugo. — Eleccion del padre Gottifredi. — Su muerte. — Es nombrado general el padre Gaswin Nickel. — Los Jesuitas en Inglaterra bajo el reinado de Cárlos I. — El padre Fischer convierte á la condesa de Buckingam. — Reaccion puritana. — Se obliga el Rey á mostrarse cruel contra los católicos. — Leyes penales. — Carácter de Cárlos I. — Gérmenes de revolucion. — Los Jesuitas perseguidos por los Puritanos. — Los Jesuitas se hacen del partido de Cárlos. — Impuestos sobre los Católicos. — El Parlamento y los Padres de la Compañía. — Ejecuciones de los padres Holland y Corby. — El embajador de Francia y la duquesa de Guisa en su calabozo. — El padre Mors en la víspera de su suplicio. — El Parlamento condena á los Jesuitas porque son sacerdotes católicos. — Muerte de Cárlos I. — Los Jesuitas son acusados de haber provocado el regicidio. — El ministro Pedro Jurieu y los Jesuitas. — La república inglesa y Cromwell. — Los cabezas redondas en Irlanda. — La peste y los sacrificios de los padres Dillon de Valois y Dawdal. — La décima congregacion general expide un decreto para que cada provincia de la Orden se encargue de formar un Jesuita irlandés. — Persecucion contra los Católicos. — La Fronde y los Jesuitas. — Misiones de san Francisco de Regis en Vivarais y en el Velay. — Sus virtudes, su amor á los pobres. — Su muerte. — El padre Maunir en Bretaña. — El padre Macedo en la corte de Suecia.

— Cristina y el Jesuita. — Macedo le enseña secretamente los principios de la Fe.— Descartes y los padres Casati y Molinio terminan su conversion.— Abdica y se hace católica.— La Compañía de Jesus repuesta en Venecia. — Su situacion en la Europa y en el Nuevo Mundo. — Grandes hombres que recibe en su seno. — Mr. Guizot y los Jesuitas.— Injusticias del Calvinismo.

La influencia ejercida por los Jesuitas en Europa es un hecho incontesble, y su accion no necesita ser demostrada; por lo que han realizado en medio de obstaculos insuperables puede cualquiera formase una idea de las obras á que en el mismo espacio de tiempo han debido dar cima en Italia. El generalato de Vitelleschi fué una era de prosperidad para la Compañía de Jesus ; pero por una extraña coincidencia de los hechos en él se detiene el poder exterior del General. Hasta aquel dia Ignacio de Loyola, Lainez, Francisco de Borja y Aquaviva han'sido el centro donde todo se dirigia : ellos gobernaron el Instituto de un modo ostensible por su santidad, por sus virtudes, por sus talentos y por su inflexibilidad. Desde Vitelleschi los jefes de la Orden de Jesus desaparecen, por decirlo así: gobernarán aun con el mismo prestigio de autoridad que sus predecesores; encontrarán por todas partes una obediencia activa, corazones que irán con placer en busca del yugo, inteligencias que se harán grandes en todos hemisferios, que llevarán á cabo cosas prodigiosas en las letras, en las ciencias ó en la civilizacion, estan destinadas á brillar mas allá de la tumba, al paso que el nombre del caudillo que les prepara al combate y á la gloria solo será conocido de los Jesuitas. Los generales de la Compañía se eclipsan y parecen reservarse un papel pasivo en la historia, en el momento en que la Orden de Jesus, en su apogeo, llena los anales del mundo con la multiplicidad de sus trabajos.

Estas reflexiones encuentran un comienzo de aplicacion aun bajo el gobierno del mismo Muci Vitelleschi. Este hombre, á quien el soberano pontífice Urbano VIII llamaba el ángel por su caràcter dulce y la inocencia de su vida, no ejerció ninguna accion manifiestamente determinante, per-

mitáseme la expresion, sobre los Jesuitas : creóse un empleo de consejero, de director secreto, ocultóse, por decirlo así, en el recinto de Gesu á fin de animar á todos sus hermanos con ese retiro voluntario. Desde allí excitó á los animosos, calmó los arranques del celo, dió vuelo á los talentos desarrolló las virtudes; pero su nombre sobrenada apenas en el Océano de hechos que ha provocado, y apenas se le ve tomar la iniciativa pública de una medida importante en medio de los hombres eminentes que va á evocar para el martirio, el apostolado la ciencia ó la gloria literaria. Vitelleschi ha trazado á sus sucesores el papel que adoptó : contentóse con ser un amigo, un moderador para los Jesuitas que combatian en público y en secreto. La Europa no oyó resonar su nombre, como los de Loyola, Lainez, Borja y Aquaviva ; la misma Roma apenas sintió el contrapeso de su poder; y sin embargo, los Jesuitas no trabajaban con menos ardor así en Italia como en el resto del mundo.

En Nápoles el padre Pedro Ferragut, secundado por el duque de Osuna, virey de Sicilia, cobraba un santo amor á los prisioneros, é instituia en 1617 en su favor la cofradía de la Misericordia. En Mantua, al año siguiente, un decreto del Senado ponia la ciudad bajo el patrocinio de Luís de Gonzaga. En Luca, el padre Constancio que acaba, de acompañar á Alejandro Petrucci en la visita de su diócesis de Siena, es elegido como mediador entre el obispo Alejandro Guidiccioni y los habitantes. La autoridad eclesiástica estaba en lucha con el poder civil, y Constancio calma los ánimos y termina las diferencias. En 1619 el padre Gonfalonieri evangelizaba la Córcega ; en esta isla, en que solo la Religion podia domar las costumbres casi salvajes de sus habitantes, el robo era en ellos como una segunda naturaleza : las leyes eran impotentes para reprimirlo, y el Jesuita lo alcanza por medio de una ingeniosa combinacion. Obtiene de todos los que han sido ladrones ó robados, esto es de la generalidad, que cada cual se hará mutua donacion, y que se concederán su perdon recíproco de todas las faltas. Los Padres, que trabajaban de acuerdo con Gonfalioneri, deciden á los habitantes del campo á aceptar este convenio ; mas el Jesuita tomó además sus pre-

cauciones á fin de evitar que se renovasen en adelante tales delitos, que engendraban tantos odios de familia. Estableció un convenio mutuo que se insertó en los re gistros públicos, en el cual se fijaba que en caso de robo el culpable, además de la restitucion, estaria obligado á pagar una multa al fisco, y á la Iglesia una suma de dinero proporcionado al valor de la cosa robada. Por la misma ley los Corsos se comprometian á denunciar á los magistrados los autores de todos los robos que descubriesen. Esta policía hecha por los mismos interesados produjo tan felices resultados en tan pocos dias, que no se turbó mas la seguridad de las propiedades. Erigianse colegios en todos los puntos, en Siracusa, en Tarento en Monteleone. Isabel Feltria, princesa de Bisiniano, edificaba en Nápoles, en union con Roberta Caraffa, una casa profesa. Catalina de Lacerda, condesa de Lemos y vireina de Sicilia, hacia construir en esta ciudad un colegio para la Compañía, Juliano Bucconio, comerciante de Savona, y Marco Antonio Doria fundaban uno en esta punto : Gerónimo Portelli, rico comerciante de Roma, dotaba con un establecimiento igual la ciudad de Espoleto, su patria. Rainucci. duque de Parma; Capponi, arzobispo de Rovena; el cardenal Valenti en Faenza, favorecian la extension del Instituto, porque para estos príncipes de la Iglesia ó de la tierra los Jesuitas eran unos auxiliares indispensables.

Paulo V iba á morir, ya fin de recompensar en su General una órden que tantos servicios prestaria al Catolicismo durante su pontificado, deseó ofrecer á Vitelleschi un testimonio de su aprecio y gratitud, creándole cardenal. A esta noticia Vitelleschi reune sus asistentes, les suplica que desvien de él el golpe que le amenaza, y toma la fuga, Cristóval Baltasar, asistente de Francia recibe el encargo de exponer respetuosamente al soberano Pontifice, las inquietudes de la Compañía y los terrores del General. Paulo V muere y le sucede en 9 de febrero de 1621 Gregorio XV (de la familia de Ludovisio). El 17 de setiembre del mismo año Belarmino terminaba con una santa muerte una vida de setenta y nueve años, consagrada toda á inmensos traba-

jos (1). La Iglesia católica lloró al grande hombre que perdia; la Compañía de Jesus contó entre sus mayores glorias al Cardenal que habia formado y que permaneció siendó Jesuita así bajo la púrpura como en la celda. Un mes antes Juan Berchmans, que seguia las huellas de Luís de Gonzaga y de Estanislao de Kostka, espiraba cual ellos en la flor de su edad.

(1) En 1612 el cardenal Belarmino habia intervenido por órden del Papa en las diferencias de Galileo con la inquisicion. Segun el historiador Guicciardini, ministro entonces de Toscana en Roma, Galileo « pedia que el Papa y el santo Oficio declarasen el sistema de Copér» nico fundado en la Biblia.» La corte de Roma nombró una comision de cardenales y de sabios que presidió Belarmino. Este tenia en mucha estima los talentos de Galileo, pero no aplaudia todas sus teorías. Recibió el encargo de decirle que la santa Sede veria con sentimiento que continuase defendiéndolas, y se despidió á Galileo, libre como habia ido. En 1620 á propuesta de Belarmino, el sabio fué autorizado para que enseñase su sistema como una hipótesis astrónomica : pero en 1631, despues de la muerte del cardenal jesuita, Galileo, dejándose arrastrar de la fuerza de sus demostraciones, volvió á enseñar lo que antes, y en 21 de junio de 1633 fué condenado á tres años de prison por una comision de siete cardenales. Esta severidad no existia mas que en la fórmula : Galileo solo estuvo ocho dias en la Minerva, en el aposento de uno de los jefes de la inquisicion, amigo suyo, despues de los cuales volvió al palacio del ministro de Toscana, su mas ardiente partidario. El arresto ha bastado para que los herejes y los sofistas se levantasen contra la intolerencia de la corte de Roma. Segun ellos, Galileo fué aherrojado, atormentado y condenado á los dolores del aislamiento. Los incrédulos han mirado siempre esto como un artículo de fe; pero Mallet-Dupan á quien sus creencias calvinistas no impedian ser un crítico imparcíal publicó en el *Mercurio de Francia* el 17 de julio de 1784 una carta autógrafa de Galileo que desmentia esta farsa de persecucion. La carta existe, y es tan autentica y clara como serlo puede : ella convenció de mentira á los historiadores, á los profesores y á los poetas, pero no varió la opinion general.

« El Papa, escribe Galileo al padre Receneri, su discípulo, me trató » como á un hombre digno de su aprecio. Tuve por prision el delicioso » palacio de la Trinidad del Monte. Cuando llegué á la inquisicion, el » padre Comisario me presentó con mucha urbanidad al asesor Vittri» ci. Dos domínicos me intimaron muy atentamente que expusiese » mis razones, las cuales hicieron encoger de hombros á mis jueces, » que es el recurso de los espíritus preocupados. Fuí obligado á retrac» tarme de mi opinion. Para castigarme me han prohibido conversar » con nadie, y me han despedido despues de cinco meses de perma-

El 5 de noviembre habia muerto repentinamente en Bolonia un padre cuyo nombre se ha hecho célebre en Francia, tal era Julio Mazarini, tio del Cardenal ministro durante la Fronde; pero como su sobrino y como casi todos los Jesuitas, Julio no poseia esa flexibilidad del carácter italiano que con un fondo de viveza francesa y de hombría de bien alemana, es el sello distintivo de la Compañía de Jesus. Duro é inflexible habia comenzado su carrera de predicador ultrajando á san Cárlos Borromeo, y la terminó haciendo de Juana de Austria, nieta de Cárlos V, una enemiga irreconciliable de la Orden. Treinta años antes se le habia visto en Génova resistiendo sin dilacion la marcha del padre Loarte, que los habitantes deseaban conservar. La edad y las desgracias no pudieron cambiar aquella voluntad de hierro y hasta las Constituciones de san Ignacio fueron impotentes. En medio de esos arrebatos, tan extraños en un jesuita, Mazarini poseia un gran talento oratorio: no carecia de virtudes, mas su aspereza debia comprometer siempre y donde quiera á la Compañía. En aquel mismo año de 1621 fué nombrado superior de la casa profesa de Palermo. Juana de Austria le manifiesta que desea tener un jesuita por predicador de su casa, y aquel le contexta : Nuestra iglesia » está abierta á todo el mundo, y los oficiales de la princesa » no deben desdeñarse de venir á un templo frecuentado » por personas de mas alta categoría. » Despues de esta respuesta el padre Julio comprendió que se le dirigia otra órden, y se retiró espontáneamente legando á los Jesuitas enemistades cuyas causas estaban tan opuestas con su carácter.

En 1612 los herejes los habian arrojado de la Valtelina;

» nencia en Roma. Como reinaba la peste en Florencia, me han de» signado por habitacion el palacio del mejor amigo, el arzobispo de Sie» na, en el cual he disfrutado de la mas dulce tranquilidad. Al presente » estoy en mi quinta de Arcetra, donde respiro un aire puro en el seno de mi querida patria.»

Si se comparasen las cartas de los hombres que la libertad, la filantropía ó las revoluciones han condenado al cautiverio con el escrito de Galileo, sin duda no seria la inquisicion romana la que llevària la nota de crueldad y fanatismo.

en 1621 Jaime Robustello, ayudado secretamente del duque de Feria, gobernador del Milanesado, excitó á los habitantes de aquellos valles católicos á sacudir el yugo de los Grisones. Pocos dias antes de hacer estallar la revolucion el duque de Feria previene al padre Menochi, provincial de Milan, y le pide Jesuitas para fortalecer el valor de los sublevados. La Religion no era mas que un pretexto para tomar las armas; Menochi lo comprende y responde que los Padres del Instituto no deben tomar parte ni con palabras ni con acciones en los intereses políticos. La empresa de los Católicos tuvo buen resultado, apenas dueños de sí mismos, llaman á los Jesuitas expulsados por la herejía de su territorio. Menochi consulta al obispo de Como, que extiende su jurisdiccion á la Valtelina. Durante este tiempo los Grisones abren las hostilidades, y el general Pimentel, al frente de la caballería española marcha para resistirles. Pimentel va acompañado de dos Jesuitas, Horacio Torelli y Francisco Reina, hijos de aquellos valles, teatro entonces de la guerra. Vitelleschi les manda retirarse; mas se interponen los ciudadanos de Ponte, dentro de cuyos muros fundara Antonio Quadrio un colegio de la Compañía, y declaran « que es preciso restablecer por todos los medios » posibles la muy ilustre Compañía de Jesus, á fin de que » la Universidad de Ponte y las ciudades vecinas puedan » gozar de los frutos abundantes y saludables que este san» to Instituto produce de continuo por medio de la enseñanza. »

Los Jesuitas se dejaron vencer, cediendo á un deseo manifestado por toda una poblacion.

Entre tanto los monarcas de Europa, el emperador Fernando, Luís XIII, Felipe de España, Sigismundo de Polonia, Maximiliano de Baviera y los príncipes de Italia habian seguido el ejemplo dado por Enrique IV. Solicitaban la canonizacion de Ignacío de Loyola y de Francisco Javier; y el Oriente, al cual anunció el Apóstol de los Indios el Cristianismo, se unia á los ruegos del Catolicismo. Paulo V habia beatificado esos dos hombres que honraban la Iglesia tanto por sus virtudes criadoras como por sus milagros; y Gregorio XV, discípulo desde su niñez del colegio

germánico, creyó no deber diferir por mas tiempo el homenaje solemne. En el consistorio celebrado el 12 de febrero de 1622 pronunció el elogio de san Ignacio de Loyola y de san Francisco Javier; celebró el 15 de marzo la fiesta de su canonizacion (1); pero sorprendido por la muerte (2), dejó á Urbano VIII el cuidado de terminar su obra. Este pontífice, en el dia mismo de su exaltacion publicó las bulas apostólicas por los cuales reunia la Iglesia en el mismo altar y confundia en los mismos homenajes al Fundador de la Compañía de Jesus y al sublime Discípulo que habia llevado la Fe de Jesucristo á los confines de la tierra. El Papa hablaba en nombre de la Iglesia Católica y al compendiar la vida de san Ignacio explicaba en resúmen la vida de sus hijos y el objeto de la Compañía. « Era, decia, el hombre « elegido por el mismo Dios para ser el caudillo de los que » debian llevar su nombre santísimo á las naciones y á los » pueblos, volver los infieles al conocimiento de la verda- » dera Fe y á los herejes á la Unidad y defender la autori- » dad de su vicario en la tierra. »

El 6 de agosto de 1623 subió al trono pontificio el cardenal Maffeo Barberini. Hombre de costumbres suaves, helenista tan profundo, que la Europa sabia le llamaba *la ábeja atica*, espíritu recto y juicioso aunque poeta, soberano que hermanaba la firmeza con la moderacion, Urbano VIII inauguraba su reinado con la canonizacion de dos Jesuitas, y lo continuó sosteniéndoles á pesar de las crisis que el

(1) Gregorio XV aplicó en estos elogios, dos textos de la Escritura á Ignacio de Loyola y á Javier. A Ignacio : *Fuit magnus secundum nomen, maximus in salutem electorum, expugnare insurgentes hostes ut consequeretur hæreditatem Israel.* (Eccl. XLVI. 2.) A Francisco Javier : *Ecce dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ.* (Is. LXIX, 6.)

(2) Los Padres debian mucho á Gregorio XV y al cardenal Ludovisio, su sobrino, que habia hecho construir la hermosa iglesia de san Ignacio, del colegio romano. Los restos de este Papa fueron transladados algunos años despues de su muerte á aquella iglesia, donde está la tumba de su familia. Los Jesuitas elevaron dos magníficos mausoleos, al tio y al sobrino, y á fin de recordar el beneficio y su agradecimiento, grabaron en el mármol esta inscripcion, modelo de estilo lapidario : *Urnis Ignacium aris, alter aras Ignacio.*

Jansenismo preparaba á la Iglesia. En los primeros dias de su pontificado distinguióse en la Compañía de Jesus un sentimiento de ambicion personal. El padre Onufrio de Vermi se habia ganado en Nápoles el favor de los grandes; confesor del conde de Elda, general de las galeras de Sicilia, admitido en la amistad del cardenal Doria, del virey Francisco de Castro y de Filiberto de Saboya, Vermi hizo, á pesar de las órdenes de su provincial, un viaje á la corte do Madrid. La Reina de España pide un obispado para el Jesuita. Apenas es conocido en Roma el deseo de la Reina, cuando Vitelleschi dirige al padre Onufrio sus cartas de dimision; este las acepta y es promovido al obispado. Mas como si una idea ambiciosa en un jesuita llevase la desgracia al que la ha concebido, Onufrio de Vermi, obispo de Scala, cae de error en error, de crímen en crímen, y muere luego infelíz en el destierro excomulgado por la santa Sede.

El ascendiente de los Jesuitas era incontestable : tenian en su talento, en sus costumbres, en la política de su Instituto tal vez, un no sé qué que seducia á la muchedumbre y la llevaba á donde querian los Padres. No se negaba, ni se combatia ya su influencia: habian sabido cautivar tambien al pueblo italiano, cuyas pasiones son tantas como sus principados, que los gobernaban y dirigian por medios desconocidos á los ministros de aquellos pequeños estados, y que muchas veces vió recurrir á ellos á los mismos soberanos. En 1624 organizaban en Girgenti misiones en la ciudad y en los campos. Estallan y encónanse en Castro Nuovo los odios sicilianos. El cardenal Octavio Rodolphi y el virey Filiberto de Saboya quieren interponer su autoridad, pero sin efecto. En este intermedio llegan á Castro Nuovo los padres Alfonso Bucconio y Cosme Pepé : este es jesuita, y los dos partidos le eligen por árbitro. Convoca al clero, los magistrados, la nobleza y el pueblo; se echa á las plantas de estos enemigos irreconciliables, les besa los pies les conmueve con su humildad y les enternece con sus discursos. Al dia siguiente reunidos todos á la santa mesa, recibian de mano del Padre, en señal de reconciliacion, el Cristo que murió predicando el perdon de las injurias y el olvido de las ofensas. En el mismo año la peste hace estragos en Pa-

lermo: Filiberto de Saboya no sabe como conjurar tantos desastres: á sus ruegos los Jesuitas vuelan á arrostrar la muerte. Pedro Curtio, Gerónimo Calderario, Josè Zafarana, el escolar Cagliano y los coadjutores Jaime Amato, Mario Scaglia y Plangio, fallecen socorriendo á los apestados. El padre Merulla se habia separado de la Compañía, y pide volver á ella: el General le concede esta gracia, pero para merecerla debe ir á compartir el martirio de aquellos héroes de la caridad cristiana. Merulla desembarca en Palermo y muere victima de su compasion, hija del arrepentimiento. Los padres Vicente Galetti, Buongiorno y Platanio espiran de la misma manera en 1630.

El peligro reinaba en todas partes en Sicilia. Apenas habian transcurrido algunos meses desde que la Compañía ha experimentado tantas perdidas, cuando para fortalecer á los Padres que quedan Francisco Piccolomini y Pablo Oliva emprenden la visita de aquella provincia. Estos Padres ascenderán al generalato, y mandarán entrambos; pero interin les llega su turno aprenden á obedecer. Los Jesuitas habian desplegado tanta firmeza y benevolencia, que Beatriz de Aragon, Cárlos de Vintimilla y el principe de Rocca Florita les fundan en Palermo el colegio de san Francisco Javier.

En medio de estos acontecimientos que tanto en el antiguo como en el nuevo mundo atraian todas las miradas sobre la Compañia, fué cuando Vitelleschi mandó por una carta dirigida en 1636 á cada provincia del Instituto que se celebrase el año secular de su fundacion. Los Padres diseminados por todo el universo solemnizaron con públicos regocijos este año de 1640 que cerraba el primer siglo de la institucion de su Orden. Mas estas fiestas del agradecimiento y de la emulacion, como la mayor parte de las solemnidades religiosas y civiles, no hubieran dejado en pos de si ninguna huella histórica, si la provincia de Flandes no hubiera imaginado consagrarlas por medio de un recuerdo duradero. Transladándonos á la época de esta solemnidad, indentificandonos con este sentimiento de admiracion que cada corporacion alimenta en su seno para exaltar los ánimos y producir nuevos sacrificios, creemos que podian

permitirse ciertas exageraciones literarias, asi á los Jesuitas como á todas las academias mas ó menos célebres, que se hacen ellas mismas su gloria y se distribuyen entre sus individuos diplomas de inmortalidad.

Los Jesuitas flamencos hicieron modular á sus discípulos en todos los tonos y en todas las lenguas un ditirambo en honor de la Compañía. Esta era su patria, su madre adoptiva, á la cual amaban en la soledad, y cuyo nombre les enseñaba el Catolicismo á respetar; y ellos debian glorificarla por sus talentos ó por su celo, por una vida santa y laboriosa ó por el martirio. Estos jóvenes hallaron en los arranques de sus corazones inspiraciones poéticas, acentos de amor y palabras de entusiasmo : no eran historiadores frios é imparciales, sino panegiristas que admiraban en versos griegos y latinos. Cantaban en prosa el pasado de su Instituto, y en un estilo figurado el porvenir que se abria á sus ojos. Aquel libro, enriquecido con el lujo de la tipografía y de los grabados, era un emblema de la vida eterna para los unos, y una felíz y tierna ficcion para los otros. Solo tuvieron parte en su composicion las pompas del espíritu y el agradecimiento, y se le intituló : *Imago primi sæculi.*

Mas, como acontece casi siempre, el entusiasmo de los unos fué para los otros un objeto de escarnio. Los puritanos del Jansenismo juzgaron que seria mas favorable á su causa presentar aquel trabajo literario como una especíe de manifiesto político, en el cual se ocultaban bajo símbolos poéticos el orgullo y la idea secreta de la Compañía, Esos juegos de imaginacion, hijos de sentimientos exaltados y de un ardor de neófito, solo podian ser juzgados por la crítica. Fueron sin embargo citados ante otro tribunal, y trocando las citas y tomando cada alegoría por una verdad matemática se logró dar á esta obra laudatoria una importancia histórica que no ha merecido jamás. Echóse en olvido que existian panegíricos de esta especie en las bibliotecas de todas los órdenes religiosas. Nadie quiso acordarse de las extravagancias ó por mejor decir impiedades que contenia el libro de las *Semejanzas de la vida de san Francisco con la de Jesucristo*, escrito por el hermano Bortalomé de Pisa; del *Origo seraphica Familiæ Franciscanæ*, del pa-

dre Capuchino Gonzaga; de *las Entrañas de la Virgen Santísima para el Orden de los Hermanos Predicadores*, por el dominico Chouques. Explicabanse muy naturalmente los éxtasis literarios, las admiraciones de un franciscano, de un capuchino y de un dominico por sus respectivos conventos, mas no se concedió el mismo privilegio al jesuita. Leíase en la portada de la obra flamenca que no era mas que un juego secular (1), un ejercicio oratorio, y se presentó no obstante como el resúmen misterioso de los planes de la Compañía de Jesus.

El papa Urbano VIII y el general Mucio Vitelleschi, que la habian elevado á tan alto grado de prosperidad, morian entrambos con algunos meses de intervalo. El 29 de julio de 1641 la Iglesia perdia su pontífice; el 9 de febrero del año siguiente la Compañía quedaba sin jefe, y el padre Sangrius, nombrado vicario general por Vitelleschi, convocaba la octava Congregacion para el 21 de noviembre del mismo año. Reuníase esta en el dia señalado, con asistencia de ochenta y ocho profesos entre los cuales se veian Florencio de Montmorency, Esteván Charlet, Bartholomé Jacquinot, Gonzalez de Mendoza, Tomás Reina, Juan de Mattos, Nuñez de Acuña, Estevan Menochi, Francisco Piccolomini, Goswin Nikel, Valentin Mangioni, Odoardo Knott, Francisco Aguado, Pedro de Avales, Gerónimo Vogado, Francisco Pimentel y Claudio de Lingendes.

Vicente Caraffa, hijo del duque de Andria, y hombre

(1) Tenemos á la vista este libro, al cual se le llama: *Exercitatio oratoria,* y comienza así: *In ludis hisce sæcularibus, si ludere liceat.* Antonio Arnauld, dice en su *Moral prática,* que todos los Jesuitas nacen con el casco en la cabeza: Se ve bien que se ha cambiado no solo la acepcion de la idea si que tambien la expresion, pues en el texto se lee, que deberian nacer cubiertos con un casco, *galeatos nasci oportere.* Arnauld ha leido igualmente en la obra que «todos los jesuitas son perfectos, y que tienen la pureza de los angeles; que la prudencia habita en la Compañía y que dirige todos sus individuos.»

En médio de las hipérboles que encierra la *Imago*, hipérboles que no autorizan en manera alguna á los ojos del historiador las licencias de la poesía y de la elocuencia, debemos decir en honor de la verdad que no se encuentran las que cita el grande historiador jansenista.

amoldado, por decirlo así, segun los sentimientos y el espíritu de la Compañía de Jesus, fué elegido general el 7 de enero de 1616 por cincuenta y dos votos. Habia nacido en 9 de mayo de 1585 y tenia sesenta años. Pero el nuevo Pontífice que el cónclave daba á la Iglesia Católica era mas anciano que él; y el Instituto esperaba tanto de la vejez llena de la energía de Caraffa, como la santa Sede de la del Cardenal Pamphili, que tomaba el nombre de Inocencio X: El soberano pontífice habia publicado el 1.º de enero una Constitucion, en la cual imponia á los Jesuitas la obligacion de reunir la Congregacion general cada nueve años. Segun las propias palabras del breve: *Próspero felicique statui*, no podian diferirla por ningun pretexto: se establecia tambien el trienio para los cargos de provinciales, visitadores, rectores y superiores (1). Los Padres profesos aceptaron este breve sin discusion, y se separaron el 14 de abríl de aquel año, despues de haber promulgado sesenta decretos.

En un numeroso capítulo de la Orden de Santo Domingo, Francisco Turco, general de los hermanos Predicadores, habia dado públicamente algunos testimonios de afectuosa fraternidad á la Compañía de Jesus. El duodécimo decreto de la Congregacion fué una respuesta á esas manifestaciones amistosas. Por él se manda á todos los individuos del Instituto que no hablen sino con elogio de la Orden venerable de los hermanos Predicadores, y que les devuelvan los servicios de la caridad y de la hospitalidad mutuas. Estas dos poderosas sociedades que trabajaban cada una dentro de su esfera en conservar la Fe en Europa y en propagarla en el Nuevo Mundo, habian conocido por fin que valia mas reunirse contra un enemigo comun que eternizar sus disputas escólasticas. Las preeminencias de escuela, y las discusiones teólogicas alimentaban en algunos corazones un

(1) Alejandro VII derogó esta última disposicion en 1.º de enero de 1663. El 20 de setiembre de 1668 Clemente IV suspendió la ejecucion del breve de Inocencio X acerca la convocatoria de las asambleas generales cada nueve años, y Benedicto XIV lo anuló definitivamente en 17 de noviembre de 1746.

encono y rivalidades á las cuales las dos órdenes no se habian nunça asociado. Pero esos debates en que la erudicion podia hacer lugar tarde ó temprano á sentimientos mas humanos, debian ser circunscritos á límites muy estrechos á fin de ahogar las pasiones en su orígen, ó de llevarlas á otro terreno. Los hijos de santo Domingo habian tomado la iniciativa, y los de san Ignacio se apresuraron á seguir el mismo camino. Los Dominicos y los Jesuitas se encontraban en todos los continentes; la emulacion degeneraba á veces en envidia. El decreto duodécimo tuvo por objeto hermanar á los teólogos y misioneros de los dos Institutos en una misma idea de trabajo y de concordia.

Vicente Caraffa no estaba destinado á gobernar por mucho tiempo la Compañía, pues espiró el 8 de junio de 1649. Habia elegido por vicario general al padre Florencio de Montmorency, asistente de Alemania. El 13 de diciembre del mismo año, reunióse la Congregacion de los profesos para la eleccion de un nuevo jefe. Los votos se dividieron entre Piccolomini y Montmorency; mas en 21 de diciembae, habiendo obtenido el primero cincuenta y nueve votos de los ochenta que eran, fué proclamado general. Nombráronse para asistentes de Italia á Fabricio Banso; de Alemania á Goswin Nikel; de Francia á Annat, que lo habia sido ya en tiempo de Caraffa; á Montemayor de España, y á Brandano de Portugal. Estevan Nenochi fué conservado en el cargo de admonitor.

Lo mismo que Caraffa, Piccolomini no hizo mas que pasar por ese trono de humildad y trabajo, en que la muerte del jefe electivo no llevaba consigo ningun disturbio, ni podia modificar nada, pues estaba todo tan perfectamente previsto. que la accion del general desparecia mas que nunca bajo la obediencia inteligente de los Padres. Piccolomini murió el 17 de junio de 1651, y la décima Congregacion de los profesos reunida por el vicario general Goswin Nikel el 7 de enero de 1652, eligió el 21 del mismo mes á Alejandro Gottifredi.

El cardenal Juan de Lugo, á quien el brillo de sus talentos y la excelencia de sus virtudes habian sacado de la Orden de Jesus para colocarlo entre los príncipes de la Iglesia,

y que era el amigo de Urbano VIII y el padre de los pobres pronunció el discurso de apertura. Por una feliz inspiracion desarrolló este texto de Laudulfo, citado por el cardenal Hugon (1) : « En el cielo todos serémos llamados Jesuitas por el mismo Jesus. »

No se habia desuelto aun esta Congregacion cuando la muerte arrebató á Gottifredi. El 12 de marzo entregó su alma á Dios y el 17 Goswin Nickel reunió cincuenta y cinco sufragios de setenta y siete votantes. Al dia siguiente dirigia un carta á sus hermanos para anunciarles su nombramiento. « Los dias del hombre, se lee en ella, son con» tados, é inciertos sus proyectos. Bien convincente es la » leccion que nos da de esta verdad la muerte del padre » Gottifredi, general de nuestra Compañía, que Dios acaba » de llamar á sí y de reunirle, así lo esperamos, á la con» gregacion de los justos, á los dos meses de recibir este » cargo. »

La pérdida sucesiva de tres generales y las asambleas de los profesos tan inmediatas las unas de las otras, solo afectaron el interior de la Compañía. Estos cuantos años que pasaban los Jesuitas de Roma en funerales y en elecciones, eran para los demás hijos de san Ignacio una serie no interrumpida de triunfos y de martirios.

Enrique VIII, Elisabet y Jacobo I habian preparado fatales disensiones y calamidades sin fin á sus sucesores en el trono de Inglaterra. Con el Protestantismo organizado, cuando el príncipe no sabia ser tirano ó corruptor, debia resignarse á hacer el papel de esclavo coronado. Cárlos I no heredó ni el carácter violento de Enrique VIII, ni las sangrientas y gloriosas pasiones de la Reina vírgen, ni la aficion á las disputas dogmáticas y la pedantería puritana de Jacobo Estuardo. Los últimos años del Rey teólogo fueron, lo mismo que los primeros, una larga serie de persecucio-

(1) *In gloria cœlesti omnes ab ipso dicemur Jesuitæ.* Segun estas palabras copiadas de Landulfo, historiador religioso del siglo XIV por el cardenal Hugon en sus *Comentarios sobre el Apocalipsis*, deberia atribuirse á este escritor llamabo *Sagax* la invencion del nombre de Jesuitas, dos siglos antes de la fundacion de la Orden de Jesus.

nes y de controversias. Hacia prender y matar á los Jesuitas, ó bien disputaba con ellos de palabra ó por escrito, como con el padre John Percey sobre cuestiones eclesiásticas. Si sus argumentos no lograron convencer á los espíritus, Jacobo los hacia apoyar por sus carceleros ó por sus verdugos, y mas de una vez fué necesaria la intervencion de la Francia ó de la España para arrancar de los tormentos á los Padres y á los Católicos. Jacobo veia en esas súplicas una prueba de su fuerza, y otorgaba el perdon con no poco peligro de desagradar á la crueldad de los Puritanos. Estos favores excepcionales eran impotentes para refrenar los furores del Anglicanismo. La lucha era desigual. Los Jesuitas sabian que viviendo en el suelo de su patria se condenaban á todos los dolores del espíritu, á los sufrimientos todos del cuerpo; pero era preciso conservar la última semilla del Catolicismo en el Reino unido, y se ofrecieron al sacrificio. Los padres Tomás Everard, Enrique Mors, Ricardo Holtbey, Francisco de Walsingham, Tomás Staang, William Bath, Jorge Dillon, James Walsh, Worthington, Eduardo de Nevit, Scott, Hayvood y Jungh comienzan en los hierros ó en el potro, entre las angustias del hambre ó en las miserias de una vida errante el aprendizage de los tormentos á que va á entregarles la revolucion de Inglaterra.

Los Jesuitas han hecho el sacrificio de su existencia; en los colegios de Pont-á-Mousson, de Douai, de Saint-Omer, de Salamanca, en los noviciados de Roma y de París, todos los que la Religion engordaba para el martirio, segun expresion del Cardenal Baronio, solo aspiraban á derramar su sangre por la Fe; pero era necesario utilizar este ardor y crear una situacion para el provenir á los Católicos de los tres Reinos. El duque de Buckingham ejercia un poder absoluto sobre el ánimo de Jacobo, y era el favorito de su hijo Cárlos Estuardo John Percey, mas conocido en Inglaterra con el nombre del jesuita Fichers, apenas sale de la prision se propone convertir al Catolicismo á la misma madre del insigne duque. Poseía esta un corazon recto y la inteligencia de lo justo y de lo verdadero. Abjura el Anglicanismo y en seguida trabaja de acuerdo con la Francia y

la España para hacer menos crueles las leyes de la proscripcion. Pero Jacobo habia saltado la valla. Los triunfos del emperador Fernando II y de los ejércitos católicos contra los Protestantes de Alemania fueron un nuevo incentivo á la cólera de los Anglicanos. El Elector palatino, á quien los sectarios del norte habian creado soberano de Bohemia, era yerno del Rey de la Gran Bretaña, y los Anglicanos creyeron deber vengar los descalabros que aquel experimentaba persiguiendo en la isla á los correligionarios de los que triunfaban de él en el Moldau. El 30 de enero de 1621: « El primer cuidado de los comunes, dice el docteur Lin» gard (1), fué responder al llamamiento de las animosida» des religiosas y castigar á los Católicos del interior por las » ventajas que alcanzaban los de fuera del reino. Uniéronse » á los lores para inducir al Rey á que desterrase á todos » los refractarios á la distancia de diez millas de Lóndres; » que les obligase á oir la misa en sus casas ó en las » capillas particulares de los embajadores, y á que pu» siese en ejecucion las leyes penales promulgadas contra » ellos. «

Estas leyes penales invocadas por el Anglicanismo cubrieron de un barníz de legalidad, digámoslo así, todos los atentados que se cometian contra los bienes y la vida de sus contrarios. Fueron aplicadas con un vigor revolucionario; pero la mayor parte de los Jesuitas se habian substraido ya á las medidas inquisitoriales. Ocultos en asilos impenetrables, se burlaban de las pesquisas y solo se ocupaban en conservar el rebaño en la fe. No habia Inglaterra mas que una conspiracion, la del Puritanismo contra el trono. No era ya posible complicar á aquellos en lòs complots; pero no por eso se encarnizaron menos contra ellos. En 1624 pareció una proclama que les obligaba só pena de muerte á salir del reino, sin que diesen ningun paso para suavizar el rigor de semejante amenaza. Para ellos la muerte no era mas que el cumplimiento de un deber; y cuando Jacobo murió en 27 de marzo de 1625 habia secundado tan cumplidamente los proyectos de la herejía, que su

(1) Lingard, *Historia de Inglaterra*, tomo IX, pág. 284.

hijo se halló sin poder en medio del entusiasmo y de los rencores de los independientes.

Cárlos I reunia á la vez las cualidades de un hombre de bien y sus debilidades. Criado mas bien para la vida privada que para dominar las pasiones, desde lo alto de su trono solo sabia ceder á la violencia moral, pretextando que á fuerza de concesiones lograria calmar la efervescencia religiosa y política. Su natural equidad le inclinaba á la reconciliacion de los *toris* y los *whigs*. Estos partidos, que habian nacido en el año 1621 y que iban á verse momentáneamente borrados por excesos mas en armonía con el carácter turbulento del populacho, se disputaban la autoridad; pero ambos se proclamaban enemigos de los Católicos. La toma de la Rochela dió pábulo á su exasperacion la cual se dirigió contra los Jesuitas.

Los puritanos predicaban los doctrinas de una libertad sin límites. Edmundo Arowsmith, de la Compañía de Jesus, sale de su retiro y en 1628 desafia al combate teológico al obispo de Chester. Él anglicano fué vencido. Faltábale la razon, y pide al verdugo que venga en auxilio de su erudicion confundida, y el 7 de setiembre del mismo año el Jesuita expiaba en los suplicios el triunfo alcanzado por su fe. Los puritanos se manifiestaban insaciables de sangre y de libertad. Sus murmullos, que se convertian ya en amenazas bíblicas, ya en predicaciones feroces, arrancaron al Rey edictos para volver á poner en su vigor la intolerencia de Enrique VIII y de su hija. Perseguíase á los Católicos en nombre de Cárlos I, y los Católicos juzgaron que en la situacion en que le colocaban su carácter y los acontecimientos, le era imposible obrar de otra manera. Debian probar que la conspiracion llamada *des poudres* era obra de algunos individuos, y se alistaron á este fin en las filas reales. Tenian enemigos en el campamento del Monarca, lo mismo que entre los Independientes; mas no dieron oidos ni al sentimiento de vengaza, ni al de egoismo. No ignoraban que Cárlos I les abandonaria como abandonaba al Parlamento la cabeza de Strafford, su amigo y su ministro; pero no dejaron abatirse por previsiones que el tiempo debia justificar.

Les Jesuitas creyeron que no les era dado permanecer neutrales en la lucha empeñada entre la corona y la revolucion. Aconsejaron la accion y quisieron dar una prueba al país de la fidelidad con que observaban sus juramentos. Esta fidelidad era un crimen á los ojos de los Cabezas redondas. Enriqueta de Francia, reina de la Gran Bretaña habia inspirado á su esposo ideas de moderacion que la violencia hacia la mas de las veces inútiles. Agradeciáse á esta hija de Enrique IV, cuyo valor fué mayor aun que sus desgracias, su intervencion, que mas de una vez habia excitado contra ella las pasiones puritanas. Los Católicos y los Jesuitas sufrian y morian en silencio como para conjurar los desastres. La revolucion reducia la soberanía al último apuro; se declaraba mas fuerte que el principio monárquico representado por Cárlos Estuardo, y le aisló á fin de encontrarle sin energía moral y sin defensores cuando se decidiese á romper el trono, exigiendo del rey todos los decretos que autorizaban sus crueldades.

El Parlamento rehusaba subsidios á Carlos I : le reducia legalmente al último extremo para arrastrarle á medidas de rigor. El ministerío, exhausto de recursos, cargaba con impuestos á los Católicos. El nombre de los *fieles convictos* se elevaba en veinte y nueve condados, segun Butler, al número de once mil novecientos setenta. Los consejeros de Cárlos imaginaron sacar de ellos el dinero que el gobierno necesitaba, y cada católico fué condenado á pagar una multa de veinte libras esterlinas mensuales. Despojóseles del derecho de pleitear, testar, heredar, tener armas y alejarse á una distancia de cinco millas de sus domicilios. Si no se leyesen todavía en los antiguos archivos de Inglaterra estas leyes arrancadas á Cárlos I, seria difícil no poner en dada su autenticidad. Ellos acusan tan alto al Anglicanismo y le infaman con tanta justicia que el doctor Ricardo Challoner pudo decir (1) : « Tal era la iniquidad de la época y la importunidad de los parlamentos, lamentándose siempre de los progresos del papismo, ó

(1) *Memorias para servir á la historia de los que sufrieron en Inglaterra por la Religion* (Londres, 1741).

instando para la ejecucion de los edictos, que el príncipe dió curso á toda clase de vejaciones contra sus súbditos católicos. »

Los puritanos no se creian bastante fuertes para derrocar la monarquía, y negociaban con ella y la envilecian con sus transacciones. En el mes de junio de 1642 el Parlamento presenta á Cárlos, que se hallaba á la sazon en York, un tratado que debe servir de base á su reconciliacion, y en cuyo sexto artículo se lee : « Los edictos en vigor » contra los Jesuitas, los sacerdotes y los papistas serán » ejecutados rigurosamente y sin ningun miramiento ni » excepcion. »

Necesitábase sangre de Jesuitas para cimentar aquella paz imposible, y el padre Tomás Holland fué preso y llevado á presencia del jurado. Se le acusaba de alta traicion, es decir de ser Padre de la Compañía. No habia contra él ninguna prueba, ninguna testigo. El *Attorney* general le manda afirmar con juramento que no es Jesuita; y Holland responde : « En nuestra jurisprudencia no se acostumbra » que el acusado se disculpe jurando, pues las leyes del » país no dan ningun valor á sus juramentos ni á sus pa- » labras. A vosotros toca convencerme de lo que llamais » mi crímen, y sino lo lograis preciso es que sea ab- » suelto. » Los jurados declararon que Holland era jesuita, y el 22 de diciembre fué arrastrado al cadalso, colgado y descuartizado.

Volvia á comenzar la era de las persecuciones sangrientas, y los discípulos de Loyola se mostraron dignos de sus antecesores. Un jesuita holandés, Rodolfo Corby, cuyos padres y dos bermanos eran tambien del instituto, es conducido ante los magistrados con Duckett, eclesiástico inglés. Corby no quiere, como Holland, dejar á la iniquidad del jurado el derecho de que dude, sino que se proclama jesuitu ; su sentencia está concebida en estos términos : « El » culpable será colgado de la horca, de la cual descenderá » vivo para arrancarle las entrañas y descuartizarlo ; sus » miembros serán ofrecidos al rey y expuestos en seguida » en un paraje público. » El embajador de Alemania propone un cambio entre el jesuita y un general escocés prisio-

nero en poder de Fernando III; mas Corby no consiente en que se le despoje de esta suerte de la gloria del martirio. Fijase el 17 de setiembre de 1644 para su suplicio; el padre Rodolfo lo esperaba en los goces del cautiverio; mas la noche que precedió á su muerte el calabozo del Jesuita se transformó en capilla. El presidente de Bellievre, embajador de Francia en Lóndres, la duquesa de Guisa y la marquesa de Brossay quisieron recibir tu última bendicion. El padre celebró el santo sacrificio, confesó y dió la comunion á los franceses, que bañaban sus cadenas con sus piadosas lágrimas. Despues de haber pasado la noche con ellos en oraciones, marchó al dia siguiente al suplicio.

No será esta la última protesta de los plenipotenciarios católicos. En aquellos tiempos los reyes de Europa abandonaban á la merced de las revoluciones sus hermanos coronados, contentándose con confiar á sus enviados el cuidado de tributar un homenaje estéril á la virtud, en vez de armarse para destruir al comun unemigo. El calabozo de Rodolfo Corby vió al presidente de Bellievre saludar con respeto al Jesuita que iba á morir á menos del verdugo; el del padre Enrique Mors se abre en la vispera de su ejecucion á ministros de Alemania, Francia, España y Portugal y al conde de Egmont. El Jesuita tenia un hermano que militaba bajo estandarte del Parlamento, el cual ofrece parte de su fortuna para rescatar la vida de Enrique; mas el Parlamento rechaza su proposicion, y el 1° de febrero de 1645 Mors llega al pie del cadalso acompañado del presidente de Bellievre, y muere como un héroe despues de haber vivido como un santo.

Elisabet no habia osado nunca confesar que hacia perecer á los Jesuitas por la sola razon de que eran tales. El Parlamento, dueño de los negocios, porque Cárlos I habia empezado ya su Odisea de batallas desgraciadas y de negociaciones mas desgraciadas todavía, el Parlamento, repito, se creyó bastante audaz para no tener necesidad de acudir al disimulo. No inventó conspiraciones, ni buscó subterfugios; sino que proclamó que mátando á los Jesuitas atacaba el Catolicismo. « Durante estos años de turbu-

» lencias el exceso del ridículo, dice Voltaire (1), se mezcla
» á los excesos del furor. Ese ridículo que los Reformistas
» tanto habian echado en rostro á la comunion romana
» fué el patrimonio de los presbiterianos. Los obispos se
» portaron como cobardes, pues debian morir para defen-
» der una causa que creian justa; mas los presbiterianos
» obraron como insensatos. Sus trages, sus discursos, sus
» bajas alusiones á los pasajes del Evangelio, sus adema-
» nes, sus sermones, sus predicaciones; todo en ellos hu-
» biera merecido ser parodiado en la feria de Londres si
» esta farsa no hubiese sido demasiado asquerosa. Pero por
» desgracia las ridiculeces de esos fanáticos se hermana-
» ban con el furor. Los mismos de quienes se hubieran
» burlado hasta sus propios hijos, inspiraban el terror ba-
» ñándose en la sangre, y erán á la vez los mas locos y
» los mas temibles de los hombres! »

¡ Cobardes ó insensatos! tales son los títulos que da Voltaire á los revolucionarios de la Gran Bretaña; y estos títulos, que tan bien les sientan, serán la señal distintiva de de todas las insurrecciones que, só pretexto de emancipar el genero humano del yugo de los reyes y de los sacerdotes, vendrán con las manos ensangrentadas á predicar la libertad política y la emancipacion religiosa. En medio de aquellos actos de cobardía episcopal y de locura puritana, cuyas vergonzosas consecuencias sufrió la Francia en otros dias de horror, los Jesuitas no siguieron el ejemplo de desercion que les ofrece el Anglicanismo. Eran católicos y se atrevieron á enseñar á los fieles á morir como tales. El Parlamento ó los llevaba al cadalso ó los reservaba para sus prisiones. Los padres Ricardo Bradley y John Gross son encerrados en los calabozos de Manchester y de Lincoln, donde les cargan de hierros, les llenan de golpes, se los somete á todas las privaciones, negándoseles hasta el aire, el alimento, y la facultad de moverse. Bradley expira al 30 de enero de 1645, y Gross sucumbe veinte y un dias despues, de la misma manera que el padre Cansfeld habia muerto dos años antes en medio de imponderables tor-

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*.

mentos. El 20 de febrero do 1642, espiraba tambien en ellos Curbert Prescott, coadjutor temporal, que tenia el cargo de hacer pasar los jóvenes ingleses al Colegio de Saint Omer. Diez meses despues el padre Edmundo de Nevil, anciano de ochenta y siete años era echado en un ponton, donde fué expuesto desnudo á los rigores del envierno, y condenado al hambre y á la sed, á los ultrajes de los Cabezas redondas y al furor sanguinario de los predicadores. Cuando hubieron agotado el resto de sus fuerzas sin poder hacer vacilar su perseverancia le pusieron en libertad. Apenas habian transcurrido ocho dias exhalaba el último suspiro, expiando de esta suerte el glorioso crímen de su sacerdocio.

Bien así como todas las asambleas políticas, el Parlamento era mas cruel en nombre de la igualdad que el déspota mas bárbaro en nombre de sus caprichos. Hay mil y mil medios para ablandar la ferocidad de un tirano, pero no existe ninguno para librarse de uno de esos cuerpos legislativos en que cada individuo, embriagándose de la cólera comun, la recibe y redobla en los demás, y se lanza sin temor á todos los excesos, porque nadie sale fiador de un cuerpo entero que elude hasta á la responsabilidad moral. El Parlamento era vencedor; la batalla de Naseby habia decidido la cuestion entre él y la corona; solo faltaba á Cárlos ser juzgado y morir. Este príncipe, que no habia hecho mas que cometer yerros desplegó en su muerte todo el valor que hubiera debido haber tenido en el trono; mas esta resignacion que en un particular tiene algo de heróico, no basta á un soberano.

No es suficiente para él pasear una mirada tranquila sobre fos fúnebres aparatos de su suplicio, pues no para tan poco fué ungido rey : tiene otros deberes que cumplir, y fuerza es que los cumpla si no quiere oir la voz de la posteridad echándolo en rostro su mansedumbre, y condenando sus virtudes tímidas, que han expuesto el reino á calamidades sin cuento. Dios no ha hecho los monarcas para que sus cabezas rueden en los cadalsos : ellos deben caer sobre las gradas de su trono, ó bañar con su sangre el último campo de batalla concedido á sus súbditos fieles. Cár-

los I no comprendió que era este el único papel reservado á su honor; envolvióse en el manto de su longanimidad, y se deja manosear por el verdugo, cuando por la defensa de los principios monárquicos hubiera debido entregar á la venganza de las leyes indignadas todos los culpables de lesa majestad. Habíase mostrado tímido é indeciso en la prosperidad, y manifestóse sublime el 30 de enero de 1644 sobre el cadalso de White-Hall. Para la gloria de un hombre esto es mas que suficiente; para un rey una muerte así no rescata siquiera el crímen de su debilidad.

Los Católicos, guiados por los padres del Instituto, habian hecho, en union con los caballeros de la Gran Bretaña, todos los sacrificios imaginables para preservar su patria de esa mancha sangrienta!, que el pueblo inglés deplora cada aniversario por un duelo público y con remordimientos solemnes. La actitud tomada en esta revolucion por los Jesuitas era la única racional, la única moral. Los Protestantes de Francia y de Holanda quisieron hacerles desempeñar un papel menos bello. Los Jesuitas eran víctimas de todos esos Independientes que Cromwell adiestraba para la victoria y la esclavitud. Acusábaseles de haber promovido el desórden, de haber llevado las pasiones republicanas hasta su parasismo con el fin de provocar la confusion y llegar de esta manera á la restauracion de la Fe. Pasóse mas adelante : inventáronse circonstancias imposibles, y se imaginó que se habian constituido los caudillos secretos de los Cabezas redondas para hacer morir el Rey y dar á la revolucion inglesa ese sello de crueldad, que no hubiera tenido quizás á no ser por los ocultos manejos de los Padres. Pedro Jurieu, ese famoso ministro calvinista á quien ha inmortalizado la lógica de Bossuet venciéndole, se constituyó el eco de esos rumores. He aquí lo que refiere en su *política del clero francés* (1) :

« Un eclesiástico que habia sido capellan del rey Cárlos, » que fué decapitado, se hizo católico algun tiempo antes » de la muerte de su señor, y tanto se introdujo en la con-

(1) *Política del clero francés ó conversaciones curiosas*, por Pedro Jurieu. (*La Haya*, 1682).

» fianza de los Jesuitas ingleses, que le confiaron el ejem-
» plar de un documento terrible, el cual era una consulta
» contextada por el papa sobre los medios de generalizar
» la Religion Católica en Inglaterra. Los Católicos ingleses
» viendo á su Rey prisionero de los Independientes, resol-
» vieron aprovechar esta ocasion para abatir el Protestan-
» tismo y restablecer su Religion. Decidieron en su con-
» secuencia que el único medio de lograr esto y de
» destruir todas las leyes promulgadas contra aquella en In-
» glaterra era deshacerse del Rey, y acabar con la manar-
» quía. A fin de hallarse autorizados y sostenidos en esta
» grande empresa, enviaron diez y ocho padres Jesuitas á
» Roma acompañados por uno de los grandes del reino
» para pedir su parecer al Papa. Discutióse el asunto en
» asambleas secretas, y se resolvió que era lícito y justo
» hacer perecer al Monarca. Los diputados al pasar por
» París habian consultado á la Sorbona, la cual sin aguar-
» dar el dictámen del Pontífice, habia juzgado que aquella
» empresa era justa y legítima, y á la vuelta los Jesuitas
» que habian hecho el viaje de Roma comunicaron á los
» doctores de la Sorbona la respuesta de aquel, de la cual
» se sacaron muchas copias. De regreso á Londres los
» diputados, confirmaron á los Católicos en su propósito.
» En una palabra, los mas fanáticos se confundieron entre
» los Independientes disimulando su religion; y les per-
» suadieron que era preciso matar al Rey; lo que algunos
» meses despues costó la vida á este pobre Monarca. Mas
» como la muerte del rey Cárlos no tuvo los resultados que
» de ella se esperaban, y toda la Europa se levantó contra
» el parricidio cometido en la persona de este desgraciado
» Príncipe, se quisieron recoger todas las copias que se
» sacaron de la consulta del Papa y de la Sorbona. Sin em-
» bargo, el citado capellan inglés, que se habia hecho ca-
» tólico, no quiso restituir jamás la suya, y despues que
» volvió la familia de los Estuardos al trono de Inglaterra,
» la comunicó á muchas personas que viven todavía y que
» son testigos oculares de lo que acabo de deciros. »

Este modo de arreglar la historia, de que han dado el ejemplo Estevan Pasquier y los antoganistas de la Compa-

ñía de Jesus, hace imposible toda discusion. El que refiere no se apoya en ninguna autoridad, no cita ningun nombre propio : conténtase con propalar su calumnia vagamente, bien persuadido de que hallará oidos asaz dóciles para escucharla, y bocas harto pérfidas para repetirla. Los hombres sensatos rechazaron una impostura que solo se apoyaba en sueños. El calvinista Isaac Larroy en su *Historia de Inglaterra,* que escribió viviendo Jurieu, no tuvo valor para sostener esta fábula. Mas cual si los hombres estuviesen condenados á girar de continuo en el mismo círculo de ideas, la imputacion de Jurieu halló imitadores. Habia este acusado á los Jesuitas ingleses de excitar las pasiones de los Independientes hasta el delirio, y de atizar los furores de que sabian que debian ser las primeras víctimas. Los apologistas de la revolucion francesa siguieron el mismo método; y á fin de no manchar con demasiada sangre las manos de los setembristas y de los asesinos de 1793, se resucitó contra los amigos del órden, de la monarquía y de la paz el tema que acaba de desarrollar Jurieu. Los Padres son culpables de haber formado un Cromwell, un Harrisson y un Bradshau en union con el Papa y la Sorbona; ellos son por ventura los que inspiraron á Milton su feroz *Defensa del pueblo inglés,* y los que enseñaron á los Independientes á degollar los Católicos y atormentar á los Jesuitas. Jurieu no va hasta al absurdo; pero sus herederos irán hasta él.

Cárlos I no existia; la Inglaterra se proclamaha república; la libertad engendraba un hijo del pueblo á quien la victoria, el genio y el crímen revistieron de una autoridad sin límites. Olivero Cromwell iba á reinar con el título de protector. Como todos las hombres que toman por asalto el poder por medio de una revolucion contra los monarcas, debia burlarse de las leyes que habia sancionado, de los derechos que habia consagrado, y del pueblo para el cual habia combatido. Cromwell no habia llegado aun al apogeo de su gloria culpable. Vencidos los Católicos, le dieron la Irlanda para que la devastase : lleva la desolacion á sus ciudades y al fondo de sus campiñas; y dogüella sus poblaciones católicas. Quiere obligarlas á la apostasía;

mas solo encuentra en ellas mártires, y ni un solo perjuro.

Dos años antes el 13 de setiembre de 1647, los Cabezas redondas del protector habian inaugurado su gobierno con la muerte de siete mil católicos irlandeses. El Jesuita William Boyton habia convertido la ciudad de Cashel en un templo para la virtud, en un asilo para la desgracia. Un gran número de familias que huian de las armas inglesas, se refugian en una iglesia llamada la Coca de san Patricio. William Boyton sabe qua aguarda la muerte á aquelle infeliz muchedumbre, pero esta necesita un consolador, y es encierre y muere con ella el 15 de junio de 1649 bajo la espada de los Independientes. Cromwell no degüella ya sino que destierra. Por órden del Parlamento son arrojados de Dublin y de Cork todos los Católicos, y se impone pena de la vida á cualquiera que dé asilo bajo su techo, aunque sea solo por algunos minutos, á un sacerdote de la Compañía de Jesus. Los Padres Roberto Netervil, Enrique Cavel y John Bath sucumben bajo las crueldades de la revolucion. La misma suerte experimenta el padre Vorthington, provincial de Inglaterra. La *santa república* de esta nacion proclamaba la libertad, al propio tiempo que perseguia. Se le oia declarar en sus púlpitos y en su Parlamento que cualquiera tenia derecho de servir á Dios segun el impulso de su conciencia, y el 26 de febrero de 1650 la hipocresía de los legisladores puritanos comentaba esta tolerancia ofreciendo por medio de una acta oficial á los que delatasen algun Jesuita oculto ó sus encubridores, las mismas recompensas que concedia la ley á los agentes de la fuerza pública que arrestaban á los salteadores de caminos. Hacíase una virtud del espionaje, y tan adelante se llevó la tiranía, que la propiedad vino á ser no mas que una burla (1). Se prendió, se encarceló á todos los Jesuitas. El 29 de mayo de 1651 fué ejecutado el padre Peters Wright.

(1) Hubo un edicto que permitió á los Protestantes apoderarse arbitrariamente de los caballos pertenecientes á familias católicas. No podian poseerlos por mas valor que el de cinco libras esterlinas, y asi era que dando esta módica suma todo protestante tenia derecho de tomar el caballo del católico donde quiera que lo encontrase.

Cromwell solo era sanguinario por ambicion. Su poder se robustecia con el envilecimiento parlamentario. Quiso desviar de sí la odiosidad de esos suplicios, y mandó deportar los prisioneros al continente. « Pero si los Independientes, » dice Lingard (1), fueron menos crueles que los presbite- » rianos, les igualaron en rapacidad. Ejecutáronse con la » mas activa y tenaz severidad los decretos de secuestro y » confiscacion. Difícil es decir quien sufrió mas, si las fa- » milias ricas que fueron reducidas á un estado miserable, » ó los labradores, criados y artesanos que por resistirse á » hacer el juramento de abjuracion, se vieron privados de » las dos terceras partes de lo que habian ganado con mu- » cho trabajo, y hasta de sus muebles y vestidos. »

La ley de la revolucion proclamaba que todo inglés era libre de servir á Dios segun su conciencia : cualquiera podia entregarse á todas las torpezas religiosas que la locura humana inventa en sus dias de entusiasta ignorancia, pero se exceptuó á los Católicos. En Inglaterra se les despojó de sus propiedades, y se les hizo esclavos del derecho comun : en Irlanda este sistema se desarrolló en una escala mas vasta. En el año 1651 no quedaban allí mas que diez y ocho Jesuitas, los demás habian muerto ó enterrando los finados, como el padre Patricio Lea en Kilkenny, ó sacrificándose, por los apestados. como en Watcrford los pádres Jacobo de Valois y Geonges Dillon, como en Ross el padre Dawdal y el hermano Brion.

La décima Congregacion, testigo de esos desastres, no abandona la Irlanda á la suerte que le reservan los Ingleses. Los puritanos han llegado á conocer que el martirio era una recompensa para los Jesuitas y una eterna predicacion para los Irlandeses, y en su consecuencia no matan yá, pero destierran, á fin de que, privados de sus sacerdotes, se vean aquellos obligados á olvidar en la miseria á que se les ha reducido al Dios á quien adoran y la Religion que confiesan. Este era un cálculo bien combinado ; mas la Congregacion beneral lo gurló. Hizo un decreto mandando á cada provincia de la Compañía que educase

(1) Lingard, *hist. de Inglaterra*, tomo II, pág. 208 y sig.

un padre irlandés y lo tuviese siempre dispuesto á pasar á su patria. Los edictos de Cromwell tenian aljo de salvaje; proscribian á los Jesuitas y tendian á embrutecer á los Católicos. Los Padres que pudieron substraerse á el destierro, aquellos á quienes fué posible volver á esta tierra de desolacion, se refugiaron en las montañas, se ocultaron en los bosques, y desde alli, en medio de toda clase de privaciones, enseñaron á sus conciudadanos á ser animosos y sufridos.

De ellos los unos morian de hambre como el padre Jonh Carolan, los otros de frio. Viose uno que durante todo un año se refugió, cual otro san Atanasio, en el sepulcro de su padre. La major parte iban errantes por pantanos insalubres ó vivian en el fondo de las cavernas. Los Católicos conocian sus escondites, sabian que aquellos sacerdotes velaban sobre su virtud, que estaban allí para sostenerles en la lucha, y combatian con el arma de la perseverancia. Se les habian quitado todas las armas; las tropas del Parlamento estaban acampadas en sus ciudades y devastaban sus campiñas : era imposible recurrir á la fuerza contra la opresion, y resistieron con la fe. Cromwel, aunque omnipotente, veia salir fallidos sus proyectos : en vano acudia á todos los medios para prohibir á los Jesuitas la entrada á aquella isla desolada, estos volvian y alimentaban en ella el fuego sagrado.

No pudiendo el protector privar á los Católicos de sus sacerdotes, que arrostran los tormentos para fortalecerles, se decide á quitar á los Jesuitas su rebaño. Estos se atreven todavía á poner el pie en Irlanda; Cromwel arroja de ella la generacion naciente, y convierte el pais en un desierto. Véndense los niños á vil precio; se les embarca; se les lleva á las regiones conquistadas en el nuevo Mundo por la Gran Bretaña, y luego, á fin de repoblar ese reino, se llenan de anabaptistas sus principales ciudades. Cromwell y sus parlamentos habian echado mano de todos los recursos para destruir la fe en el corazon de la Irlanda; la fe que los Jesuitas cimentaban en su sangre, y que legaban á los desgraciados como un consuelo y una esperanza, la fe, repito, triunfó de sus perseguidores.

Mientras que los Católicos de Inglaterra y de Irlanda expiaban su crímen de fidelidad religiosa, la Francia, que acababa de salir apenas de las convulsiones de la Liga, se dividia en bandos y caminaba á nuevas revoluciones bajo el estandarte de dos príncipes de la Iglesia. La Fronde que nacia, Mazarini que se leventaba contra Pablo de Gondi, cardenal de Retz, los príncipes de la sangre que se dividian entre si, entregábanse con seriedad á los debates mas ridículos en una guerra de pequeñas cosas y de grandes hombres. Ce corría á las armas por una cinta ó por un folleto; se deponian por una cuarteta ó por une intriga de tocador, y se las volvia á tomar sin conviccion y sin gloria por motivos los mas fútiles. Gastábase en esos complots mas talento que pólvora; el epígrama hacia las veces de la espada, y la cancion burlesca sucedia en ellos á la inspiraciones apasionadas de los predicadores de la Liga. Habíanse trocado los papeles: veíase á los generales mas afamados, á los hombres mas graves á los Condé, Turena, la Rochefoucauld suspirando galantes elegías y abandonando á las mugeres la direccion de los negocios y de los combates. Era aquello una agitacion sin causas, ambiciones sin objecto determinado, acontecimientos sin carácter y sin resultado. Los Jesuitas no tomaron parte alguna en ellos, permaneciendo neutrales entre las astucias cortesanas de Mazirini y las ingeniosas revueltas del coadjutor. No se trataba de una cuestion de principios, sino de una guerra de vanidades; por lo que se contentaron con ser fieles al rey menor de edad y con proseguir en las provincias las misiones que debian revivar el espíritu cristiano.

El padre Juan Francisco de Regis, nacido en Fontcubierta, en la diócesis de Narbona, en 31 de enero de 1597, se habia sentido llamado desde su juventud á ese apostolado de regeneracion. Enlazado con las familias de Segur y de Plas, podia aspirar á los honores; mas solo quiso educarse en la piedad bajo la direccion del padre Lacase, y cuando hubo finido su noviado comenzó á avangelizar las aldeas y á hacerse el amigo de los pobres. San Ignacio de Loyola y sus sucesores habian experimentado que para restablecer el Catolicismo y volver las costumbres á su

antigua pureza, era necesario hablar al corazon y la imaginacion de la multitud, y organizaron misiones en Italia y en España. Enrique IV aprobó el plan que Coton le presentó, y pronto los Jesuitas franceses pudieron, tanto bajo su reinado como en tiempo del ministerio de Richelieu, instruir al pueblo y restablecer en las provincias entre las clases medias esa fe llena de pudor y de probidad, contra la cual fueron casi impotentes asi la depravacion de costumbres de la regencia de Orleans, como las saturnales de la revolucion de 1793. Los Jesuitas habian tomado la initiativa; á principios del siglo XVII encontraron gloriosos imitadores en hombres eminentes llenos del espíritu católico Pedro de Berulle y Vicente de Paul, Erancisco de Sales y Eudes, Coudren y Abelly, Fourier y el pobre sacerdote, Nobletz y Olier, y mas adelante Bossuet y Fenelon, hicieron oir su eloquencia á los habitantes de las aldeas. Los padres Gonthier, Seguiran, Juan de Bordes, Guillermo Bailly, Juan Rigoleu y Pedro Medaille (1) daban y recibian el ejemplo. Mas el que en aquella época realizó los mas grandes hechos en las misiones fué sin contradiccion el padre Francisco de Regis, á quien la Iglesia reconocida ha continuado en el catálogo de los santos.

Regis sabia que para hacer penetrar el Evangelio en la plebe y desarraigar las preocupaciones ó los vicios, el arte del orador debia limitarse á una vida ejemplar, á una caridad sin límites, á una sencillez en que se oculte el saber bajo humildes apariencias. Consagrábase á los pobres y á los ignorantes, y supo humillar su inteligencia para levantar delante de Dios á sus groseros oyentes. Despues que se hubo preparado en el retiro para esos humildes trabajos, se le vió á fines de 1631 entrar en la carrera apostólica.

(1) El P. Medaille, conocido en el mundo religioso por sus misiones en las aldeas del Velay, Auvernia, Aveyron y el Delfinado habia concebido con Enrique de Maupas, obispo de Puy, el proyecto de fundar una congregacion de viudas y de jóvenes consagradas á la instruccion bajo el nombre de Hijas de S. José. Este proyecto estaba ejecutado en parte cuando Lucrecia de La Planche, señora de Joux, hizo venir á Puy las mujeres que el Pr Medaille destinaba á este género de vida, y les dió un asilo y consolidó su establecimiento.

Nacido en el Mediodía, consagró su vida á sus compatricios : la pequeña ciudad de Sommieres, en el Gard, recogió sus primeras palabras. No solo tenia que vencer pasiones : reinaba la herejía en esas ricas comarcas, y el padre Francisco desaba vencerla reanimando á la par el celo de los Católicos. Hizose una arma de su humildad, resignóse á todas las miserias y á todas las afrentas, y se constituyó el criado del indigente, el tosorero del pobre, el médico del enfermo, y el hermano de los desgraciados. Este sacrificio continuo, esta elocuencia seductora, debió de causar una viva impresion en el corazon ardiente de los meridionales. Habia sometido á la Religion las comarcas vecinas de Nimes y Mompeller; Luís de la Baume de Suse, obispo de Viviers, le llamó á su diócesis, donde apenas quedaban huellas del Catolicismo. Las guerras civiles habian destruido las iglesias, y la herejía y el desenfreno habian corrompido las almas. En 1633 el padre Francisco cede á los ruegos del prelado, y recorre aquel país asolado, de mision en mision, de aldea en aldea.

Tiene que sostener recios combates, pruebas terribles : se le ultraja en el púlpito, se le calumnia en el mundo : y se procura inutilizar sus esfuerzos por todos los medios imaginables; Regis empero permanece invencible. Las fatigas, los peligros de su peregrinacion, los desvelos de la caridad, los vicios que debe vencer, los obstáculos con que tropieza, nada le asusta, nada puede abatir su valor. Despues de haber renovado el Vivarais, pasa al Velay. No es ya un hombre que se dirige á otros hombres; las poblaciones testigos de sus prodigios le veneran como un santo, van en pos de él, le escuchan con recogimiento, y reciben con alegría sus lecciones y sus consejos. Hasta el clero se conmueve á los acentos de aquella voz, á la cual prestan todas las virtudes una autoridad sobrenatural. Solo hace nueve años que ha emprendido aquella santa tarea y ha regenerado ya dos provincias. Corria á alcanzar nuevos triunfos, cuando en 23 de diciembre de 1640 sucumbe á la fatiga. Iba á abrir una mision en Louvesc, « pero los caminos se hallaban en tan mal estado, se lee en las actas de su canonizacion, que el santo varon se vió obligado á romper el

hielo en muchos puntos para abrirse paso, y arrastrarse á gatas, ora encaramándose sobre rocas escarpadas, ora subiendo por senderos estrechos, resbaladizos y orillados de precipicios con continuo peligro de caer en profundos abismos.

Ocho dias despues Francisco de Regis espiraba. Los pueblos del Vivarais y del Velay se anticiparon á la Iglesia en tributar el culto que el agradecimiento queria dar á la memoria del Jesuita. Habia llevado una vida santa; los pueblos se agolparon en torno de su sepulcro, y sesenta y cuatro años despues de su muerte los arzobispos y los obispos del Languedoch, testigos de las maravillas obradas por su intercesion, hablaban de él en estos términos al Papa Clemente XI. « Nos felicitamos, le escribian el 12 de enero de » 1704, de que Dios ha hecho nacer entre nosostros un » hombre apostólico favorecido con el don de hacer milagros, de suerte que podemos exclamar con el Profeta : » El desierto se regocijará y florecerá como el lirio, porque » serán abiertos los ojos de los ciegos y los oidos de los » sordos. El cojo correrá como el ciervo en las colinas, y » será desatada la lengua de los muertos. Porque vemos » con nuestros propios ojos renovarse los mismos prodigios en las montañas desiertas del Louvesc. Nosotros » somos testigos de que delante del sepulcro del padre » Juan Francisco de Regis los ciegos ven, los cojos andan, » los sordos oyen, los mudos hablan, y que el rumor de » estos sorprendentes prodigios se ha extendido en todas » las naciones. Quiera el cielo, Beatísimo Padre, que por el » supremo juicio de vuestra Santidad este hombre de Dios » aumente el número de aquellos á quienes la Iglesia tributa su culto. »

Francisco de Regis moria en 1640 : en el mismo año el padre Julian Mannoir emprendia en favor de la Bretaña, su patria, lo que Regis acababa de hacer por la suya. Mannoir habia nacido en san Jorge de Raintambaut el 1° de octubre de 1606. Habia visto los esfuerzos practicados por le Nobletz y otros misioneros para sacar aquel país de la corrupcion é ignorancia en que le sumieran las guerras civiles. Con este amor al suelo natal que jamás se borra en

los corazones, y sobre todo en el del breton, Mannoir deja á otros los peligros desconocidos, los trabajos literarios, los negocios terrestres y la gloria de la olocuencia : hace voto de consagrarse á su país, y por espacio de cuarenta y tres años no hubo una aldea de la Baja Bretaña, una roca del Océano, un erial de aquella provincia, que no recogiese las instrucciones del Jesuita. En las ciudades, lo mismo que en las islas casi salvajes, se le oyó excitar á todos á la virtud y á la piedad. Su voz llegó á ser omnipotente. Ella volvió las poblaciones á las costumbres primitivas, á las santas creencias; y esas poblaciones, á las cuales han desolado tantas calamidades políticas, conservan todavía en la sencillezde sus tradiciones el recuerdo del Jesuita que enseñó á sus antepasados á vivir y morir en el servicio de Dios.

La Compañía de Jesus formaba hombres para todas las luchas. Tenia Padres en todos los continentes : en Irlanda, en Inglaterra, en las Provincias Unidas, que combatian lo mismo que en la China ó en el Japon. En el mismo tiempo el padre Francisco Veron, el indomable atleta de las controversias religiosas, reducia al silencio á los ministros de Ginebra; Gonthier y de Langueron volvian al seno de la Iglesia á Huet, padre del sabio obispo de Avranches, y á de lo Grange, jefe de una de las mas nobles familias del Vivarais. Otros Jesuitas inducian á abjurar sus errores al príncipe Eduardo y Luísa María Hollandine, hijos entrambos del Elector palatino, yerno de Jacobo Estuardo, que habia sido uno de los que habian promovido la guerra de los Treinta años. Los Jesuitas se vengaban del padre convirtiendo al hijo y á la hija, pero les estaba reservada todavía una satisfaccion mas cumplida. Cristina de Suecia, la heredera del famoso caudillo luterano, iba por inspiracion suya y de Renato Descartes, su discípulo de la Fleche, á abrazar el Catolicismo, que el rey Gustavo Adolfo habia combatido con tanta gloria militar.

Cristina reinaba sobre un pueblo guerrero, y su gusto para el estudio, su aficion á las ciencias, á las artes y á la libertad hacian pesada para ella la corona de Suecia. Distraíase del fastidio de la grandeza en las conversaciones de

Grocio, Descartes y de Pedro Chanut, ministro de Francia en su corte. Era mujer lo menos que podia serlo; pero dotada de un espíritu voluble que se sentia incómoda en el trono, y de un corazon ardiente y siempre dispuesto á ceder á un capricho de amor, ó á una verdad demostrada, le gustaba provocar los combates intelectuales y tomar parte en ellos. El tratado de Westfalia la colocaba entre las primeras potencias de Europa. Debia este puesto á la herejía; mas esta nada decia á su alma, y ni aun satisfacia á su razon. En esto llega á Estocolmo el padre Antonio Macedo, de Coimbra (1). Este Jesuita, que ha llevado la Fe á las costas de Africa, es agregado con el padre Juan Andrada á la embajada de José Pinto Pereyra. Lleva el título de secretario de la legacion, y á fin de no herir las susceptibilidades luteranas, viste trage secular, como el padre Possevin en otro tiempo. Por la modestia de su continente, por su vida retirada y por la profundidad de sus conocimientos en materias religiosas, Cristina sospecha que el secretario de embajada es un jesuita, y quiere hablarle. Macedo, que esperaba con ansia este momento, descubre á la reina el misterio de que se rodea; y se hace misionero en la corte de Suecia como lo fué entre los negros de Africa. Cristina tenia talento, y reconoció facilmente los inconvenientes del culto reformado, y prometió separarse del error, aunque debiese para ello hacer el sacrificio de su corona.

Al partir Macedo de Estocolmo le pide otros dos jesuitas para instruirla (2). El padre llega á Roma, y pocos dias despues el Vicario general encargaba á Pablo Casti y á Francisco Molinio, versados entrambos en las matemáticas y en la teología que fuesen á terminar la obra de Macedo. Estos jesuitas, disfrazados de mercaderes, se embarcan en Ve-

(1) Antonio Macedo era hermano del famoso franciscano Francisco Macedo que tomó tanta parte en la revolucion de Portugal, y que dejó ciento nueve obras publicadas y treinta manuscritas. Este habia sido primero jesuita, pero su carácter impetuoso y altivo no ligaba con la Compañía. Separóse de ella de buenas á buenas, y fué amigo de los Padres en su larga y sabia carrera, agitada por trabajos, enemigos y discusiones de toda especie.

(2) Bayle, *Dic. história critica*, artículo, *Macedo*.

necía, llegan á Suecia, y auxiliados por el genio católico de Descartes y por la buena fe de la Reina, deciden á la hija de Gustavo Adolfo á renunciar á la herejía (1). Abdica el poder real á fin de seguir sin oposicion las inspiraciones de su conciencia, y luego en 5 de noviembre ne 1655 declara en Inspruk que vuelve á la unidad de la Iglesia. Era aquello un grande espectáculo y un ejemplo mayor todavía que se ofrecia al mundo. Los Jesuitas y Descartes fueron los promotores; Cristina de Suecia perseveró en su fe. Esta sin embargo no le inspiró todas las virtudes, y aunque católica por conviccion, no siempre se manifestó cristiana en la práctica. Tuvo sagrientos arrebatos de despotismo, y pasiones por decirlo asi vagamundas; pero en medio de su vida agitada, de sus proyectos de ambicion, de gloria, de viajes, de soledad y de trabajos que realizó, permaneció siempre fiel á la Iglisia.

Hemos dicho en otra parte que despues de algunos acontecimientos medio religiosos, medio políticos, los Jesuitas fueron expulsados de la república de Venecia. Habian transcurrido cincuenta años desde que fray Paolo, aliado de los Calvinistas de Ginebra y de los Presbiterianos ingleses, habia arrastrado al Dux y á una parte del Pregadi al Protestantismo cuya principal exigencia era la expulsion de los Jesuitas. A pesar de Enrique IV y del soberano Pontífice los Padres sufrieron un destierro que la herejía quisiera que hubiese sido eterno, pero en 1656 los Venecianos rehusaron asociarse por mas tiempo á una trama, cuyos autores habian bajado al sepulcro. Alejandro VII (de la familia Chigi) solicitó la reinstalacion de la Compañía, y la obtuvo sin dificultad, porque en aquella época el Luteranismo comenzaba á borrarse por sí mismo, y no le era dado ya tentar nuevas conquistas. Los Jesuitas volvieron á las tierras de la República, y se olvidaron los rencores y los edictos de una generacion pasada, para acordarse tan solo de los servicios que la Compañía habia prestado en el Adriático, y de los que podia prestar en adelante. El 27 de enero de 1657,

(1) *Vida de Descartes*, por Baillet, lib. VII, cáp. XXIII.

el soberano Pontifice pudo felicitar en estos términos al Dux y á la República :

« A nuestros muy queridos hijos y nobles personajes, » salud y bendicion apostólica. Vuestras noblezas han lle- » nado mi corazon y mi ánimo de una alegría vívísima con » las cartas en que poneis en mi conocimiento que habeis » recibido á los religiosos de la Compañía de Jesus en vues- » tra ciudad y en todos vuestros dominios. Vosotros habeis » emprendido y terminado con un celo y alegría filial, » solo á persuasion y á instancias nuestras este asunto, tan » lleno de dificultades, y que tantas veces se intentó hasta » ahora llevar á cabo sin provecho; de suerte que habeis » inundado nuestra alma de placer, y que por nuestra parte » os hemos abrazado con el ánimo y los sentimientos de » afecto del mas tierno padre. Porque no solo hemos reco- » gido un fruto muy precioso de vuestro respeto y de vues- » tra adhesion á la santa Sede, sino que esperamos que » vuestra ciudad los recogerá muy colmados y duraderos » de esos religiosos. Ellos son en afecto buenos, verdaderos » y fieles siervos de Jesucristo, y ayudados por vuestra be- » nevolencia se mostrarán dignos de su santo origen : que » ellos rodeen esta ciudad floreciente de una nueva defensa » y como de un muro, instruyendo á la juventud en las » letras y trabajando en la gloria de Dios. »

El mismo dia en que el Papa dirigia á los Venecianos este breve, reparacion de una larga injusticia debida á los Calvinistas, el general de la Orden, Goswin Nickel, escribia á todas las provincias de la Compañía para participarles este suceso : « Este regreso, les decia, nos ha sido concedido » sin ninguna condicion molesta (1), con la restitution de

(1) Antonio Arnauld en sus *Memorias*, tomo XXXIV, segunda serie, pág. 335 (edic. Petitot), explica de esta suerte la reinstalacion de la Compañía : « Los Jesuitas, dice, se aprovecharon de los apuros de la Repú- » blica para ser reinstalados en Venecia mediante sumas considerables. » Arnauld no justifica esta asercion, de la cual no se encuentra ningun indicio ni en los archivos de la República ni en los de la Compañía. Tal vez puede haber dado motivo á ello la promesa de socorrerlos contra el Turco que hizo el Papa á los Venecianos : pero es difícil, un acto de venalidad en aquella oferta tan natural en un pontífice y en que se interesaban igualmente la Religion y la política.

» todos los bienes que poseíamos antes en esta República.» Los Jesuitas habian sabido esperar : habíanse sacrificado por el Catolicismo : la santa Sede y hasta Venecia les indemnizaban de los ultrajes protestantes, y les vengaban de la herejía ofreciéndoles todo lo que la Orden habia perdido.

El generalato de treinta años de Vitelleschi, y de los de Caraffa, Piccolomini y Goswin Nickel, produjeron grandes cosas, sirviendo sobre todo para unir á la Compañia de Jesus los nombres mas distinguidos. Hasta entonces habia encontrado bastantes protectores entre los nobles; pero pocos hombres tan adictos á ella que se resignasen á llevar aquella vida de privaciones, de abnegacion y de peligros. Cuentanse los Borja, los Córdoba, los Gonzaga, los Aquaviva que rompieron con el mundo pora someterse á una existencia, cuyo único lugar de reposo era una tumba ignorada en algun rincon de la Europa ó en el fundo de los desiertos de la América. Desde el generalato de Vitelleschi no sucede asi. De cada familia ilustre sale un padre para la Compañía : á su nombre, célebre por las hazañas militares ó por los servicios civiles, el Jesuita añadirá una nueva gloria, y no sin extrañeza vemos examinando los archivos del Instituto que se encuentran en él tantos personajes que se distinguieron por los servicios que prestaron á la humanidad, ora en las misiones, ó en enseñanza, ora en la caridad ó en la ciencia.

Italia; Francia, Alemania, España, Polonia é Inglaterra han dado ese numeroso contingente de celebridades, que solo abraza un período de cuarenta y cinco años. Aquí es Cárlos de Lorena que renuncia al obispado de Verdun y á los honores de la púrpura que le aguardan, para entrar en el noviciado de los Jesuitás, donde encuentra á Fabio Albergattti, Orsini y Jacobo Sertorio ; allí Alejandro de los Ursinos, duque de Bracciano, el aliado de los Médicis y cardenal á los veinte y dos años, que deja las dignidades eclesiásticas para abrazar el Instituto.

Francisco de Beauveau y Walpole, Justiniani y dos Suffren, dos Pimentel y Chiaramonte, Juan de la Bretesche y Gonfalonieri, Guillermo de Metternich y Francisco de Bou-

fflers, tres Borghese y Antonio de Moncada, Truschez y dos Piccolomini, Santiago de la Vallière y Pedro Gottrau de Fiburgo, tres Spinola y dos príncipes de Mean, lord Gordon y de Nobili, Brienne y Gregorio, Herman Hugo y Max de Wurtemberg, Everardo de Merode y de Ossat, Tomás Holland y Pedro de Sesmaisons, Antonio de Padilla y Gil de Santa Ildegonda, cinco Gaetano y Visconti, Pablo Farnesio y dos Doria, Trevisani y de Carné, Marini y Cesar de la Trimouille, Francisco de Machault y Felipe Contarini, Marcos Garzoni; y Marcos Gussoni, Adriano y Cárlos de Noyelles y Malaspina, Montalto y Terranova, Altieri y Patrizzi Rubempré y Conrado de Gaure, Albuquerque y Tavora, Menesses y Cabral, Lobo y Sylva, Rodriguez de Villaverde y dos Arcos, Luís de Velasco y Pedro Manrique, Gabriel de Lerma y Francisco de Porto Carrero, Pedro de Verthamon y Escipion Coscia, Trausmanstorff y de Herbestein, Nicolás Lanciski y Wilhem de Campenberg, Fernando Palfi y Bernardo de Thanhausen, Nicolás Radkal y Gottfield de Kuesten, dos Gleispach y dos Lemberg, Federico de Tiebrichssem y Santiago de Fugger, Bobola y Micinski, Kriswski y Vilcanouski. Trischiewitz y tres Walsh, Luís de Gourgues y José de Galiffet, Ventadour y Norogna, Eduardo de Courtenay y Santarem, Juan Phelyppeaux y cinco Mendoza, Tolgsdorff y Maupeou, Andrada y de Pins, Cárlos de Harcourt y Francisco de Gournay, de Libersaert y Spinelli, de Brito y Aubtgny, de Konisck y Antonio de Médicis, Albizzi y Zea, Sotomayor y dos Chifflet, Pedro Talbot de Shrewsbury y dos Montmorency, Aguado y Francisco del Angle, Ximenez y John Meagh, Juan Pfiffer de Lucerna y Guillermo de la Rougere, Rodriguez de Mello y de Voisins, Vicente de Galletti y John Cornelius O'Mahoni, Santiago de Fuentes y Brebeuf, Guzman de Medina Sidonia y Canillac, Fernando del Infantado y de Fabiis, Grimaldi y Aranda, Antonio de Brignole y Gamaches, Pedro de Mascarchnas y Cárlos de Vintimille, Alessandri y de Crux, Lucio Pignatelli y Jorge Dillon, Francisco de Walsingham y Eduardo de Nevil, Pallavicini y Sandoval, Vasconcellos y Caccia, de Lugo y Almazan, Langeron y Caprara, Beaumont y Cardenas, Lofredi Du-

razzo y de Leon, Critton y de Berg, dos Hollowrat y Radzowski, Alberto Chanowski y Jorge Giedroyez, de la familia de los príncipes de Lituania, Rougemont y Conti, Casimiro de Polonia y Lelio Gracchus renuncian al mundo; huyen de los placeres y de los honores, y se consagran á una existencia que no tiene para ellos mas que el atractivo de un peligro continuo.

Los unos, como el padre Guillermo de Metternich, evangelizan su patria; los otros, como Francisco de Bouflers, morirán sirviendo en los hospitales á los soldados, que sus hermanos ó parientes conducen á la victoria. Entre estas celebridades históricas, los habrá que siguiendo los huellas del padre Santiago de la Valliere, se lanzáran al Oriente para predicar la Fe á pueblos sentados á la sombra de la muerte, y que á la edad de treinta años sucumbirán, cual él, en los ardores de la caridad; otros servirán en la soledad instruyendo los novicios, como Florencio de Montmorency, sepultándose en las bibliotecas y condenándose á la oscuridad para expiar delante de Dios las glorias mundanas de que es el eco su nombre.

Todos esos favoritos del nacimiento, de la fortuna y de las grandezas, no tienen mas que dar un paso, hacer una sonrisa ó manifestar un deseo para ver su ambicion satisfecha. Eran ricos y se hicieron pobres; gozaban del poder de la familia, de los esplendores del talento, del prestigio de un valor hereditario, y hollaron con los pies ese brillo que deslumbra, y renunciando á las caricias materiales, á los sueños de ambicion de un padre, recorrieron, la senda que trazan las Constituciones de la Orden de Jesus á sus discípulos. Entregáronse á todos los géneros de martirios, ora haciendo rostro en los campos de batalla á la muerte que solo podian recibir; ora despreciando en medio de los desiertos la mordedura de las serpientes, y las garras de los leones, los tormentos de la sed y del hambre, la flecha emponzoñada del Indio ó la feroz estupidez del salvaje.

En una época en que los grandes nombres ejercian en los ánimos un influjo tan saludable, semejante muchedumbre que habia ido de todos los puntos de Europa á engrosar

las filas de la Compañía de Jesus, debió necesariamente hacer brillar en ella un reflejo de todas las glorias nacionales. Cada reino veia sus familias principales consagrar al Instituto algunos de sus miembros; cada reino aprendió á amar á los Jesuitas porque contaban en su seno hijos cuyas grandezas habia adoptado su patria. Siguióles á la otra parte de los mares y en todos los continentes, se interesó en sus peligros, aplaudió sus trabajos, honró sus talentos, saludóles en su vida y les veneró despues de su muerte. Era aquello una inmensa reunion de votos y sacrificios, que prescindiendo de los rivalidades de pueblo á pueblo los confundió á todos en un mismo sentimiento. La Orden de Jesus era cosmopolita, y la dejaron marchar en su fuerza : ella se dirigia á todas las naciones y estas le respondieron.

Cuando en su *Historia de la Civilizacion en Europa*, Guizot á llega este primer periodo de la Compañía de san Ignacio, el historiador y el filósofo desaparecen de repente para hacer lugar al Calvinista, y dice hablando de la reforma protestante puesta en parangon con el Instituto (1) :

« Nadíe ignora que el principal poder instituido para » luchar con ella era la Orden de los Jesuitas. Lanzad una » mirada sobre su historia; hanse estrallado por todas » partes; donde quiera que han intervenido con alguna » extension han perjudicado la causa en que se han mez- « clado. En Inglaterra perdieron los reyes, en España los » pueblos. La marcha general de los acontecimientos, el » desarrollo de la civilizacion moderna, la libertad del es- » píritu humano, todas las fuerzas contra los cuales fue- » ron llamados á luchar, se levantaron contra ellos y los » vencieron. Y no solo se han estrellado; pero recordad » además los medios de que se han visto obligados á echar » mano : nada de esplendor, nada de grandeza, ni provo- » caron acontecimientos brillantes, ni pusieron en movi- » miento grandes masas de hombres, sino que obraron » siempre por medios ignorados, obscuros, subalternos,

(1) *Historia general de la civilizacion en Europa*, por Mr. Guizot.

» por medios que no eran á proposito para herir la imagi-
» nacion y á conciliarles ese interés público que se une
» siempre á las cosas grandes, cualesquiera que sean su
» principio y su fin. El partido contra el cual luchaban,
» por el contrario, no solo venció, sino que venció con
» brillo. Hizo grandes cosas y con grandes medios : le-
» vantó los pueblos, y llenó la Europa de hombres insig-
» nes ; cambió á la luz del sol, la suerte y la forma de los
» Estados : todo en una palabra, estuvo contra los Jesui-
» tas, tanto la fortuna como las apariencias. Su destino no
» ha satisfecho ni al buen sentido que exige el triunfo, ni
» á la imaginacion que tiene necesidad de cosas brillantes.
» Y sin embargo, nada es mas cierto ; han sido grandes ;
» únese una grande idea á su nombre, á su influjo, á su
» historia. Y es que sabian lo que hacian, lo que desea-
» ban ; es que tenian un conocimiento claro y preciso de
» los principios segun los cuales obraban, del objeto á que
» tendian : es que poseyeron la grandeza del pensamiento,
» la grandeza de la voluntad, y ella les ha salvado del ri-
« dículo que acompaña á la obstinacion en el vencimiento
» y á los medios raquíticos. Por el contrario, allí donde el
» suceso fué mas poderoso que el pensamiento, allí donde
» parece faltar el conocimiento de los primeros principios
» y de los últimos resultados, ha quedado algo de incom-
» pleto, de inconsecuente, de estrecho que ha colocado á
» los mismos vencedores en una especie de inferioridad
» racional, filosófica y cuya influencia se ha hecho sentir
» algunas veces en los sucesos. »

No toca al historiador entrar en discusion con teorías mas ó menos fundadas. Este no puede, como un retórico ó como un sectario hacer deducciones y sacar de un principio verdadero ó de un hecho confesado consecuencias erróneas. Hemos expuesto sin pasion los acontecimientos que llenan el primer siglo de la Compañía de Jesus, y sin ocuparnos de las contradicciones á que arrastra al eminente publicista la verdad en lucha con el espíritu de partido, debemos consignar aquí un pensamiento que aturdirá á cualquiera por poco que á reflexionar se detenga.

En todos tiempos será mucho mas fácil desencadenar las pasiones que comprimarlas. Los Protestantes, como todas las herejías deseosas de hacer triunfar su sistema, venian con la lisonja en los labios y la corrupcion en el corazon á inculcar á las masas ideas de emancipacion y de pillaje, invocando al propio tiempo la libertad para ellos y la esclavitud para las demás. Atribuíanse todos los derechos, el de creer ó de negar, el de usurpacion y de sacrilegio, el de confiscacion é inmoralidad. En presencia de semejantes doctrinas que encontrarán siempre corazones para adoptarlas, voces para predicarlas y brazos para defenderlas, fuerza era que los que marchaban denodadamente contra tantas pasiones, llevadas hasta el delirio por la esperanza de la fortuna, sucumbiesen mil veces en la lucha antes que hubiesen podido soñar con un solo triufo. El Protestantismo lo destruia todo : las tradiciones de la Iglesia y los recuerdos monárquicos ; interrumpia, por decirlo así la marcha de los siglos, á fin de introducir su enseñanza; calumniaba al Catolicismo para matarle ; se aprovechaba de los vicios de algunos individuos del clero para hacer de la Iglesia universal una prostituta; halagaba las inclinaciones malas para hacerse de ellas un escudo. su posicion era inexpugnable : dominaba desde la cabaña del pobre y del taller del artesano hasta el trono de los reyes; monarcas ó pueblos, sabios ó ignorantes, crímenes ó virtudes todo lo arrastraba á su paso.

Era aquello un torrente, al cual era forzoso poner diques, ó una sociedad antigua que debia salvarse de los abrazos mortíferos de la que aspiraba á sucederle. Los Jesuitas no cejaron. No tenian á su disposicion mas que el consejo y la palabra; el consejo, que los reyes escuchaban de ordinario distraidos; la palabra, que estaba condenada á una impotencia relativa sobre las masas, porque estas, amantes de lo nuevo y de lo que viene inpensadamente, exigen de sus maestros ó doctores nada menos que Panegíricos del desórden, ó voces siempre dispuestas á preconizar sus vicios. Ahora bien, ¿ es cierto que los Jesuitas hayan sido vencidos por todas partes despues de esa lucha de ciento veinte años que acabamos de bosquejar?

¿No han arrancado á las garras de la herejía la Polonia, la Ungría, la Bohemia, la Moravia, la Silesia, la Baviera, el Austria y una parte de los cantones Suizos y de las provincias del Rhin? ¿No han lanzado de la Francia y de Italia al Calvinismo que roia ya el corazon de estos dos imperios católicos? ¿No fueron los promotores de la educacion? ¿No han enseñado al clero las buenas costumbres y la disciplina? ¿No han conservado en Inglaterra el gérmen que con tanto vigor se desarrolla y que causa en Irlanda una revolucion legítima despues de tres siglos de martirio? ¿No han llevado la civilizacion y el Evangelio á todos los ángulos del mundo? ¿No han enseñado, combatido, sufrido y sacrificado su vida por el principio cristiano?

Si han llevado á cabo todo esto; si con sola la fuerza de la persuasion han podido realizar tantas cosas; si sin mas recursos que la cruz sin otro auxilio que la santa Sede y el clero han tenido en alarma á la herejía triunfante; si al presente el Protestantismo dividido no encierra en sus templos mas que corazones sin unidad, ¿deberémos divinizar el Luteranismo y el Calvinismo porque sublevaron las masas y establecieron como una necesidad de todos los tiempos la rebelion contra la autoridad?

Hasta ahora el provocar la multidud á la insurreccion ha podido ser algunas veces un crímen absuelto por el tiempo; pero este crímen fué siempre mas facil que provechoso se han visto hombres sin virtud, sin energía, que han realizado á fuerza de bajezas lo que pacece ser un título de honor para el Protestantismo. Jamás habrá verdadera gloria en remover el fango popular, en lisongear la inconstancia de sus caprichos, en excitar sus ardientes pasiones á fin de hacerse un pedestal de todas esas ignominias que se desprecian ó se reprimen cuando el que las explotara llega al poder. Provocar los miserables al pillaje, los indigentes á la riqueza, el vicio particular al desenfreno público, el pueblo á la licencia, no será jamás la obra de un ser que piensa: pero es bello, es magnífico, cuando se han desencadenado las tempestades, prevenirlas ó conjurarlas á fuerza de ruegos, dejarse llevar sobre sus alas ardientes: es mas bello, mas grande todavía luchar con ellas, escudar la

muchedumbre, compatir sus infortunios, vencer su ignorancia, enseñarles á ser felices con la obediencia debida á las leyes, y domar sus pasiones preparándoles por grados á la emancipacion cristiana.

Los Jesuitas han subido por este sendero escarpado y enseñando á las naciones á seguirles. Al comparar los medios de influencia empleados por los dos antagonistas, el Protestantismo juzga con parcialidad cuando niega la luz que tanto brilla; mas subre sus juicios, hijos del espíritu de partido hay una justicia que debe reducir á su exacto valor las ambiciones y los intereses encontrados; y esta justicia está en la historia.

Los anales de los Jesuitas son sin duda excepcionales. Aunque proceden del claustro, tienen puestas sus miras en el mundo : ellos se apoyan por un extremo en la escuela, por el otro en él púlpito. La Compañía marcha á veces en la sombra, por senderos subterráneos y se sirve de medios terrestres para llegar á un fin religioso; pero se la encuentra con mucha mas frecuencia con los pies metidos en sangre, esta sangre empero es siempre la suya, es la que se saca de su venas sin lograr agotarla jamás. El Protestantismo ha tenido para asentar sus doctrinas sobre una base sólida, todo lo que constituye la fuerza de los cultos excepto la verdad. Ha contado entre sus filas héroes y genios, príncipes de corazon endurecido, y entusiastas á quienes no asustaba la muerte, ni cuando la daban, ni cuando la recibian. Aqui ha combatido con la audiencia, allí con la intriga; ya se le ha visto amenazar los tronos, ya defenderlos, ora halagar á los pueblos, ora calumniar á sus adversarios. Ha sido ardiente y flexible, perseguidor y perseguido, víctima y verdugo. ¿A dónde le ha conducido todo esto?

Los Jesuitas han conservado el principio católico á pesar de las alianzas de la fuerza brutal y de los odios sordos ; y si las revoluciones han derribado de sus tronos los reyes que se habian constituido alternativamente sus amigos ó sus adversarios; si esas mismas revoluciones han devorado en el naufragio monarquías de la Orden de Jesus, vendida por estos mismos reyes, ciertamente el Protestantismo no osará reclamar para sí solo una gloria tan triste.

Así pues, es preciso mirar esta cuestion no bajo el punto de vista del triunfo material, sino del moral. Los Jesuitas no aspiraban á hacer ruido para cubrirse de una gloria culpable; no tenian sed de nombradía, ni ambicionaban adquirirla á toda costa. No aspiraban á *conciliarse ese interés público, que*, segun el escritor Calvinista, *se une á las grandes cosas cualesquiera que sean el principio y el fin*: palabras fatales, que un retórico puede echar á la multitud para atraerse los aplausos de la corrupcion social; pero que el hombre de Estado debe maldecir como una fuente de crímenes, como un cebo ofrecido á instintos groseros.

Los Jesuitas no se han dejado deslumbrar por este brillo impostor; y en una sociedad bien organizada, ¿ esta prudencia podia ser un crimen? Ellos, sin embargo, han logrado mas de lo que esperaban, mas de lo que humanamente hubieran pensado en pedir. Legaron á la Iglesia Católica mas pueblos que no le arrebataba la herejía de Lutero y Calvino. Fundaron en los archipiélagos y en los continentes del Asia, Africa, America, nuevas repúblicas cristianas, que aun hoy saludan la cátedra de san Pedro como norma de su fe; fecundaron en Europa el amor de la virtud y de las bellas letras: se asociaron á todas las ideas de caridad, á todas las obras que tendian á mejorar la condicion de los hombres. Si no se ve ni brillo ni grandeza en este conjunto de acciones, en esta lucha que ha hundido la herejia vivificando la unidad católica, creemos al menos que el calvinismo hallará en ella un valor continuo, una abnegacion constante y una adhesion á la Fe evangélica, cuyo principio pueden desconocer los ambiciosos, pero cuyas consecuencias deben bendecir los Cristianos sea cual fuere la secta á que pertenezcan.

CAPITULO V.

El Jansenismo. — Jansenio y Duvergier de Hauranne, abad de San-Cyran. — Sus caracteres. — Intrigas de San-Cyran. — Causas de su odio contra los Jesuitas. — San-Cyran procura atraer á su partido al cardenal Berulle y á Vicente de Paul, los Oratorianos y los Lazaristas, para hacer con ellos oposicion á la Compañía de Jesus. — No pudiendo conseguirlo, interesa en su causa á los relgiosos de Port-Royal-des-Champs. — Lo madre Angélica y el *Rosario secreto* del Santo Sacramento. — Los Jesuitas le atacan. — San-Cyran se hace su defensor. — San-Cyran compone el *Petrus Aurelius*, y Jansenio el *Mars Gallicus*. — Muerte del Obispo de Ipres. — Sujeta su tratado inédito del *Augustinus* al Juicio de Roma. — Política de San-Cyran para aumentar el número de sus prosélitos. — Las mugeres y los grandes señores. — Los primeros solitarios de Port-Royal. — Antonio Lemaitre, y su humildad. - Las Constituciones de Port-Royal. — San-Cyran preso en la torre de Vincennes. — Antonio Arnauld y Sacy. — Los Jesuitas se procuran ejemplares de la obra *Augustinus*. — Piden que este libro sea privado antes de su publicacion. — Idea fundamental del *Augustinus*. — Los Jesuitas belgas y franceses atacan la obra. — Los Jansenistas la defienden. — Es condenada por la Santa Sede. — Entra en la liza Antonio Arnauld. — El padre de Sesmaisons y la princesa de Guemené. — El libro de la *Frecuente Comunion*. — El padre Petau y Arnauld. — El jesuita Nouet y su retractacion. — Declaracion de San Vicente de Paul. — Muerte de San-Cyran. — Reemplázale Singlin. — El Jansenismo se hace de moda. — Método de enseñar de los Jansenistas. — Sus libros elementales. — Sus grandes hombres. — Algunos obispos seducidos por ellos. — Retrato de los Jansenistas. — El cardenal de Retz se hace su discípulo. — Los Jansenistas toman parte en la Foronda. — La Universidad se hace Jansenista. — El doctor Cornet y las cinco proposiciones. — La sorbona hace alianza con los Jesuitas, el Sr. Olier y Vicente de Paul. — El *Jansenimo confundido* y el padre Bisacier. — El Jesuita es condenado por el coadjutor. — Olier y Abelly se deniegan á leer en el púlpito el acta del coadjutor. — Los Jansenistas envian á Roma tres de los suyos. — Diputacion del Clero de Francia. — El Jansenismo es condenado. — La madre Angélica y los Jansenistas toman bajo la proteccion de su virtud los vicios del cardenal de Retz. — Por su medio se hacen dueños de la diócesis de París. — Arnauld y la Sorbona. — Arnaud provoca la primera *Provincial*. — Retrató de Pascal. — Las *Provinciales*. — Entu-

siasmo que producen. — Silencio de los Jesuitas, y causas de este silencio. — Habilidad de Pascal. — El probabilismo y el probabiliorismo. — Consecuencias de las dos opiniones. — Teófilo de Corte y Alfonso de Liguori probabilistas. — Los Jansenistas aconsejan á su vez el libertinaje, el asesinato y la rectitud de intencion. — El Parlamento condena las *Provinciales*, y el Padre Daniel contesta á ellas con el *Diálogo de Cleanto y de Eudojia*. — Ereccion del Consejo de conciencia. — El padre Amat. — El superintendente Fouquet, jansenista. — Hardouin de Perefixe, arzobispo de París, y Bossuet quieren distraer de sus ideas á las Religiosas de Port-Royal. — Los padres Amat y Ferrer negocian con Gilberton de Choiseul, obispo de Cominges. — Cartas de este último á Enrique Arnauld, obispo de Angers. — La paz dada por los Jesuitas queda rota por el grande Arnauld. — Las religiosas y los solitarios de Port-Royal son dispersados. —*Relacion de la madre Angélica de san Juan*. — Nicole y el Canciller Letellier. — El Arzobispo de Sens y el obispo de Chalons, pacificadores. — Arnauld consiente en la paz, porque no viene de los Jesuitas.— Paz da Clemente IX.— *La moral práctica de los Jesuitas*. — El abad de Pontchateau y Arnauld. —*La perpetuitad de la Fe* y los *Ensayos de Moral*.— Arnauld y Nicole.— Causas de division entre los obispos y los Jesuitas. — El Arzobispo de Sens los excomulga. — El cardenal Lecamus los persigue en Grenoble. — El Obispo de Pamiers los acusa. — Sus contiendas con Juan de Palafox, obispo de Angelópolis. — Los Jansenistas y Palafox. — La carta de Palafox al Papa. — ¿Porqué no fué Palafox canonizado? — El cardenal Calmi ante el Consistorio en 1722.

La Compañía de Jesus ha tenido que combatir hasta ahora en Europa con el Luteranismo y el Calvinismo, sin conseguir mas que debilitar esta herejía formidable, que dividida en mil diferentes sectas, que marchan bajo diversas enseñas, hacen enmudecer sus rivalidades y ambiciosos designios cuando se trata de atacar á la Iglesia. Las armas de Gustavo Adolfo y de Bernardo de Weimar, secundadas por la política del cardenal de Richelieu, les hicieron conseguir el connaturalizarla en Alemania. Del seno de tantas pasiones puestas en movimiento levantóse una innovacion religiosa, Lutero, Calvino, y sus adeptos se habian separado con violencia de la Comunion romana, rompiendo el yugo de la Fe católica para inaugurar la libertad de exámen y el triunfo del pensamiento individual. De todo se habia echa-

do mano para desarrolar aquella crísis, y no era posible provocar ya otra sublevacion tan extrepitosa. Mas presentáronse otros hombres, que con máximas menos absolutas probaron colocarse entre los dos campos, y hacer revivir por medio de disputas interminables los sistemas teológicos que durante la guerra de los Treinta años habian quedado sufocados por la terrible voz de las batallas. A estos hombres se les llamó Jansenistas del nombre del Obispo flamenco que con su libro titulado : *Augustinus* dió principio á la secta.

Nació Jansenio en Ackoi, Holanda, en el año de 1585, y estudió en el colegio de los Jesuitas de Lovaina. Pidió ser admitido en la Compañía, pero no lo consiguió. Los jefes del Instituto no quisieron tener á Jansenio por hermano, y el se declaró su enemigo. De la escuela de los Jesuitas corrió á la de Jaime Bayo, que en su cátedra de la Universidad de Lovaina resucitaba las doctrinas de su tio. Las ideas son como las pasiones : se modifican, se transforman, pero no se ven condenadas al silencio, hasta que han perdido ya todo su poder. Belarmino y Tolet habian podido reducir á Bayo á una retractacion, la cual, obtenida por los dos Jesuitas, fué para los discípulos del canciller de la Universidad un nuevo motivo de desconfianza y de animosidad contra el Instituto de Jesus. Mancomunóse el prurito de la discusion con el orgullo ajado, y del Bayanismo muerto en su cuna nació un nuevo error.

En Lovaina tenia Jansenio por condiscípulo y amigo á Juan Duvergier de Hauranne, nacido en Bayona en 1581, y mas conocido en la historia por el nombre de abate de San-Cyran. Adiestrados estos dos jóvenes por Jaime Bayo y por el canciller Janson en interpretar las obras de san Agustin, y sirviendo como de palenque á todos los innovadores, se entusiasmaron por el Doctor de Hipona, el cual parecia suministrar argumentos á su odio contra las teorias escolásticas de la Orden de Jesus. Difíciles fueron los principos de su carrera : hicieron viajes, estudiaron, vivieron ya separados, ya unidos ; pero tanto en sus conversaciones como en sus correspondencias, no perdieron nunca de vista el objeto que se proponian. Seguíale Jansenio con aquella fle-

ma germánica con que suele encubrirse una tenacidad invencible. Duvergier de Hauranne, ardiente, impetuoso, dispuesto siempre al combate, no daba un momento de treguas á la travesura de su espíritu ni á los raptos de su fantasía. el uno era pues la cabeza, y el otro el brazo; Jansenio, dialéctico mas cerrado, se encargó de elaborar la doctrina que ambos iban á propagar, y San-Cyran debiá aceptar la parte de trabajo que mas convenia á su carácter movedizo. El pensamiento de la obra pertenece á Jansenio, el otro le desarrolló, y le buscó y encontró adeptos. No habia aun parecido la obra de *Augustinus*, y ya San-Cyran habia exaltado tanto su belleza, que en los círculos de sus amigos se proclamaba de antemano este libro como un prodigio de perfeccion y de genio, Y no era mas sino un árido comentario de san Agustin, una tesis sobre la gracia y sobre la predestinacion: tesis mil veces agitada y mil veces resuelta. Pero Duvergier de Hauranne tenia necesidad de encomiarla como una obra maestra, y tanto la procuró, que logró salir con la suya aun antes de que se publicase. « Muchos sujetos distinguidos por su piedad y erudicion, » seculares y regulares, dice Liberto Fromond en la *Vida* » *de Jansenio* su maestro, le animaban á este trabajo, te- » miendo que si la muerte acortaba los dias del autor, este » libro, que ellos comparaban á la Venus de Apeles, no » quedase imperfecto. »

Y como sucede en todas las doctrinas, cuya última palabra es un misterio, la del futuro Obispo de Ipres, exaltada hasta las nubes por San-Cyran, se hizo muchos prosélitos, escogiéndolos con preferencia de entre las clases elevadas de la sociedad; y á fin de hacer mas seguro su triunfo, forzaba su semblante severo á ciertos gestos de adulacion, que tenian doble precio por la reputacion de austeridad de que gozaba. Con estos elogios interesados consiguió hacerse un apoyo con los grandes y con los prelados, y sin divulgar sus designios, tuvo el arte de prepararse en la corte, en el clero y en lo interior de las provincias muchos apologistas, á los cuales recomendaba la discrecion, como si les hubiese confiado sus planes. *Ocultè propter metum Judeorum*, en secreto por temor de los Judios; tal fué su con-

traseña favorita (1). Los Judios á que aludia eran los Católicos, y sobre todo, los Jesuitas.

Obrábase entonces en Francia un trabajo maravilloso. Vencido el Calvinismo, la Iglesia marchaba rápidamente á gloriosos destinos, y conoció San-Cyran que solamente allí, bien fuese entre los institutos religiosos, bien fuese entre eclesiásticos de ciencia y de energía, encontrarian hombres bastante fuertes para dar una sancion pública á sus sistemas. Ni Jansenio ni él pensaban sin duda en romper con la Unidad, ni abrigaban en idea ni en voluntad el pensamiento circunscrito de una herejía ni de un cisma. Solo aspiraban á despertar cuestiones que la sabiduría de los pontífices y la prudencia de los Jesuitas y de los Dominicos habian dejado adormecidas en las Congregaciones *De Auxiliis.* Pero Jansenio y San-Cyran, así como todos los que dejan llevarse por una idea, debian ir mucho mas lejos del punto que habian previsto. Por de pronto cedieron á un rapto de escuela, al deseo de presentarse como doctos adversarios de los teólogos de la Compañía de Jesus. Mas este deseo que el estudio autorizaba, y que la erudicon unida á le Fe podia circunscribir en sus justos límites, se fué convirtiendo poco á poco en pasion : el orgullo se apoderó de aquellos talentos vigorosos, y el odio á los discípulos de san Ignacio les hizo tocar á un punto al cual no se habian propuesto llegar.

El cardenal de Berulle y san Vicente de Paul habian fundado dos congregaciones, en las cuales el talento asociado á los mas generosos sacrificios, producia milagros de caridad. Pensó San Cyran que en el corazon de estos sacerdotes debia abrigarse un sentimiento de emulacion, ó quizás de envidia, y que si lograba hacer fomentar este oculto sentimiento, llegaria á lograr el inculcarles sus doctrinas. Duvergier de Hauranne tenia ya cierta afinidad científica con Richelieu, obispo de Luzon, de cuyo elevado destino tenia aquel cierto presentimiento, tratando al propio tiempo de entablar relaciones aun mas íntimas con el fundador

(1) *Interrogatorio que sufrió en Vincennes el abate de San-Cyran y publicado en* 1740 *por un Jansenista.*

del Oratorio y el padre de los Lazaristas. Sondeó pues á Pedro de Berulle, y cuando esperaba que no serian desechados sus principios, consultó á Jansenio para saber si era tiempo de dar un golpe decisivo. El teólogo belga no tenia la cabeza tan exaltada como el sacerdote bearnés, no se alimentaba como él de ilusiones, ni tomaba vanas quimeras por una realidad; y en 2 de junio de 1623 respondia » su amigo en estos términos: « Tales sujetos son muy » particulares cuando toman un negocio por su cuenta: » por esto creo que no seria lograr poco el que mi obra » fuese secundada por alguna Congregacion semejante, » porque una vez empeñados, traspasan todos los límites » tanto en pro como en contra. Soy de parecer que nada » hableis de mi *Augustino* al General del Oratorio, pues creo que no es aun oportunidad. »

La sagacidad del doctor de Lovaina ahorraba una derrota á San Cyran. El carácter de Vicente de Paul, que convidaba á la confianza, la amistad que tenia con el Apóstol del Jansenismo todavía en gérmen, sus ideas de perfeccion, todo contribuia á persuadirle que el Fundador de las hermanas de la Caridad no habia de ser tan rebelde á sus insinuaciones como el Cardenal de Berulle. Probó pues por medio de la lisonja insinuarse en su corazon, pero cuando se hubo quitado la máscara, Vicente de Paul rompió con él. En una carta suya de 25 de junio de 1648 dirigida á Origny sacerdote de la Mision, y que se halla en su *Vida* escrita por Abelly, obispo de Rodez, decia Vicente: « San- » Cyran me habló así un dia: Dios me ha dado y me da » grandes luces; me ha hecho conocer que de cinco ó seis- » cientos años á esta parte no hay Iglesia. Antes esta Igle- » sia era como un rio caudaloso que tenia claras sus cor- » rientes; pero ahora lo que parece ser la Iglesia no es mas » que fango. El lecho de este rio es el mismo, pero las » aguas son muy diferentes. — Yo le hice presente que to- » dos los herejes habian tomado este pretexto para apoyar » sus errores, y le cité á Calvino. — Calvino me respon-

(1) *Memorias de Dufossé*, lib. I.

» dió, no obró mal en todas sus empresas, pero se defen-
» dió mal. »

Estas palabras abrieron los ojos á Vicente de Paul, y desde aquel momento miró á San-Cyran como un eclesiás-» tico peligroso, del cual se separó públicamente. Las primeras tentativas del embaucador jansenista habian salido mal, y conoció los obstáculos que le seria preciso vencer para atraer á su plan congregaciones de hombres; y viendo estos obstáculos insuperables, probó otro plan. Para reclutar prosélitos de su coalicion teológica, Duvergier se habia visto precisado á estudiar las flaquezas de la humanidad, y puesto que el Clero resistia á sus seducciones, se dirigió á los institutos de mugeres. Las religiosas, en su concepto, tenian una imaginacion entusiasta, y dispuesta por la soledad á recibir toda especie de presiones. Juzgábalas mas fáciles de engañar y de exaltar, que sacerdotes envejecidos en el ministerio ó en medio de las controversias. Era pues posible inspirarles un cierto ardor por las inovaciones, y dándoles alguna importancia en el mundo, habia motivos muy fundados para esperar que aquel espectáculo heriria vivamente el espíritu de la multitud.

Habia cerca de Chevreuse, en un valle á seis leguas de París, un monasterio de vírgenes que se regian por las reglas de san Benito. Este monasterio se llamaba Port-Royal, porque Felipe Augusto, habiéndose extraviado en una caza fué encontrado en aquel lugar por los señores de su comitiva (1) A principios del siglo decimoséptimo Enrique IV habia nombrado por abadesa de aquel monasterio á Angélica Arnauld, una de las hijas del famoso abogado de este nombre. Angélica, jóven, bella é instruida, hacia servir estas ventajas á su propria perfeccion y á la de las demás. Habia emprendido la reforma de su comunidad, en donde la disciplina y la regularidad sufrian muchas discordias intestinas. La madre Inés, su hermana menor, consagróse como ella á aquella vida de humildad, y la fama de sus virtudes formaba casi una gloria mundana. En 1624 su reputacion habia llamado tan grande concurso de novicias, que fué preciso proveer al acrecentamiento de la piadosa familia. Angélica se sentia llamada á figurar en mas vasto cír-

culo. Y Port-Royal de los Campos no podia contener ya la grandeza de sus miras. Dos años despues dejó aquella abadía y el Port-Royal de París la admitió en el arrabal de san Jaime.

Zamet, obispo de Langres, profesaba á esta mujer extraordinaria una veneracion de que habia dado ejemplo el mismo san Francisco de Sales. Hablóle de crear un nuevo Instituto, cuya idea principal seria la adoracion perpetua del santisimo Sacramento. Angélica acogió con avidez esta idea, y de concierto con Inés compuso el *Rosario secreto del santisimo Sacramento*, en el cual, bien sea por error, bien sea por cálculo, dejó escapar algunas opiniones bastante aproximadas á las doctrinas que Jansenio y Duvergier de Hauranne se empeñaban en resucitar. Los Jesuitas, para quienes el nombre de Arnauld no era por cierto una recomendacion, atacaron este escrito, censurándole con acrimonia. Declarada ya la guerra, metióse en la lid para defender á las religiosas de Port-Royal un auxiliar inesperado, y este auxiliar era San-Cyran. Las hijas de Arnauld no le conocian, ni habia tenido con ellas ninguna relacion espiritual; pero como ellas disfrutaban de una incontestable reputacion de virtud, como eran tan célebres en el mundo como en el claustro, gozaban de la admiracion general, y sin saberlo, entraban á vela llena en las teorias del amigo de Jansenio. Duvergier de Hauranne persuadióse que en el fondo de este acontecimiento se encerraba todo un porvenir de lucha contra la Compañía de Jesus, y tal vez el triunfo de su pensamiento agustiniano. Defendió la obra de Port-Royal con la viva actividad que le inspiraban tantas esperanzas apenas concebidas, y San-Cyran se habia constituido abogado oficioso de las religiosas de Port-Royal, haciéndose despues su director y su oráculo. La madre Angélica ejercia sobre su familia y sobre una parte de la corte un ascendiente que debia tanto á la superioridad de su virtud como á la de su talento. Dominaba á Arnauld d' Andilly, su hermano, uno de los sujetos mas amables de Paris. Imponia su voluntad á los protectores que procuraba á su monasterio. San-Cyran, dueño de la confianza de Angélica, la inició en sus proyectos de reforma, y á fin de conservar

en sus piadosos pechos el fuego que habia encendido, les recomendó el secreto, se rodeó de misterios, y hasta mandó quemar sus cartas para no dejar el menor rastro de los medios que habia empleado (1). La influencia de que gozaba con la abadesa de Port-Royal, y la que le granjeaban su fisonomía llena de compuncion y sus palabras llenas de fuego, decidieron al padre José á encargarle la direccion de las hijas del Calvario (2) San-Cyran echó mano de los mismos resortes que en Port-Royal, y obtuvo los mismos resultados; pero el famoso Capuchino advirtió sin dificultad el cambio operado en el alma de las religiosas. Este fué el primer indicio que reveló al cardenal de Richelieu el nacimiento y los peligros de una nueva secta.

Entre tanto el *Rosario secreto* atacado por les Jesuitas, fué prohibido por la corte de Roma. Preciso era ó someterse á la decision de la silla apostólica, ó salirse de aquella cómoda obscuridad para resistir por medio de la controversia al juicio de la Iglesia. San-Cyran les dió ánimo para persistir en su obstinacion, y él mismo, caminando abiertamente á la realizacion de sus designios, empezó á esparcir el gérmen de su error. Queria vengarse de los Jesuitas, y le importaba crearse apoyos en el episcopado. Los Padres del Instituto habian tenido algunas diferencias de jurisdiccion con el Obispo de Calcedonia, vicario apostólico en la Gran Bretaña. San-Cyran tomó este pretexto para improvisarse el defensor de la autoridad episcopal, en detrimento de las órdenes religiosas. Su obra titulada *Petrus Aurelius* pareció en 1636 impresa á costas del Clero de Francia. Menos de un año despues, en 13 de setiembre de 1637 este mismo Clero, viendo disipada su ilusion, se retractaba de su primer juicio. A la sazon, Jansenio, que conocia la necesidad de captarse partidarios en Belgica, propaló la idea de que era útil y prudente sacudir el yugo de España, acantonarse al modo de los Suizos, ó unirse en una federacion con los estados generales de la Holanda. Su plan de república aristocrática no le grangeaba ciertamente los favores

(1) *Interrogatorio del abad de San-Cyran.*
(2) *Historia de Port-Royal, por Racine,* primera parte.

de Felipe de España; y para volver en gracia con este príncipe, publicó una sátira virulenta contra los reyes de Francia bajo el título de *Mars Gallicus*. Este folleto, dividido en ochenta y ocho capitulos, es un manifiesto en el cual el autor toma por su cuenta la memoria de cada monarca desde Clovis hasta Luis XIII, y segun la expresion de Baile (1). Jansenio « declama allí del modo mas maligno y mas odioso. » El sacerdote flamenco prodiga insultos al pueblo que le habia concedido una larga hospitalitad. A instancias del presidente Rose, el Infante-Cardenal, gobernador de los Paises Bajos, recompensaba esta ingratitud, nombrándole Obispo de Ipres. Tres años despues, en 6 de mayo de 1638 murió Jansenio, victima de la peste. Murió poseido de sentimientos cristianos, y sometiendo la obra de su vida á la aprobacion ó á la censura de la santa Sede. El *Augustinus*, ya fuese por presentimiento, ya por temor de fomentar una herejía, habia sido condenado por su mismo autor á la obscuridad durante su vida. Por una carta dirigida al Papa, por su testamento, y por una declaracion contenida en el texto de la obra, proclamaba el obispo de Ipres que él era hijo de obediencia, y que los decretos emanados de la Cátedra apostólica serian siempre las guias de su fe. « Resuelto estoy, escribia (2), á seguir hasta la muerte, como he hecho desde mi infancia, y á tomar por árbitros de mis opiniones á la Iglesia romana y al sucesor de Pedro. Sé que sobre esta piedra está edificada la Iglesia, que el que no edifica con Pedro es un destructor, y que el sucesor de Pedro es el fiel depositario de la Fe de los Padres. Quiero pues vivir y morir en la Fe y en la comunion de este sucesor del Príncipe de los apóstoles, de este Vicario de Jesucristo, de este jefe de los pastores, de este pontífice de la Iglesia universal. Adopto todo lo que prescribe; rechazo todo lo que condena, y anatematizo todo cuanto el desecha, condena y anatematiza. No me glorio de haber entendido siempre bien el sentido de san Agustin : hombre soy, sujeto á error como los demás hom-

(1) Bayle *Diccionario histórico y crítico* articulo *Jansenio.*
(2) *Augustinus*, c. XXIX.

» bres, y así dejo mi obra al juicio de la santa Sede y de la » Iglesia romana, madre mia. Desde este momento acepto, » me retracto, condeno y anatematizo todo cuanto ella » decidirá que yo deba aceptar, retractarme, condenar y » anatematizar. »

Palabras tan explícitas nada participan de las reticencias del heresiarca; sino que son dignas de un obispo que desea guardar en su corazon la Fe que ha transmítido à su rebaño. Nosotros las aceptamos como la expresion del íntimo pensamiento de Jansenio. Sin ocuparnos demasiado en las misteriosas correspondencias entre San-Cyran y él, por medio de las cuales busca subterfugios y medios dilatorios para resistir á la Silla apostólica, estamos en el concepto de que si Jansenio hubiese sobrevivido á la publicacion de su obra, no hubiera vacilado en desaprobarla, ó retractarse de ella. Este hombre no tenia ni en su corazon ni en su cabèza aquella culpable terquedad que produce los sectarios; pero hallábase á su lado y le dominaba, ó por la intriga, ó por la cólera un hombre de aquellos que no perdonan jamás. El Obispo de Ipres, al componer su libro *Augustinus* no veia sino una guerra teológica que iba á suscitarse contra la Jesuitas; pero las represalias del Bayanismo habian llegado á tal extremo, que Jansenio retrocedió delante de su obra, cuya extension habia calculado ya Duvergier; y su espíritu malignante se adheria á ella con mas fuerza en cuanto presentia los resultados que habia de tener. « San-Cyran es Basco, decia el cardenal de Ri- » chelieu al padre José, tiene ardientes las entrañas, y de » los humos que suben á su cabeza se forma extravagantes » caprichos que erige en dogmas y en oráculos. »

Jansenio habia puesto la última manó á su libro, y despues habia muerto sujetándole solemnemente á la censura de la Iglesia. Su discípulo, ó mejor diremos su maestro, habia por ocultos manejos tan diestramente preparado á algunos talentos distinguidos á saludar el *Augustinus* como una obra maestra de moral y de ciencia de espíritu; habia sabido tan artificiosamente lisonjear las pasiones hostiles á la Compañía de Jesus, que no era yo solamente una conspiracion telológica la que iba á estallar, sino un complot

político, del cual se hacia San·Cyran el gefe misterioso. Los Jesuitas dominaban por medio de la educacion. Duvergier de Hauranne osó disputar esta preeminencia que la Universidad dejaba en sus manos. Fundó escuelas en Port-Royal, y par una habilidad que no se le puede disputar, reunió allí como en un manojo todas aquellas glorias literarias que los Padres no habian podido reclutar bajo su bandera. De este modo se apoderaban de la generacion naciente, ó la amoldaban á las doctrinas cuyas consecuencias nadie entonces apreciaba. El porvenir estaba abierto á los proyectos del reformador, el cual solo procuraba asegurarse del presente.

En aquella época de austeridad y de galantería, de intrigas políticas y de sacrificio, de pasiones literarias y de querellas escolásticas, las mugeres y los escritores ejercian sobre la sociedad francesa una prodigiosa influencia. Creyeron los adeptos de San-Cyran que era preciso atraerlos á todo precio á su partido. Para salir bien de esta tentativa aprendieron à conformarse con cada uno de los carácteres, utilizando el descontento de unos, el disgusto de otros, las afecciones y la prevencion de todos. Improvisáronse rígidos con los que profesaban principios severos, y flexibles con los hombres que no tenian objeto fijo. Rogaron con los devotos, ocultaron entre sombras los vicios de aquellos de quienes previeron que los necesitarian algun dia, y se dedicaron á dar á lás mugeres comprometidas por ligerezas de amor un barníz de virtud, cuyos inconstantes remordimientos, á su modo de ver, se borrában con algunas exterioridades. Dieron gloria á los escritores que Richelieu reunia en ácademia, se conciliaron su amistad; colmaron de elogios á Chapelain, Scudery y Gomberville, tomaron así mismo bajo el patronato de su austeridad el romance ó novela de *Clelia*, que en alguno de sus episodios dejaba caer sobre ellos algunos enfáticos elogios.

Este plan estaba en oposicion con el de la Orden de Jesus. Destinado á batirla de frente y á vencer su crédito ostensible por medios ocultos, no paraban en esto sus miras. Las hijas de Arnault ofrecieron á San-Cyran una comunidad de mujeres aptas para propagar sus opiniones. Creyó

útil fundar una congregacion de solitarios, sin otra mision que el estudio, y que en breve debian atraer sobre su retiro una bella auréola de fama literaria. Religiosos en el mundo, publicistas en el claustro, se aislaban de sus familias, renunciaban al matrimonio y á los empleos civiles, á fin de consagrarse enteramente á la ciencia y á las letras. A los corazones que amaban la erudicion, y cándidos por sus inocentes costumbres se les ofrecia por atractivo una perfeccion quimérica. Conciliábase la austeridad de las reglas monacales con las delicadezas de un gusto refinado, y se les enseñaba á confundir las mas ingeniosas innovaciones con el amor de las antiguas. Persuadidos que la calma de la soledad y las imágenes de paz exterior de que se verian rodeados produciria en sus espíritus meditabundos un singular contraste entre los bellos sueños de felicidad que concebirian, y el mal relativo que les presentaria la organizacion de la sociedad humana, esperóse que de esta oposicion de ideas naceria otra oposicion en los escritos. Amoldados de esta manera, podian ser con el tiempo unas palancas formidables, creer como niños las ilusiones de que se alimentara su buena fe, y luchar con la pluma en la mano para el triunfo exterior de un pensamiento, que con tanto aliciente les presentaba su apacible soledad. Esta idea exageraba la servitud del hombre con respecto á Dios, y su libertad con respecto á los príncipes de la tierra.

Un conocimiento tan profundo del corazon de los que se dedican al estudio no deja de tener algo de maravilloso. Duvergier de Hauranne y sus primeros adeptos habian escudriñado hasta el fondo de estos caracteres idólatras de la independencia, á quienes el entusiasmo arrastra mucho mas allá del punto á que les llevara su voluntad. Conocia San-Cyran, que dando un móvil religioso ó politico á unos genios de fuego, á unas fantasías exaltadas, cuya primitiva aspereza no se ha suavizado aun con el contacto del mundo, quieren que prevalezca la verdad hasta un extremo tal que les hace traspasar hasta las últimas barreras del error. Conocia tambien que el estudio y el retiro emponzoñan mas y mas los odios literarios, y transforman en agudo

puñal aquella pluma que el entusiasmo de la Fe ó la necesidad de la polémica confian á manos hasta entonces conducidas por los impulsos de la mas cristiana caridad. Pero este sectario, en cuyo seno fomentaban tantas pasiones contrarias, y que las hacia servir todas á un solo fin, no se contuvo al contemplar tantas almas virtuosas cuyo sosiego iba á turbar. Ni respetó aquellas inteligencias católicas que desvió de su verdadero orígen para asociarlas á prevenciones mezquinas, ó á pensamientos de herejía, que ellos proclamaban, confesando al mismo tiempo, como Jansenio, que eran hijos sumisos. San-Cyran dotado de una persistencia increible, hubiera sido peligroso con otro genio que el de la intriga, mas fué como la gota de agua que cae sobre un peñasco, y que no forma jamás vacío, porque no tiene en sí principio alguno disolvente.

Por medio de la rigidez seducia á los hombres provectos, y se ganaba el espíritu de los jóvenes por un exceso de indulgencia. Las mugeres estaban reservadas á ser los instrumentos y las víctimas de este partido. San-Cyran trazó en Port-Royal unas constituciones en las que la autoridad del fundador se oculta bajo las formas mas halagüeñas. « Se les enseñará, dice hablando de las novi-
» cias (1), que no deben inquietarse mucho si caen en al-
» gunas faltas ; que se juzgará de ellas no tan solo por las
» faltas que cometen, sino tambien por el modo con se le-
» vanten de sus caidas, y que todas las almas que aman
» á Dios pueden decir como la esposa : *Negra soy pero*
» *bella*. »

El poder de San-Cyran se concentraba en algunas casas, en las cuales tanto las virtudes como los talentos eran hereditarios, y por espíritu de familia se hallaban opuestos á la Compañía de Jesus. De ellas pues tomó los fundadores de Port-Royal de los Campos. Y así como habia hecho servir á Angélica Arnauld por órgano suyo para hablar á las mugeres, escogió á Antonio Lemaitre, el mas célebre abogado de París y consejero de estado á veinte y ocho años de su edad, para llevar la bandera de su nueva institucion.

(1) *Constituciones de Port-Royal* (edicion de 1605).

Lemaitre fué vencido por las instancias de su tia Angélica. Tres jóvenes sacerdotes llamados Antonio de Singlin, Claudio Lancelot y Todos los Santos Desmares, distinguidos por sus luces, no tardaron en acompañar á Lemaitre en el retiro en que ejercia su humildad. Estos solitarios se divorciaban del mundo, sacrificaban sus miras de ambicion, de grandeza y de fortuna á piadosas quimeras; mas el espíritu turbulento de Duvergier de Hauranne les habia inspirado un pensamiento acre y soberbio á la vez, que no tenia el menor punto de contacto con las mortificaciones que se imponian. Diferencia va, y muy notable, entre las cartas de Antonio Lemaitre y la correspondencia y los discursos tan llenos de elocuencia como de abnegacion de los primeros Jesuitas. Hemos ya citado las palabras y los escritos de Francisco de Borja, de Luís de Gonzaga, de Aquaviva y de Javier. Pongamos en paralelo una obra salida del primer neófito de Port-Royal. « No se ha oido quizás á » decir de un siglo á esta parte, escribia Lemaitre á Sin- » glin (1), que un hombre en el lugar y posicion en que » me hallaba, en la corrupcion de palacio, en la flor de » mis años, rodeado de las ventajas del nacimiento y de » la vanidad de la elocuencia, cuando su reputacion era la » mas bien fundada, muy pingües sus bienes, mas hono- » rífica su profesion, mas adelantada su fortuna, y mas le- » gítimas sus esperanzas, haya abandonado de repente » todos sus bienes, haya roto todos estos vínculos, y se » haya hecho pobre, cuando tanto se afanaba en adquirir » riquezas; haya entrado en las austeridades, cuando » nadaba en las delicias; haya abrazado la soledad, » cuando se veia rodeado de personas y de negocios; se » haya condenado á un silencio eterno, cuando su voz era » acogida con tantos aplausos. No obstante, aunque este » prodigio sea mayor y mas raro que el de volver la vista » á los ciegos y la palabra á los mudos, nuestro siglo tiene » tan poco espiritualismo, que solamente ha mirado como » un hecho extraordinario lo que debia venerar como una » cosa santa. »

(1) *Memorias de Fontaine*. tomo I.

Este homenaje que Lemaitre tributaba á su modestia, este bilance de humildad puesto al pie de la cruz con un candor tan henchido de orgullo, no se encuntra en ningun Jesuita. No empiezan por admirarse á sí mismos para producir en los demás la admiracion hácia sus personas, y este sentimiento traza desde luego la línea de demarcacion que va á separarlos. Los solitarios de Port-Royal, por cualquiera cosa que hagan, quedaban siempre llenos de sí mismos, refiriéndolo todo al individuo. Los Jesuitas, al contrario, desaparecian ante la gloria personal para arrostrar el desprecio público y exponerse al peligro, y no se imponian el deber de ser grandes sino para glorificar á la Iglesia ó á su Compañía. Los unos partian del principio del aislamiento, los otros del de la asociacion. Así pues, no era posible entre ellos la menor conformidad de opiniones, y solo debia nacer la lucha, y la lucha rompió ya aun antes de establecerse los ermitaños de Port-Royal. El Jansenismo, cuyos misioneros se hicieron estos impbovisadamente, estaba todavía en gérmen, por lo cual conocieron desde luego los Jesuitas que nacia para ellos y para la santa Sede un nuevo enemigo, y se prepararon para combatirle.

En 5 de junio de 1638, despues de un mes de la muerte de Jansenio, Duvergier de Hauranne, fué por órden del cardenal de Richelieu, encerrado en la torre de Vincennes; pero la prision de un hombre nunca ha impedido el progreso de una idea. Richelieu se habia enterado de los planes de San-Cyran, y le alejaba de su cenáculo, esperando de este modo paralizar el mal gérmen intelectual, cuyo desarrollo no se ocultaba á su perspicacia, tan lleno de peligros aun desconocidos. San-Cyran en su encierro brillaba con aquella fama que da á un nombre la persecucion. Richelieu era temido y odiado, como sucede á todos los ministros que estan por mucho tiempo al frente de los negocios, y que para gobernar rompen todos los obstáculos que hallan á su rededor. La oposicion cuenta inevitablemente como favorables todas las mudanzas de situacion, y toma venganza del poder exaltando sus víctimas. San-Cyran se mostró como un mártir del Cardenal y de los Jesuitas, y así

le acogieron y así le presentaron sus discípulos á la faz del mundo.

Desde el fondo de su calabozo les dominaba con absoluto imperio, y en aquel espacio de tiempo su nueva secta vió acrecentarse su dominacion, y pudo contar con orgullo las conquistas. Sericourt y Sacy, hermanos de Lemaitre, Antonio Arnauld, su tio, y casi tan jóven como ellos; de Bascle, caballero de Quercy, el doctor Guillebert, Tomás de Fossé, y muchos otros, solicitaron ser admitidos en Port-Royal. Las mas ilustres familias y el secretario de estado Chavigny se interesaron por el preso. Y aunque la compasion y la benevolencia les habian inspirado estos sentimientos, se tuvo la astucia de persuadirles que no era la piedad sola su verdadero móvil, sino un efecto de la gracia y un acto de adhesion. Al mismo tiempo los partidarios de Jansenio no estaban ociosos en Lovaina; y por mas que el difunto doctor hubiese al morir sometido su *Augustinus* á la decision de la Iglesia, sus discípulos, sin aguardar que hubiese hablado la santa Sede, dieron la obra á la imprenta.

Esta obra ya veinte años hacia era el objeto de exámen de todos los doctores; la curiosidad estaba excitada en su mas alto punto, y cada cual se esforzaba en penetrar el misterio con el cual se cubria como con un velo el comentador del grande Obispo de Hipona. Los Jesuitas de Bélgica fueron mas hábiles que el gobierno, pues por unos medios que jamás autoriza la buena fe literaria, pero que la política aconsejará siempre, apoyándose en aquel texto de san Gerónimo (1) : « No debe tolerarse la acusacion de herejía, » y en este punto la indiferencia es ya es un escándalo, » supieron hallar el secreto como procurarse las hojas originales del *Augustinus*. El padre Guillermo Wiskerk por medio de un operario del impresor Zeghers, dió este ejemplo de indiscrecion.

Los Jesuitas estudiaron el libro, y despues de haberle sondeado en toda su extension, comunicaron al internuncio pontificio Pablo Stravius la obra inédita que subrepti-

(1) *Sanctus Hieronymus, ad Pammach.*

ciamente se habian procurado. Descubríase en ella á las claras el veneno del Jansenismo; y á fin de prevenir toda turbulencia, pidieron la prohibicion del libro antes que se pusiese de venta. Aquella su actividad en una causa en la cual por tanto habian puesto en oposicion escuela á escuela, sistema á sistema, pareció á los indiferentes mas bien una satisfaccion concedida al padre Lessius, que un negocio de interés para la Iglesia. Quedó aquel Padre herido en su reputacion, por un celo, que para hacer un servicio al Catolicismo, se servia de armas vedadas: sospechóse que el amor propio de los Jesuitas habia abultado el error para deshacerse sin combatir de un enemigo importuno. Los partidarios de Jansenio procuraron hacerse dueños de la opinion pública. La Universidad de Lovaina, que tenia al frente á Van Vern y á Liberto Fromond, hizo coalicion con ellos, y á pesar de los mandatos de la corte de Roma, el *Augustinus* fué publicado en 1630.

El principal argumento del innnovador consiste en que toda gracia interior es irresistible. Esto era la negacion del libre albedrío, y, segun la Motte, uno de los mas juiciosos talentos del siglo XVII (1), « una pureza puramente pasiva » que significa solamente el diferente uso que puede hacer » el Criador de nuestras voluntades, y no el uso quede ellas » podemos hacer nosotros mismos con su socorro. » En este libro se enseñaba que, segun san Agustin, el único resorte que nos hace obrar es el placer. Cuando el placer procede de la gracia, nos conduce á la virtud, si nace de la concupiscencia nos arrastra al vicio. La voluntad del hombre es siempre necesariamente determinada á seguir á aquel de los dos placeres que en su alma prevale. « El » punto cardinal del libro de Jansenio, dice Laffiteau (2), » y el fondo de su sistema, era por consiguiente, que des- » de la caida de Adan nos vemos invenciblemente forza- » dos á obrar el bien y el mal: el bien, cuando la gracia » es la que en nosotros predomina; el mal cuando preva- » lece el apetito. »

(1) *Carta de La Motte á Fenelon, de 1 de enero de* 1714.
(2) *Historia de la Constitucion Unigénitus*, tomo I, pág. 4.

Esta obra desquiciaba los fundamentos de la libertad humana, y bajo una afectada apariencia de piedad, despreciaba con orgullo la fe y la tradicion. No se habia engañado el ojo previsor de la Sociedad de Jesus; no retrocedieron los Padres ante unos enemigos, que á fin de combatir á la Iglesia con mas seguridad, proclamaban en alta voz que la respetaban del fondo de su corazon y nada podria jamas separarlos de la comunion romana. Lutero y Calvino, maestros de Jansenio, no habian mostrado tanta habilidad en sus violentas innovaciones como el Obispo de Ipres en su veneracion condicional. Aquellos atacaban de frente el dogma y la moral; pero Jansenio se mostraba mas circunspecto : colocábase en el centro mismo del castillo que aspiraba á derribar, mientras que solicitaba, tal vez de buena fe, una decision solemne, á la cual no pudo suscribir por haberle cogido la muerte de improviso. Habia pues en aquel folleto en folio, audacia y sagacidad á un mismo tiempo. San-Cyran, no cesaba de predicarlo en Francia, sus adeptos en Bélgica le ensalzaban hasta las nubes; en pocos meses obtuvo los honores de la persecucion, y la persecucion le propagó. Los Jesuitas habian probado sufocarle en su cuna, pero sus conatos tuvieron oposicion : el escándalo venia con el cisma, y los Jesuitas aceptaron el combate que habian querido evitar.

Los sectarios del Jansenismo fueron atacados con vigor por los padres Juan de Jonghe é Ignacio Derkennil en Lovaina, y por los padres de Champs y Petau en París. Los doctores de Sorbona Hallier, Habert y Cornet se asociaron á sus esfuerzos, y los Jansenistas respondieron con acrimonia. Tanto en París como en Bruselas, tanto en las escuelas como en la magistratura, ne se oia otra cosa que argumentos sobre la gracia eficaz y la gracia suficiente; mas San-Cyran, que desde Vicennes dirigia este ejército teológico no quiso quedarse atrás del movimiento dado por la corte de Roma. El Sumo Pontífice daba ya el título de Jansenistas á los partidarios del *Augustinus*, los cuales, para disminuir ó reducir el número de sus adversarios, hicieron propalar la especie de que esta contienda no era otra cosa sino una nueva faz de la guerra entre Tomistas y Molinis-

tas, y para mejor inculcar esta idea, designaron á sus detractores con el nombre de discípulos de Molina. Así se daba un aire de cábala al proceder de la Iglesia, pues el sistema á que se referian sus doctrinas y sus censuras se decia ser el sistema de los Jesuitas. De este modo los amigos del *Augustinus* podian pretextar que ellos no discordaban sino con los hijos de san Ignacio de Loyola; y afirmaron que los fallos proferidos por la santo Sede en tan espinosa discusion eran sugeridos por estos últimos, siendo parte en causa. De tan audaz como astuta idea se servian los Jansenistas para poner en duda la independencia de la corte de Roma. Esta idea les servia como de punto de partida en su polémica, y á ella nunca renunciaron, pues les ofrecia una tesis siempre nueva para sus interminables debates. El historiador ingles Gibbon no se dejó engañar por esta estrategia, y en el fondo escéptico de sus ideas pudo resumir la discusion en estos términos: « Los » Molinistas, dice (1), quedan aplastados por la autoridad » de san Pablo; y los Jansenistas se deshonran por su se- » mejanca con Calvino. » Los Agustinianos de Bélgica estaban decididos, como los de Francia, á no aceptar sino condicionalmente el juicio del Sucesor de los Apóstoles. No negaban su autoridad, sino que la discutian. Prometian someterse á ella siempre y cuando hubiese hablado, y todas las órdenes, todas las admoniciones paternales, todas las súplicas de la santa Sede, llegaban á sus oidos como adulteradas por alguna violencia jesuítica. Gloriábanse de obedecer, pero Roma no habia hablado sino por boca de los Jesuitas, y para ellos la sentencia presentaba siempre alguna sospecha. Bayus y sus adictos habian puesto en cuestion las bulas de Pio V y de Gregorio XIII. Los Jansenistas inventaron sofismas de cifras, de datas y de doctrina para anular la que lanzó contra ellos Urbano VIII en 6 de marzo de 1642.

Hemos presentado ya la situacion en que la política de Richelieu habia colocado á la Cátedra de Roma y á la Iglesia Galicana. El Cardenal aspiraba al patriarcado; con todo modificáronse sus ambiciosos proyectos á vista del cisma

(1) *Historia de la Decadencia*, tomo VIII, cap. XXXIII.

cuya extension y progresos habia conocido. Despues de su muerte, que precedió algunos meses á la de Luis XIII, la bula *In eminenti* fué presentaba al Consejo de negocios eclesiásticos, compuesto del Cardenal Mazarini, el Canciller Seguier, Vicente de Paul y algunos doctores. El Consejo, fiel á las tradiciones de Richelieu, aceptó la bula que condenaba al Jansenismo; y el Héroe de la caridad cristiana manifiesta en que motivos Mazarini, Seguier y él fundaron su opinion. « En una carta al abate Origny, refiere Collet » historiador de su *Vida* (tom. II, lib. V. pág. 582). Vicen» te de Paul declaró que la doctrina de Bayus, condenada » ya por varios papas, se veia renovada por el Obispo de » Ipres; que los designios de Jansenio y de San-Cyran de» bian naturalmente hacer sospechosa su doctrina; que el » último habia confesado al señor de Chavigny, secretario » de Estado, que se habian propuesto desacreditar á los » Jesuitas sobre el dogma y sobre la administracian de los » sacramentos, y que en el negocio presente no se trataba » ya de Molina, ni de la ciencia media. »

San-Cyran, á quien la Reina regenta habia sacado de la torre de Vincennes, y los solidarios de Port-Royal, que celebraban su libertad como la aurora de un dia mas bello, no se asustaron por semejante demostracion. Contra ellos se pronunciaron el Papa y los hombres mas sensatos de Francia, juzgando que las turbulencias inseparables de una minoridad serian una arma de partido para sus opiniones, y persistieron en su dictámen. La doctrina de Jansenio era condenada; pero San-Cyran le suscitó un vengador, y Antonio Arnauld lanzóse en la arena. Atleta armado completamente, violento en el ataque, impetuoso en la defensa, el jóven doctor que habia logrado su licencia de la Sorbona *ad stuporem* de los examinadores, poseia todos los secretos de la polémica, sin faltarle ni su vigor, ni los coloridos de la elocuencia. Irascible en la lucha, lanzaba rayos contra sus adversarios, y sin piedad, no los dejaba hasta haber apurado los recursos de su lógica mordaz y de su implacable hipérbole. Y sin embargo, el Judas Macabeo del Jansenismo, tenia, como el padre Garasse y como casi todos los hombres habituados al pugilato del espíritu, grandes cali-

dades de corazon. Su vida privada no fué mas que un acto continuo de bondad, la cual estaba en tan poca armonía con sus escritos, que du Fossé, uno de sus admiradores, probó resolver aquel problema, y para darle á conocer, se expresa en estos términos en sus *Memorias,* lib. IV. cap. II. « El ejemplo de Moisés, á quien llamó Dios el mas » manso de los hombres, aunque hubiese muerto á un » egipcio para defender uno de sus hermanos, roto en un » rapto de justa indignacion las tablas de Ley, y hecho » pasar á cuchillo veinte y tres mil hombres para castigar » la idolatría de su pueblo, hace ver muy claro que se pue- » de conciliar la dulzura de una sincera caridad hácia el » prójimo con un celo ardiente é impetuoso para los inte- » reses de Dios. »

Arnauld, designado por San-Cyran, se disponia para entrar en la palestra, cuando una carta de Pedro de Sesmaisons de la Compañía de Jesus le subministró el texto para su primera obra. Sesmaisons escribia á Ana de Rohan, princesa de Guemené, y la disuadia de que confiase á los Jansenistas la direccion de su alma ; pero la princesa, bella todavía, y siempre ávida de placeres, tenia mas que esperar de la austeridad de San-Cyran, que de los acomodamientos de conciencia de los Padres del Instituto. Habitaba en Port-Royal de los Campos, y era la amante de Pablo de Gondi, coadjutor del arzobispado, poniendo sus amoríos de coqueta bajo la salvaguardia del viejo Arnauld d'Andilly. « D'Andilly (dice en sus *Memorias* el Cardenal de Retz, » tom. I) estaba aun mas enamorado de ella que yo, pero » en Dios, pura y espiritualmente. » La carta del padre de Sesmaisons inspiró á los Jansenistas la idea de iniciar en la nueva doctrina á toda clase de lectores. Y dice el protestante Schœll en su *Curso de historia de los Estados europeos* (tom. XXVIII pág. 72). Antonio Arnauld á la edad de treinta » y un años publicó en 1743 un libro que forma época en la » historia eclesiástica de Francia, dirigido contra los Jesuitas, » y con el título : *De* (esto es contra) *la frecuente Comunion.* »

Aunque el substituir esta proposicion sea en el Analista prusiano mas bien un rasgo de agudeza que un juicio profundo de la obra, el nervioso estilo de Antonio, su frase

cortadora como el filo de una espada, revelaba á los Franceses un nuevo lenguaje. Fué leido con avidez, porque el autor, para deslumbrar á la masas, supo presentar en hábil amalgama la verdad y el error; y así como los Jansenistas pusieron sobre las nubes al doctor Arnauld, los Jesuitas rebajaron demasiado su mérito. Pero tal es la condicion de cuantos se precipitan ciegamente en los partidos. El padre Petau, uno de aquellos hombres en quienes la erudicion no embaraza la elocuencia, se interesó por su Instituto, demostrando con valor el peligro á que exponia Arnauld las almas cristianas. Controvertíase la cuestion; pero Arnauld tuvo el arte de presentarla bajo formas tan capciosas, que á unos los seducia, y conducia á otros á unas distinciones tan sutiles, que en aquellos debates que resonaban tanto en el púlpito como en la prensa, logró provocar una confusion científica. Quince prelados de la Iglesia galicana aprobaron la obra del doctor de la Sorbona, popularizada ya por las refutaciones del padre Petau y por los interesados encomios del Jansenismo. Las gentes se apasionaban en pro ó en contra de *la frecuente Comunion*, con aquella vivacidad que solo deja á la reflexion el derecho de deplorar el mal sucedido. Procurábase ardientemente penetrar el verdadero sentido del autor, se le comentaba, ya aprobándole, ya censurándole. En esta contienda de palabras, de que la Francia será siempre teatro, cada cual se apasionaba con calor. El padre Nouet no se contentó con atacar á Arnauld : en el púlpito de la Iglesia de san Luís de los Jesuitas, acriminó con mas celo que discrecion á los quince arzobispos ú obispos que habian adherido á las doctrinas profesadas por el Jansenista. Luís XIII acababa de morir; la Reina regenta y Mazarini veian no bien cimentada su autoridad; y como el Clero estaba reunido en asamblea general, no se atrevieron á disgustar á una oposicion, que si bien en evidente minoría, no dejaba de causar alguna inquietud al poder. Estos prelados exigian satisfaccion, y los Jesuitas no se la negaron, segun refieren las actas de la asamblea. El padre Nouet en presencia y con beneplácito de sus superiores, la dió por escrito en los siguientes términos : « El suscrito Jaime Nouet, sacer-

» dote de la Compañía de Jesus, habiendo llegado á su
» noticia que los señores prelados se creian ofendidos por
» la relacion que se les ha hecho de algunos sermones por
» mí predicados en la iglesia de san Luís en los meses de
» agosto, setiembre y octubre, en los cuales se me acu-
» saba de haber sostenido que la doctrina contenida en el
» libro *De la frecuente Comunion* compuesto por el señor
» Arnauld, Dr de la Sorbona, y aprobado por muchos de
» dichos señores era peor que la de Lutero y de Calvino,
» y que la mas sana parte de los referidos señores prelados
» condenaba dicha doctrina, y que debia huirse de sus
» aprobadores, como de unos leprosos:

» Declaro no haber dicho en mis mencionados sermo-
» nes nada de lo sobre referido; protestando además que si
» en el calor del discurso se me hubiesen escapado algu-
» nas de dichas expresiones, estaria pronto á subir al púl-
» pito para retractarme de ellas, y para pedir perdon á los
» indicados señores. París 29 noviembre de 1643. »

Esta retractacion negativa fué celebrada en los escritos de los Jansenistas como un triunfo para ellos, y una pérdida para la Orden de Jesus. Como el pueblo no podia comprender todas sus consecuencias, se la presentaron como un hecho mas palpable para él, diciendo que Nouet se habia visto obligado á pedir perdon de rodillas en medio de la asamblea del Clero. Los sectarios no formaban mayoría; la mayor parte de los obispos y de los doctores de la Sorbona censuraban sus principios; pero á pesar de tantas oposiciones dirigidas por manos tan diestras, sabian ellos que para conmover las masas debia presentárseles siempre lo imposible como una realidad, y abultar los sucesos á fin de corroborar la fé, ó mejor dirémos credulidad de sus adeptos. El padre Nouet se retiró del combate, dejó el púlpito, y esperaron los Jansenistas que con la misma facilidad vencerian á todos sos detractores. Entonces se les vió abusar de su triunfo, para consagrar la opinion emitida por Arnauld.

El mal era inveterado. Creyó Ana de Austria que no habia otro remedio posible sino someter el negocio á la decision de la santa Sede. En el Consejo de ministros juzgó

el Canciller Seguier, dice Omer Talon (1) que esta cuestion no podia ser discutida ni juzgada en Francia, á motivo de las aprobaciones que muchos obispos habian dado á esta obra, los cuales por este medio quedaron comprometidos.

No fueron solamente los Jesuitas los que criticaron el libro *De la frecuente Comunion*. A pesar de la aprobacion de algunos obispos, el Clero de Francia, y Vicente de Paul á su frente no faltaron á su deber. Arnaldo y sus adeptos no cesaban de vanagloriarse del asentimiento de aquellos prelados, y le llevaban hasta el pie del trono como un pararayo. Mas Vicente de Paul no les permitió este último subterfugio. En una carta de 29 de mayo de 1653 dirigida al Vicario General de Chartres, decia: « He respondido á » la Reina que realmente Monseñor de N.... habia suscrito » á los libros de Jansenio y al *De la frecuente Comunion;* » pero sin leerlos por falta de tiempo, mas que se hallaba » poseido de los mejores sentimientos. A esto ha replicado » su Majestad preguntando si se podia poner la firma en » los libros sin verlos, y le he dicho, que Monseñor de N... » me habia asegurado haber suscrito el libro *De la frecuente* » *Comunion* sin haberle leido. »

La declaracion de un hombre tan respetable como Vicente de Paul ofrecia á la polémica de los Jesuitas una autoridad que á los ojos de los Católicos debia justificarlos por el grado de vehemencia con que habian obrado. La obra de Arnauld, tan vivamente vituperada en París, fué al fin diferida al exámen de la Corte Apostólica, y por decreto de 26 de enero de 1647 condenó Roma su prefacio. Pero la muerte no dejó á Duvergier de Hauranne saborear la ventaja que habia obtenido. En 11 de octubre de 1643 fué atacado de una apoplegía. Su vida habia estado llena de trabajo, de intriga, de movimiento y de austeridades; los Solitarios de Port-Royal hicieron de él un mártir. Sucedióle Antonio Arnauld en los honores de la persecucion, y Singlin en la direccion del partido.

(1) *Memorias de Omer Talon* (coleccion Petitot) tomo LX, pág. 280.

No siendo los Jansenistas los mas numerosos, doblaron sus fuerzas exagerando sus victorias. Tenian necesidad de protectores y de entusiastas para diseminar en el mundo los principios que fomentaban. Aprovecháronse de las virtudes vacilantes que les cubrian con el prestigio deslumbrador de un grande nombre, y de aquellos prelados cuyas costumbres eran un solemne mentís á los votos del sacerdocio. Confundiendo en un espíritu á la voluptuosa María de Gonzaga y la rigidez de la madre Angélica, la adustez piadosa del médico Hamon y la licenciosidad del Cardenal de Retz, llegaron en poco tiempo á formarse una posicion inexpugnable. Gloriábanse de su humildad, admirábanse en su abnegacion, invocaban á la Europa entera á que saludase su genio; y todo esto lo hacian con tal candidez, y hablaban y procuraban que se hablase de ellos con tal conviccion de superioridad, que la Francia se dejó seducir por aquel orgullo colectivamente insinuado. Creyóse en su conciencia, porque ellos poseian facundia y talento: persuadíase el pueblo que el error no podia nunca contaminar los labios de unos hombres que se creian irreprehensibles. Y una vez llegaron á sentar esta su reputacion, pudieron vivir por mucho tiempo descansados en ella, porque se la amoldaban con sus propias manos.

En la Corte iban engrandeciendo su influjo y su dominio en las escuelas. Por una parte el duque de Luines y Bernardo de Sevigné, los Liancourt y Claudio de Santa María, la duquesa de Longueville y Cambout de Pont-Chateau, sobrino del cardenal de Richelieu y el marqués de Coislin; de otro Pedro Nicole y Blas Pascal, el duque de Roannez y Domat, nada descuidaron para secundar las miras de los primeros solitarios. Adquirian la popularidad junto con el poder, y á fin de conservar el uno enternizando el otro, se pusieron á componer obras elementales cuya necesidad conocian vivamente por su ilustrado amor á las letras. Lancelot, Arnauld y Nicole preparaban los métodos de enseñanza de las lenguas muertas y vivas, los principios de la gramàtica general, de la lógica y de la geometría. Sacy se encargó de resucitar las raíces de la lengua griega. Lemaitre concluyó su tratado sobre las reglas de la traduccion fran-

cesa. Al mismo tiempo otros solitarios, aplicando este nuevo curso formaban á Racine y á Pompone, Boileau y el duque de Chevreuse, los dos Bignon y de Harlay, du Fossé y Tillemont, analista laborioso, de quien pudo decir Gibbon: « Es el mulo de los Alpes que pone seguro el pie sin » tropezar. » Colocados en un terreno resbaladizo, en lucha perénne contra los Jesuitas y los Universitarios, siempre fulminados de censuras pontificales, tomaron por sistema la tolerancia con los indiferentes. Lo mismo que recomendaba Sacy con tanta penetracion para conciliarse la benevolencia de los escritores, los hombres políticos de Port-Royal lo ponian en práctica en todas ocasiones, aun las mas sencillas. Cuando Sacy enseñaba los estudios mayores ó los sistemas religiosos, decia á sus discípulos (1): « Siem» pre he procurado hablar favorablemente, en cuanto he » podido, de las obras de todo el mundo, ya santas, ya » profanas, ya en verso ya en prosa. A todo he dado » siempre algun valor, hasta al poema de *La Pucelle*, pues » parece que, teniendo alguna reputacion de elocuencia, » se despreciaria á los autores, haciéndolo de otro modo. »

Esta táctica que podia ser inspirada tanto por la superioridad del talento como por el afan de proselitismo y los cálculos de secta, dió los resultados que se esperaban, pues, « desgraciadamente, dice Voltaire (2), los solitarios de » Port-Royal fueron mas solícitos en propagar sus opinio» nes que el buen gusto y la elocuencia. » No eran implacables sino para sus decididos enemigos, cuya primera fila ocupaba la Compañía de Jesus. Entre estas familias ilustradas por la magistratura ó por servicios prestados al Estado ó á las letras, y el Orden de san Ignacio de Loyola, habia una lucha por decirlo así, tradicional. Eran los Guelfos y Gibelinos de la polémica, batiéndose con todo género de armas. Los Padres del Instituto tenian en su favor la santa Sede, el gobierno y las personas sensatas que miraban con horror toda innovacion en materias religiosas. Los Jansenistas con su ambiciosa divisa : *Ardet amans spe nixa*

(1) *Memorias de Fontaine,* tomo IV.
(2) *Siglo de Luís XIV,* tomo III, cap. XXXVII.

fides, reunian en torno de sí algunos obispos seducidos por el brillo del talento, los hombres para quienes la prosperidad de los Jesuitas era un tormento, y esta masa flotante que forma lo que se llama la opinion pública, y que se inclina tan pronto á un lado cómo á otro, segun las impresiones ó los caprichos del momento. Vicente de Paul y Olier estaban con la Compañía contra los nuevos teólogos, y la madre Angélica no titubeaba en describir la posicion del Padre de los huérfanos, con estas palabras : « El Señor Vi-
» cente, decia en una carta de 12 de marzo de 1655, declama
» contra Port-Royal con mas blandura en verdad que los
» Jesuitas, mas por un celo sin ciencia desea su ruina tan-
» to como los otros, aunque su malicia es tan franca como
» su carácter. »

El rigorismo de los unos se ponia frente por frente de la relajacion de los otros. Los discípulos de San-Cyran acusaban al Instituto de Loyola de portarse demasiado indulgente con los grandes y con los pequeños. Oponíanse á un exceso imaginario por medio de un exceso real, que en teoría presentaba el cielo inaccesible á las fragilidades del hombre, y d'Alembert, con su escepticismo filosófico caracterizó de un modo mas ingenioso que verdadero en su conjunto esta doble posicion.

« El Jansenista, dice en la *Destruccion de los Jesuitas en*
» *Francia* (pág. 64), implacable por su naturaleza, lo es
» tanto en el dogma como en la moral que enseña : poco se
» le da que la una esté en contradiccion con la otra, la na-
» turaleza del Dios que nos predica (y que felízmente para
» nosotros no es mas que el suyo) es la de ser duro como
» él, así en lo que quiere que se haga como en lo que quiere
» que se crea. ¿Qué pensarian de un monarca que dijese
» á uno de sus vasallos : tienes los pies encadenados y no
» está en tu mano el quitar los hierros; no obstante, te digo
» que si no caminas al instante, y por mucho tiempo y muy
» derecho sobre el borde del precipicio en que te hallas,
» serás condenado á eternos suplicios? Tal es el Dios de los
» Jansenistas ; tal es su teología en su primitiva y original
» pureza. Pelagio no era tan insensato en su error, pues
» decia al hombre : — Tú lo puedes todo, pero mucho

» tienes que hacer. — Esta doctrina era menos repugnante, » bien que no obstante incómoda y penosa. Los Jesuitas » han sido, si podemos hablar así, un precio rebajado de » Pelagio, y han dicho á los Cristianos : — Todo lo podeis, » y Dios exige de vosotros poco. — Así debe hablarse á los » hombres carnales, y sobre todo á los grandes del siglo, » si se quiere que escuchen.

» Ni son estas las únicas precauciones que han tomado, » pues han atinado en todo. Han tenido (á la verdad en » corto número) casuistas y directores severos, para el re» ducido número de los que por carácter ó por escrúpulo » querian llevar en todo su rigor el yugo del Evangelio. » Por este medio, haciéndose, por decirlo así, todo pa» ra todos segun una expresion de la Escritura (cuyo sen» tido en verdad torcian algun poco), por un lado se » grangeaban amigos de toda especie, y por otro refutaban » ó creian refutar de antemano la objecion que podia ha» cérseles de enseñar generalmente la moral relajada, y » de haberla tomado por doctrina uniforme en toda la » Compañía. »

Hasta entonces esta guerra no habia producido resultado alguno, pero en 1648 los Solitarios comenzaron á esperar que no seria así en lo sucesivo. Pablo de Gondi gobernaba la diócesis de París con el título de Coadjutor del Arzobispo su tio. Era el amigo de infancia de Antonio Arnauld, y buscaba en los recursos de su genio inquieto, mas bien que en una vida regulada, el poder de que tan ávido se mostraba. Muchos proyectos alimentaba su vanidad, y á fin de realizarlos tenia que apoyarse sobre una corporacion. Los Jesuitas ni poseian ni buscaban su confianza; y así para que le sostuvieran en las sediciones é intrigas que meditaba, hizo alianza con los discípulos de San-Cyran. Perdonósele la depravacion de sus costumbres, « en considera» cion, dice el Jansenista Fontaine, en sus *Memorias*, t. II, » de sus eminentes cualidades y por su grandísimo deseo » de tener por amigos á los hombres de mérito. » Concluido este pacto entre el vicio ambicioso y la virtud turbulenta, se arrancaron la máscara. Resonó la Universidad en apasionadas discusiones, y se convirtió en un palenque, en

donde los jóvenes candidatos, seguros de la proteccion de Coadjutor, pudieron á todas sus anchuras desenvolver las doctrinas del obispo de Ipres. El mal era contagioso: Nicolás Cornet, el maestro de Bossuet, ejercia entonces las funciones de síndico de la Sorbona. Con aquella elevada inteligencia, cuya moderacion ha celebrado el inmortal obispo de Meaux, Cornet estudió, profundizó la doctrina de Jansenio; y despues resumió en siete proposiciones los errores acumulados en el *Augustinus*. En 1649 las denunció á la Sorbona, la cual las redujo á cinco, y « de la experien-
» cia, del exquisito conocimiento y del acuerdo de los me-
» jores talentos de la Sorbona, dice Bossuet (1), nos vino
» este estracto de las cinco proposiciones, que son como
» los justos límites que separan la verdad del error, y que
» siendo, por decirlo así, el carácter propio y singular de
» las nuevas opiniones, han facilitado á todas las demás
» el medio para concurrir unánimemente contra sus inau-
» ditas innovaciones. »

Los Jesuitas, por la fuerza de los acontecimientos, se hallaban los aliados de la Universidad de París, cuyo estandarte habian levantado Cornet y la Sorbona. Acusóse á los Padres el ser los fautores de las medidas que se habian tomado. Un año despues abrióse en París la asamblea general del Clero, y ochenta y ocho obispos transmiten al Papa Inocencio X las cinco proposiciones, y las someten á su soberana resolucion. No fueron los Jesuitas los únicos á quienes se acriminó el haber dirigido el golpe que daban los prelados de Francia al libro de *Augustinus*; pues si bien habian tenido gran parte en ello, otros vindicaron con ellos la porcion de gloria que en este hecho les cabia, y dice Faillon, el biógrafo del Fundador de San Sulpicio (2): « El
» señor Olier manifestó tambien en esta ocasion el celo
» que le animaba. Los Jansenistas le han igualmente acu-
» sado de haber sido otro de los solicitantes que se valie-
» ron hasta de amenazas para obtener la firma de ochenta
» ú ochenta y cinco obispos. Inútil es justificarle en este

(1) *Oracion fúnebre del doctor Nicolás Cornet*, por Bosuet.
(2) *Vida del Sr Olier*, tomo II, pág. 162.

» punto : semejantes inculpaciones deben considerarse co-
» mo elogios, cuando vemos el historiador del Jansenismo
» llamar á san Vicente de Paul un devoto ignorante, semi-
» pelagiano y molinista, á cuyos ruegos cedieron por fin
» los obispos para librarse de sus importunidades. »

El ofendido orgullo de los solitarios les impulsó á unas injusticias que deplora la posteridad; al momento mismo los Jesuitas, dejándose llevar de una cólera que el buen derecho no puede legitimar, respondieron á calumnias con otras calumnias. Pareció el *Jansenismo confundido* obra que el padre Brisacier dirigia contra Arnauld, y fué acogida en Port-Royal como una buena fortuna. Los Jesuitas tenian la verdad de su parte; pero olvidaron aquella vez, que los que sostienen la verdad no deben presentarla bajo la forma de un folleto. Llegados á aquel punto culminante, sentíanse apoyados ; pero á vista de las controversias que contra ellos se habian suscitado, prefirieron valerse del sarcasmo que de la razon para vengar á la Iglesia y á su Instituto. El sarcasmo, empero, traspasó todos los límites, y el *Jansenismo confundido* fué mas bien un triunfo para la causa de estos, que una victoria para los Jesuitas. Apenas publicado este libro, lamentáronse amargamente los Solitarios de los ataques dirigidos contra los religiosos de Port-Royal, y el Coadjutor se vió obligado á decidirse. En la misma época aspiraba al capelo de cardenal, y creyóse obligado á guardar ciertas consideraciones con la verdad. No ignoraba que las cinco proposiciones serian condenadas en Roma, y guardóse bien de aprobarlas; pero Brisacier en el transporte de su celo habia dejado una senda abierta á las censuras. Pablo de Gondi se aprovechó de esta oportunidad, y en 29 diciembre de 1651, concedió á los Jansenistas la siguiente satisfaccion : « No ha mucho tiempo, dice
» el Prelado con una reserva que debia ser tan repugnante
» á su espíritu belicoso como á la venganza no saciada de
» Port-Royal, no ha mucho tiempo que se publicó un libro
» titulado *El Jansenismo confundido*, en el cual el autor, só
» pretexto de defender la santa doctrina del Evangelio, ha
» desahogado su pasion en términos, que no contento con
» usar de un estilo picante y sarcástico en sumo grado

» contra los que él tiene por adversarios, se ha dejado ar-
» rebatar hasta el punto de cargar de infinitas calumnias y
» oprobios una comunidad de religiosas, hasta acusarla
» de herejía en cuanto á la doctrina, y en cuanto á las cos-
» tumbres de impureza. Habiendo pues considerado dicho
» libelo, y héchole ver y examinar por doctas y piadosas
» personas, nos le hemos condenado y le condenamos por
» las presentes como injurioso, calumniador, y que con-
» tiene muchas mentiras é imposturas. »

No quedaba satisfecha con esto la venganza ofrecida á los Jansenistas por su cómplice político: este fallo pastoral debia leerse en todas las iglesias de París. Los curas de mayor reputacion por su ciencia y piedad rehusaron publicarle en el púlpito: « De este número eran señores Chapelas, Olier
» y Abelly, segun refiere Faillon en la *Vida del Cura de San*
» *Sulpicio* (1); acusóseles despues, y es muy verosímil
» la conjetura, de haber querido de concierto con el doctor
» Hallier y los Jesuitas, impedir al Arzobispo que diese
» aquella censura, ó conseguir á lo menos que no se pu-
» blicase. Estrechados empero por las órdenes superiores
» del Prelado, la publicaron, añadiendo que el Arzobispo
» no habia condenado con ella los principios contenidos
» en el *Jansenismo confundido*, sino simplemente tomado
» la defensa de las religiosas de Port-Royal, de las cuales
» se hablaba en aquel escrito. »

Con adversarios tales como los primeros sectarios de Jansenio, dispuestos siempre al combate, y viendo en las incesantes luchas el triunfo de sus ideas, un acto semejante ofrecia bastante materia, aun á pesar de sus reticencias, para hacer la guerra á los Jesuitas. En este caso, como en todos los otros, las formas podian mas que el fondo de la cuestion. Creyéronse dispensados los contrarios de responder á las demostraciones del padre Brisacier, y no quisieron ver en su libro sino aquellos pasajes en que la vehemencia teológica se envolvia desgraciadamente en la hiel de la sátira. La verdad tomaba el tono de la cólera. Los Jansenistas, á pesar de no ser mas templados que Brisacier,

(1) *Vida del Sr Olier*, tomo II, pág. 185. (Nota 7ª del libro 9º.)

se indignaron y continuaron sus ataques. Triunfaron en París, probaron el prepararse en Roma á una victoria mas difícil, pero mas decisiva. La asamblea general del Clero habia deferido á la santa Sede las cinco proposiciones: once obispos solamente rehusaron asociarse á la preventiva censura que pronunciaba la Iglesia Galicana, y en nombre de estos obispos, diputaron á Roma los Jansenistas Luís de Santo-Amor, Navidad de la Lane y Desmares. No quedaron atrás Vicente de Paul, el padre Dinet, confesor del jóven rey y Olier. Los doctores Loisel, Hallier y Lagault tuvieron el encargo de representar el Clero de Francia en las discusiones que iban á ventilarse acerca de la santa Sede, y el padre Brisacier los acompañaba como representante de los Jesuitas de París.

Conocian los sectarios que siempre seria para ellos una ventaja el eternizar las discusiones y cambiar cada dia de terreno en la polémica. Tenian que luchar contra Roma y contra la Iglesia de Francia. La Compañía de Jesus y la Sorbona, la casi unanimidad del Episcopado, y los doctores de las sociedades religiosas, eran abiertamente hostiles á las innovaciones que aquellos predicaban; mas la auréola literaria que rodeaba su nombre, y aquella tenacidad que un orgullo de secta comunica á hombres aislados, menos grandes aun por el talento que por una obstinada resistencia al poder establecido, todo debia inspirar á los Jansenistas una idea elevada de su posicion. Las medidas suaves empleadas por la santa Sede y la vivacidad con que se desplegaba la teología de los Jesuitas, persuadieron á los novadores que su prestigio se iria engrandeciendo, y que aquellas solemnes reuniones á que eran llamados para discutir sus principios, llegarian á tener un eco y una celebridad muy en provecho de su causa, pues el ruido y el boato eran para ellos una necesidad. Luís de Santo-Amor aprovechábase en Roma con pérfida astucia de las armas que la indulgencia de la Iglesia ponia á su disposicion. En su diario explicó á su antojo todas las circunstancias, desfiguró los caracteres, calumnió las personas, dejando aparte la intervencion de Vicente de Paul, de Olier y de la casi unanimidad del Clero francés. No atacó sino á los Jesuitas; los Jesuitas fueron

para él, así como para todo discípulo de Jansenio, el muro que se debia destruir, á fin de penetrar hasta el corazon de la Sede Apostólica, usando de todos los artificios imaginables; pero la Iglesia vió el lazo que se les habia tendido. Las conferencias habian comenzado el 12 de abril de 1651, y en 31 de mayo de 1653 Inocencio X, despues de haber mandado que se le informase y haber por sí propio examinado las cinco proposiciones, declaró por una bula que realmente estaban contenidas en el *Augustinus*, y que la santa Sede las tenia por heréticas.

De este dia en adelante el Jansenismo, que en aquellos espíritus de fiero temple y en aquellos genios que rebosaban en audacia literaria no podia ser sino un error, se convirtió en un cisma. Tenian demasiado candor y fé para doblar su cervíz á la decision de la autoridad pontificia; pero su encono era mucho mayor contra la Compañía de Jesus, que contra la Iglesia universal. Condenabales la Iglesia, y su orgullo desairado les persuadió que los Jesuitas iban á gloriarse de semejante triunfo. Para no quedar aplastados bajo el peso de aquella ovacion hipotética, que humillaba los sueños de vanidad, y que por tanto tiempo habia sido su ídolo, hicieron servir su turbulenta inteligencia para mantener una invidia de momento.

Los Padres de la Compañía de Jesus no tomaron parte alguna en las turbulencias que desde la Fronde se esparcian por todo el reino. Adoptados, aplaudidos, estimados por la Francia entera, quedábanles empresas muy útiles que emprender, y felices inventos que llevar á cabo provechosamente. La Fronde no era mas que una reunion sediciosa de mugeres entre coquetas y políticas, y de príncipes que aspiraban en un mismo tiempo á los honores de la popularidad y al beneficio mas real todavía del poder. En tan extraños conflictos, los Jesuitas se mantuvieron á cierta distancia: ni eran por Mazarini, ni por el Coadjutor; ni comprometieron la gravedad de su ministerio en pro de la veleidad de la bella duquesa de Longueville, ni en pro de las belicosas pasiones de la gran Mademoiselle.

Los Jansenistas empero no pudieron tolerar semejante discrecion: habian ya entrado en campaña con el cardenal

de Retz, y continuaron la guerra por su cuenta, aun despues del arresto y del destierro voluntario del Coadjutor, el cual llevó al extranjero su cínica conducta, su exorbitante lujo y sus bulliciosos placeres. En París, en los púlpitos y al pie de los altares; los Jansenistas, á quienes habia él colocado al frente de la administracion diocesana, presentaron á Pablo de Gondi como el mártir de la autoridad episcopal. Ordenaban rogativas públicas mas bien para su regreso que para su conversion: derramaban lágrimas de hipocresía por los infortunios de un Prelado, cuyos intereses habian ellos, por cálculo, tomado como suyos, y cuya depravada conducta tomaba alas con su austeridad por una miserable condescendencia. En los dias de su pujanza el Coadjutor se habia apoyado en los Solitarios de Port-Royal; y cuando, errante por Europa, no tenia que luchar ya con adversarios, cuyo número aumentaban los excesos de su disolucion, vióse la pureza de la Madre Angélica salir garante de los escándalos del cardenal de Retz. Prodigaba este sus fáciles caricias como su fortuna. Corrieron á su ayuda las religiosas de Port-Royal (1), y por espíritu de partido auxiliaron unas torpezas, cuyo relato, por mas que fuese atenuado con castas palabras, las hubiera ruborizado. El pudor de aquellas mugeres se habia alarmado con la sola idea del vicio, y no obstante, á fin de representar completamente el papel que les habian destinado las exigencias de la oposicion jansenista, les fué preciso cerrar los ojos á unos escándalos que tenian eco hasta en los últimos rincones de París.

La intriga política secundaba la intriga religiosa. Dueños de la diócesis de París, de la cual habian ellos, á pesar del gobierno, proclamado arzobispo al Coadjutor, despues de la muerte de su tio, procuraban los Jansenistas echar á tierra la Compañía de Jesus. Merced á las divisiones que dominaban en el reino, se habian adjudicado un poder sin límites, que parecia en cierto modo sancionado por la celebridad de sus talentos. Habia condenado el Papa las cinco

(1) *Historia eclesiástica* del abate Racine, tomo X. — *Historia de Port-Royal*, 1a parte.

proposiciones sacadas del *Augustinus*, y no tenian mas medio que obedecer, ó precipitarse en la herejía, y ni fueron bastante humildes para someterse, ni bastante audaces para romper con la Iglesia. Condenaron á su vez las cinco proposiciones; pero mientras declaraban que estas proposiciones no se contenian en el libro del Obispo de Ipres, sostuvieron con mas obstinacion científica que nunca la inocencia de sus doctrinas y la ortodoxia de sus partidarios. A fin de combatir á la Compañía de Jesus, se colocaron en su propio terreno, y hasta la misma autoridad pontificia era impotente para arrojarlos de su posicion.

Singlin, Arnauld, Le Maitre, Nicole, Lancelot, Sacy, Domat, y los demás jefes del Jansenismo se unieron en el ataque, persiguiendo á los Jesuitas sin descanso y con toda suerte de armas. La causa de las cinco proposiciones iba tomando interés á medida que se forjaban los folletos teológicos, pasaba ya á ser un negocio de Estado; y los duques de Luines y de Liancourt secundaban el movimiento y la agitacion general. Arnauld, empero, quiso desarrollarle mas rápidamente, y en una carta dirigida á un duque y par de Francia arroja el guante á sus antagonistas. Esto era reclamar la persecucion, que para los Jansenistas era una necesidad: la carta de Arnauld fué delatada á la Sorbona. Ocultóse el escritor, y Le Maitre, Nicole y Fontaine le siguieron en su misterioso asilo. La Sorbona, que obraba por la inspiracion del canciller Seguier, declaró en 29 enero de 1656 impíos, escandalosos y heréticos los principios sentados por Arnauld.

Este hombre tan amante de la controversia, se habia separado del proceso, y no pretendia llevar sus quejas al pie de un tribunal, aunque fuese el mas ilustrado del mundo, sino ante la opinion pública, que se deja tan fácilmente fascinar por paradojas, ó arrastrar por mentiras sagazmente trazadas. Los Jesuitas eran del todo extraños á la Sorbona; la Universidad solo les profesaba un sentimiento de rivalidad; sin embargo, por un edicto, se asociaba esta á sus principios. Desde el fondo de su retiro Arnauld, habia compuesto una apología. No obstante, como suele suceder á los mas terribles polemistas, aquel escritor, siempre tan fecun-

do y abundante en el ataque, quedóse en la defensa muy inferior á su talento, y hasta á su valor. Sus amigos al leerle, quedaron atónitos de semejante transformacion. Observa Arnauld aquella fria acogida, y meneando como afligido su cabeza bajo cuya anchura extraordinaria casi desaparecia su pequeño cuerpo, exclama: « No aprobais mi obra; con- » fieso que no vale nada. » Al decir estas palabras se vuelve hácia un solitario cuyo aspecto demacrado, ojos brillantes de febríl energía, y ancha frente coronada de bellos y flotantes cabellos, habian mas de una vez revelado la inspiracion del talento. Fija en él Arnauld su penetrante mirada, y modesto en pro de la causa que defendia, le hace esta súbita interpelacion : « Pero vos, que sois mas jóven, debe- » riais hacer algo. »

La invitacion no podia ser mas directa, y Blas Pascal respondió á ella por la primera de las *Provinciales*.

Voltaire, que en materias de calumnia era buen conocedor, escribió estas palabras (1) : « Hablando de buena fé, » ¿deberemos juzgar de la moral de los Jesuitas por la sá- » tira de las *Cartas Provinciales?* »

El conde de Maistre las llama por sobrenombre las mentirosas, y en sus *Veladas de San Petersburgo*, dice (2) : Pas- » cal, polémico sobresaliente, hasta el punto de tomar la » calumnia por diversion. »

El vizconde de Chateaubriand, en sus *Estudios históricos* (3) hace de él el propio juicio. « Y por lo tanto, excla- » ma, Pascal es un genio calumniador, y nos ha dejado en » sus escritos una impostura que no perecerá. »

El genio, puede, hablando de otro genio, servirse de estas expresiones que quedan despues como juicios; pero la historia que ha de prescindir tanto de la cólera como del entusiasmo, no se satisface con una palabra poética arrancada á un sentimiento de justicia ó de rivalidad. Solo á talentos distinguidos es lícito mostrarse crueles con la memoria de Pascal, así como solo es propio de los adversarios

(1) *Cartas al padre de Latour*, año 1746.
(2) *Veladas de San Petersburgo*, tomo I, 6a conferencia.
(3) *Estudios históricos. Historia de Francia.*

de la Compañía de Jesus el admitir sin otra garantía las aserciones de que se hizo órgano el autor de las *Provinciales*. Importa pues preservarse de la admiracion de los unos, y de la acerba censura de los otros, y es menester proceder con calma al hablar de un libro que despues de casi doscientos años, ha tenido siempre la fuerza secreta de exaltar las pasiones.

Pascal, hombre de robusta imaginacion y de ciencia profunda, reunia en el mas alto grado la inteligencia que concibe, y la facultad que perfecciona; escritor, cuyo sublimidad de conceptos inspiraba la Fé, habia derramado torrentes de viva luz sobre el mundo científico. Geómetra y filósofo, erudito y prosista célebre, habia consagrado á la defensa del Cristianismo su maravillosa facilidad en comprenderlo todo y en explicarlo todo. Hallaba su embeleso en la soledad, y en aquellas doctrinas severas con tanta elocuencia pregonadas por hombres de talento. Su espíritu enfermizo no desplegaba fuerza sino dando un cuerpo á la energía de sus ideas. Pascal, siempre verdadero en las ciencias exactas, siempre admirable cuando descendiendo de las alturas celestes, arrojaba al mundo su mirada, se dejó arrastrar á mezquinas antipatías, indignas de su grande genio, y á ciertas ilusiones que empañaban la brillantez de su gloria. La primera *Provincial* fué una obra acabada de aticismo mofador y de elegante naturalidad. Las otras diez y siete que le siguen en épocas intermediadas apuraron el arte de la chocarrería. Algunos han dicho que fueron la mejor y la mas excelente comedia antes de Moliere, pero esto no es verdad. « Atribuyendo á sus adversarios, dice el señor de » Villemain (1) el designio formal y premeditado de corrom- » per la moral, hace una suposicion exagerada. » ¿ Quién es pues el hombre que arrostrando á los demás una moral relajada, olvida los primeros deberes de la moral literaria para exagerar una hipótesis?

No hay una sola de las *Provinciales* que no descubra una prodigiosa malicia; no obstante esta malicia cuyo cáustico

(1) *Discursos y Miscelaneas literarias* por el Sr de Villemain, pág. 362. (Edicion de 1823.)

han celebrado los contemporáneos de Pascal, mas habituados que las generaciones siguientes á las sutilezas teológicas, ha perdido para nosotros una gran parte de su sabor primitivo. Cuando habia aun Jansenistas, algunas mugeres, de un gusto mas mundano, profesaban ya esta opinion. La señora de Grignan, á quien la marquesa de Sevigné reconocia tanto talento, decia : ¡ Siempre es la misma cosa! y en 21 de diciembre de 1689, le reñia su madre por esto mismo (1). La monotonía del plan era un defecto tan capital, que todas las necedades puestas en boca del Jesuita interlocutor no eran capaces de resarcirle.

Las *Provinciales* son en el dia como el *Tartufo* una obra que se aplaude por costumbre, y que llena de fastidio mezclado de admiracion á cuantos preocupados contra los Jesuitas creen como un deber la atenta lectura de estas dos obras. La popularidad de sus títulos sobrevivirá en mucho á la de su contenido. Pascal habia mas que colmado las esperanzas del Jansenismo. Su tono chancero, su estilo flexible á todas las exigencias, su implacable causticidad, descubrieron á los Padres de la Compañía de Jesus un antagonista cual nunca habian tenido, y á los Solitarios de Port-Royal un defensor bastante virtuoso para prestarse en sus mismas condescendencias á todas las supercherías que se le confiasen. Para defender á Arnauld á quien saludaba como su maestro, y aceptaba por amigo, habia dado Pascal un precioso folleto. Logróse hacerle adulterar y tener hasta los sentimientos de respeto y de afeccion que le animaban, y del apoyo que prestaba su genio á un hombre ya comprometido en su reputacion, se le hizo pasar al ataque contra aquellos otros, de quienes se repetia sin cesar que se habian vuelto sus enemigos mas implacables.

Pascal, como todos los escritores sepultados en las ciencias abstractas, nada entendia en las pasiones humanas, y las definia por intuicion. Hacia un escrutinio del corazon, sin haberse nunca hallado en el caso de estudiar sus propensiones. Embriagado por el humo de los elogios, se cegaba en su obra; porque á su derredor todos se apresuraban á

(1) *Cartas de la Sra de Sevigné.* (Carta DCCCIII.)

celebrar en nombre del cielo la amarga hiel de la sátira que algunos pérfidamente hacian fluir de su pluma. Aparecia como el vindicador de Port-Royal; y Port-Royal abusaba del entusiasmo que habia sabido inspirar al corazon del sublime solitario para hacer servir los inagotables recursos de su ingenio á mezquinas tramas de partido. Se le hizo entrar para perderle en el laberinto de las sutilezas acerca la Gracia, convirtiéndole en instrumento de los odios del Jansenismo, facilitando á su genio calumniador por instigacion, textos truncados, pasajes mutilados sobre los que debia derramar la sal de sus epigramas. Entonces Pascal escribió un libro que en expresion de Lemontey, « hizo mas daño » á la Religion que honor á la lengua francesa. » Schœll, protestante mas justo que muchos católicos en su *Curso de Historia de los Estados Europeos* (tom. XXVIII, pág. 79) dice, hablando de este libro de Pascal: « Es una obra de par- » tido, en la cual la mala fé atribuia á los Jesuitas opinio- » nes sospechosas, que ellos desde mucho tiempo habian » ya condenado, y que hacia responsable á toda la Sociedad » de ciertas extravagancias de algunos Padres españoles y » flamencos. »

No es nuestro intento poner á Pascal en contradiccion con los autores en quienes se apoya; pero mirando por el interés de la historia, hemos debido remontarnos á las fuentes que él mismo indica, y certificarnos por nosotros mismos de algunos textos citados por el autor de las *Provinciales*. Hemos escogido aquellos de los cuales saca las mas terribles consecuencias contra la Compañía de Jesus, y de los tres que citaremos podrá inducirse la fidelidad de casi todas las demas citas.

En la sexta de las *Provinciales* sienta Pascal, que los Jesuitas profesan máximas relajadas propias para todos los estados, y añade: « Lo que fuera simonía, segun santo » Tomás, lo han presentado como exento de simonía. » Como os lo manifestarán estas palabras del padre Valencia. Y en la conclusion de un largo discurso, en donde el Padre, entre otros de los expedientes ofrece este, el mejor en mi concepto (pág. 2039 del tom. III): *Si se da un bien temporal por otro bien espiritual, es decir dinero por un beneficio,*

ó se da dinero por el precio de un beneficio, es una simonía visible; pero si se da como motivo que inclina la voluntad del presentador á conferirle, no es simonía, aun cuando el que le confiere mire el dinero como el fin principal.

La primera edicion en 4° de las *Provinciales*, en lugar del verbo conferir emplea el de *resignar*, ó renunciar, como lo prueban estas palabras latinas : *Non tamquam pretium, sed tamquam motivum ad resignandum.* Estas palabras no se encuentran en la teología del jesuita Valencia. Suprimióselas en las siguientes ediciones, porque la impostura era demasiado palpable; con todo, el texto primitivo fué conservado. Acabamos de recorrer la obra misma del padre Valencia, pero ni en la página indicada por Pascal, ni antes, ni despues hemos podido dar con un texto que se refiera al de las *Provinciales.* Son palabras tomadas al vuelo en un prolongado capítulo y aplicadas á materias diversas de la que trata el Jesuita. Pascal no se ocupa sino en los beneficios, y Valencia habla en este tercer punto de los ministerios ó actos del ministerio eclesiástico, como decir la misa, rezar el oficio, etc. Y se pregunta desde luego si por estos actos puede admitirse dinero sin simonía, y responde que sí. — *Pues de otra manera* añade en esta famosa página 2039 del tomo III, *seria menester condenar el uso universal de la Iglesia, segun el cual los servicios espirituales que los eclesiásticos prestan á los pueblos, se prestan á condicion de ciertas retribuciones temporales que sirven á la manutencion de los ministros.* Y apoyándose despues en la doctrina del santo Tomás declara, *que la retribucion temporal que se da ó que se recibe, no debe ser el precio de lo espiritual, sino únicamente el motivo que induce á conferirlo ó á recibirlo.*

Porque dice en efecto santo Tomás (2. 2. 100. art. 2) « dar ó recibir alguna cosa por la administracion de lo espi- » ritual, como una paga, es simoníaco; pero es lícito acep- » tarlo como una retribucion para subvenir á las necesidades » del que la dispensa. »

Pascal pues es evidente que se engañó, ó que trató de engañar á costa del padre Valencia. Los textos son mas convincentes que los mas agudos y salados chistes, y estos son los textos en su literal integridad. Pasemos ahora al padre

Bauny, de cuya *Suma* ha dejado inmortal memoria el *Lutrin* de Boileau. Pascal hablando del padre Bauny, tambien en su sexta *Provincial*, exclama : « Es divertido á la verdad el » ver á este sabio casuista entrar en el pro y el contra de » una misma cuestion concerniente á los sacerdotes, y ha- » llar razones para todo, tanto es su ingenio y sutileza. » Dice en un pasaje (Tratado X, pág. 474) : « *No puede darse* » *una ley que obligue á los curas á celebrar la misa todos los dias, porque semejante ley los expondria indudablemente* HAUD DUBIE *al peligro de decirla alguna vez en pecado mortal.* » Y no obstante, continua Pascal, en el mismo tratado X pág. 441, dice que « *los sacerdotes que han recibido dinero para decir la misa todos los dias, la deben decir todos los dias, y no deben escusarse en que no se hallan siempre bastante preparados para decirla, pues que pueden siempre hacer el acto de contricion, y si á ello faltan culpa suya es, y no del que les hizo celebrar la misa.* »

Chocante es la contradiccion, sin duda alguna, pero ¿ hállase en el padre Bauny del modo que lo afirma Pascal? Abramos el tratado X de Bauny, veamos la pág. 474 y leerémos: « *Posevin y otros teólogos han dicho que no podia haber ley que obligase á celebrar todos los dias el santo sacrificio, porque esta ley expondria indudablemente en el peligro de cometer un pecado mortal á los que no se hallasen bien dispuestos.* » Y en la pág. 441 del mismo tratado, leemos tambien : « *Digo en tercer lugar que cuando un sacerdote conviene con una persona el decir por ella la misa una vez cada año ó cada dia, peca si no cumple con este deber por si ó por otro.* » Bauny es mas explícito, y declara, que si el sacerdote no dice ó no hace decir la misa, está obligado á devolver toda la cantidad integra al que se la dió. Y haciéndose por fin la objecion de que esto seria poner al tal sacerdote en una ocasion casi inevitable de pecar, responde el Jesuita dos cosas; la primera que *este sacerdote puede en todo tiempo hacer un acto de contricion, que puede á cada instante volver á Dios por la caridad, y por el odio del pecado, y que si no lo hace, culpa suya es y no del otro*; la segunda es que *no estando obligado á cumplir por sí mismo con este sagrado ministerio, y pudiendo hacerlo por medio de otro, de él depende si no se halla dis-*

puesto para el santo sacrificio, el hacer celebrar la misa por otro sacerdote, en lo cual no hay peligro ni pecado.

Olvidó Pascal en sus *Provinciales* este texto de la página 441 que explica todo el pensamiento de Bauny, y si aquel sintió « una complacencia en ver como este sabio casuista » penetraba el pro y el contra de una misma cuestion, » preciso es confesar que los hombres de bien, al advertir tamañas imposturas, deben ruborizarse en honor de las letras.

De este mismo modo pudiéramos ir siguiendo una por una todas las alteraciones, todos los textos falsificados á los cuales tuvo Pascal la fatalidad de prestar su nombre. Una sola bastará, de mayor gravedad que las otras, para demostrar que con semejante sistema se puede desfigurar hasta el Evangelio.—Queriendo probar Pascal en la quinta de sus *Provinciales*, que los Jesuitas han abandonado la moral de los Santos Padres, á fin de substituir á ella una moral nueva y opuesta á la suya, hace hablar de este modo á su Jesuita : « Escuchad lo que dice nuestro padre Cellot (*de Hier*. lib. VIII; cap. XVI. p. 914) siguiendo en esta parte á nuestro famoso padre Reinaldo : « *En las cuestiones de moral los nuevos casuistas son preferibles á los antiguos Padres, aunque estos fuesen mas cercanos á los Apóstoles.* » Y siguiendo esta misma máxima, habla Diana en los siguientes términos (p. 5. tr. 8. reg.31.): « *¿Tienen obligacion los beneficiados de restituir la renta de que disponen mal? Los antiguos dicen que sí, pero los modernos dicen que no. No abandonemos pues esta opinion, que libra del deber de restituir.*

El sabio Diana no es Jesuita, pues pertenece al Instituto de los Teatinos, y solo se hace entrar en palestra por una astuta confusion de Pascal, el que alteró sus textos, con la misma facilidad con que truncó los de la Compañía de Jesus. La quinta *Provincial* cita á Cellot y á Reinaldo. Veamos pues lo que dicen estos Padres, pues la acusacion es grave y afecta á la moral. Estas son las palabras de Reinaldo, de las que tan extraño abuso hace Pascal :

« En la eleccion de autores no he perdido nunca de vista » la salud de las almas para la mayor gloria de Dios, per- » suadido de que, para soltar las dificultades que nacen en » materias de fé, cuanto mas antiguos son los autores, ma-

» yor autoridad adquieren sus decisiones, pues fueron ellos
» los mas inmediatos á las fuentes de la tradicion y de las
» doctrinas apostólicas ; pero para la solucion de los casos
» embarazosos de moral, es preferible la autoridad de los
» autores modernos, conocidos por su eminente ciencia,
» pues estos poseen un pleno conocimiento de las costum-
» bres y de los usos de su tiempo. »

El padre Cellot se conforma á esta doctrina ; y en la página indicada por Pascal, leemos : « Débese sacar de los an-
» tiguos, dice Reinaldo, la decision de las dificultades que
» pertenecen á la fé ; pero para las dificultades que se sus-
» citan tocantes á las costumbres del Cristiano, se ha de
» buscar la solucion en los autores modernos, porque estos
» tienen un pleno conocimiento de las costumbres y de los
» usos de su tiempo. »

En extos dos textos, copiados del original, se trata de *autores antiguos* y nunca de *Santos Padres*, pero esto no les venia bien á los Jansenistas. Pascal por sí y ante sí, ha evocado á los Padres, ignorando quizá que en su tiempo la teología sobre los beneficios no existia aun. Poniendo estos dos formales textos al lado de la cita de las *Provinciales* fuerza es convenir en que hay error manifiesto, error en la interpretacion, error en la conclusion, error de derecho, y error de hecho sobre todo.

Creemos que en esta obra no debíamos extendernos mas en semejantes investigaciones. Basta lo dicho para tranquilizar nuestra conciencia, pues muy á menudo se han presentado los mismos abusos de altercacion.

Los puntos dogmáticos que trató Pascal fueron decididos contra él por la universal Iglesia; pero los Jansenistas como hábiles paladines, mucho menos se ocuparon en justificar su teología, que en aplastar á sus enemigos. Tenian en su poder una máquina de guerra para batir de frente á la Compañía de Jesus; y renunciando perseguirla en el elevado terreno, siempre arduo y muchas veces inaccesible, de la Gracia, la atacaron en las obras vivas de la moral. Exagerando las teorías escolásticas de unos, desfigurando los sistemas creados por otros, se indujo á Pascal á que sospechase de todos los hijos de san Ignacio de Loyo-

la. Y aunque el verdadero talento es indulgente como la fuerza, los Jansenistas le despojaron de este su natural carácter, para convertirle en organo de sus animosas rivalidades. Olvidando entonces Pascal el respeto debido á su propia gloria, vistió las virulentas diatribas de Port-Royal con un flexible y festivo gracejo, prodigando en las mas difíciles cuestiones las gracias de una viva sátira y la austeridad de los mas absolutos principios.

La corte, la ciudad y la Francia fijaron su atencion, junto con la Europa, al grito de alarma salido de la soledad, y Pascal por un prodigio de ingenio tuvo el arte de hacer admitir á los hombres del mundo una teoría, que nada tenia que ver ni con su gusto ni con sus costumbres. Oponia Pascal el rigor á la indulgencia, y desfiguraba la lógica del Evangelio para forzar á los Cristianos á refugiarse en la desesperacion. Hacia inaccesible á Dios para hacer imposibles á los Jesuitas, que habian probado verificar una transaccion entre la perfeccion infinita y los vicios de la humanidad. Los Jesuitas, profundamente versados en el conocimiento del corazon del hombre, juzgaron que una extremada severidad producia la extremada relajacion, y que un prudente temperamento levantaba las decaidas esperanzas. Respetando la misteriosa majestad del dogma, solo procuraban popularizar la Religion, combinando algunas prácticas de moral con los sentimientos del mundo.

Entre estas dos tendencias de preceptos morales, el mundo no vaciló. Los frívolos pasatiempos de tertulia, el lujo de la corte, las pasiones que ni aun se habian ocultado debajo un velo transparente, los cristianos tibios, el trato corruptor de los salones, los desarreglos del espíritu, fulminaron con Pascal el anatema contra las máximas indulgentes que proponian algunos casuistas de la Compañía. El mundo, desde el orígen del Cristianismo, se habia siempre lamentado de la austeridad de ciertos preceptos : los Jesuitas venian á remediar sus quejas, y este mismo mundo por un inexplicable retroceso, cuya gloria es inexclusiva de las *Provinciales*, se daba á acusar á los Jesuitas. «En estas

» cartas, dice Voltaire (1) se trataba de probar que ellos » (los Jesuitas) tenian un designio formado de corromper las costumbres de los hombres, designio que ninguna secta ni ninguna sociedad tuvo, ni ha podido nunca » tener. Pero no se trataba de decir la verdad, sino de divertir al público. »

Toda la explicacion de las *Provinciales* está contenida en estas últimas palabras, cuyo prestigio tan bien supo aprovechar el mismo Voltaire. El público, á quien Pascal habia divertido, se rebeló á la sola idea de que los Jesuitas, condescendiendo á unas necesidades mil veces proclamadas, tanteasen hacerle menos áspero el camino del cielo. Púsose de parte de los casuistas que rodeaban la moral de obstáculos insuperables; y despues, con el auxilio de los Solitarios de Port-Royal, la coquetería, el adulterio, la mala fé en los negocios, el egoismo ó la indiferencia no dejaron la menor duda que los rigores de un Dios criado á la imágen del Jansenismo eran mucho mas condescendientes con nuestras flaquezas, que los tesoros de indulgencia que depositaban los Jesuitas en sus celestes manos. El mundo fué por aquella vez inconsecuente, y los discípulos de Jansenio no consentieron que fuese el único en gozar de esta prerogativa. Pascal y Arnauld, las dos columnas de Port-Royal atacaban con toda especie de armas indistintamente: el insulto se apoyaba en la calumnia, y la cólera abria el camino á la dialéctica. El padre Garase habia ya quedado muy atrás, y á fin de autorizar estos abusos de la inteligencia, publicó Arnauld una disertacion « para justificar » á los que en sus escritos y en ciertas circunstancias se » valian de palabras duras segun el mundo. » En otra obra salida de su pluma, se enpeñó en probar: « que ha» bia derecho para injuriar y mofarse sin piedad de sus ad» versarios (2). »

A vista de tales hostilidades, que tendian á destruir enteramente la Compañía de Jesus, hostilidades cuyas esperanzas no ocultaban los jefes de Port-Royal, los Jesuitas se

(1) *Siglo de Luis XIV*, tomo III, cáp. XXXVII.
(2) *Obras de Pascal sexta Provincial.*

pusieron en una quietud inexplicable. Decíales Pascal : « Vuestra ruína se parecerá á la de una alta muralla que se » desploma de improviso, y á la de un vaso de tierra que » se rompe y pisotea, y que por un esfuerzo poderoso y » universal se desmenuza de tal modo, que no quedará » un tiesto con que pueda tomarse un poco de agua, ó » llevarse un poco de fuego, porque vosotros habeis afli- » gido el corazon del justo. » Estas elocuentes amenazas, esta descarga de insultos, minando lentamente el último muro detrás del cual se aislaban los Jesuitas, el afan con que era generalmente acogida semejante polémica, pues la veleidad francesa se cansaba ya de la prosperidad de los Padres, nada les hizo salir de su silencio. Habian ya dado el grito de guerra, y ahora que los combatientes se hallaban en el ardor de la pelea, parecia que querian dejar pasar sobre sus cabezas el dardo que les llegaba al corazon.

No por temor de emponzoñar estos debates, ni por una confianza excesiva en la bondad de su causa, se mantenian los Jesuitas en reserva. Habíanse hasta entonces mostrado teólogos harto hechos á los combates para atribuir su silencio á semejante motivo. Sabian que ningun enemigo es para desdeñado, y cuando estos enemigos se presentaban con la vigorosa fuerza de Pascal, de Sacy y de Arnauld, el desprecio hubiera sido una falta imperdonable; falta que no cometieron los Padres. En esta revista escolástica á la cual el talento convocaba la Europa, no ignoraban que el jóven rey Luís XIV, la santa Sede, la autoridad de ambas potestades estarian de su parte; pero mediaban intereses de Religion, intereses de cuerpo, para responder á aquellas provocaciones. Sin embargo los Jesuitas callaron, porque desde mucho tiempo no habian tenido necesidad de formar talentos osados para la controversia, y sobre todo porque aterrados por la virulenta mordacidad de las *Provinciales*, ni fueron bastante audaces para suscitarse un vengador, ni bastante diestros para rechazar contra los Jansenistas los sarcasmos que se aguzaban en daño suyo. Los Jesuitas, á quienes tantas veces se ha acusado, no supieron, ni quizás quisieron nunca defenderse

con otras armas que las de la razon. Fuera de muy cortas excepciones, fueron siempre frios y discretos como la prudencia. Cuando se ha puesto en disputa la existencia de su Orden; rara vez les ha faltado la elocuencia de la palabra, y sobre todo la de los hechos. Si hacian la apología de su Instituto, procedian con aquella sobriedad, que sin excluir el íntimo entusiasmo, no sabe siempre comunicarle. Diseminados por el globo, desarrollaban sus talentos mas bien segun las necesidades de la Iglesia, que segun los cálculos de la prevision humana. Cuando llegaba la hora del combate, no presentaban al campo sino espíritus convenidos, corazones sometidos á la obediencia, pero pocos hombres dignos de medir sus fuerzas con un atleta tan extraordinario como Pascal. En 1654 habian publicado la obra del padre de Champs *De hæresi Janseniana*, libro claro, lleno de substancia, escrito en latin, y por consiguiente que solo podian consultar los sabios. El padre Pirot emprendia la apología de los Casuistas, apología malhadada, que dió provecho á Pascal, y que desaprobó la Compañía al mismo tiempo que era condenada por grande número de obispos. El padre Annat se puso á luchar cuerpo á cuerpo con Pascal; tuvo de su parte la lógica y la verdad; pero esto no era suficiente para triunfar de un hombre irresistible, porque no se dejaba coger, y con un epígrama evadíase de responder á la precisa cuestion que se le proponia.

Hiciéronse cargo los Jesuitas de la situacion en que se les habia puesto; probaron de debilitar el golpe, intimidando á Luís de Montalto, autor todavía anónimo de las *Provinciales*. El padre Fretat practicó algunas gestiones con Perrier, consejero del tribunal de subsidios de Clermont, á quien estaban dirigidas las primeras cartas; pero estas gestiones quedaron sin efecto. El padre Annat quiso interponer la autoridad de su nombre, de su virtud y de su saber; Pascal le dirigió la décima séptima de sus *Provinciales*. Estaba íntimamente unido con Port-Royal, hasta era él contado en el número de los Solitarios, y al paso que este sublime escritor arrancaba la máscara á la supuesta doblez de los Jesuitas, no tenia reparo en imitarla.

« El crédito de que podeis gozar, decia al confesor del Rey,
» es inútil con respecto á mí : yo por la gracia de Dios no
» necesito del bien ni de la autoridad de nadie : así es que,
» padre mio, escapo de todos vuestros lazos. Podreis muy
» bien conmover á Port-Royal, pero no á mí. A muchos se
» les ha desalojado de la Sorbona; pero esto no me saca
» de mi casa. Podreis muy bien preparar violencias con-
» tra sacerdotes y contra doctores ; pero no contra mí,
» que carezco de estas calidades. Y así quizás nunca ha-
» breis tratado con persona que estuviese mas fuera de
» vuestros tiros, y tan propia para combatir vuestros erro-
» res, siendo como soy libre, sin ningun compromiso, sin
» relacion, sin negocios; bastante instruido en vuestras
» máximas, que he resuelto rechazar en cuanto crea que
» Dio me incita á ello. »

En la décimasexta *Provincial*, Pascal lleva aun mucho mas lejos su indignacion. Ya no es aquella ironía de las primeras cartas, ni aquella bufonería delicada la que aseguró su eterno resultado. Sentíase atacado por la razon, y este talento tan audaz, conociendo muy bien que el público no admitiria las razones concluyentes que el Jesuita, oponia á sus sarcasmos, reconocia no obstante en sí mismo que habia sido batido, menos por el talento que por la razon. Todo el mundo le aclamaba vencedor, pero delante de su conciencia no se ocultaba á sí mismo la derrota. Esta idea desvanecia la gloria del triunfo, amargaba su interior, y le arrancaba aquellas palabras de su décimaséptima *Provincial*, que son al mismo tiempo una impostura y un oprobio. « ¿Quién lo creyera? ¿lo creyerais vosotros » mismos, miserables? » Y esto se decia del padre Annat, cuya moderacion ha merecido el elogio de los mismos Jansenistas; se decia del padre Dionisio Petau, el hombre mas sabio de su tiempo, y cuyo único placer era formar para la virtud los niños mas pobres y mas groseros; se decia de Vicente de Paul y de todos cuantos, á ejemplo de todos estos, repudiaban la doctrina de los Jansenistas. Estos *miserables*, así llamados y reconvenidos por Pascal, que se constituian, segun decia esto, corruptores públicos de la moral, habian sido por el espacio de cien años la luz

y las columnas de la Iglesia universal. Los Papas, los Reyes, los Obispos, los Santos, como Cárlos Borromeo, Francisco de Sales y Vicente de Paul, se dejaron dirigir por ellos en las sendas de salud, ó marchaban á su lado en las obras de la caridad. Ellos debian sacrificar á la ambicion y á la política de los primeros el Evangelio, la moral, el honor de la santa Sede, la paz de la Europa y la de las conciencias. No obstante, se les mostraba la misma estimacion. Pascal les quitaba la venda de los ojos, y no obstante ni los pontífices, ni los reyes, ni los pueblos abrian los ojos á la verdad. Sin conocer sino por presentimiento la táctica de los partidos, el Solitario se puso como víctima; con una mano tomaba la pluma que mataba á los Jesuitas, y con otra mostraba la palma del martirio que le sugeria su sola fantasía. Creyósele sobre su palabra, y como so habia empeñado en denigrarlo y confundirlo todo, y su arte de presentar las cosas era irresistible, la opinion pública se dejó dominar por este hombre, que con una sutileza de ingenio hacia una revolucion en las ideas. Pascal acriminaba lo pasado y lo futuro de los Jesuitas, llamando á juicio sus doctores y sus principios. Y á fin de presentarlos de mejor aspecto, se alteraban los textos de Vazquez, de Sa, de Tolet, de Sanchez y de Escobar; se le exhumaban hasta las obras no conocidas, sujetándolas á igual tortura. Creyó Pascal en la veracidad de las citas tales como se las arreglaban sus amigos, y descargó sobre la Compañía de Jesus con una maza, cuyo temple no habia probado aun. Esta maza dió golpes terribles, hizo odiosas ó ridículas opiniones olvidadas; pero una hay de estas que todavía sobrevive, y en esta debe detenerse el historiador, pues de ella dimanan, segun las *Provinciales*, toda la relajacion y todos los desórdenes que han afligido la moral y la Iglesia. Contra esta doctrina dirigieron sus ataques Pascal, Arnauld, Nicole y los adversarios del Instituto, bajo el nombre de probabilismo. Examinemos pues un sistema que por sus consecuencias ha sido, segun dicen los Jansenistas, y podria ser aun, tan funesto.

No se oculta á cualquier hombre de mediana experiencia que, á pesar de la precision y claridad de las leyes así divi-

nas como humanas, preséntanse no obstante multitud de casos en que su aplicacion es difícil de determinar. Ora se ofrece un conjunto enlazado de deberes, sin poder fijar á cual de ellos se debe la preferencia; ora un concurso de circunstancias imprevistas que impiden el conocer en su fondo la voluntad del legislador. Los tratados de moral y de jurisprudencia ofrecen á cada uno de nuestros deberes infinitos casos sobre los que andan divididos los pareceres de los mas entendidos en la materia, y estos pareceres se fundan en motivos de tal gravedad, que aun despues de muchos siglos se conservan en el mismo grado de verosimilitud. Si hemos de juzgar del porvenir por lo pasado, esta divergencia durará hasta la fin del mundo, á menos que no intervenga la Iglesia, y que por una solucion decisiva no ponga término á unas controversias que adormecidas á veces y fatigadas de luchar, se dispiertan súbitamente segun las pasiones ó las necesidades del momento. Muchas veces sucede, que no podemos abstenernos, y nos es prohibido el obrar con una duda práctica de la moralidad de un acto. ¿Qué ha de hacerse, pues, cuando no hay ley cierta, cuando las opiniones son mas ó menos favorables ya á la libertad, ya á una ley que se presume existente?

Sostienen unos que se puede con seguridad de conciencia adoptar una opinion, que no tiene en contra de si ningun deber cierto, y si graves motivos á su favor. Estos teólogos se llaman *probabilistas*, porque el carácter esencial de una opinion probable consiste en no tener contra ella nada de cierto, y tener á favor suyo razones poderosas.

Pretenden los otros que no es lícito seguir una opinion probable; y conceden amplitud á la libertad únicamente en el caso en que los motivos sobre que se apoya parecen mucho mas fundados en razon que los del sistema favorable á la ley, y á estos se les designa como *probabilioristas* porque no aprueban sino despues de haber comparado.

Era indispensable reprimir los abusos que podian deslizarse de estos dos modos de pensar, y precaverse contra el exceso de ambos extremos. La discrecion de la Iglesia proveyó á este doble peligro. Prohibió prevalerse de opinio-

nes probables á los que por su estado debian procurar un efecto por medios seguros : á los sacerdotes en la forma y en la materia de los sacramentos ; á los médicos en la eleccion de los remedios : á los magistrados en el fallo de las causas civiles ; á todos los hombres cuando se trata de evitar algun daño al prójimo. La Iglesia condena á los que afirman que jamás se puede abrazar una opinion que favorezca la libertad, aun que sea la mas probable entre todas las probables ; y condena igualmente á los que enseñan que basta cualquiera probabilidad por ligera que sea.

Si nos atenemos á lo literal del sistema, el probabiliorismo supone un estudio y un discernimiento que no puede exigirse de la mayor parte de los confesores ordinarios. Deben examinar todos los sentimientos, profundizar los motivos en que se apoyan, constituirse jueces, y adoptar el partido que les parece mas probable. O han de decidir por sí mismos, ó poner su conciencia bajo la salvaguardia del maestro cuyas lecciones hayan seguido. De simples magistrados eclesiásticos que eran, se erigen en legisladores, y hacen el yugo fácil ó pesado segun los caprichos de su pensamiento. El probabilismo al contrario, se muestra inexorable acerca las exigencias de la ley ; enciérrase en los límites del consejo para todo cuanto es útil, pero de una obligacion no reconocida.

Cuando fué creada la Compañía de Jesus, su Fundador le prescribió que se conformase siempre y en todas partes á la doctrina mas comun, á la mas aprobada, á la mas sana, á la mas segura, á la mas sólida, á la mejor y mas conveniente. El probabilismo, que no nació con los Jesuitas, está destinado á sobrevivirles, y solo se enlaza con su existencia por la razon de haberlo adoptado el mayor número de teólogos del Instituto, y que de él hicieron sus rivales una arma contra los Padres, arma que todo el mundo ha querido manejar. Al momento de nacer los Jesuitas en 1540 el probabilismo dominaba ya en la escuela. El dominico Bartolomé Medina en su obra titulada : *De las exposiciones doradas* habia ya ordenado en sistema las eternas máximas de equidad rigiendo los códigos del mundo civilizado. Pareció muy natural no mostrarse mas severo en la dis-

tribucion de las divinas misericordias que en la interpretacion de las leyes civiles, ó en la administracion de la justicia criminal. Aquel era el siglo de la teología, y los mas célebres casuistas enseñaban entonces los principios del probabilismo. Nider, Prieras, Hacquet, Mercado, Lopez, Victoria, Ildefonso, Alvarez, Duval, Gamaches, Isambert, Bonacina, Maldere, Bail y Du Metz le profesaban, ya antes, ó ya simultáneamente con los Padres de la Compañía.

Halló tambien antagonistas, y un Jesuita italiano, llamado Pablo Comitolo, pasa por haber sido el primero que le combatió; pero la disputa promovida no salió del recinto de las universidades católicas. Pascal y Nicole, despues de él, bajo el pseudónimo de Wendrok, se valieron de los argumentos de Comitolo, y les volvieron en contra de la Sociedad religiosa de la cual este habia sido miembro. Los hijos de san Ignacio habian abrazado la doctrina del probabilismo : Pascal le sacudia tan vivos golpes de malicia sarcástica y de originalidad, Nicole la atacaba con tan astuta confusion de textos alterados y de mentirosos dilemas, que toda refutacion, reducida precisamente á la descarnada verdad, no podia nunca contrabalancear los efectos de una agresion tan terrible. De la escuela habia pasado la disputa á los salones y á los bufetes. Segun la expresion de Voltaire, Pascal divertia al público.

Una parte del Clero no tardó en mirar como perdida la causa del probabilismo. Infiltróse en todas partes un probabiliorismo riguroso, opuesto por los sectarios de Jansenio, y se hizo el sistema casi exclusivo de las escuelas francesas. Esta doctrina tomó el nombre de moral exacta, pero su triunfo no fué universal. Los Jesuitas no renunciaron á su modo de pensar, y la mayor parte de los demás institutos y de las Universidades siguieron sus huellas.

No debemos nosotros investigar las invectivas y las razones con que los dos partidos opuestos llamaban la atencion de la multitud con el ánimo de hacer prevalecer sus ideas. Tampoco nos toca averiguar, si desde que el probabilismo fué mirado en Francia como la base de todo desórden, han sido mas puras las costumbres, ó los hombres se han vuelto mejores. Ni tampoco queremos saber si los solitarios de

Port-Royal, descontentos de Pascal que les habia vengado, le echaron en cara las variaciones de su opinion, ó si publicaron contra él ciertas acusaciones que les acusan á ellos mismos. Poco importa en afecto que los Jansenistas, devorados interiormente por la guerra civil, ó por la envidiosa cólera que la provoca, hayan puesto en duda la solidez de su juicio, y que hayan escrito de este inmortal polemista las siguientes palabras (1) : « No puede contarse » mucho en su testimonio, ya sea con respecto á los hechos » que refiere, por estar poco instruido de ellos, ya sea » con respecto á las consecuencias que saca, y de las inten- » ciones que atribuye á sus adversarios, porque sobre fun- » damentos falsos ó inciertos fabricaba sistemas que no » existian sino en su imaginacion. » En cuanto á nosotros, la cuestion ni es con Pascal ni con los Jesuitas; es una tesis que no pueden decidir los epígramas de los unos ni los silogismos de los otros; y como importa á la moral cristiana, la Iglesia sola tiene el derecho de pronunciar el fallo. Cuando esta tuvo por pontífice uno de los hombres mas eminentes de su siglo, cuando la Orden de Jesus iba á desaparecer bajo los incesantes golpes de los Jansenistas y de los filósofos unidos por un odio comun contra ella, adquirió el probabilismo la gloria mayor que puede alcanzar una idea.

En 1740 murió en la Toscana el padre Teófilo de Corte, religioso de la Estricta Observancia de san Francisco. La fama de sus virtudes, las gracias obtenidas por su intercesion, indujeron á los superiores de su Orden y á muchos obispos á solicitar de la santa Sede su beatificacion. Uno de los primeros cuidados de la Iglesia en tales circunstancias es el exámen de las doctrinas profesadas en las obras impresas ó en los manuscritos. El padre Teófilo habia enseñado el probabilismo, y hasta tal punto habia llevado su sistema, que en su teología inédita se leia lo siguiente : « Los confesores han de conocer todas las opiniones para » servirse de ellas con prudencia, y cuando sea posible, » con probabilidad, á fin de no imponer á los fieles unas » cargas que no quieran ó que no puedan soportar. » A este

(1) *Cartas de un eclesiástico á uno de sus amigos.*

axioma tan claramente formulado, el promotor de la Fé rehusa introducir la causa de beatificacion. No se contentaba Teófilo de apoyar sus demostraciones en los Casuistas de la Compañía de Jesus, sino que invocaba en sus manuscritos la autoridad de Diana, uno de los doctores mas célebres de la Orden de Teatinos. Al mismo tiempo toda la Italia resonaba con los clamores que Concina y Patrizzi levantaban contra Alfonso de Liguori, obispo de Santa-Agata, que santo ya á los ojos del mundo antes que la Iglesia le presentase á la veneracion de los fieles, sostenia el probabilismo por la elocuencia de sus virtudes y por la pureza de su moral. La negativa del promotor de la Fé en nada contuvo la marcha de los sucesos, y en las actas del proceso depositadas en los archivos de la Congregacion de Ritos, se lee que no habiendo nunca sufrido censura alguna el probabilismo, no podia perjudicar el resultado de una beatificacion. Así lo decidió la corte de Roma en 1766, y las virtudes de Teófilo fueron mas tarde aprobadas en grado heróico. Y las dificultades suscitadas despues de la muerte de Alfonso de Liguori, se desvanecieron por los mismos motivos.

De los hechos que acabamos de exponer resulta que un sistema practicado por santos de cuyo talento y experiencia teológica no se puede dudar, y al cual la santa Sede ha declarado exento de toda tacha en unas circunstancias en que desplega la mas minuciosa y severa circunspeccion, no puede jamás ser el principio de una moral relajada. Ya no figura pues en este negocio la reputacion escolástica de los Jesuitas, sino el honor y la autoridad de Roma; y á pesar del anatema que Pascal y Nicole fulminaron contra el probabilismo, preciso es convenir que unas burlas por mas fundadas que parezcan, nunca deben prevalecer sobre la sabiduría de la Iglesia.

Por el órgano de Pascal, vituperaban los Jansenistas á los sacerdotes de la Compañía de Jesus por su condescendencia; y al mismo tiempo Singlin, jefe de los Solitarios de Port-Royal, aprobando con su silencio el vicioso comportamiento del cardenal de Retz, decia á la elegante duquesa

de Longueville (1): « Las personas de vuestra condicion » deben contentarse con vivir sóbriamente, sin entregarse » á abstinencias y austeridades que serian tan peligrosas » para el alma como para el cuerpo. » Pascal, Arnauld y Nicole acusaban á los Jesuitas de tener siempre á la mano los mas extraños argumentos para legitimar un atentado; y en una carta que el abad de Saint-Germain, limosnero de la reina María de Médicis, dirigia á Chomontel, se lee (2): « Lo que sé es que por órden y permiso de Jansenio, un » hombre llamado Alfeston se propuso asesinar al cardenal » de Richelieu, y que el tiro de mosquete se descargó en » el palacio de Bruselas contra el difunto señor de Puy-» Laurens, de cuyo tiro podian morir muchas personas, si » el arma de que se servia no hubiese perdido diez y siete » balas de veinte, habiendo las tres restantes herido á tres » hombres en la cabeza. »

Singlin aconsejaba la molicie, Jansenio el asesinato, San-Cyran la rectitud de intencion, con el medio de aplicar las máximas evangélicas de modo que, segun el reproche dirigido por Pascal á los Jesuitas, pudiesen satisfacer á todo el mundo. « He oido decir al señor de San-Cyran, es-» cribia Vicente de Paul á d'Origny (3) en 10 de setiembre » de 1648, que si en una sala hubiese dicho verdades á » personas que fuesen capaces de entenderlas, pasando á » otra sala en donde se hallasen otras que no lo fuesen, » les diria todo lo contrario. »

Confesiones como estas, salidas de la boca misma de los fundadores de la secta, merecen quedar consignadas. Pascal, Arnauld, Sacy y Nicole, despreciadores de la moral laxa, de los equívocos y de las restricciones mentales, quedaban derrotados con sus propias armas; pero estas armas, no las supieron los Jesuitas volver contra el Jansenismo. Descuidaron su defensa, y cuando muchos años despues de la muerte de Pascal, el padre Daniel la emprendió en sus *Conversaciones de Eudoxia y de Cleanto*, tuvo de su parte la fria razon, pero no á los burlones. El talento inimitable, la

(1) *Historia de Fontaine*, tomo III.
(2) *Historia de Duchesne*.
(3) *Diario de Trevoux*, marzo de 1726.

facundia cómica del autor de las *Provinciales*, faltaron á los escritores que se esforzaron en refutarle. Fácil era probar los errores en que caia, y el padre Daniel los demostró victoriosamente (1); pero el hombre que en una vida de treinta y nueve años, siempre frágil y enfermiza, pudo ser á la vez el rival de Arquímedes y de Galileo, el precursor de Moliere y de Boileau, el igual de Demóstenes y de Bossuet, el émulo de Tertuliano en la apología de la Religion cristiana, y que, segun observa muy justamente Nicole, parecia haber nacido mas bien para inventar que para aprender, un hombre semejante con dificultad podia encontrar antagonistas tan colosales como él. El padre Daniel sucumbió en esta desigual lucha, pues la impresion producida por Pascal era indeleble.

El Parlamento de Aix habia quemado las cartas, los Obispos las censuraron, el Papa las condenó en 14 de marzo de 1658, y en 14 de octubre de 1660 fueron quemadas tambien en la plaza de Greve por órden del Consejo. Los Jansenistas se hacian temibles, la persecucion los engrandecia, así como ha dado siempre vida á las minoridades. Pedro de Marca, uno de los jurisconsultos mas sabios de su tiempo, redactó un formulario, que, adoptado por la asamblea general del Clero debia proponerse á los disidentes para que le firmasen. Resistieron los Jansenistas con cuatro prelados, Enrique Arnauld, obispo de Angers, Pavillon, obispo de Aleth, Buranval, obispo de Bevos, y Caulet obispo de Pamiers. Luís XIV gobernaba ya por sí mismo. « Una de las primeras atenciones del rey, dice Schœll (2), » fué el instalar bajo el nombre de *Consejo de conciencia* » una comision encargada de examinar los sujetos presen-

(1) Grande fué sin embargo el éxito de este libro, si hemos de dar crédito á Bayle. En sus *Obras diversas* tom. IV, pág. 711, escribia con fecha 16 de agosto de 1694 : « La respuesta del padre Daniel á las *Pro-* » *vinciales* ha desaparecido casi antes de aparecer. Su precio era 50 » sueldos, y segun voces, se ha ofrecido un luis de oro de 24 francos » á los que la habian comprado, si querian deshacerse de ella. Segun » se cree, no se ha querido que pareciese chocante como para el señor » Nicole.

(2) *Curso de historia de los estados Europeos*, tomo XXVIII pág. 22.

» tados para las prebendas eclesiásticas vacantes. Este con-
» sejo se componia de Pedro de Marca, arzobispo de To-
» losa, Hardouin de Perefixe, arzobispo de Rodez, que
» habia sido el preceptor del Rey, y de Pedro Annat su con-
» fesor, y uno de los miembros mas ilustres de la Orden.
» No era posible, añade el Historiador protestante, reunir
» tres hombres mas virtuosos, mas desinteresados, mas
» exentos de toda prevencion. »

Equivalia á destruir el Jansenismo en lo sucesivo el excluir sus adeptos de todas las dignidades clericales; pero era menester subvenir las necesidades del momento. Mandó el monarca cerrar las escuelas de Port-Royal. La oposicion de los Solitarios invadia la política por los negocios de la Religion. El superintendente Fouquet, merced á la mediacion de Simon de Pompone, hijo de Arnaldo de Andilly, conservaba ocultas relaciones con los jefes de los Jansenistas. Fouquet fué detenido en Nantes en 5 de setiembre de 1661. El cardenal de Retz, á instancias de Luís XIV, que no contaba sino veinte años, no cree oportuno continuar la lucha por él tan largo tiempo sostenida; renuncia el Arzobispado de París; y Hardouin de Perefixe es nombrado sucesor despues de la muerte de Marca. Resolvió Perefixe apaciguar las turbulencias que Pablo de Gondi habia introducido en la diócesis, y encargó á Bossuet el vencer la obstinacion de las religiosas de Port-Boyal. La lógica el futuro Obispo de Meaux tuvo que ceder delante de aquellas mugeres de virtud, cegadas por la vanidad, que creyéndose mas sabias teólogas que él, y refugiándose en su ambicion por el martirio, despreciaban la mano que les alargaba el talento. Ni fué mas felíz el prelado que Bossuet, y para caracterizarlas exclamó en su presencia : « Verdad es
» que vosotras sois virtuosas como angeles, pero sois or-
» gullosas como demonios. »

Mientras que el Arzobispo de París y Bossuet por un lado procuraban con toda mansedumbre conducir al seno de la Iglesia aquellas religiosas, que los Jansenistas habian tomado para su vanguardia, y por otro lado el padre Annat, á quien Racine en su *Historia de Port-Royal* presentó como un encarnizado perseguidor de los Solitarios, procu-

raba hallar algun expediente como acabar con tantas divisiones, Gilberto de Choiseul obispo de Cominges, y partidario de Jansenio, recibió en agosto de 1662 órden del Rey para trabajar en aquella transaccion de concierto con Annat y el Jesuita Ferrier. Y en 20 de marzo de 1663 escribia en estos términos á Enrique Arnauld, obispo de Angers (1):

» El padre Ferrier, unos de los hábiles teólogos de la » Compañía, y que ha enseñado doce años la teología en » Tolosa, ha tenido varias conferencias con estos señores, » y gracias á Dios, han tenido un felíz resultado, pues » habiendo hablado por todos propusieron tan claramente » su doctrina sobre las cinco proposiciones condenadas, » que se redujeron no solo al sentir de los Tomistas, sino » á servirse hasta de los términos de su escuela, y no puede » quedar ya en ellos la mas mínima sospecha de error. » Mas el padre Ferrier creyó que no bastaba el sincerarse » de la sospecha de herejía por lo tocante á las cinco pro- » posiciones; juzgó ser tambien necesario que diesen se- » ñales mas positivas de su adhesion y de su sumision á » la santa Sede, y por esto les propuso declarasen que ad- » mitian las decisiones dadas por los papas Inocencio X y » Alejandro VII sobre esta materia en sus constituciones, » y que á ellas se someten. »

Gran trecho va de las *Provinciales* de Pascal, de las *Ilustraciones* de Sacy y de las *Imaginarias* de Nicole á estas conferencias, referidas por un prelado Jansenista á un hermano del grande Arnauld. Los Solitarios de Port-Royal y sus adictos conocian ya que habia llegado la hora de entrar en negociaciones. Y así como los Jesuitas se habian mostrado los mas débiles en las guerras de los sarcasmos, recobraron la ventaja en el terreno de una sosegada y profunda discusion. Dejaron á sus rivales la libertad de adoptar la doctrina tomística, es decir de seguir las doctrinas de los Dominicos opuestas al Molinismo : hacian todas las concesiones posibles, concesiones de amor propio y de escuela pero exigian que los novadores se sometiesen á la

(1) *Cartas del Sr. Antonio Arnauld*, tomo I, pag. 432.

[illegible] la compañía de Jesus ten[illegible]

[illegible] por parte de su [illegible] con moderacion [illegible]

[illegible] la paz, se prest[aba] á todos los sacrificios [illegible] con [illegible]

» [illegible] añade Choiseul en la misma carta [illegible] con los padres [illegible]

» gen, se ha empezado en union con los padres [illegible]

» Ferrier, Jesuitas, con ellos se continua, y deb[o] [illegible]

» prueba de su sinceridad: que en todo el decurso [illegible]

» negocio, me han parecido sinceramente amigos de [illegible]

» que para ella trabajaban con la mas buena fe [illegible]

» que si mostraban en algunas ocasiones [illegible]

» [illegible] contra el sentir de los que se han llamado jansenistas [illegible]

» [illegible] esto no venia de aversion á sus personas, sino [illegible]

» [illegible] que profesan á la autoridad de la santa sede [illegible]

» [illegible] de establecer sólidamente la paz que [illegible]

[illegible] distintamente trazada: las gestiones [illegible] han producido una concilia[cion] [illegible] que una paz cercana anonada[ba] [illegible] estas discordias. Le Nain, el antiguo [illegible] de San-Cyran, Enrique Ar[nauld] [illegible] aceptar la transac[cion] [illegible] instituto, no obstante el [illegible] escribe el [illegible] palabras de unos [illegible] primer pres[idente] [illegible] delante de Dios [illegible] credito á un [illegible] distante de toda [illegible] vista de seme[jantes] [illegible] inflexible. [illegible] necesario á que [illegible] inspiradas, [illegible] de bueno [illegible] enemigos [illegible] encar[illegible]

[illegible] Cartas del Mr. Arnauld, tomo I, pag. 411.

nizadamente habian combatido. Basta que ellos hubiesen negociado la paz para obstinarse él en sus belicosas ideas: hizo romper las negociaciones y en 24 de agosto de 1664, las religiosas de Port-Royal se vieron sacadas de su convento y trasladadas á otras casas por la fuerza militar.

La madre Angélica ya no existia, pero su hermana Inés y sus tres sobrinas, hijas de Andilly, Angélica de san Juan, María Teresa y María de santa Clara, habian heredado sus virtudes y su obstinacion. Quisieron pues mostrarse dignas de su familia. La dispersion de las religiosas de Port-Royal hizo eco por toda la Francia, y en 15 de febrero de 1665 una bula de Alejandro VII aplaudió la medida á la fuerza que el gobierno se creyó con derecho de tomar. Aquellas mugeres que por la sociedad y por el estudio de buenos modales habian adquirido vigor en sus ideas y elegancia en el estilo, no se dejaron abatir por aquel golpe de estado. Con los rasgos de su pluma trazaron el cuadro de sus padecimientos, y desde el convento de la Anunciacion á que se las habia destinado, la madre Angélica de san Juan hizo oir su voz tan elocuente como persuasiva. « Esta era, dice » un escritor Jansenista (1) una jóven que puede asegurar» se no tenia ninguna de las flaquezas de su sexo : todo » en ella era grande y varonil, y su espíritu parecia de » tal modo superior á todos los demás, que los mas gran» des hombres la admiraban como un prodigio. »

Esta comunidad de religiosas de la Anunciacion, en la cual vivia retirada la mariscala de Rantzaw, tenia por directores á los Padres de la Compañía de Jesus. « No sabré » esplicaros, dice Angélica de san Juan (2), que repenti» na impresion me hizo esta noticia : Temblaba de pies á » cabeza tanto de sorpresa como de temor. » Calmó sin embargo este terror jansenista : « Escuchó ella al padre Nouet, y hasta hizo justicia á sus principios y á su erudicion. Habiendo asistido á otra conferencia dada por otro sacerdote del Instituto, escribia : « Escuché á un buen hom-

(1) *Memorias de du Fossé*, lib. III, cap. X.
(2) *Relacion de la cautividad de la Madre Angélica de San Juan.* (Sin nombre de impresor.)

» bre, que hablaba todavía un francés anticuado, pero que
» en el fondo hizo un discurso bastante sólido y que su-
» ponia buenas máximas sobre la gracia. Tuve particular
» satisfaccion de ver victoriosa la gracia en la boca de sus
» enemigos, aun cuando este buen hombre no lo fuese
» personalmente, aunque lleva siempre el hábito de tal. »
Despues de estos extraños elogios, arrancados por la conviccion, volviendo á sus preocupaciones de familia, continua Angélica Arnauld : « Esto es lo que tenia que decir de los
» Jesuitas, pues á ningun otro ví de mas cerca, gracias
» á Dios. »

Los solitarios de Port-Royal sufrieron la misma suerte que las religiosas; esto es, fueron dispersados por la fuerza. Los unos fueron á refugiarse en alguna provincia, los otros en los asilos que ofrecian en París la amistad y la admiracion : los mas célebres de ellos habitaban en el palacio de la duquesa de Longueville, hermana del gran Condé. Acababan de nombrarse doce prelados, para instruir el proceso de los obispos de Bevés, de Aleth, de Pamiers y de Angers, oráculos del Jansenismo. Una tempestad violenta amenazaba acabar con esta secta; no obstante, encontró en los dos secretarios de estado de Luís XIV Lynne y Le-Tellier un apoyo de que supo aprovecharse. Le Tellier, el primer promotor de la revocacion del edicto de Nantes, entró en relaciones con Nicole, se enteró de las decisiones del Consejo, y recibió de su propia mano los argumentos que podian hacerse valer contra las acusaciones que se hacian al Jansenismo (1).

Alejandro VII acababa de morir; y el Cardenal Respiglini, sucesor suyo bajo el nombre de Clemente IX, prosiguió la obra comenzada. Los Jansenistas y Arnauld al frente reconocian ya que no era posible entrar en lucha á banderas desplegadas. Los prelados que los habian abiertamente sostenido, y los que tomaban una parte menos activa en esta oposicion medio religiosa y medio política, reconocian hasta el terreno resbaladizo en que se habian colocado. La santa Sede ni el Rey no querian dejar fomen-

(1) *Historica eclésiástica* del abate Racine, tomo XII.

tar tantos gérmenes de discordia. Los solitarios dispersos, se prestaron á la mediacion de Gondrin, arzobispo de Sens, y de Felix Vialart obispo de Chalons-sur-Marne. Estos dos prelados en union con diez y nueve de sus colegas, dirigieron una súplica al Papa pidiéndole que si dignase admitir proposiciones de paz. Clemente IX encargó al nuncio Bargellini este negocio. Llega Bargellini á París, y al momento se ve rodeado de los Jansenistas. El grande Arnauld consiente en someterse á la autoridad del romano Pontífice, pero á condicion de que los Jesuitas sean enteramente excluidos de toda conferencia. Exige ademas que sea para ellos un misterio esta paz que él rehusó, y que ahora va á admitir bajo mas severas condiciones. Su gloria tendrá mucho que sufrir en ello, pero su odio quedará satisfecho, y Arnauld se contenta con esta venganza. La Lane, Nicole y él negociaron pues con el Nuncio, con anuencia de la princesa de Conti y de la duquesa de Longueville. « Así que, » estas señoras, dice el Jansenista Fontaine en sus *Memo-* » *rias* tom. IV, eran como la luz de los obispos, les con- » ducian como por la mano, les mostraban todos los pasos » que debian dar, y les ponian las palabras en la boca. »

Antonio Arnauld, teniéndose por feliz en haber concluido una paz forzada, sin la intervencion de la Compañía de Jesus, prodigaba despues á Luís XIV unos elogios, en que la erudicion corria pareja con la gracia del estilo. Todo lo recibia de manos del Nuncio; pero Pavillon, uno de los cuatro obispos disidentes, resiste á las instancias de Barcos y á las del mismo Arnauld. El Prelado se muestra indomable, pero una carta del Arzobispo de Sens, que luchaba desde mucho tiempo con los hijos de Loyola, pone un término á su tenacidad. « ¡Qué triunfo para los Jesuitas, le » decia, ver frustrarse un negocio de tal consecuencia, que » se les habia querido ocultar, y encontrarse mas encum- » brados que nunca por lo mismo que debia infaliblemente » arruinarlos! »

Decisivo era este argumento de partido, y en odio del Instituto adhirió Pavillon á los actos que se le proponian. Despues de mil cuestiones de palabras promovidas por los discípulos de Jansenio, ya sobre la adopcion del formula-

rio, ya sobre la distincion que habian introducido entre la pura y simple firma y la firma entera, Clemente IX aceptó su sumision en febrero de 1669. Estipulada la paz, los Jansenistas volvieron á presentarse en París, y Arnauld fué allí el objeto de las mas viva curiosidad, haciendo mas papel de jefe de partido, que de hombre cuyo talento debia hacerle superior á esta comun admiracion. Mas los antiguos solitarios de Port-Royal no habian renunciado á sus intrigas, y á fin de ganar tiempo se habian resignado á una obediencia condicional, que les proporcionaba el reunir sus esfuerzos contra la Compañía de Jesus. El padre Bourdaloue empezaba en aquel mismo año á hacerse célebre por sus talentos en los púlpifos de la capital, y contra él asestaron sus tiros. Bourdaloue era ya competidor con el famoso Desmarés de los Jansenistas, de quien Boileau hizo el elogio (1), y probaron sacrificar el crédito del novel orador al predicador envejecido en el arte de la palabra. A fuerza de talento y de moderacion, supo reducirlos el Jesuita á un respetuoso aprecio.

La paz concluida no era mas que un armisticio. Terrible era el golpe que habian dado las *Provinciales* á los Jesuitas, y probóse entonces renovar aquella grande victoria literaria desfigurando la historia, así como Pascal habia alterado los textos. El abate de Pontchateau, aquel marqués de Coislin tan activo, tan travieso, tan pródigo de su fortuna y de su libertad en favor de su partido, concibió la primera idea de una obra que san Martin y Guilles d'Asson prepararon con él, y á que Antonio Arnauld puso la última mano. Pareció bajo el título de *Moral práctica de los Jesuitas*, y era una compilacion de atentados, indigna de los Solitarios de Port-Royal. Este brusco ataque, para el que no parecian aun suficientes ocho tomos, iba encubierto con el pretexto de la caridad, y sus autores, anónimos por entonces, no temieron decir, hablando contra los Padres de la Compañía : « No tenemos la intencion de disfamarlos ni de » hacerles daño. Dios nos es buen testigo que no lo hemos

(1) *Desmarcs, dans Saint Roch, n'aurait pas mieux prêché* (X Sátira).

» hecho sino movidos por la caridad que les tenemos, y
» por el sincero dolor que sentimos al verlos en tan desdi-
» chados compromisos. Nos lamentamos de que sean la
» causa de la pérdida de tantas almas, que seducen, y que
» arrastran consigo al precipicio. »

A nadie engañó este efugio tan solo de palabra, que ocultaba la violencia bajo el manto de la caridad. El objeto de la *Moral práctica* era presentar á los Jesuitas como una agregacion tan funesta á la iglesia como al poder temporal. Se les veia á un mismo tiempo pescadores de perlas en Cochin, usureros y traficantes en Cartagena y en las Indias, falsos monederos en Málaga, Judíos en Génova, idólatras en el imperio Chino, herejes en el Japon, generales de ejército y soberanos en Paraguay, negociantes en todas partes, con quiebra en muchos puntos. Una caridad semejante, cuyo carácter no pensó en difinir san Pablo, fué denunciada al parlamento; y en 10 de setiembre de 1660 dió un decreto concebido en estos términos: « Habiéndosenos becho pre-
» sente por el procurador del Rey que de algunos dias á
» esta parte ciertas personas desafectas á la Compañía de
» Jesus esparcian en esta ciudad un libelo escandaloso con
» el título de *Moral práctica*, que se supone impreso en Co-
» lonia por Gervino Qeintel en 1669, en el cual, atendidas
» las falsedades de que está lleno, la aglomeracion de pie-
» zas forjadas á capricho y de documentos supuestos, así
» como por la acrimonia de su estilo, es fácil deducir que
» el autor se propuso desacreditar la Institucion y la con-
» ducta de los Jesuitas, etc. »

Redúcese la sentencia á que el libro sea despedazado, y quemado en la plaza de Greve por manos del verdugo. Tres dias dias despues fué ejecutado.

Conoció por fin Arnauld que las rivalidades y antipatías de escuela no debian llevarse á tal extremo, y para desvanecerlas, aquel hombre que tan acre se habia mostrado en sus pasiones de estudio, se puso á componer su inmortal libro de la *Perpetuidad de la Fe*. Nicóle escribió al mismo tiempo sus *Ensayos de moral*, cuya solidez de conceptos y fuerza de raciocinio competian con la penetracion y la delicadeza. El ser Jansenista era ya un prurito de oposicion,

entrambas obras hallaron en les hombres sensatos una aco gida favorable; pero las mugeres no se contentaron con ser justas respecto de Arnauld y de Nicole, sino que los hicieron de moda, y segun el testimonio de la señora de Sevigné, devoraron los *Ensayos de moral*. Esta graciosa ahijada de Port-Royal, creyendo no hablar sino al oido de su hija, revelaba á todo el mundo el secreto del partido: « El Es» píritu Santo, dice, sopla donde le place, y él mismo » prepara los corazones en que quiere habitar. Él es quien » en nuestros profundos gemidos ruega en nosotros, y to» do esto me lo ha dicho san Agustin, á quien hallo muy » Jansenista, asi como san Pablo. Los Jesuitas tienen un » fantasma á que llaman Jansenio, contra el cual vomitan » mil injurias, y sin que den indicios de mostrar de donde » esto procede. »

El Jansenismo dió lugar á algunas diferencias entre los obispos y la Compañía de Jesus; mas cuando aun no existia aquella secta, se habian suscitado algunas contestaciones entre el clero regular y el secular, entre el Cuerpo municipal y las Ordenes religiosas, y casi en todas partes la predicacion las produjo. Creemos oportuno explicarlas aquí.

Antes del Concilio de Trento, los monges y regulares, en virtud de sus privilegios, tenian muy extenso el ejercicio de su jurisdiccion. El Concilio cortó este poder jurisdiccional, y en su sesion XXIV, de *Reform.*, cap. IV, estableció que ningun sacerdote pudiese anunciar la divina palabra sin consentimiento del Obispo, no obstante cualquier uso ó privilegio en contrario. Declaró además en su sesion XXIII, cap. XV, que ningun eclesiástico, aunque fuese regular; no oyese confesiones, á menos que no desempeñase las funciones curiales, ó que fuese aprobado por el ordinario. Esta doble decision del Santo Synodo era terminante; pero en la práctica ofrecia muchos conflictos, y tuvo divididos muchas veces el Episcopado y los religiosos. A medida que unos y otros se alejaron del literal y del verdadero sentido con que lo habian declarado los Padres del Concilio, introdújose el error, y solo la santa Sede es la que procuró siempre establecer el equilibrio entre las pretensiones exa-

geradas de unos y de otros, y si su balanza debia algun tanto inclinarse en pro de un partido ó de otro, concedia siempre esta prerogativa á los derechos imprescriptibles del Episcopado.

En Alemania, los obispos, que en su mayor parte eran príncipes temporales, dejaron á los Regulares toda la libertad de que disfrutaban antes de celebrarse el Concilio; pero en Francia, donde los obispos eran mas vigilantes en los intereses de sus diócesis, y en los países nuevamente conquistados en donde los prelados eran todos misioneros, los Regulares, y especialmente los Jesuitas, vieron suscitarse junto á sí muchos obstáculos, y nacer mil dificultades de la interpretacion misma de los decretos del Tridentino (1). En 19 de febrero de 1638 quiso el Cardenal de Richelieu sofocar este gérmen de divisiones que á cada momento renacian, haciendo firmar á los Franciscanos, á los Dominicos, á los Jesuitas y á todas las Ordenes residentes en París un acto, por el cual declaraban tanto en nombre propio como en el de sus hermanos, no poder predicar sin la aprobacion del ordinario, acto que reconocia en los prelados la facultad de revocar cuando bien les pareciese el permiso á los predicadores ya por incapacidad notoria, ya por escándalo público. Mas tarde en 1670, Clemente X de la familia Alfieri, á fin de no dejar ningun pretexto para los abusos. dió la bula *Superna*, en donde establece por base las actas del Sínodo, añadiendo que los Regulares, una vez aprobados simplemente, pueden oir las confesiones en todas las épocas del año, hasta en tiempo pascual. Segun esta bula, que tiene fuerza de ley, los Regulares no están privados de la facultad de absolver sino por una causa déterminante y relativa á la administracion del sacramento de la penitencia.

Tal era la situacion de ambos partidos : discutíase mas bien sobre el derecho que sobre el hecho; pero estas discusiones nunca salieron del recinto del claustro ó del círculo oficial. Solo para los Jesuitas procuró enmarañarse la cues-

(1) Véanse la *Proposiciones de los Regulares mendicantes de Angers* 1656.

tion y presentarla de su parte como una usurpacion. Algunos obispos intentaron prohibir á los Regulares la facultad de confesar y de dar la comunion á los fieles en el tiempo pascual, y los breves de Roma conservaron este privilegio. Zamet, obispo de Langres, Sourdis, arzobispo de Burdeos, y Caumartin, obispo de Amiens, tuvieron que sucumbir varias veces en esta contienda clerical. Estas querellas ya se borraron de la memoria de los hombres; pero la que Luís Enrique de Gondrin suscitó á los Jesuitas, tiene eco todavía.

Gondrin, discípulo de los Padres, y elevado por su influjo á la silla arzobispal de Lens, era uno de los mas fervientes apoyos del Jansenismo. Apenas instalado en su diócesis, dedicóse á poner en práctica las lecciones que habia secretamente recibido. Port-Royal no exigia sino un poco de aire y de libertad para hacer triunfar sus principios. La tolerancia invocada á favor de los Solitarios no debia jamás extenderse hasta los Padres de la Compañía. Temia el Jansenismo su influjo en el pueblo y en la infancia, y los Jesuitas quedaron excluidos del derecho que Arnauld y Pascal reclamaban con tan vigorosa dialéctica. Gondrin creyóse obligado á seguir literalmente las teorías de Port-Royal sobre la igualdad; y en los *Registros del Consejo privado del Rey* (decreto de 4 de marzo de 1653), se hallan relatadas todas las circunstancias del debate. « El orígen de las con-
» tiendas entre ambas partes fué la prohibicion que quiso
» ponerles dicho Arzobispo cuatro ó cinco dias antes del
» domingo de Ramos del año 1650 de oir las confesiones
» durante la semana de Pascua, bien que ellos estuviesen
» en posesion de oirlas en todo tiempo, tanto en Sens como
» en todos los demás pueblos del reino donde se han esta-
» blecido, siguiendo el derecho y la libertad concedida á
» todos los fieles por las bulas de los papas, y lo recibido
» por la costumbre de toda la Iglesia de tiempo inmemorial;
» y para conseguir su intento exigió de los religiosos que
» le mostrasen su aprobacion, sabiendo que habiéndola re-
» cibido de palabra, no se la podrian manifestar por es-
» crito por ser aquello suficiente y haberse hasta entonces
» practicado en todas las demás diócesis. A este fin dió ór

» den al señor de Benjamin, su oficial, que hiciese compa-
» recer á su presencia al padre Rector del Colegio para
» decir en virtud de que, él y los demás Padres del Colegio
» oian las confesiones, y no habiendo comparecido el tercer
» dia, que era sábado antes de Ramos, contra toda forma
» de justicia, dicho oficial pronunció una sentencia segui-
» da de otras tres ó cuatro, y de una órden de dicho señor
» Arzobispo, prohibiendo á los padres Jesuitas bajo pena
» de excomunion el oir confesiones por toda su diócesis,
» por no haber enseñado el permiso.

El padre Nicolás Godet, rector del colegio de Sens, apeló á la santa Sede, y esta apelacion suspendia la ejecucion de las sentencias del Ordinario. Los Jesuitas, legítimamente aprobados, no cesaron pues de administrar el sacramento de la Penitencia. El Arzobispo trasladó al confesonario las sutilezas de la escuela, los Padres se vengaron del interdicto publicando un opúsculo titulado : *Teótimo*, ó sea *Diálogo instructivo sobre el negocio presente de los Jesuitas de Sens*. Como Gondrin era miembro de la secta, no quiso incurrir en contradiccion. Hizo censurar el *Diálogo instructivo* por su sínodo provincial ; mas al fin intervino el sumo Pontífice y concedió, por jueces á tres prelados. La Compañía eligió al Obispo de Senlis, y ante él fué emplazado el promotor de la Metrópoli. Los Jesuitas habian interpuesto apelacion á Roma ; y Gondrin reclamó la autoridad del Parlamento. Este conflicto de jurisdiccion dejó á las partes tiempo bastante para avenirse ó para complicar mas la cuestion. Gondrin, cuyos abusos de poder alentaban los Solitarios de Port-Royal, no cesaba de lanzar letras admonitorias contra los Jesuitas, los cuales, seguros de la justicia de su causa, no querian ceder á ciertas animosidades, cuyo orígen les era bien conocido. Resistian á las exigencias del Prelado, y este se decidió á excomunicarlos. El 26 de enero de 1653 se presentó en el púlpito de su catedral. Si hemos de dar crédito á una carta del padre Godet (1), el arzobispo, humillando la gravedad sacerdotal hasta el nivel de las pasiones de partido, exclamó : « La moral de los Pa-

(1) *Archivos de Gesú.*

» dres de la Orden nombrada de Jesus es mas digna del
» Alcoran que del Evangelio : su teología no es mas que
» una filosofía ensartada de sutilezas mas paganas que cris-
» tianas. » Y dirigiéndose despues á los fieles, les dijo:
« Ellos os amenazarán con cerrar sus colegios, pero se
» guardarán bien de hacerlo, y si lo hacen, ya os daré yo
» maestros muy superiores á estos rebeldes : expulsemos
» pues estas órdenes heréticas, cismáticas y perniciosas.
» Habitantes de la diócesis de Sens, os advierto que desde
» las públicas admoniciones que contra ellos se hicieron,
» todas las confesiones que les habreis hecho ó les hicie-
» reis, son nulas, sacrílegas, y me reservo á mi solo el al-
» zar la censura en que habreis incurrido.

» Entonces, continua la relacion manuscrita del padre
» Godet dirigida al General de la Compañía de Jesus, to-
» mando en una mano una hacha encendida, el arzobispo,
» revestido de sus ornamentos pontificales y rodeado de su
» clero, leyó en alta voz la fórmula de excomunicacion.
» Al instante se apagaron los cirios. Era tan vehemente su
» voz, y tan desordenado su gesto, que me han asegurado
» varios hombres graves, que despues de haber presencia-
» do esta escena solo por una gracia especial de Dios
» habian podido sostenerse adheridos á la Fe católica. Vea
» vuestra Paternidad si por sí mismo ó por medio de sus
» amigos puede inducir al Santo Padre á tomar medidas
» para conducir á nuestro señor Arzobispo á que use con
» nosotros de una conducta mas razonable, mas conforme
» á su elevada dignidad, y menos funesta á la Religion. »

La sentencia de excomunicacion echábase de ver que era arrancada por los Solitarios de Port-Royal, y conociendo su orígen las Cortes de Roma y de Francia, lo mismo que los Jesuitas, tenian interés en oponerse á aquel exceso. Y viendo el General de la Orden que la situacion iba á complicarse con una nueva lucha, hizo que los Padres de Sens aceptasen el entredicho. Este estado de cosas, que á pesar de varias negociaciones, á menudo entabladas y mas á menudo rotas, no pudo mejorarse, duró hasta la muerte de Gondrin, pero en 1675 el primer acto de su sucesor Juan Carbon de Montperat fué el levantar la excomunion fulminada. Hizo

abrir otra vez sus iglesias á los Jesuitas, cerradas por el espacio de veinte y cinco años, los visitó y en señal de su reconciliacion quiso que el padre Chaurand predicase el Adviento y la cuaresma en su Catedral.

Apenas la muerte de Gondrin habia terminado estas diferencias, renováronse en otro punto. Ignacio de Loyola habia recomendado en sus Constituciones el respetar y obedecer á los ordinarios; y no obstante, cierto número de prelados no cesaron en el siglo décimoséptimo de levantar el grito contra las usurpaciones de la Compañía de Jesus. El Parlamento y la Universidad no la atacaban, y encontraba adversarios en el episcopado, cuyo auxiliar debia ser ella. Uno de los que en aquella época mostraron la mas viva animosidad contra los Jesuitas fué Estevan Le Camus, obispo de Grenoble. Su piedad era tan conocida como su ciencia, y se le citaba como ejemplar de celo y de regularidad de costumbres. Mas este Prelado, promovido en 1686 á la dignidad de Cardenal, manifestó contra el Instituto de Loyola una de aquellas aversiones de instinto, que nada parece justificar, y de la cual sin embargo tenemos un testimonio en cada página de su vida. Y esta repulsion se habia tan veces manifestado, que los Jesuitas se dieron por entendidos, y á la primera insinuacion suya y sin mas exámen retiraron de las cátedras y de la enseñanza á todos los Padres que en la diócesis de Grenoble habian, por razon de su popularidad, incurrido en la desgracia del Prelado. Por mucho tiempo duró esta situacion, cuando, satisfechos ya todos los deseos de Le Camus, solicitó este una nueva concesion. El padre Saint-Just, prefecto del colegio por espacio de quince años, le hace sombra, porque es estimado de los niños y de las familias. Preciso es que se retire. Muchos miembros del Parlamento se dirigen á la duquesa de Saboya y al General de la Orden de los Jesuitas, quejándose de esta persecucion. Trasluce el Obispo este paso, y fulmina un entredicho al Jesuita, alegando una acusacion grave, pero sin alegar él mismo la prueba. Saint-Just, escudado con su inocencia, se irrita de ser condenado sin oírsele, y de hallarse cargado de imputaciones, que mira como otras tantas calumnias. Con la autorizacion de un

jefe el rector del colegio de Grenoble, presenta sus quejas al Parlamento. Le Camus escribe á Oliva, general del Instituto, exigiéndole que ceda á la autoridad. Conoce Oliva que vale mas dar un ejemplo de subordinacion, y sacrificar un Jesuita, que dejar que se enmarañen estas cuestiones siempre de difícil resolucion, y encarga á Luis de Camaret provincial de Lion que intime á Saint-Just y al rector de Grenoble las penas que les impone por haber ofendido al prelado.

Ved ahí los términos con que Camaret en 21 setiembre de 1679, da cuenta al General de la Compañía de haber ejecutado sus órdenes.

« Las órdenes de Vuestra Paternidad han hallado una » pronta y completa sumision por parte del padre rector » del Colegio de Grenoble y del padre Saint-Just. Uno y » otro han recibido con generosidad y con amor el cas» tigo que les anunciais. Debo decir, sin embargo, que nues» tros Padres se han dejado llevar en esta parte por el ejem» plo que no debemos aprobar y mucho menos seguir : tales » son las frecuentes y casi diarias apelaciones que los de» más Eclesiásticos tanto seculares como regulares hacen en » este reino de las sentencias del ordinario á los tribunales » del Parlamento. Añadiré á esto, que si el padre Saint» Just se ha dirigido á un tribunal laico, no era para apelar » de la censura del Obispo de Grenoble, que es una pena » espiritual, sino de la calumnia publicada que dió lugar » á la censura. No ha pedido justicia contra el Obispo sino » contra los malignantes que atacan su reputacion. En » consideracion pues á esta completa obediencia del rector, » y á los embarazos que le pone de continuo el Obispo, » me atrevo á suplicar á Vuestra Paternidad le libre del en» tredicho á que le ha sometido para castigar su falta. »

En la intimidad de una correspondencia que nunca estuvo destinada á ver la luz pública, el provincial de Lion dirigiéndose al General alegaba agravios, justificaba á su subordinado acusándole de haber procedido con demasiada energía en defensa de su honor atacado; y para no despertar la susceptibilidad del cardenal Le Camus, pasaba el

cargo sobre el padre Saint-Just, injustamente condenado en su concepto.

Una querella, cuya primera causa procedia de rivalidades de jurisdiccion, ocupaba tambien casi al mismo tiempo la Iglesia perseguida de Inglaterra, y subsiste aun en el dia, aunque transformada. Los Jansenitas en aquella ocasion hicieron liga con los Puritanos y los Episcopales de la Gran-Bretaña; tomaron partido á favor de Ricardo Smith, obispo de Calcedonia y vicario apostólico. Creía Smith que los privilegios de las órdenes religiosas eran contrarios al ejercicio de sus poderes. Los padres Floyd, Wilson y Cellot, de la Compañía de Jesus, se esmeraron en explicar la posicion de los regulares. Trabóse una violenta polémica; los libros de los tres Padres fueron condenados en París, y Smith se vió privado de su título por la santa Sede. Los Jansenistas mantenian estas divisiones, y hasta las fomentaban. Y como habian logrado atraer á su secta algunos prelados, asociáronse estos, por fuerza ó de buen grado, á esta guerra minuciosa de sutilezas, que resonaban en las diócesis de Sens y de Grenoble. En Agen los Padres Maria, Dupont y Masson luchaban contra Joly, obispo de aquella ciudad: en Pamiers Caulet, otro de los apóstoles de Jansenio, seguia en su catedral la misma marcha que Gondrin, excomunicando á los Jesuitas. En 12 de mayo de 1668, publicaba la relacion de aquellos sucesos, y concluia así: « Esta historia vendrá muy oportunamente para confirmar » la de Angelópolis, y ya no será difícil el dar crédito á » los excesos que cometieron en la América los Jesuitas » de Méjico y del Paraguay al ver los que se han atrevido » á cometer los Jesuitas de Pamiers á presencia de toda la » Iglesia Anglicana. »

Al referir las cuestiones que tuvieron en el Paraguay contra Bernardino de Cárdenas los misioneros de la Compañía de Jesus, hicimos alusion ya á los hechos alegados por el Obispo de Pamiers. Hemos pronunciado en el decurso de esta obra el nombre de Juan de Palafox con aquel respeto que inspiran sus virtudes y sus talentos: pero la historia no se alimenta tan solo de la veneracion debida á los hombres ilustres, sino que tiene por deber el apoyarse

en documentos, y el fundar sus relatos en los testimonios que le ofrecen los archivos. Juan de Palafox, talento brillante, corazon que rebozaba en caridad, hombre lleno de dones apostólicos, vió su nombre convertido en bandera contra una sociedad religiosa, á la cual en diversas épocas, pagó un tributo de fraternal admiracion. Pero estos sentimientos de equidad, estos homenajes prestados á un celo de que él mismo fué testigo, desaparecen delante de las hostilidades que rompió despues. Los adversarios del Instituto han olvidado lo que Palafox habia dicho y escrito en fafor de la Compañía para no acordarse sino de sus ataques. A su modo de ver Palafox ha sido un santo por el solo motivo de haberse declarado enemigo de los Jesuitas: á este solo precio fueron aceptadas sus virtudes, que tambien honramos nosotros; y tan extrañas condiciones se han conservado hasta nuestros dias. Veamos pues la parte que tienen de real unos sucesos de que cada partido se ha esforzado en sacar provecho.

Era Palafox obispo de Angelópolis, ó de la Puebla de los Angeles en Méjico, y habia por mucho tiempo vivido en armonía con los Jesuitas, cuando de repente exigió de ellos diezmos y pechos que no autorizaba la costumbre. De estas diferencias nació una competencia de jurisdiccion entre el prelado y los misioneros. Los Jesuitas hicieron resistencia, á la cual Palafox no estaba habituado, y creyó vencerlos fulminando contra ellos un interdicto general. Esta causa fué llevada al tribunal de Roma, y en 14 de mayo de 1648 un breve de Inocencio X, resumiendo las dos sentencias de la Congregacion de Cardenales distribuyó con imparcialidad y firmeza el vituperio y el elogio. El obispo habia obrado mal en ceder á un primer impulso de cólera, y aun peor on retirar los poderes eclesiásticos á unos religiosos ya aprobados, y á quienes nada podia inculpárseles en el ejercicio de su ministerio.

Mas si el bien de los fieles y el interés de la Iglesia deben prevalecer sobre los resentimientos personales de un obispo, jamás puede la obediencia clerical, en caso de duda, aceptar como injusta una órden que le intima la autoridad superior. Los Jesuitas, á juicio del mismo breve,

no se colocaron en aquella posicion que tantas veces les ha aconsejado la prudencia; apelaron á jueces conservadores en un caso que la injuria no era mas evidente que la violencia, cuando hubieran debido someterse á una decision, iniqua quizás á su modo de ver, y esperar el fallo de la santa Sede.

En la sentencia pontificia, el derecho del Obispo fué reconocido; pero la Congregacion de Cardenales le inculpó en el hecho. Estas son sus palabras: « De todos los pro» cedimientos resulta, que los crímines imputados á los » Padres han quedado sin probar, y no aparece que nin» guno de ellos haya incidido en el caso de excomunion. » Las censuras, pues, que pretende dicho Obispo no han » quedado justificadas. » Y los Cardenales, al concluir, añaden: « Por fin, la Santa Congregacion exhorta formal» mente, á nombre del Señor, y advierte á dicho Obispo, » que no descuidando la mansedumbre cristiana, debe por» tarse con el afecto propio de un padre hácia la Compa» ñía de Jesus, la cual, segun su loable instituto, ha tra» bajado y trabaja aun sin descanso y tan eficazmente en la » Iglesia de Dios; y que reconociéndola como un auxiliar » muy útil para conducir su Iglesia, la trate favorable» mente y vuelva á mostrar hácia ella su primera benevo» lencia. La Congregacion se promete y está segura de que » así lo hará, no dudando de su celo, ni de su vigilancia, » ni de su piedad. »

Salvas algunas reservas de derecho, los Jesuitas obedecieron al momento y pidieron poderes á don Juan de Palafox; y mientras que la Corte de Roma acusaba á los culpados, distribuyendo tan justamente los cargos y los elogios; el prelado, cediendo á un impulso inconcebible de terror, se habia alejado de Angelópolis. « Para aplacar el furor de » mis enemigos, dice el mismo, escribiendo al Papa, me » veo obligado á huir á las montañas, y á buscar en la » compañía de los escorpiones y de las serpientes y de » otros animales dañinos la seguridad y la paz que no ha» bia podido procurarme en medio de aquella implacable » Compañía de religiosos. Despues de haber pasado veinte » dias con grave peligro de mi vida y con tal penuria de

» alimento, que estábamos reducidos á no tener mas co-
» mida ni bebida que el solo pan de la afliccion y el agua
» de nuestras lágrimas, descubrimos por fin una pequeña
» choza, en donde estuve oculto por espacio de cuatro
» meses. No obstante, los Jesuitas no perdonaron diligen-
» cia para hacerme buscar por todas partes, empleando para
» esto mucho dinero con la esperanza de que al encon-
» trarme ó me forzarian á abdicar mi dignidad, ó me ha-
»rian morir. » La acusacion es tan formal como posible, sin embargo en 1815 encontró en el Consejo Real de España un impugnador desinteresado, que presentó los hechos bajo otro punto de vista. Gutierrez de la Huerta, tratando del negocio de los Jesuitas y del prelado decia en su informe (que obra en los archivos de Madrid) : « Nadie ig-
» nora que la partida de Palafox fué voluntaria, y con ob-
» jeto de recreo; que pasó á la casa de campo del licen-
» ciado don José María Mier, habitante de la Puebla. Esta
» casa era contigua á la de Otumba, perteneciente á los
» Jesuitas. El licenciado Mier le acompañó en persona en
» este viaje con su familia y sus domésticos, y la gruta
» imaginaria se transformó despues en capilla sobre el ca-
» mino real que baja de la Puebla á Salaya para ir á Vera-
» Cruz. Habrá un poco mas de medio siglo que se veia aun
» en el mismo punto el palmero á cuya sombra, segun
» tradicion, acostumbraba Palafox hacer su rezo, durante
» su permanencia en aquellos campos. »

Gutierrez de la Huerta demuestra por el testimonio de los enemigos de la Compañía de Jesus, que aquel lugar tan horrible en que Palafox no veia sino escorpiones y serpientes, rocas escarpadas y precipicios, era entonces, como ahora, un país rico y celebrado por la belleza de sus perspectivas. Los Jansenistas lo sabian sin duda tan bien como él, pero como tales exageraciones favorecian su causa, debian satisfacer la apasionada credulidad de sus partidarios. Arnauld, con una piedad artificiosa, reprodujo todas estas violencias que inventó un acceso de delirio; y hasta convirtió la virtud del mismo don Juan en arma contra la Compañía de Jesus.

En su carta dirigida al Papa en 8 de enero de 1649 carta que

sucesivamente ha reconocido ó negado él mismo, segun á su causa convenia, y cuya existencia han tenido la crueldad de demostrar los Jansenistas (pues acusando á Palafox, les justificaba) habla este último de sus tormentos, de sus temores, y hace culpables á los Jesuitas de unos crímenes imposibles á una sociedad religiosa. Palafox sabiendo que era apoyado en Europa, no se limitaba á quejas personales, pues en el mismo escrito decia: « ¿ Qué otra órden » religiosa, santísimo Padre, ha sido tan dañosa á la Igle- » sia universal y ha trasfornado tanto todos los estados » cristianos? Pero no hay para que extrañarlo. La razon » es, si vuestra santidad me permite decirlo, que la tan ex- » traordinaría singularidad de esta Compañía la hace mas » bien onerosa á sí misma, que útil y respetable á los otros, » porque ella no es enteramente ni eclesiástica secular, ni » eclesiástica regular. » Y en otra parte dice. « ¿ Qué otra » órden se ha nunca alejado tanto de los verdaderos prin- » cipios de la Religion cristiana y católica? » Palafox añade mas todavía á estas acusacionas: « Su poder, dice hablando » de los Jesuitas, es hoy dia tan terrible en la Iglesia uni- » versal, si no se le reprime, son tan grandes sus riquezas, » tan extraordinario su crédito, que se sobreponen á todas » las dignidades, á todas las leyes, á todos concilios, á » todas las constituciones apostólicas; por manera que los » obispos (á lo menos en esta parte del mundo) estan redu- » cidos ó á morir y á sucumbir combatiendo para sostener » su dignidad, ó á someterse á lo que ellos desean, ó cuan- » do menos á esperar el éxito dudoso de una causa muy » justa y muy santa, exponiéndose á infinitas contingen- » cias, incomodidades y dispendios, y en continuo peligro » de quedar oprimidos bajo el peso de sus falsas inculpa- » ciones. » La circunstancia de desmentir el Obispo de Angelópolis su obra, y de refutárselo victoriosamente los Solitarios de Port-Royal (1), ponia á este Prelado en la mas intrincada situacion. Fué llamado á España y trasladado á la silla de Osma, pequeña ciudad de Castilla la Vieja. Su celo inquieto y su espíritu ardiente le suscitaron nuevos

(1) Diario de *Santo-Amor*, parte III, cap. XIII.

embarazos. No tenia ya Jesuitas que combatir, y se oponia ya al gobierno de Felipe IV. « Por la memoria que habeis
» hecho imprimir, le decia el Monarca en una carta, cuyo
» original se guarda en los archivos de hacienda de España,
» habeis olvidado vuestras obligaciones de ministro y de
» obispo; de ministro, porque sin consideracion alguna à
» las urgentes necesidades de nuestros vasallos, os mos-
» trais contrario á su alivio; de obispo, porque suponeis lo
» que no es, diciendo que yo he mandado que no se hi-
» ciese caso de las censuras.... Acordaos que cuando ve-
» nisteis á España, encontrasteis el estado eclesiástico
» tranquilo y libre de todo cuanto turbaba el vuestro en
» las Indias. Moderad la impetuosidad de vuestro celo, y
» de no, yo pondré remedio. — *Yo el Rey.*

Prescindiendo de estas demasías de virtud, Palafox, tanto en América como en España, habia dejado grande reputacion de ciencia y de piedad. Despues de su muerte los adversarios de la Compañía de Jesus tomaron á pecho el dar celebridad á su memoria, y de la santidad del prelado hicieron una arma contra los Padres. Era muy importante á su causa el ver al Obispo de Osma colocado sobre los altares por el sumo Pontífice, y solicitaron su canonizacion como un triunfo de partido. Los Jesuitas se opusieron, pues el honor se lo imponia como un deber. Desde 1694 Cárlos II, rey de España, practicó las Primeras diligencias acerca Inocencio XII. Tirso Gonzalez, general entonces del Instituto, dirigió una súplica á este principe, la cual bastó para suspender el primer ataque, y no se hizo mas que dar el informe. En 1726 Benito XIII admitió la causa del siervo de Dios. En 1741 Benito XIV encargó el cardenal Passionei que hiciese la relacion sobre la fama de santidad y sobre las virtudes de Palafox. Este cardenal, célebre por muchos títulos, era un enemigo declarado de la Compañía de Jesus. Nada holló de contrario á la Fe ó á las buenas costumbres en los escritos de don Juan; pero no investigó lo que podian contener de hostíl á la verdad ó á la caridad cristiana. En consecuencia en 10 de deciembre de 1760 en el momento en que tronaba la tempestad sobre las Jesuitas, la congrega-

cion de ritos, instigada por Cárlos III de España, creyó que podia pasarse mas adelante.

La Sociedad de Jesus fué suprimida, y como última satisfaccion, exigió el Rey la beatificacion de Palafox. En 28 enero de 1777 pidió el papa Pio VI los votos de los cardenales. Cristóbal de Murr, uno de los protestantes mas instruidos del siglo XVIII, ha conservado en su *Diario para la historia de las artes y de la literatura*, tom. X, pág. 205, el discurso pronunciado por el cardenal Calini en presencia del sumo Pontífice y del consistorio. Traducirémos del texto latino las siguientes palabras, tan llenas de graves acusaciones:

« Un solo argumento alegaré aquí, dice el orador, argu» mento que desde la introduccion de la causa de Palafox » se ha presentado siempre como un obstáculo para su » beatificacion. Este argumento no ha cesado de ser el ob» jecto de nuestras deliberaciones, y hasta ahora ha que» dado en toda su fuerza. Tal es la Carta escrita por el se» ñor Palafox á Inocencio X, en la cual el obispo de Osma » entre las muchas injurias que vomita contra las otras » órdenes religiosas, derrama torrentes de malicia contra » la Sociedad de Jesus, afirmando que es corrompida y » dañosa á la Iglesia de Dios. Cien años hace que se escri» bió esta Carta, y desde entontes, ¿ en dónde y cuando » se ha encontrado en los Jesuitas señal alguna de corrup» cion? Acábase de terminar, santísimo Padre, este largo » y deplorable proceso que ha seguido á la destruccion de » la Orden de Jesus, y que hubiera debido preceder á ella. » Vos mismo, habeis tenido en vuestras propias manos las » piezas justificativas; juzgad pues si puede hallarse en » ellas, no diré una falta de todo el Instituto, pero á lo me» nos la sombra ó la apariencia de falta. Despues de tantas » investigaciones, de tantos medios empleados, de tantas » discusiones, vos mismo podeis testificarlo, santísimo Pa» dre, así como puedo afirmarlo yo con entero conoci» miento de causa; nada, absolutamente nada ha podido » descubrirse de que resulten cargos á la Compañía. »

La Orden de la Jesuitas habia sido suprimida tres años antes, y la beatificacion de Palafox, iba á ser un postrer

triunfo concedido á los vencedores de aquellos, Católicos, Jansenistas, Protestantes ó Filósofos. El Rey de España lo exigia con amenazas de un cisma. Mas despues de haberse consignado en las actas este discurso, cuya conclusion nos priva de reproducir el respeto debido á la memoria de Palafox (añade Cristóbal de Murr), Pio VI escribió á Carlos III que no podia en conciencia declarar en grado heróico las virtudes del obispo de Osma. Entonces el Rey desistió de este negocio, aunque en sus principios le hubiese emprendido con mas calor aun que la destruccion de Compañía.

El haberse frustrado en Roma la beatificacion de Palafox cuando no existia la Sociedad de Jesus, es un hecho grave, que no han pasado desapercibido los historiadores. Hemos citado á Cristóbal de Murr, protestante de buena fe; pero réstanos reproducir lo que dice un católico, que procura cubrir estos sucesos con el velo de una piadosa parcialidad. El conde Alezo de Saint-Priest, ha publicado en 1844 una *Historia de la caida de los Jesuitas*, y en la página 196 se lee lo siguiente: « En el siglo XVIII se reproducia sin cesar » en los despachos enviados á Roma el nombre de Palafox. » El Rey de España mostrábase infatigable en seguir el cur» so de su canonizacion, y las demás cortes de Europa le » apoyaban en sus pretensiones. Y fué tan tenaz la resis» tencia del partido jesuítico, como ardientes habian sido » las instancias de España; nada pudo fatigar á los comba» tientes. Este debate duró cinguenta y un años, en cuatro » distintos pontificados, y no tuvo resultado. Despues de la » última sesion celebrada por Pio VI sobre la beatificacion » de aquel piadoso varon, recogió el Papa los votos, y nada » decidió. »

« El rey de España, continúa el conde de Saint-Priest, » exigia una canonizacion, los Jesuitas querian tambien un » santo; buscáronle por largo tiempo, y le en contraron al » fin... era un francés... llamábase Labre. »

En una nota añadida al texto, no se limita el escrito á las anécdotas de los circos diplomáticos que ha engastado en su obra como diamantes, sino que formula ya un hecho, que es un error manifiesto. « Labre, dice en la pagí-

« na 199 no se beatificó hasta el pontificado de Pio VII.
» Esta fué otra de las consecuencias del triunfo de los Je-
» suitas. »

Habíamos creido hasta ahora que los pares de Francia gozaban del derecho de confeccionar leyes, pero nadie habia advertido que tuviesen tambien el derecho de hacer santos, pues el venerable Labre no lo es todavía sino por obra del señor de Saint-Priest.

Así pues, los Jansenistas, sosteniendo y demostrando la autencidad de la Carta de don Juan, que hemos en parte transcrito, y que satisfacia su encono, han hecho mas contra Palafox que los mismos Jesuitas, pues facilitaron á la Congregacion general de ritos presidida por Pio VI un documento, que no podia menos de ser un argumento indestructible en una canonizacion tan incesantemente reclamada por los enemigos de la Compañía. Y es digno de advertirse que los Jesuitas; apoyados en la palabra de Palafox, se habian esforzado siempre en negar este documento, en dar por sospechoso su orígen, ó cuando menos en atenuar sus efectos.

CAPITULO VI.

Reúnese en Roma la undécima Congregacion general para nombrar un vicario general viviendo aun Goswin Nickel, general de la Orden — Recae la eleccion en el Padre Oliva. — Su carácter. — Los asistentes. — Progresos de la Compañía en las provincias de Milán y de Nápoles. — Su situacion en Portugal. — Alfonso VI y la Reina regente Luisa de Guzman. — El conde de Castel Melhor, primer ministro. — El Padre Andrés Fernandez rehusa la dignidad de gran inquisidor para la cual ha sido nombrado. — Casamiento dé Alfonso VI con mademoiselle de Aumale. — El Padre Francisco de Ville la acompaña á Lisboa. — Carácter del Rey, su conducta. — El Mariscal de Schomberg y el Jesuita son los únicos protectores de la Reina. — Enamórase de ella el infante D. Pedro. — Retírase la Reina á un convento. — Protégela D. Pedro contra el Rey. — El capítulo de Lisboa pronuncia

la separacion — Abdicacion de Alfonso VI. — Regencia de D. Pedro. — Las Córtes mandan una diputacion á la Reina para pedirle que se case con el infante su cuñado. — Conducta de los Jesuitas durante estos sucesos. — El Padre de Ville y el Padre Manuel Fernandez. — Este último es elegido diputado á córtes. — Carta del General de la Orden relativa á dicha eleccion. — Renuncia de Fernandez. — ¿Han contribuido los Jesuitas á la decadencia de Portugal? — ¿Son tan hábiles como se les supone? — Verdaderas causas de dicha decadencia. — El Padre Veyra. — Muerte de Felipe IV de España. — Maria Ana de Austria, regente de España, nombra á su confesor el Padre Nithard gran Inquisidor y consejero de estado. — Renuncia del Jesuita. — El —El Papa le obliga á aceptar.— D. Juan de Austria enemistado con la Reina y con su confesor. — Liga del Clero contra el Jesuita. — Medidas tomadas por Nithard. — Triunfo de D. Juan. — Nithard sale de España. — Su desinterés. — Es promovido á cardenal. — Decadencia de la España. — Carlos II y su reinado. — Los Jesuitas en Polonia. — Casimiro Rey y Jesuita. — Sobieski y el Padre Pazeborouski su confesor. — Pazeborouski da la bendicion á los Polacos antes de la batalla de Choczim. — Sobieski elegido Rey. — El Padre Vota llega á ser su consejero. — Decídele á entrar en la liga de Augsburgo contra Luis XIV. — La política de Vota es criticada por los historiadores franceses. — Sobieski obtiene la victoria de Viena. — Se hace odioso á los Polacos. — Los Jesuitas calman el descontento de Jaime, hijo de Sobieski. — Muere Sobieski en los brazos de Vota. — Los Jesuitas en Inglaterra. — Restauracion de Carlos II. — Retrato de este príncipe. — Los católicos reunidos en Arundel-Honsse piden la abolicion de las leyes de persecucion. — El Parlamento se manifiesta dispuesto á acceder con tal que se expulse de Inglaterra á los Jesuitas. — Divisiones en el partido católico. — Evocacion de las doctrinas ultramontanas. — Los Jesuitas acusados de ser la causa de la peste y los autores del incendio de Lóndres. — El anglicanismo atiza contra ellos al populacho. — Cárlos II proscribe á los Jesuitas. — Carácter del duque de York. — Se hace católico. — El Papa y el Padre Simons intervienen en su conversion. — Defensa de Antonio Arnauld á favor de los Jesuitas, supuestos conspiradores en Inglaterra. — Complot descubierto por un falso Jesuita francés. — Sus revelaciones. — Credulidad del pueblo. — Luzancy en presencia del Consejo privado. — El doctor Tonge y Tito Oates. — Carácter de estos dos hombres. — Conspiracion forjada por los mismos — El Padre Bedingfield. — Oates finge convertirse al Catolicismo. — Preséntase para entrar en la Compañía de Jesus. — Su interrogatorio delante del Rey. — Colman y sus cartas al Padre Lachaise. — Lord Shaftesbury mira este complot como un medio de llegar al poder. — Su retrato. — Muerte del juez de paz Edmundo Godfrey. — Revelacion de Beldoe contra los Jesuitas. — Shaftesbury y Burnet. — El Papa y el General de los Jesuitas acusados por Oates como á fautores de un nuevo gobierno en inglaterra. — Arresto de los Padres del instituto y de los

lores Católicos. — Su proceso y su suplicio. — Condena y ejecucion del conde de Stafford. — Muerte de Cárlos II. — Jaime II. — Principios de su reinado. — Los Kuáqueros y toda la Inglaterra saludan en él la esperanza de un pervenir de libertad. — Los Jesuitas triunfantes. — Sunderland y el padre Peters. — Este Jesuita toma parte oficial en los asuntos públicos. — Jaime II le nombra consejero privado. — Carta interceptada ó forjada por Guillermo de Orange. — Jaime concede la libertad de conciencia. — Opónese el Anglicanismo. — Jeffryes y la justicia. — Protesta de los obispos. — Conducta de Peters. — Sirve de pendon contra el rey. — Conspiracion del príncipe de Orange. — Bayle y los enemigos de los Jesuitas. — Peters perjudica la causa de los Estuardos permitiendo que se le forzase á aceptar una dignidad política.

Durante los treinta primeros años de la encarnizada guerra pronunciada en Francia por el Jansenismo contra los Jesuitas, á exception de la Bélgica, las demás provincias permanecieron quietas. No entraba en las miras de la Sociedad presentar todas sus fuerzas en un mismo punto. La lucha era su elemento; sabia que habia nacido para ser objeto de discusion, y no le arredraban las vivas enemistades que le acarreaba su poderío. Sufrida, por creerse superior á las tempestades y porque no le quedaba mas que hacer que conservar el favor de los reyes y el aprecio todavía mas versátil de los pueblos, tal vez la Sociedad no había cuidado bastante de apreciar debidamente las fuerzas de sus nuevos antagonistas. Comprendia muy bien que una secta que no se atrevia á declararse por la herejía y por el cisma, no era temible para la santa Sede : preveía que, atendido el curso ordinario de las cosas en este mundo, no era posible otra generacion de Pascales y de Arnauldos; pero en medio de estas previsiones olvidaba que los Jansenistas, asidos al seno de la Iglesia, debian con el tiempo hacer mas daño á los Jesuitas que todos los Protestantes. Estos últimos no medían bastante la fuerza de los golpes que descargaban, herian con la misma arma al dogma y la disciplina, y tenian por enemigos naturales á la corte de Roma, á los príncipes católicos y al Instituto. Los

Jansenistas al contrario, se jactaban de ser tan sumisos á la santa Sede como á su fe religiosa y política, presentándose como hijos los mas respetuosos del Vicario de Jesucristo y como los mas diestros cortesanos de Luís XIV. Si hacian los medios para aplastar la Sociedad fundada por Loyola, aparentaban hacerlo únicamente por el bien de la Iglesia y de los monarcas.

Los Jesuitas no advirtieron que esta posicion intermedia podia acarreales varios peligros. Como Pascal habia muerto, Arnauld se hacia viejo y los Solitarios de Port-Royal se iban dispersando, los Padres creyeron que los nuevos acontecimientos crearian nuevas pasiones. Dueños de la educacion de la juventud y de la direccion espiritual de los monarcas, se vieron arrastrados por la corriente del siglo, sin acordarse de que dejaban á sus espaldas un cuerpo hostíl que estaba pronto á confederarse con todos los malcontentos y á lisonjear todas las pasiones.

En lo mas empeñado de la guerra, cuyo primer período se acababa de concluir, se reunió en *Giesu* la undécima Congregacion general en cumplimiento de un breve de Inocencio X, y en las actas de esta asemblea ninguna mencion se hizo de la lucha sostenida en Francia. Parece que estos hombres, venidos de diversos puntos del globo para sondear la posicion del Instituto, tienen que hacer prevalecer un pensamiento mas elevado que no lo es el que de preferencia ocupa á los Jesuitas franceses. Estan en Roma á la vista del Pontífice, en esta ciudad que ya no tiene pasiones porque todas las ha agotado. Su primer cuidado se dirige á evitar toda especie de discusion que no se avenga con los deseos de su Fundador. La congregacion, abierta el 8 de mayo y cerrada el 27 de julio de 1661, empezó por la eleccion de un vicario. Gowin Nickel, que era el General de la Orden, iba envejeciendo, y sus achaques no le permitian ya gobernar con la necesaria aplicacion y vigor. Pedia por lo tanto á los Jesuitas que le librasen de tan excesiva responsabilidad dándole un apoyo. Cediendo á sus instancias, se resolvió elegir un vicario con oposicion á la vacante. Pero antes de proceder á la eleccion del que debia compatir el poder supremo, la Congregacion, para dar un testimo-

nio de su deferencia á la Santa Sede, pidió al Papa que le concediese una autorizacion, que por otra parte no necesitaba: accedió Alejandro VII por medio de un breve, y el 7 de junio, Juan Pablo Oliva fué nombrado Vicario general perpetuo con oposicion á la vacente y facultad de gobernar, habiendo reunido cuarenta y nueve votos contra cuarenta y dos.

Oliva, que ejerció dichas funciones durante tres años, y que despues de la muerte de Goswin fué general diez y siete años, descendia de una familia ducal de Genova. Su abuelo y su tio habian sido dogos de la República, y él se habia substraido á los honores para sepultarse en la humildad. En medio de los distinguidos sacerdotes que en su seno iba reuniendo la Compañía, habia adquirido Oliva una fama de sabiduría y de prudencia, que se habia extendido mas allá del recinto del claustro, maestro de novicios durante diez años, rector del Colegio germánico, teólogo eminente, hombre consumado en el manejo de los negocios, estaba dotado á mas con el don de la palabra y varias veces habia brillado su elocuencia en la cátedra del sacro-Palacio. Amigo del gran Condé y de Turenne, habia recogido el último suspiro de Inocencio X, el cual para morir santamente quiso tenerlo á su lado en la agonía. Tal era el jefe que eligió la Sociedad, designando para asistentes de Italia, Alemania, España y Francia á los padres Alejando Flisco, de Noyelles, Sebastian Izquierdo y Claudio Boucher. El Cargo de admonitor del vicario general recayó en el padre Nicolás Zuchi, cuyo vigor no habian logrado agotar las fatigas de cincuenta años de apostolado.

La Congregacion expidió treinta y seis decretos destituidos de importancia histórica. Habia tenido lugar de asegurarse de sus progresos, cuya importancia le revelaba lo que sucedia en Italia. Todas las principales ciudades tenian casas de la Orden: las provincias de Milan y de Nápoles, tan fecundas y ricas, no quisieron quedar rezagadas. Fundóse un colegio en Cuneo en 1628, por el marqués Malasina y el conde de Monbasilio. En 1635, el príncipe Mauricio cardenal de Saboya, fundó el seminario de Chieri. En 1642 la ciudad, de Bormio en la frontera de la Volturena, cono-

ció la necesidad de tener Jesuitas que la preservasen de la herejía zwinglia, que se iba difundiendo entre los Grisones, y el año siguiente se construyó en ella el colegio. Geronimo del Bene, noble genovés, consagró su fortuna á un establecimiento para los Padres, el cual tomó el nombre de su bienhechor. En 1660 siguió ejemplo de Bormio la ciudad de Saluzzola. Fueron tan evidentes las ventajas que produjo á sus habitantes, que á mediados de 1669, María Batistina, duquesa de Saboya, puso por sus manos la primera piedra del Colegio de nobles en Turin, y para no retardar la obra que tomaba su nombre cedió uno de sus palacios, en el cual abrieron sus cursos los Jesuitas. Seis años despues el cardenal Frederico Vizconti, arzobispo de Milan, concibió y puso por obra el mismo proyecto. Los Jesuitas encargados de dirigir la célebre academia de Brera redactaron los reglamentos del nuevo gimnasio. En 1699 el conde Silvestre Olivieri ofreció á la Sociedad una casa de ejercicios. En 1705 la ciudad de Savigliano formó una residencia destinada á ser con el tiempo un colegio del Instituto.

Al propio tiempo, el reino de Nápoles acogia favorablemente los deseos de sus pueblos. En 1630 el marqués de la Villa fundó el pensionado de nobles. El año siguiente cuando el terremoto y la erupcion del Vesubio desquiciaron la ciudad en los 15, 16 y 17 de diciembre, sembrando el duelo y la consternacion en los corazones, los Jesuitas, procuran reanimar el pueblo, que á vista del doble azote se entregaba á la desesperacion. La Iglesia de la casa profesa era el asilo escogido de preferencia por los habitantes de Nápoles. Los Jesuitas se multiplican en la torre del Greco, en Bosco, en Portici, y en Resina, que eran los puntos donde era mas inmediato el peligro, y en los cuales la miseria y la muerte se presentaban bajo mil diversos aspectos. Alientan á unos, dulcifican la suerte de otros y buscan asilo para las familias abandonadas. La caridad de los Padres excita el reconocimiento. Algunos meses despues el marqués Spinelli Foscaldo fundó un colegio en Paola. Erigíanse otros en varios puntos de Sicilia, estos es en Palermo, en Mesina, en Siracusa, en Bideno, en Siclia en Noto, en Alcamo, en Mazarino, en Caltagirone, en

Mazzara y en Trapani. En ciertos puntos los grandes del reino se asocian con el pueblo, y en otros el pueblo concluye por sí solo una obra, cuya necesidad apremiante reconoce por su propio bien y por el de sus hijos.

Mientras que este impulso sí difundia de ciudad en ciudad, y que toda la Italia arrojaba un grito anánime pidiendo Padres del Instituto, el reino de Portugal se veia desgarrado por sus discordias intestinas. Entonces, lo propio que en tiempo de los reyes don Sebastian y don Enrique, el nombre de la Sociedad de Jesus, se mezcló por medio del tribunal de la penitencia, y por la política, en las revoluciones palaciegas, cuya iniciativa tomaba el pueblo.

En 1656 murió Juan IV de Braganza. El auxilio que le habian dado los Jesuitas para subir al trono, habia sido en todo caso muy indirecto. Siguiendo el ejemplo del príncipe, habian dejado seguir la marcha de los sucesos. Una vez que ciñó la diadema aceptaron el hecho consumado, y lograron encontrar en el nuevo Rey un protector tan decidido como los últimos príncipes de la casa de Manuel. Juan IV reinaba por los derechos de su esposa Luísa de Guzman, la cual de concierto con Pinto y algunos Jesuitas habia conspirado contra España con tan favorable exito. Eran los Padres en Portugal y en sus posesiones de Ultramar el eje de la civilizacion. El Rey por gratitud y por política se propuso doblar su fuerza. Colmó de favores á los misioneros que salian para las Indias, la China, el Brasil, el Marañon ó el Africa. Enriqueció las provincias de Goa, de Cochinchína, y de Macao, y luego, como si su real munificencia no probase bastante la confianza que le inspiraban los Jesuitas, quiso que fuesen los directores de toda su familia.

El padre Juan Nuñez fué nombrado confesor de la Reina y del Infante, y del Soberano lo fué el padre Andrés Fernandez. Semejante encargo hasta entonces no habia tenido en Portugal nada de político. Juan IV abrió á Fernandez la puerta de su Consejo de estado, y el Jesuita tomó asiento en él. Cuando la muerte se llevó á Juan de Braganza, la madre de Alfonso VI quedó encargada de su tutela. Luísa de

Guzman siguió manifestando al padre Fernandez el aprecio que le habia demostrado el último Rey, y concibió el proyecto de hacerle aceptar el destino de gran Inquisidor, que ya enteramente habia rehusado. Esta dignidad, que se miraba como la segunda del reino, era incompatible con los votos de los profesos del Instituto, y no se avenia con las tendencias ni con las costumbres de los Jesuitas. Francisco de Borja habia esquivado este peso en España, y Fernandez le imitó en Portugal. Semejante reserva no pareció extraña en la corte de Lisboa, atendidos los muchos ejemplos de abnegacion personal que en ella habian dado los Jesuitas. No siendo posible seducirlo con el cebo de los honores, se pensó en triunfar de su resistencia ofreciendo á su familia una de las plazas mas ambicionadas en el palacio. ¿Pero qué es lo que me proponeis? contestó el Jesuita. Nací de padres pobres y obscuros. Ninguno de mis parientes puede presentarse con decencia en la corte ; no pensemos mas en esto, ni por ellos, ni por mí. Esta contestacion acalló las importunaciones. Andrés Fernandez murió en 1660, y los Jesuitas siguieron dirigiendo la familia real.

Entretanto Alfonso VI salió de la menor edad. Sus desórdenes sucedieron á la prudencia de su madre. Entregado á la mas loca embriaguez, recorria á menudo las calles de Lisboa acompañado de una chusma de espadachines, cometiendo toda clase de excesos. Como la reina Luísa era para él un reproche viviente, procuró alejarla, y penetrado de su propia incapacidad, tomó para ministro director al conde de Castel-Melhor. El favorito de semejante Rey estaba casualmente dotado de algunas prendas de aquellas que constituyen el hombre de estado. Pero para dominar á Alfonso, habia tenido que sacrificar su dignidad de hombre, haciendo odiosa al hijo la madre que durante la regencia habia desplegado tantas virtudes como valor. Ciñóse Castel-Melhor á este papel de ambicioso vulgar, y una vez asegurado su poder, conoció que para contener la naciente depravacion de un príncipe medio embrutecido, convenia inspirarle la afeccion de familia y hacerle mirar et trono con interés por medio del amor pa-

terno. En 1663 lo hizo cesar con María Isabel de Saboya Nemours, conocida hasta entonces por el nombre de mademoiselle de Aumale.

La nueva Reina no podia contar en Lisboa mas que con dos amigos : el mariscal de Schomberg, el cual al frente de los Portugueses habia triunfado de los Españoles; y el padre de Ville, que habia dirigido la juventud de la Princesa. Esta, del centro de la delicadeza y de los placeres que dominaban en la corte de Luís XIV, pasaba improvisadamente al lado de un Príncipe, cuyos excesos, locuras y disolucion, mezclados de crueldades le hacian odioso. Procuró al príncipio la Reina ocultar la tristeza que amargaba su pecho; pero ciertos sucesos imprevistos vinieron á complicar su situacion. El abate Gregoire, en su *Historia de los confesores de los reyes*, pág. 243, se produce en estos términos : « Juan IV tuvo por sucesor al imbécil Alfonso VI, que casó » con Maria de Nemours. La Reina maltratada por su » marido, concibió cierta inclinacion á su cuñado don » Pedro, hermano de don Alfonso. Tanto la reina como » don Pedro se confesaban con Jesuitas muy duchos, que » tomaban á pecho, en primer lugar, el lograr que se » apartase del gobierno don Alfonso, el cual habia elegido » un confesor benedictino, en vez de echar mano de algun » padre de la Sociedad, y en segundo, el conservar el go- » bierno á su muger, de cuyas resoluciones eran los árbi- » tros. Convinieron en dar al estado un mal Rey y á la » reina un mal marido, colocando en el solio al cuñado de » la Princesa. La irritacion general de la nacion contra » Alfonso daba todas las probabilades de un éxito favo- » rable. El padre de Ville, jesuita francés, confesor de la » Reina, y otro padre tambien francés llamado Verjus, se » empeñaron en que el casamiento era nulo por ser el Rey » impotente. Por mas que el Príncipe sostuviese de pala- » bra lo contrario, se logró hacerle firmar una declaracion » de que la Reina permanecia doncella. Es bien sabido el » resultado de esta intriga Alfonso VI destronado pasó á ser » cuñado do su mujer casada con don Pedro, el cual no » obstante no tomó el título de rey hasta despues de la » muerte de don Alfonso. »

Por el mismo estilo que sus antecesores y sus sucesores en el arte de desfigurar los hechos relativos á los Jesuitas Gregoire no pone mucho cuidado en ser justo, ni en presentar los hechos bajo su verdadero punto de vista. La exactitud histórica tiene que ceder á las preocupaciones y rumores de partido. Segun dicho relato, los Jesuitas habrian sido los únicos en obrar y en conspirar para destronar á Alfonso VI. La razon mas concluyente que de ello alega Gregoire, es que « el Príncipe habia elegido para confesor á » un benedictino en lugar de dirigirse á la Compañía. » Tenemos por lo tanto que, segun el testimonio de este Obispo constitucional y regicida, los Jesuitas desquiciando el principio de sucesion en la casa de Braganza, habrian expuesto el reino á las turbulencias que produce la usurpacion, porque don Alfonso no iba á confesar con uno de ellos los crímenes de su pensamiento y los excesos de una organizacion viciosa. En estos hechos, que tanta agitacion ocasionaron en las cortes de Europa, tuvieron indudablemente mucha parte los Jesuitas. No viene al caso disimularlo, ni atenuarlo, pero la historia ne debe presentarlo bajo unas formas que nunca existieron en la realidad.

Los escritores que han tratado esta cuestion; en la cual figura en primer lugar el derecho de legitimidad, acusan unánimemente á Alfonso. Este Rey desgraciado sucunbió bajo el peso de la lucha, y por lo mismo sus faltas habian sido exageradas por el mero hecho de sus infortunios. Los historiadores de todas las épocas tienen la costumbre de no protestar nunca contra la prosperidad, y aceptar casi sin exámen el poder establecido por un capricho de la fortuna ó por una conspiracion atrevida. No serémos nosotros los que abandonemos á la ligera el principio constitutivo de los tronos y de la familias, y al propio tiempo que restringimos los actos inculpados á los Jesuitas, reprobarémos su intervencion en la destitucion de un rey, destitucion que aplaudieron, bien que no la hubiesen provocado. La política y el amor, la ambicion y la diplomácia, el voto de las Cortes y la voz del pueblo intervinieron en este complot, y conviene dejar á cada uno la parte que en él tuvo.

En la cuarta parte de la *Historia de Portugal*, escrita por

el continuador de Faria-y-Souza, en la *Historia general de Portugal* por la Clede, y en la *Historia universal*, obra de los anglicanos, Alfonso no llega á exitar aquella compasion vulgar que inspiran los soberanos destituidos. Vertot, en sus *Revoluciones de Portugal*, no es menos explícito que dichos analistas. Todos hablan con el mas profundo desprecio de un Príncipe destituido, segun su dictámen, de las calidades de hombre y de rey. El historiador de Portugal y Vertot (1) nos le pintan recorriendo las calles de Lisboa, precipitándose espada en mano sobre sus súbditos, y algunas veces hasta sobre las guardias nocturnas. Los otros, de acuerdo con Faria- y-Souza (2), declaran que « luego despues de casado » con Maria de Saboya los nobles y el pueblo sospecharon que » el título de reina y de consorte del Monarca no era mas » que un velo para cubrir la impotencia de este último. »

» Como no era de creer, añade la Clede (3) que el Rey » tuviese sucesion, se pensó en no diferir el casamiento del » Infante. El marqués de Noza y el de Sande hablaron del » asunto con mucho empeño al favorito, este al Rey, el » cual hizo decir al infante que indicase la princesa de Eu- » ropa á quien tuviese particular inclinacion. » Igualmente el escritor Fremont de Ablancourt, encargado de negocios de Francia en Portugal, afirma (4); « Que el Rey, conociendo » su estado y deseando asegurar la tranquilidad del reino, en- » cargó á su confesor, que lo era igualmente de su hermano » don Pedro, que prapusiese al Príncipe el tomar por esposa » una princesa de Europa, á su libre eleccion. »

Hasta entonces Alfonso, aconsejado por Castel-Melhor su ministro, ó inspirado por un sentimiento dinástico que parecia muy ageno de su conducta, no habia llegado con su hermano ni con la Reina á estas públicas recriminaciones que inician á los pueblos en los escándalos y divisiones, de

(1) Faria-y-Souza, *Historia del reino de Portugal*, parte 4., pág. 404.— Vertot, pág. 336.

(2) Faria-y-Souza, *ibidem.*, pág. 405.

(3) De la Clede, tomo II, pág. 771.

(4) *Memorias referentes á la historia de Portugal desde la paz de Westphalia á* 1668.

Conoció el Rey la partida que se le habia jugado, y á impulsos de su furor corrió al monasterio, resuelto á forzar sus puertas; pero le habia tomado la delantera don Pedro, que estaba allí para protegar á María. Acompañábale una numerosa comitiva. Este séquito y la misma presencia del Infante prueban que no habian dejado de cometerse indiscreciones, y que la fuga de la Reina servia de pretextopara una revolucion. Intimidado don Alfonso á la vista de su hermano y de la muchedumbre, corrió á encerrarse en palacio, donde privado de sus ministros y reducido á sus propias inspiraciones, soltó las riendas á su extravagante desesperacíon, manifestando de un modo convincente que habia perdido el juicio. La nobleza y la municipalidad se reunieron á instancias de don Pedro, y lograron hacer firmar á don Alfonso una abdicacion á favor de su hermano. Las cortes reunidas el 1.° de enero de 1668, no contentas con ratificar lo que se habia hecho, quisieron pasar aun mas adelante, instando á don Pedro que tomase el título de rey en vez del de regente, que por un prudente respeto dinástico se proponia conservar hasta la muerte de Alfonso VI. Triunfó el Infante de la voluntad del pueblo y de las cortes, quedando tan solo con el título de regente.

Otra cuestion mas escabrosa quedaba para decidir : don Pedro se proponia anular el enlace de Alfonso con María, y la Princesa lo deseaba tanto como él. Desde el fondo de su retiro se habia dirigido al Capítulo de la catedral de Lisboa para hacer anular su casamiento con el Rey. Alfonso, instado para que reconociese la nulidad de esta union, que no habia sido consumada, declaró que solo despues de oido el parecer de los teólogos adheriria á ella. Los teólogos que indicó fueron del mismo parecer que las Cortes (1). Alfonso cumplió su palabra, y el 24 de marzo de 1668 el Capítulo, vista la instancia de la Reina y el testimonio del Rey, anuló la alianza contraida bajo tan funestos auspicios. « Si bien

(1) *Catástrophe de Portugal : Na deposiçao del rey D. Alfonso VI*, por Leandro Dorca Caceres y Souza. — *Historia universal* por una sociedad de literatos ingleses, tomo LXXIII, pág. 507.

» algo tardía, dicen los escritores anglicanos (1), la sen-
» tencia era clara y decisiva. Esto no debe extrañarse aten-
» dido que don Alfonso reconoció mediante documento fir-
» mado de su puño la verdad de lo que alegaba la Princesa,
» sin hacer la menor oposicion ni tratar nunca de apelar
» de la sentencia. »

La opinion de dichos escritores protestantes, poco convincente para nosotros, tampoco lo habria sido mucho para los Jesuitas ni para la Reina, por cuyo motivo se trató de acudir á una autoridad menos complaciente que el Capítulo de Lisboa. Mientras que los canónigos de la catedral deliberaban, María de Saboya hizo pasar á Francia su secretario de órdenes Verjus, conde de Crecy. Este diplomático, que despues fué nombrado embajador cerca la Dieta germánica, y que hizo un gran papel en este asunto, tenia un hermano, miembro de la Compañía de Jesus. Se confundió, ó se afectó confundir, el uno con el otro para atribuir al Instituto una accion determinante que no pudo ejercer el padre Verjus, atendido que este Jesuita residia á la sazon en Francia; pero este parentesco le ha sido históricamente funesto. Luego que el conde de Crecy, encargado de informar á Luis XIV de las novedades ocurridas en Portugal, llegó á París, encontró allá al cardenal de Vendome, tio de María y legado de Clemente IX. De Verjus, dice la Clede, en su *Historia de Portugal*, tom. II, pág. 776, no pudiendo dudar de la impotencia de Alfonso, habló del asunto con el Cardenal. Aseguróle al propio tiempo « que los Portugueses
» deseaban que el infante don Pedro casase con la Reina
» caso de declararse nulo el enlace de esta. « La sentencia del Capítulo de Lisboa parecia no dejar lugar á ninguna duda; sin embargo, para corroborarla convenia obtener dispensa del impedimento de pública honestidad. El cardenal legado estaba perplejo. El obispo de Laon, y el señor de Lionne, ministro de negocios extranjeros, bien cono-

(1) ***Catastrophe de Portugal*: *Na deposiçao del rey D. Alfonso VI*, por Leandro Dorca Caceres y Souza — *Historia universal* por una sociedad de literatos ingleses, tomo LXXIII, pág. 515.**

cido por su afeccion al jansenismo, triunfaron de los escrúpulos del legado. Examinaron la bula en la cual estaban consignados sus poderes, y hallaron explícitamente concedido en ella el que á la sazon se invocaba (1). El 6 de marzo de 1668 otorgó el legado la dispensa que solicitaba el conde de Crecy: y este al regresar á Lisboa pudo ofrecer á la Reina el decreto que le devolvia su libertad.

Las Cortes permanecian aun reunidas y para darles ocupacion se echó mano de hacerles representar una especie de farsa. La Reina, ó por pudor, ó por el recuerdo de sus pasadas desgracias, manifestaba un vivo deseo de retirarse en el seno de su familia. Aconsejábaselo el padre de Ville; pero se opusieron los estados del reino. Sabian el amor que el regente profesaba á María de Saboya, y tampoco ignoraban que la Princesa no era insensible á este afecto. Enviaron por lo tanto á la misma una solemne diputacion encargada de pedirle que se casase con el Infante, atendido, dicen las Cortes, que la actual situacion de Portugal no le permite devolver el dote. Lo mismo practicaron las Cortes con el Regente, declarando con energía que no aprobarian ningun otro enlace. El Príncipe se mostró mas condescendiente que la Reina, accediendo sobre la marcha á unos deseos tan conformes con los de su corazon, pero se necesitaba igualmente el consentimiento de María.... El cuerpo municipal, dice la Clede (2), juntó sus súplicas á las de los tres estados y se presentaron juntos á la Reina para determinarla á concederles la gracia que solicitaban. Conmovida por tales instancias, accedió por fin María á sus deseos.

El 2 de abril de 1668 se celebró el enlace de María de Saboya con don Pedro, regente de Portugal. La España estaba interesada en rechazar una alianza que frustraba sus tramas. Quejóse de que no se hubiese consultado la santa Sede. El padre de Ville decidió la Reina regente á someter la cuestion al Papa. Examinóla en Roma la Congregacion

(1) *Memorias* de Fremont 91. Ablancourt. — *Historia universal* por los ingleses, *Ibid.*

(2) *Historia general de Portugal*, tomo II, pág. 778.

de cardenales, junto con los mas sabios casuistas. Visto su parecer motivado, el 10 de diciembre de 1668 Clemente IX ratificó la sentencia de nulidad, y confirmó la dispensa que se habia creido autorizado á dar su legado.

Hemos explicado la parte que tuvo en estos hechos un Jesuita. No ha reprendido su conducta la Compañía; luego se sigue que ha aprobado sus actos y héchose históricamente responsable de los mismos. En nuestro concepto el padre de Ville traspasó los limites de cariño paternal para con esta jóven desgraciada, y que no tenia otros apoyos cerca del trono que un Jesuita y un soldado protestante. Pero prescindiendo de la violacion del principio monárquico, en el cual tuvieron mucha menor parte el Padre y Schomberg que las Cortes y el pueblo portugues, debemos confesar con los historiadores que nunca se presentó un conjunto de circunstancias tan imperiosas. Es preciso confesar sobre todo que la situacion del país durante el gobierno de Alfonso, y la que le hizo tomar don Pedro, segun la Clede (1), « no se podia contar con el Rey ni un » solo instante. El abatimiento era general : las rentas del » Estado estaban agotadas, el comercio parado y el curso » de los asuntos interrumpido. » Los autores angliganos pintan de otro modo la regencia de don Pedro (2). « Aplicóse, dicen, con el posible ardor y vigilancia, á ponerse » en el caso de gobernar bien el reino, y á usar de su auto» ridad de un modo que le hiciese honor. Disminuyó los » gastos del estado, licenció la mayor parte de las tropas, » puso el posible órden en la hacienda pública, ofreciendo » el mismo en la corte el ejemplo de la economía; cuya » imitacion era á su vez tan necesaria á sus súbditos, para » que pudieran reparar hasta cierto punto los males y de» sastres á que estaban expuestos, tras tanto tiempo de » vivir bajo la dominacion extranjera. El continuador de » Faria-y-Souza añade (3) Apreciaba á sus súbditos y todos » aplaudian su administracion, prueba evidente de que era

(1) *Historia general de Portugal* tomo II, pág. 778.
(2) *Historia universal*, tomo LXXIII, pág. 523.
(3) *Historia de Portugal, Ibid.*

» buena, pues de lo contrario los Portugueses nobles y ple-
» beyos no habrian dejado de criticarla. »

Dichos escritores, que si bien pertenecen á varias naciones, son todos adversarios de la Compañia, están de acuerdo en elogiar las medidas que tomó el regente don Pedro, y teniendo que fallar sobre las virtudes de un rey, preferimos siempre el testimonio de autores imparciales al de un regicida. No fueron los Jesuitas los que confirieron la regencia al infante y provocaron la abdicacion forzada de Alfonso. Este fué obra del consentimiento unánime de todos los órdenes del Estado. Si estos traspasaron los derechos constituyentes debemos confesar que los Jesuitas no tenian autoridad para hacerles cumplir con su deber. El padre de Ville era el director espiritual de María de Nemours, que depositaba en él toda su confianza : debió por lo tanto ser consultado por ella acerca la triste posicion en que la habia colocado Alfonso. ¿Los consejos que dió el Jesuita á la princesa estuvieron enteramente exentos de toda mira política? á decir verdad no lo creemos, sin embargo en la misma época y en el mismo país el general de la Compañía halló una ocasion favorable para manifestar el concepto que formaba el Instituto de los Padres que tomaban una parte activa en los asuntos políticos, y no dejó de aprovecharla.

El padre Antonio Fonseca habia sido nombrado confesor de don Alfonso, confinado en la isla Tercera, y trasladado despues al castillo de Cintra donde murió en 1683. Don Pedro quiso recompensar á los Jesuitas por los servicios que le habian prestado, y el padre Manuel Fernandez, fué elegido para director de su conciencia. El regente no tenia mas que un partido en Portugal, porque segun el parecer de muchos el pacto fundamental habia sido violado en su esencia. Conveníale por lo tanto rodearse de hombres dotados de talento y firmeza. Bajo este doble título en 1677 hizo que su confesor el Jesuita fuese nombrado diputado á cortes. Esta dignidad estaba en oposicion con los votos de los Jesuitas, con las constituciones de san Ignacio y con todos los precedentes. Por su nueva posicion se veia envuelto el Padre en el movimiento de los asuntos políticos :

el General de la órden, informado de esta infraccion de la disciplina, con fecha 8 de enero de 1678 dirigió desde Roma al padre Antonio Barradés provincial de Portugal la carta siguiente.

« Hace muy poco tiempo, reverendo Padre, que mientras estabais ausente de Lisboa, el padre Manuel Fernandez » ha dado el ejemplo de aceptar una plaza en la asamblea » de los tres órdenes del reino, en medio de los hombres » mas distinguidos de Portugal. Este modo de obrar, á mas » de ser contrario al que siempre se ha observado en las » cortes del Emperador, del Rey de Francia, y de Polonia » no puede conciliarse con el tercer voto simple que añaden los profesos á sus votos solemnes, el cual ni yo mismo estoy autorizado á dispensarlo, especialmente despues » de la declaracion de Urbano VIII dada en forma de breve » el 16 de marzo que empieza por estas palabras: *Tota quæ* » *Deo*. Es incompatible con nuestras constituciones, con el » decreto 79 de la quinta congregacion general, con los » monitorios generales y con la regla cuarta prescrita especialmente á los confesores sobre semejantes materias. » No puedo callar en vista de semejante hecho y aguardaré con solícita impaciencia la carta en la que me » manifieste vuestra Reverencia su vigor en defender nuestras leyes y en lavar la Compañía de una mancha que » empieza á empañar su nombre con motivo de esta debilidad. Los superiores están estrictamente obligados, bajo » cargo de conciencia, á tomar sin retardo ni escusa las » mas eficaces medidas para desviar al padre Fernandez » de su resolucion de sentarse en las cortes. Con este objeto pido é imploro el patronato del príncipe serenisimo, » el concurso de su director, el zelo de vuestra Reverencia » y la cooperacion de muchos otros Padres.

» Si S. A. R. accediendo á las instancias del padre Fernandez le permite abdicar una dignidad que está en oposicion con sus votos, déle V. R. las mas humildes gracias, tanto en nombre propio como en el mio y en él de » toda la Compañía. Sí, lo que me parece increible el confesor se resistiese á hacer esta demanda, ó si lo que todavía tengo por mas imposible, el príncipe no quisiese

» acceder á ella, vuestra Reverencia tendrá que seguir la
» conducta digna de elogio que observó con Urbano VIII
» el padre Mutio de piadosa memoria. Para apartar al sumo
» Pontífice del deseo que manifestaba de conferir la digni-
» dad episcopal al padre Fernando Salazar, el General de
» la Orden, en Compañía de todos los profesos residentes
» en Roma, fué á postrarse á los pies de S. S. pidiéndole
» encarecidamente y con vivas lágrimas que conservase
» nuestra humildad y nuestra disciplina.

» Por el mismo estilo vuestra Reverencia acompañado de
» los tres rectores de colegio de san Antonio, del semina-
» rio irlandés, y del noviciado; de los cuatro consultores
» de la Provincia, esto es, el padre Antonio Vieyra, á quien
» se mandará á buscar indefectiblemente en cualquier lu-
» gar que esté, y los padres Carvalho, Andrés Vas, y Jorge
» Acosta; de los cuatro procuradores de las provincias,
» Juan de Almeida que lo es de Portugal, Juan Zugarde de
» la del Japon, Adriano Pedro de la de Goa y de la China,
» y Francisco de Mattos de la del Brasil, se postrará con
» todos ellos á los pies del trono, á la sombra del cual se
» gloria el Instituto de haber nacido, desarrollándose y ex-
» tendiéndose hasta el extremo de los dos mundos. Recordad
» al príncipe los beneficios que debemos tanto á él como á
» sus predecesores. Instadle vivamente en nombre de la
» benevolencia que siempre nos ha demostrado, para que
» á las muchas prerrogativas de las cuales nos ha colmado
» la familia real, añada la gracia de conservarnos la mas
» preciosa de todas, que consiste en huir las dignidades y
» asuntos temporales, y en observar estrictamente nuestro
» instituto. Hacedle presente las leyes de la Compañía de
» las cuales acabo de hablar, y los decretos por los cuales
» nos regimos, decretos sancionados por las censuras ecle-
» siásticas, que tal vez el padre Hernandez no habia aun
» incurrido, por haber seguido en su conducta la opinion
» errónea de algun ignorante con quien se habia aconse-
» jado, mas bien que una maliciosa premeditacion. Mani-
» festadle sin embargo que de aquí en adelante seria ines-
» cusable si proseguia sentándose en el Consejo, despues
» de haberle desengañado el legítimo intérprete del Insti-
» tuto.

» Todo lo dicho hacedlo presente en primer lugar al men-
» cionado Padre, y si como lo espero se muestra dócil y
» renuncia la dignidad en cuestion, miraré el mal como
» en gran parte curado y tomaré las mas suaves medidas
» para el completo remedio. Pero si, lo que Dios no per-
» mita, se hace sordo á mis órdenes, y continua sentándo-
» se en las cortes y ocupándose en negocios políticos, se-
» rá vuestro deber declararlo infiel á su voto y á nuestros
» preceptos, sujeto á las censuras que los sancionan, des-
» pojado del cargo de propósito de la casa profesa y de
» consultor de la provincia, y privado de toda voz activa
» y pasiva. Encargo al mismo tiempo á vuestra Reverencia
» que antes de presentarse al príncipe y despues de la au-
» diencia, lo prevea y disponga todo de acuerdo con los
» rectores, consultores y procuradores arriba citados. Con-
» ferenciad antícipadamente con ellos, obligadles en virtud
» de la santa obediencia á guardar el mas inviolable se-
» creto, y mandadles escribirme por separado lo que cada
» uno de ellos juzgue conveniente. Si por algun motivo
» imprevisto, al llegar esta á Lisboa estuvieseis vos ausen-
» te, será entregada paraque la abra y la lea al padre Vieyra
» que es el primer consultor de la provincia por antigüe-
» dad de profesion, y por el conocimiento que tiene del
» sentido de nuestras reglas y de nuestros usos en seme-
» jantes materias. Ojalá reunidos en nombre del Señor ob-
» tengais de su clemencia un corazon bien dispuesto para
» cumplir su santa voluntad, y palabras eficaces que sean
» del gusto del principe y en particular del de Dios, á quien
» espero rogareis por este vuestro servidor en Jesucristo. »
— *Pablo Oliva.*

El antecedente documento, hasta hoy dia desconocido, es un irrefragable testimonio de esta noble ambicion de la humanidad que tanto inflamaba á los Jesuitas. Se les ofrecian los honores parlamentarios, se les nombraba árbitros supremos de las cuestiones de estado : prevaleciéndose de estos medios podian dominar el país y engrandecer su opinion popularizando por medio de la tribuna sus talentos y su Instituto. Aquaviva desterró á Claudio Matthieu para impedirle de ser el emisario de la liga ; Oliva amenaza con

las censuras á Manuel Fernandez, si continua sentándose en una asamblea política. Matthieu aceptó el destierro, y Fernandez se somete como él á la órden del general de los Jesuitas : abdica su representacion en las cortes, renunciando á la gloria que se ha prometido y á las esperanzas que ha concebido don Pedro. Su obediencia fué tan absoluta que el 16 de abril de 1678, Oliva escribió al provincial Barradés.

« Despues de un maduro exámen de lo que habeis practi-
» cado, tengo la satisfaccion de coronar la obra tributando
» al padre Fernandez los mas justos elogios por su virtud
» y por su pronta sumision en renunciar un puesto dema-
» siado encumbrado. Me ha escrito manifestándome que
» aprecia mas para sí el oficio de último hermano coadju-
» tor de la Compañía, que las mas brillantes dignidades del
» siglo. Os encargo el cuidado de manifestarle el consuelo
» y la esperanza que dichos sentimientos han derramado
» en mi paternal corazon, recomendàndome, al mismo
» tiempo á sus santas oraciones. »

Don Pedro, si bien habia consentido en este sacrificio no pudo separarse de su amigo. Fernandez dirigió su conciencia hasta el año de 1693 en el cual murió el Jesuita. El regente hacia ya mucho tiempo que habia pasado á ser Rey por muerte de su hermano Alfonso. El padre Sebastian de Magelhaes sucedió á Fernandez en el destino de confesor del monarca.

La influencia de los Jesuitas en Portugal, sus pingües establecimientos y la confianza que les dispensaron los Reyes han sido causa de que se les achacase, sino enteramente á lo menos en gran parte, la decadencia de aquel estado. Los escritores poco reflexibles lo han dado por cierto. Los que se empeñaban en declararse hostiles contra la Compañía sin querer chocar directamente con la verdad se han contentado con insinuarlo. La ruina del estado de Portugal es un hecho innegable. ¿Pero puede atribuirse directa ó indirectamente á los Jesuitas? ¿Tienen ellos la culpa, mas ó menos inmediata, de esta decadencia! Esta es la cuestion que muchos se han propuesto decidir, sin haberla profundizado.

Despues de haber examinado los actos de los Jesuitas, sus correspondencias íntimas, y sus relaciones con los pueblos y con los príncipes, quedamos convencidos de que se les ha cargado la mano en demasía. En todo se ha pretendido entrever su direccion. Unos les han atribuido todo el bien y otros todo el mal. Se les pinta como el móvil de las medidas mas oportunas ó mas desastrosas. Las páginas de los analistas á cada paso nos presentan su nombre ya como bendecido por los hombres piadosos ya como digno de execracion. Para atenernos á la verdad no aceptamos ni la apoteosis ni las recriminaciones de que han sido el blanco. Se atribuyen á los Jesuitas ciertos crímenes cuya procedencia ha aclarado la historia. Se les ha atribuido una audacia maquiavélica, un profundo conocimiento de las pasiones humanas, un prodigioso tacto para ponerlas en juego, y una habilidad tradicional que cada generacion al expirar legaba á su sucesora como un medio seguro de dominar las masas y de ahogar á sus enemigos. Por medio de la exposicion de los hechos, hemos reducido á su justo valor estas inculpaciones y estos elogios. Lo mismo debe juzgarse de esa sagacidad y de este sistema de intrigas tan bien urdidas bajo cuyas redes quedó envuelto todo el mundo.

A nuestro entender los Jesuitas no influyeron sino accidentalmente en los acontecimientos políticos en que se mezclaron. Solo tomaron parte en ellos, cuando mas ó menos directamente estaban relacionados con la religion, desempeñando casi siempre un papel mas bien pasivo que activo. Descollaron entre ellos varios legisladores, diplomáticos célebres, y hasta hombres que repetidas veces triunfaron de la fuerza con la astucia. Pero semejantes excepciones, por numerosas que sean, no decidirán nunca, el escritor imparcial á mirar á los Jesuitas como un agregado de ambiciosos que debe el engrandecimiento á sus astucias, y que se ha mantenido mediante una prudencia hipócritamente refinada. Su cacareada sagacidad ha dado márgen á la introduccion de un nuevo nombre en nuestros idiomas, pero la palabra de *Jesuitismo*, de la cual tanto han abusado los partidos, no debe hacer transigir con la

verdad. Los Padres de Instituto quedaron engañados con mas frecuencia que no engañaron á los otros.

Siempre que se les opone algun enemigo se les ve flaquear. En todos los puntos en que se les ataca con vigor oponen una débil resistencia. Ya vemos á esos hombres tan versados en la intriga hechos juguetes de los calumniadores que hacen traicion á la hospitalidad, ya cubren con el manto caritativo de su proteccion ciertos impostores remordimientos, cobijando bajo su techo unas virtudes hipotéticas, y concediendo su confianza á todos los que están interesados en disponer de ella : si la fortuna se les muestra propicia en las cortes, rara vez procede de una combinacion urdida por la Sociedad. Esta no se demuestra fuerte y robusta, sino cara à cara con los peligros que amenazan á la Iglesia, y solo es verdaderamente temible cuando el Cristianismo se halla en una situacion apurada. Entonces el soldado católico, cual se lo habia figurado Ignacio se presenta á la lid, armado con la pluma y con la palabra, y pronto á derramar su sangre en testimonio de su fe. El martirio y no el triunfo es lo que desea. Pero el Instituto considerado en las épocas de un mayor esplendor nunca ha merecido la reputacion de la solapada maña que ha querido dársele.

En Alemania, en Francia, en Italia y en las misiones de Ultramar los Jesuitas han sido grandes en los combates de la fe, sucumbiendo al propio tiempo en todas aquellas luchas, en las cuales la intriga substituye al desprendimiento, y el interés de corporacion al interés religioso. Donde esto se muestra de un modo mas evidente, es en la península : por esto se les tacha de haber sido los motores ó testigos apáticos de la decadencia política de Portugal, Los Jesuitas no han abierto la boca ; al propio tiempo que con la historia en la mano podian ir siguiendo por sus pasos y demostrar al espíritu mas prevenido las causas de esta ruina. Pasemos ahora á explicarlas.

El Portugal durante el reinado de Juan III llegó al apogeo de su poder. Desembocaba en sus playas el oro del Nuevo mundo. La ambicion, las pasiones y los demás vicios que encontraban un nuevo móvil, buscaban en una

gloria aventurera un teatro mas basto y nuevos manantiales de riquezas. Los placeres que aquellas imaginaciones ardientes procuraban crear en unos climas ardientes, el lujo del cual todos querian participar en medio de peligros no conocidos, y en una tierra en que la ferocidad procuraba cobijarse con el manto de la cruz, todo esto debia necesariamente producir los mas tristes resultados. La generacion de Albuquerque habia presenciado un prodigioso parto de ideas. Estas, reducidas á hechos, dieron por resultado una corrupcion precoz y un desfallecimiento gradual en las inteligencias. Entonces fué cuando los Jesuitas entraron en el reino. Su apostolado y su enseñanza no pudieron contener la disolucion que amenazaba al cuerpo social. Iba echando raices á la sombra de la ociosidad, y desarollándose con el fausto, estando reservado á la revolucion el presentarla en toda su fuerza. La revolucion llegó por fin. La menor edad de don Sebastian, sus sueños de conquistador católico, sus desastres de cruzado en las playas africanas, precipitaron la catástrofe. Cayó Portugal á merced de los Españoles, y pasó á ser una provincia del imperio de Felipe II.

Se profesaban las dos naciones el odio mas reconcentrado. Lo España, cuyo yugo era sumamente aborrecido, cifraba su interés patrio y de amor propio en aplastar al pueblo portugués, y procuró dejar este doble interés satisfecho. Agotó la fortuna pública y se empeño en ahogar el sentimiento de independencia. Para vibrar un golpe mortal contra la grandeza portuguesa, los reyes y ministros de España permitieron que los Ingleses y Holandeses se apoderasen de las ricas colonias legadas por Manuel á su pais. Cuando la España, debilitada por sí misma bajo el peso de las guerras, trataba con las nuevas potencias marítimas, perseveraba en su sistema de arruinar el Portugal. El beneficio de la paz no era aplicable á sus habitantes y « para » acabar de debilitarlos, dice la Clede, en su *Historia gene-* » *ral de Portugal*, tom. II, pág. 394, los Castellanos en 1609 » concluyeron una tregua poco decorosa con los Holande- » sés, en la cual venian comprendidos todos los súbditos y » aliados de España excepto los Portugueses. »

Continuó por lo tanto la guerra que debia ser y fué efectivamente desastrosa. Y teniendo que medir sus fuerzas con unos intrépidos Holandeses que acababan de crearse una patria, diciendo al mar : Tú no serás mas fuerte que nuestra industriosa actividad, ¿ que podian hacer unos hombres afeminados, un pueblo que no tenia para defender ni siquiera su nacionalidad? En 1640 la conspiracion dirigida por una mujer y por un intrigante audaz colocó en el trono la familia de Braganza. Los Españoles que no habian previsto este movimiento, apelaron para conjurarlo á una guerra que duró cerca de treinta años y terminó don Pedro en 1668. Este rey dado á Portugal por los Jesuitas, segun pretende el abate Gregoire, habria restaurado los asuntos del país, si como observan los autores ingleses de la *Historial Universal*, tom. LXXIII, pág. 525, hubiesen sido susceptibles de restauracion. La preponderancia marítima de Holanda é Inglaterra era un hecho consumado. Portugal, al par que todos los otros imperios, habia tenido sus dias de gloria, y en medio de un vano recuerdo de su esplendor eclipsado, iba á sufrir los vicisitudes de todas las cosas humanas, hundiéndose mientras se elevaban otras naciones.

¿En medio de esta decadencia en la cual cada año parece marcado por una calamidad exterior y por nuevas disensiones interiores, pudieron los Jesuitas entre el estrépito de las armas y de unas costumbres corrompidas realizar un milagro? Dispersos en las misiones, encerrados en el fondo de sus colegios, ó admitidos en la corte; ¿ les fué posible detener el curso de los sucesos y de las tendencias morales que de ellos resultaban? Por medio de la educacion pudieron tal vez contener los progresos del mal, y hacer penetrar con sus consejos en el corazon del monarca ciertas ideas de reforma; pero á esto únicamente debian ceñirse sus mas ambiciosas esperanzas. Disponian como árbitros supremos de la enseñanza pública; sin embargo el reino iba en progresiva declinacion, mientras que en la misma época y bajo el mismo sistema de educacion, la Francia, la Alemania católica, la Italia y la Polonia llegaban al apogeo de la gloria literaria, política ó militar.

Ni aun durante este período faltaron en Portugal Jesuitas sabios y hábiles profesores. Contábase en las filas del Instituto un hombre á quien la *Biblioteca Lusitana* de Barbosa Machado mira como á uno de los mas ilustres personages que haya producido el reino. Tal es el padre Antonio Vieyra nacido en Lisboa el 6 de febrero de 1608, Admitido en la Compañía de Jesus el 5 de mayo de 1623, se habia dedicado Vieyra á las misiones transatlánticas. Teólogo, poeta, orador, filosófo, historiador, reunia á todos los dones del espíritu, la fuerza de la voluntad y la energía de la inteligencia. Embajador de Juan IV en París, en Holanda y en Roma, era al propio tiempo un profundo diplomático, un elegante predicador y un docto controversista. En Amsterdam triunfó en una pública discusion del famoso rabino Manases-Ben-Israel : en Roma rehusó ser confesor de Cristina de Suecia, para consagrar su vida al servicio de su país. En las misiones de Ultramar, en los colegios. en lo corte, en el púlpito, procuraba reanimar el espíritu nacional, cuyo adormecimiento era para él un verdadero suplicio. Otros Jesuitas menos célebres, bien que igualmente activos, se esforzaban en secudir este letargo ; pero no fueron mas dichosos que Vieyra el cual murió en el Brasil el 18 de julio de 1697, á la edad de ochenta y nueve anos.

Desde esta época la historia de la Compañía de Jesus queda resumida en la de los confesores de los reyes. Cuando los Jesuitas no toman parte en los acontecimientos se les mezcla en ellos á pesar suyo. Se exajera ó se atenua su influencia, se atribuyen á su inspiracion las faltas cometidas y se les supone enteramente desprendidos de todo pensamiento popular. El Instituto de Loyola tenia libre entrada en los palacios; constituia un poder tanto mas formidable. en cuanto el individuo nada pedia ni podia pedir para sí, sino que con espontánea voluntad cedió á la Compañía entera el ascendiente con los príncipes que le proporcionaban sus virtudes, sus talentos, ó la amenidad de su carácter. Centuplicábase así la fuerza de la Orden, al propio tiempo que los Jesuitas se creaban en cada reino nuevos enemigos, mas temibles que los parlamentos y universidades de quienes

habian triunfado. Su proteccion y su amistad eran un título para obtener favor y á veces un medio para hacer fortuna. Bien sabian ellos que al llegar el dia del peligro todos esos reconocimientos de que se hacia tanto alarde se convertirian en ingratitud y traicion; pero al parecer quisieron ignorar que el choque con la invidia y la ambicion suscita hostilidades palaciegas mucho mas temibles que las escolares. Colocados en un terreno resbaladizo, y hechos el blanco de ciertas intrigas cuyo tejido no siempre era perceptible á su perspicacia monásticamente espiritual, se vieron en la precision de hacer malcontentos.

Estos malcontentos se equivocaban en sus cálculos y luego achacaban á los Jesuitas que no les habian servido bien. Sus deseos no quedaron satisfechos y la Compañía pagó la pena de este éxito poco favorable. A los antiguos rumores aun no apagados, se juntaron nuevos auxiliares incapaces de perdonar la derrota que habia sufrido su vanidad personal ó su orgullo de familia. En la corte, donde para perder á un rival se echa mano de toda clase de armas, preparando con tanto arte y á una perfidia, y a una calumnia, no se respetó en los Jesuitas lo que nunca se habian atrevido á atacar los discípulos de Jansenio. Se inculparon sus costumbres. Algunos de ellos estaban en contacto con el mundo, y este les hizo expiar semejante posicion por medio de epígramas mentirosos, que la pública malignidad admitió despues como la expresion dulcificada de la verdad.

En Lisboa los hemos visto mezclados en una revolucion palaciega que aplaudió el pueblo como una era de regeneracion. Afanábanse con el nuevo soberano para devolver al Portugal su antiguo esplendor : en Madrid al propio tiempo otro jesuita gobernaba la España, siendo á la vez primer ministro de la reina regente, y la causa de una funesta division en la familia real.

El reinado de Felipe IV, á pesar de algunas buenas cualidades que poseia este príncipe, fué tan fatal para la España como el del godo don Rodrigo. Bajo su débil mano iba insensiblemente disminuyendo la preponderancia de la casa de Austria. Desquiciábase la obra de Cárlos V y de Feli-

pe II. El Rosellon, la Cerdeña, la Jamaica, una buena parte de los Paises-Bajos y el Portugal se habian desprendido sucesivamente de la brillante corona que los dos primeros reyes de la casa Austriaca habian colocado en las sienes de sus sucesores. Los antiguos tercios españoles perdian su prestigio en Italia y en la Bélgica. Insurreccionóse Cataluña, y en Nápoles el pescador Masaniello realzaba la fuerza popular, al propio tiempo que el ejército portugués, avezado á la victoria bajo el mando de Schomberg, daba un golpe decisivo en los campos de Villaviciosa. Estos reveses hicieron tan funesta impresion en Felipe, que murió en 1665, dejando su reino pobre, mutilado y en la posicion embarazosa de una regencia. Sucedióle su hijo mayor llamado Cárlos II que tenia cuatro años. Su natural debilidad y una negligencia todavía mas imperdonable, fueron la causa de que se hundiese con él en la tumba la influencia de España. María de Austria, madre del jóven rey, vió inmediatamente amenazadas sus fronteras; de un lado por las armas de Luís XIV, y de otro por los Portugueses (1). Felipe IV habia dejado un hijo natural conocido con el nombre de don Juan de Austria. Este nuevo don Juan, empeñado en ligar á su fortuna los Españoles deslumbrados aun por el glorioso recuerdo del bastardo de Cárlos V, se creyó con bastantes fuerzas para sostener la monarquía expirante, y se creó un partido con el objeto de gobernar el estado. Este partido no tomaba á la reina madre por blanco directo de sus ataques, pero la heria vivamente en la persona de su confesor y ministro. Este era el Jesuita Everardo Nithard nacido en 8 de diciembre de 1607 en el castillo de Falkenstein.

El padre Nithard, que contaba unos sesenta años, despues de haber profesado la moral y la filosofía en la Universidad de Cratz, habia sido elegido por el emperador Fernando III para dirigir la conciencia y los estudios de sus hijos. Habia educado el Jesuita al archiduque Leopoldo Ignacio que reinó despues de Fernando III, y cuando María Ana de Austria casó con Felipe IV, Nithard la siguió á Es-

(1) Ortiz; *Compendio de la historia de España*, tomo VI.

paña en clase de confesor. En una corte corrompida, y anonadada de resultas del funesto ministerio de Olivares, pareció el Jesuita un prodigio á los ojos de ese infelíz monarca, oprimido con el peso de la maledicencia de un pueblo, y envejecido entre las miserias de una real etiqueta. Nithard poseia ideas gubernativas y proponia sabios consejos. Hablaba de economía y de vigilancia á un hombre que acababa de ver desaguar en sus manos los tesoros del Nuevo mundo, y que al concluir su reinado dejó el estado cargado de deudas, la dignidad real envilecida, y la España muerta debajo de las riquezas que tan mal supo aprovechar para dar el debido impulso á la industria y á la agricultura. Nacido en un país en el cual la fortuna consiste en el trabajo, miembro de una sociedad religiosa que proscribe la ociosidad como un crimen, Nithard no sabia comprender esta decadencia del poder público. Felipe IV que hasta entonces no habia tenido á su lado sino aduladores, encontraba aun suficiente energía en su alma agotada para aplaudir los planes de reforma del Jesuita, planes que tal vez la muerte le impidió poner en ejecucion.

Luego de encargarse de los negocios María Ana no quiso compartir con nadie mas que con su confesor los cuidados del gobierno, revistiéndole del mayor poder, no ya á escondidas sino á la faz del mundo entero. Ciegamente confiada en su firmeza, lo eleva al empleo de Inquisidor general y de consejero de Estado. Substráese Nithard á estos honores, alegando por motivo el voto de abnegacion que hacen los Padres de la sociedad de Jesus. La santa Sede puede dispensar este voto : Maria Ana suplica á Alejandro VII que mande á Nithard que se someta á sus deseos. Ordénalo así el Pontífice y el 26 de setiembre de 1666 se publicó en Madrid el decreto que nombraba á Nithard Inquisidor general, haciéndose mencion en el mismo de la larga y porfiada resistencia del Padre.

Atendido el estado de los asuntos María Ana acumulaba sobre la cabeza de su confesor todas las violencias del partido á cuyo frente estaba don Juan de Austria. Exponiase ella misma á la calumnia que no fué mas indulgente consu virtud que con la del Jesuita, y que debia con el tiempo

hacer imposible el ejercicio de su autoridad, que era el verdadero blanco á que se dirigia. El Padre se encontraba en una situacion bastante análoga con la de Mazarini en Francia; pero el Jesuita aleman no poseia los recursos del talento, ni la sagacidad, ni la inflexible perseverancia del Cardenal Italiano. Para sostenerse se apoyaba únicamente en los medios públicamente reconocidos. Era hijo de padres Luteranos; y « esta circunstancia, como dice oportuna-
» mente Amelot de Houssaye en sus *Memorias* tomo I
» pág. 345 le hacía chocar directamente con el clero, aten-
» dido que segun las leyes del pais nadie podia obtener el
» mas insignificante empleo, si recaia en su familia pater-
» na ó materna una mancha ó una sospecha de herejía. »

No dejó de explotar don Juan esta casualidad. Apeló á la susceptibilidad española. Attribuyó á Nithard las calamidades que oprimian á la Península con motivo de la guerra con la Francia. Presentóse como el único hombre capaz de oponer un dique á tantos desastres. Esta oposicion degeneraba en faccion. Don Juan fué nombrado gobernador de los Paises-Bajos. Desechando una órden de destierro cubierta con el velo de una dignidad precaria, parte para Madrid con el ánimo de hacer aceptar su dimision. Se le prohibe acercarse á veinte leguas de la capital. Retírase á Consuegra, en cuya ciudad pretenden que tramó un complot contra la vida del Jesuita ministro. Este complot con el cual dificilmente se habria avenido el carácter de don Juan impetuoso al par que lleno de probidad, y del cual nadie ha podido probar el menor indicio, es á nuestro entender una de esas invenciones á que apelan los partidos para perder á sus antagonistas. En él encuentra don Juan un motivo para ponerse en accion. Felipe IV en su testamento habia guardado con respeto al Infante el mas profundo silencio. Este olvido demostraba á don Juan el odio que le profesaba María Ana. No pudiendo vengarse directamente, dirigió sus tiros contra Nithard que obtenia la confianza de la reina regente, y el príncipe inmoló el Jesuita á sus resentimientos.

Habíase dado la órden de arrestar al Infante y encerrarlo en el alcázar de Toledo. Refugióse á las márgenes del Ebro, y desde el castillo de Felix publicó una memoria,

justificándose á si mismo, y acusando á la Reina y al Jesuita. Don Juan estaba bien convencido de su poderío, sabiendo que los grandes y la mayor parte del clero regular eran sus auxiliares, y por lo tanto no titubeó en pedir el destierro del Padre. El 23 de febrero de 1669 al frente de las milicias que habia reunido, tomó lo iniciativa de las hostilidades. Su fogosidad, sus amenazas, y las sordas calumnias que hacia circular, colocaban á Nithard en un terreno favorable, aprovechando esta posicion escribe el Padre una carta al príncipe en la cual reduce á su justo valor los crímenes que se le imputan. El Jesuita pide al príncipe, constituido su rival, las pruebas de lo que alega; habla con la dignidad de la inocencia; pero sus palabras caen sobre unos hombres ambiciosos que solo ven en Nithard un obstáculo á su fortuna, por cuyo motivo ningun fruto produjeron. Los historiadores católicos que han tratado de este suceso ni siquiera han osado hacer alusion á dicha memoria. Solamente el Inglés protestante Cove ha sido bastante imparcial para examinarla, y el único que ha hecho justicia el escrito y al carácter del Jesuita (1). « Esta obra, dice, » respira mucha sabiduría y talento, y demuestra la mas » buena fé y la conviccion de la inocencia. El padre Nithard » reduce en ella á sus justas proporciones las aserciones » vagas y no probadas de don Juan, príncipe por otra parte » estimable, bien que ambicioso y colérico, y que en el » asunto en cuestion se valió de medios que reprueban el » honor y la conciencia. »

El príncipe español estaba seguramente tan persuadido de todo esto como el autor inglés, pero como aspiraba á hacerse dueño del reino durante la menor edad de un niño enfermizo, y tal vez pensaba en ceñir la corona, caso de morir este, sacrificó la verdad á un rencor de familia y á sus vastos proyectos.

Nithard no tenia otro apoyo que el de la reina, á la cual el instinto de madre hacia adivinar las esperanzas del bastardo de su esposo Felipe IV. Aterrábale la soledad en que

(1) *La España bajo la dominacion de los reyes de la casa de Borbon*, tomo I, pág. 157.

se encontraba en medio de una corte sin energía, y de un pueblo irritado á causa de sus infortunios y de su pomposa miseria. Nithard era el único con quien se aconsejaba, y merecia su aprecio por afeccion y por oposicion á don Juan; pero el Jesuita no podia luchar contra las dificultades que por todos lados le suscitaban. La reina viéndose abandonada hasta de los mismos consejeros de la corona partidarios del infante, trató de transigir con este. « Don Juan de-
» clara añade Amelot tom. I pág. 346, que si el padre Nithard
» no se apresura á salir de Madrid por la puerta tendria que
» salir de las ventanas de su casa. »

Un autor contemporáneo publicó en París cuando eran recientes los hechos, un opúsculo en 4.° año 1669 titulado : *Relacion de la salida de España del padre Nithard*, en el cual no se pinta este hecho con la triste crudeza que reina en las relaciones de la Houssaye. « Hace mucho tiempo leemos
» en dicha relacion, que el Jesuita pedia permiso para re-
» tirarse. Un domingo, despues de haber confesado á la rei-
» no, se postró á sus pies pidiéndole encarecidamente que
» no se opusiese á su partida. María Ana anegada en llanto
» persistia en su negativa, pero como la salida del Padre se
» hacia ya una cuestion de estado, se vió obligada á ceder
» al imperio de las circunstancias, de modo que por fin el
» padre Nithard logró el permiso de retirarse en el año de
» 1669. » Don Juan habia tomado las armas el 23 de febrero y dos dias despues, esto es el 25, la reina madre expidió el siguiente decreto :

« Habiéndome suplicado Juan Everardo Nithard, religioso
» de la Compañía de Jesus, mi confesor, consejero de es-
» tado, é inquisidor general que le permitiese salir del
» reino, al paso que quedo sumamente satisfecha de su
» virtud y de sus demás calidades, como igualmente de su
» celo y solícito afan en servirme, en atencion á sus reite-
» radas instancias y por otras consideraciones, vengo en
» concederle permiso para retirarse á Alemania ó á Roma
» á su eleccion. Y Para darle un testimonio de lo muy sa-
» tisfecha y reconocida que estoy por los servicios que ha
» prestado al estado, quiero que conserve todos sus títulos,
» cargos y emolumentos, queriendo á mas que salga reves-

» tido con el título de embajador extraordinario en Alema-
» nia ó en Roma. — *Yo la reina.* »

El padre Nithard con su partida ponia término á un conflicto, en el cual intervenia el nombre de un Jesuita. Don Juan, contento con la victoria obtenida de la reina, no pidió mas por de pronto. Antes habia ratificado y ampliado él mismo todas las dignidades conferidas por la Reina á su confesor, pero Nithard, cuyo ministerio se habia hecho tan tristemente célebre, no quiso aceptar los honores y pensiones que se le ofrecian en compensacion de un destierro tan vivamente deseado. Debemos confesar, dice Coxe (1),
» en elogio de este ministro caido que dió un singular ejem-
» plo de desinterés. Rehusó las ofertas pecuniarias que le
» hicieron varias personas, entre otras el cardenal de Ara-
» gon y el conde de Peñaranda. Prefirió, sirviéndonos de
» su propia expresion, salir de España hecho un pobre sa-
» cerdote del mismo modo que habia venido. Con mucho
» trabajo se logró hacerle aceptar de parte de su protec-
» tora, 200 pistolas para su viaje á Roma, en lugar de los
» 2000 pesos de pension, y de ningun modo quiso admitir
» la embajada que se le proponia »

Don Juan se habia lisonjeado de que su oposicion al Jesuita le constituiria árbitro de los asuntos, y que así podria comunicar á la España una nueva vida; pero sucumbió bajo la carga y se hizo mas odioso que Nithard. Como sucede en toda oposicion habia hecho las mas pomposas promesas y quedó aplastado por el peso de la realidad. No era Nithard uno de aquellos favoritos vulgares á quienes fácilmente olvidan los príncipes una vez proscritos. Habia dado á la Reina madre los mas sabios consejos, y esta, apreciando su memoria quiso darle una prueba de su estima, obligándole á aceptar el título de primer ministro. El Papa le habia dispensado virtualmente sus votos, y la Reina regente lo nombró embajador de España cerca la Santa Sede. Fué consagrado arzobispo de Edesa, y finalmente el 22 de febrero de 1673 le condecoró Clemente X con la púrpura romana. Este Jesuita, príncipe de la Iglesia, murió en 1681.

(1) *La España bajo la dominacion de la casa de Borbon.* 1, introd. pág. 26.

Para sacudir el letargo en el cual hubieran abismado la España los herederos de Cárlos V y de Felipe II se habria necesitado un príncipe cortado por el estilo de dichos monarcas, ó cuando menos unos ministros como el cardenal Jimenez. Tan imposible era lo uno como lo otro, porque bajo el dominio de príncipes destituidos de voluntad é inteligencia se gasta pronto la energía de los hombres de estado, ó no tarda á ser calumniada y condenada á destierro. Los soberanos de la casa de Austria, reunian todos los elementos necesarios para un felíz éxito; un imperio en cuyo territorio nunca se ponia el sol como lo decian los Españoles con el enfático orgullo tan propio de su idioma, unos pueblos fieles y un religioso respeto por el culto de sus abuelos. Solo les faltaba un Luís XIV ó un Sobieski para el desarrollo de tan nobles dotes. Del reinado de Felipe IV pasaron á la eterna infancia de Cárlos II, rey inactivo, que desterró á su madre, volvió á llamársela á su lado, tomó por minstro á don Juan de Austria, y lo abandonó á la pública execracion. Por fin, tan cansado de reinar como de vivir se encerró ya en el Escorial, ya en los bosquecillos del Prado, consumiendo su lánguida existencia en medio de mugeres, enanos y animales raros de los que le proveian sus provincias de Ultramar.

Al ver esta postracion de la dignidad real, los Jesuitas que ningun apoyo encontraban en el trono, se esforzaron en vencer el letargo del pueblo por medio de una educacion nacional. Pero el pueblo se amoldaba á los gustos de su Rey, entristeciéndose en sus tristezas y desfalleciendo bajo el peso de los males que oprimian á Carlos II. El pueblo español sufrido como la verdadera fortaleza de espíritu, parecia aguardar que la muerte del soberano pusiese un término á su agonía. Presentia é invocaba tal vez las discordias intestinas para que le sacasen de su letargo. Los Jesuitas, sometidos á esta accion deletérea aguardaron como el pueblo una circunstancia que no tardó en proporcionar la guerra de sucesion.

Al propio tiempo los padres de la Compañía de Jesus tomaban en otros puntos de Europa un desarrollo necesario á su existencia. No cesaban de extenderse por Alemania, y en Polonia, bajo la invicta espada de Sobieski, realizaban.

en los ejércitos y en los colegios el fin de su instituto. Para que los Jesuitas logren una influencia preponderante sobre el pueblo, necesitan que esté al frente de los negocios un príncipe enérgico ó un poder que no consienta en anonadarse. Monarquía ó república; legitimidad ó derecho electivo; la forma poco les importa con tal que el gobierno sea robusto. Solo saben desarrollarse al abrigo de una autoridad que no esté combatida por los ataques de las facciones. En este caso, circunscribiéndose á las atribuciones que les marcó Ignacio de Loyola, y seguros de un porvenir por el conocimiento de un pensamiento directo, se entregan sin precipitacion y sin temor á las trabajos del apostolado. En la última mitad del siglo XVII les vemos en España tan débiles é irresolutos como el gobierno. En la misma época demuestran en Polonia el mismo espíritu emprendedor que en los primeros tiempos de su fundacion, ó que cuando el padre Julio Mancinelli, que pasó sesenta y dos años de su vida en la Compañía, extendia por el norte las luces de la fé y el ardor de su caridad.

Esto consiste en que ocupaba el trono de Polonia un hombre que tenia fe en la mision de los Jesuitas, asi como ellos cifraban su confianza en el talento del príncipe. Este hombre era Juan Sobieski. La Polonia apreciaba á los padres y les habia visto popularizar la moral y ese espíritu nacional durante los reinados de Bathory, Segismundo y Ladislao. Para recompensar tantos sacrificios, ofreció el trono á Casimiro que en 25 de setiembre de 1643 habia tomado el hábito de la Compañía, y á quien cuatro años despues obligó Inocencio X á recibir el capelo de cardenal. Casimiro, Rey y Jesuita, apaciguó las facciones que destrozaban su reino, y cuando creyó haber cumplido con su mision de soberano, abdicó en 1668. Su reinado fué de paz y de educacion pública. Esta educacion era fructífera porque recaia en unos naturales vigorosos, y en unos corazones que no estaban debilitados pou una civilizacion demasiado precoz. Los Jesuitas instruian en la virtud y en las ciencias (1) á esos

(1) En 1665 el príncipe de Redzívill, canciller de Lituania dedicó á la Compañía un libro que habia escrito, titulado: *Historia pasionis*

Franceses del norte tan amantes de su libertad y de la glo-militar. Los padres se grangeaban el aprecio en los colegios, seguian las tropas en los campamentos, eran los oradores del ejército, los médicos del herido, los apóstoles de la caridad cristiana en medio de los combates : las familias principales y el pueblo los miraban como á sus guias. Al lado de Cárlos Sobieski llegaron al pie de los muros de Moscou, marcharon con Zolkiewski contra los Turcos y con Czarnaski contra Cárlos Gustavo de Suecia. En una de estas invasiones, tan frecuentes en semejantes guerras, el padre Andrés Bobola fué sorprendido en Pinsk el 16 de mayo de 1657 por una partida de Cosacos. Estos que detestaban á todos los Católicos miraban con especial rencor á los jesuitas. Bobola obtenia la confianza de los Polacos y los Cosacos le hicieron sufrir toda la clase de martirios. esta fraternidad de peligros habia establecido entre los Polacos y los Jesuitas una alianza robustecida por el tiempo y consagrada por el reinado de Juan Sobieski.

Sobieski, hijo de sus obras lo mismo que la nobleza de su reino tan orgullosa con su áustera independencia, se habia hecho ya el héroe de la Polonia. Soldado valiente, general habil, político consumado, reunia ademas las cualidades de espíritu y de corazon. No miraba la espada como el ultimo esfuerzo de la inteligencia, y su razon sazonada por la experiencia de los Jesuitas le daba en las dietas un ascendiente casi supremo. Hacia ya veinte años que los Polacos le miraban como el escudo de su libertad ; pues que habiendo nacido en 1629 no habia cesado de combatir por la defensa y por el honor de su pais. En 1672 Mahometo IV y Coprogli su visir pasaron el Danubio al frente de ciento cincuenta mil hombres, embistiendo los muros Caminick

Christi punctatim animæ devotæ per tres libros et capita exposita (*Warsoviæ* 1665) en cuya dedicatoria dice el canciller : « Mi hermano » Radziwill de gloriosa memoria palatino de Vilua y general del gran » ducado de Lituania que era protestante, me ha confesado francamen- » te. » Por mas que tengamos personas encargadas de descubrir y de anotar las faltas de los religiosos, nada de reprehensible hemos podido encontrar nunca en la Sociedad de Jesus. En mi concepto son hombres llenos de probidad.

que era el baluarte de la Polonia. Cien mil Tártaros á las órdenes de su Khan Selim Gherai, y una infinidad de hordas de cosacos secundan á orillas del Vístula los movimientos del ejército mahometano. El Rey de Polonia Miguel Roribut Wiecnowiecki celoso de Sobieski hace pregonar su cabeza. En vista de tal peligro, el príncipe apela á la fuga, pero el soldado no desespera ni de su valor, ni de su fe. Tiene en su tienda al padre Przeborowski su confesor y amigo. El general y el Jesuita, han creido que en esta errupcion de Bárbaros, ó la cruz debia triunfar, ó la Polonia quedar reducida á cenizas. El 11 de noviembre de 1673 aniversario de la festividad de san Martin de Tours, esclavo de nacion. Sobieski se presentó al frente de un ejército. Los Polacos á pesar de estar la tierra cubierta de nieve, piden vencer ó morir. Sobieski y Jabolnowski, que con su respectivo estado mayor han pasado la mayor parte de la noche orando, no quieren reprimir este heróico entusiasmo: « Soldados de Polonia, exclama Sobieski, vais á combatir por la » patria, y Jesucristo combate por vosotros. » A estas Palabras el ejercito se postra bajo la mano del Jesuita que bendice al propio tiempo los que van á sucumbir y los que van á triunfar. Empezó luego la batalla de Choczim, la cual fué terrible. Treinta mil Turcos quedaron en el campo, y mayor fué en el número de los que perecieron en las aguas del Dniester. Al cesar el estallido del cañon de aquella llanura que humeaba por la mucha sangre derramada, el padre Przeborowski que solo habia participado de los peligros del combate, erigió con sus manos un altar y dió la bendicion, dice M. de Salvandy, á los soldados de la cruz, que rindiendo las armas, y con los ojos llenos de lágrimas, de reconocimiento y de alegría, entonaron con el Padre el himno de alabanza al Dios que prescribe la paz á los hombres, y á quien invocan los ejércitos (1).

Sobieski inauguraba su futuro reinado. El Rey Miguel murió el mismo dia de esta victoria que coronaba tantas obras, y cuando en la dieta electoral se preguntaban mutua-

(1) *Historia de Polonia antes y durante el reinado del buen rey Sobieski* por N. A. de Salvandy, tomo II, dág. 144.

mente los electores á quien podria confiarse el cetro. « Al » que con mas valor lo ha défendido, esclamó Jablonows- » ki, al hermano de armas y al émulo del vencedor de » Choczin.—Viva Sobieski y reine sobre nosotros, contex- » taron todos con una voz salida del corazon, y Sobieski » quedó elegido rey. » A fuerza de victorias y de destreza diplomática obligó á los Turcos á firmar la paz. Entonces no pensó mas que en hacer florecer en su imperio la religion y las bellas letras. Los Jesuitas le habian secundado con todas sus fuerzas, y hallaron en María de Arbuien reina de Polonia una ilustrada protectora. Eran los consejeros del Rey, y el padre Vota vino á aumentar aun el prestigio de la Compañía.

El Papa habia encargado á Vota que entablase negociaciones en Rusia para la Reunion de los Griegos con la Iglesia latina. Esta mision no tuvo mejor éxito que la del padre Possevin; pero al llegar á Varsovia, Vota á quien el sumo Pontífice y el emperador Leopoldo dispensaban toda su confianza, se grangeó facilmente la de Sobieski. Era aficionado este príncipe á conversar con los sabios, y le gustaba en especial verse rodeado de Jesuitas. La conversacion del padre Vota, á la que tanto realce daba el brillo de su erudicion y de sus talentos, sus vastas nociones en filosofía, elocuencia, poesía, pintura y música, su conocimientó de los hombres y de los negocios, inspiraron al Rey un vivo deseo de tener á su lado un religioso que tantos servicios podia hacer á la Polonia. El padre Przeborowski ya no existia, y Vota le reemplazó en la intimidad con el héroe. El Jesuita fué su confesor, y en cierto modo su principal ministro. Así pasaron algunos años, pero en 1683 la Alemania se veia amenazada con una nueva invasion. Los Turcos, de quienes la pólitica de Luís XIV se habia hecho unos ausiliares contra la casa de Austria, se preparaban á llevar la guerra hasta el seno del imperio germánico.

La gloria de Sobieski resonaba por toda la Europa. El grand Luís en el apogeo de su poder, solicitó la alianza con el soldado elegido Rey por sus pares, á quien habia contado en las filas de sus mosqueteros. El emperador Leopoldo por otro lado tambien apeló al valor y á los interes de la

Polonia. El papa Innocencio XI escribió á Sobieski manifestándole, que prescindiendo de la política humana y de las negociaciones, habia una cuestion que dominaba todas las otras. Esta era la del honor y del porvenir del cristianismo que iban á comprometer las armas musulmanas. Los embajadores de Luís XIV se opusieron á este principio que vivificaba las fuerzas de la Alemania. No les faltaba espíritu insinuante ni el orgullo propio del esplendor de su patria, pero tenian un competidor al lado de Sobieski. El padre Vota, nacido en el Piamonte era súbdito de un príncipe enlazado con la casa de Austria. Polaco por adopcion, se creia obligado á dar al Rey el consejo mas útil para el bien de la Polonia y del catolicismo. La Francia separada del territorio polaco por reinos intermedios era un aliado inútil, al paso que los emperadores sus vecinos podian socorrerle eficazmente bien fuese contra los Turcos ó contra los Rusos. Vota hizo presentes estas consideraciones á Sobieski : y puede muy bien que recordase á su corazon desgarrado el orgullo intempestivo de Luís XIV y el insulto que de la corte de Versalles, habia recibido María de Arquien, la cual, á causa de haber nacido en Francia, nunca pudo obtener los honores debidos á la magestad real.

Sea de ello lo que se fuere, el Jesuita fijó la irresolucion de Sobieski. Este monarca entró en la liga de Ausburgo, y el 12 de setiembre de 1683 obtuvo una victoria que fué la salvacion del imperio germánico. Sohieski, como el mismo escribia al Papa, babia venido, visto y vencido. La capital del Austria quedaba libre, y el padre Vota pudo aplicar á su real penitente las palabras del Evangelio con las cuales se habia saludado el triunfo de Huniades y de don Juan de Austria. *Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan*, exclamó el Jesuita en la antigua basílica de san Estevan. El mismo elogio repitieron con entusiasmo la Alemania y la Italia, siendo el emperador Leopoldo el único que lo pronunció solamente con los labios. Sobieski acababa de asegurar la consistencia del trono imperial, y Leopoldo pagó semejante deuda con la mas orgullosa ingratitud (1). La

(1) Despues de la batalla de Viena el emperador Leopoldo se mani-

victoria obtenida al pie de los muros de Viena salvaba el imperio, y diferia los ambiciosos proyectos de Luís XIV. Los historiadores franceses no han perdonado al jesuita Vota la determinacion que hizo tomar á la Polonia. El abate Coyer, autor de una *Historia de Sobieski*, y Fraucher que escribió la *Vida del cardenal Polignac* le acusan de haber hecho oposicion á los intereses de su patria. Esta patria lo es tambien nuestra, pero no lo era de Vota, y disuadiendo al Rey de Polonia de contraer alianza con Luís XIV, hacia este Jesuita un acto de nacionalidad, al mismo tiempo que servia á la causa de la fe católica. No merece por lo tanto las inculpaciones que se le han dirigido y cuya injusticia no aceptamos á pesar de ser Franceses.

Para formar el debido concepto de un hombre es preciso verle á cierta distancia. Hasta los mismos héroes tienen necesidad de este intérvalo entre la vida, y la gloria que difícilmente saben conceder las pasiones contemporáneas. Sobiesqui era ante todo un monarca guerrero y por lo tanto debia obtener el aprecio de un pueblo militar. Quejóse la Polonia de verse arruínada á causa de sus victorias. El rey tenia dos hijos, Jaime y Constantino. Por una de aquellas debilidades cuyo secreto solo puede descifrar un corazon de padre, Sobieski se complacia en derramar sobre su hijo segundo todos los testimonios de su cariño. Habia dado á Jaime una educacion completamente militar y el príncipe era violento y ambicioso. Aspirando á perpetuar en Polonia la raza de los Jagellones, y persuadido de que si Sobieski conservaba el cetro en su familia lo heredaria su hermano menor, trató de crearse un partido. Manifestábase ya la discordia entre padre é hijo amenazando el primero con su maldicion y el segundo con huirse á país extranjero y tal vez con fomentar las discordias civiles. Vota era el confidente del dolor paternal de Sobieski, y leia en su

festó tan frio y desdeñoso con el gran Sobieski, que este al despedirse no pudo abstenerse de decirle. «Hermano, me alegro de haberos he» cho este pequeño servicio.» Un chiste fué la sola venganza que tomó el rey de Polonia de un príncipe que, no habiendo sabido defender su corona no se atrevia á tributar el honor debido á su salvador.

alma desgarrada por tantos sinsabores. Propónese el Jesuita calmar la imprudente cólera de Jaime. Corre á su encuentro, le hace comprender la injusticia de sus sospechas y lo infundado de sus zelos, contra un hermauo cuya tierna edad hace que el rey le dispense sus caricias. Jaime, despues de haber resistido con teson, vencido por las instancias del jesuita se deja conducir al ejército cuyo mando tomaba Sobieski. Postrado delante del monarca pidió un perdon que con toda la efusion del corazon le concedia este padre desgraciado. Al dia siguiente el héroe acompañado de sus dos hijos principió la campaña con una victoria.

Los Palacos á pesar de su sed insaciable de combates se cansaban de este príncipe cuyo elemento era la guerra. Echábanle en cara las faltas políticas de su reinado, aspirando á recobrar una independencia, la que segun su modo de pensar comprometia á cada paso Sobieski con la firmeza de su caracter. Estas prevenciones degeneraron en un odio tal que emponzoñó la existencia del príncipe. Explayaba su tristeza en el seno de Vota, veíase traspasado el corazon, y este hombre á quien no habian arredrado los mayores peligros, y que habia tenido en sus manos el destino del mundo, estaba inconsolable por no poder dar á su nombre une prestigio de popularidad. El cetro de la Polonia escapaba á sus hijos : el rey conocia que iba á morir, y entre las crueles previsiones del último trance fijaba por última vez con terror sus miradas en este reino que tanto habia glorificado. Por fin el 17 de Junio de 1696, que por una rara coincidencia era el aniversario de su nacimiento y de su eleccion, comprendió Sobieski que habia llegado la hora de despedirse de este mundo. El padre Vota y el abate Polignac discípulo de los Jesuitas y embajador de Francia en Varsovia le asistieron en sus últimos momentos; endulzando de tal modo el terrible paso del trono á la eternidad, que cuando Sobieski herido de apoplegía recobró sus sentidos, dijo : « Me hallaba muy bien. » Este sentimiento de volver á vivir tan enérgicamente manifestado en brazos de la muerte, era un reproche para la Polonia y un motivo de aliento para el jesuita. Oró otra vez Vota en compañía de Sobieski y en seguida falleció este á la edad de sesenta y

seis años. Como dice el historiador Zaluski, aceptó la muerte con mayor resignacion de la que habia manifestado veinte y tres años antes al admitir el cetro, puesto que para esto último tuvo que sostener una lucha de mas de cuarenta y ocho horas antes de ceder á los deseos del país. Al contrario en la hora solemne de su muerte, no combatió, sino que sin quejarse dejó la corona y la vida para trocarla con otra vida, y piadosamente pensando, con otra corona.

Al propio tiempo que en el mediodía y en el norte de Europa los Jesuitas obtenian al lado de Luís XIV y de Sobieski un ascendiente religioso, que segun el órden natural debia tener una influencia política, representaban tambien un gran papel en la misma Inglaterra. Su accion se hacia sentir en el palacio de White-Hal, en donde como por todas partes fueron el objeto de la prevencion, del odio y de un entusiasmo tal vez imprudente.

La república de los santos estaba dividida, Oliverio Cromwell de hecho habia muerto rey, dejando á su hijo Ricardo un poder robustecido por la gloria, por el crímen y por una sabia administracion. El heredero del viejo Noll era un jóven honrado. Para continuar la dictadura de su padre disfrazada con el título ambiciosamente modesto de protector era indispensable asociarse á las crueldades de los independientes y de los presbiterianos contra los católicos, y conformarse con hacerse su jefe ó su esclavo. Parecióle á Ricardo que la diadema de Inglaterra no valia la pena de sacrificarle su reposo y su probidad : renunció á la gloriosa bien que sangrienta sucesion que le dejaba Cromwell y desde el fondo de su obscuridad dejó pasar los sucesos. El general Monk, uno de los soldados de la independencia, creyó que los excesos del puritanismo arrastrarian la Inglaterra á su ruina. Veia que los promovedores mas desinteresados de la república de los santos se disputaban la autoridad, descubria una zozobra universal y cierta postracion en el poder que solo puede ser resultado de la corrupcion legislativa ó del menosprecio del pueblo, á todo lo que se propuso poner un término. Al frente de las tropas transige con la soberanía proscrita y el 8 de junio de 1660,

Cárlos Stuart, hijo de Cárlos I, fué llamado al trono por la misma nacion que menos de once años antes habia cargado con la responsabilidad del regicidio.

Fué Cárlos II un soberano á quien la desgracia condujo al escepticismo político. En las cortes extranjeras habia podido meditar cual era la posicion de los príncipes desterrados. Sabia que nada les sale bien ni nada se emprende á favor de los mismos. Solo sirven para saldo de un convenio ó para ser víctimas de los terrores diplomáticos. Su ardor caballeroso en la jornada de Worcester, la Odisea de miserias que sufrió despues de esta batalla, los peligros personales á que se vió expuesto en tiempo de Montrose, otro La Rochejaquelein de los clans escoceses, el cobarde abandono del principio monárquico consumado por los reyes ó por sus ministros, todo habia contribuido á dar á ese espíritu superficial un refinado egoismo cuyos cálculos nada fué capaz de desbaratar una vez llegado al trono. Voluptuoso y negligente solo miró la restauracion como un medio de desquitarse con los placeres de las amarguras de su destierro. Indiferente á todos los cultos no se atrevió sin embargo á dar justo motivo á los católicos para acusarle de ingratitud é injusticia. Conocia la fidelidad nunca desmentida que habian guardado á su padre: firmó por lo tanto en Breda una declaracion de libertad de conciencia, à la sombra de la cual podian prometerse dias mas dichosos. El pueblo ingles acogió con inexplicable entusiasmo un rey á quien tantas veces habia maldecido en sus clubs y perseguido en sus campos de batalla. Calmado un tanto el primer arrebato del público frenesi, resolvió Cárlos guardar su palabra, y trató de mitigar las leyes penales, cuyo rigor oprimia á los católicos.

Reuniéronse estos en Arundel House en Junio de 1661, y presentaron à la cámara de los lores una peticion dirigida á hacer abolir los decretos sanguinarios, las medidas excepcionales, los edictos de persecucion y de confiscacion de que habian sido el blanco desde el tiempo de Enrique VIII. A pesar del encarnizamiento de Clarendon, el bill iba á ser aceptado en su totalidad cuando un miembro del Parlamento hizo la proposicion de que « ningun Jesuita fuese

apto para disfrutar del beneficio del acto proyectado. »Esta exclusion llena de sagacidad calvinista era un ultrage á la igualdad y una leccion para los Católicos. Unos rehusaron enérgicamente toda medida desdorante, y otros creyeron que los discípulos de Loyola debian renunciar á su Instituto y dar á la paz una prenda de abnegacion. Los herejes acababan de arrojar la tea de la discordia en el campo de los Católicos. Algunos se persuadian que la proscripcion de la Orden de Jesus seria para ellos una salvaguardia, y como el Anglicanismo solo se demostraba hostíl contra los Jesuitas se los ofrecian en holocausto. Unos decian que la Iglesia podria muy bien subsistir sin los Jesuitas y otros los graduaban de perjudiciales por su impopularidad entre los protestantes. Sin embargo el mayor número miraba la cuestion bajo un punto de vista menos limitado. Pedian que se conservase la unidad en el partido y que venciesen ó sucumbiesen juntos los que habian padecido juntos. El sacrificio de los Jesuitas haria mas exigentes á los anglicanos, los que despues de la primera victoria, debida á la cobardía de los Católicos no era de esperar que se ciñesen á una simple exclusion parlamentaria. Dejando sentar el principie de proscripcion, los Católicos se sujetaban á sus consecuencias, y una vez, diezmados, esas consecuencias no encontrarian obstáculo en la aplicacion. El Anglicanismo acariciaba ahora á los papistas para debilitarlos, pero debian temer estos que les alcanzaría tambien á su vez la persecucion y que no encontrarian en el apoyo del clero secular las luces y el valor de que necesitarian en el dia del peligro. Abandonar por temor ó por cálculo la causa de los Jesuitas era abrir otra vez la puerta á las iniquidades, restringir la libertad de conciencia y prestar á los sectarios un argumento de que no dejarian de aprovecharse á su tiempo. La existencia de la Sociedad de Jesus no estaba tan íntimamente ligada con la de la Iglesia que la muerte de la primera debiera ocasionar infaliblemente la de la segunda, pero los Cátolicos ingleses pretendian que la dificultad no versaba sobre este punto. Se trataba para ellos de existir ó de no existir, de hacer educar á sus hijos del modo que bien les pareciese ó de doblar la cabeza al yugo protestante; am-

bas opiniones tuvieron sus defensores. Estalló una guerra civíl de controversias y de folletos y el comité de Arundel House se convirtió en foro. Como los Católicos no habian sabido ponerse de acuerdo, el parlamento se apercibió de esta division que el mismo habia provocado. Difirióse el bill de libertad religiosa que vinieron á imposibilitar los acontecimientos posteriores.

Las cuestiones politicas mas importantes llegan á borrarse con el tiempo transformándose á impulsos de nuevas ambiciones. No sucede lo mismo en las materias religiosas. Las que tocan al fondo y á la misma esencia de la sociedad pueden estar adormecidas en los dias de calma ó de inercia. Al dar la hora de las turbulencias de espíritu, precursoras de la efervescencia popular vuelven á presentarse con el primitivo vigor juvenil. La cuestion del ultramontanismo que tantas veces han debatido Belarmino y Bosuet, la Iglesia galicana y los doctores de Roma, nunca ha llegado á resolverse. A ciertas épocas marcadas comparece de nuevo en la polémica como un ariete destinado á abrir brecha en los muros del Catolicismo. Pero la presidencia de los sumos pontífices y los mismos acontecimientos han inutilizado esta arma. Lo que no habian sabido hacer los teólogos con toda su erudicion, y los legistas de Francia con su sabia acrimonia lo ha realizado la Iglesia Romana dejando caer en desuso un poder moral, que solo ejerció en otro tiempo por el bien de los mismos pueblos oprimidos. Ya no son los papas, sino las ideas revolucionarias las que hacen bambolear los tronos. Al ver en el corto periodo de doce años á la república francesa y á Napoleon seguir dos veces el ejemplo del condestable de Borbon y de Cárlos V; al ver á Pio VI que muere en un destierro y á su sucesor arrancado de Roma por algunos gendarmes, creemos superfluo cuando menos entrar otra vez en un debate que han cortado para siempre la violencia por un lado y la prudencia por otro.

En el siglo de Cárlos II y de Luís XIV ya no se discutia sobre las cosas sino sobre las palabras. El poder de lo espiritual y de lo temporal estaba mejor definido y mas distinguido. Los Jesuitas en Inglaterra lo mismo que en Italia

y Francia se hacian cargo de las doctrinas consagradas por las nuevas necesidades sociales. No promovieron por lo tanto esta cuestion, y como dice el doctor Lingard (1) testigo nada sospechoso de parcialidad á favor de Los Padres. « Cla-» rendons es tan inexacto como acostumbra. Les Jesuitas que-» darons realmente excluidos de las ventajas del acta y en los « discursos que ellos mismos publicaron en aquella época » afirman que desde 1618 todos los miembros de la Com-» pañía por orden de su general están obligados bajo pena » de excommunion á no enseñar de palabra ni por escrito la » doctrina de que se trata » cuya asercion de Lingard esta confirmada por el testimonio de los autores contemporáneos.

Ningun asidero daban los Jesuitas para la persecucion. La tempestad revolucionaria los habia dispersado, pero tienen en sí mismos un principio de vida tan tenaz, y saben desde tanto tiempo que la lucha es la primera condicion de su existencia, que el restablecimiento de la monarquía les encontró mas fuertes que antes. Desde el restablecimiento de Cárlos II se dedicaban á los trabajos del ministerio y de la educacion, sin ocuparse en las disputas referentes á ellos mismos que dividian á los católicos ingleses. Creian que á la vista de una revolucion apenas vencida no les quedaba otro partido que el de la prudencia. Contemporizaban por la tanto; pero la discordia fermentaba demasiado en los espíritus para que esta prudencia no fuese calumniada. En 1655 la peste hizo estragos en Londres, y en 1666 estalló en la misma ciudad un horroroso incendio. Muchos barrios fueron presa de las llamas, y la ruina produjo la exasperacion. Apoderóse el Anglicanismo de este doble azote. Insinua al populacho irritado por la desgracia que los Católicos, y especialmente los Jesuitas, son los autores de semejantes desastres : los Jesuitas son los que envenenan las aguas : los Jesuitas son los que por medio de sortilegio han propagado el contagio : los Jesuitas son los que para aniquilar el Calvínismo han condenado á las llamas la capital de la antigua Inglaterra. La cámara de los comunes asociándose por medio de un acto legislativo á una impostura cuyo se-

(1) *Historia de Inglaterra*, to no XII.

creto posee, dirige al Rey una peticion, suplicándole que ponga un término á lo insolencia y á los progresos de los papistas. Mándase instruir veinte expedientes, que empiezan los Anglicanos con ruidoso rigor. Si bien ningun Jesuita resulta culpable dichas pesquisas han servido para dar pábulo á las preocupaciones é injusticias. Conoce Cárlos II que tiene que ceder á una cólera que no se atreve á reprimir, porque ante todo quiere morir Rey despues de haber estado tanto tiempo proscrito. Agrúpanse las dificultades á su alrededor y el monarca difiere resolverlas, ó las conjura con paliativos. Estos paliativos constitucionales debian acabar con su dinastía. No teniendo hijos legítimos lega anticipadamente á su sucesor todos los embarazos que suscitan á la monarquía su prosperidad vitalicia y el odio de los protestantes. El Parlamento exige que obre arbitrariamente y Cárlos se resigna á desterrar los Jesuitas, y á mandar ejecutar las leyes contra los recursantes. « Olvidaba á sus amigos, dice Bévil Higgons en la pág. » 370 del *Compendio de la Historia de Inglaterra*, y favore» cia á sus enemigos, queriendo de este modo ganar á » unos hombres que no son reconocidos por muchos be» neficios que reciban, descuidaba á aquellos que ninguna » injusticia era capaz de hacerles abandonar el partido de » la corte. »

Al propio tiempo su hermano Jaime duque de York y heredero de la corona leia la *Historia de la Reforma* del doctor Heylin. Esta lectura le inducia á creer que estaba obligado á reconciliarse con la Iglesia universal. El duque de Yorck era un príncipe de recto juicio, de indisputable valor, pero ignoraba que la prudencia es muchas veces una virtud política. Mas franco, mas voluble en sus amores, mas económico que Cárlos II, soldado bajo el mando del gran Condé y de Turena, almirante de Inglaterra en su lucha contra la Holanda, habia vencido á Opdam en 1665 y hecho cara al terrible Ruyter en 1672. Pero no sabia doblarse como el Rey á los caprichos legislativos; dejándose arrastrar por su fogoso carácter hallaba un gusto en oponerse abiertamente á un fanatismo del cual no participaba. Brilla la verdad á sus ojos y la acepta sin embargo, repri-

miendo como por excepcion sus naturales inclinaciones, se esfuerza en ocultar bajo la profesion pública del culto anglicano la creencia católica que ilumina su alma. Consulta al padre Simon, y el padre le declara que semejante doblez es culpable, cuyo parecer confirma el Sumo-Pontífice. Jaime manifiesta al Rey sus escrúpulos de conciencia. El Rey católico por instinto se lo aprueba todo, lo mismo que lord Arnndel, Sir Tomás Clifford y lord Arlington. Seguro de sí mismo y de su hermano, el duque de York hizo pública profesion de fidelidad á la Santa Sede.

Veíase Cárlos en ciertos apuros pecuniarios que diariamente se reproducian. Tenia que enriquecer á sus queridas, sobornar el Parlamento y satisfacer continuamente nuevos caprichos. Luís XIV que disponia á su voluntad del gobierno británico, proporcionaba dinero á sus ministros, anticipo fatal del cual debian desquitarse con usura los ingleses al caer la Francia en manos del cardenal Dubois y de sus imitadores. Cárlos necesitaba dinero contínuamente y las cámaras no le servian en sus apuros si el Rey no consentia en declarar á los Jesuitas fuera de la ley. Acumulábanse de este modo los decretos de proscripcion en los registros parlamentarios, á fin de que los sancionase su misma multitud. La Compañía de Jesus era el árbol que convenia arrancar de quajo para que al instante se secasen las tiernas plantas católicas. Siguióse este sistema con extraordinaria maña, y sin embargo no produjo el efecto que se deseaba.

Procuróse dirigir contra los Padres las hostilidades del pueblo. Apelóse á su amor á la independencia, á su aficion al comercio, al puritanismo exagerado que estaba identificado con sus costumbres y con su misma vida. Se le manifestó al duque de York siempre dispuesto á desquiciar por medio de los Jesuitas una obra cimentada en dos revoluciones. La espoliacion del clero habia creado inmensas fortunas territoriales. La extencion de las Ordenes religiosas habia suprimido los diezmos y vasallage. Se hizo creer á la aristocracia y á la clase media que los Jesuitas, enseñoreados del espíritu del duque de York, aspiraban á resucitar todo esto. La aristocracia y el pueblo tenian un interés

en dejarse engañar. Cayeron por lo tanto con la facilidad en la red que se les tendia, y para sostener unas impresiones tan favorables á la herejía, el anglicanismo inventó y patrocinó las fábulas mas absurdas. El reinado de Cárlos II estuvo sumido en un complot permanente, del cual se suponia eran el alma los Jesuitas.

Esta política, apoyada en una impostura perpetua, llegó á tal extremo que el doctor Jansenista Antonio Arnauld no pudo consentir en ver perecer víctima de la calumnia inglesa, á un enemigo que se habia propuesto aplastar con la fuerza de su dialéctica. Sintiéndose con valor para decir la verdad, en vista de tan miserables subterfugios, dejó salir de su corazon los acentos de una conciencia honrada, exclamando en su *Apología á favor de los Católicos*, pág. 474. Impresion de Liege 1682. « Lo que decia Isaias » del pueblo judio, puede aplicarse hoy literalmente al » pueblo de Inglaterra. *Omnia quæ loquitur populus iste,* » *conjuratio est. Isai, cap. VIII, v.* 12: todo en el dia es con» juracion. Si un Jesuita que con autorizacion del Rey es » capellan de honor de su hermana política, aconseja á un » religioso apóstata que entre otra vez en el convento; es » esto una conjuracion . si dirige algunas doncellas cató» licas que quisieren seguir en Londres la vida religiosa, es » una conjuracion : si manifiesta deseos de que pasen al» gunos sacerdotes á predicar la fe á los infieles en ciertos » puntos de América ocupados por los Ingleses, es una » conjuracion. Nada puede darse mas ridículo, y se pre» tenderá despues que seamos bastante necios para creer » que no es por motivo de su religion sino de conspiracion » que los católicos se ven perseguidos en Inglaterra. »

Arnauld metia el dedo en la llaga; sondeando y haciendo sondear á los otros su profundidad, ponia de manifiesto el plan del anglicanismo, y este mismo hombre, que por rivalidades de doctrinas se habia dejado arrastrar á las iniquidades de un partido, no se atrevia á confesar que él mismo daba el ejemplo de las acusaciones apasionadas. Cubria de oprobio á los Ingleses que con tanto descaro adulteraban la historia é insultaban la pública razon. Se constituia el vengador de la Compañía de Jesus, la cual atacaba

con armas parecidas á aquellas. No arredró á los Puritanos esta tardía probidad. Miraban á los Jansenistas sacrificaban la verdad proclamada con tanta elocuencia por el grande Arnauld, á ciertas miserias de pandillage, á vanidades de pluma, mezquinos triunfos de amor propio, á una sombra de popularidad que nunca debe mendigarse, apelando á sofismas y á cobardes capitulaciones de conciencia.

Así se producia en 1682 el atleta del Jansenismo. La relacion de los sucesos manifestará si era ó no justa su indignacion. En 1676 un francés, hijo de una cómica llamada la Beauchateau llega á Inglaterra, donde toma el nombre de Hipólito de Chatelet de Luzancy, habiendo llevado anteriormente una vida aventurera. Sucesivamente vice-director de un colégio, criado doméstico, y despues acusado de falsario en Modidier, en Picardía, se presenta por fin en Lóndres en clase de apóstata de la Compañía de Jesus. Arrastrado por su propension á la creencia calvinista, pide que se le admita en el seno de la Iglesia anglicana. Esta le recibe sin mas exámen, abre sus cátedras al *Jesuita francés* celebra su apostasía como un triunfo, le colma de beneficios, y colocándose al nivel de los partidos que no se avergüenzan de emplear los mas viles instrumentos, la iglesia anglicana le tributa todos los obsequios imaginables. Bien conocia Luzancy que la calumnia debia ser el pago de tanto oprobio, y hasta se prometia adquirir nuevos derechos á mas encumbrados favores. Traba relaciones con los jefes del protestantismo en el Parlamento, y acusa á los Jesuitas. La duquesa de York habia elegido para confesor al padre de Saint-Germain y contra este dirige Luzancy su primer ataque. Dice que Saint-Germain lo ha sorprendido en su habitacion, y apuntándole un puñal al pecho amenazándole con la muerte, le ha obligado á firmar un acto de retractacion. La impostura era manifiesta. No rusuena mas que un grito unánime por toda Inglaterra, la cual se levanta en masa para aterrorizarse á causa de la insolencia de los papistas. El Rey da la órden para el arresto del padre Saint-Germain, la cámara de los lores expide un billete, que anima la apostasía, la de los comunes siempre ar-

diente pide que todos los Jesuitas y sacerdotes Católicos, sean encerrados en calabazos.

Luzancy persiste en su aversion delante del Consejo privado. Ha logrado que se dé tal crédito á lo increible, que ya se propasa á lo absurdo. Anuncia un complot de los Católicos contra los Protestantes, del cual son instigadores los Jesuitas y que debe estallar simultánemente en Lóndres y en París. El objeto del complot no es nada menos que anegar en un rio de sangre á todos los desidentes de la Iglesia, y estan afiliados en él el rey Cárlos, el duque de York y las mas distinguidas familias de Europa. En prueba de la sinceridad de sus palabras ofrece el testimonio de varios herejes. Preséntanse estos, y todo lo ignoran y todo lo niegan. Los anglicanos estaban demasiado interesados en que se les engañase para dejarse desengañar fácilmente. Convenia que el pueblo diese crédito á la conspiracion de los Jesuitas y de los Papistas. Al Parlamento sostuvo los decretos arbitrarios dictados por la impostura; pero Justel, ministro del culto reformado, no quiso permitir que triunfase de este modo la mentira, y quitó la máscara á Luzancy (1). Otro tomó la defensa del padre Saint-Germain. El odio del anglicanismo era infalible : el Parlamento se apresuró á reprender severamente á los que prestaban su apoyo á la verdad. Luzancy pasó por un mártir entre los

(1) El mismo Antonio Arnauld en su *apologia á favor de los católicos*, (pág. 476 y 477) demuestra que este impostor adoptado con tanto entusiasmo por los anglicanos era indigno de todo crédito, produciéndose en estos términos. « El nombre supuesto de Luzancy con que se ha dado á conocer despues de su apostasía, es una insigne prueba de su carácter embustero. He olvidado su verdadero nombre pero nadie ignora que es hijo de una cómica. Siendo aun niño pasó por Port-Royal de Champs, donde se hospedó una ó dos noches. De alli salió su nombre de Luzancy, por llevarlo un hombre de calidad y de eminente virtud que residia en aquel punto.... En Inglaterra se jactaba de haber pasado mucho tiempo al lado de Arnauld, habiendole ayudado á contestar á M. Claude. Todo esto se supo por conducto de Justel, que siendo un hombre muy honrado se avergonzó de tanto descaro y se quejó de ello en Inglaterra. Vióse precisado Luzancy á declarar que este nombre nada tenia que ver con el de M. de Luzancy de Port-Royal, y que era el apellido de una familia de Brie en Champagne, pero los nobles de esta familia no quisieron reconocerlo. »

sostenedores de la religion de Enrique VIII y de Elisabet. Compton obispo de Lóndres le tomó bajo su proteccion, fué recibido de maestro en artes en la Universidad de Oxford y nombrado vicario de Dover-Court en el condado de Essex.

La fortuna de este aventurero debia ser una tentacion para otros; tres años despues Tito Oates descubrió tambien un supuesto complot. Este inglés se hallaba en una posicion onáloga á la de Luzancy, habiendo tenido tambien que sufrir mil oprobios antes de llegar á ser el salvador del anglicanismo. Ministro anabaptista en tiempo de Cromwell, episcopal durante la restauracion, cargado de deudas y de deshonor, ya no le quedaba otro recurso que representar un papel infame. El doctor Tonge, uno de estos carácteres volubles que fácilmente se dejan impresionar por el mismo terror que quieren excitar en los otros, era en Lóndres uno de los mas ardientes adversarios de la Sociedad de Jesus. En sus folletos trimestrales inventaba para las masas aquellas ignobles calumnias que tan bien cuadran con el instinto salvaje y burlon de las mismas : Tonge concluyó por enredarse el mismo en el lazo de sus relaciones. Los Jesuítas no conspiraban; pero poniéndose Tonge de acuerdo con Oates les arregla un complot, resolviendo que este último se insinue con los Padres; ya sea para descubrir la llave de sus tramas, ó ya para inventarlas. Oates finge convertirse á la fé Católica y pide ser admitido á la Sociedad de Jesus. Sus súplicas son bien acojidas y sale Oates con destino al Colegio de Jesuitas Ingleses en Valladolid. Cinco meses despues se le despide de la casa á causa de sus vicios. Exórtale Tonge á no desesperar de su hipocresía, y á fuerza de lágrimas este hombre vence la repugnancia del padre d'Harcourt provincial de Inglaterra. Entra en el Colegio de Saint-Omer y pidiendo ser admitido como á novicio en la Orden, se le contestó con axpulsarle. El 24 de abril de 1678 celebróse la congregacion provincial en el palacio de saint James en el cual habitaba el duque de York. Esta reunion trienal se miró como un consejo extraordinario en el cual los Jesuitas habian discutido y aprobado los medios mas seguros para asesinar al rey y abolir

el anglicanismo. Oates y Tonge habian por fin hallado un punto de apoyo y no les quedaba mas que organizar el plan de la conspiracion. Combinan todos sus efectos, forjan cartas falsas, y comprometen todos los nombres Católicos que llegan á sus oidos.

Tal vez en los anales del mundo no se encuentra un complot urdido con tan manifiesta inaptitud. Manifestábanse á cada paso las imposibilidades materiales que descubrian por todas partes las morales. Cuando el 13 de agosto, Kirby anunció al Rey que unos asesinos apostados por los Jesuitas iban á atentar contra su vida, el Rey no pudo contener la risa, y prosiguió su paseo por el parque de Windsor. Tonge fué sin embargo enviado á la corte y descubrió el complot cuyas ramificaciones nadie sabia mejor que él. Era menester dar un golpe decisivo para inspirar confianza. Oates refiere que él es el principal agente de los Jesuitas, que es dueño de todos los secretos de la Orden, y en testimonio de su veracidad escribe al lord tesorero que aquel mismo dia el padre Bedingfeild confesor del duque de York debe recibir por el correo cartas referentes á la conspiracion.

« Por una feliz casualidad, dice el Rey Jaime II en sus » *Memorias*, el lord tesorero no se encontraba en Windsor » cuando llegó allá dicho billete, y Bedingfeild, pasando » por delante de la casa de correos en el mismo instante » en que llegaba la mala, entró á pedir sus cartas. Entre» gáronsele cinco que formaban un gran paquete. Venian » firmadas con los nombres de Whitebread, Fenmick, Ire» lam, Blondel y Fogartos. Los cuatro primeros pertene» cian á la Compañía y como el padre tenia versada su » letra conoció al momento que las cartas eran falsas. Sos» pechando alguna trama las comunicó inmediatamente al » duque de York y este las entregó al rey. »

Bedingfeild sin saberlo habia roto los primeros hilos del complot. Las cartas en que este se apoyaba contenian tan evidentes señales de falsificacion « en el curso del proceso » segun dice Lingard en el tom, XIII cap. I de la ***historia*** » ***de Inglaterra***, los abogados de la corona creyeron opor» tuno suprimirlas. » Oates, viéndose cojido en sus propias

redes, apeló á un medio atrevido, atestiguando con juramento delante del juez de paz sir Emundo Bury Godfroy la sinceridad de sus deposiciones. El Parlamento iba á reunirse, y el duque de York insta al colegio privado paraque haga comparecer en estrados al denunciador é instruya un minucioso expediente para averiguar la verdad ó impostura de sus acusaciones. En el tribunal declara Oates que los Jesuitas estipendiados por el Papa y por Luis XIV, han formado el proyecto de abolir la Religion Anglicana; de asesinar al Rey y hasta al duque de York si no toma parte en el atentado; que el padre Lachaisse director del Rey de Francia pone á su disposicion considerables sumas, y que entran en el complot la Irlanda y la Escocia. Su simulada apostasía le ha facilitado enterarse de esta trama. El ha sido el agente mas activo, y conoce las misteriosas complicaciones que ligan al general de los Jesuitas con la santa Sede; el todo lo ha visto, sabido y leydo, y con peligro de su vida lo descubre todo por el amor que profesa á la antigua Inglaterra. En Madrid ha visitado á don Juan de Austria aliado de los Jesuitas, en París el padre Lachaisse lo ha recibido como un enviado de Dios y le ha entregado diez mil libras esterlinas. Oates dice que ha tenido relaciones con el Infante. El Rey le ruega que indique sus señas personales, á lo cual contesta Oates sin titubear. « Don Juan es un hom- » bre alto, flaco, y moreno. »

Este era el tipo de los españoles; era probable por lo tanto que el denunciador diese en el blanco, pero, añade Lingard en el cap. I tom XIII de la *Historia de Inglaterra*: Cárlos miró á su hermano y se sonrió. Los dos conocian personalmente al principe y sabian que eran de corta estatura y que tenia un cutis muy blanco. ¿Y donde, anadió el Rey os entregó el padre Lachaisse las diez mil libras esterlinas? Oates contextó con la misma gravedad. En la casa que tienen los Jesuitas junto al Louvre. ¡ Es particular! exclamó el monarca, los Jesuitas no tienen ninguna casa á una milla de Louvre (1).

(1) La Compañia de Jesus no tenia mas que tres establecimientos en París, los tres muy distantes del Louvre. La casa profesa estaba situa-

Al oir semejante relato el Consejo privado estuvo muy lejos de tomar parte en la justa indignacion de Cárlos. Lo absurdo del complot era á su modo de ver lo que le daba mas fuerza, y dió la órden de recojer todos los papeles de los Jesuitas y apoderarse de sus personas. La correspondencia mas reservada de los Padres acusados, la de la Colombiere, capellan de honor de la duquesa de York á quien Oates señalaba como á confidente del padre Lachaisse no produjo ningun resultado. Las cartas de Colman secretario de la duquese de York, dieron mayor márgen á interpretaciones. Colman colocado en segunda fila, era uno de esos hombres cuyo número tanto abunda en el partidos; codicioso, ambicioso, que hacia de la intriga un deber de conciencia y que por la exageracion de su celo ó por el crédito que el mismo se atribuia, procuraba hacerse el móvil de los sucesos.

En 1669 se habia ajustado un tratado secreto entre Luis XIV y Cárlos II para restablecer la religion Católica en la Gran-Bretaña. Los Padres Annat y Ferrier sucesivamente confesores del rey de Francia y los Jesuitas ingleses no habrian dejado de tomar parte en el asunto. Colman que no ignoraba estos pormenores hablaba de ellos al papre Lachaisse. « Hemos emprendido una grande obra, le » escribia. De nada menos se trata que de la conversion de » los tres Reinos, y de concluir con esta pestilencial herejía » que de algun tiempo acá domina en esa parte septen» trional del mundo. Nunca habiamos concebido tan hala» güeñas esperanzas desde el reinado de nuestra reina Ma» ria. » En otra carta Colman se explicaba así. « Deseaba » vivamente continuar la correspondencia con el padre » Ferrier, persuadido de que convenia que los intereses de » nuestro Rey, los del duque mi amo, y los de su Majestad » cristianísima estuviesen tan unidos que fuere imposible » separarlos sin destruirlos. »

Sabia Colman que los miembros del Parlamento estaban dispuestos á venderse á quien mas diese, por cuyo motivo

da en la calle Saint-Antoine : el noviciado en la calle de Pot de Fer y el colegio de Luís el grande en la calle Saint-Jacques.

escribia al Jesuita. « Aseguré al señor de Rouvigny (1) que » los Flamencos y los Españoles derramaban el dinero para » animar contra la Francia al gran tesorero, al guarda se- » llos, á los Obispos y á todo lo que se llama antigua no- » bleza. Tampoco eran menos hábiles en desacreditar el » papismo. Sabián servirse oportunamente del bolsillo, que » es el medio mas eficaz para hacerse amigos, para animar » á todo el mundo contra el duque de York como á patrono » de Francia y de la Religion Católica. El rey Cárlos, añade » Colman, mandó á Mr. de Rouvigny que tratase con el » duque, recibiendo y ejecutando sus órdenes, bien que no » le hiciese ninguna proposicion referente á los asuntos » religiosos, en los cuales se alegraría que entendiaran el » padre Ferrier ó Mr. de Pomponne. »

Esta correspondencia que nunca habia descubierto Oates, fué el único fundamento en que el anglicanismo empezó á cimentar fuera de su seno una nueva conspiracion de la cual fuesen el alma los Jesuitas. Acusábanlos los Protestantes de haberse propuesto restablecer el Catolicismo en Inglaterra por medio de la cuchilla y de la efusion de sangre. Antonio Arnauld salia en defensa del Instituto. « Se ve » por estas cartas de Colman, dice el jansenista en su *apo- » logía en favor de los Católicos*, pág. 271, que no escribia » al padre Ferrier y muerto este al padre Lachaisse, sino » paraque fuesen los mediadores con el Rey, y que por lo » tanto nada se haria sin que tomase parte en ella S. M. » Volviendo luego á hablar del pretendido complot de los Jesuitas esclama Arnauld : « ¿ Puede decire tal cosa despues » de haber leido estas cartas que patentizan que todo se » trataba con el Rey por medio del padre Lachaisse ó de » M, de Ponponne, sin excitar la sospecha de que S. M. » babia aprobado los designios crueles y sanguinarios fal- » samente atribuidos á los Católicos? lo que seria una ca- » lumnia tan diabólica que el que diese de ella la menor » idea, mereceria cargar con la execracion, no diré de la » Francia, sino de todo el género humano. »

(1) Este era entonces el encargado de negocios de Francia en Londres.

La buena fe de Arnauld, irreconciliable enemigo de los Jesuitas los rinde el mas brillante testimonio; pero este si bien convencerá á la posteridad no fué suficiente para desarmar el odio político del anglicanismo. Los dos padres con quienes estaba en correspondencía Colman, segun dice Lingard, « habian despreciado siempre sus ofertas. » Las pruebas estaban á la vista del consejo privado. Los lores pasaron adelante. Colman fué detenido y se reunió en el calabozo con los cómplices que le señalaba la razon de estado. Al propio tiempo sir Edmundo Bury Godfroy que habia recibido la primera deposicion solemne de Oates, fué encontrado muerto. Dos cirujanos declararon que su cadáver presentaba señales de violencia. Era amigo de los Jesuitas y de Colman, y los herejes le suponen mártir del *papish plot*. Godfroy ha caido á la violencia de sus golpes: para inflamar las pasiones populares exponen el cadáver á la curiosidad ó sea veneracion pública (1). Se habla de un deguello universal, de un incendio general, de un envenenamiento en masa. En todas partes y á todas horas se hace ver al pueblo la mano de los Jesuitas ocupados en preparar semejantes atentados. Reúnese el Parlamento y aparenta estar atemorizado. Hecha mano de las mayores precauciones, pide al Rey que tome todas las medidas imaginables para su seguridad, y luego manda que se instruya expediente sobre las declaraciones de Oates. Empieza este bajo la presidencia del conde de Schaftesbury. Cortesano del poder se cual fuere, este hombre ha servído á todos los partidos y profesado todas las religiones, sin pensar mas que en sus propios intereses. Orador brillante, publicista consumado, espíritu móvil, talento tan vasto como perverso, el conde ha reducido la traicion á sistema. Todas las

(1) Los anglicanos que para todo hallan razones concluyentes, nunca supieron esplicar que interés podian tener los Jesuitas en la muerte de este juez de paz que les habia dispensado varios favores. Los puritanos, los presbiterianos y los episcopales, salieron del apuro haciendo circular con profusion un soneto francés en cuyos tres últimos versos referentes á los Jesuitas se dice que «.para dar una satisfaccion » al gefe de su Iglesia han asesinado á sir Emundo Godfroy, porque al final de su nombre se encuentra la palabra *roy* en español rey.

opiniones le han visto exagerar su principio y á todas las habia vendido una despues de otra. Revolucionario mas bien por necesidad que por principios, aceptó la república de los santos y á Cromwell. Reunióse con Monk á la causa realista, luego que vió bambolear debajo de sus pies el edificio republicano. Ministro del Rey durante muchos años, dió al catolicismo las mismas prendas que sucesivamente fué ofreciendo á cada culto dominante.

Habíanse prometido quinientas libras esterlinas al que descubriese los autores de la muerte de Godfroy : no ignoraba la impostura que por todos lados encontraria necios ó cómplices, á quienes lord Shaftesbury estaba pronto á infundir valor. El 4 de doviembre de 1698 se presenta Beldoe al Parlamento para obtener la recompensa votada legalmente. Revela que lord Bellasis es el instigador del asesinato, y que el mismo denunciador con el auxilio de algunos Jesuitas procuró atraer sir Edmundo al patio del palacio de Sommerset ocupado por la reina, donde fué asesinado dicho magistrado por otros Jesuitas. Là hora que indica Bedloe, excita la admiracion del Rey. Pregunta á sus oficiales y encarga á su hijo natural el duque de Monmouth que tome nuevos informes. Resulta comprobabo que Cárlos II en persona se hallaba en Sommerset con una centinela á cada puerta y una compañía de guardias en el patio, en aquel mismo instante en el cual con tanta conspiracion se acusaba Bledoe de haber cometido un crímen imaginario del cual segun pretendia habia sido teatro aquel mismo patio.

La conspiracion fraguada por Oates y por Bedloe, fué sumamente desgraciada. Shaftesbury prosigue buscando en estos medios vergonzosos una tabla de salud parlamentaria. « ¿No veis aun, le decia el doctor Burnet, una de las » lumbreras de la Iglesia anglicana, que los muchos testi» gos que se presentarán no son mas que unos espadachi» nes? » á lo cual contestó Shaftesbnry, segun lo expresa el mismo Burnet en sus *Memorias*. « ¿Y vos no veis que » cuanto mas extravagante sea nuestro complot tanto mas » crédulo será el pueblo, apasionado por lo maravilloso? » Sea cual fuere su testimonio; guardémonos muy bien

» de debilitarlo. Esta gente parece que ha llovido del » cielo para librar á la Inglaterra del papismo y de la tira» nía. »

Triste es confesarlo, pero la degradacion del pueblo comprobada con este cinismo de la inteligencia, era entonces una verdad como lo será siempre. Shaftesbury no creia en el realismo, ni en el anglicanismo, ni en los Jesuitas si no únicamente en su ambicion. Los Jesuitas y los Católicos de la Gran Bretaña fueron una palanca de que se sirvió para echar por tierra á los Stuardos ó para lograr que estos le comprasen. Oates y Bedloe habian dado por fin con un hombre digno de entenderles. No ignoraban que Shaftesbury, enemigo personal del duque de York y de los Jesuitas, que le despreciaban, seria á todo evento su consejero y apoyo. Marchaban á pasos agigantados por el camino de las revoluciones que no habian hecho mas que indicar, y el complot fué desenvolviéndose bajo sus manos: El 23 de octubre de 1678 Oates hizo leer en la cámara de los lores (1) una dcposicion que acusaba á Inocencio XI, « uno de los » Papas, mas santos segun expresion de Arnauld eu su » *apologia* pág. 288, que se hayan sentado de mucho tiem» po acá en la silla apostólica. » En virtud de los poderes que le tiene conferidos este sucesor de los Apóstoles, Pablo Oliva, general de la Compañía de Jesus, está encargado del gobierno de los tres Reinos y provee los primeros destinos del estado. Oates pretende haber leido el original del breve en el cual Inocencio XI tomó el titulo de rey de la gran Bretaña. Declara tambien haber leido las ordenanzas de los Jesuitas que nombraban canciller á lord Arundel, tesorero al conde de Powis, general en gefe á lord Bellassis y teniente general á lord Peters ;-á los lores Pedro y Ricardo Thalbot se les conferia el mando de la Irlanda. Sir Godolphin quedaba nombrado guarda del sello privado, Colman secretario de estado y el conde de Stafford se encargaba de un empleo que Tito Oates tenia la discrecion de no especificar. El general de los Jesuitas habia organizado desde Roma todo

(1) ***Proceso de los Jesuitas en la confiscacion de Tito Oates, pág.*** **320.**

ese gobierno, y para consolidarlo, el padre White provincial de la Compañía en Inglaterra, permitia que se le obligase á aceptar el arzobispado de Cantorbery. Oates habia visto los breves auténticos, y Shaftesbury fingia creerlo. El mismo dia, Arundel, Powis, Stafford, Peters y Belassis quedaron encerrados en la torre de Londres. Al dia siguiente lord Castlemaine, rival de Shaftesbury fué denunciado por Oates como á Jesuita y cómplice del atentado, y fué á hacer compañía en el calabozo á los lores y á los padres de la Sociedad de Jesus.

Los discursos, los actos, los terrores de Shaftesbury, las imprecaciones que dictaba á los periódicos habian difundido el miedo en el pueblo Inglés. El Parlamento aprovechó este terror para hacer pasar un proyecto de ley que nunca habia podido obtener la sancion legislativa. Adoptóse el juramento del *Test* (1) y los Católicos, príncipes, pares, miembros de las municipalidades y otros, se vieron desterrados para siempre de las asambleas legislativas y de la presencia del soberano. Esto era excluir al duque de York del trono y de la Inglaterra. Cárlos II conocia bien la inocencia de su hermano, y tenia por cierta la de los Jesuitas y de los Católicos. Mademoiselle de Querouale, francesa á quien habia elevado al título de duquesa de Portsmouth y que habia sabido fijar la inconstancia de sus deseos, nunca logró inspirar á este egoismo sentado en el sólio un pensamiento decidido de justicia. Cárlos Stuard

(1) El auto de Test casi anulado del todo por el bill de emancipacion expedido durante el reinado de Guillermo IV, obligaba todos los oficiales civiles y militares á prestar su juramento y hacer su declaracion contra la substanciacion en uno de los tribunales reales de Wetsminster, ó en las *Quates sessions* dentro los seis meses del *calendario*, contaderos desde el dia de su admision; como igualmente á recibir al propio tiempo el sacramento de la cena, segun el rito de la Iglesia Anglicana, en alguna iglesia pública, immediatamente despues del servicio divino y del sermon, teniendo que remitir de ello un certificado á la corte firmado por el ministro y fabriqueros; y por fin aprobarlo por medio de dos testigos fehacientes; todo bajo pena de quinientas libras esterlinas, y de ser declarados inhábiles para poseer sus oficios. *Comentarios sobre las leyes inglesas*, por Blackstone, tomo V. pág. 285.

no protestaba sino con dichos chistosos contra el fanatismo del pueblo, y de semejantes chistes se atrevió á servirse cuando corrió por los cadalsos la sangre de los Jesuitas y de los Católicos.

Los procedimientos contra cinco Jesuitas acusados por Oates empezados en febrero de 1679 iban sosteniendo el ávido y estúpido furor del pueblo, como dice Mazure (1). Entre estos religiosos estaba Ireland, acusado de haber dado las órdenes convenidas con su Compañía para matar al Rey. Los padres Grover y Pikering capellanes de la reina, se suponia que habian recibido órden de disparar contra S. M. en Windsor, el primero por el premio de mil quinientas libras esterlinas, y el segundo por el de treinta mil misas por haberlas preferido al salario de su compañero. Habian estando acechando al rey en Windsor, y tres veces les habia faltado el tiro, la primera por no haber prendido la chispa, la segunda por haberse olvidado el cebo, y la tercera porque los regicidas poco diestros habian cargado las pistolas con balas sin pólvora. Decíase que esto debia atribuirse á otros tantos milagros para salvar la vida de S. M. En cuanto á lo que tocaba personalmente al padre Ireland en vano justificó la coartada. La autoridad legal del juramento de Oates y de Bedloe consagró juridicamente estas groseras fábulas, y el jurado votó contra los acusados. Despues de su declaracion, el caballero Guillermo Scroggs gefe de justicia, dijo á los miembros del jurado. « Habeis obrado señores como buenos súbditos y como » muy buenos cristianos. Vayan ahora los culpables á » disfrutar de sus treinta mil misas. »

¿Qué clase de gente venian á ser pues esos magistrados y ese pueblo inglés á quienes en presencia de tantos inocentes no inspiraba la piedad á la política sino un miserable sarcasmo?

Cárlos II no creia en el complot: el Parlamento, los magistrados y el clero anglicano participaban de la incredulidad del Rey, pero como la sangre de los Jesuitas era una

(1) *Historia de la revolucion de Inglaterra de* 1688. por Mazure, inspector general de la Universidad de Francia, tomo I, pág. 216.

satisfaccion, fueron estos destinados al cadalso. Cinco Padres, acusados por Oates, Bedloe, Prance, Dugdale y los cómplices de la impostura de estos, perecieron á manos del verdugo. El Parlamento, por el temor que le inspiraba la Francia, se contentó con expulsar del territorio británico al padre Claudio de la Colombiere.

El bill del *Habeas corpus* (1), la garantía de las libertades inglesas pasó á favor de la sed de sangre que alimentaba la heregía en las entrañas de la nacion. Luego de muertos los Jesuitas se quiso ofrecerle el espectáculo de sus pares católicos muertos á su turno. La exasperacion habia llegado á su colmo. Shaftesbury triunfaba, y el conde Stafford amigo de la Sociedad de Jesus fué arrastrado á la presencia de la justicia protestente. Era este un anciano septuagenario que habia gastado sus fuerzas en defensa de la causa monárquica. Bajo el peso de las insultantes maldiciones de aquella insolente chusma recobró Stafford su antigua energía. « Llamó la atencion, como dice David Hume en su » *Historia de Inglaterra*, sobre la infamia de los testigos, » las contradicciones y absurdos de sus declaraciones, su » extrema indigencia tan chocante en unos hombres que » se suponian metidos en una conspiracion en la cual figuraban reyes, príncipes y señores. Renovó por fin la » protesta de su inocencia con una sencilla efusion mas » persuasiva que todos los adornos retóricos. » A pesar de la evidencia se le condenó á ser ahorcado y descuartizado. Cárlos II no tuvo suficiente valor para hacer gracia á sus leales virtudes. La feroz alegría que mostraban los Presbiterianos y los Anglicanos al pie del cadalso de los Jesuitas, amedrantaba su cobardía. Ni siquiera se atrevió á conmu-

(1) El *Habeas corpus*, es la escuela del famoso bill de los derechos obtenido por el Parlamento. Es como la interpretacion del artículo de la gran carta concebido en estos términos. « Ningun hombre libre puede » ser detenido ó encarcelado, sino en virtud del juiçio de sus pares, ó » por en permiso û órden expresa del rey. » Estas últimas palabras obligaron al Parlamento á declarar que todo encarcelado pudiese dirigirse al canciller ó á uno de los doce jueces en ejercicio para ser traslado al tribunal del banco del rey. El warent que mandaba al carcelero la entrega del cuerpo del preso empieza por las palabras *Habeas corpus*.

tar la pena de horca en la de ser decapitado, siendo el primero un suplicio infame que permitia á la enemigos de los Stuardos tomar la medida de su agradecimiento.

El rey abandonaba á los republicanos la cabeza de un antiguo soldado realista. Los republicanos propusieron al Parlamento por medio de dos scheriffs, que declarase que el príncipe no tenia derecho para detener el curso de la justicia : « Nada demuestra mejor, añade Hume, la furia » de aquella época, que el ver á lord Russell secundar, á » pesar de sus virtudes y de su carácter humano, el bárbaro escrúpulo de los scheriffs. » El 29 de diciembre de 1680 Stafford murió en el patíbulo. No alcanzó igual destino á los lores Arundel, Powis, Peters, Bellassis y Talbot, contentándose sus enemigos con tenerlos cautivos todo el tiempo posible.

Los católicos no hallaron mas que iniquidad en sus jueces. Lord Russell y Algernon Sidney se habian constituido sus mas implacables enemigos. Pocos años despues por uno de esos sistemas de equilibrio político que consiste en diezmar ó infamar todos los partidos en provecho del inasequible justo medio, Russell, Sidnoy y el conde de Essex fueron acusados del mismo crímen que habian perseguido en los Jesuitas. Habian sido desapiadados con los católicos, y en el momento en que nuevos Ticos Oates inventaron el complot de Rye-House los acusados fueron el blanco de las mismas prevenciones y de las mismas injusticias (1). Shaftesbury habia perdido á los primeros y Jeffreys perdió á los segundos.

Cárlos II sucumbió á un accidente apoplético el 16 de febrero de 1685. Murió católico (2), despues de haber renc-

(1) En la *Vida de Jaime II*, por el doctor Clarke y en muchas historias de Inglaterra, se da por real el complot de Rye-Housse. Citan en su apoyo tales escritores las revelaciones del duque de Monmouth y las, intrigas de lord Shaftesbury que, segun dicen, tomaron una parte muy activa en esta conspiracion. Los protestantes republicanos de los cuales Russell y Sidney eran los gefes, han podido, lo mismo que ciertos católicos, buscar en un movimiento político el triunfo de sus ideas pero hay mucha distancia en un movimiento de esta clase y un asesinato.

(2) Parte de Mr. Barrillon embajador de Francia en Londres.

gado su Fe por una hipócrita debilidad, y dejado perseguir la religion que su inteligencia le dictaba ser la única verdadera. En el lecho de la muerte se arrepintió de su cobardía, confesando entre los brazos del padre Huddleston, el cual despues de la batalla de Worcester fué uno de los que le salvaron, unas faltas que segun la historia siempre pasarán plaza de crímenes. Legó á su hermano el duque de York una corona que habia comprometido, y cuando Jaime II subió al trono, la dinastía de los Stuardos estaba ya condenada. Fué proclamado no obstante el nuevo Rey en medio de las aclamaciones de toda la Gran Bretaña. Sabíase que era celoso católico, pero se confiaba que tambien seria justo, y que despues de haber padecido tanto tiempo por su religion se haria un deber y un escudo de la tolerancia. La diputacion de los Cuakeros que fué á felicitarle por su advenimiento al trono le dijo : « Se nos asegura que no crees mas que nosotros en la santa iglesia anglicana, esperamos por la tanto que nos concederás aquella libertad que á ti mismo te has concedido.

La Ingletarra habia accedido á cargar con el error y con la guerra civil. Hízose perseguidora para conservar el culto que Enrique VIII y Elisabet le habian hecho aceptar por fuerza. El Parlamento por su parte no cesaba de perseguir al papismo en los Jesuitas que se demostraban sus mas impertérritos defensores. Para realizar el plan concebido por el nuevo monarca era preciso saber dictar su voluntad como los dos últimos Tudor. Este era el pensamiento que le sugeria. Luís XIV escribiendo en agosto de 1685 á Barrillon su embajador (1). « Seria fácil al rey de Inglaterra y tan » útil para la seguridad del reino como para la tranquili- » dad de su conciencia, establecer el ejercicio de la religion » católica con lo que se verán obligados especialmente to- » dos que la profesan en sus estados, á servirle con mayor » fidelidad; cuando al contrario, dejando perder una oca- » sion tan favorable como la presente, tal vez, nunca mas » encontrará una disposicion tan general á secundar sus » designios y á permitir que los ponga en ejecucion. »

(1) **Documentos justificativos de la obra de Fox :** ***A history of the early part of the reign of James the second.***

Esta política no se avenia con el carácter irresoluto de Jaime II. Habíase mostrado digno del trono hasta el momento en que fué llamado en ocuparlo. Desde este dia siempre anduvo perplexo entre el bien que deseaba y el mal cuyos esfuerzos temia. Quiso ser rey constitucional, no ignorando que este título absorveria su poder. La facilidad con la cual Enrique VIII, Maria y Elisabet hicieron adoptar las mas raras y mas contradictorias variaciones en el culto público no, no fué para él una leccion. Creyó obtener sin energía y sin sacudimientos el objeto que se habia propuesto. Lisongeóse de lograr por medios tortuosos lo que en tales circunstancias debe conseguirse por medio de una lucha descubierta, aunque sea corriendo el riesgo de perecer en una glorioso tempestad. Buscó apoyos en todos los partidos, lo que equivalia á estimular la traicion y ponerse á merced del protestantismo que ya formaba causa comun con su yerno Guillermo de Orange.

Luego de subir al trono habia devuelto Jaime la libertad á los Católicos y á los Cuakeros, á quienes tenia encarcelados la inquisicion anglicana. Profesaba públicamenta su religion en White-Hall, y permitia á sus súbditos la misma facultad. Apreciábalos bastante para suprimir de propia autoridad esa fiesta anual del fanatismo tan agradable á los antiguos anglicanos, en la cual se quemaba al papa y al diablo en la misma hoguera. Los Jesuitas proscritos, el dia antes acusados en las ciudades y en el campo, expuestos á los insultos públicos y á los ultrages parlamentarios habian visto mudar su posicion como por encanto. La muchedumbre cuya ignorante desconfianza nadie atizaba, los acogió con respeto. No ignoraba que los forjadores de los últimos complots confesaban una parte de sus embustes y volvian á abrazar espontáneamente unos sentimientos mas moderados. Jaime II se congratulaba de ver esta calma en los espíritus sin preveer que esta misma calma podia ser precursora de la tempestad, y dejando los asuntos en manos de Sunderland, ministro de su eleccion, no se ocupó mas que encontrabalanzar los intereses y dejar contentas todas las creencias.

Lord Spencer conde de Sunderland era un político como

los que acostumbran producir las revoluciones. Cortesano de los reyes y adulador del pueblo, diplomático que especulaba con sus adhesiones ó se hacia pagar de antemano sus defecciones calculadas, habia poseido la confianza de Cárlos II y de un Parlamento. Bajo este título combatió las tendencias católicas del duque de York y hasta llegó á pedir que se le desterrase. Jaime II olvidó unas injurias de las cuales cesaba de ser el blanco con su advenimiento al trono. Sunderland era hábil, y viendo la marcha del espíritu público, comprendió el ministro que la Inglaterra podia volver al catolicismo con la misma facilidad con que lo habia abandonado y se dió prisa á darle el ejemplo. Segun indica Fox en la obra citada hace poco, decia Sunderland. « El Rey mi amo nada toma tan á pechos como el resta» blecimiento de la religion católica. Ni le es posible » siguiendo el buen sentido y la recta razon proponerse » otro objeto. Sin esto, nunca estará seguro y se hallará » siempre expuesto al celo indiscreto de los que inflamarán » al pueblo contra los Católicos, mientras el culto de estos » no esté plenamente asegurado. »

Sunderland hablaba á fuer de político amaestrado por la experiencia, y que habia meditado las grandes lecciones de la historia. Le mismo que Luís XIV deseaba que Jaime II se dejase de medidas á medias que no sirven mas que para comprometer todas las causas. Servia al Rey sin amor y sin odio, pero con inteligencia. Cuando la catástrofe de 1688 produjo la caida de los Stuardos, cayeron sobre él algunas sospechas de haber tomado parte en el complot del protestantismo. Guillermo de Orange lo atrajo posteriormente y lo nombró lord Chambelan. Sin embargo, conviene no olvidar, que los carácteres del temple del de Sunderland son mejores para administrar que para gobernar. Sunderland no hizo traicion al Rey mientras le creyó susceptible de alguna energía, pero le abandonó en el mismo instante en que vió que el monarca se abandonaba á sí mismo. No viéndose con fuerzas suficientes para hacerse dueño de los sucesos, tomó sus medidas para que estos no le arrastrasen en su carro. Los Jacobistas le han tachado de perfidia; este es el último consuelo de los partidos vencidos. Sunderland lo

mismo que tantos y tantos otros espíritus débiles y ambiciosos, fué fiel de prosperidad en prosperidad, é ingrato de desgracia en desgracia. Pero si el monarca hubiese dado oidos á sus consejos y á los del padre Peters, no habria venido el caso de poderse dirigir á Sunderland semejantes rereproches (1).

Eduardo Peters, hijo de aquel Peters que por denuncia de Oates habia muerto preso en la torre de Londres residia en la corte de White-Hall mas bien en clase de amigo de Jaime que en la de Jesuita. No era su director espiritual, pero sí su confidente. Los confesores del Rey fueron en primer lugar el capuchino Mansuet, nacido en Lorena y despedido bajo el pretesto de no ser inglés, y despues el padre Juan Warner (1) de la Sociedad de Jesus. Peters sin embargo tenia mucho ascendiente sobre Jaime II. Toda la Orden y especialmente la provincia de Inglaterra habia sufrido mucho por él. Triunfaban por fin los Jesuitas despues de haber sido perseguidos por tanto tiempo. Esta súbita transformacion alarmaba á ciertos espíritus. No faltaban sacerdotes seculares á quienes hacia sombra el poderío que se les atribuia. El protestantismo se daba por vencido, y ciertos Católicos trataron de prevenir el espíritu del Rey contra la Compañía. Propalóse que era exclusivamente francesa. « En 1686, Barrillon escribia á Luís XIV. Monseñor » d'Adda, nuncio del Papa, conserva una buena inteligen-

(1) En sus negociaciones y en sus partes dados en 18 y 27 de setiembre y 22 de noviembre de 1688, el célebre conde de Avaux embajador de Francia en Holanda, no juzga tan benignamente como nosotros á Sunderland. Acúsale de estar vendido al príncipe de Orange y de hacer traicion al rey, de quien es primer ministro. Semejante acusacion puede ser fundada á contar desde el año 1688, en cuya época Jaime II ya habia perdido la corona por mas que conservase el nombre de rey.

(2) Sir Juan Warner y su muger abrazaron la fé católica: el primero en 1664 y la segunda en 1667, separándose acto contínuo para vivir el marido en la órden de los Jesuitas, y la muger en la de santa Clara en Gravelines. El padre Marner fué provincial de la Sociedad, rector del colegio de Saint-Omer, y por fin confesor de Jaime II á quien siguió á Francia, donde murió el padre en 1692, en cuya ocasion probablemente sucedió Peters.

» cia con el padre Peters y con los demás de la Compañía,
» esto en cuanto se atreve á hacerlo; porque no se cree que
» el Papa les favorezca ni se proponga acreditarlos aquí ni
» en otros puntos. Me consta que se ha indicado al Rey que
» no se fie mucho de los Jesuitas, porque son demasiado
» adictos á los intereses de V. M. Este modo de discurrir
» proviene de Roma, y no hace la menor impresion en el
» espíritu del príncipe, antes al contrario el crédito del
» padre Peters se sostiene y va robusteciéndose.

Hallábase colocado este Jesuita en una posicion excepcional. Nacido en una familia que habia dado diversas pruebas de fidelidad á los Stuardos se creia menos ligado á su Orden que á la dinastía escocesa. Por esto Jaime II se habia apresurado á instar al Papa Inocencio XI para que Peters fuese promovido á la dignidad episcopal. El conde de Castlemaine su embajador, no obtuvo mas que una completa negativa fundaba en las constituciones de los Jesuitas. La santa Sede no queria acceder á la real súplica. Jaime por medio del cardenal de Este, hermano de la reina, exije que se reserve para Peters un capelo de cardenal. El sumo Pontífice estuvo inflexible. Viendo el Rey que no podia conseguir su mas ardiente deseo, ni lograr que recayesen las dignidades eclesiasticas en el Jesuita su apreciado confidente, le nombra secretario del gabinete revistiéndole oficialmente con su confianza. Peters permitió que se le confiriesen estos honores, puede muy bien que la Sociedad hubiese inspirado á Inocencio la conducta que observó en este asunto; pero no se halla ninguna prohibicion del general de la Orden como la que recayó cuando Fernandez fué nombrado para asistir á las córtes de Portugal. Peters, miembro del consejo privado, acababa de aceptar una dignidad temporal incompatible con los estatutos de San Ignacio, y los Jesuitas no protestaron, á menos que este documento se haya perdido, lo que no parece muy probable. Tomanos los hechos tales como se presentan ; pero para explicar el silencio del Instituto en vista de una tal infraccion, debemos confesar que muchas veces no era fácil impedir á los soberanos de confiar á los Padres de la Sociedad súbditos suyos, ciertos encargos que no estaban en armo-

nía con una órden religiosa. El general y los asistentes conocian con evidencia el peligro que resultaba de semejante violacion del pacto fundamental, pero se creian obligados á tolerar estos abusos para evitar mas graves inconvenientes. Así en aquella misma época, el confesor del emperador José I de Alemania recibió la órden de pasar á Roma, porque los asuntos de Estado le ocupaban mas que el santo ministerio al cual se habia consagrado. El nuncio del Papa de acuerdo con el general de la Compañía instaba la partida del Jesuita; « Irritado el Emperador, segun refiere » Gregorio en la *Historia de los confesores*, pág. 169, declaró » que si su confesor tenia absolutamente que partir para » Roma, no partiria solo, sino que le acompañarian todos » los Jesuitas de los estados austríacos para no volver á » comparecer en ningun punto del Imperio. »

Ignoramos si Jaime de Inglaterra hizo tambien amenazas por este estilo; pero para precaverse de los soberanos y para ligar mas estrechamente con su regla á ciertos Jesuitas ambiciosos é inquietos, la décima sexta Congregacion no quiso que quedase en pie la menor duda sobre sus intenciones. En el decreto XXVII, tomo medidas todavía mas eficaces que las anteriores.

Léese en él lo siguiente : « Bien que muchas leyes prohi- » ben bastante clara y explicitamente que ninguno de los » nuestros se mezcle por ningun estilo en los negocios pú- » blicos y temporales de los príncipes, relativos al gobier- » no del Estado, sin que sea necesario un nuevo decreto » sobre este particular ; sin embargo, la Congregacion con » el objeto de demostrar su solicitud sobre un punto de tan- » ta transcendencia, ha ordenado á los nuestros que si aca- » so alguna vez los príncipes se proponian encargarles al- » gun asunto político, los adviertan con religiosa y modesta » firmeza que nuestras leyes nos prohiben mezclarnos en » tales asuntos. »

Salia la Inglaterra de una lucha encarnizada para entrar en otra. Jaime II con ideas resolutas podia obtener el objeto que se habia propuesto ; pero para esto debia prescindirse de tergiversaciones y concesiones. No se trataba ya de que fuese católico ó protestante, puesto que se le habia

admitido á pesar de su culto: todo consiste en que no supo ser rey. Peters, á lo menos sea por escrúpulo ó por prevision ya no se tuvo por Jesuita. « El domingo 9 de octubre » de 1687 subsiguiente á su promocion, dice Lingard, el » nuevo dignatario se presentó en la capilla de White-Hall, » no ya con la sotana del Instituto, sino con el traje de sa- » cerdote secular, y algunos dias despues tomó asiento por » órden del soberano en el consejo privado. » Los Jesuitas, y entre ellos el padre d'Orleans en su *Historia de las revoluciones de Inglaterra* (año 1688) pintan como dudosa la fidelidad de Sunderland. Hácenle entre otros el cargo de haber introducido al padre Peters en el consejo. Si el conde de Sunderland obró con traicion prevaliendose de la amistad de Jaime II para echar el reto á los anglicanos, á nuestro entender es mucho mas culpable el padre Peters por haber cedido á una reprehensible ambicion ó á una violencia moral que sus votos y el interés de la Compañía debian hacerle rechazar como un mal pensamiento. Su instalacion en el consejo era una arma que se ofrecia al protestantismo. Jaime II aventuraba su corazon en estas perpetuas oscilaciones, y con su carácter siempre indeciso era imposible realizar ningun bien.

Habia tomado al padre Peters su favorito por agente ostensible de su política. Los protestantes y el duque de Orange se aprovecharon de esta doble falta. Al propio tiempo se comunicó á Dikvelt, embajador de Holanda en Londres, por parte del yerno de Jaime II una carta que se suponia interceptada, dirijida por los Jesuitas de Liege á sus hermanos de Fribourg. Bien sea auténtica ó falsificada, dicha carta anunciaba que el rey de la Gran Bretaña se habia hecho afiliar en el Instituto, de lo cual se habia mostrado muy satisfecho; prometiendo mirar los intereses de su nueva patria adoptada, con el mismo empeño, que los suyos propios. Contaba con el Instituto para obtener misiones capaces de volver su imperio al Catolicismo. Veia á mas en ella que Jaime habia contestado á uno de sus mas fieles servidores que se lamentaba de ver que dos herejes estaban llamados á la sucesion de la corona. « Bien sabrá » Dios suscitar un heredero que esté libre de error, y que

» nos garantice de esta lepra á nosotros y á nuestra pos-
» teridad. »

Fundados en esta respuesta, cuyo original nunca se ha producido, Guillermo de Orange y sus allegados forjaron las hipótesis mas inverosímiles, á las cuales no obstante dieron fácilmente crédito los calvinistas. Un jesuita estaba al frente del gobierno britanico y esto bastó para convencer á los sectarios de que tal vez Jaime II habia profesado los cuatro votos. Acusóse á toda la Sociedad y principalmente á Peters como á su especial encargado de negocios, de preparar las cosas para presentar cuanto antes un falso príncipe de Gales, y ceñir la corona de los tres niños en las sienes de un niño desconocido de quien la Reina se declararia madre. María de Módena segunda exposa de Jaime II, gozaba muy poca salud, pero era demasiado jóven para que pudiese conceptuársela estéril. Esta carta atribuida á los Jesuitas que por una extraordinaria vicisitud pasaban á ser los árbitros de un país en el cual durante tanto tiempo habian sido mártires, provocó las sospechas y excitó las desconfianzas. Los herejes creyéndoles capaces de todos los crímenes aceptaron con entusiasmo los que parecian confesar los Jesuitas en esta correspondancia apócrifa.

La conspiracion urdida por el príncipe de Orange tocaba ya á su desenlace, y el padre Peters sin quererlo habia sido uno de sus instrumentos. Bien conocia el Jesuita que Guillermo era un traidor y un usurpardor el cual reunia á un espíritu concentrado y á un natural ingrato un carácter emprendedor, tan indiferente á los reveses como á las victorias, príncipe que no tenia otras ideas del vicio y de la virtud sino las que necesitaba para corromper ó engañar á los hombres. Guillermo habia tenido la habilidad de granjearse la amistad de Jaime mediante ciertas artificiosas condescendencias y respectuosas demostraciones. El Rey no permitia que se tachase en su presencia de ingratitud ó de perfidia la conducta del Holandés. Este estaba casado con su querida hija, y Jaime dotado de una doble y franca lealtad no sabia creer la impostura en los demas. «Por este motivo

» dice Hume (1) un monarca cuyas faltas no eran mas que » imprudencias y errores, sufrió un suplicio del cual extu- » vieron exentos los Domicianos y Nerones, puesto que se- » mejantes monstruos no se vieron abandonados por sus » hijos. » En 13 de julio de 1685, Luís XIV deseando hacer sospechosas las tramas de Guillermo, escribió á Barillon (2). « El príncipe de Orange busca pretextos para introducir tro- » pas extrangeras en Inglaterra, y podria ser muy bien que » para sus fines particulares se propusiese tener en dicho » país tropas afectas para disponer de ellas contra los inte- » reses del rey. » La inexplicable ceguedad de Jaime habia resistido á los consejos de Luís XIV, y resistió del mismo modo á las pruebas de culpabilidad que Peters le hizo evidentes. Creia en las afecciones de familia, en esos lazos que corta con desdeñosa hipocresía la ambicion por largo tiempo reprimida. Necesitóse todo el ascendiente de Luís XIV y la decision del Jesuita, paraque el rey escuchase sin cólera los motivos de desconfianza que el príncipe de Orange inspiraba á los amigos de los Stuardos. Se le manifestaban palpablemente los manejos artificiosos de su yerno, se le descubrian sus secretas esperanzas, haciéndole ver en la actitud de los anglicanos un complot pronto á estallar. Sonreíase Jaime II con aquel tono de tranquila confianza que pierde las dinastías y como era demasiado hombre de bien para sospechar el mal, rehusaba dar asenso el crímen comprobado.

Pasóse el año de de 1687 en medio de estos combates interiores, agrupándose entretanto la tempestad, y Jaime cuyo ministerio habia estado dividido, no osaba apelar para conjurarla á impulsiones contradictorias. La debilidad ó la impericia en el obrar, desmentian inmediatamente la violencia en el hablar. Jaime creia ser fuerte amenazando ó sobornando el Parlamento. Las intimidaciones no produjeron el menor efecto, porque los enemigos de su poder conocian bien que no era hombre para realizarlas. El sobor—

(1) Hume. *History of England James the second.*
(2) Carta de Luís XIV á Barrillon (archivos de negocios extrangeros.)

no de las conciencias legislativas que es el negocio mas lucrativo para un rey constitucional no dió otro resultado que un oprobio sin provecho. Jaime, qne habia agotado todas las medidas ó medios y perdido sus ventajas, apeló por fin á los medios extremos. Jeffryes fué el magistrado ejecutor de su tardía cólera. Si bien era menos inexorable que los jueces nombrados por Enrique VIII, por Elisabet y por Jaime I, los cuales condenaban en nombre del Protestantismo, se hizo mas odioso que todos ellos y le menciona con horror la historia. Veia el rey que el poder se le escapaba de las manos y trató de robustecerlo concediendo á todos sus súbditos una declaracion de libertad de conciencia.

Pero en política lo mismo que en religion solo la piden los vencidos para hacerse de ella una arma contra la autoridad reinante. Este acto heria en lo mas vivo los intereses del anglicanismo puesto que el derecho de orar libremente chocaba con sus pasiones. Creyó por lo tanto el anglicanismo que aquí iba á quedar sepultado su poderío, y se levantó contra semejante concesion de la cual solo podian aprovecharse los cultos rivales. El arzobispo de Cantorbery, los obispos de Saint-Asaph, de Balh, de Ely, de Bristol, de Peterboroug y de Chichestes elevaron al pie del trono las quejas de sus iglesias. Habian empezado por pedir la libertad, y una vez triunfando su culto invocaban la arbitrariedad. Ensayó Jaime un medio violento : atendidas las circunstancias era preciso apoyarse en los principios en que se habia escudado el Protestantismo al nacer, y el Rey prefirió apelar á la fuerza. El 18 junio de 1687 hizo meter en la Torre á los obispos suplicantes, obrando en esto contra la opinion de Sunderland y de Peters (1) que deploraban los funestos resultados de una medida que por otra parte reconocian por muy oportuna los arzobispos de Saint-André y de Glasgow.

Hasta entonces los cómplices de Guillermo de Orange no

(1) M. de Barrillon en su parte á Luís XIV dice, « que se dió al rey el consejo de dejar de perseguir á los prelados añadiendo : « Este pa» recer fué el de milord Sunderland y del padre Peters.

habian tenido motivos como si dijésemos legales y determinantes. La revolucion proyectada no estaba personificada con ningun hecho popular; Jaime II le proporcionaba mártires á quienes reverenciar, y el pueblo los tomó por pendon. Abultóse de un modo agigantado el favor de que disfrutaba el padre Peters, mirando en este Jesuita, que se aislaba de su Instituto una conspiracion permanente. Peters fué el blanco de todos los ataques, sarcasmos y calumnias que refluian inevitablemente contra la Sociedad de Jesus. Fué esta la voz convenida, dada á los predicadores y escritores del anglicanismo. Acusábasele bajo mil formas diversas, queriasele atravesar de parte á parte para desquiciar mas fácilmente el trono legítimo y la religion Católica. El padre Peters no conoció que esta odiosidad que contra él se excitaba era muy peligrosa al propio tiempo para la Compañía y para la santa Sede. Quedó envuelto todo este fuego continuo de imprecaciones, y se abismó la monarquía sin que tal vez el Padre hubiese dado al Rey un consejo. Jaime II al menos le hizo esta justicia, diciendo un dia en Versalles delante de Luís XIV. « Los que imputan mis des-
» gracias al padre Paters se equivocan. Si yo hubiese se-
» guido su parecer, no estaria donde estoy. Triste confe-
» sion del destierro que la historia debe apuntar en sus re-
» gistros, sin que por esto quede escudado el Rey en su
» favorito. »

La revolucion de 1688 no fué mas que un complot de familia en el cual se hizo intervenir la Religion como un medio para sublevar el pueblo. Durmióse Jaime entre las protestas de fidelidad, y disperló en los brazos de la traicion. Sunderland habia abrazado el Catolicismo el 10 de julio de 1688, el mismo dia en que nació el príncipe de Gales, de quien fue padrino el papa Inocencio XI. Este niño alejaba del trono á Guillermo de Orange. Púsose en duda su legitimidad, calumnióse á su madre y se acusó á Peters con una suposicion imposible. Luego cuando Guillermo hubo tomado sus disposiciones, comprando el ejército y corrompiendo el episcopado (1) desembarcó en Torbay en noviembre de

(1) Hubo no obstante oficiales, obispos, ciudades y un pueblo ente-

1688. La familia de los Stuardos quedaba borrada del libro de los reyes, siguiéndole el insulto hasta en la magnifica hospitalidad que dió Luís XIV á sus infortunios. Jaime I que habia sido débil é irresoluto en el trono, en la adversidad se mostró superior á sus desgracias. Luís XIV, enemigo personal de Guillermo de Orange, era demasiado sensible al instinto monárquico para admitir sin combatir los hechos consumados. Proporcionó escuadras y tropas á Jaime II, pero las prosperidades del Rey inscrito fueron insuficientes contra el infausto destino que oprimia á los Stuardos. El padre Peters habia acompañado á su soberano, de quien no se separó ni en las empresas á mano armada ni en la tristeza del destierro. El monarca habia sucumbido, y los Protestantes creyeron que la Compañia de Jesus iria envuelta en su ruina. Con esta intencion publicaron un folleto que Baile á pesar de ser protestante reprueba altamente en su *Diccionario historicó y critico* artículo *Annat* nota *B*, donde se explica en estos términos : « Se ha apro-
» vechado tan mal la indignacion de la gente honrada con-
» tra la historia fabulosa y satírica del padre Lachaisse, que
» cinco años despues ha salido á luz otra obra peor que la
» primera. Desde el principio al fin no es mas que un teji-
» do de fábulas groseras y de aventuras quiméricas conta-
» das con el mayor descaro y con estilo el mas indecoroso.
» Esta bella obrita tiene por título : *Historia de los amores*
» *del padre Peters Jesuita, confesor de Jaime II, antes rey de*
» *Inglaterra, en la cual se leen sus mas particulares aventuras*
» *y su verdadero carácter, como igualmente los consejos que*
» *dió al Principe en asuntos de gobierno.* »

ro, esto es la Irlanda y parte de la Escocia que guardaron fidelidad al legítimo monarca. Diez y seis prelados anglicanos protestaron contra la usurpacion. El arzobispo de Cantorbery hizo contestar á la nueva reina hija de Jaime II que le pedia su bendicion. « Cuando haya obte-
» nido la de su padre, le daré con mucho gusto la mia. » Siguieron al Rey en su emigracion, muchas familias inglesas, escocesas é irlandesas que dieron al mundo un ejemplo de afeccion al principio monárquico; pero para neutralizar la accion incesante de un usurpador no es suficiente semejante decidida fidelidad : condénanse tales familias á una gloriosa miseria ; pero no es este el modo de restablecer un trono.

Y luego; como avergozándose de las imposturas contenidas en dicha obra, añade Baile con una indignacion tan natural en su siglo como en el nuestro. « Mientras haya quien » compre semejantes libros no faltarán libreros que pagarán » su composicion é impresion, y por consiguiente tampoco » faltarán hombres viles que consagren su pluma venal á » semejantes composiciones. Resulta por lo tanto que el mal » no tiene remedio. »

El reinado de Jaime, como el de todos los príncipes que pierden su dinastía no es mas que un encadenamiento de faltas y de calamidades. La falta mas imperdonable fué la de nombrar ministro á un hombre que por su vocacion y por sus votos debia desentenderse de la política. Pero si el rey de Inglaterra, cegado por la amistad que profesaba al padre Peters ha sido culpable en dispensarle su confianza, despreciando con ello la opinion pública, el Jesuita ha cargado con una responsabilidad todavía mayor. No tratamos de la preponderancia que ejercia en bien ó en mal como á consejero de la corona. Esta preponderancia admite discusion y se explica de mil modos, puesto que ningun documento oficial manifiesta hasta que punto llegó. Pero aceptando un cargo ageno de su instituto y presentándose como árbitro de los negocios, deberia haber previsto el padre Peters la vigilante malicia de los enemigos de su Orden para conocer que la perjudicaba en la actualidad y en el porvenir. Un Jesuita miembro del consejo privado de Inglaterra, un Jesuita al frente del gobierno de este reino y que hace refluir sobre sus hermanos todos los insultos que tan fácilmente podian preveerse, daba á sus adversarios una ventaja que no desperdiciaron. El éxito favorable habia legitimado hasta cierto punto, la infraccion de unas reglas tan sabiamente dictadas; pero el éxito fué contrario á la causa de los Stuardos.

La causa del padre Peters, esta causa que tantas desgracias acarreó á sus leales partidarios, fué para la Compañía un orígen de injusticias. Los Jesuitas ingleses, no habian tomado parte en los acontecimientos ocurridos durante los últimos años del reinado de Jaime II, sin que por esto dejase de acusárseles. Aparecia de un lado la debilidad de los

reyes Católicos y de otro la ambicion sin límites de una sociedad religiosa, que poco satisfecha con dirigir la conciencia de los Príncipes aspiraba á apoderarse del timon de los asuntos públicos. En política fácilmente se otorga el perdon al crimen dichoso, y hasta se le conceden los honores del triunfo, pero no sucede lo mismo con las faltas. De este número es la del padre Peters, bajo cualquier aspecto que se mire ya sea en su principio ya sea en sus resultados. Los Católicos ingleses viéndose triunfantes habian invocado la libertad de conciencia; el Anglicanismo les demostró cruelmente que esta libertad no era mas que un sueño.

CAPITULO VII.

De la educacion de los Jesuitas. — Plan de esta educacion trazado por san Ignacio — La cuarta parte de las constituciones. — Fin que ellas se proponen. — Política de la educacion. — Manera de enseñar. — Objeto de los estudios. — Eleccion de los clásicos. — Los castigos corporales. — ¿El sistema de san Ignacio es todavía aplicable? — Su respeto hacia la libertad de los niños. — La instruccion gratúita á todos y para todos sin distincion de Culto. — Las Congregaciones generales se ocupan en la enseñanza pública. — Exámen del *Ratio studiorum*. — Los Jesuitas escriben obras elementales. — El libro del Jesuita. — Principios de gramática, de prosodia y de literatura. — Gramáticas compuestas en todos los idiomas. — Los Jesuitas lexicógrafos, ó sea autores de Diccionorios. — Todos los Jesuitas profesores. — Los Jesuitas crean la educacion nacional. — Su igualdad en la educacion. — La Congregacion de la Santa Vírgen. — Plan de estas asociaciones. — La Bula de oro de Benedicto XIV. — Medios de que se valen los Jesuitas para facilitar la instruccion á la juventud. — Afecto de los maestros á sus discípulos. — Representaciones teatrales. — El Colegio de Luís el Grande. — Los discípulos célebres de los Jesuitas. - Régimen interior. — Juicio de Bacon y de Leibnitz, sobre el sistema de educacion de la Sociedad de Jesus.

Hasta ahora hemos seguido á la Gompañía de Jesus en las fases tan diversas de su historia; la hemos visto en me-

dio de los pueblos y en la corte de los reyes, en la guerra y en la paz, en la victoria ó en el vencimiento. Mas esta multiplicada existencia no toca aun á su termino : nuevas luchas quedan á los Padres que sostener, nuevos peligros que arrostrar, nuevos triunfos que esperar, adversarios infatigables que combatir. Pero antes de seguirles hasta el fondo de todas las regiones en donde han propagado el Cristianismo, preciso es penetrar en lo interior de sus colegios, y este es el unico medio de explicar su accion en lo pasado, y le que van á desplegar en los fecundos años que precedieron á su caida. El Jesuita se nos ha presentado tan presto con los príncipes como con los pueblos : le hemos mostrado en los consejos de los Pontífices y entre las naciones civilizadas. El ha llevado la palabra de Dios á todas las extremidades del mundo, conformándose con igual dulzura á las costumbres errantes del salvaje, y á las necesidades morales de las sociedades europeas. Fáltanos verle en medio de los niños, y estudiar el plan trazado por san Ignacio para amoldar á la virtud, á la ciencia y al amor de la patria las generaciones nacientes.

Cuando Loyola resolvia en su pensamiento este sistema de educacion, cuando le sazonaba por medio de la experiencia, y despues de haberle escrito todo de propia mano le incorporaba en sus constituciones cuya cuarta parte constituye, el siglo décimo sexto tomaba posesion de su gloria. Los grandes santos, los grandes conmovedores, los grandes poetas, los grandes pintores, los escritores y los ártistas sublimes cuyas obras ha consagrado el tiempo, abrasaban el mundo con torrentes de la mas viva luz. La Italia que los habia producido, Roma sobre todo que animaba y recompensaba magníficamente su genio, Roma, era la madre de las bellas letras y de las artes, el piadoso asilo en donde la erudicion y el buen gusto encontraban maestros al par que admiradores. En medio de tantas maravillas suscitadas por Leon X y por sus sucesores, fué donde Ignacio de Loyola compuso el tratado que sirve de base á la educacion dada por los Jesuitas.

En el pensamiento de este hombre que supo tan hábilmente conducir los espíritus y desarrollar hasta su último

grado de fuerza las ideas de abnegacion y de sacrificio individual, para hacerlas servir al triunfo del principio de asociacion, la enseñanza debió ante todo ser moral. Loyola conocia perfectamente el valor de la sabiduría, y habia sujetado su inteligencia á pruebas demasiado duras para desdeñar ó descuidar los estudios preliminares; pero antes de iniciar á los niños en las ciencias humanas, procuró hacer germinar en sus corazones la doctrina religiosa. La instruccion fué á sus ojos un medio, y en el preámbulo de la cuarta parte de las *Constituciones* descubre sin rebozo el fin á que se dirige. Estas son sus palabras.

« El fin á que aspira directamente la Compañía es ayudar » á las almas de sus miembros y á las del próximo á al»canzar el último término para el cual fueron criadas. A » este efecto debe juntarse á el ejemplo de una vida pura la » ciencia y el método propio para exponerla. Así pues, » cuando se hayan echado en el alma de los admitidos al » noviciado los sólidos cimientos de la renuncia de sí mis» mo, y del progresso en la virtud, entonces se levantará » el edificio de las bellas letras y del modo de servirse de » ellas, á fin de llegar mas fácilmente á conocer mejor y á » mejor honrar á Dios, Criador y Señor nuestro. »

Y cuando en el capítulo V fija Loyola el objeto de los estudios, desenvuelve aun mas su pensamiento, y explica porque motivos quiere que su sociedad, apenas nacida, abraze la carrera de la enseñanza. « Como el objeto de los » conocimientos que se adquieren en la Orden es el ser con » la asistencia de la gracia divina, útil á nuestra alma y á » la del próximo, esta será tambien así general como par» ticularmente la medida y la regla para decidir á que clase » de estudios deben dedicarse nuestros discípulos, y hasta » que punto se han de aplicar á ellos. »

La historia, la poseía, la pintura, las ciencias mismas, todo en aquel siglo privilegiado tomaba su origen en la Religion, todo se referia, todo venia á terminar en ella. Los trabajos de Erasmo, de Bembo y de Sadolet, la lira de Tasso, de Vida y de Sannátaro, los pinceles de Miguel Angel y de Rafael estaban exclusivamente al servicio de la idea cristiana. Glorificábanla en sus obras de literatura,

sobre el lienzo ó sobre el mármol; Loyola quiso glorificarla por medio de la juventud; y en el capítulo XI dice así: « La misma razon de caridad que nos hace encargar de los » Colegios y tener en ellos clases públicas para educar en « la sana doctrina y en las buenas costumbres no sola» mente los nuestros sino mas aun los extraños, podrá » llegar hasta el punto de hacernos aceptar el cargo de » algunas Universidades, á fin de multiplicar el bien que » podemos hacer, y de estenderlo tanto por las ciencias que » allí se enseñarán, como por las personas que vendrán á » tomar los grados para ir despues á enseñar mas autori» zados lo que allí hubiesen aprendido. «

Tal es el fin que el legislador de los Jesuitas señala á su Instituto. Este fin era tan útil en política como en Religion; estaba en armonía con las instituciones civiles, con las creencias del Catolicismo; ponia un dique al torrente de doctrinas inovadoras de que se hallaban amenazadas la Italia, la Francia y los Estados de la otra parte del Rhin. Ignacio de Loyola no procedia por vias revolucionarias, nada invadia, nada destruia, al contrario, procuraba conservar. Para el, así como para sus díscípulos, la autoridad parecia residir mas bien en la posesion que en el derecho. A su modo de ver lo que consagraba el poder no estaba sujeto á leyes inmutables; ellos le aceptaban y le servian cualquiera que fuese su orígen ó su naturaleza.

Monarquia ó republica, lejitimidad ó usurpacion admitida por los pueblos, nada discutian, solo procuraban acomodarse á todo. Este sistema de condescendencia ha suministrado muchas veces contra los Jesuitas armas de que se sirvieron los partidos. Sin entrar en las ideas exaltadas de los unos ni en el desespero de los otros, pensamos que, que, exceptuando las individualidades, una Orden de tal manera constituida, no debia dejarse conducir por cálculos terrenos en el movimiento cristiano cuyo impulso habia dado. La fe en sus convicciones, la fidelidad en sus juramentos es siempre un acto honorífico para el que puede combatir con la espada, con la palabra y con el aislamiento. No se hallan en este caso los Jesuitas; no han nacido para

defender los tronos ni para consolidar las repúblicas : su mision no debe tender sino á propagar el Cristianismo y las buenas costumbres. Los partidos vencidos los han acusado de traicion ó de indolencia ; se les ha echado en cara la flexibilidad de sus principios con respecto á las revoluciones. Pero encargados de unos intereses mas importantes que los que se ventilan con los armas en la mano, extraños por su ministerio á todas las conmociones, se han impuesto por precepto el no discutir sobre ninguna clase de gobierno. Obedecen á la ley humana á fin de conducir á los hombres á la obediencia debida á las leyes divinas. Esta voluntaria abstraccion á la política que no han querido entender los partidos, y que tanta fuerza ha dado á la Sociedad de Jesus, es una obligacion de su Instituto, encargado de esparcir la Fe por medio de la educacion, y esta educacion ha de ser ante todo cristiana. La Compañía pues, así como la santa Sede y el Clero, se ve condenada á guardar silencio sobre unos sucesos que pueden destruir sus afecciones ó sus esperanzas, que, produciendo otro órden de cosas, le concedan la misma libertad para predicar ó para instruir.

Lo que se propuso san Ignacio no era una agregacion política sino una sociedad religiosa. Todo se dirigia á este objeto, las misiones ultramarinas, la vida interior y exterior, y sobre todo la educacion. Loyola no hacia aplicacion de su Compañia á ninguna especie de gobierno determinado, ni la concentraba en ningun país : debia ser la vanguardia de la Iglesia militante. Sus filas estaban abiertas á todos los corazones generosos, á todas las inteligencias ; acogíales sin acepcion de patria ; contentábase con recomendarles la fidelidad á Dios y al Papa, íntimamente persuadido que este doble deber los haria mas fieles á las leyes del estado en el cual tuviesen que llenar el sacerdocio de la educacion.

Lo que aparece designado implicítamente en la idea de Loyola se halla luminosamente explicado cuando se trata del objeto de los estudios. En el quinto capítulo de la cuarta parte sus *Constituciones* entra á tratar de la manera con que se distribuirá la enseñanza, y estableciendo varias

clases ó grados, indispensables para quien conoce á los hombres, añade : « Como en general las letras humanas,
» la gramática, la retórica de diversas lenguas, la lógica, la
» filosofía natural y moral, la metafísica, la teología, la
» escritura Santa en fin, sirven para alcanzar aquel ob-
» jeto, á estos estudios se dedicarán los que se envien á
» los Colegios. Si en estos no hubiese tiempo para leer los
» Concilios, el derecho canónico, los santos Padres, y las
» demás reglas de conducta, cada cual, despues que ha-
» brá salido de dichos colegios podrá hacerlo en particular
» con la aprobacion de sus superiores, sobre todo, si ha
» penetrado mucho en la ciencia. El discípulo segun la
» edad, el talento, los gustos y la instruccion de cada
» cual, y tambien segun la utilidad comun que de él se
» espera, podra ejercitarse ó en todas las ciencias ó en al-
» gunas de ellas ó en un sola, pues el que no pueda abra-
» zarlas todas, deberá procurar sebresalir en alguna en
» particular. »

El fundador no se contenta con estas precauciones, cuya importancia resalta en cada uno de sus permenores. Todo venia á parar en la teología y en el derecho canónico. Conoce Loyola que un siglo tan activo y algunas veces temerario producirá otras maneras de actividad, y que la inteligencia de las masas progresará á la par del pensamiento individual. A su modo de ver la educacion del claustro y hasta la de las Universidades tienen necesidad de un nuevo estímulo, al cual hace contribuir todas las ramas de la instruccion. Ramas, que si bien no existen todavía, él las crea; recomienda el estudio de las humanidades, la historia, la elocuencia y la poesía : exige profesores especiales para el latin, el griego y el hebreo, tres lenguas madres ; y hasta quiere para el caldeo, el árabe y el indio, « cuando se » juzgue útil al objeto que nos proponemos, » segun hace observar.

Ignacio no termina aquí el objeto de sus estudios. Sabe que las artes y las ciencias exactas, así como la teología, disponen las almas al conocimiento de Dios, que las elevan y las fortifican, y las hace entrar en su plan, del cual solo excluye la medicina y el derecho, estudios, dice, mas ex-

traños que los otros á su sociedad. Despues de haber hecho exclusion tan absoluta, como si temiese comprometer el porvenir, la modifica desde luego, y sin perjuicio de la ley establecida, admite que la jurisprudencia y la medicina puedan ser enseñadas en las universidades del Instituto bien que no carga sobre si este desempeño.

Aunque Ignacio era hombre de oracion, y su espíritu creador no se dejaba deslumbrar por ningun género de entusiasmo, antes bien su sagacidad llegaba hasta penetrar todos los movimientos del corazon, todas las agitaciones del espíritu. Y como sintió unas y otras, las regula con una perfecta medida. Si bien el amor de las letras no prevalecerá sobre la piedad, lo cual en su modo de pensar hubiera sido una blasfemia, á lo menos el estudio ha de prevalecer á las mortificaciones. En el capítulo cuarto declara « que » si bien debe procurarse que el ardor del estudio no en- » tibie en los estudiantes el amor de la virtud sólida y de » la vida religiosa, no por esto se han de entregar con ex- » ceso á las penitencias, á las oraciones y las largas medi- » taciones. Si el Rector juzgase conveniente conceder á » alguno en particular un permiso mas ámplio sobre este » objeto por razones especiales, deberá hacerlo siempre » con discrecion. No es menos agradable á Dios y á Nuestro » Señor, y le será aun mas agradable verlos como se apli- » can á las letras, aprendiéndolas con la síncera intencion » de servirle, las cuales exigen la entera ocupacion del » hombre, que el verlos consagrar á semejantes prácticas » el tiempo destinado á los estudios. »

Explicado ya el objeto de la educacion, determina Ignacio el órden que ha de seguir para asegurar el resultado. A este fin consagra el sexto capítulo, en el cual se lee : « A » fin de que los alumnos hagan notables progresos en las » ciencias, es menester ante todo que se esfuerzen en con- » servar la pureza del alma, y en tener una recta intencion » en sus estudios, sin buscar en las letras otra cosa que la » gloria de Dios y el bien de las almas, y que imploren á » menudo en sus oraciones el socorro de la gracia, á fin » de avanzar en la ciencia hácia aquel término.

» Tomarán además la resolucion de aplicar seria y cons-

» tantemente su espíritu al estudio, persuadidos que en
» los colegios nada mas grato á Dios pueden hacer que
» consagrarse á él con la intencion de que acabamos de
» hablar.

» Tambien es necesario remover los obstáculos que ex-
» travian el entendimiento de los estudios, ya sea que
» procedan de devociones y mortificaciones excesivas y
» no autorizadas, ó bien de cuidados y de ocupaciones ex-
» trañas.

» El órden que se seguirá en estos estudios es el siguien-
» te : se apoyará la instruccion sobre el estudio de la len-
» gua latina como sobre un fundamento sólido, antes de
» entrar en las artes liberales, en estas antes de empezar
» la teología escolástica, y en esta última antes de aplicarse
» á la teología positiva. La Santa Escritura podrá apren-
» derse al mismo tiempo ó despues. En cuanto á las len-
» guas podrán aprenderse antes ó despues, segun el supe-
» rior lo estime conveniente, teniendo en consideracion la
» diversidad de circunstancias ó las diferentes disposiciones
» de las personas.

» Todos los estudiantes seguirán las lecciones de los
» profesores públicos segun la voluntad del rector del co-
» legio, y estos profesores, bien sean ó no miembros de
» la sociedad, tendrán, como así debemos desearlo, cien-
» cia exactitud, asiduidad y celo para el adelantamiento de
» aquellos que siguen los cursos y los demás ejercicios
» literarios.

» Habrá, si es posible, una biblioteca comun en los co-
» legios, y además cada cual tendrá los libros de que ne-
» cesite.

» Los discípulos seguirán asiduamente las lecciones, se-
» rán exactos en prepararse á ellas, en repasarlas despues
» de haberlas oido, á preguntar lo que no hubiesen podido
» comprender, tomando además suficientes notas para re-
» mediar en adelante la falta de memoria.

» Como es muy útil sobre todo á los que estudian las ar-
» tes y la teología escolástica, el habituarse á la discusion,
» asistirán los discípulos á las controversias ordinarias de
» las escuelas que frecuenten, aun cuando no dependan

» estas de la Sociedad, y procurarán, sin empero lastimar » su modestia, señalarse párticularmente por su saber. » Conviene tambien que en nuestro colegio, cada domingo » ó algun otro dia cualquiera de la semana, un cursante » de filosofía ó de teología designado por el Rector sostenga » una tesis por la tarde, á menos que no se lo impida una » causa particular. Las proposiciones de estas tesis deberán » fijarse la víspera anterior en las puertas de las escuelas, » á fin de que los que gusten puedan venir, para argumen» tar ó para escuchar. Dóspues que el respondiente ha dado » algunas pruebas de su tesis, cada cual puede atacarle como » guste, tanto si pertenece como si no á la casa. Con todo, » es preciso que haya un presidente para dirigir la argu» mentacion, para deducir de la discusion y sentar en pro» vecho de los oyentes la doctrina que se ha de seguir; por » fin, para señalar cuando haya de concluir el argumento » y repartir el tiempo, de modo que todos, si es posible, » puedan argumentar.

» A mas de estos dos ejercicios públicos se tendrán argu» mentos en la clase todos los dias á determinado tiempo, » bajo la direccion de un presidente, á fin de que por este » medio se ejerciten mas los talentos, y se aclaren mejor para la gloria de las dificultades que se hallan en aquellas » ciencias.

» Los que estudian humanidades tendrán tambien su » tiempo destinado para conferenciar y discutir sobre los » puntos concernientes á sus estudios, á presencia de al» guno que pueda dirigirlos, y en los domingos ú otros » dias señalados, defenderán alternativamente por la tarde » las tesis de materias tomadas de sus facultades respecti» vas; ó bien se ejercitarán en composiciones en verso ó » en prosa, ya sea que para probar su facilidad en la » invencion, improvisen sobre un punto dado, ya sea que se » contenten con leer en público algunos trozos trabajados » detenidamente sobre un punto señalado de antemano.

» Todos y principalmente los humanistas hablarán habi» tualmente en latin, y aprenderán de memoria lo que les » hayan prescrito los maestros. Cuidarán mucho de ejer» citar su estilo por medio de composiciones que corregi-

» rá algun otro capaz de ello. Podrán asi mismo algunos, » con anuencia del Rector, leer en particular otros autores » á mas de los que se esplican en las clases, y cada se- » mana en dia prefijado, uno de los mas antiguos leerá » por la tarde un discurso en latin ó en griego sobre una » materia propia para edificar así las personas de la casa » como los estraños, y que les anime á ser perfectos en el » Señor.

» Además los que estudien las artes y la teología, y aun » todos los demás tendrán algunos momentos particulares » de estudio sosegado para mejor entender las materias » que se han tratado en público.

» Si hubiesen de introducirse algunos cambios en las » repeticiones, en las controversias ó en el uso del latin, » de resultas de las circunstancias de los tiempos, lugares y » personas, se dejará su decision á la prudencia del Rector.

» Para que sean mas provechosos los estudios, bueno se- » rá designar algunos discípulos de igual fuerza que se » provoquen por una santa emulacion. Bueno será tambien » enviar de tiempo en tiempo al Provincial ó al General al- » guna muestra de sus trabajos, ya en un género ya en » otro : por ejemplo, una composicion, si son humanistas, » disertaciones, si estudian filosofía ó teología.

» Concluido el curso de una facultad, será bueno insistir » sobre la misma materia en particular, leyendo uno ó mu- » chos autores á voluntad del Rector. Tambien se podrá, si » el Rector lo juzga á propósito, redactar sobre estas ma- » terias un compendio ó resúmen con mayor precision y » exactitud de lo que se habia hecho durante el curso, » cuando se tenian menos ideas que despues de haber com- » pletado la carrera de los estudios. Pero el redactar estos » sumarios solo será permitido á los que se hayan señalado » por su saber, por su talento y por su discernimiento. Po- » drán los demás aprovecharse de este trabajo, y tambien » convendrá que estas producciones fuesen aprobadas » por el preceptor. Para hacer uso de estos análisis, seria » muy cómodo poner notas al márgen, y hacer un índice » de materias á fin de poder encontrar mas fácilmente lo » que se busca.

» Se prepararán para sostener sus actos públicos en épo-
» cas determinadas, y los que despues de un exámen dili-
» gente se hayan juzgado dignos de este honor, podrán
» ser promovidos á los grados ordinarios sin perder nada
» de su humildad, y con el único objeto de ser mas útiles
» al próximo para la gloria de Dios. »

Este código en el cual todo está previsto, fué redactado especialmente á favor de los escolásticos de la Compañía de Jesus; no obstante, con todo son tan extensas sus disposiciones que comprende á todos los discípulos, pues al fin del tercer capítulo, escribe Loyola estas palabras: « Los
» estudiantes deben portarse como los escolares de la So-
» ciedad por lo que toca á la frecuencia de la confesion, á
» los estudios y á la manera de vivir, aunque lleven otro
» vestido y tengan en el mismo colegio una habitacion se-
» parada. Los discípulos externos deben seguirle en lo que
» les concierne, y tienen ya sus reglas particulares de con-
» ducta. »

El pensamiento de Ignacio no queda aun plenamente desarrollado; menester es que señale hasta el modo de instruir, y que determine la vigilancia que ha de preservar de la corrupcion. En el capítulo catorce se ocupa en la eleccion de los clásicos que han de ponerse en manos de la juventud. « En general, dice, se echará mano de los libros que
» en cada materia ofrecen la mas sólida y la menos peli-
» grosa doctrina. » Sabe, con Juvenal, que al niño se le debe el mayor respeto: no quiere que la ciencia sirva de título para una depravacion anticipada, y que las muelles pinturas del placer con que han llenado sus cantos los poetas, empañen el ardor y curiosidad de sus nacientes fantasías: y aunque aspira á crear sabios, oradores, hombres instruidos, pero para él estas consideraciones pasan de secundarias. Ha recibido de la familia un depósito sagrado, corazones puros, no contaminados, y se esfuerza en volverlos al mundo con la misma virginidad de alma y de espíritu. La virginidad en los muchachos es la esperanza de la fuerza en el hombre: consérvala como un tesoro, y rechaza toda idea, toda imágen que pudiera profanarle. A este objeto ordena en el capítulo catorce lo siguiente:

« En cuanto á las obras de literatura latina y griega, » convendrá abstenerse en cuanto sea posible tanto en las » universidades como en los colegios, de poner en manos » de la juventud libros que pudieran dañar en algo á las » buenas costumbres, si de antemano no se han rescindi» do los hechos ó las expresiones contrarias al pudor. Si es » absolutamente imposible el expurgar un autor, como su» cede en Terensio, vale mas no estudiarle. »

Estas prevenciones están llenas de sansatez, y sin embargo han suscitado vivas inculpaciones. Loyola no consiente en transigir con la moral; pero en todo lo que interesa á la ciencia, muéstrase siempre dispuesto á admitir todo género de perfeccionamientos que el tiempo y el genio de los hombres introduzcan en la educacion pública. Ha recomendado seguir á santo Tomás por la teología y á Aristóteles por la filosofía; pero no pretende que se siga á estos autores sino hasta el dia en que brillen nuevas luces en el horizonte de la escuela. Presintiendo ya la introduccion de útiles mejoras, deja á los suyos la facultad de adoptarlas despues del exámen.

Ha proveido pues Loyola á los bienes del alma y del cuerpo á lo que se debe á Dios, al país y á la familia; ahora va á proveer á la sancion de sus leyes universitarias. Y en el décimosexto capítulo añade : « En cuanto á los que faltare » aplicacion á sus deberes, y á los que cometiesen faltas » contra las buenas costumbres y para quienes no fuesen » bastantes las palabras y exhortaciones amistosas, se nom» brará un corrector de fuera la Sociedad para contener á » tales muchachos y castigar á los que lo merezcan y se » hallen en edad de recibir este castigo. Si no fuesen sufi» cientes las advertencias y la correccion, y el culpable no » dejase la menor esperanza de enmienda, y pareciese ser » perjudicial á los demás, vale mas despedirle de las clases » que retenerle en ellas, supuesto que poco aprovecha para » él y sirve de daño á los otros. Y si se presentase un caso » en el cual la expulsion no reparase lo bastante el escán» dalo dado, verá el Rector lo que mas convendria hacer, » no obstante debe obrarse siempre con la dulzura y sin » violar la paz y la caridad hácia el próximo. »

A esta graduacion que empieza por las amonestaciones y acaba por el castigo corporal se han dirigido serias inculpaciones. En nuestras actuales costumbres conocemos lo chocante de este proceder, pero así como la sumision es la primera virtud del ciudadano, la primera virtud de la infancia es la docilidad. O hemos de esforzarnos á hacer dócil nuestra voluntad desde la niñez, ó resignarnos á verla tan tenazmente indómita, que no sufrirá el menor yugo, ó romperá todas las trabas. A la familia toca empezar esta obra que el maestro ha de continuar. Ignacio no forjaba utopias humanitarias; en las penas corporales destinadas á los carácteres indomables ó á las naturalezas afectadas de una indolencia invencible, cesaba del único medio aconsejado por la sabiduría de los Proverbios y por la experiencia. De este medio se echaba mano en las familias, en los colegios, y principalmente en el seno de la universidad de París (1), cuyos historiadores consignan oficialmente casos de fla-

(1) Piron habia sido educado por los Jesuitas, y en la época misma de la supresion de la órden escribió á uno de sus amigos una carta en la que hace una alusion tan justa como reflexiva á esta manera de castigo, que contuvo en su deber á tantos discípulos. Despues de haber dicho que los Parlamentos se vengaban de los Jesuitas que les habian hecho dar de azotes por su *maldito corrector*, añade el poeta: « ¡Admi- » raos de cuan bueno soy! A pesar de mi disgracia y de mi facundia » para epígramas, de mil que escribí y que puedo escribir aun, ni hice » ni haré jamás una contra estos buenos Padres. He creído indigno de mi caletre el vengar las injurias hechas á mi detrás.» (*Carta inédita de Piron.*)

No todos los discípulos de la Universidad de Francia son tan fáciles de contentar como Piron. Bocite el gramático, y autor del Diccionario que lleva su nombre, nacido en 1765, y fallecido en 1824, en la pág. 619 de sus *Nuevos principios de Gramática*, se expresa en estos têrminos:

« Suponemos que algunos lectores, nuestros contemporáneos guar- » dan todavía el grato recuerdo de aquel dichoso tiempo del régimen » universitario, tiempo en el cual un señor de L'Hermite de detestable » memoria, profesor jubilado del colegio de Harcourt, hiciese azotar » en medio de la plaza por un hombre de seis pies de alto, que digo » azotar, digámoslo mejor, desgarrar los riñones de un pobre niño » que no habia sido bastante robusto para esperar en el patio por el » espacio de media hora, con los pies en la nieve y á seis grados de » frio, que los Señores profesores tuvieren á bien dejar un buen fuego

gelaciones de discípulos que ofrecen escenas de risa, mezcladas con odiosos pormenores. El azote ha desaparecido del código escolástico : los hermanos de las escuelas cristianas no han conservado mas que la férula, con la cual gobiernan sus numerosos pueblos de niños. El temor que causan en nada debilita el amor que inspiran; mientras el calabozo, que en los colegios universarios ha reemplazado al azote, no sirve sino para corromper la virtud, y endurecer la obstinacion. ¡ Cuántos de estos jóvenes condenados á la soledad y al vicio, han podido decir como el gran Condé : « Inocente entré en la cárcel, y salgo culpado. »

En los estados mas constitucionales de Europa, en Francia y en Inglaterra donde se habla siempre de realzar la dignidad del hombre, existe la pena corporal contra los marinos y los soldados.

La ley militar que conoce toda la necesidad de la obediencia, permite herir con varas á los defensores del país, y mitigada esta pena, la única eficaz para los niños, hubiera sido á los ojos del legislador una barbárie en la educacion del siglo XVI. Los Jesuitas habian encontrado estos castigos vigentes en las universidades, y los adoptaron, suavizaron, y los hicieron desaparecer cuando se modificaron las costumbres. Ahora si un niño es réprobo ó perezoso en extremo, recorren á su familia; si es incorregible le despiden.

» para venir á participar con sus alumnos del frio glacial de una cua» dra abierta por todos lados y rodeada de bancos.... Pero debo añadir » en obsequio de la verdad que este corazon de mármol se ablandaba » algun tanto con algunas libras de cera, de chocolate, de azúcar y de » café, ofrecidas por regalo.»

Si hemos de dar crédito á Boiste, nacido despues de la destruccion de la Orden de Jesus en Francia, la Universidad habia conservado en sus colegios el uso de los azotes. Du Boullay en su *Historia universitatis Parisiensis* (tomo VI, pág. 538), y Crevier en la *Historia de la Universidad*, tomo (VI, pág. 100) citan el hecho siguiente que remonta hasta el 31 de enero de 1561 : « Un estudiante llamado Tomás de la Ferrière, » fué condenado por decreto del Parlamento á la *salle* (es decir, á los » azotes) por haber insultado á Juan Stuar, director del colegio de » Boncourt. El Rector acompañado de los decanos y de los procurado» res, se trasladó al colegio de Boncourt, con el lugarteniente criminal, » y allí el culpable sufrió la pena á que se le habia condenado.»

Tal es el plan de estudios trazado por Loyola. No hemos omitido sino los pormenores tocantes en especial á la Compañía de Jesus, y que corroboran piadosamente eficaces todo el conjunto de leyes. Sobre este tema han trabajado todos los Padres al componer libros elementales ó tratados de enseñanza. Pudieron con el tiempo comentar este código, hacer en él adiciones, tantear su aplicacion á las nuevas necesidades de los pueblos, pero nunca se alteró esencialmente. El *Ratio studiorum* que es su esplicacion auténtica con los decretos anexos por los varios generales, es lo único que tiene fuerza de ley. Este proyecto no debia, como tantos otros, quedar en estado de utopia. Todo lo que concebia san Ignacio era práctico, y aunque podian presentarse obstáculos para la ejecucion de sus planes, se presentaban mil medios para facilitar su triunfo. No se trataba de acomodar esta idea á las necesidades y á los deseos de una familia, de una sola ciudad, de un solo imperio : pues en la mente del legislador debia ser suficiente á todos los reinos civilizados del mundo, y la Francia, la Italia, la España, Portugal, Alemania, Inglaterra y las Indias, debian admitirle como el fundamento de la educacion.

Trescientos años hace que se concibió este sistema, y estudiándole sin prevencion, fuerza es confesar que es jóven y nuevo todavía. A excepcion de algunas ligeras modificaciones, que indicó ya la prevision de Ignacio, y que versan sobre la eleccion de autores, ó sobre la introduccion de algunos cursos especiales, convendria á toda sociedad que no haga estribar su fuerza en una incredulidad sensualista, lo mismo que convino á la juventud del XVI, XVII y XVIII siglo. Escritores modernos que estudian superficialmente el plan de los Jesuitas, y que tienen un interés en condenarle, se apresuran á dar su fallo sobre cuestiones tan graves. Despues de haberle reconocido bueno para lo pasado, le declaran anticuado para las generaciones futuras, por el solo motivo que no puede modificarse. El Instituto de los Jesuitas en su parte dogmática y moral, verdad es que no debe sufrir ninguna alteracion, pero su parte disciplinaria se transforma segun los lugares y circunstancias.

Y para citar un ejemplo, se le ha vituperado con frecuen-

cia el haber encerrado á los jóvenes para mejor educarlos y poder darles una mas regularizada instruccion. Se ha dicho que los Jesuitas destruyen aquel instinto de libertad tan necesario y esencial en ciertos caracteres, y sin el cual es imposible estudiar con gusto y de consiguiente con fruto. Esta opinion nos parece mas especiosa que fundada, y con leer atentamente las *Constituciones*, resulta favorable á san Ignacio, el cual permite que haya casas de pensionistas en donde los jóvenes destinados al mundo vivan durante todo el tiempo de su educacion, pero estas casas ó colegios de alumnos internos en el sistema de la Compañía de Jesus son muy pocas en comparacion de las casas destinadas á la educacion de discípulos externos, y no se encuentran sino en aquellos puntos en donde se requiere una educacion mas esmerada. Y en cuanto á los externos que componen la masa principal de los colegios, quiso que al admitirlos para asistir gratúitamente á las clases, diesen sus nombres y prometiesen observar los reglamentos. Sin embargo, lejos de esquivar la libertad de que gozan los discípulos de las universidades alemanas, se las propuso en este punto por modelo y aun las adelantó, prescribiendo en el capítulo XVII, párrafo III de la cuarta parte de sus *Constituciones* : « Los » que querrán seguir los cursos ó las clases de la Compañía, » harán inscribir sus nombres, y prometerán obediencia » al Rector y á las leyes. » Tal es la regla establecida para los externos; pero sabia Ignacio que en su siglo, así como en las generaciones siguientes, se hallarian espíritus ligeros ó turbulentos, niños nacidos en el seno de la herejía, ó corazones que rehusarian sacrificar su independencia á la sumision que exigen todos los colegios y todos los profesores. Para no privar pues de la educacion á tantas categorías de jóvenes, declara en la nota *D*, que corresponde á este párrafo III : « Si algunos de los que se presentan no » quisiesen ni prometer observar las reglas, ni dar su nombre, no debe por esto privárseles la entrada en las clases, » con tal que se porten con circunspeccion sin causar turbulencia ni escándalo. Así se les hará entender, añadiendo no obstante que no se cuidará de ellos particularmente, » como de aquellos cuyos nombres están inscritos en los

» registros de la Universidad ó de la clase, y que han pro-
» metido seguir sus leyes. »

Esta liberalidad de instruccion á todos ofrecida y distribuida á todos, tiene algo de tan lato en su principio y en sus aplicaciones, deja tan perfectamente á cada jóven la independencia mas absoluta, que prohibe á los maestros el derecho de preguntar el nombre de los oyentes que asisten á sus lecciones. Semejante latitud no existe por ventura en ninguna Universidad, ¡ y cuide que es san Ignacio de Loyola quien la comprende, quien la revela, quien la autoriza! El fundador lleva su respeto á la libertad individual hasta en sus mas insignificantes detalles. En el capítulo XVI dice que antes de la clase, el maestro y los estudiantes recitarán una corta plegaria, y en la nota Cañade : « Seria preciso omitir esta oracion, si no debiese ser reza-
» da con atencion y piedad, en cuyo caso el profesor se
» contentará con hacer la señal de la cruz y comenzará en
» seguida su clase. »

Despues de haber analizado la obra de Loyola, conviene examinar de que manera han procedido las congregaciones generales. En la primera que se abrió el 10 de junio de 1558 hácia solo dos años que los discípulos de Ignacio habian perdido á su padre. Tratábanse en ella vastos proyectos; y sin embargo en medio de las dificultades que les rodeaban, esos hombres que, como Laynez, Salmeron, Canisio, Pelletier, Polanco y Natal se hallaban cada dia en contacto con las testas coronadas ó con los pontífices, no echaron en olvido que tenian que cumplir una mision de la cual debian hacer un apostolado literario. Establecieron la libre concurrencia como un elemento de prudente emulacion, y quisieron que sus lecciones fuesen gratúitas aun en el caso de que un jesuita desempeñase alguna cátedra en universidades que no fuesen de la Compañía. Este desprendimiento fué el que suscitó tantos odios contra ella : las otras corporaciones que enseñaban, no atreviéndose á imitarlo, lo calumniaban.

Los Padres de la segunda asamblea general siguieron las huellas de sus predecesores, dando nuevos decretos para perfeccionar la obra de Loyola. Los primeros habian rehu-

sado la rica herencia de Gerónimo de Colloredo, uno de los suyos, herencia que el legatario destinaba á un colegio nuevo; los segundos rehusan la Universidad de Valencia que la ciudad les ofrecia con pingües rentas. El octavo decreto da la clave de esta moderacion calculada : encarga al general que no acepte nuevos establecimientos sino por muy graves motivos, porque es preciso llevar los que existen al mayor grado de perfeccion posible. No son discípulos los que faltan á la Compañía naciente sino profesores. Necesita maestros, y la segunda congregacion la provee de ellos creando escuelas normales, en las cuales se formarán en la práctica de la enseñanza. Los Jesuitas no ambicionan extenderse en perjuicio de la instruccion de los pueblos; establecen tres clases de casas y determinan el número de regentes que son necesarios á su prosperidad. Los colegios de primera clase tendrán veinte; los de segunda treinta, y los de tercera, llamados Universidades, setenta por lo menos.

La Congregacion siguiente heredó el espíritu de las que le precedieron; pero en la cuarta, donde fué elegido general Aquaviva, fué en la que los Padres resolvieron dar la última mano á la organizacion de su plan de estudios. Aquaviva era un hombre aventajadísimo; su capacidad hacia concebir grandes esperanzas, y aspiraba á realizarlas por medio de la educacion. El 5 de diciembre de 1584 el general de los Jesuitas presentó al soberano Pontífice los seis padres elegidos para arreglar el método de enseñanza. Habian sido escogidos de todos los reinos católicos á fin de que cada uno pudiese manifestar las costumbres y las necesidades de su patria. Los padres Juan Azor para la España, Gaspar Gonzalez para el Portugal, Jacobo Tirio para la Francia, Pedro Buseo para el Austria, Antonio Gayson para la Alemania, formaron esta comision cuyo principal cuidado fué reunir y coordinar todos los sistemas, todas las teorías, las reglas todas sobre la educacion, y hacer de ellas un código aplicable á la generalidad de los pueblos. Aquellos seis jesuitas eran por su larga experiencia dignos de esta tarea á la cual se juntó en Roma el padre Estévan Tucci. El trabajo de los comisionados duró cerca de un

año, y fué la base del *Ratio studiorum*. Esta obra habia sido aprobada por la Iglesia y por la Compañía de Jesus; mas á fin de darle toda la perfeccion posible, Aquaviva no se contentó con esto, sino que designó doce jesuitas famosos por su saber y célebres ya en la enseñanza, y les encargó que discutiesen y analizasen el *Ratio studiorum*. Su eleccion recayó en los padres Fonseca, Coster, Morales, Adorno, Clerc, Dekam, Maldonado, Gaillardi, Acosta, Ribera, Gonzalez y Pardus.

El *Ratio studiorum* es la coleccion de las reglas generales y particulares que seguirán los profesores de todas las clases y de todas las facultades. El detalle al parecer mas sútil ocupa en ella su puesto al par de la recomendacion mas importante. La distribucion del tiempo, la eleccion de los libros, la imposicion de los deberes, el órden y el modo de hacer los ejercicios, todo está indicado al regente. Es un hilo que dirige la inexperiencia del profesor novel por el laberinto enmarañado de la policía de una clase; un guia seguro que le impide oir con sobrada lentitud ó que le detiene cuando se precipita sin reflexion hacia el bien; un regulador que mantiene la armonía y la uniformidad; un índice rico, por decirlo así, de las cuestiones que es necesario tratar ó que es preciso pasar por alto. La parte del maestro es sin contradiccion la mas larga, sin que por esto carezca la del discípulo de sus justas proporciones. Este libro único ha sido popular en Europa y en el Nuevo mundo; ha sido publicado en todas las formas, aceptado como la regla, como el tratado práctico de los estudios, y en los signos donde no se leen sus preceptos se sirven todavía por prevision ó por recuerdo.

Hay algo superior á las creaciones del hombre, á saber la experiencia. Ella es como la piedra de toque de las instituciones humanas, la prueba mas delicada á la cual pueden someterse. La experiencia de dos siglos en que las bellas letras y el talento produjeron los mas sorprendentes resultados, confirmó la obra de Ignacio de Loyola. Ella consagró el método de educacion pública adoptado por los Jesuitas, y hasta su supresion los Padres no tuvieron mas objeto que conservar en su integridad primitiva la obra de

su fundador. Las quinta y sexta congregaciones generales habidas en tiempo de Aquaviva revisan y aprueban el *Ratio studiorum;* y la sexta, mas explícita, decreta que una rara superioridad en la literatura compensa en el que la posee la insuficiencia relativa en las sagradas letras para que pueda ser elevado al grado de profeso. La séptima, presidida por Mucio Vitelleschi recomienda los exámenes serios como medio de fortalecer los estudios. La octava insiste sobre el conocimiento mas especial del griego y sobre los progresos que deben hacer las escuelas normales llamadas *Juvenatos* en la Compañía.

Pero en la nona formúlanse quejas contra los profesores de filosofía y teología. En aquella época de innovaciones, algunos hombres especulativos á quienes arrastraba la imaginacion en los campos de lo posible, discutian al principio consigo mismos y despues con sus discípulos las teorías que daban á luz algunos talentos eminentes. Esas teorías, entonces difíciles, pero que el tiempo ó ha sancionado ó hecho olvidar, impelian entonces á la juventud fuera de los límites trazados, y llevaban los maestros á invadir los unos el terreno de los otros. Era á mediados del siglo XVII; habian aparecido Bacon, Descartes, Galileo, Espinosa y Pascal. El exámen privado no se ejercitaba ya como en tiempo de Lutero, Calvino y Melancthon en los dogmas religiosos; sino que habia buscado y encontrado su nuevo alimento: ensayábase en las doctrinas humanas, en las verdades científicas. Era fuerza impedirle que quemase las carnes vivas so pretexto de consumir las carnes muertas: era preciso oponerse á que lo destruyese todo en el momento en que se presentaba para sondearlo todo. Siendo general Francisco Piccolomini, la Congregacion creyó que el mejor remedio á tantos males se encontraria en el *Ratio studiorum*. Piccolomini estableció por medio de una larga ordenanza los límites mas allá del cual no pueden ir la doctrina y el deber.

Las Congregaciones siguientes, tendieron al mismo objeto con los mismos medios: todas se ocuparon en combatir las novedades peligrosas, en apropiarse las que podian ser útiles, y en encargar la disolucion de los establecimientos

pequeños que por insuficiencia de los recursos ó de los profesores eran perjudiciales á los trabajos y á los progresos. La cuarta constitucion de Loyola y el *Ratio studiorum*, estas dos creaciones literarias de la Compañía de Jesus, se colocaban en la enseñanza, como el límite en medio de los juegos olímpicos: pero sin oponerse á la extension de la inteligencia. No era un lazo de hierro que tenia esclavizado y encadenado el talento al despotismo de la rutina. El padre Sacchini escribia su *Paræsesis ad magistro scholarum inferiorum*; el padre Judde daba á luz sus *Reflexiones sobre la enseñanza de las bellas letras*; el padre de Tournemine componia su *Instruccion para los regentes*, y Juvenay en el *Ratio discendi et docendi* daba lecciones de gusto que el concienzudo Rollin aceptó, y que la Universidad imperial tradujo como un libro de la experiencia unida al saber.

Los Jesuitas procuraban hacer amable la virtud, no solo en sus colegios, sino que seducidos por esa pasion literaria que llena de encantos la soledad, que embellece el cautiverio, que en todas las circunstancias de la vida ofrece un consuelo á la desgracia y una esperanza al que no tiene ninguna, se esforzaban en extender su imperio. A fin de multiplicar los progresos de cada generacion crean esos duelos clásicos en que la memoria lucha con la memoria, el talento con el talento, y esas distribuciones de premios solemnes en que se derraman las lágrimas fértiles de la emulacion. Aplícanse á reducir á arte los principios de la literatura y de las ciencias; analizan las voluminosas obras de Budeo, Danés, Turnebe, Vatable y Roberto Estévan: bajaban hasta la infancia para elevarla poco á poco hasta ellos; no disertaban con ella, sino que les esplicaban las cosas difíciles, evitaban la monotonía y la uniformidad, enemigos mortales del gusto. No solo ambicionaban formar sabios, sino que tenian por vocacion especial el hacer hombres buenos. En el estudio, lo propio que en los juegos, se hacian niños con los pequeñuelos á fin de conducirlos por grados á la madurez. Pomey escribia para ellos su *Tratado para las partículas*, su *Indiculus universitatis*, su *Ilos latinitatis* y sus obras clásicas, cuyo recuerdo conservan todavía los profesores instruidos. Manuel Alvarez les dedicaba

su gramática latina, Ricciolini su prosodia, cuya reputacion es europea : Girandeau creaba la gramática griega y su Odisea, bajo el nombre de *Praxis linguæ sacræ*, y luego ponia el estudio del hebreo al alcance de la juventud. Juvenay, lo mismo que el padre Girandeau, hubiera podido ser uno de los hombres mas notables de su siglo por el aticismo de su espíritu y por la delicadeza de su pensamiento; y sin embargo anulóse, por decirlo así, condenóse á una obscuridad voluntaria, y consumió en los colegios una existencia laboriosa, y sus doctas iglesias para inspirar á los jóvenes el amor de lo verdadero y de lo bello; porque creian todos con Quintiliano que era preferible la escuela donde mejor se aprendiese á vivir, que aquella donde se aprendiese tan solo á bien decir.

A cualquier establecimiento de Jesuitas que llameis, á cualquier colegio que la casualidad os lleve, encontrareis siempre un padre que consagra las facultades mas estraordinarias á la educacion de los niños. Aquí es du Cyne que traza preceptos metódicos sobre la retórica, la poesía y la historia; du Cyne quien en su edicion de los discursos de Ciceron da á sus imitadores un ejemplo de análisis que solo podrán seguir de lejos. Allí es el padre de La Rue que comenta Horacio y Virgilio á la manera de Aldo Manucio. Mas adelante las generaciones de los Jesuitas colocan en las cátedras de instruccion pública á los padres Guerrieri, Perpinien, Maldonado, Abram, Lacerda, Colonia, de Boulogne, La Fay, Guatler, Porée, Sanadon y Buffier, celebridades de colegio á quienes la amistad ó el reconocimiento de sus ilustres discípulos han hecho inmortales en la historia. El padre Aler inventa su *Gradus ad Parnassum;* el padre Lebrun arregla su *Diccionario*, cuya gloria se ha apropiado Lallemant; el padre Joubert llega á ser el Noël de su época; d'Aqunio compone sus lecciones especiales sobre la estratégia, la arquitectura y la agronomía; Vaniere publica su hermoso *Diccionario poético;* Terrari enriquece el mundo sabio con su *Diccionario siriaco;* al proprio tiempo que otros Padres del Instituto redactan el famoso *Diccionario de Trevoux*, y el padre L'Hoste escribe su obra elementar sobre la marina, obra que los náuticos llaman el

libro del Jesuita, que ha servido para formar todos los jefes de escuadra que han hecho triunfar sobre las olas el pabellon de su patria. D'Estrées, Tourville y Mortemar querian estar acompañados y aconsejados por este Padre en sus espediciones navales; y su *libro* se habia hecho clásico hasta en las escuelas de Inglaterra, habiendo servido de guia hasta á principios de este siglo á tantos oficiales audaces y esperimentados que son el orgullo de la marina británica (1).

Los Jesuitas no se limitan á estos trabajos para los cuales hallaba la Compañía una recompensa en la admiracion, y el aprecio de la Europa literaria. Además del móvil de la religion á la cual debian referirlo todo, pudieron inspirarles ese desinterés, el gusto del estudio y la necesidad de estender y perfeccionar los conocimientos humanos: pero aquel desinterés se propaga en la otra parte de los mares, y en todos los continentes donde enarbolan la cruz, y que vá á regar su sangre, les encontrareis buscando el secreto de los mas bárbaros idiomas. En medio de los peligros que les ofrecen las misiones, escriben libros elementales y componen catecismos. Los Indios, les Japones, los Chinos, los pueblos de la antigua Asia, y las tribus errantes de la nueva América, se admiran al ver su lengua, que ellos conocen apenas, enriquecerse bajo la mano de los Jesuitas con gramáticas y diccionarios.

Segun Ribadeneira, Alegambe, Soutwell y Caballero, su continuador, pasa de trescientos el número de los Jesuitas que escribieron sea sobre la gramática en general, sea sobre las lenguas muertas ó vivas. Prepararon la infancia de los dos hemisferios al estudio de mas de noventa y cinco lenguas, subiendo á mas de cuatrocientas las obras elementales que produjo la Compañía sobre una materia tan útil á la par que tan árida. La mas célebre de todas las gramáticas de los Jesuitas es sin contradiccion la del padre

(1) El conde de Maistre confirma este hecho en su obra de *la Iglesia galicana*, pag. 60. «Un almirante inglés, refiere, me aseguraba aun no » hace diez años, que habia recibido sus primeras instrucciones en el » *libro del Jesuita*.»

Manuel Alvarez, que los latinistas han comentado, desarrollado ó compendiado sin poderla jamás aventajar. Para mejor instruir á la juventud en el latin, el padre Alvarez habia trazado sus reglas tan correctamente como fué posible. Despues ha prevalecido un método contrario. No es este el lugar oportuno de juzgar ambos métodos y de poner de nuevo en lucha Port-Royal con el Instituto; sin embargo fuerza es confesar que con el plan del jesuita se economiza un tiempo precioso, puesto que la lengua que se quiere enseñar á la infancia se graba en su espíritu al propio tiempo que el precepto. La práctica acompañaba de esta suerte á la teoría y se creaban casi sin trabajo hábiles latinos. Este método fué el que siguieron los Jesuitas y las universidades hasta el momento en que lo abandonó Lancelot. Alvarez no inventó el sistema de enseñar el latin por el latin sino el arte de enseñarlo. Estableció reglas con una claridad llena de precision; resolvió las dificultades y aplicó el precepto y el ejemplo. Su libro, como el de Despantere, se hizo clásico, y produjo esas generaciones que hizo tan sabias el estudio de los grandes modelos. Pero la perfeccion de una gramática no impidió á los Jesuitas el que buscasen nuevas mejoras en la experiencia. Conocian que sus esfuerzos debian dirigirse á hacer amar el trabajo, y á la par que recomendaba el uso de la gramática de Alvarez, el *Ratio studiorum* (1), dejaba á los Padres la libertad de elegir. En los colegios de Francia donde reinaba Despantere, Alvarez no pudo destronarle; sino que los Jesuitas modificaron el uno con el otro y se hicieron una regla aparte.

Alvarez sin embargo no fué el primero de la Compañía de Jesus que pensó en dar á luz un libro elemental. El holandés Cornelio Crocus y el poeta Frusis, habian emprendido ya esta tarea en Roma donde parecen fructificar todas las tentativas afortunadas. Tambien en esta ciudad componia

(1) « Dabit operam ut nostri magistri utantur grammaticâ Emmanue» lis. Quòd si methodi accurationis quam puerorum captus ferat alicu» bi videatur, vel romanam, vel similem curet conficiendam, consul» to præposito generali, salvâ tamen ipsâ vi ac proprietate omnium » præceptorum Emmanuelis.» (*Ratio studiorum*. Regulæ provinciales, n 2.)

el padre Turselino su *Tratado de las partículas*, que los sabios de la Alemania Thomasius, Schwartz y Hermann enriquecieron con notas y adiciones importantes. Los padres Antonio Vallesi, Ricardo Esius, Cárlos Pajot, Miguel Coyssard, de Colonia, Monet, Pomey, Fischet, Nicot, Francisco de la Croix, Pedro Champneuf y cien y cien otros, profundizaron los misterios de la sintaxis y de la prosodia para ponerlas al alcance de la infancia. Con un objeto que la ciencia debe aplaudir, esos hombres de elevada inteligencia consagraban su vida á quitar las dificultades, por decirlo así, materiales de las lenguas muertas. Hundíanse para aprovechamiento de los demás, en esa noche oscura de la cual sabian hacer salir la luz. Los unos esplicaron, desarrollaron ó hicieron fáciles los principios del griego y del latin; los otros como Bomo Bonet, Lebrun, Bordon y Joubert, comenzaron el vasto edificio de los diccionarios. Vinieron despues de ellos especuladores mas hábiles, pero mucho menos doctos que los padres de la Compañía, y se apoderaron del fruto de sus vigilias y olvidaron hasta el nombre de aquellos á quienes usurpaban los trabajos, haciéndose una fortuna y un título de gloria de este plagio. Noël se manifestó mas justo; en su prefacio al *Gradus* atribuye al Instituto y al padre Vaniere la parte que le corresponde: « A los Jesuitas especialmente, dice, se debe la idea » y la ejecucion del diccionario conocido en las aulas con » el nombre de *Gradus ad Parnassum*. Un exámen profundo » me ha dado á conocer que lo mejor que podia hacer era » tomar esa obra por base é imitar á Vaniere.... He creido » deber consultar á los diferentes clásicos del mismo gé» nero, y comparando los de Italia, Alemania, Inglaterra, etc., » he reconocido que era el mismo que se habia general» mente adoptado. »

El impulso dado por los Jesuitas se propagaba en todos los pueblos. Donde quiera publicaban libros elementales como fundamento de la educacion: en todas partes formaban sabios lexicógrafos. La Italia, España, Portugal, Sicilia, Bélgica y Alemania los produjeron en cada siglo; y los nombres de Francisco de Castro, de Bartolomé Bravo, de Gerardo de Montano, de Pedro de Salas, Valerio Requejo y

Juan de la Cerda, son populares en España, como en Italia los de Horacio Turselino, Felix Felice, Miguel del Beno y Pedro Ricci. Los padres Juan Grothaus, Mateo Morach, Wolfgang Schondsler en Alemania; Constantino Syrwid y Gerardo Enapins, en Polonia, y Benito Pereyra en Portugal, gozan todavía de una reputacion merecida.

Habian reunido inmensos materiales para el estudio del latin, y otros desempeñaron la misma tarea para el del griego. Andrés Perrivales, nacido en Creta á fines de 1599 resumió en su gramática los principios establecidos por Antonio Laubegeois, Guillermo Bailly, Jacobo Gretzer, Juan Villalobos, Martin de Roa y Sigismundo Lauxmin. Estos fueron los primeros jesuitas que se ocuparon de la lengua griega bajo una forma didáctica. Simon Derkum, Buenaventura Girandeau, Herman Goldhagen, Pedro Gras y Sanchez de Luna vinieron despues de ellos. Por el conjunto de sus estudios sobre las raices, la sintáxis, la prosodia, el acento, la cantidad, los dialectos, los verbos y los idiotismos llegaron á iniciar á la juventud en la poesía de Horacio y en la elocuencia de Demóstenes. Quedaban vencidas las principales dificultades: los padres Pajot, Wolfgang, Bager y Soler se pusieron los unos despues de los otros á componer diccionarios, á seguir la etimología de las palabras de la lengua muerta en las locuciones de las lenguas vivas. No desalentó á esos modestos sabios lo ingrato de semejantes trabajos: triunfaron de los obstáculos á fuerza de laboriosidad y de investigaciones: habíanse hecho helenistas para formar otros en todas partes, y donde quiera vieron realizadas sus esperanzas.

Ignacio Weitenaver, Francisco Bordon y Buenaventura Girandeau, siguiendo las huellas de Bellarmino y de Mayr, se dedicaron al hebreo, y Girandeau simplificó el sistema de Masdef. Estos tres jesuitas publicaron en diferentes épocas, estudios, gramáticas, diccionarios hebreos, trabajos que habian comenzado ó que terminaron los padres Adam Aigenler, Leopoldo Tirsch, Antonio Jordin, Eduardo Slaugter, y Francisco Hoselbauer, cuyo mérito ha salvado los recintos de los seminarios y de los colegios. Kircher, el jesuita universal, abre en su *Prodromus Coptus* la puerta á los sa-

bios que vendrán á explicar los geroglíficos. El es quien reune los monumentos literarios de dos Coftos y que empieza á desenredar el caos de las antiguedades egipcias. Síguele por esta senda tan difícil el padre Ignacio Rossi. Kircher acababa de resucitar la lengua de los faraones, y hace el mismo trabajo con la antigua lengua etrusca con su *Iter Hetruscum*. Los Padres Plácido Spatafora y Aloysius Lanzi llevan adelante con actividad las investigaciones de Kircher, y llegan á darlas un conjunto satisfactorio.

Los Jesuitas no se ocupaban únicamente en preparar la difusion de las lenguas madres. La experiencia les habia enseñado que para penetrar hasta el corazon de las masas, era preciso hablarles su idioma y ponerse de esta manera al alcance de una ignorancia que solo la caridad debia combatir; y en su consecuencia instituyéronse los gramáticos y lexicógrafos de los Bretones, Vasco y Lituaniense. El padre Mannoir compusó una gramática, un glosario y cánticos que la antigua Armórica aceptó y que mira todavía como obras maestras. Los Padres Manuel de Larramendi y Constantino Sgrevid hicieron para los Vascos y para los habitantes de Lituania lo que emprendian; para los húngaros, el griego moderno, el ilírico, y el turco los padres Pablo Pereszlengi, Gerónimo Germain, Bartolomé Cassius, Jaime Micalia, Ardelio de la Bella y Holderman. Tenian que derramar la luz, y los Jesuitas esperaron lograrlo por medio de la instruccion. En todos los ángulos del mundo donde hallaron algunos hombres reunidos en sociedad procuraron primero comprender su idioma, tan vario como sus deseos, y apenas iniciados en tantos dialectos, estudiaron sus dificultades y se las explicaron á los demás, y las redujeron á principios, como las lenguas europeas para facilitar de este modo la educacion.

Así fué como el etíope y el árabe tuvieron por lexicógrafos y por autores á los Padres Luís de Acevedo, Andrés Oviedo, Fernandez, Lopez del Castillo, Pedro Metoscita, Adriano Parvilliers, Laurenius y Sicard. El padre Gerónimo Javier trazó á los Persas los elementos de su lengua; Baltazar Gayo, Eduardo de Silva, Gaspar de Vitela, Bautista Zola, Pablo Miki y Pedro Navarro obligaron á los Japones

á seguir los progresos que los misioneros imprimian á su idioma maternal. La Armenia, el Indostan, Bengala, Angola, Tonquin, Chinchina, vieron formarse en algunos años Jesuitas, que no satisfechos de enseñarles las verdades eternas, les inspiraban á ellos y á sus hijos el amor de familia. Era preciso hacerlo todo nuevo en esos reinos reducidos á la barbarie por la supersticion : los Padres lo realizaron; pero allí, lo mismo que en los demás puntos, creyeron que nada seria estable mientras no hubiesen dado á todos aquellos dialectos una uniformidad local. A fin de llevar á cabo este proyecto de civilizacion, los padres Jacobo Villotte, Tomás Etienne, Pedro Diaz, Francisco Fernandez, Alejandro de Rhodes, Gerónimo de Majorsco y Gaspar de Ameral se hicieron políglotos. Parecieron en aquellas diferentes regiones vocabularios y gramáticas razonadas. Los Jesuitas adoptaban el idioma y hacian conocer sus fundamentos á los indígenas; lo cual era un medio de aficionarles mas y mas á su país, de llevarlos á que gustasen poco á poco los beneficios de la educacion.

En China los obstáculos no eran los mismos. No pesaba sobre el pueblo una ignorancia casi incurable; pero conformándose con sus costumbres, los Jesuitas querian educarles por grados en el Cristianismo que anunciaban, y acostumbrarles á la enseñanza cuyos misioneros eran. Los padres Mateo Ricci, Martini, Longobardi, Schall, Gravina, Pantoia, Dias, Froés, Govea, Orsini, Simóens y otros muchos fueron los lexicógrafos del Celeste imperio. El padre Premare en su *Noticia lingnæ sinicæ* sobrepujaba todos esos trabajos. No es una gramática ni una retórica lo que compuso, sino un verdadero tratado de literatura china. Roberto de Nobili, José Beschi y Antonio Proenza profundizaban el Tamoul. Estévan de la Croix daba á los bramas las reglas de su lengua : Juan Pons y Ernesto Hauxleden descubrian los misterios del Sanscrito y del telenga : san Francisco Javier, Manuel Martin, Henriquez y Feraz compusieron el diccionario malábaro. La gramática y la sintáxis megicana tuvieron por autores los padres Galendo, Carochi, de Paredes, y del Rinchon. Otros Jesuitas, Valdivia, Febres, Vega, y Halberstad formaron la lengua de Chile ; An

drés White la del Maryland; José Anchieta, Aravio, Figueria y Leon publicaron el glosario brasiliense. Los Padres Vicente del Aguila, en Cinaloa, Cornelio Gomez en las riberas del Taramandalm, Pedro Gravina en la fuente del Xingu, Machoni entre los Lullos, José Briquiel entre los Abipones, Marban en el país de los Moxos, Ortega en el de los Corcenses, Villafane entre los Guazavos, Barcena y Anasco en el Tucuman, Salmaniego y Aragona en las orillas del Paraguay, trabajaron para encontrar algunos vestigios del lenguage humano en esos dialectos salvajes á cuyo estudio se condenaban y que lograban aprender. Necesitábase un idioma comun á fin de que sus herederos en el apostolado no tuviesen de comenzar incesantemente de nuevo el trabajo que ellos hacian, y crearon ese idioma. Enseñaron sus reglas á la generacion de la cual lo recibian, y luego acostumbrando sus hijos á él, llegaron á inspirarles la aficion al estudio. Por mucho tiempo los progresos fueron imperceptibles, sin que se cansase la paciencia de los Jesuitas : pero por fin vieron coronadas por el éxito unas tentativas que el mundo no habia nunca conocido, y de las cuales recogió los frutos la civilizacion. Tiene algo de prodigioso el número de gramáticas, diccionarios, sintáxis y libros elementales que compusieron en todas las lenguas del Nuevo mundo. No hemos hecho mas que dar una breve reseña, pero puede por ella formarse cualquiera una idea de los trabajos que emprendieron los Jesuitas en sus misiones transatlánticas para propagar la unidad cristiana, y la educacion que es con ella la fuente de la felicidad.

Cuando tales hombres distribuian la instruccion con el celo de un apóstol, con el desinterés de un religioso y con esa amenidad encantadora cuyas relaciones han llegado hasta nosotros, debian alcanzar indudablemente, inmensos resultados. Basta para convencerse de ellos seguirles de generacion en generacion en la práctica de la enseñanza. Entre la existencia, apenas terminada del novicio y la del misionero que va á comenzar, la Compañía habia creado una carrera intermedia. Era la segunda prueba, mas algunas veces el Jesuita consumia en ella sus fuerzas y su

vida. Todos los miembros del Instituto estaban destinados al profesorado. El Instituto elegia, y formaba de ellos una coleccion escogida que solo puede esperar reunir una corporacion establecida cual este lo estaba. La nobleza, los talentos, y ni aun los triunfos no dispensaban á nadie de la regla comun. Era para todos y todos se sometian á ella. Vióse desde el principio á los primeros discípulos, amigos y émulos de Loyola recibiendo de este el encargo de partir á los niños el pan de la ciencia de que acababan de alimentar á las academias y capitales de Europa.

Polanco y Frusis profesaban en Polonia, Domenech y Estrada en Lovaina; Simon Rodriguez y Cogordan en Coimbra; Andrés Oviedo en Gandía; Salmeron y Bobadilla en Nápoles, Araoz, Mison y Martin de Santa Cruz en Valencia; Villanova en la ciudad de Alcalá; Lefevre, Canisio y Kessel en Colonia; Santiago Mendoza y Gonzalo en Valladolid; Paluza en Bolonia; Gaudan y Galvanelli en Venecia; Lancy en Palermo; Pelletier en Ferrara; el mismo Languez en Florencia; Mercuriano y Emond Auger en Perusa; Antonio de Córdova, Borja y Bustamante en Córdova; Acevedo, Suarez y Manuel Alvarez en Lisboa; Natal y Perpinien en Evora ó en París.

Todos esos genios cuyos nombres han perpetuado sus grandes talentos y virtudes mas grandes todavía, se hacian humildes profesores despues de haber fundado los colegios donde una obediencia llena de un rico porvenir parecia rebajar su celo. Ignacio de Loyola no admitia ni griego, ni romano, ni español, ni francés. Habia concebido la verdadera unidad, la de los espiritus, formándose por el acuerdo de las doctrinas; la única unidad pacífica, la sola inmutable porque existe en el Catolicismo, en el cual hay la unidad de Dios, de religion y de Iglesia. Parecia desdeñar esta otra unidad que está limitada por los rios, las montañas, los tratados diplomáticos, y que dilatándose con la conquista se facciona con la desmembracion de un imperio, unidad ficticia, que no es otra cosa que el egoismo elevado á la altura de un cisma humano. Su plan de estudios abrazaba el mundo católico, lo habia adaptado á esta idea de asociacion paternal, y lo aplicaba desde el primer dia en-

viando Franceses y Alemanes á España é Italia, y Españoles é italianos á Francia, Alemania y á los Paises Bajos Esta comunicacion de idiomas y de costumbres en un siglo en que era tan poco comun entre los pueblos, era un progreso evidente para la educacion, una nueva rama de saber, un vínculo mas en la caridad.

Semejante fusion era indispensable á Ignacio de Loyola. Habia arreglado tan bien todas las cosas, que nunca provocó aquella ningun disturbio en el Instituto ó en los colegios. Antes de los Jesuitas no existia la educacion nacional; esta emigracion de profesores fué la que les dió tal vez la idea de ella, siendo ellos los que la desarrollaron. Hasta en la antigua Universidad de París esta educacion nacional no habia salido del estado de teoría, ni podia ser de otra manera. Se acudia desde todos los puntos de la Europa á ese foco de luz; Ingleses, Alemanes, Italianos y Españoles se empujaban para oir las lecciones des maestro, que muchas veces habia abandonado su patria para brillar en un teatro mas vasto. En aquellas conferencias discutíase sobre todas las materias; la instruccion se derramaba en ellas á manos llenas, siendo imposible recibir allí la educacion y mucho menos una educacion nacional. Los profesores de las Universidades no estaban unidos por un lazo comun á una doctrina idéntica. Aislados en su gloria ó en sus rivalidades, no tenian mas objeto que acrecer su nombradia á propagar la ciencia y la literatura. No sucedia así entre los Jesuitas, los cuales formaban un ejército, que iba á derramar simultáneamente el amor de las letras en cada país católico. No ambicionaban un triunfo pasajero, sino un resultado perpetuo. Los individuos pasaban á un pueblo sin dejar en él huellas profundas, pero la Compañía permanecia allí para siempre. Su espíritu dominaba las voluntades y las amoldaba á las ideas y á las doctrinas que era necesario exponer. El fin del Jesuita era hacer cristianos; mas en los deberes que les imponia el Evangelio venian como comprendidos el sentimiento patriótico y el respeto debido al príncipe y á las leyes. Por medio de esa palanca formaban ciudadanos y realizaban aquel voto de Bacon. « Una

» sociedad nueva, dice el canciller filósofo (1) hablando de » la Compañía de Jesus, ha llevado la reforma á las es» cuelas : ¿porqué semejantes hombres no son de todas » las naciones? »

Se les sucitaron toda clase de obstáculos en Alemania, España y Francia; mas los vencieron : con su sistema de educacion forzosamente nacional introdujeron la igualdad en sus colegios. « Hay en ellos, dice Descartes (2), un nú» mero considerable de jóvenes de todos los puntos de » Francia, los cuales forman una cierta mezcla de carácte» res por la conversion de los unos y de los otros que les » enseña casi lo mismo que si viajasen; y en fin la igual» dad que tienen entre ellos los Jesuitas tratando casi de la » misma manera ó los mas distinguidos como á los que » son menos, es una invencion en estremo buena. »

Los Jesuitas, segun el gran filósofo, hacian reinar este principio de igualdad, que en aquella época era una innovacion, en los trabajos y en los juegos de la infancia. Los hijos del pueblo fueron los condiscípulos y camaradas de los Condé, de los Saboya-Nemours, de los Conti, Longueville, Lorena, y de los herederos de las mas ilustres familias de Europa. Iniciaban á esos jóvenes príncipes en los sufrimientos de los pobres ; conducian á los hospitales á sus discípulos nobles de los colegios Romano y Germánico, de Luís el Grande en París, del Teresiano en Viena; del Imperial en Madrid. Inspirábanles valor para servir á los enfermos, y les revelaban en la cabecera de la cama de los moribundos esa vida de dolores que comenzaba en la miseria y terminaba en el abandono. Enseñábanles á combatir unos males que tan fácil era á su opulencia aliviar, y poniendo ante sus ojos la desesperacion de los indigentes, les revelaban el secreto de la beneficencia. Hacian mas, daban á sus estudiantes pobres protectores, que seguian á sus condiscípulos en todas las carreras, y Arnaud de Borbon, primer príncipe de Conti que en los bancos de los Jesuitas habia contraido relaciones con Moliere, Cha-

(1) *Anales de la Filosofía*, por Bacon, tomo II, pág. 364.
(2) *Obras de Renato Descartes*, epist. 90.

welle y Bernier, el célebre viajaro, fué siempre su amigo.

Los Jesuitas « cuya institucion, segun Bonald (1), es la » mas perfecta que haya producido el espíritu del Cristia- » nismo, » se habian hecho un deber de adivinar y aplicar los medios mas propios para excitar la emulacion. Uno de los que mejores efectos produjo en ambos emisferios fué el establecimiento de las congregaciones de la Vírgen santísima. Nacieron estas en 1569 en Roma, Nápoles, Génova y Perusa, bajo la inspiracion de un jóven jesuita regente, llamado Juan Leon. Reunia todos los dias en el tiempo que le dejaban libre los estudios, á los mas piadosos de entre los discípulos de las clases inferiores á la retórica, y todos juntos se excitaban á la caridad, á la ciencia y al amor de Dios. Esta idea se propagó tan rápidamente en las casas de la Compañía que en 1584 el papa Gregorio XIII, en su bula *Omnipotentis*, erigió esas reuniones en congregacion primaria en la Iglesia del Colegio romano. El orígen de esa afiliacion no habia tenido mas objeto que formar estudiantes mas perfectos. Bajo la mano de los Jesuitas, cuyo general era el director supremo de las congregaciones, tomaron, como el grano de cenabe, un rápido desarrollo. Salvaron el recinto del colegio con los jóvenes que salian de él para abrazar una carrera, y que deseaban permanecer en comunidad de oraciones y de recuerdos con sus maestros ó sus condiscípulos. Ellas vinieron á ser un vínculo de proteccion ó de amistad; se derramaron en Europa y en las Indias, y unieron en la misma asociacion el Oriente y el Occidente, los pueblos del Norte y los del Mediodía. Tenian estatutos, reglas, oraciones y deberes comunes. Eran una gran fraternidad que se extendia de París á Goa y que descendia de Roma hasta el seno de la ciudad mas ignorada. Las congregaciones de Aviñon, Anveres, Praga y Friburgo fueron las mas célebres. Las habia compuestas de eclesiásticos, de militares, de magistrados, de nobles, de ciudadanos, de mercaderes, de artesanos, y de criados, que se ocupaban todos en hacer buenas obras, socorriendo segun sus facultades á los indigentes,

(1) *Legislacion primitiva*, tomo II.

visitando á los enfermos, consolando á los prisioneros, instruyendo á los niños y dotando las doncellas pobres. El Tasso y Lambertini, san Francisco de Sales y Fenelon, Alfonso de Liguori y Bossuet, Fernando de Austria y Maximiliano de Baviera, los príncipes de Conti y de Turena, la piedad y el genio, la magestad del trono y la gloria militar se asociaron á esas reuniones que presidia un Jesuita bajo el nombre de su director. Cada congregacion tenia un prefecto, dos asistentes y un secretario. En 1705 la de Luís el Grande estaba constituida en esta forma : Nicolás de Beaulieu, prefecto; José de Laistre y Antonio de Albarez asistentes; Francisco de Beaufort, secretario; director, el padre de Tournemine. El año siguiente se compuso de Finoleon de Boissac, Claudio Leclerc, Claudio de Atilly, Tomás Bocand y del padre de Montigny.

El culto de María habia reunido bajo la misma bandera hijos de todos los países, sin que se separasen de ella cuando la edad les hubo abierto la carrera de los honores ó del trabajo. Esta agregacion, que abrazaba todo el universo, duplicaba las fuerzas morales de la Compañía de Jesus, la cual, protegida por los Papas, sostenida por los reyes, marchaba al cumplimiento de su obra sin preocuparse por los ataques de que eran el blanco sus prácticas religiosas y su objeto humano. Se la acriminaba en la infancia y se la calumniaba en su edad madura. Benedicto XIV, este gran Pontífice á quien los protestantes y los filósofos de siglo XVIII se complacieron en rodear de sus homenages, no tuvo reparo, cuando gozaba de su mayor popularidad europea, en dar á las congregaciones un testimonio de su aprecio. Discípulo de los Jesuitas, conocia por experiencia el espíritu de las asociaciones que dirigian. Habia hecho parte de ellas en su juventud, y el 27 de setiembre de 1743 publicaba la bula de oro *Gloriosæ dominæ.*

Despues de haber desarrollado elocuentemente la idea creatríz de Ignacio de Loyola , echando los fundamentos de la Compañía de Jesus, Benedicto XIV añade desde lo alto de la cátedra apostólica : « Han instituido tambien muy sabia- » mente, como todos saben, que entre los ejercicios propios » de su Instituto, con el cual continuan prestando utilísi-

» mos servicios, se dedicarian con ardor á educar la » juventud cristiana y á inculcarle buenos principios, cui- » dando de hacerla agregar á piadosas asociaciones ó con- » gregaciones de la Vírgen santísima, madre de Dios. Así » consagrados al servicio y al honor de María, enseñan á esa » juventud en la escuela, por decirlo así, de la que es la ma- » dre del mas puro amor, del temor y del agradecimiento, » á aspirar á la suma perfeccion y á llegar al último grado » de la salvacion eterna. Increible es el bien que ha emana- » do sobre hombres de todas las condiciones de esta lauda- » ble y piadosa institucion modificada hasta lo infinito por » santas y saludables reglas, segun los diversos estados de » los congregantes, y gobernada con tan hábil prevision por » prudentes directores. Los unos, colocados desde su infan- » cia bajo el patrocinio de la bienaventurada Vírgen en la » senda de la inocencia y de la piedad, y conservando sin » desviarse jamás de las costumbres puras, una vida digna » del hombre cristiano y de un siervo de María, han mere- » cido la gracia de la perseverancia final; otros, miserable- » mente extraviados por las seducciones de los vicios, han » vuelto de la senda de iniquidad en que se habian engolfa- » do á una completa conversion por los auxilios de la muy » misericordiosa Madre del Salvador, á cuyo servicio se ha- » bian consagrado en las congregaciones. Ellos han abraza- » do una manera de vivir sobria, justa y hasta piadosa, y » sostenidos por la asiduidad en los ejercicios religiosos de » esas congregaciones, han perseverado hasta el fin en esta » vida nueva.

» Nos, en fin, que en nuestra juventud hemos sido miembro » de la Congregacion de la bienaventurada vírgen María, » erigida bajo la invocacion de su Asuncion, en la casa pro- » fesa de la Compañía de Jesus en Roma; nos, que recorda- » mos con placer haber frecuentado sus piadosos é instruc- » tivos ejercicios para nuestro mayor consuelo esipritual, » nos pues, juzgando que era deber de nuestro ministerio » pastoral favorecer y promover con el auxilio de nuestra » autoridad y liberalidad apostólicas esas instituciones sóli- » das, piadosas, que hacen adelantar en la virtud y contri- » buyen poderosamente á la salvacion de las almas, hemos

» aprobado, confirmado, extendido y amplificado por nues-
» tras cartas expedidas en forma de breve el 24 de abril últi-
» mo, todas las concesiones y gracias anteriores de nuestros
» predecesores, como se ve por el contenido de dichas car-
» tas. »

Esta bula de oro, que ponia de manifiesto á los Jesuitas en su plan de instruccion, en sus congregaciones, en sus obras apostólicas y en su vida, aparecia solo algunos años antes de la extincion del Instituto. Ella emanaba de un pontífice cuyo voto hace todavía autoridad y estaba refrendada por el cardenal Passionei. Explicaba el objeto y los resultados de esas congregaciones, que nacidas en el fondo de los colegios, se habian propagado en el mundo con la celeridad que la Compañía de Jesus imprimia á sus obras. Era aquello la enseñanza simultánea de todas las edades y de las condiciones todas, obrando sobre el rico y sobre el pobre con el mismo principio, y uniendo en un mismo culto y en un pensamiento idéntico hombres que no debian tener jamás entre sí ninguna relacion personal. Esta idea de encadenar à los individuos por medio de un vínculo religioso y de asociarlos por un dulce recuerdo de infancia fué para los Jesuitas una palanca que dió á su enseñanza una fuerza de la cual supieron sacar un partido extraordinario.

Jouvency, cuya *Ratio discendi et docendi* es todavía la regla de lo bello y de lo verdadero, ha dicho : « La gramática » y la latinidad son países harto áridos. Es necesario pro» curar esparcimiento al ánimo, si se quiere que despierte. » Las zarzas solo agradan cuando tienen flores. » Bajo estas imágenes poéticas revelaba el Jesuita el secreto de la educacion : habia profundizado sus misterios que el Instituto ha sondeado tan bien, preparaba el maestro y el discípulo.

Los Padres de la Compañía, para hacer amable á la infancia la instruccion, la desnudaban de todas las asperezas de la escuela, y la presentaban bajo un aspecto seductor, con lo cual no solo lograban que hiciesen rápidos progresos, sino que creaban nuevos ramos de estudio. Abrian cursos públicos de matemáticas en todas las ciudades ; y en Caen, por ejemplo, una sola clase de aritmética y geometría fundada por Luís XIV, contaba en 1662 cuatrocientos discípu-

los. El profesor era un Jesuita, y poseemos una carta de felicitacion que le dirigió Chamillard, entonces intendente de la Baja Normandía. La Francia no era menos favorecida que los demás reinos. Hacíase sentir por todas partes el mismo desarrollo en las ciencias que los Jesuitas llevaban, por decirlo así consigo. Poseian el arte de la educacion; querian que penetrase en todas las gerarquías sociales y que se derramase en ellas bajo todas las formas. Poníanse para ello en práctica los medios mas ingeniosos. Hacíanse niños para instruir, para recrear á los niños, y como dijo un hombre que el ministerio de la instruccion pública contaba hace poco entre sus dignatarios (1), « habian adoptado » un sistema mas en armonía con las costumbres del siglo. » Sus colegios estaban abiertos á todas las artes de recreo. » La danza y hasta la esgrima hacian parte de sus estu- » dios. Todos los años la distribucion de los premios iba » precedida, no solo de trajedias llenas de alusiones políti- » cas, sino de bailes compuestos por los reverendos Padres » y ejecutados por los mas ágiles de sus discípulos. Entre » ellos los estudios graves eran una especie de recreo. La » física consistia en una serie de experimentos divertidos, » en que un ayudante venia á manifestar á los discípulos » algunos fenómenos eléctricos ó magnéticos, algunos ex- » perimentos hechos en el vacío, la circulacion de la sangre » en el mesenterio de una rana, y el espectáculo de algunos » objetos abultados por medio del microscopio. La historia, » cuyo estudio no se conocia aun en los colegios de la » Universidad, se aprendia especialmente por la inspeccion » de las medallas. »

Segun confesion de sus mismos adversarios de profesion y de sus rivales, los Jesuitas se dedicaban á todos los estudios, y hasta ensanchaban sus límites. Para hacerles fuertes en la latinidad, ó enseñar á los jóvenes á vencer las dificultades de la lengua francesa, les citaban á certámenes poéticos. Tenemos á la vista una coleccion de versos compuestos en 1697 y 1699 por los discípulos de los Padres La Sante y Jouvency. Estas poesias que aun en la actualidad

(1) *Cuadro de la instruccion secundaria*, por Kilian.

podrian pasar por bellas, estan firmadas por Pomeren, Breteuil, Rippert de Monclar, Verac, Saint-Aignan, Berthier, de Renneville, de Thorigny, de Eaubonne, de Chauvelin, Riccobioni, Saint Vallier, de Lamoignon, Chateaurenard, Danchet, Coetlogon y Letellier.

Una vez llegaba á ser regente el Jesuita, no tenia mas que una ocupacion á la cual se referian todas las ideas, todos los actos de su vida. Pertenecia enteramente á sus discípulos, los cuales eran para él un afecto, una familia, todo el universo. Comenzaba con ellos las clases elementales y les acompañaba hasta la retórica. Así en el colegio de Clermont, al cual dió su nombre Luis XIV, el padre Poree, cuyo « mérito principal, fué, segun Voltaire (1), hacer amar » á sus discípulos las letras y la virtud, » enseñó la retórica durante mas de treinta años, contando entre sus discípulos diez y nueve miembros de la Academia francesa, honor que no tiene igual en los fastos de la enseñanza. En 1651 esta casa poseia dos mil estudiantes, y en 1657 pasaban ya de tres mil. Cada dia los Jesuitas amoldaban, por decirlo así, á sus discípulos en el estudio y en la caridad, y al terminarse el aula escolar, les llamaban á brillar en la escena. Los que mejor declamaban representaban comedias y trajedias compuestas por los mismos Padres de la Orden. En 1650 ejecutan la trajedia titulada, *Susana* (1), delante

(1) *Siglo de Luis XIV*, tomo I.

(1) No hemos querido entrar en la disputa que los solitarios de Port-Royal y los adversarios del Instituto han suscitado contra este con motivo del teatro. En una cuestion resuelta hace tanto tiempo, nos ha parecido que lo mejor que podiamos hacer era presentar la opinion de uno de los jueces mas ilustres, Bossuet en sus *Máximas y reflexiones sobre la Comedia*, tomo XXXVII, pág. 603 de sus *Obras completas*, se expresa de esta suerte :

« Se hacen en efecto representaciones inocentes; ¿ quién será tan » riguroso que se atreva á condenar en los colegios las de una juven- » tud morigerada, á la cual proponen sus maestros estos ejercicios á » fin de ayudarla á formar ó su estilo ó su accion, y en todo caso para » proporcionarles á fin del año algun honesto desahogo? » Y sin embargo, he aquí lo que dice acerca de esto una sabia Compañía que se ha consagrado con tanto celo y buenos resultados á la instruccion de la juventud : « Que las trajedias y comedias que solo deben escribirse » en latin, y cuyo uso no debe ser muy frecuente, tengan un objeto

de Luís XIV, niño todavía, acompañado de Cárlos II de Inglaterra y el duque de York; el 19 de agosto de 1658 se representó la *Atalia* en versos latinos, esta misma *Atalia* que inspirará la obra maestra de Racine. El 6 de Junio de 1721 el colegio de Luís el Grande descendia al Louvre, y Arnauld de la Tremouille, Luís de Mortemart, Estevan de Blanes, Juan de Nicolaï, Armand de Bethuna-Charost, Fleuriau de Armenouville, Victor de Rochechouart, Victor Merliant, Juan de Courmont y Gabriel Riquet daban en presencia del Rey la primera representacion de *Las incomodidades de la grandeza* (1).

Cuando en medio de las solemnidades literarias los padres Labbe, Cossart, de La Rue, Poree, La Santa, Menestrier, Edmond de Joyeuse y todos los predecesores ó herederos de esos veteranos de la enseñanza tomaban la palabra; cuando, en los ejercicios de esta clase, los discípulos se entregaban á la inspiracion de sus tiernos corazones, los Jesuitas los conducian siempre á un fin nacional. Glorificaban el nombre de su país, ya fuese república ó ya monarquía, sabian evocar sus grandes hombres á fin de ofrecerlos como dechados á la juventud. Existe en Francia la coleccion de un periódico que ha atravesado los siglos, el *Mercurio*, en cuyas páginas olvidadas se encuentra á menudo la confirmacion de este hecho. Así por ejemplo el 21 de agosto de 1680, los Jesuitas del colegio de Luís el Grande para inflamar el valor de los jóvenes y despertar en su alma un sentimiento profundo de orgullo patriótico, le ayudan á solemnizar las victorias de la Francia. El 10 de octubre de 1684 el padre de La Baume, á fin de hacerle respetar las instituciones del reino, celebra las antiguas glorias y los servicios del Parlamento. En setiembre de 1717 se diser-

» santo y piadoso; que los intermedios de sus actos sean siempre en » latin, que nada tengan que ofenda á la modestia, y que no se intro» duzca nunca en ellos ningun personaje femenino, ni el trage de este » sexo. (*Rat. stud* tit. *Reg. Rect.*, art. 13.)» Bossuet añade: « Se ven » cien rasgos como este de prudencia en los reglamentos de este ve» nerable Instituto. »

(1) Esta comedia es del padre du Cerceau.

ta públicamente sobre el estado de la vida mas útil al país. El 6 de agosto de 1720 se honra á la industria y á la agricultura. En el mes de enero de 1728 los jóvenes se preguntan si los franceses superan á las demás naciones en las obras del genio. Esta cuestion se agita y se resuelve en medio de solemnes debates. Lo que pasaba en el reino Cristianismo tenia tambien lugar en otros estados. A los hijos nacidos bajo el régimen monárquico los Jesuitas les inspiraban la fidelidad de un súbdito, porque tambien ellos lo eran. Bajo el gobierno democrático se hacian republicanos y proponian á sus discípulos los ejemplos famosos de los héroes que habian conquistado ó defendido la libertad.

Una educacion tan abiertamente popular, de la cual se habia constituido Ignacio el promotor, debia hacerse grande con su Instituto. Siguióse la marcha que dejó trazada, oradores, poetas, historiadores, matemáticos, misioneros que habian poblado los desiertos y evangelizado los salvajes, hombres cuyo nombre, virtud ó ciencia eran gloriosos, venian por turno á desempeñar en los colegios cargos mas modestos, pero igualmente útiles; lo cual era una garantía para los Padres y para los niños un honor, del cual procuraban hacerse dignos con una emulacion incesante. La influencia de tales maestros no quedaba circunscrita al recinto de las aulas, sino que se propagaba hasta fuera; y tanto que con verdad pudo decir el cardenal Maury (1) que: « El gran colegio de los Jesuitas en París era un punto » central que atraia la atencion de los mejores escritores y » de las personas distinguidas de todas las clases de la So» ciedad, y que era una especie de tribunal permanente de » literatura, al cual el célebre Piron acostumbraba llamar » en su estilo enfático la *Cámara ardiente de las reputacio» nes literarias*, tenido siempre por los literatos como fuen» te principal y foco de la opinion pública en la capital. »

Lo delicado de su gusto y la pureza de su estilo les in-

(1) ***Elogio del abate de Radonvilliers, de la Academia Francesa,*** **pronunciado por el cardenal Maury, el dia de su recepcion en el Instituto de Francia, 6 de mayo de 1807. El abate de Radonvilliers habia sido jesuita.**

vistieron de esta especie de magistratura de la crítica, la cual se les vió siempre desempeñar con tanto tino como conciencia literaria. Los reyes y los pueblos habian comprendido tan bien el ascendiente de los Jesuitas y los resultados que debian obtener sobre la moral de la juventud, que á pesar de las rivalidades de la Universidad, la Compañía se vió obligada muchas veces á fundar nuevos establecimientos. Sin embargo, á fines del año de 1710 hizo el censo de sus casas, el cual dió por resultado seiscientos doce colegios, ciento cincuenta y siete pensionados ó escuelas normales, cincuenta y nueve noviciados, trescientas cuarenta residencias, doscientas misiones y veinte y cuatro casas profesas. Poseia además veinte y cuatro universidades, en las cuales se conferian grados académicos. En el momento de la disolucion en 1762, el Atlas universal de la Compañía prueba que en sus últimos años prosperaba aun, y que se hallaba al frente de setecientos sesenta y nueve colegios. Los Jesuitas no se establecian en las ciudades porque el gobierno así lo exigiese ó mandase á sus habitantes; sino que estos los llamaban de su propia voluntad, dotaban sus colegios, segun se lo permitian sus facultades, y los Padres comenzaban desde luego su mision. Chateaubriand en su *Genio del Cristianismo* hace una pintura de ellos que la historia debe recoger. « La Europa sabia, dice, ha tenido » una pérdida irreparable con la supresion de los Jesuitas. » La educacion no ha vuelto á realzarse desde que cayeron. » Eran singularmente estimados de la juventud. Sus mo» dales finos despojaban sus lecciones de ese tono pedan» tesco que desagrada á la infancia. Como la mayor parte » de sus profesores eran hombres instruidos, célebres en » el mundo, los jóvenes se creian con ellos como en una » academia. Habian sabido establecer entre sus estudiantes » de diferentes categorías una especie de patronato que » redundaba en provecho de las ciencias. Esos vínculos » formados en la edad en que el corazon se abre á los sen» timientos generosos no se rompian jamás en lo sucesivo, » y establecian entre el príncipe y el literato esas antiguas » y nobles amistades que recordaban las de los Scipiones » y los Lelios.

» Alimentaban además esas venerables relaciones entre » los discípulos y el maestro, que han hecho famosas las » escuelas de Platon y de Pitágoras. Llenábanse de noble » orgullo cuando creaban algun grande hombre, y recla- » maban una parte de su gloria (1). Un Voltaire dedicando » su *Merope* á un padre Poree y llamándole su *querido* » *maestro,* es uno de esos bellos rasgos que no ofrece ya » la educacion moderna. Naturalistas, químicos, botánicos, » matemáticos, mecánicos, astrónomos, poetas, historia- » dores, traductores, anticuarios, periodistas, no hay en » fin un solo ramo del saber que no hayan cultivado con » brillo. »

Su educacion imprimia un sello de religion, de honor y de probidad sobre toda una existencia, y ella es la que ha formado tantos pontífices ilustres, generales, magistrados, sabios y escritores que para siempre serán la gloria de su patria. Ora son los Borbones, los Rohan, los Montmorency, Farnese, Villars, Luxemburgo, Radziwills, Montecuculli, Richelieu, Duaras, Spínola, Gramont, Boufflers, Firmian, Furstemberg, Esterazy, Mortemart, Tilly, Walstein, de Estrées, Broglie, Choiseul, D. Juan de Austria, Beauvau y Crequi ; ora los Gregorio XIII y Benedicto XIV, los cardenales Noris y Marza Angelo, san Francisco de Sales y Bossuet, Liguori y Fenelon, Flechier y La Rochefaucault, el cardenal de Polignac y Huet, el abate Fleury (2) y Bel-

(1) Se referia un dia al padre Poree que Voltaire habia dicho : « El » padre Poree no es un grau poeta. — Al menos, repuso el modesto y sabio profesor, convendrá conmigo en que sé formarlos.»

(2) El abate Fleury, el historiador de la Iglesia, conservó siempre hácia los Jesuitas, sus maestros, un agradecimiento respetuoso. A fin de dejar un solemne testimonio de él compuso un poemita sobre la biblioteca del colegio de Clermont ó de Luís el Grande. He aquí un pasaje en que el autor confunde en un elogio merecido á los padres Perpinien, Maldonado, Auger, Fronton del Duque, Saillan, Sirmond, Cressoles, Petau y Caussin, antiguos profesores de dicho colegio y cuyos retratos estaban colocados en la biblioteca.

« Contrà dant ubi magna novem intervalla fenestræ,
Ora novem sunt picta virûm, quæ maxima *Claro*
Lumina fulserunt *Monti* dum vita manebat :

sunce, el cardenal de Fleury y Lanquet, Federico Borromeo y Quirini, Bridayne y Mailly, Edgeworth de Frimont y Bausset, con el acompañamiento de papas, cardenales, obispos que han honrado la Iglesia con sus virtudes y sus talentos. En la magistratura los Jesuitas cuentan entre sus discípulos Lamoignon y Seguier, Pontchartrain y Molé, Novion y de Mesme, de Aligre y de Argenson, Pothier y Libert, de Ormesson y Le Jay, Montesquieu y Bouhier, Portail y Maupeou, Amelot y Nicolaï, Henault, Malesherbes y de Seze, en la literatura y en las ciencias, el Tasso (1) y Galileo, Justo Lipsio, Santeuil, Descartes y Corneille (2),

Nunc totidem æthereas exornant sidera sedes.
Primum PERPINIANUS habet, quem regia quondam
Dicentem plenis effusa Lutetia templis
Suspexit. Post hunc te, MALDONATE, videmus,
Cui nulla in sacris arcana impervia libris :
Et te doctrina clarum eloquioque potentem,
AUGERI, si qua est discendi copia. Necnon
Doctorum ornator DUCÆUS FRONTO Pelasgum
Insequitur, cui tantum, Chrysostome, debes.
NEC SALIANUS abest : quique antiquissima tanto
Cristiadum excussit studio monumenta priorum,
SIRMONDUS, nulli scribendi laude secundus ;
CRESSOLI deinde ora vides, quo doctior alter
Non fuit, excepta sapientis mente Petavi :
Hunc latuit nihil humanum quo tendere posset
Ingenium. Quidquid veteres scripsere Latini,
Quodcumque Inachidum prisca de gente relictum est,
Noverat, habreæque arcana volumina sectæ.
Ilic si romana lusisset carmina lingua,
Carmina Virgilium Romæ lusisse putares.
Sermonem Latio scripsisset more solutum,
Sermonem poterat Cicero dictasse videri.
Plura alii melius referent, quos inclytus heros
Agnovit socios, aut qui stupuere docentem.
Fata illum nobis etiam vidisse negarunt.
Tu super unus eras calamo, CAUSSINE, diserto
AULAM qui faceres dictu mirabile SANCTAM.»

(1) El Tasso que vivió siempre en la mas afectuosa intimidad con el padre Francisco Guerrieri, su profesor de retórica, le dirigió un soneto que comienza por este retruécano :

Hai col nome guerrier, Guerrier l'ingegno.

(2) Existe todavía el ejemplar de las obras de Corneille, que ofreció

Cassini y Moliere, Juan Bautista Rousseau y Escipion Maffei, Goldoni y Varignon, Tournefort y Malezieux, Fontenelle y Mairan, Vico y Alfieri, Lambert y de Olivet, Pompignan y Turgot, Volpi y Quadrio, Voltaire y Freron, Mersenne y Cavanillas, Edmond Burke y Kemble, el orador y el trájico inglés; Filicaia y Bianchini, Salvini y Muratori, Viviane y Redi, La Condamine y Gresset, Helvecio y Crebillon, Chomel y Mably, Buffon y Diderot, el padre Eliseo y Raynal, Maury y Canova, Barthelemi y Lagrange.

Por esta mezcla de nombres gloriosos, que solo necesitan ser citados para excitar recuerdos, y cuyo catálogo podríamos aumentar al infinito, fácil será convencerse de que los Jesuitas no condenaban á sus discípulos á una ignorancia precoz, y que no inclinaban sus corazones al claustro ó al sacerdocio. Desde su orígen hasta su supresion, esto es en el espacio de doscientos treinta años, han formado la educacion de la Europa entera y del siglo de Luís XIV. Sin duda no todos los jóvenes salidos de sus colegios fueron modelos de virtud, génios ó denodados caudillos. Bajo la direccion de maestros religiosos pueden formarse impíos y haber en la escuela de un sabio inteligencias que no salgan nunca de su estado de ignorancia; pues tal es la condicion de algunas naturalezas viciadas. Los Jesuitas no pudieron vencerlas; sus esfuerzos fueron vanos, como lo serán siempre todas las tentativas que se hagan con los mismos caracteres. Es preciso no colocarse en la excepcion sino en los casos generales. Ellos no pedian á la infancia sino lo que esta podia dar de sí; ni improvisaban oradores, astrónomos, poetas, matemáti-

este á los jesuitas sus antiguos maestros, en una portada se lee esta dedicatoria de mano del sublime poeta:

Patribus Societatis Jesu
Colendissimis præceptoribus suis,
Grati animi pignus
D. D. Petrus Corneille.

Dii, majorem umbræ tenuem et sine pondere terram
Qui præceptorem sancti voluere parentis
Esse loco.

cos y moralistas dc doce años. Habian puesto en práctica mucho tiempo antes que el Filósofo de Ginebra la sabia leccion que da este en teoría en su *Emilio*, cuando dice: « Los progresos de un niño deben ser los de un niño. » ¿Para qué querer que sean los de un hombre? La afi- » cion á las letras es cuanto pueden inspirar los colegios: » ellos abren la carrera; al genio toca recorrerla. »

Han salido de la Compañía de Jesus hombres altamente virtuosos y grandes criminales; nosotros no le hacemos el honor de haber creado solo los primeros, ni el ultraje de haber dispuesto al vicio los segundos. Ejercian, es cierto, un ascendiente inevitable sobre sus discípulos; mas este ascendiente, que tantas pasiones, que tantos intereses contradictorios procuraban atenuar en el mundo, no era asaz poderoso en los caracteres fuertes para determinar el bien ó para ahogar el mal. Se les echa sin embargo en rostro una cosa que no han merecido jamás. Se les acusa de haber formado, sin quererlo, pero por una falsa direccion, la juventud á la cual han echo tan tristemente célebre los excesos de 1793. Desterrados de sus establecimientos en 1762, proscritos como Jesuitas dos años despues, solo hasta esta época pesa sobre ellos la responsabilidad moral de la educacion. No era mientras regian el Colegio de Luís el Grande cuando entraron en él los Robespierre, Camilo Desmoulins, Freron, Tallien, Chenier y otros (1). La Universidad se habia constituido ya heredera del Instituto; y el presidente Rolland la puso en posesion del Colegio de Luís el Grande en nombre del Parlamento. Ella enseñó en él en lugar de los Jesuitas, y Robespierre y Chenier, Freron y Tallien fueron la primera generacion que formó contra lo que habia previsto y esperaba. Existe por el contrario un hecho digno de tomarse en cuenta, y es que ninguno de los discípulos de la Orden de Jesus tomó una parte

(1) Una mera exposicion de fechas será mas elocuente que todas las demostraciones. Robespierre y Danton nacieron en 1759, Desmoulins en 1862, José Chenier en 1764, Freron en 1756, y Tallien, en 1769. Es pues materialmente imposible que hubiesen sido educados por lós Jesuitas, expulsados en 1762 de todas las casas de Francia.

culpable en las medidas revolucionarias. Muchos fueron víctimas de ellas, mas ni aun sus apóstatas, tales como Raynal y Cerutti, sancionaron los crímenes de aquella época.

El régimen interior de las escuelas de la Compañía era uniforme casi igual al que subsiste todavía en los colegios de los Jesuitas ó en los que han seguido su plan de educacion. La única diferencia sensible está en el gobierno de los externos. Los padres habian pensado que este depósito confiado á su custodia por las familias era tan sagrado para ellos como el de los pensionistas. En su consecuencia establecieron una vigilancia activa sobre ellos. El prefecto de los estudios formaba un catálogo de las casas en que los estudiantes, lejos de sus padres, podian elegir un domicilio, y en dias indeterminados visitaba esas casas á fin de asegurarse por sí mismo de que reinaba en ellas el buen órden. Escuchaba las quejas, daba consejos, y descendia con los niños hasta á los detalles mas minuciosos. Los maestros de la pension eran responsables de la conducta de sus inquilinos; se les obligaba á cooperar á que se observasen los reglamentos, siendo, rayados del catálogo cuando se resfriaba su celo ó se faltaba á la prudencia. Esa seguridad dada á las familias lo era tambien para los Jesuitas.

La clase ocupaba las horas mas preciosas del dia; pero á fin de estimular á los que desplegaban mas deseos de saber sin desalentar por esto á la mayor parte, á la cual bastaban los deberes comunes, habian establecido academias, en las cuales solo entraban los que mas se distinguian por su piedad ó aplicacion.

El concilio de Trento, cuya prevision se extendió á todo, debia de ocuparse necesariamente en la educacion, que la herejía y los vicios habian maleado; y así fué que indicó los medios que debian emplearse para hacer revivir el culto de la verdad en el corazon de la juventud; aconsejó la eleccion de doctos y prudentes profesores, y luego, poniendo los ojos en la naciente Compañía de Jesus, emitió este voto cuya exactitud vino á confirmar la experiencia de los si-

glos (1). « Y si se encuentran Jesuitas deben preferirse á » los demás. » Semejante voto, que los soberanos pontífices, los monarcas, los obispos y hasta los pueblos han adoptado como norma de su conducta, y al cual se han adherido los sabios de todas las comuniones y de todos los países, no deja nada que decir acerca de ese código de instruccion, ni sobre el modo como fué aplicado.

Cuando los tres siglos mas célebres de la historia vienen, representados por los hombres que han producido, á honrar el maestro que los ha formado; cuando se recuerda el cariño que los discípulos de los Jesuitas tenian á sus profesores, y se encuentran todavía las huellas de ese respeto en cada página de las obras maestras de la literatura europea, huellas que el mismo Voltaire ha seguido; cuando sobre todo se compara este sentimiento de piadosa gratitud con el olvido ó desprecio con que se recibe generalmente el nombre de los profesores de las universidades que educaron la generacion actual : fuerza es convenir en que existia entre los Jesuitas un principio vital, una educacion adecuada á las necesidades de la familia y á la inclinacion de los jóvenes.

Bacon, que descubrió un nuevo mundo en las ciencias, resumia de esta suerte su opinion acerca el sistema de enseñanza de la Compañía : « Por lo que respeta á la educa» cion de la juventud, decia el Canciller filósofo de Ingla» terra, seria mas sencillo decir : Consultad las escuelas » de los Jesuitas porque es imposible hacer nada mejor que » lo que en ellas se practica (2). »

Pero Leibnitz, otro protestante tan ilustre como el Canciller, al propio tiempo que hace justicia á la Compañía de Jesus sobre sus trabajos en la instruccion, creia que le faltaba aun prestar al mundo otros servicios. « Siempre he » pensado, escribia á Placcius (3), que se reformaria el

(1) *Et si reperiantur Jesuitæ, cæteris anteponendi sunt.* (*Declaraciones ejusdem Concilii, ad sess.* XXIII. *De reformatione*, c. XVIII, nº 34.)

(2) *Ad pedagogicum quod attinet, brevissimum fore dictum : Consule scholas Jesuitarum, nihil enim quod in usum venit, his melius.* (*De dignit. et aug. scientiarum*, lib. VII, pág. 193.)

(3) *Obras* de Leibnitz, tomo VI.

» género humano reformando la educacion de la juventud.
» Jamás se podrá alcanzar esto último sino por medio de
» personas que unan á la buena voluntad y á los conoci-
» mientos el prestigio de la autoridad. Los Jesuitas podian
» hacer cosas admirables, sobre todo cuando considero que
» la educacion de los jóvenes era en parte el objeto de su
» Instituto. Pero á juzgar por lo que vemos al presente, el
» éxito no ha correspondido plenamente á las esperanzas,
» y estoy muy distante de pensar en este punto como Ba-
» con, que cuando se trata de mejorar la educacion pro-
» pone como modelos las escuelas de los Jesuitas. »

La cuestion que se debate entre estos dos talentos del Protestantismo es solo de mas á menos. Bacon lo encuentra todo perfecto en el órden y el objeto de los estudios, y admira el método práctico de los Jesuitas, su celo y su habilidad en formar la juventud. Leibnitz, que ha visto á los Padres luchando con tantas dificultades, que les defiende y honra con su amistad, piensa que el Instituto no ha pronunciado todavía su última palabra, y le llama á la realizacion de su utopia cristiana. Bacon y Leibnitz diferian de opinion acerca el plan adoptado : el uno lo aprobaba sin enmienda, y el otro hubiera deseado que se modificase porque sus resultados fuesen mas completos. La verdad está entre esa censura y ese elogio condicional que puede aplicarse á todas las obras del hombre. Sea como fuere, resulta evidentemente de las palabras de estos filósofos que los Jesuitas no conocian entonces rivales en Europa en la educacion de la juventud, y como dijo el Sabio abate Emery, á quien el Emperador consultó tantas veces (1). « Se ha
» expulsado á los Jesuitas; se ha desechado su método :
» ¿ Con que se les ha substituido? ¿Qué ha resultado de
» tantos nuevos sistemas de educacion? ¿Han salido los
» jóvenes mejor instruidos? ¿ Sus costumbres son mas pu-
» ras? ¡ Ay! su ignorancia orgullosa, la corrupcion de las
» costumbres llevada á su colmo, hace de que la mayor
» parte de los hombres de bien echan muy de menos tanto
» las personas como el método de los antiguos maestros. »

(1) *Pensamientos de Leibnitz*, por Mr Emery, superior general de San Sulpicio, pág. 429 (edic. de 1803).

CAPITULO VIII.

Consideraciones acerca de los escritores de la Compañia de Jesus.— Los Jesuitas juzgados por Voltaire, d'Alembert, Lalande y el abate de Pradt. — Los primeros teólogos de la Compañía. — Lainez y sus obras.— Modo de estudiar y comprender su genio.— Salmeron y Canisius. — Posevin teólogo y diplomático. — Los sábios de la Compañía. — Toledo y Bellarmino. — Su saber. — Los controversistas y sus obras. — Los padres Wetter y Garasse. — Causas de las hipérboles escolásticas. — Suarez y Cornelio á Lapide. — Los expositores de la Sagrada Escritura. — Trabajos de los Jesuitas sobre la Biblia. — Los Jesuitas traductores de los Padres de la Iglesia. — Los padres Sirmond y Teofilo Raynaud. — El padre Labbe y los colectores de los Concilios. — El padre Harduin y el padre Petau. — Carácter del talento de este último. — Los teólogos relajados. — Escobar y Busembaum. — Utopias teológicas de los Jesuitas. — Sus proposiciones escandalosas. — Explicacion de estas proposiciones. — Su objeto. — Los ascéticos. — Los padres Nouet, Judde y Gonnelieu. — Efecto que causaron estos escritores. — Los filósofos. — Causas que han impedido á los Jesuitas contar entre ellos muchos filósofos. — Malapertuis y Fabri. — Suarez y su metafísica. — Gracian y sus obras de Moral. — Boscovich y Buffier. — El padre Guenard y la Academia francesa. — La elocuencia del púlpito y la improvisacion. — Los Jesuitas predicadores. — Los misioneros. — Los oradores sagrados. — Diferencia entre ellos. — Pablo Segneri y los predicadores italianos. — Los portugueses y los españoles. — El padre Juan de la Isla critica sus defectos. — Los belgas. — Los Alemanes y Santiago Vurz. — Los franceses y Claudio Lingendes, creador de la elocuencia sagrada en Francia. — Bourdaloue. — Larne y Cheminais. — El padre de Neuville y el siglo XVIII. — Los Jesuitas historiadores.— Los historiadores de la Compañía. — Orlandini, Sacchini, Jouvency y Bartoli. — Los biógrafos. — Los historiadores eclesiásticos ó profanos. — Mariana y Pallavicini. — Estrada y Maffei. — D'Avrigny y Daniel. — Bongeaut Longueval, Brumoy y Berthier.— Carácter de estos escritores. — Du Halde y las *Cartas edificantes*. — Berruger y Griffet. — Los Jesuitas anticuarios. — La ciencia epigráfica de los Padres. — Los bollandistas y los agiógrafos de la Compañía.— Los Jesuitas geógrafos.— Los Jesuitas jurisconsultos. — Los jesuitas matemáticos. — Clavius y sus discípulos. — Guldin y san Vicente. — El padre Lallovera y Pascal. — El padre Ricati y el cálculo integral. — Descubrimientos de los

padres Riccioli y Grimaldi. — Estudios sobre la luz y los colores.— El padre Pardies geómetra.— El padre La Hoste y los marinos.— Los Jesuitas hidrógrafos. — El padre Zuchi y el telescopio. — El padre Kírcher y sus trabajos. — El padre Gusmao inventa el globo aerostático. — Es acusado ante el santo Oficio. — El padre Lana y sus descubrimientos. — Los Jesuitas mineralogistas. — Los Jesuitas pintores y relojeros. — Los Jesuitas astrónomos. — El padre Scheiner descubre las manchas del Sol. — El padre Schinardi descubre antes que Cassini el gran cometa de 1668. — Deschales y los colores. — El padre Boscovich. — Los Jesuitas crean los principales observatorios de Europa. — El padre Paëz descubre las fuentes del Nilo. — El padre Marquette en el desembarcadero de Misisipi. — Los Jesuitas en el Orinoco. — El padre Manuel Roman. — El padre Albanel descubre la bahía de Hudson. — Los Jesuitas y la quina. — Descubrimiento del ruibarbo, de la vainilla y de la goma elástica. — El Chinsang y la porcelana. — Los Jesuitas literatos y poetas. — Sarviewski y el padre Le Moine. — Rapin y du Cygne. — Bouhours y Vaniere.— Tournemine y Bettinelli. — Berthier y el *Diario de Trevoux*.

Acabamos de explicar el plan de estudios seguido por la Compañía; pero antes de volver á anudar el hilo de los sucesos, creemos deber bosquejar el cuadro de los grandes hombres que aquel plan ha producido. Para hablar de tantos autores famosos por tan opuestos títulos, para reunir dentro de un mismo marco al controversista y al poeta, al geómetra y al historiador, al orador y al erudito, al gramático y al astrónomo, al sabio de los salones de París ó de Viena y al de la corte de Pekin, cumple ante todo ligar el modo como deben ser considerados. Para que un escritor pueda pronunciar un juicio exacto y concienzudo sobre tantos autores, fuerza es que desprendiéndose en cierto modo de las ideas ó de los preceptos que tiene como arraigados en su mente, coloque á los hombres cuyas obras va á analizar delante de sus contemporáneos y de sus rivales. Toda grandeza humana es relativa, y para ser debidamente apreciada necesita un término de comparacion. Y este término no debe tomarse ni en el estado actual de la Religion, de las ciencias, de las letras y de las artes, ni en las prevenciones ó en la ignorancia con que podrian ser acogidos los estudios

teológicos y morales. Los literatos de otra edad, de diferente creencia, de distinto sistema, tienen derecho á ser estudiados con su siglo; de la misma manera que nosotros para ser juzgados mas adelante, si es que merecemos serlo, pedirémos que se tomen en cuenta las pasiones que agitaron nuestros corazones, el movimiento del espíritu que nos impelia cuando entregábamos nuestro pensamiento á la opinion pública. Es de advertir que no buscamos en la Compañía de Jesus, ni insignes capitanes, ni grandes revolucionarios, ni ilustres romanceros, ni esas ilustraciones parasitas que nacen en un dia de entusiasmo ó de charlatanismo y cuya gloria efímera se desvanece ante un solo rayo de razon. Nosotros tomamos los hombres en la situacion en que se les ha puesto. Sin echar en rostro á la magistratura el no haber producido hábiles generales, ó al arte de la guerra el no haber formado magistrados íntegros, nos contentarémos con examinar si los Jesuitas han cumplido su mision así por el talento como por el trabajo, y correspondido al deber social que se impusieron. Este deber era la propagacion y la defensa del Cristianismo por medio de la palabra, de la Escritura, y sobre todo del ejemplo: para ello necesitaban mártires y doctores; tratémos pues de investigar si ha habido en su Instituto sacerdotes que se distinguieran en la carrera del orador ó del controversista, del literato del sábio y de los poetas que uniesen el arte de escribir bien al de bien vivir.

Existe una cuestion que se ha discutido repetidas veces. Los adversarios de la Compañía de Jesus han dicho que no habia producido nunca hombres de genio. ¿Qué se entiende por esta palabra mágica? Séneca el retórico dice que no lo encuentra nunca sino al través de una mezcla de locura. *Nullum est*, dice, *magnum ingenium sine mixtura dementiæ*. Villemain define al genio (1): « Un alto grado de originalidad en el lenguaje, una fisonomía natural y expresiva, algo en fin que ha sido hecho por un hombre y que no lo seria por otro. » Semejantes definiciones, siempre mas especiosas que justas y en las cuales la singularidad de la

(1) *Curso de literatura de la edad media*, lec. IX, pág. 316.

expresion se esfuerza en cubrir lo insuficiente del pensamiento, no son razones terminantes. El genio es la invencion unida á la paciencia, y fuerza es confesar que desde Ignacio de Loyola y Lainez, hasta á los padres Kircher, Berthier, Andrés, Tiraboschi y Boscorich, la Compañía de Jesus ha poseido de esos hombres en todos los géneros. Para convencerse de ello basta hojear las obras de Bacon, Leibnitz, y Descartes. El filósofo de Alembert, Lalande, este astrónomo cuyo nombre ha hecho célebre su ateismo sistemático, el abate de Pradt, el arzobispo que el imperio de Napoleon legó al liberalismo naciente, todos convienen en demostrar con Voltaire (1) « que ha habido entre los Jesui» tas escritores de un mérito extraordinario, sábios, hom» bres elocuentes y genios. » De Alembert mas frio y con mas odio que su maestro, se expresa así (2) : « Añádase á » esto, porque es preciso ser justo, que ninguna comuni» dad religiosa sin excepcion puede gloriarse de poseer un » número tan crecido de hombres célebres en las ciencias » y en las letras. Los Jesuitas se han dedicado con buen éxito » á todos los géneros : la elocuencia, la historia, las antigüe» dades, la geometría, la literatura profunda y amena; no » hay ninguna clase de estudios, en que no cuente hom» bres de raro mérito. » Lalande, que declaraba en sus *Anales filosóficos* (3), « que los habia visto de cerca y que eran » un pueblo de héroes, » encarecia este juicio diciendo (4) : » El nombre de jesuita interesa mi corazon, mi espíritu y » mi reconocimiento. Carvalho y Choiseul han destruido » para siempre la obra mas bella de los hombres, á la cual » no se aproximará jamás ningun establecimiento sub» lunar, el objeto eterno de mi gratitud y de mi admira» cion. »

El astrónomo ateo escribia además : « La especie humana » ha perdido para siempre esta reunion preciosa y admira» ble de veinte mil súbditos ocupados sin descanso y sin

(1) *Dic. filosófico*, art. *Jesuitas*.
(2) *Destruccion de los Jesuitas*, por d'Alembert.
(3) *Anales filosóficos*, tomo I.
(4) *Boletin de la Europa*.

» interés en la instruccion, en la predicacion, en misiones, » en reconciliar los enemistados, en socorrer á los mori- » bundos, y en suma, en las funciones mas gratas y útiles » á la humanidad. »

De Pradt atacando la Compañía de Jesus en nombre de la libertad revolucionaria, que no es otra que el despotismo, exclama en su estilo arrebatado (1) : ¡ Qué institucion ! ¿ hubo jamás una mas poderosa entre los hombres? ¿ Qué son las humildes virtudes de los demás cenobitas al lado de esa fuerza de genio? ¿ Así pues como ha vivido el jesuitismo? ¿ cómo ha sucumbido? Lo mismo que los Titanes, bajo los rayos resentidos de todos los dioses de la tierra. ¿ El aspecto de la muerte ha helado su valor? lo ha hecho retroceder un solo paso? *Qué sea lo que es*, ha dicho, *ó que deje de ser*. He aquí lo que se llama morir en pie á la manera de los emperadores. Con este inmenso valor ha demostrado como debió vivir el que sabia morir de esta suerte... » Y en otra parte. « ¿ Quién podrá disputar á san Ignacio » y á su institucion el título de grandes? Seria una grave » injusticia negarles un lugár preferente en el órden del » poder del genio humano. Ignacio fué un gran conquista- » dor : estuvo dotado del genio de las conquistas. Sí, Igna- » cio fué grande : grande entre los grandes y de una gran- » deza desconocida hasta entonces. Conquistador de una » nueva especie : se ha hecho dueño del mundo durante » doscientos años por medio de frailes desarmados. Plantó » en medio del mundo un árbol de raíces eternas que se » regenera bajo el hierro que lo mutila. Si esto no supone » grandeza de genio que se me diga en que consiste. No es » dado á la medianía fundir en bronce tales colosos. » Estos elogios que arranca la verdad á esos arranques impremeditados, pero que la historia no debe sancionar sino despues de examinarlos, son un homenaje extraordinario tributado á la Compañía de Jesus. Nosotros los apreciamos por lo que valen, y creemos que en vez de atenerse á meras palabras se deben analizar esos sabios que tan admirables parecieron á los adversarios de su Instituto.

(1) *Del jesuitismo antiguo y moderno*, por el abate de Pradt, arzobispo que fué de Malines.

La Sociedad creada por Loyola no tuvo necesidad de crecer; no ha sido necesario que dejase pasar los siglos ó los años para ver formarse en su seno jesuitas ilustrados. Bajo este respecto, no ha tenido infancia, salió de las manos de san Ignacio como el primer hombre de las del Criador; en la plenitud de la edad y de la fuerza. Los Padres fundadores fueron casi todos atletas invencibles, oradores tan hábiles en el arte de excitar como de calmar las masas. Presentáronse en un momento crítico para el Catolicismo. La Cátedra de san Pedro se hallaba combatida por la herejía, que muchos apóstatas de una inteligencia elevada, algunos príncipes de un valor poco comun y numerosos pueblos aceptaban como un estandarte levantado contra Roma. El peligro estaba en todas partes; la Sede apostólica buscaba corazones robustos para arrostrarlo, talentos superiores para conjurarlo, caracteres de hierro para hacer frente á un mismo tiempo á las pasiones que Lutero y Calvino desencadenaban y á los vicios que servian de pretexto á tales pasiones. La santa Sede halló estos hombres en los Jesuitas. Minábanse los cimientos de la Iglesia universal, y salen á su defensa. Se la acusaba en sus costumbres, en su tradicion, en sus dogmas, y se declaran por su estado, por vocacion y en cuerpo sus campeones audazmente entusiastas; lánzanse solos á la brecha, y solos se encuentran en la vanguardia, en las luchas teológicas y en medio de las revoluciones á mano armada. Afirman á los obispos y á los príncipes católicos, cuyo valor sostienen, que no tardarán en seguirles otros muchos, y así sucede en efecto.

Necesitábase mas que audacia para emprender semejante tarea; pues si bien con el valor se puede morir generosamente, no se neutralizan con él las doctrinas que las pasiones desencadenadas hacen populares. Necesitábase mas bien saber que atrevimiento. Estos soldados de la Fé se hicieron sábios, pero sábios que brillaban muchísimo mas en la accion que en la teoría. Lainez y Lefevre, Salmeron y Pasquier-Brouet, Lejay y Canisius, Bobadilla y Estrada, Araoz y Borgia no comenzaron á extender el Instituto de Ignacio con obras literarias, sino que viendo que en una época de trastorno la pluma no ejerceria nunca so-

bre la multitud el prestigio que tenia para ella la palabra ardiente, se hicieron tribunos del Catolicismo antes de pensar en ser sus doctores.

La posicion guerrera que habian tomado, y que sus sucesores han guardado siempre, no les dejaba muchas horas libres; y así es que en véz de dedicarlas al sueño las consagraron al trabajo. Mientras que Loyola dirigia la marcha de sus discípulos á través de los dos mundos, y que redactaba las Constituciones de su Orden, aquellos pedian á la ciencia que fortaleciese sus discursos, y escribian. Jávier desde el fondo del Oriente dirigia á sus hermanos cartas sobre las misiones, componia el *Compendio de la doctrina cristiana*, y la comentaba en lengua malabara. Al propio tiempo Lainez, para descansar de las fátigas oratorias, se abismaba en el estudio, y trazaba con toda la velocidad de su pluma sus *Prolegómenos sobre la sagrada Escritura*, sus cuatro libros de la *Providencia y de la Trinidad*, y sus tratados sobre el *cambio y la usura*, sobre la *pluralidad de los beneficios y el adorno de las mugeres*, sobre el *reino de Dios y el uso del cáliz*. Como teólogo del Concilio de Trento, explicaba sus ideas sobre los sacramentos y legaba á los predicadores un plan de instrucciones. Lejay, bajo el título de *Espejo del prelado*, recordaba á los obispos deberes que les importaba no olvidar. Salmeron, teólogo, orador y diplomático, luchó lo mismo que sus hermanos; mas sus largos combates solo sirvieron para dar mas ardor á su espíritu. Diez y seis tomos en folio sucesivamente impresos en Madrid, Brescia y Amberes son un testimonio de la profundidad de su saber.

Pero estos hombres, como la mayor parte de aquellos cuyas obras y objeto de las mismas vamos á enumerar y á indicar, no pensaban que solo el estilo podia grangearles el aprecio de los siglos. Vivian en una época en que se cuidaba poco de limar la diccion; en que la idea brillaba mas bien por la inspiracion que por el trabajo, y en que la imágen venia en su auxilio sin que ellos se hubiesen atormentado para buscarla. No tenian ni tiempo, ni voluntad para redondear sus períodos, para combinar los resortes de su talento y detallar estas felices peripecias cuyo modelo iban

á encontrar en escritores mas desocupados. No gastaban sus dias en inventar frases elegantes. Inteligencias robustas como su siglo, genios varoniles, que se lanzaban desde la soledad á la arena de las discordias religiosas, no se les vió jamás transigir con la vehemencia de sus ideas. No atacaban con armas corteses las doctrinas que Lutero, Calvino y sus enérgicos sectarios echaban como metralla en la pelea. Empleaban la lengua de Ciceron; pero es inútil buscar en su latin, muchas veces bárbaro, ni la rotundidad de estilo, ni la gracia de la forma, ni ese aticismo que el Orador consular evocó bajo las sombras de Túsculo, ó que Horacio desplegó en sus versos. Los primeros Jesuitas escriben no para defender á Milon acusado, ó para dar gracias á los dioses por haber concedido el imperio á Octavio Augusto; sino para reparar con el auxilio de la ciencia el dogma católico minado por la herejía. Hijos de un siglo aficionado á la controversia teológica, ni siquiera se toman el trabajo de pedir á Erasmo el secreto de su sencillez llena de pretensiones, ni el arte de ser siempre nuevo. No poseen como él esa fria indiferencia que transige con todos los partidos, para poder legar á las generaciones venideras reglas de saber y de buen gusto. A ejemplo de los discípulos que Lutero y Calvino dejan en pos de sí, los Jesuitas sienten que solo se trata de conmover fuertemente los pueblos, de convencer las inteligencias, de raciocinar en fin; y argumentaron y desarrollaron con lucidez el tema abstracto sobre el cual estaban destinados á hacer revivir las tradiciones católicas. Alterábanse las sagradas Escrituras, se adulteraba el texto de los santos Padres, se violentaba la historia para conducirla á confirmar por medio de los hechos la herejía que marchaba á la conquista de Europa. Los Jesuitas se ocuparon en restablecer el sentido primitivo de los libros sagrados. Se internaron en el arsenal de la Iglesia para demostrar que las armas empleadas contra ella no eran obra suya, y si en medio del fuego de estas polémicas, si en esta aglomeracion de pruebas y de argumentos se encuentra de vez en cuando una idea expresada con elegancia, ó una página que la fuerza de la verdad hace elocuente, preciso es atribuirla á la inspiracion, y no á la

voluntad del autor. Este, cualquiera que fuese, no se paraba en resultados tan fútiles. Corria á su objeto, lo alcanzaba y salvaba la Fé : nada de lo demás era tomado en cuenta.

Desde el orígen de la Compañía de Jesus hasta principio del siglo XVII, los hijos de Loyola, obligados siempre á presentarse en nuevos campos de batalla, no se ocuparon en dar á sus libros un colorido que inmortaliza las creaciones del talento. Muéstranse doctos y vigorosos, frios como la razon, implacables como la verdad; triunfan por medio de la erudicion ó de la lógica, por la destreza ó por la pasion; pero en general sus obras, aun las de Maldonado y Bellarmino, no son para el comun de los lectores mas que largas controversias, en las cuales la ciencia no ha ensayado siquiera hacerse apreciar por el brillo del estilo. Los primeros Jesuitas no parecen haber ambicionado esta gloria, que tan grata será á sus herederos, á los Perpinien, Guerrieri, Cossart, Bouhours, Tucci, Mariana, Rapin, Berthier, Commire, Jouvency, Vaniere, Brumoy, Bartoli, Poree, Sanadon, Baugeant, La Rue y Giannatazzi. Su pluma era una espada de dos filos, de la cual se sirvieron para la defensa de la sociedad religiosa y civil. Sus obras, hoy sepultadas en el polvo de las bibliotecas, sus obras, compuestas segun las proporciones que exigian sus contemporáneos, han sido mas eficaces para salvar la Religion y la moral, que todos esos libros donde ingeniosos escritores pulen una idea como corta el lapidario un diamante.

En torno de esos talentos, admirables en su especialidad, vinieron á alinearse otros autores, unas veces iguales y superiores otras á sus maestros. Canisius fué el primero. Por una alusion á su nombre, los Protestantes le llamaban el Dogo austriaco, *Canem Austriacum*; pero este dogo tenia á raya á los lobos que se unian para dispersar el rebaño de Cristo; pero este hombre, cuya presencia era un favor para los príncipes, y cuyos consejos eran mandatos para los pueblos, fué sin contradiccion el autor mas laborioso y mas instruido de su siglo. Ora responda á las *Centurias de Ilirico*, ora redacte sus *Ejercicios académicos*, ya refiera la vida de los Santos de la Helvecia, ya publique las cartas escogidas de san Gerónimo, ó ya se constituya editor de san Leon el

Grande, ó de san Cirilo de Alejandría, siempre será el mismo escritor, que arrastra á su paso la admiracion pública, y que no encuentra en sus rivales mas que entusiastas. Los cardenales Osio y Baronio celebrarán sus alabanzas; Sebastian Veron, Lorenzo Beyerlinck, Enrique Sedlius, Francisco Agrícola, Wilhem Eysengreim, Andrés de Saussay y Ferreolo Locrius no ceserán de elogiar su gloria literaria. Este Jesuita se hallaba todavía en toda la robustez de su talento, cuado la Compañía produjo nuevos atletas, tales como Possevin, Auger, Hoffeo y esa nueva generacion que, libre un momento de las luchas luteranas, va á recoger en un estudio menos agitado una corona que no se marchitará jamás.

Posevin no tiene solamente la erudicion de los maestros: el cielo le ha dotado del genio de las lenguas, y es además diplomático. Sus obras se resentirán de su triple vocacion de sacerdote, jesuita y negociador político. Escribirá la *Perpetuidad del sacrificio de la misa*, el libro del *Soldado cristiano*, y su tratado del *Honor y de la pacificacion de los reyes*. Vencerá al famoso apóstata Pedro Viret; señalará las causas y remedios de la peste, y despues con su voz, que los príncipes estan acostumbrados á respetar, prevendrá al Czar de Rusia *Contra los mercaderes ingleses*. ¡Grande leccion que no todos los reyes y países sabrán comprender! Referirá con detalles llenos de interés sus diferentes embajadas; revelará el modo de instruir á los niños y pronunciará un fallo contra cuatro autores cuyos nombres se conservan todavía, Felipe de Lanoue, Maquiavelo, Juan Bodin y Mornay. Interrogará todas las ciencias, el arte oratorio, la política, la historia, la jurisprudencia y la medicina, y luego en su *Aparato sagrado* reunirá, como en un repertorio, todo cuanto han dicho sobre el antiguo y el nuevo Testamento los concilios y los Padres de la Iglesia griega y latina.

Algunas notabilidades menos brillantes, pero igualmente fecundas en su esfera, llenan este primer período. Ora es Martin Olavo, el profesor de filosofía, cuya enseñanza aplaude la Universidad de París, Martin Olavo, el amigo de Cárlos V, ora es Frusis, francés que posee con igual perfeccion

voluntad del ...

b

l

el hebreo, el griego y el latin; jurisconsulto, canonista, poeta, orador, médico, geómetra y músico, que improvisa epigramas como Marcial, y que traza con mano segura sus Comentarios sobre la Biblia, ó su tratado de *La sentencia cristiana*. Mas tarde aparecen Estrada, Domenech, Ribadeneyra, Manare, Avez, Pal-mio, Turriano, Coster, Miron, Ledesma, Gonzalez de Avila, Elian el Israelita, Vishave, Torres, Manuel Sa y Landini que evangelizan la multitud, que instruyen á los reyes, que tienen controversias públicas con los caudillos de la herejía y que luego en fin descendiendo de las alturas de la teología, vienen á repartir á los niños el pan de la palabra divina ó de la ciencia. Toledo domina toda esa serie de doctores, que han derramado una luz tan viva como intensa en el ascetismo y el derecho canónico, en la historia de la Iglesia y en los deberes del Cristiano.

Toledo es el genio del siglo XVI en toda su pujanza; es la inteligencia que concibe, la sabiduría que analiza, y la fuerza que ejecuta. Cabassut, decia de él: « Pasarán muchos » siglos antes que aparezca un hombre como Toledo. » Bossuet, su émulo, no ha sido mas grande que el jesuita Cardenal; pero menos venturoso que el sublime orador de la Iglesia francesa, no pudo componer á su gusto en el retiro sus innumerables obras. No ha transmitido á la posteridad algunos de esos libros en que el pensamiento se reviste de los atractivos de la expresion. Como todos sus contemporáneos, solo se tomaba el tiempo preciso para ser claro é inteligible; la gloria literaria solo existia para él en los servicios hechos á la Iglesia. Esta le pedia que se multiplicase, que tuviese el don de estar en todas partes, y de improvisar sobre materias en que una palabra mal interpretada puede ser una herejía involuntaria; y Toledo obedecia abandonando á la merced de los vientos una nombradía que no habia ambicionado jamás. Y sin embargo, en medio de sus viajes el Jesuita supo ser el primero de los predicadores del mundo. Su *Introduccion á la lógica*, sus *Comentarios sobre Aristóteles*, sus ocho *Libros de física oculta*, su tratado sobre la *Generacion y disolucion*, sus tres *Libros sobre el alma*, su *Suma de los casos de conciencia*, tan recomenda-

da por san Francisco de Sales y Bossuet, todas èstas obras son famosas aun bajo el punto de vista literario. Descúbrese bajo el polvo secular que las cubre un perfume de ciencia, una sublimidad de fé que las hace agradables. Toledo une en su lenguaje el orgullo castellano á la antigua sencillez francesa.

Esos primeros Jesuitas, cuyos trabajos osamos bosquejar, no fueron autores que se dejasen arrastrar por el ardor de su imaginacion. Nacidos con el genio batallador de la época, alimentados con estudios robustos, y colocados por la Iglesia en la primera línea de sus defensores, consagraron á su servicio toda la actividad de su talento. Solo tuvieron genio é intrepidez para combatir el edificio de la herejía. Lucharon con sus jefes y con sus mas elocuentes adeptos, se presentaron en las dietas y en las conferencias, dejando oir su voz en Ratisbona, Worms y Nuremberg, en Augsburgo, Colonia y Poissy. Encontráronse cara á cara con Melanchton, Bucer, Carlostadt, Pistorius, Hasenmuller, Teodoro de Beza, Pedro Mártir, Faret, Mornay y Viret. El espíritu de partido ha hecho grandes á los sectarios; al talento que desplegaban en estas justas de erudicion á las cuales asistian con su corte como jueces, príncipes como Cárlos V ó Mauricio de Sajonia, y reinas como Catalina de Médicis, se añadieron relaciones maravillosas que se transmitieron de edad en edad.

Los Jesuitas quedaron dueños del campo de batalla, y la herejía ocultó su derrota glorificando á sus defensores. Los Padres del Instituto, satisfechos con haber hecho triunfar el Catolicismo, huyeron de los colegios sepultándose en la humildad.

Habian reconocido la posicion de sus adversarios; acababan de hacer frente á los ataques, y colocaron en todas partes sus centinelas avanzadas. A fin de tranquilizar á los fieles quisieron llevar la guerra al campo enemigo y recobrar los puestos tomados á la Iglesia. Entonces fué cuando en pos de los contemporáneos de san Ignacio, se elevó esa generacion de controversistas, que á fin de estudiar mejor las ciencias sagradas, sube hasta su misma fuente y restablece la verdadera enseñanza de la Escritura y de la tradi-

cion. Preséntanse en tan gran número, y sus filas son tan espesas y es tan imposible citarlos á todos, como registrar sus escritos.

Bellarmino marcha á la frente de esa legion que, reclutada en los diferentes países de Europa, combatirá bajo formas variadas hasta al infinito el Protestantismo y los excesos que nacen de la doctrina del libre exámen. Hombre que, lo mismo que el grande Arnauld, encerraba en un cuerpo pequeño inmensos tesoros de saber y de lógica, autor sólido y brillante, y á quien todo se revelaba como por intuicion, Bellarmino fué mas venturoso que sus antepasados y sus sucesores. Hase apoderado de la posteridad; pero, lo mismo que la escuela de que es jefe, no supo encerrar su pensamiento dentro de sus justos límites. Autor sobrado fecundo y no procurando ser puro sino por distraccion, escribió en un siglo que se entusiasmaba por las querellas religiosas, cual en otras épocas se ve á los talentos lanzarse á los debates políticos. A fines del siglo XVI y principios del siguiente no se trataba de cuestiones fútiles literarias : veíase atacado el porvenir de la Fé católica y amenazada la santa Sede, y Bellarmino que la creia inmutable é infalible, desarrolló su principio de autoridad. Hízolo sin reticencias porque no era de esos hombres astuciosamente orgullosos que, á fin de ahorrarse inconsecuentes triunfos ahogan la verdad en su gérmen, y desde lo alto del pedestal que se erigen, saludan con el gesto, con la palabra y la mirada al enemigo que les desprecia.

El hebreo, el griego, el latin, el francés, el español y el aleman fueron para él como su lengua materna, sirviéndose de todas ellas con la misma facilidad. Corregia la parafrásis caldaica de la Biblia, publicaba una gramática en hebreo, se hacia helenista, refutaba á Jacobo I, Barclay y fray Paolo; pero estas obras casi desaparecian delante de aquella á que consagró toda su vida. Las *Controversias de la Fé* son en efecto el libro que coloca á Bellarmino á la altura de los Padres de la Iglesia. En él, en esos cuatro tomos en folio donde ha coordinado de una manera admirable la doctrina apostólica, es canonista, jurisconsulto é historiador. Entra en todas las cuestiones y las resuelve,

Trata *de la palabra de Dios escrita y no escrita; del Cristo jefe de la Iglesia; del Papa, jefe de la Iglesia militante; del soberano Pontífice; de la translacion del imperio Romano; del culto de las imágenes; de las indulgencias; de los Sacramentos; de la gracia y de la justificacion.* En este cuadro que ha llenado con aplauso de la Iglesia católica, en esta obra que en pocos años mereció el honor de diez y ocho ediciones, y que el cardenal Duperron hizo traducir en francés, Bellarmino tuvo el valor de manifestar sus propias opiniones, y este valor le sostuvo á la altura del asunto que trataba. Fué elocuente y atrevido, sublime y circunspecto; no ha transigido ni con la duda ni con el error, y en medio de las grandes dificultades que acumulaban en torno de él el dogma ó la política, llegó á crear un libro de que está mas orgullosa la Iglesia que la misma Compañía de Jesus.

Bellarmino trazaba una senda nueva á su genio; otros talentos escogidos siguieron sus huellas. Parsons y Campian en Inglaterra, Coton en Francia, los dos Tanner, Pazmany, Contzen y Jung en Alemania; Alfonso de Pisa y Peñalosa en España; Eudemon Joannes, el descendiente de los Paleólogos en Roma; y en los Países-Bajos Scribani y Lesius se mostraron dignos de combatir al lado de semejante maestro. Hay sin duda grandes desigualdades en tan distintos talentos, pero en todos se dejan ver la fuerza de inteligencia, la misma robustez de raciocinio y una erudicion que admira á la paciencia mas ejercitada. Estos controversistas cuyo número aumentan los padres Helverius, Mayer, Pflammer, Gibbon, Nay, Graff, Burton, Vefter, Wilson, Gretzer, Buzenried, Turnebulus, de Vega, Quadrantin, Bratz, Lechner, Valencia, Malon, Bosendorf, Hofer, Romeo, Sararius, Michel, Jaime Francisco, Busi, David, Keller, Hack, Vincens, Cobentzell, Ximenez, Jorge Ernest, Steinglus, Jennison, Thyrée, Pelletan, Sturm, de Gouda, Scherer, Gautier, Holzhains, Walpole, Juan Robert, Gordon, Coffin y Dupuy, estos controversistas, repito, discutirán ya bajo una ya bajo otra forma las cuestiones que tienen relacion con el principio religioso y con el órden social. Los unos, como el Padre Coton en la *Concordia de las dos Religiones*, ó en *Ginebra plagiaria y relapsa*, unirán la accion á

la energía; los otros, á ejemplo del padre Conrado Wetter, pondrán su gravedad á cuestion de tormento y ridiculizarán en sátiras la idea madre y los hombres del culto reformado. Aguzarán el epígrama teológico sobre esas áridas materias, y con mas justicia que gusto convertirán el folleto en una arma peligrosa que al escaparse de las manos del padre Garasse caerá en las de Pascal, para dar el primer golpe á *toda la Compañía de Jesus.*

En aquellos tiempos la sátira, lo mismo que el raciocinio, era cruel desapiadada. Weter, á quien la pureza de su lenguaje hizo que fuese apellidado el Ciceron germánico, y que muchas veces obligó á los mismos herejes á reirse de los sarcasmos que les dirigia, Wetter en su *Purgatorio de Lutero,* en su *Cólera de los predicadores de Augsburgo,* y principalmente en su *Legía para lavar las cabezas enfermas,* ha ido muchas veces mas allá de su objeto. Seguia un ejemplo pernicioso, que la herejía no hubiera debido dar; porque si un chiste, un epígrama delicado popularizan la verdad, las recriminaciones amargas, las imágenes groseras no pueden menos que alterar su pureza. La ciencia llegaba entonces á su apogeo; la malicia del talento era todavía un misterio.

Los controversistas, alimentados de estudios serios y que como el padre Scribani, eran honrados por los reyes y estimados de los pueblos, gozaban con justo título de una influencia legítima, que debian á la fuerza de su lógica, á su virtud y quizás tambien á esa causticidad, á esas hipérboles que han mezclado con harta frecuencia en la discusion. Nuestro gusto delicado no puede acostumbrarse á semejantes excesos; nosotros no comprendemos sus doctos enojos, que, segun expresion de Lamennais, lo abrazan todo y bastan para todo. Al leerlos nos sentimos como arrastrados á censurarlos, sin que al hacerlo tomemos en cuenta las violencias de la lucha, ni los ardores de una polémica en la cual se agitaban mil pasiones, por decirlo así, vírgenes. El Luteranismo y el Calvinismo no eran enemigos vulgares; se servian de toda especie de armas; herían con la espada y cuando esta se rompia en sus manos echaban mano del insulto ó de la calumnia. Los Jesuitas franceses, italianos y españoles tomaron poca parte en la lucha teológica, que

sostuvieron solo los alemanes, los belgas y los ingleses; pues en aquella época los adversarios mas temibles de la Iglesia Católica se encontraban en los Paises-Bajos, en Alemania é Inglaterra. Allí fué pues donde los Jesuitas debieron en el interés de su causa manifestarse tan crueles como sus contrarios, y obligar al lenguaje á descender á la trivialidad que se les oponia, á fin de seducir á las masas con el cebo de los sarcasmos. Los Jesuitas no han hecho mas que lo que vieron hacer. La herejía, cansada de sus argumentos, les llamaba al terreno de la hipérbole, y descendieron á él. Se les sometia á la accion del ridículo y empuñaron el látigo de la sátira, y sin renunciar á su primer sistema, vapulearon á los que, no contentos con culumniarles ó degollarlos, sublevaban contra la autoridad de la Iglesia todas las ambiciones venales, todas las pasiones populares.

Wetter con su estilo áspero y de mal gusto habia triunfado entre los alemanes; Garasse, entregándose á los mismos excesos del talento, adquirió mayor popularidad aun en Francia. El Jesuita Garasse es, por decirlo así, la discusion personificada, el folleto religioso, pero que rescata todos los errores de la inteligencia con una caridad que le ocasionará la muerte en los hospitales de apestados de Poitiers. El padre Garasse, convertido á principios del siglo XVII en teólogo periodista, se entrega á todos sus enojos con una abundancia de númen, que nada puede agotar. Despedaza á Pasquier, ridiculiza á Servin, y se multiplica para defender la razon. Jamás sucumbe al trabajo, y mordaz siempre aun en medio de sus excesos, menos procura convencer á sus adversarios que lastimarlos. En su *Doctrina curiosa de los talentos de este tiempo*, en el *Banquete de los siete sabios celebrado en casa de Mr Luis Servin* (1), se muestra tan desapiadado con las ideas como con las personas. Es un martillo que hiere á todas partes, pero sin ser dirigido por una mano diestra. Garasse es cruel, arrebatado en la expresion; y sin embargo, este hombre, cuyos enojos literarios son tan verdaderos y estan á veces tan justifica-

(1) Este folleto, publicado bajo el nombre de Mr Espeinceil, se ha hecho muy escaso.

dos, tiene en el fondo de sus extravagantes licencias algunos rasgos de poesía y una vasta erudicion. Este Jesuita es una víctima sacrificada á los escritores satíricos que no conocen de él mas que el nombre; su muerte dejó mas que expiados los arrebatos febriles de su imaginacion. Para dar á conocer á este escritor en toda su originalidad á lo Rabelais, citarémos el pasaje en que echa en cara á los Protestantes el abuso que hacian de los libros sagrados, si bien tememos que ha de perder mucho en la traduccion (1).

« Cuando veo algunos forrajear en las Sagradas Escritu-
» ras y sacar textos expresos para autorizar sus comilo-
» nas; porque, aun prescindiendo de los antiguos herejes,
» libertinos, antitactos y carpocracianos, encuentro que en
» nuestros tiempos se ha incurrido mas impunemente que
» nunca en este abuso, siendo á mi modo de ver el gor-
» dinflon de Martin Lutero uno de los primeros que ha
» dado esta libertad á los demás; porque siendo pregun-
» tado este hombre, armazon de carne y sangre, por al-
» gunos hombres de honor y por sus discípulos que con-
» servaban todavía algun sentimiento de virtud, porque
» hablaba tan á menudo de comilonas y de bebida, siendo
» así que era contra la honestidad, y como podia pasar
» cinco ó seis horas en la mesa, respondió con mucha
» tranquilidad, despues de haber apurado quince vasos de
» buen vino: porque, dijo, segun refiere Rebenstok en
» sus Colegios, como ha escrito san Lucas Capítulo XXI:
» *Oportet hæc primum fieri sed nondum statim finis;* esto es,
» que lo primero que debemos hacer, como buenos hijos
» de la naturaleza, es conservar nuestra primera madre
» comiendo y bebiendo y no apresurarnos á terminar esta
» tarea. Lo que encuentro de malo en todo esto no es que
» se emborrachen como bestias y que coman como mar-
» ranos, si bien esto es de sí muy indecente, sino que Dios
» haga el gasto de las conversaciones de los comensales.
» Beban y coman en buena hora, y hasta reventar si bien
» les parece, *Non equidem invideo*, como repetia á menudo
» Martin Lutero á sus discípulos, que eran tan glotones

(2) *Del abuso de las Escrituras*, pág. 490.

» como su maestro ; tanto mas, como decia él, cuanto que
» el hombre ha sido criado para ello y que los árboles no
» dan fruto sino para hartarnos y embriagarnos ; pero lo
» que no puedo sufrir, puesto que el mismo Martin Lutero
» lo hallaba muy reprensible, es que quieran autorizar sus
» borracheras y sus comilonas con textos de la Sagrada Es-
» critura, y que citen á este objeto las palabras del Espí-
» ritu Santo en Joel. »

Juzgándose á sí mismo decia Garasse en la *Advertencia* de su *Suma teológica* : « El nacimiento de este libro tiene
» ciertos puntos de semejanza con el del emperador Có-
» modo : hay quienes lo desean, algunos que lo temen y
» otros para los cuales es indiferente. » En seguida este hombre que de todo abusaba añade : « Solo diré una palabra
» acerca mi de modo de escribir. Procuro hacerlo con lim-
» pieza y sin disfrazar la expresion con metáforas; si bien sé
» que esto es mal hecho, porque creo que sucede con aque-
» llas lo mismo que con las mugeres : son un mal necesario. »

Los controversistas de la Compañía de Jesus eran para la santa Sede un ejército de vanguardia siempre dispuesto á empezar las hostilidades ; pero cuando los Jesuitas se vieron en un campo de batalla mas vasto, y hubieron reforzado sus filas, se les vió disponerse á combates mas formales, y crearon en su seno una falange de teólogos para que consumiesen su existencia en la investigacion y demostracion del dogma católico.

Suarez, Vazquez, Molina y Cornelio á Lápide, ó mas bien Cornelissen Vanden Steen, abren la marcha. La teología no era solamente la ciencia de las obras de Dios, sí que tambien la polémica del dia. Ella servia de punto de partida á esos talentos á la vez brillantes y sólidos, robustos y fecundos que en cada siglo se constituyen defensores de una verdad, de un sistema, de una idea ó de un partido. En las edades anteriores á la nuestra los estudios teológicos eran la piedra de toque de las inteligencias. Combatíase entonces por Dios y por la Iglesia, como se argumenta ahora en favor de la libertad ó del rey. Discutíanse los principios de la moral, de la misma manera que despues de aquella época se ha pretendido arreglar la fuerza de los

imperios y acelerar ó poner obstáculos á las revoluciones. La escolástica de los teólogos es el periódico puesto en tomos en folio; pero un periódico que, mas venturoso que las hojas sueltas monárquicas ó constitucionales, absolutistas ó democráticas, sobrevive al dia que lo vió nacer y á la circunstancia que lo produjo. Los doctores en teología y en derecho canónico emplearon, cual los publicistas modernos, una rara sagacidad y vigorosos talentos para defender sus creencias ó para perpetuar una enseñanza. Sus libros viven y vivirán mucho tiempo, porque se ocupaban en una ciencia que será siempre la ciencia verdadera, y porque sus teorías, mas ó menos exactas, manaban todas de los manantiales eternos de la Fé. Aquellos hablaban á los pueblos de las cosas de Dios, los otros solo les entretienen de los intereses humanos, de pasiones, de cálculos y de los crímenes del hombre.

Cuando se fundó la Compañía de Jesus existia ya esa tendencia á la controversia; los miembros del Instituto la desarrollaron. Vieron que la herejía alimentaba sus errores forzando el sentido de las palabras de la Biblia, de los santos Padres y de la tradicion, y que contaminaba con venenos mortales las aguas fecundas de la vida. Los Jesuitas probaron de purificarlas á fin de que los hijos de la Iglesia pudiesen apagar su sed en ellas sin peligro; sus teólogos procuraron en el silencio del estudio atacar á la herejía en esa trinchera que creia inexpugnable. Suarez abarcó y resolvió en veinte y tres volúmenes las cuestiones mas árduas, Gabriel Vazquez comentó santo Tomás, explicó san Pablo y los Padres de la Iglesia y expuso la doctrina moral; Luis Molina indagó el sistema de la gracia; Cornelio á Lápide interpretó los libros sagrados; y Jacobo Bonfreré trazó en su *Onomasticon* la geografía de todos los lugares citados en la Biblia. Celada se dedicaba á los mismos trabajos, mientras que Gaspar Santius y Juan de Pineda, orientalistas é historiadores, se repartian los comentarios sobre Job, Salomon, los Profetas y los Salmos.

Germinaban entonces las ideas; pero no debian dar hasta mas tarde los frutos deseados. Esta inmensidad de trabajo sobre la Biblia no arredró á los Jesuitas. Sabian que

era el código de todos los tiempos y de todos los países, el libro en que la verdad aparece en su estado primitivo y donde será eternamente combatida por el error involuntario y por la herejía. Importaba explicar los textos obscuros y restablecer el sentido de una infinidad de pasajes. Los unos, como Juan Lorin, Pedro Lancelius, Juan Fernando; Ardiano Crommius, Francisco Pavoni, y Didacio de Baera se entregaron á estudios que llenaban toda una existencia para llevar cada uno de ellos su piedra al monumento; los otros, como Juan Menochio, desembarazaban la senda por donde debian pasar con su gloria adquirida con tanta facilidad los grandes hombres del siglo xvii. Menochio, hijo de un jurisconsulto italiano, cuyo nombre hace autoridad todavía, fué el primero que comprendió que habia mas arte en limitar su pensamiento que en extenderlo al infinito. Supo ser conciso cuando la difusion era una necesidad del siglo. En sus *Instituciones políticas y económicas, extractadas de los libros sagrados*, bosquejó el plan que Bossuet y Fleury desarrollaron despues con tanta magnificencia. Aquí Francisco de Mendoza, menos ilustre por el nacimiento que por la erudicion, compone su *Viridarium*, allí Juan Bautista Villapando y Ribera resucitan las antigüedades hebraicas y el templo de Jerusalem. Martin Etienne describe sus bellezas, mientras que Francisco de Montmorency, siempre enfermo, suaviza sus sufrimientos parafraseando líricamente los Salmos. Julio Mazarini y Martin de Roa, Fernando de Salazar y Luís Dupont, Pablo Sherlock y Cristóval de Castro, Agustin de Quirós y Metelo Caraccioli, Gabriel Alvarez y Diego Martinez, Fernando Jaen y Benito Justiniani, Tomás Massutius y Blas Viegas, Gaspar de Lamera y Juan Wilhem procuran, cada uno bajo distinto punto de vista, cada cual segun sus facultades, aclarar las dudas ó resolver las objeciones que se presentan ó que la enseñanza hace nacer en los ánimos.

Los heréjes no han cesado de decir que la Iglesia católica, y en particular los Jesuitas, ocultaban á los fieles el conocimiento de las sagradas letras, y sin embargo, además de Bellarmino, Toledo, Sa y Cornelio á Lápide, ¿cuántos otros eminentes expositores han contestado con hechos

á aquella imputacion ? Se les echaba en rostro que tenian la Biblia como bajo de llave, y ellos son los que recomiendan su lectura, la traducen y la explican en todas las cátedras y en todos los idiomas. Parece que provocan las dificultades para darles soluciones, y estas soluciones deben tener mas autoridad, aun á los ojos de la ciencia, que aquellas de que tantas veces han echo alarde los Protestantes. Ciertamente los eruditos de la Compañía de Jesus no poseian con mas perfeccion el hebreo y el griego, el siríaco y el árabe que los eruditos herejes de Alemania y Francia ; pero los unos se apoyaban en textos auténticos, en una base fija y reconocida por el mundo cristiano; al paso que los otros despues de haber rechazado la Vulgata, edificaban sobre la arena movediza de la palabra humana. El Jesuita no decide las cuestiones en su nombre, sino que marcha apoyado en la tradicion, se une á la dilatada serie de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, les hace intervenir sin cesar en las polémicas, los junta en colecciones, y los compara mutuamente para que brille en toda su pureza la verdad. El protestante, por el contrario, repudia esas autoridades ; substituye su opinion particular á la voz de los antiguos; no estudia la Biblia, la interpreta. Los Jesuitas, en union con la Iglesia universal, explicaban lo que debe creerse siempre, en todas partes y por todos, *quod semper*, *quod ubique*, *quod ab omnibus*; los hugonotes no se internaban tanto en la tradicion ; y he aqui lo que á los ojos de los cristianos y de los sabios da á los preceptos del Catolicismo ese peso y esa madurez contra los cuales se estrellarán todos los esfuerzos del hombre.

Se ha visto á los Jesuitas trabajar en todos los puntos del campo de la Biblia. A fin de comprender el conjunto de sus trabajos intelectuales, es preciso verlos interrogar á los santos Padres y á los Concilios, custodios y testigos de la tradicion, autoridades irrefragables en las controversias religiosas. Andrés Schott en sus cátedras de Lovaina, y Toledo en Roma, anota, adiciona ó traduce san Basilio el Grande, san Cirilo de Alejandría, san Paulino y san Isidoro. Escribe sobre los Padres y sobre los poetas griegos y latinos, y descansa de sus comentarios teológicos haciéndolos sobre Sé-

neca, Emilio Probo, Cornelio Nepos, Ciceron ó Pomponio Mela. Gil Buchierus, belga como el, se dédica á los mismos estudios con igual éxito. Enriquece con notas á Gregorio de Tours, intrepreta á Victorino de Aquitania y demuestar la exactitud de la cronología eclesiástica. Baltasar Cordier, Cárlos Goswin y Cristoval Brouver reducen á arte el modo de estudiar. La mina era inagotable; pero los Jesuitas, sintiendo que sus trabajos obscuros y enojosos derramaban nueva luz sobre la historia del Cristianismo, continuaron el surco trazado ya. Cordier, helenista profundo, tradujo los Padres griegos, Goswin reunió las obras de Tertuliano; Brouver, á quien elogió con tanta frecuencia el cardenal Baronio, se dedicó á explicar Venancio, Fortunato y Raban Maur. El padre Francisco Miger trasladó del griego al latin la Preparacion evangélica de Eusebio. Otro jesuita de Burdeos, Fronton du Duc, su apoderaba de san Juan Crisóstomo, san Basilio el Grande, san Gregorio de Nisa, san Gregorio Nacianceno, Clemente de Alejandría y de la *Historia eclesiástica* de Nicéforo Calisto, y aumentaba el interés de sus obras, tan ricas en originalidad. Jacobo des Bans le imitaba, y el padre Sírmond se hacia en medio de tantos y tan doctos personajes un lugar que nadie se atreverá á disputarle.

Y en efecto, Jacobo Sirmond no es solamente un sábio como los que acabamos de nombrar, sino que además se manifiesta á la vez anticuario y teólogo, helenista y literato. Nada se escapa á su erudicion, que sabe presentar bajo una forma mas atractiva. En Roma vivió mas tiempo en la biblioteca del Vaticano que en su celda? en la que el cardenal Baronio, de Ossat y Barberini tenian á grande honor ser recibidos como amigos. Él fué quien dió á conocer al mundo sábio Teodoreto de San Cir y los sermones de san Agustin : el que publicó las cartas de Teodoro Studita, las obras de Sidonio Apolinario, de san Valerio y del cardenal Geoffroi, quien, jurisconsulto en la historia, anotó el codigo Teodosiano y las Capitulares de Cárlos el Calvo ; quien reunió en colecciones los antiguos Concilios de las Galias y las Constituciones de los príncipes, y quien en fin en medio de sus investigaciones halló tiempo para combatir á Sau-

maise, Ricger y Saint-Cyran (1). El padre Sirmond era entonces la gloria de su Compañía en Francia. Otros jesuitas quisieron seguir sus pasos, y se vieron aparecer á un mismo tiempo Teofilo Raynaud y Juan Hardouin: pero el amor de la paradoja y de las ideas extrañas ó atrevidas empañó no pocas veces el brillo de esos talentos.

Sin embargo, prescindiendo de esta censura, que la historia debe dirigir tanto á los excesos de la imaginacion como al abuso de las mas brillantes facultades, estos dos hombres se mostraron dignos de los que les precedieron y de sus sucesores. El padre Teofilo hizo anotaciones á las obras de san Anselmo, san Leon el Grande, san Máximo, san Pedro Crisólogo, san Fulgencio y san Ustero. Raynaud lo mismo que el jesuita Labbe, era un hombre á quien los libros habian dado la vida y á quien mataron los libros, segun expresion del padre Commire; pero, como él, no se encerraba en el recinto de su convento. Necesitaba ruido y esplendor, movimiento y controversias. Dotado de las virtudes de un religioso, con todo solo se dejaba ver en el mundo para enconar las querellas. Tal es la suerte de los que no saben contentarse con la parte de dicha que les ha cabido, y que siempre en desacuerdo con los demas, solo se ponen en contacto con ellos para dominarlos. Ese espíritu de exclusion, proveniente de tantas causas y que indicámos en algunos jesuitas, no les impidió sin embargo crear grandes cosas.

El padre Labbe, el mas docto y modesto de los hombres abria nuevos caminos á la ciencia. Despues de haber formado la coleccion de los concilios, componia sesenta y cuatro tratados que tienen todos su interés teológico ó histórico. Labbe no decia con el padre Hardouin (1): « Creis por ven-

(1) Pascal en una de sus *Provinciales*, no ha perdonado al padre Sirmond; pero ha confundido el sobrino con el tio. Jacobo Sirmond tenia un sobrino llamado Antonio, menos célebre que él. Los jansenistas sabian que era el último á quien podian refutar, é hicieron responsable al tio de las obras del otro.

(1) Huet, obispo de Avranches, ha pintado con un solo rasgo el carácter y el talento del padre Juan Hardouin: « Trabajó, decia, por espacio de cuarenta años en arruinar su reputacion, y no pudo conseguirlo. »

« tura que me levanto todos los dias á las cuatro de la ma» ñana para ser de la opinion de todo el mundo?» Sino que era todo de su siglo y en especial de su Instituto. Sometia sus obras al juicio de la Iglesia y al de la Compañía de Jesus. El padre Hardouin, aunque sin excederse, se entregó demasiado á la manía habitual de los sabios, y afectó ser original cuando mejor que nadie hubiera podido buscar su gloria en la realidad del talento. Distraido por naturaleza, ó por cálculo, no se contentó con rivalizar con Labbe formando una coleccion de concilios, ó dando á luz á Plinio el naturalista y Themistius; sino que ambicionó una de esas reputaciones que da siempre la paradoja, y la obtuvo tan completa que perjudicó á la que le habian grangeado tantas obras serias. En el reino de Francia organizábanse vastos trabajos sobre los concilios. José Hartzeeim, Herman Scholl, Gil Neissen y Cárlos Peters no consintieron que la Alemania su patria careciese de esta gloria que daban los Jesuitas, sus hermanos, á la Europea, y reunieron en diez volúmenes la coleccion de los Sínodos germánicos. Durante este tiempo el padre José Acosta publicaba su Concilio de Lima y el *Cristo revelado*; Gaspar Petrowsky traducia en polaco el Concilio de Florencia, mientras Pallavicini escribia la historia del de Trento; que el padre Elian traducia en árabe para hacerlo conocer en Oriente, donde importaba que lo fuese.

Nada mas cierto sin embargo que los Padres del Instituto han sido vencidos en esos trabajos en los cuales la paciencia hace las veces del genio. Los Benedictinos se aprovecharon de la senda con tanta fatiga trazada por esos hombres estudiosos y la recorrieron en su seguimiento. Ellos les aventajaron en método, pero la idea madre pertenece exclusivamente á la Compañía. Esta fué la que en medio de sus misiones, de la enseñanza, de sus triunfos ó de sus persecuciones, sintió la necesidad de elevar al mundo católico aquel edificio gigantesco, la que puso en él la primera piedra y la que trazó su plano. Los Benedictinos vinieron despues que los Jesuitas; así pues ¿podian, y aun debian hacer mas que ellos.

La nomenclatura de los teólogos que ha producido la

Orden de Jesus no se interrumpe en ese último eslabon de la cadena. Los habia que se resignaban al humilde papel de cronologistas ó anotadores : y otros que consumian su existencia en descifrar un texto ignorado, ó en reunir los manuscritos dispersos de un padre, de un doctor ó de un historiador de la Iglesia. Pero en cada provincia de la Compañía aparecia un número mas considerable que se lanzaban por un senda no trillada todavía. Pedro de Arrubal, uno de los justadores en las congregaciones *de Auxiliis*, escribia su tratado sobre Dios, sobre la Trinidad y sobre los Angeles; Juan Azor, á quien Bossuet elogió en sus Estatutos sinodales, compuso sus *Instituciones morales;* Avellanedo trató del secreto de la confesion; Diego Alvarez, el consejero y guia de los legisladores y jurisconsultos de su tiempo, dió la última mano á su libro sobre *los Testamentos y los casos de conciencia en el artículo de la muerte;* Francisco Albertin dedujo sus corolarios teológicos de los mismos principios de la filosofía; Francisco Aguado señaló las virtudes necesarias al *Perfecto religioso* y al *sabio cristiano;* Arias publicó libros ascéticos recomendados por san Francisco de Sales en su *Vida devota;* Baltasar Alvarez, el jesuita que condujo á santa Teresa por el camino de la perfeccion, redactó su *Index;* Alvarez de Paz, que ha dicho tantas cosas buenas y que hizo muchas mas todavía; Luís Baltester, el autor de la *Hierologia;* Gil Coninck, Antonio Carvalho, Alarçon, Ruíz de Montoya, Bernardino de Villegas y Agustin Justiniani, el hijo del dux de Génoba, unidos con sus compañeros de la Compañía de Jesus, obligaron á la ciencia, la historia y la filosofía á proclamar las verdades que ellos predicaban.

Mas estos nombres, tan célebres en las aulas, se borran delante de uno mas afamado y que les ha eclipsado á todos. Dionisio Petau, el genio de la erudicion, y el jesuita que lo ha estudiado y sabido todo á la manera de los grandes hombres, aparece á la edad de veinte años en la cátedra de filosofía de Bourges. Desde este dia hasta el de su muerte no hay triunfo que no se haga sufrir á su humildad. Profesor de elocuencia y de teología, orador como Ciceron, poeta como Virgilio, reune todos los contrastes. Los sábios

de la Europa le consultan, los obispos aceptan sus decisiones, se le proclama el restaurador de la teología dogmática; y Petau se admira de la nombradía que se adquiere y que se extiende hasta los confines de la Europa. Ignora ú oculta su mérito. Este hombre que en sus momentos perdidos y paseándose supo traducir en versos griegos los Salmos de David, ha dejado obras que no perecerán jamás en la memoria de los escritores sagrados. Su *Teología dogmática*, su *Ciencia de los tiempos* y su *Gerarquia eclesiastica* le crearon un lugar preferente en medio de los sabios. La santa Sede manifestó deseos de recompensarlo; el soberano Pontífice de acuerdo con el rey de Francia, quiso colocar entre los príncipes de la Iglesia al Jesuita que tanto se elevaba por su mérito. Al saber la dignidad con que se le amenaza, Petau tiembla y palidece; llora encerrado en su celda y escribe que si el Papa insiste en revestirle de la púrpura romana será causa de su muerte. Apodérase de él la calentura, y se declara con tanta fuerza, que para calmar su delirio se ven obligados á decirle que las dos cortes han renunciado á su proyecto. Esta seguridad proboca una crisis favorable, y cuando recobró su salud el Papa y el Rey no se atrevieron á exponer su vida en una lucha en que la modestia era mas poderosa que la ambicion.

Gaspar Hurtado, Juan de Lugo, á quien Urbano VIII condecoró con el capelo; Leonardo Lesio, Maldonado, Martin Becau, Fernando de Castro-Palao, Pablo Comitolo, Pedro Alagona, Antonio Escobar, Pablo Layman, Estévan Bauny, Vicente Filiuci, Claudio Lacroix, Valerio Reginald, Herman Busembaum y Tomás Tamburini vienen á lanzar un nuevo reflejo de grandeza teológica y de erudicion moral sobre este siglo iluminado por Pedro Petau.

Mas la justa crítica de los unos y el rigorismo farisaico de los otros dirigen á algunas de esas celebridades de escuela amargos reproches y acusaciones, de que se han apoderado la sátira y la malignidad públíca. El nombre de Escobar ha pasado á la lengua francesa como un sinónimo de todas las supercherias de conciencia y de todas las astucias reprehensibles tanto delante de Dios como delante de los hombres. Píntase á este Jesuita como el prototipo

de la moral relajada, de la misma manera que se ha procurado hacer pasar á otros como los defensores del regicidio ó secretos apologistas de todos los crímines sociales. La teología de los Padres ha sido tantas veces acusada y adulterada, y se ha dado un barníz tal de escándalo á muchos de sus graves in-folios, que el mundo no ha abierto jamás y cuyos títulos no ha oido siquiera pronunciar, que importa mucho á la historia examinar las causas que hayan dado lugar á ello.

Comencemos por trasladar las principales proposiciones sacadas de tódos los tratados de teología de la Orden de Jesus que dieron orígen á las imputaciones de moral relajada. Helas aquí:

» No nos atreveríamos á condenar al qué hubiese hecho » no mas que una vez en su vida un acto formal y explí» cito de fe y de amor. »

« Se cumple el precepto de la caridad con los solos actos » exteriores. »

« Es permitido alegrarse de la muerte de su padre, no » en cuanto es el mal del Padre, sino en cuanto es el bien » del hijo que se alegra. »

« El criado que ayuda á su amo á perpetrar un crímen » no peca mortalmente si teme ser maltratado ó despe» dido. »

« Es lícito prestar juramentos sin tener intencion de » obligarse, si existe alguna razon poderosa para ello. »

« Estan exentos de la ley del ayuno los que viajan á ca» ballo, aunque sea para su recreo. »

« Un militar provocado en desafío puede aceptarlo si » teme ser tenido por cobarde. »

Estas teorías, desarrolladas por ciertos casuistas de la Compañía de Jesus, y rechazadas por ella antes de ser condenadas por la santa Sede, no proceden de la corrupcion moral ó de un corazon depravado. Los Jesuitas que se extraviaron en ellas en volúmenes olvidados ya no eran de esos hombres que, segun la expresion de la Biblia, sienten el vicio filtrar como agua en sus entrañas. Ellos fueron honrados por sus virtudes ó por su caridad; pero, cual la mayor parte de las inteligencias que se entregan á los estu-

dios especulativos, se dejaron llevar por la necesidad de crear nuevas dificultades ó de imponer á las almas tibias ó rebeldes el menor peso posible. Hay cristianos que hacen lo menos que pueden con tal que puedan deslizarse, por decirlo así, en el paraíso, y algunos padres del Instituto creyeron que seria bueno transigir con ellos y suavizar con la mas extremada tolerancia el rigor de los preceptos. Incapaces de sospechar el mal, tendieron la mano á todas esas debilidades y á todos los desórdenes, y excusaron los unos y procuraron explicar los otros. Como los hombres á quienes la castidad de su vida vuelve á veces impuros en la expresion, encontraron en sus labios esas palabras é imágenes cuya obscenidad convencional rechaza la depravada elegancia del mundo. Los unos, á fin de descubrir el remedio á vicios cuya intensidad les revelaba el tribunal de la penitencia, cayeron en el exceso contrario; los otros, arrastrados por esa necesidad de innovar comun á las escuelas, hicieron gala de su imaginacion ya para resolver casos imposibles, ya para desviar la dificultad moral. Buscaban lo mejor y solo dieron con el mal, el cual enseñaron con un candor, que solo tuvo de igual su obediencia, cuando el soberano Pontífice y los jefes del Instituto condenaron tan perniciosas doctrinas. Estas no podian producir ningun resultado puesto que eran una especie de excepcion; pero los espíritus avezados á las luchas de la polémica hojearon los polvorosos in-folios que las contenian y les dieron publicidad. Los Padres autores de esos crímenes teológicos, eran muy reprehensibles sin duda; pero « yo quisiera, se lee en la *Enciclopedia* (1), que me dijese un buen » casuista: ¿quién es mas culpable, si aquel á quien se » le escapa una proposicion absurda que pasaria sin ser » notada, ó el que la descubre y la eterniza? » La moral relajada de Escobar que tantos han censurado, es un código cuyos preceptos pocos hombres probos ó cristianos segun el mundo se sentirian con valor para poner en práctica.

(1) *Enciclopedia*, tomo II, pág. 757.

Al lado de esos doctores que disertaban sobre las leyes de Dios y de la Iglesia hay otra clase de teólogos. Reguladores de la piedad y maestros en la vida espiritual, han creado en la devocion una literatura á parte; sus obras; mucho mas generalizadas, gozan de una popularidad que nadie se ha atrevido á disputarles.

Los Jesuitas ascéticos debian naturalmente llevar su primera mirada á los *Ejercicios* de Loyola. Era el libro de sus meditaciones, y explicaron su sentido y sus bellezas místicas. Esta tarea filial fué desempeñada con buen éxito. Entre los que la llenaron se cuentan Ignacio Diertins, Antonio Gaudier, Luís de la Palma, Juan de Suffren, Gaspar Druzbicki, Tobias Lhoner, José Petit-Didier, Luís Bellecins, Claudio Judde, Julian Hayneuve y Gabriel Martel, Francisco Neveu y Santiago Nouet se dedicaron á esos trabajos piadosos que les han hecho célebres, dando á su estilo esa sencillez que lo hizo tan amable como sólido. Gerónimo de Gonnelieu tradujo y comentó *la Imitacion de Jesu-Cristo*, el mejor libro, segun Fontenelle, que ha salido de las manos de los hombres. Juan Brignon dió á conocer á la Francia el *Combate espiritual*. Rodriguez dió á luz la *Perfeccion cristiana*, libro de experiencia y de buen sentido. El padre Saint-Jure explicó el *Conocimiento y el amor de Jesucristo*. Rogacci en Italia, Lonciski en Polonia, Jeremías Drexelius, Eusebio de Nieremberg, Juan Croisset, Herman Hugo con sus *Pia desideria*, Antonio de Roissieu, Gerónimo Platus, Balinghen y Juan Crasset resucitaron y alimentaron la piedad por medio de la uncion del lenguaje y por el método introducido en la oracion. La *Doctrina espiritual* de Luís Dallemant, el *Catecismo* y los *Diálogos* de José Surin, las *Cartas* de Juan Rigoleu, los escritos llenos de dulzura de Vicente Huby, los de Francisco Guilloré, cuyo estilo se ha vuelto anticuado mientras que sus preceptos han permanecido siempre nuevos; Caussade y Luís Le Valois, Adriano Adriani, Pedro de Barri, Alejandro des Ursins, Luís Spinola, Andres Rensius, Antonio Vivien, Bartolomé Jacquinot, Gárlos Musart, Francisco de Bonald, Juan Borghese, Lorenzo Chifflet, Lucas Pinelli, Marcos de Bonnieres, Luís Makeblidius, José de Arriega, Felipe de Berlai-

mont, Estevan Parisot, Felipe de Outreman, Fedro Guzman y cien otros excitaron á la virtud por medio de la direccion, del ejemplo y del consejo. Baltasar Alvarez, « uno de » los mas sublimes contemplativos de su siglo, » segun Bossuet, y Luís Dupont, de quien hace el obispo de Meaux el mismo elogio, fueron con Rodriguez los modelos de este ramo de la literatura sagrada.

En el espacio de un siglo habian abordado y resuelto todas las cuestiones generales y particulares de moral cristiana ó de perfeccion religiosa. Dividíanse los trabajos, escribiendo para todos los estados y para todas las edades. El rey y el soldado, el sacerdote y el monge, el padre y el hijo, el maestro y el criado, y en especial los jóvenes, todos encontraban en las obras de esos Jesuitas el alimento de su alma. Eran populares como la Religion, porque, cual el libro del padre de Gallifet sobre la devocion al sagrado Corazon de Jesus, penetraban en el espíritu y en las necesidades del pueblo. Los discípulos del Instituto no abrieron, es verdad, la senda de la literatura moral, de la cual nos legaron Bossuet y Fenelon modelos tan acabados. San Agustin, san Anselmo, san Clímaco, san Bernardo, san Buenaventura y el padre fray Luís de Granada habian revelado antes que ellos en sus opúsculos ascéticos ese manantial inagotable de sentimientos tiernos de gratitud y de amor. La senda estaba trazada, pero los Jesuitas la recorrieron y la ensancharon en todos los sentidos. Lo mismo que sobre la ciencia humana, compusieron sobre la divina una multitud de libros elementales que la fe ha hecho clásicos. Con ese arte de multiplicarse que parece peculiar á la Compañía, propagaron las instituciones piadosas, los retiros anuales y los ejercicios espirituales. Despues de haber defendido el dogma y la unidad de la Iglesia, lograron hacerlos amables.

Antes de que se fundase la Orden de Jesus existian grandes obras de moral; otras fueron compuestas despues. Los *Caracteres* de Teofrasto, los *Diàlogos* de Platon, las obras filosóficas de Ciceron y de Séneca y el *Manual* de Epicteto entre los antiguos; y entre los modernos los *Pensamientos* de Pascal, los *Caracteres* de la Bruyere, las *Máximas* de La

Rochefoucauld, las *Reflexiones morales* del canciller Oxenstiern, las *Consideraciones* de Duclos, gozan con justo título de una gloria merecida. Pero estas obras, por perfectas que las supongamos, ¿qué reforma han obrado en las costumbres? Séneca escribiendo su tratado del desprecio de las riquezas sobre una tabla de oro; Oxenstiern, ambicioso y dclamando contra la ambicion; La Rochefoucauld, egoista y criticando el egoismo, corrigieron la humanidad de estos tres vicios? ¿Cuál es la familia, donde está el individuo que les debe su bienestar y su perfeccion? La filosofía explicada en apotegma, reducida á sentencias para dar mas colorido á la frase, procurando mas bien despreciar que compadecer los caprichos del mundo, es impotente. Alcanzará como los cómicos de todas las edades, hacer reir de las ridiculeces del hombre; podrá criticar el vicio, burlarse de las preocupaciones ó de las pasiones; pero no le será dado jamás ir mas adelante. No será ella la que inspirará los pensamientos santos, la que pondrá un freno á los malos. No tiene fuerza bastante para consolar, para iluminar las almas, para aligerarlas del peso de las fatigas, para endulzar la amargura de los dolores, para reprimir la violencia de los deseos, para ayudar al cumplimiento de los deberes. Los escritores moralistas han creado obras admirables bajo el punto de vista literario han anatomizado, por decirlo así, con una rara sagacidad los instintos corruptores; han sondeado y analizado las llagas de la sociedad. Nada se les ha escapado en esa autopsia hecha sobre el cuerpo vivo, sino el remedio. Los autores ascéticos, y en particular los Jesuitas, no cifraron la vanidad de su saber en luchar con ellos en genio y en ironía. Si descendian al receptáculo de las miserias humanas y aplicaban á cada herida el bálsamo que las cicatrizaba, no era ciertamente por amor á la gloria literaria. Sin hablar con tanto prestigio, conocian mucho mejor el camino del corazon, dominaban sus inclinaciones, y le iniciaban en los misteriosos consuelos que inspiraban la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Estos ascéticos, cuyo número y trabajos tenian algo de prodigioso, eclipsaron los sabios de otro género, dando lugar por su misma multitud á una acusacion infundada :

hase echado en rostro á los Jesuitas que no han producido filósofos y metafísicos distinguidos. La filosofía de los siglos XVI y XVII, y hasta la del siguiente, exceptuando los hombres que se apoderaron de aquel nombre para crear una nueva secta de incrédulos, entraba esencialmente en las atribuciones de la Compañía. A pesar de los obstáculos que les imponía el deber religioso, á pesar de las dificultades que encontraba cada padre en el estudio de ciertas materias filosóficas, hubo muchos que no se dejaron desalentar. El instituto habia sido fundado, no con el objeto de crear nuevos sistemas, sino con el de volver á las costumbres y á la Iglesia su antiguo esplendor. Debian manifestarse mas bien activos que especulativos; y nada mas admirable que encontrar entre ellos tantos sábios de toda clase, si se toma en cuenta que los ejercicios de su ministerio no les permitian consagrarse completa y exclusivamente á trabajos que absorben toda una existencia. Sabian que estaban condenados á ser muy cautos en los sistemas filosóficos, y que no podian penetrar en ellos sino con mucha reserva. El error de uno solo de ellos era para el mundo el error de todos, y procuraron comprimir un vuelo peligroso hácia los preceptos ideológicos, consagraron su genio inventor en hacer descubrimientos en las ciencias útiles, y ninguna órden fué tan pródiga como la de San Ignacio de Loyola en esa clase de beneficios.

Apesar de los obstáculos que entorpecian su marcha, los Jesuitas no se quedaron rezagados en este camino. En los ramos puramente intelectuales de la filosofía, en los diferentes estudios que tienen relacion con esta ciencia, cuentan un gran número de escritores tan profundos como ingeniosos. Pero no hicieron como otros un juego y una arte de las nuevas teorías, ni menos quisieron ir á caza de ideas impracticables ó de sueños imposibles. La filosofía no fué para ellos sino un medio de instruir á los demás y de iniciarles por el raciocinio en el culto de lo bello y de lo verdadero. El primero que penetró en este sendero fecundo, fué tambien el padre Toledo, quien en su *Introduccion á la lógica*, trazó con mano segura los principios que era preciso adoptar. Despues de él Cárlos Malapert y Honorato Fabri

derramaron nuevas luces sobre esta ciencia con sus lecciones y sus escritos. Fabri nacido en 1621 en la díócesis de Belley, que ha producido tantos hombres ilustres, era como el Belga Malapert, mas bien filósofo que teólogo. Habia en sus cabezas un movimiento poético que les arrastraba á las cosas abstractas; pero Fabri supo aplicar ese movimiento á las realidades de la inteligencia, y en su cátedra de Lion y de Roma desarrolló las teorías que dejó escritas en sus *Elementos de metafísica*. Fabri unia á la filosofía la física y las matemáticas, y descubrió al mismo tiempo que Wiliams Harvey la circulacion de la sangre (1). Mientras que este jesuita se entregaba á investigaciones útiles, el padre Juan Garnier, que pasó su vida enseñando, escribia su *Marius mercator* y sus *Elementos de Filosofía*. Para descansar de estos trabajos, que los sabios aprecian todavía, componia con el padre Gabriel Cossart el *Sistema bibliothecæ collegii parisiensis Societatis Jesu*. Es el plan que deben seguir los bibliógrafos y que adoptó Brunet en su *Manual del Librero*. Los padres Lorin, Giattini y Stengel comentaban la *lógica de Aristóteles*.

Los Jesuitas profesaron al principio la filosofía, y luego cuando encontraron en su camino un nuevo método de instruccion ó algunas verdades aplicables á la ciencia, publicaron sus investigaciones. El jesuita cardenal Sforcia Pallavicini, los padres Contzen, Pedro Hurtado de Mendoza, el sutil Arriaga, Leonardo de Peñafiel, José Solieri, Bautista Howarth, Bertoldo Hauser, y en una época menos apartada de nosotros, Para du Phanjas, revelaron el secreto de la enseñanza filosófica. No hay duda que entre estos autores pueden citarse algunos que resucitaron las antiguas tesis escolásticas ó que dieron á la ciencia por punto de apoyo los errores, ó las preocupaciones de su tiempo, y otros que cual el padre Gautruche, el *homo diffusæ eruditionis*, como le llama el santo obispo de Avranches, cifraron su gloria

(1) El padre Honorate Fabri en la pág. 204 de su tratado : *De plantis, generatione animalium et de homine* (edic. de 1666, en 4.°) prueba que se anticipó, ó cuando menos marchó al igual de Harvey en el magnífico descubrimiento de la circulacion de la sangre.

en las disputas que mas bien acostumbraban el espíritu á la argumentacion que á pensar; pero prescindiendo de estos, consérvase todavía en las aulas el recuerdo de Vazquez, de Pedro de Fonseca, de Teofilo Raynaud, de Benito Pereira y de Boscovich. En sus voluminosos in-folios, esos hombres que sabian de todo, no supieron ó no tuvieron valor para ser concisos. Lo dijeron todo, hasta las cosas inútiles á su objeto. Este exceso de riquezas perjudica á su nombradía; pero no impide que hayan dado al espíritu ideas exactas, claras y precisas. Desde la Universidad de Coimbra, donde enseñaban los Jesuitas, derramáronse en el mundo el gusto á la erudicion y el amor de la filosofía. Comparando la enseñanza de la Compañía de Jesus con la que se daba en el mismo siglo, Renato Descartes, juez tan competente en estas materias (1) : « Quereis saber mi opinion sobre la » educacion de vuestro hijo, escribe el inmortal Filósofo á » un padre de familia que le consultaba, por que la filosofía » es la llave de las demás ciencias, creo que es muy útil » haberla cursado toda como se enseña en las escuelas de » los Jesuitas. Debo decir en honor de mis antiguos maes» tros que juzgo que no hay Universidad en el mundo don» de se enseñe mejor que en la Fleche. »

El padre Suarez habia sido el jefe de la escuela filosófica de los primeros Jesuitas, y la llevó, por la fuerza misma de las cosas, á sentar principios nuevos. Cuando apareció este escritor la escuela saludaba á Santo Tomás, San Buenaventura y Scott con los nombres de *doctor angelicus, doctor seraphicus*, *doctor subtilis*. Suarez, segun el testimonio de Benedicto VIV fué el doctor por excelencia, *doctor eximius*. Abandonó los senderos trazados por Santo Tomás y por Scott, y en vez de condenarse á disertar eternamente sobre Aristóteles, creó una metafísica, la expuso en dos tomos, y fué claro en medio de las sutilezas de que se complacia en rodear su sistema. Envolviólo con algunos raciocinios inútiles, pero en medio de ese cúmulo de dilemas y de ciencia, sacrificio hecho al gusto de su siglo, Suarez es todavía, por la profundidad de sus observaciones, el hombre que

(1) *Obras de* Descartes, carta 90.

tal vez ha prestado mas servicios á los estudios filosóficos. Desde su época se comenzó á evitar poco á poco el peripateticismo escolástico. Al propio tiempo Benito Pereira legaba á la ciencia sus quince libros sobre los *Principios de las cosas naturales*, y combatia y echaba por el suelo en otra obra los prestigios de la magia y de la astrología, artes funestas, que oponiéndose á los progresos de la verdadera ciencia, alteraban la esencia misma de la Religion.

Lo que Suarez hiciera con la metafísica, otros jesuitas lo ensayaron con la filosofía moral. Desde principios del siglo XVII, Baltasar Gracian se puso á hacer la autopsia del corazon humano. Marchaba por un terreno poco firme, analizaba pasiones que no habia experimentado, y censuraba por medio de una sátira juiciosa vicios cuyo aliento no habian empañado nunca la pureza de su alma. En este estudio supo hermanar tanta originalidad con la novedad de las ideas y con un estilo tan trabajado, que sus libros fueron la lectura favorita de todos los salones de Europa, Amelot de la Houssage, Estévan de Silhouette, Monory y el padre de Courbeville tradujeron en francés su *Cortesano*, sus *Reflexiones políticas* y su *Criticon*, que fué vertido en todos los idiomas modernos. Se leia á Gracian con avidez, y esta lectura llevó los espíritus á una parte todavia inculta de la filosofía. Ella fué como el preludio de tratados mas perfectos, y de los cuales La Rochefoucauld, Oxenstiern, La Bruyère, Addisson y Pope iban á darnos los modelos. El padre Rapin siguió las huellas de Gracian, y compuso, aunque con menos variedad y gracia, sus *Reflexiones sobre la filosofía*. Este jesuita, que cada medio año publicaba alternativamente una obra de piedad y de literatura, parecia servir á Dios y al mundo por semestres. Abrazó todos los géneros y fué superior en mas de uno, pero el padre Claudio Buffier le eclipsó en la filosofía. Lo mismo que Boscovich, Buffier procuró hacer menos árida la ciencia. Sus antecesores empleaban con cierto placer en lenguaje abstracto; mas él se esforzó en ser sencillo y conciso, á fin de formar el juicio y el espíritu de los demás. Su *Curso de las ciencias*, de donde D'Alembert y Diderot sacaron tantas ideas y noticias para su *Enciclopedia*, es una obra clásica aun en

nuestros dias. El *tratado de las verdades primitivas y del origen de nuestros juicios* y la *práctica de la memoria artificial*, hicieron célebre el nombre de este jesuita.

El estudio de la filosofía no fué pues estéril para la Compañía. Sin embargo, sus individuos no se han lanzado á él con ese ardor que desplegaban habitualmente en los trabajos intelectuales. Hubiérase dicho que adivinaban la inutilidad de la mayor parte de los sistemas metafísicos creados por algun hombre de genio, y en torno del cual viene á agruparse una multitud de inteligencias comunes que adoptan el principio sobre la palabra del maestro. El talento de los Jesuitas era sobrado práctico para perderse en los abismos de la imaginacion que Malebranche señaló con tanta audacia sin prever que caeria en ellos. Bastaban á esas almas encadenadas á la Iglesia por el deber, horizontes menos dilatados, porque comprendian que no es con teorías mas ó menos ingeniosas como se llega á los resultados positivos. En 1755, en el momento de mas efervescencia de la incredulidad, la Academia francesa, dominada por las innovaciones que protegia, se vió obligada á descender de nuevo á principios mas sanos y á coronar á un jesuita, que con el encanto de las ideas verdaderas, le mostraba la verdadera senda abierta á la inteligencia. La Academia habia propuesto para el premio de elocuencia esta cuestion : ¿En qué consiste el espíritu filosófico? El padre Antonio Genard no temió revelarlo, y en un discurso que de Alembert y La Harpe señalaron como una obra maestra, el jesuita, que apenas contaba entonces treinta y tres años, fijaba así los límites del entendimiento humano : « La Fe deja al espíritu todo lo que este puede » comprender : solo le quita los misterios y los objetos » impenetrables. ¿Debe irritarse la razon por esto? Las ca» denas que aquí le pone son muy fáciles de llevar, y so» lo deben parecer asaz pesadas à los espíritus vanos y » ligeros. Yo diré pues á los filósofos : No os levanteis » contra esos misterios que la razon no puede penetrar. » Limitaos al exámen de esas verdades que se dejan co» nocer, que se dejan en cierta manera tocar y manejar y » que responden de todas las demás. Esas verdades son

» hechos brillantes y sensibles, en los cuales se ha como
» envuelto la Religion á fin de hacerse comprender igual-
» mente tanto de los talentos groseros como de los elevados.
» Esos hechos se entregan á vuestra curiosidad : he ahí los
» fundamentos de la Religion. Profundizad al rededor de
» estos ; procurad conmoverlos ; descended con la antor-
» cha de la filosofía hasta esa piedra antigua tantas veces
» rechazada por los incrédulos y que los ha aplastado á to-
» dos; pero cuando llegueis á cierta profundidad, cuando
» encontreis la mano del Todopoderoso que sostiene desde
» el origen del mundo ese grande y magnífico edificio, ro-
» bustecido siempre por las mismas tempestades y por el
» torrente de los años, ¡ deteneos en fin y no profundiceis
» hasta los infiernos! La filosofía no sabria guiaros mas
» lejos sin extraviaros. Entrais entonces en los abismos del
» infinito, y aquí ella debe vendarse los ojos lo mismo que
» el pueblo, adorar sin ver, y poner al hombre con confianza
» en manos de la Fe. La Religion se parece á la nube mis-
» teriosa que servia de guia á los hijos de Israel en el de-
» sierto. En un lado está el dia, en el otro la noche. Si todo
» fuesen tinieblas, la razon que no veria nada, huiria con
» horror de este objeto espantoso. Pero se os concede luz
» bastante para satisfacer unos ojos que no son curiosos
» hasta el exceso. Dejad pues á Dios esa noche profunda
» donde le place retirarse con sus rayos y sus misterios. »

Era aquel el siglo de los sofismas y de la sátira : la Academia no creia en nada, mas el Jesuita filósofo la condenaba á aplaudir este lenguaje, que debió parecerle inaudito. La obra era tan perfecta que no le fué posible ser injusta, y confirió el premio al padre Guenard (1). La elocuencia del púlpito abria á los Jesuitas una carrera que estaba mas en relacion con las Constituciones de la Orden y con las necesidades de la humanidad. En ella entraron desde el primer

(1) El padre Guenard habia consagrado treinta años de su vida en un immenso trabajo filosófico para refutar la *Enciclopedia*. Durante la época del terror en 1793 lo quemó para no comprometer la existencia de Madama de Beauveau, que le daba un generoso asilo en su castillo de Bleville, cerca de Nancy, donde murió en 1805.

dia de su fundacion, y en ella se les encuentra aun en el momento en que sucumbe la Compañía.

Su ocupacion predilecta fué el desarrollo del arte oratorio. « Es una empresa grande y peligrosa, dice Ciceron (1), » presentarse en medio de una numerosa asamblea que os » escucha á dilucidar los negocios mas importantes; porque » casi no hay persona que no note con mas tino y rigor los » defectos que las bellezas de nuestros discursos, y se nos » juzga siempre que hablamos en público. » Ignacio de Loyola sin duda tenia presente este pasaje del Consul romano cuando hacia á sus discípulos una obligacion del arte oratorio. Sabia que habria siempre ignorantes que instruir, errores que combatir, y cristianos que guiar por la senda de la perfeccion, y queria que los Jesuitas correspondiesen á los deseos de los pueblos. Los unos, segun la costumbre de su patria, se entregaron á toda la vivacidad de sus inspiraciones, y con los arranques de una elocuencia natural y apasionada obraron en las masas transformaciones maravillosas. Improvisaron sus sermones, y pusieron al alcance de todas las clases la doctrina con que les familiarizaban sus largos estudios. Supieron inflamar y mover todos los corazones dominar los espíritus y mostrarse siempre nuevos por que sabian apoderarse de la pasion del momento. Así es como en España, Italia, Francia y Alemania se vió á los padres Araoz, Estrada, Barceo, Landini, Auger, Dupuy, Gonthieri, y mas recientemente á Francisco Regis, Pedro Willz, Maunoir, Zuchi, Chaurand, Duplesis y Beauregard crear modelos de improvisacion. No corrian desatentados en pos de esa gloria efímera que prefiere excitar los aplausos á cambiar las convicciones. No tenian sed de elogios, los cuales consistian para ellos en las lágrimas ó los remordimientos que provocaban. Dirigíanse á las masas, comunicábanles el ardor de que se hallaban poseidos, y las subyugaban con imágenes mas bien fuertes que exactas; estaban exaltados y exaltaban á los demás. Los frutos de esas ardientes inspiraciones quedaron en el corazon de sus contemporáneos, mientras que la palabra que los produjo se extinguia con la vida del predicador. Solamente la tradi-

(1) *Brutus*, XVII. 120.

cion nos revela las maravillas obradas por esos hombres apostólicos.

Otros jesuitas no se dejaron arrastrar por esa fiebre oratoria, sino que fueron á llevar la palabra de vida al seno de las aulas y en las cátedras de todas las ciudades, donde se agolpaban hombres mas instruidos y menos maneables que el pueblo para escucharlos, ya con una respetuosa piedad, yo con prevencion ó distraidos. Se hizo necesario llamar el arte en auxilio de la fe y « reunir, segun la expresion de » Ciceron, un bosque de ideas y de cosas » para propagar los preceptos del Cristianismo. Profundizaron los principios de la elocuencia, y resucitaron los hermosos dias en que los Agustinos, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Bernardos venian en un lenguaje tan santo como magnífico á recordar á los príncipes de la tierra y á los hombres de buena voluntad los deberes que les imponia el Evangelio. De esta suerte fué creada la elocuencia del púlpito, elocuencia que es para los Jesuitas un manantial de gloria que han podido envidiarles muchos, pero que nadie se ha atrevido á negarles.

No se trata aquí de estar convencido y de convencer, sino que es necesario agradar por el encanto del estilo, por la disposicion del plan, por la nobleza y facilidad en la manera de inclinarse, por lo patético de las imágenes y por una uncion persuasiva. Los Jesuitas se dedicaron á esta tarea, y basta estudiar sus modelos para no tener necesidad de preguntar de que modo la desempañeron. En Italia cuya lengua es tan rica que parece perjudicar al pensamiento; en la que la armonía poética se mezcla á los mas terribles misterios de la Iglesia, los Jesuitas supieron ser parcos en medio de las pompas de la elocucion, y produjeron oradores allí donde todo el mundo nace poeta. Los, Padres Estevan Tucci, Francisco Benci, Tarquino Galluzzi, Benito Palmio, Pablo Oliva, Aquiles Gagliardi, Juan Rho y Simon Bagnati abren con esplendor esta carrera, en la cual Pablo Segneri no encontrará rivales. En pos de este maestro, cuyos sermones fueron traducidos en francés bajo el título de *El Cristiano instruido en su ley*, Tomás Strozzi Soverius Vanalesti, Luís Pellegrini, Ignacio Venini,

Gerónimo Trento, Juan Granelli, Antonio Bellati, Jaime Bassani, Gerónimo Torielli, Alfonso Nicolai y Pignatelli llenaron los púlpitos de Italia con su nombre. Casi todos ellos fueron oradores de los soberanos Pontífices (1) y predicaron en Roma, en Venecia, Nápoles, Florencia, Génova y Milan. Sus discursos impresos no han hecho mas que aumentar su nombradía; porque muchas veces la vehemencia ó la gracia en la diccion da vida á la solidez de las pruebas y á la exactitud de las expresiones.

En España el que marcha al frente de los predicadores es Toledo, de quien decia el cardenal Federico Borromeo (2): « Cuando se ha oido predicar al padre Toledo no se puede » desear ya nada mas. » Despues de este Jesuita, cuyo nombre se encuentra en todos los ramos de la literatura, aparece Gerónimo Florencia, el Masillon español, el orador de todas las solemnidades, y luego Gracian, Alfonso de Andrada, Mateo de la Cruz, José Aguilar, Francisco Labata, Juan Coronel, Frias, Martin Gutierrez, Pedro de Urtiaga, Garcia Millan, Rodriguez de Guzman, Aguado, Ruiz de Montoya, Juan Gondino, Deza, Tirso Gonzalez y Pedro de Calatayud.

Portugal tuvo tambien parte en esta gloria, y vió en sus púlpitos al padre Antonio Bieyra, cuyas obras son tadavía

(1) En la lista de los oradores sagrados que fueron llamados á predicar la Pasion en la Capilla pontificia en presencia del Papa, se encuentran, en el espacio de menos en un siglo, desde el año de 1573 al 1660, cuarenta y nueve Jesuitas. He aquí sus nombres: Claudio Aquaviva, Roberto Bellarmino, Estévan Tucci, Francisco Benci, Fulvio Carduli, Benedictó Justiniani, Mucio Viteleschi, Juan Carettonio, Estévan de Bubalis, Bernardino Stephoni, Antonio Marsilli, Juan Mazarelli, Terencio Alciato, Francisco Saechini, Damian Estrada, Gualfedacki, Gerómino Sopranis, Pablo Bombini, Valentin Mangioni, Tarquino Galuci, Torquato de Cupis, Francisco Piccolomini, Leon Sanctius, Alejandro Donat, Bautista Ferrari, Vicente Guinis, Fabio Ambrosie Spínola, Gerómino Perucci, Juan Floravantius, Angelo Galluci, Horacio Grossi, Odon de Conti, Francisco Brevins, Jaime Lampugnani, Gerómino Savignani, Luis Confalonieri, Juan Gieatini, Pablo Farnesio, Alberto Morini, Alejandro Pellegrini, Guillermo Dondini, Luis Bompian, Juan Adriani, Gabriel Beati, Tomás Antonelli, Fernando Ximenez, Jose de Requesens, Cárlos de Luca y Francisco Eschinardi.

(2) *Meditamenta Litteraria.*

populares, porque es uno de los autores que escribieron la lengua portuguesa con la pureza mas exquisita. «Biey-
» ra, tan poco conocido en Francia y cuyos sermones y
» demás obras son tan dignas de serlo, segun la expresion
» del abate Gregorio (1), ha dejado una nombradía que va
» de cada dia en aumento. Como todos los que no saben
» moderarse, lleva al extremo les defectos de su país y de
» su época, es exagerado y enfático, pero mas á menudo aun
» llega á ser sublime, y arrebata por los primores de sus
» ardientes facultades.» Despues de él siguen Antonio de Basconcellos y Francisco de Mendoza. Bieyra era el predicador de sus reyes, su embajador y el misionero de los salvajes del Marañon, y fué un hombre de inspiracion y de experiencia.

El estilo de los españoles y de los portugueses tomaba del carácter nacional una especie de grandiosidad en los cuadros, una magnificencia pomposa, que hizo ley por mucho tiempo entre los literatos de la Península. Su imaginacion, cerniéndose siempre sobre las nubes ó arrastrándose por el suelo para recoger recuerdos ó pensamientos en los cuales se descubria su pobreza y mal gusto á través de los adornos y del oropel que los cubria, no sabia ni limitar su entusiasmo ni refrenar sus arranques poéticos. Cervantes habia curado la España con su don *Quijote* de su aficion á los libros de caballería, y el Padre Juan Francisco de Isla ensayó el mismo remedio en los predicadores. En su *Vida de fray Gerundio de Campazas*, que publicó bajo el pseudónimo de Francisco Lobon de Salazar, puso en ridículo los vicios oratorios y en particular el falso ingenio de los españoles. Este precepto en accion ó mas bien en sátira, debió de causar tanta impresion, que la Congregacion del *Index* temió que los chistes del Jesuita lastimaran la dignidad del púlpito. Los frailes de todos los conventos, los prebendados de todas clases se coligaron contra un libro que excitaba demasiado la cólera general para que no fuese la expresion de un sentimiento verdadero. Habia salido á luz únicamente el primer tomo, cuando el padre

(1) *Historia de los Confesores*, pág. 246.

Isla (1) recibió órden de poner fin á una sátira que no carecia de peligro. El Jesuita obedeció, pero su obra, proscrita en España, fué recogida en Lóndres y traducida luego en aleman y en inglés.

La Bélgica, tan fecunda encontroversias no ha producido sino un escaso número de oradores, siendo los tres mas distinguidos los Padres Juan Coster, Cornelio Hazart y Enrique Engelgrave. En Alemania, donde, lo mismo que en Francia, la lengua no estaba formada todavía, los Jesuitas que publicaron sus discursos lo hicieron en latin. Guillermo Becan, Adam Tanner, Matias Faber, y Gaspar Hurckman siguieron este ejemplo, pero Canisio, Juan Gans, Teodoro Dulman y Jorge Scherer desecharon esta costumbre que solo derramaba sus preceptos entre los eruditos. Adoptaron la lengua vulgar, y como estaba sin pulimentar todavía sus discursos llevan el sello de ese estilo medio tudesco medio latin. Hasta el pensamiento se resiente de los giros violentos que tenian que darle. Sin embargo, el sacrificio nacional que hacian los Jesuitas de su amor propio de autor vulgarizó el aleman. Los Padres Frantz Nenmayer, Alois Merz, y Jaime Wurs no tardaron en elevarse al rango de primeros predicadores. Jayme Wurs sobre todo, que estudió y tradujo Bossuet, La Rue y Ciceri, desplegó en sus discursos una elocuencia tan varonil y llena de uncion al propio tiempo, que sus compatriotas le comparan todavía á Bourdaloue por la solidez, á Masillon por la elegancia, y á la Colombiere por la persuasion. Los padres Jorge Forro y Jorge Caldi en Hungría, Estanislao Grodicz y Miguel Ginchicwicz en Polonia se sirvieron del idioma vulgar; mas habian aparecido en este último imperio dos hombres que hacen época, tales eran los padres Scarga y Casimiro Sarbieski; el uno metódico y ardiente, y el otro orador á la vez y poeta por el colorido brillante que sabia dar á su estilo.

(1) Esculpióse en la tumba del padre Isla un epitafio que dá á conocer muy bien los diferentes generos en que sobresalió, Helo aquí.

« In oratione Tullius, in historia Livius,
In lyricis et ludicris Horatius.»

En Francia fué támbien un Jesuita el que creó la elocuencia sagrada. Hasta el Padre Claudio de Lingendes este reino habia contado oradores poderosos, tales como el padre Coton, Arnoux, Seguiran, Dinet, Sufren, Viger y Caussin; pero Lingendes tuvo el arte de coordinar sus planes, de disponer sus prüebas, de evitar las transiciones, de variar su estilo y de dar al conjunto del discurso la única forma que puede hacer que no mueran las obras del talento. Antes de este Jesuita la Francia habia contado en la Compañía de Jesus y en el Clero hombres de una elocuencia apasionada; « no fueron oradores, como dice Ciceron (1), » sino operarios ejercitados en una grande facilidad de » lengua. » En el ardor de su mal gusto, mezclaron lo sagrado á lo profano, lo trivial á lo sublime; Lingendes corrigió este abuso por el precepto y con su ejemplo, abriendo el camino á Bossuet, Bourdaloue y Massillon. Cosa singular sin embargo, el Jesuita dió en latin sus modelos al púlpito francés. Lingendes no encontraba el idioma nacional bastante puro para desarrollar sus ideas; temia quizás sucumbir, como sus sucesores, ante el atractivo de aquel viejo estilo tan variado y tan abundante. Quiso exponer las verdades evangélicas con precision, usar con moderacion de los resortes de terror y de ternura que ponia á su disposicion la elocuencia del púlpito, y tuvo el insigne honor de ser á la vez el último de los oradores latinos, y el primero de los predicadores franceses. Lingendes habia expuesto las reglas de lo bello : el Padre Texier las adoptó, y fué para Bossuet y Bourdaloue una mina, que estos dos genios fueron á explotar mas de una vez. El piadoso La Colombiere, amigo de Patrú, Jaime Giroust y Martin Pallú; formados en la nueva escuela, se mostraron dignos de predicar hasta al lado de Bourdaloue, su hermano en la Compañia de Jesus.

Por la exactitud de sus ideas, por la fecundidad de sus planes, que nunca se asemejan, este Jesuita tuvo el mérito del orador (2), que Quintiliano compara á la habilidad de un general que dirige un ejército. Su lógica robusta no deja

(1) *Brutus*, 18, 83.
(2) *Instit.* lib. II.

lugar ni á los sofismas ni á las paradojas; posee el arte de fundar nuestros deberes sobre nuestros intereses, el secreto de convertir los detalles de las costumbres y de las pasiones en pruebas del objeto que se propone, y la abundancia del genio que no permite imaginar nada nuevo mas allá de sus discursos. Es sencillo y noble, tierno y terrible; reune y combina todos los contrastes y así es que Bossuet pudo decir de él (1). « Este hombre será eternamente nuestro maestro en todo. » Elogio sublime que dispensa de todos los demás.

Bourdaloue habia creado una escuela, los Padres Claudio de La Rue, Honorato Gaillard, Timoleon Cheminais de Montaigu, Guillermo Segaud, Daubenton, de Orleans, de La Pesse, Cathalan y Bretonneau la continuaron. El intervalo que entre ellos media es inmenso; los unos, como La Rue llevan hasta el mas alto grado el encanto y la naturalidad de la diccion; los otros, como Cheminais y Segaud, son notables por la suavidad y la energía. Estos soldados de la palabra en tiempo de Bourdaloue, llegaron á ser sus reyes despues de su muerte; pero lo mismo que todas las cosas humanas, este ramo de la literatura debió de decaer una vez que hubo llegado á su apogeo. Los Jesuitas hicieron menos notable su caida, y bajo el reinado de Luis XV, el padre Claudio Frey de Neuville lanza todavía un bello reflejo de gloria sobre el púlpito. No existe ya esa sobriedad de pensamientos, ese brillo, por decirlo así, contenido que hacen á Bourdaloue el maestro de los maestros: el énfasis reemplazó á la sencillez, los neologismos ocuparon el lugar de las ideas, y los predicadores cediendo á la manía de su siglo, olvidaron, como todos los retóricos de la Academia, la ingeniosa recomendacion de Quintiliano que decia (2): « Los oradores deben mirar las palabras de una lengua co- » mo monedas, de las cuales no deben encargarse cuando » el pueblo no las admite. » Neuville no estuvo exento de este sistema que empobrece en vez de enriquecer, no supo bastante, como dice Ciceron (3), que « la compasion debe

(1) *Elogio de Bourdaloue*, por el primer presidente de Lamoignon.
(2) *Instit.* lib III.
(3) Cicero *ad Herenium*, lib. II, 31.

» durar poco, porque no hay nada que fatigue mas pronto » que las lágrimas. » El Jesuita era el mensajero de tristes nuevas, el consolador de grandes infortunios, y esa expansion de tierna caridad, que las familias sumidas en la tristeza exigian como un alivio de sus dolores, dió á sus sermones un sabor declamatorio, que se acerca mucho mas á la exageracion de Tómas que á la magnificencia de Bourdaloue. Mas si de vez en cuando se deja ver en el padre Neuville el fasto gusto del retórico, este vicio hijo, de su siglo, desaparece bajo los efectos de su elocuencia y de los raptos de su profunda sensibilidad. Aparecen en torno de él Dufay, Perusseau, Griffet, Le Chapelain, Bullonde, Cuny, Richard, Dessauret, José Perrin, Lenfant y Beauregard, quienes en una era de decadencia supieron con Beauvais, obispo de Senez, y el abate Maury hacer revivir la elocuencia sagrada. En Alemania el padre Francisco Honnol tentaba y llevaba á cabo la misma empresa.

Desde mediados del siglo xviii, habia decaido mucho el prestigio del púlpito, y tanto, que el cardenal de Fleury escribia en 9 febrero de 1740 al de Tencin : « Es muy triste » ver que los Jesuitas pierden terreno en la opinion de los » hombres, porque es fuerza confesar que casi son los » únicos que defienden la Iglesia y los solos predicadores » que nos restan. » De esta suerte el contemporáneo de las grandezas de Luis XIV, el primer ministro del reino, veia desaparecer en su tiempo todos los elementos de su poder, degenerar la monarquía, atacar el Catolicismo, y proclamaba que en medio de este desquiciamiento solo los Jesuitas habian permanecido en pie para combatir por medio de la enseñanza y de la palabra.

Acabamos de bosquejar todos los trabajos intelectuales que el Instituto consagró al triunfo de la Religion; y sin embargo no lo hemos dicho todo : hay un sin número de hombres honrados por la Iglesia ó por las escuelas que nos han enterado en nuestra relacion, puesto que es tan difícil reconstruir todo ese glorioso edificio del pasado, y señalar á cada uno el lugar que debe ocupar en el aprecio público. Pero además de estas obras destinadas al dogma, á la moral y á todas las cuestiones religiosas, otros Jesuitas pro-

curaban restituir á la literatura, á las ciencias y á las bellas artes el antiguo esplendor que tantas revoluciones habian empañado. Hiciéronse historiadores, jurisconsultos, astrónomos, matemáticos, poetas, viajeros y artistas, de la misma manera que otros se habian convertido en controversistas y oradores, ascéticos y téologos. Registraron los archivos todavía ignorados de las naciones; se remontaron al orígen de los pueblos y de las leyes y se entregaron al estudio de la geografía y cronología dejando ver sus huellas, especialmente en la historia, en los sábios libros que dejaron, y que sirven todavía de modelos á los analistas que no han podido sobrepujarlos.

Los Jesuitas comenzaron, como era natural, por hacer la historia de su Orden : constituyéronse los biógrafos ó panegiristas de los hombres apostólicos; de los santos ó de los mártires que producia la Compañia. « Voltaire, decia Montesquieu, no será jamás un buen historiador porque escribe demasiado para su convento. » La misma sentencia puede aplicarse á los Jesuitas cuando refieren la vída de sus hermanos. Aquello es una veneracion piadosa que se convierte en admiracion y que acepta sin exámen las maravillas que solo la Iglesia tiene derecho de hacer creer á los fieles. Vivian en un siglo de prodigios, los veian multiplicarse en Europa y mas allá de los mares, poseian esta fe poderosa que traslada las montañas y escribieron bajo esta impresion. Los unos se apasionaban por alguno de sus misioneros que civilizó las tribus salvajes, que las dominó con el ascendiente de su virtud, y que murió por ellas y para ellas; los otros se esforzaban en referir en sus meditaciones los acontecimientos que llenaron la existencia de Loyola y de sus primeros discípulos, combatiendio con Lefevre, disertando con Lainez y Salmeron y honrando las virtudes angélicas de Luís de Gonzaga y de Estanislao Kostka. De ese entusiasmo que comunicaron á sus novicios, nació una multitud de libros que pudieron halagar la piedad, pero cuya lectura no ofrece al espíritu mas que una largo serie de elogios y de detalles íntimos. Esto está muy lejos de ser la historia, porque esta debe ser imparcial, y si bien puede provocar la admiracion, no tiene derecho de

admirar. Así pues no colocamos á esos biógrafos en el número de los historiadores, ni debe la Compañía á esos trabajos, por decirlo así, puramente domésticos, el lugar que que conquistó en el campo de los estudios históricos y que nadie le ha disputado jamás. Abundan entre los Padres hombres que, aun al referir los acontecimientos en los cuales tomó parte el Instituto, supieron armarse de una crítica imparcial. Orlandini, Sacchini, Jouvency, Cordara, Possino, Franco y Bartolo son en realidad los analistas de la Compañía. Todos, excepto Bartolo, escribieron en latin, que fué el idioma universal aun en la misma Francia hasta la época del presidente de Tou. Lo mismo que este grande escritor no supieron ser concisos. Su inteligencia abrazaba un horizonte vastísimo, y su pluma quiso decirlo y explicarlo todo. No tienen ni la enérgica concision de Tácito, ni la elegante rapidez de Tito Livio; parecen asemejarse á Tucídides; pero sus obras, tan preciosas por la abundancia de los hechos, pecan por su conjunto. Como en la de Augusto de Tou, el lector se pierde en ellas en detalles insignificantes; sin embargo, prescindiendo de este defecto de plan, se encuentran de vez en cuando ellas hermosas relaciones, pensamientos robustos y caracteres vigorosamente trazados. Bartolo, que se hizo el historiógrafo de Ignacio de Loyola, que se consagró, como Orlandini y Sacchini, á trazar los anales de la Compañía de Jesus, se colocó en otro órden de ideas. Los que le precedieron ó los que vinieron en pos de él escribian para el mundo sábio; él con su genio italiano, con su númen que nunca se agota, hizo populares sus obras. No tiene la gravedad del maestro que cuenta, que diserta, que instruye. Leyendo á Bartolo se llega á creer que su pluma se ha trocado én pincel. Todo son para él retratos ó cuadros, y su imaginacion se complace en las narraciones que presenta. Cuando se anima su estilo es pomposo, rico é inagotable; es el improvisador en lo mas fuerte de su arrebato; pero el improvisador que el talento y estudio han madurado, y que seguro de sí mismo no fatiga nunca al lector. Jouvency es mas fecundo; pero no tiene la rapidez de Bartolo; conoce mejor á los hombres pero no los pinta tan bien.

La Compañía de Jesus tenia sus historiógrafos, y los dió á todas las naciones. Pallavicini escribió en italiano su hermosa *Historia del Concilio de Trento.* Mariana enriquece la literatura con su *Historia de España*, que le eleva al nivel de los maestros de la antigüedad .Y sin embargo, no es á esta obra á la cual debe su brillante nombradía. Su país le saluda todavía como su Tito Livio; la Europa ha hecho pasar á su literatura aquel monumento fecundo en bellezas; y con todo, el recuerdo de Mariana se perpetua por otro libro que suscitó muchas acusaciones contra la Compañia. El padre Juan Mariana habia sido elegido por Felipe II para instruir al infante de España en los deberes de los príncipes, y con este objeto publicó su tratado, titulado : *De Rege et Regis institutione.* El Jesuita se dirigia á un rey, cuyo nombre á llegado á ser casi sinónimo de déspota; y este soberano absoluto aprobaba y hacia leer todos los dias al heredero presunto de sus estados, las teorías del regicidio que el alma republicana de Mariana exponia con una audaz elocuencia. Esas lecciones de historia, evocadas por un Jesuita bajo las bóvedas del mismo Escorial, forman un contraste tan singular, que creemos deber citar aquí un pasaje para que se vea la diferencia de las épocas y de las opiniones. He aquí como se expresa el padre Mariana (1).

(1) « Qui autem reverentia erga principes (sine qua quid est imperium?) constabit, si fuerit populis persuasum fasse esse subditis principum peccata judicare? Veris sæpe aut assimilatis causis Reipublicæ tranquillitas, qua nihil est præstantius, turbabitur, omnes calamitates seditione facta incurrent, parte populi in partem armata. Quæ mala qui non existimabit esse omni ratione vitanda, ferreus sit communi aliorum hominum senu defectus. Sic disputant qui tyranni partes tuentur. Populi patroni non pauciora neque minora præsidia habent. »

« Ab omni memoria, consideramus, in magna laude fuisse quicumque tyrannos perimere aggressi sunt. Quid enim Thrasybuly nomen gloria ad cœlum crexit, nisi gravi trigenta tyrannorum dominatu patriam liberasse? Quid Harmadium et Aristogitonem dicam? Quid utrumque Brutum? Quorum laus gratissima memoria posteratis inclusa, et pública auctoritate testata est. Multi in Domitium Neronem conspirarunt, conatu infelici, sine reprehensione tamen, ac potius

« Pero, preguntaréis : ¿qué seria del respeto á los prín-
» cipes, sin el cual no puede existir ningun imperio, si se
» persuadiese á los pueblos que les está permitido vengar
» los crímenes de los que gobiernan? Entonces no se ca-
» receria nunca de pretextos, ya verdaderos, ya falsos para
» perturbar la tranquilidad del estado, este bien precioso
» sobre todos los demás. De aquí naceria la sedicion, lle-
» vando en pos de sí toda especie de calamidades, cuando
» una parte del pueblo se armaria contra la otra. Creer que
» no se deben hacer todos los esfuerzos imaginables para
» alejar males tan graves, es propio tan solo de una alma
» desprovista de todo sentimiento de humanidad. He aquí
» como discurren los que sostienen la causa de los tiranos;
» pero los defensores del pueblo les oponen medios que no
» ceden ni en número ni en fuerza á los primeros.
» Vemos, dicen, que en todos tiempos se ha colmado de
» elogios á los que han atentado á la vida de los tiranos;

» cum laude omnium sæculorum. Sic Caius Chereæ conjuratione periit,
» monstrum horrendum et grave ; Domitianus, Stephani ; Carácalla,
» Martialis ferro occubuit. Prætoriani Heliogabalum peremerunt, pro-
» digium et dedecus imperii, ipsiusmet sanguine expïatum piaculum.
» Quorum audaciam puis unquam vituperavit, ac non potius summis
» laudibus dignam duxit? Et est communis sensus quasi quædam na-
» ture vox mentibus nostris indita, auribus insonnans lex qua á turpi
» honestum secernimus. »
« An dissimulandum judices? An non potius laudes, si quis vitæ suæ
» periculo publicam incolumitatem redimet?... Matrem carrissimam aut
» uxorem si in conspectu vexari videas, neque succuras cum possis,
» crudelis sis, ignaviæque et impietatis reprehensionem incurras : pa-
» triam, cui amplius quam parentibus debemus, vexandam, exagitan-
» dam pro libidine tyranno relinquas! Apage tantum nefas, tantaque
» ignavia. Si vita, si laus, si fortunæ, periticlandæ sint, patriam tamen
» periculo, patriam exitio liberabimus. »
» Miseram plane vitam (tyranni) cujus ea conditio est, ut qui occi-
» derit, in magna tum gratia, tum laude futurus sit! Hoc omne genus
» pestiferum et exitiale ex hominum communitate extarminare glorio-
» sum est. Enim vero membra quædam secantur, si putrida sunt, ne
» reliquum corpus inficant Sic ista, in hominis specie, bestiæ imema-
» nitas a republica tanquam a corpore amoveri debet, ferroque exs-
» cindi. Timeat nidelicet necesse est, qui terret : neqne mayor sit ter-
» ror incussus quam metus susceptus. » *Joannis Marianæ è S. J. De Rege et regis institutione libri tres* (lib. I, pág. 56, 64.)

» porque, ¿qué accion gloriosa ha elevado hasta las estre-
» llas el nombre de Trasíbulo, sino el haber librado su pa-
» tria de la dominacion de treinta tiranos? ¿ Y qué diré de
» Harmodio y de Aristogiton? ¿Qué de los dos Brutos, cuya
» gloria no solo se conserva en el recuerdo de la posteri-
» dad, sino que se encuentra confirmada por la autoridad
» pública? Muchos conspiraron contra la vida de Domi-
» cio Neron, sin resultado, es cierto, pero sin haber in-
» currido tampoco en el desprecio; sino grandeándose por
» el contrario los elogios de todos los siglos. Cayó Calígula,
» este monstruo horrible é insuportable, fué arrebatado
» por la conjuracion de Chereas. Domiciano por la de Es-
» tévan; Caracalla expiró bajo el acero de Marcial, y He-
» liogábalo, prodigio de horror y borron del Imperio, cayó
» á los golpes de los Pretorianos, que le hicieron expiar sus
» crímenes en su propia sangre. Ahora bien: ¿quién se
» ha atrevido á condenar su atrevimiento, ó mas bien
» quién hay que no les haya declarado dignos de todo elo-
» gio? Tal es en efecto el juicio que nos dicta el sentido
» comun, que es como la voz de la naturaleza hablando á
» nuestras almas, una ley que resuena sin cesar en nues-
» tros oidos y que nos enseña á distinguir lo bueno de lo
» que no lo es.

» ¿Creeis que se tienen que tolerar los excesos de la tira-
» nía, y que no se debe alabanza al que procure la salud
» de su patria con riesgo de su propia existencia? ¿No seréis
» tenidos por unos bárbaros, ó no se os echará en rostro con
» justicia, que estais dotados de una alma cobarde y desna-
» turalizada, si se ultraja á vuestros ojos una madre queri-
» da ó una esposa, y no la socorreis pudiendo? ¿Cómo pues
» podréis llevar con paciencia que un tirano oprima vuestra
» patria á la cual debeis muchísimo mas que á vuestros pa-
» rientes, y que la destruya segun su capricho y voluntad?
» ¡Lejos de nosotros semejante crímen y tamaña cobardía!
» Si, nosotros arriesgarémos, si es preciso, nuestra vida,
» nuestro honor y nuestras riquezas para salvar nuestra
» querida patria, y nos sacrificarémos para libertarla (1).

(1) Aqui establece Mariana la célebre distincion entre el tirano usur-

« ¡La vida de un tirano es ciertamente bien miserable!
» ¡vida muy poco segura! en cuanto el que podrá extin-
» guirlo, debe contar con el favor y los aplausos de todo el
» mundo. Y en efecto, es glorioso exterminar esa raza de
» hombres perniciosos y funestos á la sociedad; porque de
» la misma manera que se corta un miembro gangrenado
» para que no infecte lo demás del cuerpo, así se debe
» separar del cuerpo de la república esa fiera sanguinaria
» con semblante humano. ¡ Tiemble pues el hombre que
» reine por el temor, y que el terror en que vive no sea
» inferior al que inspira á los demás! »

Mientras que Mariana daba á los reyes esas terribles lecciones que pesarán eternamente sobre su memoria como una acusacion de regicidio, otros jesuitas se abismaban en el estudio de los tiempos pasados, ó narraban los hechos contemporáneos. Pedro Maffei, el amigo de Gregorio XIII y de Felipe II de España, componia su *Historia de las Indias*, cuyo principio tiene algo de sublime; Damian Estrada referia en un latin tan bello como el de Mariana las *Guerras de los Paises-Bajos* despues de la muerte de Cárlos V, y Horacio Temselini publicaba su *Compendio de la Historia universal hasta el año* de 1398, el cual inspiró á Bossuet la idea de su *Discurso sobre la historia universal*. El jesuita que la habia concebido no pudo llevarla á cabo, pues le faltaron los elementos de cronología y de crítica : su obra necesitaba una mano mas experimentada, y Bossuet la terminó. El padre Juan de Machault refutaba al presidente de Thou; pero su libro lleno de observaciones curiosas, no es muchas veces mas que una satíra violenta y no es así como debe manifestare la verdad.

Desde esta época los Jesuitas parecen entregarse con mas ardor á los estudios históricos. El padre Gabriel Daniel escribió su *Historia de Francia* y la *de la Milicia francesa*, fruto de la erudicion, de la conciencia y del talento. Daniel no se esfuerza, como otros muchos, en arreglar los hechos

pador y el de posesion. Hemos tratado ya de esta cuestion al hablar de la Liga en otra parte de esta historia. No queremos suscitarla de nuevo; solo si pretendemos dar á conocer la elocuencia tribunicia de este ingenio.

á una utopia ó á un sistema, sino que solo procura ser siempre claro, juicioso y moderado. No presta á la historia esos vivos colores sacados de la novela, ni pide á la imaginacion que sostenga su marcha á través de los sucesos, sino que tiene la calma de la verdad y de la exactitud. D'Avrigny en sus *Memorias cronológicas y dogmáticas* y en su otro trabajo *para servir á la historia universal de la Europa desde* 1600 *hasta* 1716, posee todas las cualidades de Daniel, pero no ha sabido librarse de algunos rasgos satíricos. D'Avrigni es francés, y lo deja ver muchas veces por su demasiada parcialidad.

Los historiadores estan siempre expuestos á los tiros de la opinion. Daniel, que legó á la Francia una verdadera narracion de sus hazañas, calamidades y costumbres antiguas, fué juzgado con mucha severidad por los que pretenden hacer de la historia el pedestal de sus pasiones ó de sus ideas. Los unos han dicho que los Jesuitas, y principalmente el padre Daniel, no habian mirado nunca los hechos con la antorcha de la filosofía, y que donde quiera no veian mas que ejércitos, reyes, príncipes y el clero. Otros se quejaron de que los Jesuitas no habian penetrado en el caos de los pretendidos derechos imprescriptibles de la nacion, y acusaron á esos autores, porque cual ellos, no habian amoldado los hechos segun sus sistemas. Los padres Daniel, Bougeant, Longueval, Brumoy y Berthier estan muy distantes de haber procedido de esta manera. No tuvieron mas ambicion que la de ser verídicos : hablaron de lo que existia, y no de sus sueños ó de sus esperanzas. El trabajo era ya de sí bastante arduo, y se creyeron dispensados de introducir en él como elemento las preocupaciones del dia, ó la opinion dominante. No se piden al historiador cuadros de convencion, teorías filosóficas, constitucionales, nacionales, socialistas ó humanitarias; sino acontecimientos, reflexiones pocas pero juiciosas, retratos sábiamente trazados y una manera imparcial de apreciar los caracteres, las costumbres y los hechos. Daniel y sus imitadores fueron exactos, y este será siempre el mas bello elogio que pueda darse al historiador. Su obra vive aun despues de tantas

revoluciones, al par que el olvido á devorado otras que brillaron mas.

Dos jesuitas elevaban un monumento á la Francia; otro padre de la misma Orden, Jaime Longueval, consagró su vida á la formacion de otro mas difícil y echó los fundamentos de la *Historia de la Iglesia galicana.* Sucumbió á la fatiga; pero lo habia comenzado tan bien que otros jesuitas,los padres Fontaney, Brumoy y Berthier, vinieron los unos despues de los otros á llevar á este inmenso trabajo el fruto de sus vigilias. Longeval habia dejado escritos los primeros tomos, y sus sucesores los continuaron con el mismo tino, trazando en un estilo robusto y claro los combates, las glorias y las virtudes de la Francia clerical. Hácia el mismo tiempo el padre Javier Charlevoix publicaba la *Historia de los nuevos establecimientos cristianos* que los Jesuitas conquistaban para la cruz. El Japon, el Paraguay, la isla de Santo Domingo y el Canadá hallaron en él el Tacito de sus supersticiones paganas y de su conversion al Catolicismo. Francisco Cotron daba su *Historia general del imperio del Mogol,* y ocupábase con el padre Pedro Rouillé de la del pueblo Romano. El padre Borgia Kery referia la *Historia de los emperadores de Oriente, desde Constantino hasta la caida del Bajo Imperio,* y terminada esta obra emprendia la *Historia de los Emperadores otomanos* que el padre Nicolás Schmidt continuaba.

Juan Bautista du Halde realizaba para la China lo que Charlevoix habia ensayado para otros pueblos, y componia su *Descripcion histórica, geográfica y física de la China y de la Tartaria china,* edificio admirable delante del cual se inclinan todavía los sábios. En union con algunos otros jesuitas este hombre tan profundamente erudito; se constituia el autor de las *Cartas edificantes.* Podia y acaso debia en el interés de la Religion y de la ciencia no distraerse de sus ocupaciones. Como todos los escritores tenia sin duda un cariño extraordinario á sus estudios privilegiados, y renunció á ellos á fin de ocuparse en arreglar aquella correspondencia que, partiendo de todos los puntos del globo, iba á ilustrar al mundo sobre pueblos cuyas costumbres eran tan desconocidas como su lengua. Du Halde se hizo

el modesto editor de ese repertorio, por medio del cual los misioneros como Lainez, Tachard, Bouchet, de Bourzes, Fontanry, Sicard, Parennin y Gaubil, ocupados en los desvelos del apostolado, iniciaban á la Europa en sus descubrimientos. Era aquello la historia tomada al vivo, la ciencia derramada sin pretension y sin esperanza que los hechos referidos pudiesen darse á luz algun dia. De esas cartas las hay dirigidas á los Padres de la Compañía y otras á los sabios. En ellas se ve á fray Attiret en correspondencia familiar con el duque de Orleans.

Las *Cartas edificantes y curiosas* tuvieron, como todas las obras de duracion, sus entusiastas y sus detractores; mas han sobrevivido á esos dos sentimientos encontrados, porque pintan costumbres reales y sufrimientos mas reales todavía. Al lado de Charlevoix y del padre Du Halde, otro jesuita, José de Orleans (1), recordó desgracias que tuvieron mas eco en Europa; describió las *revoluciones de Inglaterra y de España*, pintando con grandes rasgos los desastres causados por el fanatismo protestante. Luis Laguille, uno de los negociadores secretos del congreso de Bade, hace la *Historia de la Alemania antigua y moderna*, y Jacinto Bougeant, diplomático consumado y á quien admirará el príncipe Eugenio, analiza en su *Historia del tratado de Westfalia*, las reglas de los encargados de negocios (2) y los deberes

(1) En una *Memoria histórica sobre el Berry* por M. de Bengy Puyvalice, su refiere la anécdota siguiente:

« El famoso padre de Orleans, jesuita natural de Bourges, donde nació en 1641, salia de esta casa, que era una de las mas considerables y distinguidas de la Provincia, y habiéndose encontrado con el duque de Orleans, hermano de Luís XIV, este príncipe le dijo riendo: Tenemos el mismo nombre, y podria ser muy bien que fuésemos parientes, porque probablemente descendeis de algunos bastardos de la casa de Francia. » A lo cual respondio modestamente el buen jesuita: « Monseñor, no tengo el honor de ser de los vuestros. La casa de Orleans de que desciendo, llevaba este nombre trescientos años antes que ningun príncipe de la familia real lo hubiese tomado, » y lo que decia era la pura verdad.

(2) « Un hombre que ha desempeñado honrosamente muchos asuntos de estado, un antiguo ministro de relaciones extranjeras, me indicaba como una de las lecturas mas necesarias á un diplomático,

de los generales del ejército. Enrique Griffet reune los materiales necesarios para servir á los anales del reinado de Luîs XIII, y se hace el historiógrafo de una época de la cual solo pensó al principio en ser archivero. El padre José Isaac Berruyer compone solo su *Historia del pueblo de Dios* : esta obra, que sin embargo fué una feliz concepcion, tenia además de los errores que condenaron su Compañía, la Sorbona y la santa Sede, de los cuales se retractó su autor y que han desaparecido en las ediciones posteriores, muchos defectos en su parte literaria. La superabundancia poética y los excesos de imaginacion contrastan en ella de una manera tan extraña con la sublimidad y la concision de la Biblia, que el ingenio, ya brillante ya fácil, de Berruyer ha sucumbido en la lucha.

Estos trabajos históricos no son los únicos; la Compañía de Jesus tiene otros escritores con que aumentar este número : de Acosta y Mainbourg, el húngaro Jorge Fray y el mejicano Clavigero, analistas de su patria; Bouhours y Boleslao Balbin, Duchesne y de Mailla, Dobrizhoffer y Masdeu, Conti y Trigault, Intorcetta y Doucin, Magallanes y Lecomte, los dos Lafitau y Tournemine, Melchor Inchoffer y Haiden, Pilgram y Gerard, Willotte y Labbe han prestado, cada cual dentro de la esfera de sus ideas, eminentes servicicios al estudio de los hechos. Así el padre Alejandro Witheim con sus investigaciones sobre los Dípticos (1) de Lieja y de Bourges, obligaba á los sábios á que se ocupasen mas formalmente en estudiar los restos de las antigüedades cristianas. El padre Lupi restablecia el epigráfico publicando su opúsculo sobre ei *Epitaphium Severæ martiris.* En el momento en que esos Jesuitas parecen dividirse el campo todavía no deslindado de la historia, otros Padres del Instituto emprenden en los Países Bajos una obra de

» la *Historia del tratado de Westfalia*, del jesuita Bougeant. » (*Asociaciones religiosas*, por M. Cárlos Lenormant, miembro del Instituto de Francia, pág. 42.)

(1) Los Dípticos son unos registros en los cuales se conservan entre los antiguos, los nombres de los cónsules, magistrados y generales, Esta costumbre se habia conservado en las iglesias primitivas,

paciente investigacion, que debe iluminar los tiempos mas remotos del Cristianismo.

A principios del siglo XVII se hallaba en Utrecht un Jesuita llamado Heriberto Rosweyde. Sabe que las tradiciones eclesiasticas estan desfiguradas por relaciones sin autoridad y que escudado con esas fábulas, el Protestantismo acusa á la Iglesia de error y de mentira, y concibe el proyecto de derribar árbol por árbol auquel bosque encantado de la leyenda, tan grata á muestros antepasados, y de levantar sobre sus restos una coleccion de las vidas de todos los santos mes por mes y dia por dia. Prepara el plan de esta obra gigantesca, y sin mas apoyo que su voluntad, iba á ponerlo en ejecucion, cuando le asaltó la muerte en 5 de octubre de 1629. Esta idea cuyo orígen sube hasta al padre Canisio, habia gustado á Bellarmino y á los jefes de la Orden. Juan Bollando recibe el encargo de proseguir los trabajos comenzados por Rosweyde, y en 1643 el Jesuita publica en Amberes los dos primeros tomos de las *Acta Sanctorum;* por vasta que fuese empero la instruccion de Bollando, no bastaba la mano de un hombre solo para reunir y arreglar tantos materiales sino que se necesitaba una generacion siempre renaciente de agiográfos tan incansables como él para asegurar el éxito de la empresa. La Compañía de Jesus los suministró en los padres Godofredo Henschen y Daniel Papebroech. Estos tres hombres de una erudicion extraordinaria dieron orígen á la reunion de sábios conocidos bajo el nombre de *Bollandistas*. Todos pertenecen á la Compañía de Jesus, y son incalculables los prodigios que han llevado á cabo. Sucediéronse con rapidez los tomos de las *Acta Sanctorum*. La muerte de sus fundadores no sirvió de obstáculo á la realizacion de sus promesas, porque encontraron otros tantos herederos de su ciencia en los Padres Janning, Baert, Pinius, Cuper, Bosch, Stilting, Suysk, Perier, Stich, Soller, Limpenus de Bye, Ghesquiere, y Hubens. « Fueron tales, dice Gachard, archivero del reino de » Bélgica (1) en su *Memoria sobre los Bollandistas*, la eco-

(1) *Memoria sobre los Bollandistas y sus trabajos*, leida á la Comision real de historia el 3 de abril de 1835.

» nomía y el órden que presidieron en esta asociacion, que,
» sin mas recursos que el producto de la venta de sus obras,
» la pension que satisfacia la corte imperial y los donati-
» vos del padre Papebroek y algunas otras personas, entre
» las cuales se cuentan los obispos de Smet de Gante y
» Van Susteren de Bruges, los Jesuitas agiógrafos habian
» llegado á reunir en la época de la extincion de su Orden
» un capital de 136000 florines, que puestos á interés pro-
» ducian una renta anual de 9133 florines, renta que el des-
» pacho de las *Acta Sanctorum* aumentaba unos años con
» otros con la suma de otros 2400. Con la extincion de su
» Orden, añade el archivero belga, todos los capitales y sus
» propiedades fueron entregados al fisco. »

Esta asociacion de jesuitas en el mismo seno de la Compañía se extendia por todo el universo. Los de las provincias belgas tenian correspondencia con los agiógrafos y los eruditos del Instituto de Loyola que habia diseminados por el globo. Cada uno llevaba á los Bollandistas el fruto de sus investigaciones, y así fué como pudo continuarse ese repertorio tan necesario á la Iglesia y á los anales del mundo. Ni bastó á los Jesuitas crear una *Enciclopedia Cristiana*, de la cual ha hecho Leibnitz mas de una vez el elogio, sino que además concibieron la idea y el arte de reconocer los documentos antiguos. A ellos, dicen las *Memorias de Guetinga*, se debe el estudio de la diplomática como ciencia.

Hubo además Jesuitas que para acelerar los progresos de la Historia se dedicaron á estudios no tan brillantes, pero no menos útiles. Los unos se consagraron á la numismática, como los Padres Lachaise, Chamillard, Weilhamer, Chifflet, Pablo Javier, Lempereur, Estevan Souciet, Froeclich, Khuell, Bonnanni, Oderic, Benedett y Lckel, el legislador de la ciencia de las medallas; los otros, como los Padres Campian, Jaime Malebranche, Taffin, Petau, Briet, Teófilo Raynaud y Calini se entregaron al estudio de la cronología y de las antigüedades. Algunos establecieron á fuerza de erudicion la geografía antigua, comparándola con la moderna, el mundo sábio recuerda aun los nombres de los Padres Marquette, Villotte, Sicard y Brevedent. Los hubo, que movidos por un interés religioso y terrestre, siguieron

aun en el último siglo, las huellas del padre Cornelio á Lápide y de los hebraizantes de la Compañía de Jesus. Mayr, discípulo de Bellarmino, Giraudeau y Haselbauer trabajaban en la luenga primitiva, cual si quisiesen que no quedara sin cultivo ninguna parte de la herencia de sus antecesores en la Orden.

En todas partes reinaba el caos, tanto en la historia mutilada de los concilios como en la de los pueblos; y donde quiera salieron Jesuitas paara disiparlo. Perseguian al error bajo todas sus formas, y lo descubrian en los sínodos, en las leyendas, en las medallas y en la cronología; mientras que otros lo hallaban en el derecho canónico y se hacian jurisconsultos. Lograron á fuerza de investigaciones restaurar el derecho eclesiastico y las decretales, cuya clave dieron á conocer los Padres Pablo Layman, Pedro Alagona, Benito de Saxo y Fernando Herbestoin, Enrique Pirhing, Cristóval Schorrer, Francisco Berdi, Juan Riccioli, Pablo Leon y Frederico Spée (1), explicaron en muchas obras apreciadas todavía de los canonistas, las antigüedades y el derecho de las naciones. Mas adelante en el siglo pasado, y como si los Jesuitas de todos los países tuviesen interés justificar el elogio que hacia de ellos Lobineau, continuaron la tarea comenzada con el ardor de los primeros dias. «No » hay ninguna Orden en la Iglesia, dice el célebre Benedic» tino (2), que haya dado mas escritores en todos los ramos » de la literatura. Sus casas de París han producido un sin » número, tanto de teólogos, como de filósofos, historia» dores, poetas, gramáticos, etc. »

Preciso era hacerse dignos del elogio de semejante rival, y los Padres Mathias Linech, Ignacio Schwartz, Horacio Stephanucci, Weith Pichler, y Javier Zech lo emprendieron. El campo era vasto. y su erudicion supo cojer en él abundantes cosechas. Lineck compuso su tratado *De Legibus*; Schwartz, sus *Institutiones juris universalis naturæ et gen-*

(1) Hablando Leibnitz de este Jesuita en la primera parte de su *Teodicea*, dice que « es uu hombre excelente, cuya memoria debe ser muy » grata á los pontífices y á los sábios.»

(2) *Hist. de la ciudad de París*, lib. XX, n.° 85, tomo II.

tium y sus *Collegia*, que parecen inspirados por el genio de la historia. Stephanucci, el amigo y confesar del famoso Cardenal Albani y del de York, el último de los Estuardos, publicó las *Discrtationes Canonicæ*, y escribió su *Synodus Tusculana* en el mismo sitio donde dictó sus famosas *Tusculanas* el Orador romano. La jurisprudencia evocaba tambien Jesuitas' para explicar sus misterios. El padre Juan Sascaris, Domingo Murriel, José de Alberg, Adam Huth, Fernando Krimer, Jaime Weistner, Francisco Schmalz Grueber, Schmidt, Weinter y Francisco de Sales, Widman componian obras que como el *Apparatus eruditionis ad Jurisprudentiam* del padre José Biner, hicieron dar un paso gigantesco á la ciencia del derecho. En esos in folios que tantas investigaciones han costado á sus autores hay sin duda vacíos, trozos difusos y una crítica que está distante á veces de ser exacta, pues tal es destino de los hombres que llevan la luz á las tinieblas que se han aglomerado á su derredor. Los Jesuitas no pudieron escapar á esta ley comun que alcanzó hasta á los Benedictinos de san Mauro. Ellos cortaban y desbastaban las piedras del edificio que otros déberian tener el honor de levantar; y fueron sus mas infatigables operarios, sin reclamar para sí ninguna auréola de las glorias humanas, y contentándose con trabajar hasta su muerte en su querida soledad : ellos alcanzaron todo y mas aun de lo que deseaban. Sus investigaciones y la manera por lo regular clara con que las presentaban ofrecieron un nuevo campo á la ávida perspicacia de los eruditos, los cuales se apoderaron de sus sistemas, de sus innovaciones y de su plan, dispusiéronlo todo con mas método, y llevóse á cabo el monumento, siendo olvidados los que sentaran su base.

Lo mismo que todos los verdaderos sábios, la Compañía de Jesus se inquietaba poquísimo de que se le atribuyese ó no la gloria de haber concebido una idea, con tal que esta friunfase. Tampoco denunciaba á sus plagiarios; sino que por el contrario los aceptaba como instrumentos : marchaba con ellos porque mas que á todo tendia á ilustrar. Sus jurisconsultos fueron explotados lo mismo que sus historiadores y lexicógrafos, pero nunca se quejó. La Orden de

Jesus no tenia por objeto recoger alabanzas, sino sembrar ideas, y jamás se desvió ni un ápice de su mision. Al propio tiempo que tenia valerosos soldados y á veces diestros capitanes empeñados en el campo de batalla de la ciencia, producia otros escritores. Los estudios profanos no eran para ellos una ocupacion esencial, y estaban en segunda línea; aun mas: era preciso que ofreciesen un medio de alcanzar su objeto puramente cristiano para que fuesen cultivados. Las matemáticas eran de este número : los Jesuitas las encontraron poco ó mal enseñadas.

El genio de las ciencias exactas estaba como ahogado, porque la teología conservaba todavía el cetro en las Universidades, y las artes, la guerra y la industria no las consideraban como guias necesarias. Sin duda se hubiera abierto esta senda, aunque los Jesuitas no se hubiesen anticipado á hacerlo; pero sea como fuere, la allanaron para su siglo, la ensancharon y extendieron sus límites.

Por elevado que sea el grado de perfeccion á que han llegado no debe llevarse la ingratitud hasta el extremo de olvidar su punto de partida y los sábios que les dieron su primer impulso. El padre Cristóval Clavius desde el siglo XIV se dedicó á ellas con un ardor infatigable. Las matemáticas dormian, por decirlo asi sepultadas en las tinieblas, y aquel jesuita traduciendo y comentando á Euclides, se hizo el oráculo de sus contemporáneos. Revelóles la esfera de Teodosio, la de Juan de Sacrobosco y el astrolabio; les enseñó la gnomónica y la composicion de los instrumentos. El padre Clavius es una de esas glorias ignoradas, que los progresos del arte han eclipsado; pero que no debe perder la recompensa de sus trabajos. Este jesuita, reformador del Calendario, formó discípulos de su Compañía que propagaron sus doctrinas : Mateo Ricci, en el celeste Imperio; Jorge de San Vicente en Europa; Cárlos Malapert y Mario Bottino continuaron su obra. Los padres de La Faille y Pablo Guldin señalaron el centro de gravedad de las diferentes partes del círculo y de las elipses. Guldin, nacido en Saint-Gall en 1577, é hijo de padres herejes, entró en la Compañía en calidad de coadjutor temporal; pero aunque sin educacion primaria este jóven poseia el instin-

to de la geometría. La Compañía lo desarrolló, y pronto en las cátedras de matemáticas de Roma y de Viena pudo el padre Guldin resolver los problemas mas difíciles de Kapler, y hacer la aplicacion del centro de gravedad á la medida de las figuras producidas por circunvalacion. Guldin se ponia en contacto intelectual con Kepler; el padre Lallouere tuvo en Francia el mismo honor con Pascal. « Pascal, dice Leibniz, descubrió en aquella época algunas » verdades profundas sobre la cicloide, y las propuso á » guisa de problema; pero Mr. Wallis en Inglaterra, el » padre Lallouere en Francia, y algunos otros mas logra- » ron resolverlas. »

Un jesuita, discípulo de Clavius, el padre Gregorio de Saint-Vincent, nacido en Bruges en 1584, eclipsa por la extension de sus conocimientos matemàticos á todos los que le han precedido. Fué el favorito del emperador Fernando II y de Felipe IV de España y maestro de don Juan de Austria. « Sembró sus obras, dice Andrés (1), de un nú- » mero inconcebible de verdades nuevas, de miras profun- » das, de vastas investigaciones, de principios fecundos y » de métodos generales. » Segun Leibnitz, este jesuita tan conocido por sus *Theoremata matemática*, como por su *Opus geometricum cuadraturæ circuli*, forma con Descartes y Fermat el triunvirato de la geometría. Habíase propuesto una question insoluble, y como todos los sábios se aferró á ella, por lo mismo que ofrecia dificultades. Sarassa y Aynscom, sus discípulos defienden su teoría de la cuadratura del círculo, que combate otro jesuita Vicente de Leotaud. Los padres Nicolás y Jaime Kresa el Moravo analizan los principios de la trigonometría, y Tomás Ceva, Lorenzo Beraud y Federico Sanvitali derraman nuevas luces sobre las matemáticas.

Todas estas celebridades se eclipsan delante de un nombre que la posteridad distingue todavia. El padre Vicente Riccati, hijo del marqués Jaime Riccati, cuyo talento se honra aun en nuestros dias, fué quien creó en Italia el álgebra transcendental. Su tratado del *Cálculo integral* no

(1) Andrés, tomo IV, pág. 161.

reconoce superior. Riccati es siempre claro, exacto siempre. Cuando inventa nuevos métodos y teoremas, esos métodos, esos teoremas encuentran al momento aplicacion. Riccati dió el empuje; la Compañía le contestó desde todos los puntos de la Europa creando matemáticos, tales como Juan Terencio, Pedro Bourdin, Osvaldo Kruger, José Zaragoza, Juan Lantz, Andres Arzet, Horacio Burrundio, Carlos Pajot, Juan Caraccioli, Antonio Duclos, Luís de Hautecourt, Juan Junglingk, Jorge Merburg, Enrique Niderndoff, Bautista Rigolini, Estanislao Vidrai, Francisco Ballinger y Jaime Dumas, el maestro de Lalande, de Bossuet y de Montucla, el historiador de las matemáticas.

Galileo, discípulo de los Jesuitas, habia visto la corte de Roma dudar de la realidad de sus descubrimientos. El sábio habia sido acusado por sus sistemas, dos jesuitas italianos, Riccioli y Grimaldi confirman, con experimentos imposibles de refutar, la verdad de sus preceptos. Astrónomos, físicos y geómetras estudian la caida de los cuerpos. Riccioli abraza en una obra, fruto de una vasta erudicion la astronomía antigua y nueva; traza las reglas de la hidrografía, descubre y nombra las manchas de la luna, y en union con Grimaldi aumenta de quinientas cinco estrellas el catálogo de Kepler. Este último jesuita se dedica solo á estudios profundos sobre la difraccion de la luz y sobre los colores, y compone el tratado *De lumine et coloribus iridis,* que suministrará á Newton los principios fundamentales de su óptica. El padre Grimaldi combate el primero su hipótesis de la emision, y este jesuita es tambien el primero que abrirá á los físicos la senda del sistema de las ondulaciones, que segun Pineau (1), ha hecho una revolucion en la teoria de la luz.

El padre Gaston Pardies, el corresponsal y amigo de Newton, murió jóven, víctima de una enfermedad contagiosa que su caridad le hizo contraer en los calabozos de Bicetre. Esta muerte arrebató á las ciencias un talento que les pertenecia; pero con todo, Pardies se inmortalizó en sus *Elementos de geometría.* Lo que da sobre todo á su nombre una

(1) *Física elemental,* por Pineau.

verdadera gloria es el haber osado aplicar los métodos modernos de la geometría sublime y de la mecánica á la maniobra y al modo de conducir los buques. Los progresos del arte han hecho que se renunciase á este método; pero por grandes que sean aquellos, no seria justo olvidar al que, determinando la deriva de una nave por las leyes de la mecánica, contribuyó tan poderosamente á abrir nuevas sendas á la ciencia náutica. Pardies se hacia útil á los marinos iniciándoles en unos misterios incomprensibles hasta entonces. El padre Pablo L'Hoste, profesor de matemáticas en la Escuela real de Tolon, y hermano de mar, por decirlo así, de los almirantes de Estrées y Tourville, aprovechó su experiencia para popularizar el arte de navegar. Sus *Tratados sobre la construccion de los buques, y de las evoluciones navales*, su *Coleccion de las matemáticas mas necesarias á un oficial*, son obras que sirvieron durante mas de un siglo para formar los marinos de Francia, Inglaterra y Holanda. Los padres Fournier y Deschales trabajaron sobre la hidrografía y sobre la navegacion demostrada por principios. El padre Juan Jacobo de Chatellard consagró treinta y tres años de su vida á la instruccion de los jóvenes guardias marinos, y compuso para ellos una *Coleccion de los tratados de matemáticas*. Los Jesuitas enseñaban la teoría y la práctica del mar; otro, Cárlos Borgo, explicó el *Arte de la fortificacion y defensa de las plazas*.

Nicolás Zuchi, el predicador del sacro Palacio, era un Jesuita elocuente y un matemático ilustre. Sus observaciones astronómicas, sus disertaciones acerca del vacío y la perfeccion que dió al telescopio le crearon un nombre que Cassini ha hecho mas grande. Este Padre habia adquirido una celebridad tal, que muchos sábios le atribuyen la invencion de los telescopios catóptricos; si bien otros, y son los mas, conceden esta gloria al inglés Gregory. No es el único padre que se distinguió en las ciencias físico-matemáticas. Adam Tanner, Scott, Scheiner, Keri, Maugold, Kilian, Confalonieri, Lecchi, Renault, y Antonio Rivoire se mostraron dignos de la herencia de los Zuchi y de los Kircher. Todos ellos llevaron su piedra al edificio que elevaba la ciencia; porque ya en 1622 el padre Schoenberg

en su *Demonstratio et constructio novorum horlogiorum*, descubria los cuadrantes solares de refraccion, y el padre Eusebio Nieremberg hacia nuevos descubrimientos en el estudio de la historia de los animales.

Era necesario arrancar sus secretos á la naturaleza; y aparecieron los padres Gaspar Schott, Fabri, Lana, Cabeo, Gusmao, Boscovich y Kircher. Este último es el sábio universal. Penetró en todas las ciencias y los profundizó todas. Las exactas, la física, las matemáticas, los idiomas, los geroglíficos, la historia, la música, las antigüedades, todas en suma le revelaron su secretos. Derrama sobre todos los ramos del saber humano un resplandor tan brillante como inesperado; abraza y llena un espacio que la imaginacion puede apenas concebir. Kircher no era solamente un hombre especulativo que coordinaba sus problemas en el silencío de su laboratorio; sino que teniendo necesidad de explicar las causas y los efectos de las erupciones del Vesubio, se hace bajar al cráter del volcan. Busca un punto de unidad en las naciones, é inventa la escritura universal que cada uno puede leer en su lengua, y da la solucion de su teoría en latin, italiano, francés, español y aleman. El vocabulario que ha creado se compone de cerca mil seiscientas palabras, y expresa con signos convencionales las formas variables de los nombres y de los verbos. Su estenografía es mucho mas ingeniosa que la de Juan Tritemo, que ha servido de base al *Manual para enterpretar la correspondencia*. El Jesuita se hizo tan famoso, que los reyes y los príncipes protestantes tuvieron á mucho honor el proporcionarle las sumas necesarias para sus experimentos. Domiciliado en Roma, todos los monarcas dirigen las antiguallas ó productos de la naturaleza que pueden reunir, y se cartea con ellos y con las grandes inteligencias de Europa. En medio de tantos trabajos le queda todavía bastante tiempo para componer treinta y dos obras. Kircher se extravió algunas veces, y sostuvo errores que le eran muy propios y otros que su siglo habia admitido. Los que explotaron las teorias de este jesuita, los sábios modernos que han sacado de él lo que llaman sus descubrimientos ó los materiales de sus sistemas, han procurado obscurecer

su nombradía, pues ignoran esta sentencia de Plinio (1) : « Es de un hombre probo y honrado tributar una especie » de homenaje á aquellos de quienes se ha recibido alguna » luz ó conocimiento, al paso que prueba un talento bajo » y limitado preferir ser cogido vergonzosamente en un » plagio, que confesar con ingenuidad su deuda. »

Gaspar Schott no pensó en pasar tan adelante como Kircher, sino que buscó resultados que divirtiesen y que pudiesen distraer á los curiosos en sus momentos de ocio. En su *Fisica curiosa* y en su *Mirabilia naturæ et artis* manifiesta el orígen de las escrituras ocultas, de la palingenesia de las plantas, de la marcha sobre las aguas, de las cabezas parlantes, las primeras nociones de máquina neumática y de la instruccion de los sordo mudos. Creeríase que nada debe permanecer oculto á los Jesuitas, que estan destinados á crear la mayor parte de las maravillas con que se enriquecerán los siglos futuros. El padre Bartolomé de Gusmao, dotado de un genio penetrante, de una imaginacion atrevida y aficionado á estudiar la naturaleza de las cosas, se hallaba en el Brasil, cuando un dia descubre un cuerpo ligero, esférico y cóncavo, tal vez una cascara de huevo ó una corteza seca de limon que se elevaba poco á poco flotando en el aire. Este fenómeno llama su atencion; procura explicárselo y hace ensayos para ver si podrá repetirlo. Conoce que solo lo logrará por medio de un cuerpo que con el menor peso posible presente mayor superficie á la atmósfera : combina muchos medios y fabrica por fin el primer globo aerostático. Consistia en una esfera de tela que realizó completamente su idea. El jesuita parte para Lisboa; conoce los grandes resultados que puede dar su descubrimiento, y se ofrece á lanzarse á los aires con su globo aerostático. Pero Gusmao se ponia demasiado en pugna con las ideas entonces en boga para no hacerse enemigos de buena fe. La inquisicion portuguesa se alarma con aquella innovacion, y el Jesuita para tranquilizarla propone elevarse con el Santo Oficio y el inquisidor mayor. Esta chanza de sábio fué recibida como un ultraje. El pueblo de Lisboa

(1) *Præf. hist. nat.*

cree que el padre Gusmao tiene los malos en el cuerpo, y hasta los inquisidores ven un efecto de la magia en lo que no es mas que un exacto conocimiento de las leyes de gravedad. Gusmao es acusado ante el tribunal del Santo Oficio, y como Galileo se presenta á él tranquilo, y sostiene que su invencion no era contraria á ningun dogma, á ningun precepto de la Iglesia. Enciérranle sin embargo en un calabozo; pero los Padres del Instituto logran hacerle escapar, y Gusmao, siempre firme en sus convicciones, se retira á España, donde muere en 1724.

Antes que el otro jesuita llamado Francisco Lana Terzi; natural de Brecia, donde nació el 13 de diciembre de 1631, habia en su *Prodromo di alcune invenzioni nuove* y en el *Magisterium naturæ et artis*, encontrado por otros medios el secreto de los globos aerostáticos. Este genio singular, que ha enseñado la transformacion de los metales y que hasta creyó haber indicado una senda segura para llegar al descubrimiento de la piedra filosofal, no se limitó á esos errores de la ciencia. En el capítulo VI del *Prodromo*, describe la barca volante que ha soñado; la suspende á cuatro globos hechos de láminas metálicas, y manifiesta el modo de dar á la bomba el aire suficiente para hacer aquellos globos mas ligeros que un volúmen igual de aire atmosférico. Lana habia logrado á fuerza de cálculos descubrir el globo aerostático, pero la pobreza á que le condenaban sus votos no le permitió, segun confiesa él mismo, ensayar el experimento de que Leibnitz dudaba en su *Hypothesis phisica nova*. El globo se quedó en proyecto hasta que Gusmao, sin haber leido la obra de Lana, concibió la idea del mismo, bien asi como que mas adelante Montgolfier lo realizará y perfeccionará por una nueva inspiracion. El padre Lane era uno de esos hombres que marchan delante de su siglo. Él fué quien inventó el sementero, cuyo descubrimiento se atribuyó Tull en 1733 (1); él fué quien un siglo antes que el abate l'Epee y Sicard enseñó el modo de enseñar á escribir y hasta á hablar á los sordo mudos de nacimiento; él

(1) Algaratti en el tomo X de sus *Obras* describe este sementero que hoy dia está en uso casi en toda la Europa.

quien organizó las cifras misteriosas por medio de las cuales los ciegos podian tener correspondencia entre si y con los hombres que quisiesen servirse de los mismos caracteres. Lana llevó mas adelante sus investigaciones, presintió las maravillas que estaba destinada á realizar la ciencia, y por un prodigio de intuicion reveló desde el fondo de su celda el camino que era forzoso seguir para lograrlo.

La física tenia sus mártires en la Compañia de Jesus; la mineralogia vió formarse en ella sus sábios. El Padre Bernardo Cesi compuso los *Tesoros de filosofía natural.* Los padres Martin Gzuctivany, Boym, de Beza, Bonanni, José Acosta, Tomás Gouye, miembro de la Academia de las Ciencias, y Estevan Souciet propagaron con sus escritos y sus lecciones los conocimientos matemáticos. El Instituto de Loyola poseia sábios en todos los ramos, y formó tambien en su seno pintores, escultores y arquitectos. El padre Jaime Courtois pintó batallas, y Andrés Pozzo buscó las reglas de la perspectiva. Daniel Segerhs (1), José Valeriano, Pedro Latri, Castiglione, Dandini y el Hermano Attiret fueron artistas célebres en una época en que la pintura se hallaba en su mas alto grado de perfeccion. El padre Fiammieri se hizo escultor, y Francisco de Raut, Edmundo Massé y los hermanos Matlange arquitectos. El padre de Ventavon y los coadjutores Paulus y Thibault descollaron en el arte de hacer relojes. Los hermanos du Breuil y Bourgoing trabajaron sobre la perspectiva; Erasmo Marotta llegó á ser un músico célebre, y Cristóval Matter sobresalió por sus conocimientos médicos.

Los Jesuitas no han recorrido todavía el círculo de todas las ciencias. La astronomía les ofrecia un medio de prestar nuevos servicios á la civilizacion, y lo aprovecharon. Hiciéronse astrónomos, como se habian hecho controversistas é historiadores. Los primeros que se lanzaron á esta senda, donde todo permanecia en el estado de duda y en la

(1) El padre Seghers era tan apreciado, que Frederico Enrique, príncipe de Orange, le hizo un presente digno de él y de un artista. Regalole una paleta y unos pinceles de oro, que en 1765 se conservaban aun en el colegio de los Jesuitas de Ambéres.

que hasta la realidad tomaba las apariencias del error, fueron los padres Clavius, Alejandro de Angelis, Juan Voell y Odon Ealeotius. Ellos echaron los fundamentos de esos estudios, de los cuales el padre Jorge Scheinar fué el oráculo. Scheine observó las manchas del sol mucho tiempo antes que Galileo, pero por temor á las preocupaciones contemporáneas y por deferencia á sus superiores se contentó con comunicar su secreto al sabio Welser (1). Cuando el jesuita mas libre y mas atrevido por el renombre que se habia adquirido reclamó su descubrimiento, Welser tuvo lo probidad de confirmarlo; y segun el testimonio del baron Cristian de Wolff, los escritos del padre Scheine sobre esta materia fueron otras tantas obras maestras. El padre Cristóval Grimberger, publicaba tambien su *Prospectiva nova cœlestis*, « libro notable, dice Lalande (2), en cuanto contiene » la primera idea de las proyecciones centrales, esto es la » proyeccion de la esfera sobre un plano que la toca en un » punto, estando el rayo visual en el centro. » Mientras que los padres de Aleni, Cárlos Spínola, Bressani y Ruggi, se entregaban en el Japon y en el Asia á observaciones astronómicas, y que los misioneros chinos, como lo demostrarémos en el capítulo en que tratemos de las misiones, hacian dar pasos agigantados á la ciencia, Francisco Aquilon, José Blancani, Miguel Mourgues, Jorge Schonberger, Alberto Curtz, Estevan Moro, Hugo Sempilises, Pedro Robinet, Juan Levrechron, Manuel Diaz y Horacio Grossi, el antagonista de Galileo, hacian provechosa la astronomía y regularizaban su enseñanza. El padre Esquinardi en su observatorio del Colegio romano se antecipaba á Cassini en el descubrimiento del maravilloso cometa de 1668. Otros Jesuitas diseminados por los mares lo señalaron tambien, y calcularon su marcha cuando era todavía desconocido en Europa.

Cada año parece estar señalado en la Compañía de Jesus con algun trabajo de importancia. Ora son Antonio Pimen-

(1) Las cartas del padre Scheiner llevan el título: *Ad Velseren de maculis solaribus epistola*.

(2) *Bibliografia astronómica*, pág. 157.

ta, Gerónimo Tarteron, Juan Richaud, Rokauski, Fontaney, Bonfa, Haucke y Andrés Tacquet que estudian la marcha de los astros, ora Claudio Millet Deschales que demuestra que la refraccion de la luz es una condicion esencial para la produccion de los colores en el arco iris y en los cristales, poderoso descubrimiento que servirá de base á la teoría de Newton. Mas adelante los Padres Visdelon y Lecompte observan los eclipses de los satélites, y Jaime Kresa » el hombre universal « segun Lalande (1), Antonio Laval, Combes, Taillandier, Castel, Gaubil, Koegler, Sloviseck y José Roger Boscovich sostienen con honor el puesto que ha conquistado el Instituto de Jesus en las ciencias exactas. Boscovich es la lumbrera de esas nuevas generaciones. Admirador de Newton, modifica y reforma sus ideas á fin de librarlas de las objeciones que embarazan su marcha; pero no bastándole esto, traza á los Neutonianos modernos las reglas de su Fe astronómica, y da á luz el tratado de *La atraccion considerada como ley universal*. Los padres Cárlos Benvenuti en Roma, Pablo Mako y Cárlos Scherfer en Viena, Leopoldo Birvald en Gratz, Horwarth en Tirnau adoptan y popularizan esta doctrina sencilla á la par que positiva. El Jesuita Boscovich estaba en correspondencia con de Alembert y Condorcet; la Sociedad real de Lóndres le llamaba á su seno; los monarcas de Europa le honraban con su aprecio, y dirigia el observatorio de Milan. Sin embargo, en medio de tantos trabajos y de esas ilustres amistades, compuso su hermoso poema astronómico, *de Solis ac Lunæ defectibus* (2).

La influencia de la Compañía de Jesus hacíase sentir igualmente en otros puntos. Melchor de la Briga, Andrés Meger, Felipe Simoneli, Bartolomé Maire, Rivoire, Maximiliano Hell, Weiss Beraud, Stepling, Hallerstein, de Rocha, Pilgram, Augon Chatellain, Cesar Anman y Bullinger se constituyen apóstoles de la ciencia. La Europa con-

(1) *Bibliografia astronómica*, pág. 333.

(2) El nombre de este Jesuita era tan célebre, que aun durante la revolucion francesa pudo Lalande elogiarlo públicamente en el *Diario de los Sábios* (febrero de 1792).

taba apenas algunos observatorios en sus capitales; los Jesuitas á mediados del siglo XVII conocen la necesidad de consagrar á la astronomía edificios especiales, y se hacen los propagadores de esta idea; crean instrumentos de óptica, y hacen interesar á los reyes y príncipes en esos monumentos que se elevan como bajo su mano. En Wurzburg el padre Francisco Huberti dirige él mismo la construccion de su observatorio; en Viena el padre Hell alcanza de la emperatríz María Teresa un donativo para engrandecer el del Colegio de la Academia; Cárlos Teodoro ofrece á los padres Mayer y Metzger el edificio que fundó á sus instancias en la ciudad de Manhein; el padre Keri levanta uno en Tirnau, en Hungría; los padres Stepuig y Retz sacrifican su fortuna para edificar el de Praga; el Colegio de los Jésuitas crea el de Gratz. Los padres Lebrouwski y Poczobut toman la iniciativa para establecer uno en Vilna, Pallavicini construye el de Milan sobre los planos de Boscovich y á expensas de la Compañía; los padres Jimenez en Floréncia, Belgardo en Parma, Panigay en Venecia, Cavalli en Brescia, Asclepi en Roma, Piazzi en Palermo, Carboni y Copasse en Lisboa, Laval y Pezenas en Marsella, Bonfa en la antigua ciudad pontíficia de Aviñon, se dedican á los mismos proyectos y realizan los mismos establecimientos. « En Lion, dice Montucla, los Jesuitas habian hecho cons- » truir en su magnífico Colegio un observatorio en una de » las mejores situaciones. Habia sido fundado y dirigido » por el padre de Saint-Bonnet, el cual fué reemplazado » por el padre Rabnel, sábio comentador de la *Geometría* » de Descartes, y quien tuvo por sucesor el padre Duclos, » y en fin el padre Beraud, físico ingenioso, geómetra ex- » celante y observador industrioso y lleno de celo. Pláce- » me, añade el historiador de las matemáticas (1) que pu- » blicó su obra durante la revolucion francesa, derramar » aquí algunas flores sobre el sepulcro de este sabio y res- » petable jesuita, que me puso en las manos el primer « libro de geometría lo mismo que á los ciudadanos Lalande » y Bossut. »

(1) *Hist. de las matemáticas*, tomo IV, pàg. 347.

Como todas las asociaciones á las cuales la uniformidad de principios y de tendencias comunica la de accion, los Jesuitas, aunque dispersos á veces por toda la superficie de la tierra, aunque desconocidos los unos á los otros, tenian correspondencia entre sí desde todos los puntos del globo. Diseminados en el universo, señalaban los fenómenos de la naturaleza, transmitian sus descripciones á sus hermanos de Europa, y estas descripciones hechas sobre los mismos lugares, tenian autoridad hasta en las academias. La fecunda actividad de los misioneros no dejaba pasar nada desapercibido, y todo se convertia en sus manos en materia de enseñanza; porque en el fondo de esos imperios donde llevaban su apostolado, encontraban por todas partes vestigios de religion ó de historia, monumentos olvidados, artes nuevas y plantas que la medicina debia aprovechar. Desde su orígen hasta su caida marcharon sobre ese terreno, el mas vasto que ninguna asociacion vió desplegarse jamás á sus ojos, con una perseverancia que no se dió ni un dia solo de reposo. Tenian sábios que en las grandes capitales europeas fecundaban el pensamiento humano propagando las ideas religiosas; otros que, diseminados por los mares y por todos los continentes, se hicieron gratos á su patria por el recuerdo de un beneficio, ó por la conquista de una ciencia. Esos misioneros no eran únicamente apóstoles que anunciaban á los pueblos del mundo antiguo y á las tribus salvajes del nuevo al Dios muerto en la cruz por la salud de todos; su obra de civilizacion iba mas lejos. Su objeto principal era el Cristianismo, pero este lo abraza todo, y así fué que se les vió ocuparse en todo.

El 21 de abril de 1648 el jesuita Pedro Paez acompañaba al emperador de Etiopia al reino de Gojam. El ejército se hallaba acampado en el territorio de Sacala, « cerca de una » montaña que no parece muy alta, dice el mismo je- » suita en su *Relacion del descubrimiento de las fuentes del* » *Nilo*, porque las que la rodean lo son mucho mas. Iba » de una parte á otra recorriendo atentamente con los ojos » todo cuanto habia á mi derredor, y vi dos fuentes redon- » das la una de las cuales podia tener cuatro palmos de

» diametro. Imposible me fuera expresar cual fué mi ale-
» gría al contemplar lo que Ciro, Cambises, Alejandro y
» Julio Cesar habian deseado con tanto ardor, aunque en
» vano, saber. Estas fuentes no rebosan jamás, porque el
» agua, que tiene una especie de declive, llega con ímpetu
» al pie del del monte. Los paisanos de las cercanías me
» aseguraron que, como el año habia sido en extremo seco,
» la montaña habia temblado, y que se extremece á veces
» con tanta violencia que no se puede ir por ella sin peli-
» gro. »

Aquellas eran las fuentes del Nilo. El emperador de Etiopia y los habitantes del Gojam no veian nada de extraordinario en esos fenómenos de la naturaleza; pero el padre quiso sondear el misterio que en ellos se revelaba. Siguió el agua en todas sus direcciones, atravesó las rocas de donde se despeña en espuma ó en humo, y llegó á fijar el origen del rey de los rios (1). En 1740 Manuel Roman, superior de las misiones del Orinoco, se dedica por espacio de nueve meses á estudiar su curso. Sabe cuán útil es para el apostolado y para el comercio el conocimiento de los rios; examina aquel, y despues de largas fatigas llega á encontrar el punto en que se junta con el Marañon. Antes de este jesuita español, el padre Jaime Margatte en la América septentrional daba este ejemplo de investigaciones útiles, que adoptaban los misioneros de la América meridional. En 1673 parte del lago Michigan con algunos remeros, y se dirige hácia él Sud. No tiene mas que algunas vagas indicaciones dadas por los salvajes, pero comprende que el desembocadero del Mississipi no puede estar muy distante: lo busca y lo encuentra en el golfo Mejicano. Margatte en medio de sus investigaciones habia oido á las tribus de las orillas del Mississipi hablar del gran mar occidental, que se descubre remontando el rio despues de haber seguido el curso de otro. La tradicion de este hecho se habia conservado entre los hijos de Loyola, la habian co-

(1) Vosgien en su *Diccionario geográfico* confirma las palabras del Jesuita. Leemos en el artículo *Nilo*: «El padre Pedro Paez, es el primer europeo que descubrió su orígen en el mes de abril de 1618.

municado al gobierno francés demostrando las ventajas políticas de este descubrimiento, como puede verse por las memorias que existen todavía, y hasta pidieron que se les proporcionasen los medios para abrir un nuevo camino al comercio. La Francia de Luís XV no les dió oidos, y dejó á un inglés el honor de esta empresa.

Otros jesuitas marchaban á otras conquistas mas difíciles. Los hay que preparan el descubrimiento del Oregon, cuyas fértiles riberas irá á saludar en 1791 un navío americano con el nombre de Colombia. El padre Cárlos Albanel parte el 8 de ahosto de 1671 para abrir á sus compatriotas un camino hacia la bahía de Hudson. Los ingleses llevan por armas y municiones á las tribus vecinas al Canadá, las cuales mantienen por este medio la guerra contra la metrópoli. Talon, intendente general de la colonia, quiere saber en que punto desembarcan los comerciantes ingleses. Mas de ochocientas leguas de desiertos impracticables le separaban de aquel sitio, y era preciso salvar inmensas cataratas é internarse en regiones desconocidas. La empresa era tan peligrosa, que los oficiales mas resueltos se ven obligados á desistir por tres veces de llevarla á cabo. Talon no se desanima como ellos, y viendo que los soldados no se atreven á aventurarse en los pantanos de Tadousac, se decide á enviar un jesuita, y el padre Albanel parte con Mr. de Saint-Simon y seis salvajes. Al cabo de un año vuelve á Quebech despues de haber abierto á los franceses un camino seguro para llegar á la bahia de Hudson.

De esta suerte, guiados siempre por la misma idea, los Jesuitas daban los primeros pasos en los descubrimientos científicos en los cuatro puntos cardinales de la América septentrional. El padre Biard en su sencilla relacion de 1614 describia las costas orientales del Canadà; en 1626 el padre Cárlos Lallemand hacia conocer las regiones inmediatas á Quebec, y en 1673 el padre Marquette abria el camino al mediodía y el padre Albanel al Norte. Han pasado desde entonces sobre esos países muchos años y sangrientas revoluciones. Los proyectos de los hombres se han estrellado ó desaparecido como las fortunas individuales, y he aquí que

en 1844 en jesuita, al Padre Pedro de Smet (1), llevado por el deseo de evangelizar á los Salvajes penetra en las Montañas pedregosas, remonta hasta sus fuentes el Mississipi y el Missouri, y realiza él solo los deseos y las esperanzas de sus antepasados del Instituto.

En sus excursiones religiosas no eran únicamente misioneros, sino que conservaban siempre vivo en su corazon el recuerdo de su patria lejana, y con esa solicitud que los pueblos olvidan tan pronto, se ocupaban en hacer que sus viajes fuesen útiles á la humanidad, á las artes europeas y á la riqueza nacional. Los unos advinaban las cualidades febrífugas de la quina, y la hacian pasar á Europa, desde desde donde se extendia por todo el mundo (2), recogian entre los Tártaros el grano del ruibarbo, ¡y naturalizaban esta preciosa planta en Europa. En los bosques de la Guyana y de la América descubrian y enriquecian el comercio con la goma elástica, la vainilla y el balsamo del Perú. El padre Lafitau transplantaba del Canadá en Francia el Chinsang, cuyas propriedades analizaba el padre Jartoux. Otros jesuitas distinguíanse en el celeste Imperio, el uno llevaba á su patria el pavo y la pava, y el otro el castaño de la India.

Ocupábanse desde el fondo del Oriente en los adelantos de la industria nacional, é introducian en Francia las primeras nociones sobre el modo de fabricar el tafilete y de teñir de encarnado los algodones. En la India, donde vivia con los indígenas, un jesuita se dedicó á examinar aten-

(1) *Viaje y permanencia entre los pueblos de las Montañas pedregosas*. (Malines, 1844).

(2) La primera persona de Europa curada de la calentura por la quina fué la condesa de Chinchon, vireyna del Perú. Los Jesuitas conocian ya las propiedades de este polvo y lo hicieron pasar á sus hermanos de España. El padre Juan Lugo, que despues fué cardenal, la llevó á Roma; el padre Annat á Francia, donde salvó la vida á Luís XIV; al propio tiempo que otros Jesuitas la introducian en la China, para librar al emperador Kang-Hi de una fiebre maligna. La quina fué conocida en España durante mucho tiempo con el nombre de *polvos de la Condesa*, y en Roma con el de *polvos del cardenal de Lugo*. En Francia é Inglaterra se la llamó *polvos de los Jesuitas*.

tamente los procedimientos y los mordientes que se empleaban para la impresion de las telas pintadas, y legó este nuevo patrimonio á las manufacturas de su país. La Europa era tributaria á la China en el ramo de porcelanas. El padre Javier de Entrecolles fijó durante mas de un año su permanencia en Kin-te Tching, provincia de King-si, única ciudad donde se trabajaban. Con sus neófitos, artesanos todos, estudia la mezcla de las tierras, su fabricacion, la forma y los dibujos de los hornos. Reune muestras de kaolin y petunce, de cuya fusion hábilmente hecha resulta la porcelana, aprende el modo de cocerla y darle barníz, y dirige sus explicaciones al gobierno francés, que tan bien supo aprovecharlas.

Hasta este dia la Compañía de Jesus parece haber vivido mas por la reputacion de sus poetas, de sus historiadores y literatos que por la de sus teólogos y sus sábios. El mundo conocia á los unos, al paso qua nunca habia oido pronunciar el nombre de los otros sino acompañado del fastidio que inspiran generalmente las ciencias abstractas. Los poetas y los literatos sirvieron para hacer apreciar á esos doctos personajes. El mundo convino en fin en que podia ser muy bien que fuesen profundos controversistas y grandes matemáticos, porque Bouhours era un hombre amable, y porque Lemoyne, Rapin, Vaniere y un gran número de jesuitas rivalizaban en entusiasmo y gracia lírica con los jefes de la escuela del siglo xvii. Lo profano sirvió como de pasaporte á lo sagrado. Amóse á esos escritores fecundos cuyas obras, llenas de elegancia, eran acogidas favorablemente por todas partes; se admiró bajo su palabra á los maestros de quienes tenian á tanto honor ser discípulos, y se consideró á los Jesuitas mas bien como una sociedad de letrados, que como un Instituto religioso. Y sin embargo, la poesía y la literatura propiamente tales no son ni deben ser en él mas que una excepcion. San Ignacio no fundó su Compañía con el objeto de formar versificadores y académicos. Para abandonarse á las exaltaciones y á sus sueños, para aspirar en la naturaleza ó en el corazon humano los acentos de piedad, terror ó amor que constituyen al poeta, es preciso poderse entregar con toda seguridad á sus

alegrías á sus tristezas, al reposo ó al trabajo. La primera condicion de la existencia del claustro se opone á esta caprichosa libertad. El jesuita tiene un círculo de ocupaciones que le es imposible traspasar; vive en la oracion y en el estudio, en el ejercicio de sus deberes sacerdotales, ó en los viajes apostólicos. Fáltale por consiguiente el tiempo para realizar las obras que pasan como en sueño por su imaginacion, y si ha nacido poeta, lo será tan solo en los años de su juventud, ó en medio de los desvelos de la enseñanza.

Muchos de ellos, sin embargo, encontraron medio de lanzar sobre su Orden ese nuevo rayo de gloria. Hiciéronse célebres aprovechando las horas perdidas, y compusieron versos para descansar de estudios mas graves, ó para despertar con su ejemplo la aficion á las bellas letras en sus discípulos. Esos versos han grangeado á su nombre una inmortalidad con la cual nadie habia contado.

Como el latin era la lengua predilecta de los sábios y de los colegios, la mayor parte escribieron en ella. Frusis, Tucci, Perpinien, Maffei, Cressoles, Benci, Monet, Saillan, Hosschius, Fichet, Caussin, Galuzzi y Richeome fueron los primeros que se distinguieron en la poesía y en el arte oratorio. No deben buscarse en sus obras los tristes ó alegres movimientos del corazon, que los zelos, el odio ó la felicidad despiertan en la lira. Desde el tiempo de Homero el amor ha sido el móvil principal de toda clase de poesías, y los Jesuitas estan condenados por el deber á no celebrarlo nunca. No pueden buscar el objeto de sus cantos sino un órden de ideas morales ó campestres, poco favorables al vuelo de las pasiones que se alimentan de las dichas ficticias ó de los dolores reales. Carecen del recurso de conmover por la pintura de los deleites ó de los tormentos que agitan al hombre y hasta la sátira está prohibida á á su caridad. Es necesario que se limiten al género descriptivo, y si cae de sus labios algun epígrama debe pasar antes por el crisol del amor al prójimo, y quedar reducido á algunas antítesis sin hiel, á algun chiste que no lastime la vanidad mas delicada.

La poesía fué pues para los Jesuitas mas bien un pasatiempo que una ocupacion, al cual pidieron placeres ino-

centes y nunca emociones fuertes. Con todo, hubo padres, tales como Frusis, que supieron conquistarse un lugar distinguido aun en un cuadro tan limitado. Casimiro Sarbiewski compuso ó retocó los himnos del Breviario romano; ejercitóse antes que Santeuil en la poesía lírica católica, y Grocio dice del Jesuita polaco (1), que marchó al lado de Horacio y le aventajó algunas veces. Jaime Balde tuvo el mismo honor en Alemania y su patria. Como Sarbiewski, posee en el mas alto grado el desórden del entusiasmo y el ritmo latino. Es un genio sepultado en las lenguas muertas, pero que sus contemporáneos saludaron con gritos de admiracion. La mas célebre de las obras del padre Balde es su *Urania victoriosa, ó el combate del alma contra los cinco sentidos*, la cual en una época literaria, en 1660, obtuvo los honores de una quintuple impresion. El padre Vincart publicaba entonces sus heroídas sagradas, Juan de Bussieres su poema de *Scanderberg* y su *Rhea libertada*, cuadros incompletos en que la pureza del estilo no corresponde siempre á la magnificencia de los pensamientos. Balduino Cabillarius, Gualfreducci, Stephoni, Cárlos Papin, Antonio Milliet, Bauhusius, Werpœs, Pulcarelli, Pimenta de Santarem, Benci y Gilberto Jouin, llamado por su siglo el Anacreonte cristiano, han dejado todos cantos piadosos, santos elogios ó poemas sobre la Vírgen.

Los Padres Cárlos de la Rue y Gabriel Cossart continuaban en Francia las glorias literarias de la Compañía de Jesus. La Rue celebró las conquistas de Luís XIV en bellos versos latinos, que el gran Cornelio su amigo traducia en bellos versos franceses. La Rue, que vivia en una atmósfera de elocuencia y poesía, se distinguió en mas de un género. Fué orador elegante y autor trágico lleno de elevacion; hizo tragedias latinas y hasta las compuso en su lengua materna, y sus dos composiciones *Lisímaco* y *Silla*, aun al presente no carecen de mérito. Para el la forma era casi el todo. Dotado de un talendo delicado, amaba la sencillez y la armonía, y fué el modelo de la mayor parte de sus contemporáneos en la Compañía de Jesus. Mientras que el

(1) *Horatium assecutus est, imo aliquando superavit.*

padre Tomás Strozzi en Nápoles, cantaba el *Modo de hacer el chocalote* y discurria sobre la libertad de que tan celosas estan las repúblicas; en tanto que el padre Lorenzo Lebrun componia su *Virgilio* y su *Ovidio Cristiano*, Renato Rapin (1) publica su obra maestra *De los jardines*. Delille ha parafraseado sus descripciones y le copió detalles llenos de encanto y de sentimiento. Commire no posee esta imaginacion; su verso es puro, mas se resiente de la aspereza de su carácter. Sabe ser sencillo á fuerza de arte, pero muchas veces peca por exceso. Commire, en su discurso *de Arte parandæ famæ*, echa una mirada sobre los trabajos literarios de su tiempo, y por ventura sin quererlo es profeta para todos los siglos (2). Rapin cantó los jardines; Vaniere (3) celebra la casa rústica. Su *Prædium rusticum* tiene algo de ingenuo, de armoniosamente agreste, y se comprende que el Jesuita debia ser muy aficionado á la vída del campo. Estévan Sanadon resucita, á ejemplo de sus maestros, las bellezas de Virgilio y de Horacio. Poeta como ellos,

(1) Santeuil, cuya gloria contribuyó á realzar lo original de su carácter, habia apostado doscientas libras tornesas con el padre Duperrier sobre quien haria mejores versos. Compusieron un poema cada uno, y pidieron á Menage que decidiese cual era el mejor. Habiéndose negado este á ser árbitro, eligieron al padre Rapin. Despues de haber leido las dos producciones, el Jesuita encontró un dia á Santeuil y Duperrier en el atrio de su iglesia de los Victorinos, y les dijo que unos hombres de talento y cristianos debian avergonzarse de manifestar tanta vanidad, y que era preciso que fuesen muy ricos para apostar tanto dinero por semejantes bagatelas. Luego acercandose á la caja de las limosnas de la Iglesia de san Victor. « Los pobres, añadió, se apro» vecharán de la inutilidad de vuestras disputas y del sobrante de » vuestros bienes. »

Como se echa de ver, la poesía era para un poeta célebre de la Compañía no mas que una bagatela.

(2) Se lee en un pasaje este curioso cuadro que será verdadero mientras haya literatos : « Excercent quasi quædam monopolia famæ et so» cietates laudum laudant mutuo ut laudentur, fœnore gloriam dant et »accipiunt, cæteris omnibus obtrectant. »

(3) Cuando el padre Vaniere fué á París Luís XIV hizo acuñar una medalla de oro en honor suyo. La república de Venecia tributó en 1774 el mismo homenaje al padre Vicente Ricotti, uno de los mas famosos matemáticos de la Compañía.

encuentra siempre la expresion mas verdadera y el rytmo mas numeroso para revelar su pensamiento. Despues de ellos el padre Agustin Souciet, con sus poemas sobre la *Agricultura* y *los Cometas*, Brumoy con los de las *Pasiones* y de el *Arte de hacer vidrio*, Reinier Carsurghi, La Sante, Jaime de la Baune, Cárlos de Aquino, Buffier, Federico, Sanvitali, Grozier, Gerónimo Lagomarsini y José Desbillons, digno rival de Esopo y Fedro, conservaron en la Orden de Jesus la supremacia que tantas obras de imaginacion le habian conquistado.

Estos hombres, que con Santeuil forman una de las faces mas brillantes del siglo de Luis XIV, han conservado una gran reputacion hasta nuestros dias y se les honra hasta cuando ya no se les lee. Poseyeron esa sobriedad de imágenes sin la cual las obras de la poesía no pueden aspirar á un exito duradero. Los poetas latinos de la Compañía solo habian incurrido en defectos que eran del gusto de la época; pero otro jesuita, Pedro Lemoyne, se entregó á todos los excesos de la imaginacion. No pide á la lengua de los antiguos las palabras que necesita para expresar su pensamiento, sino que canta á *san Luis* en el idioma nacional. La lengua estaba entonces en su período de revolucion, ni tenia la sencillez del tiempo de Marot, ni se elevaba todavía con Corneille, sino que se encontraba en esa época de transicion tan funesta al talento. Lemoyne era un escritor de númen fogoso, pero que no supo refrenar jamás sus poderosas facultades. Hubiera creado la exageracion, si esta no hubiese reinado antes que él. Fué álternativamente sublime y ridículo, elocuente y bárbaro; desplegó un lujo tal de imágenes que muchas veces cae de las alturas de la poesía á las trivialidades de la metáfora. Lemoyne era digno de mejor suerte; poseia el movimiento épico, este fuego continuo que alimenta las pasiones. Con tantos recursos en el corazon, vaciló como un hombre ebrio, porque se hizo una ley de despreciar todas las reglas y de no saber jamás ser sencillo ó magnífico á tiempo (1).

(1) Los cuatro versos siguientes, atribuidos hasta el dia á Voltaire, se encuentran en una epístola del padre Lemoyne. Voltaire es bastante ri-

Los Jesuitas, que como el Padre Lemoyne, se dedicaron á la poesia francesa despues de él, han repudiado la herencia de los versos de seis pies que les habia legado, y fueron mas correctos, mas clásicos, á pesar de que no tuvieron su númen arrebatador ni su abundancia. Los Padres Porée du Cerceau, Vionnet (1), Kervillars y otros muchos, cuyos versos buenos ó medianos estan condenados al olvido, se hicieron una reputacion de buen gusto y elegancia. La poesía no fué para ellos mas que un accesorio, y solo brillaron en ella como por distraccion; pero en cambio desplegaron grandes recursos de diccion en otro género. La elocuencia profana, y sobre todo la del panegírico y de la oracion fúnebre les coloca en una posicion mas brillante. Ellos dieron el precepto y el ejemplo; las arengas de los Padres Alberto Koialowicz, Alejandro Macchi, Luís Juglar, Antonio Viger, Cesar Romain, Pedro Rouviere, Wading, Petiot, Tomás Politien, Cools Mestch, Guilhem, Sala, Rumer, Aschendorf, Miguel de Saint-Roman, Lejay y Cossart, que fueron los maestros, contemporáneos ó herederos de

co, para que se desdeñe de recoger algunas perlas del humo del Ennio de la Compañía de Jésus.

> Et ces vastes pays d'azur et de lumière,
> Tirés du sein du vide et formés sans matière,
> Arrondis sans compas, suspendus sans pivot,
> Ont à peine coûté la dépense d'un mot.

(1) El jesuita Vionnet, queriendo luchar con Crebillon, opuso á su tragedia de *Xerxes*, otra trajedia compuesta por él con el mismo nombre, y la dirigió á Voltaire, quien el 14 de diciembre de 1749 le dió esta respuesta curiosa é inedita:

« Tengo el honor, mi reverendo, de manifestaros mi reconocimien- » to humílde por vuestro hermosísimo regalo. Vuestras manufacturas » de Lion valen mas que las nuestras; pero ofrezco lo que tengo. Me » parece que sois mas enemigos de Crebillon que yo, pues habeis he- » cho mas daño á su *Xerxes* que yo á su *Semirámide*. Vos y yo pelea- » mos contra él. Hace mucho tiempo que milito bajo los estandartes de » vuestra Compañía, no teneis un soldado mas débil, pero tampoco mas » fiel. Vos aumentais mas y mas en mi esta adhesion, por los sentimien- » tos particulares que me inspirais, y con los cuales tengo el honor de » ser, mi reverendo padre, vuestro respetuoso y muy humilde y obe- » diente servidor. — *Voltaire*.»

Bourdaloue y de La Rue, son en este género académico dechados preciosos.

No hay un ramo de literatura permitido, al cual no se deban añadir algunos nombres de Jesuitas. Con el padre Martin du Cigne, buscan las fuentes de la elocuencia y aprecian los cómicos latinos. Con Brumoy, traducen ó analizan el *teatro de los Griegos* á fin de dar modelos de noble sencillez á los trágicos de todos los siglos. José de Tournemine es en su *Diccionario de Trevaux* el oráculo de los sábios y de la crítica. Juvency traza las reglas del gusto; Javier Bettinelli dirige á Voltaire sus hermosas *Cartas sobre Virgilio*. Poético y retórico italiano, tiene menos entusiasmo que juicio, y no procede tanto por el genio como por el talento. El padre Bouhors, su antecesor, tuvo, como él, la gracia del estilo, y como él tambien supo descubrir con harta perspicacia los descuidos que se escaparon á los grandes escritores. Claudio Menestier es el ingenioso arquitecto de la Compañía de Jesus, el maestro en las ciencias de blason, de los torneos y del tramoyista. Juan Bautista Blanchard se hace el moralista de todos las edades con su *Escuela de las costumbres*; y en la misma época los padres Berthier y Zaccaria se constituyen en Francia y en Italia los caudillos literarios de la reaccion religiosa contra los incrédulos del siglo XVIII. La Compañía, que va á sucumbir, se ve todavía al frente de una falange sagrada, cuyos trabajos enumerarémos mas adelante y que, comenzando en Tiraboschi, Feller, Francisco de Ligny, los dos Guerin de Rocher, hallará dignos herederos en el jesuita cardenal Angelo Mai, que descubrió el tratado de Ciceron *de República*, y en los padres Rosaven, Perrone, Maccarthy, Ravignan, Tinetti, Montemayor, Van Heke, Secchi, Vico, Pianciani, Arturo, Martin y Cahier.

En una obra publicada en Lisboa en 1830 bajo el título de: *los Jesuitas y las letras*, un escritor portugués, José de Macedo, se hace esta pregunta. ¿Se notaria algun vacío en la vasta república de las letras si se perdiesen todos los libros que existen sobre las ciencias en general y sobre cada una de ellas en particular, con tal que quedasen las que han compuesto los Jesuitas? Macedo resuelve esta duda de

una manera negativa, y expone los motivos de su opinion. Esto es una exageracion, y nosotros la rechazamos tanto en la alabanza como en el ultraje. En cuanto lo ha permitido la insuficiencia de nuestras fuerzas hemos procurado indicar la extension y el carácter de los trabajos intelectuales de la Compañía de Jesus. No abrigamos la pretension de haber hecho un cuadro, sino un simple bosquejo á fin de reunir en poco espacio los servicios hechos á las letras y los beneficios prodigados á la humanidad. Este cuadro hubiera podido ensancharse muchísimo mas, porque no lo hemos dicho todo, ni sobre los hombres, ni sobre los escritos; pero sin embargo servirá para demostrar que en todos los tiempos y bajo todos los climas los Jesuitas fueron los apóstoles de la ciencia humana, como eran los propagadores de la Fe divina. Ellos han cumplido en el mundo una doble mision tan gloriosa como difícil. Por la enseñanza y por las ideas de toda especie que pusieron en circulacion, lograron sin duda el fin religioso que se proponian. La conclusion de esta historia nos hará ver si han realizado ó no mas que cumplidamente el otro.

CAPITULO IX.

Luis XIV y su carácter.—El padre Annat su confesor. —Se constituye medianero entre el Papa y el Rey en el asunto de la guardia corsa. Los Jesuitas en tiempo de Luís XIV. —El padre Canaye en Dunquerque.—Misiones de Bretaña.—Las casas de retiro.— El padre Chaurand y los pobres.— Creacion de los establecimientos para los pobres. — Ghaurand llamado á Roma por Inocencio XII.—Bourdaloue en la corte.—*Tu es ille vir.*— Muerte del padre Annat.—Sucédele el padre Ferrier en el cargo de confesor del Rey. —Carácter de este Jesuita. —Luis XIV encarga á Ferrier la hoja de los beneficios.— El padre Francisco de Lachaise.— Su retrato.— Ascendiente que cobra sobre el rey. — Aleja de su lado la marquesa de Montespan, — Retrato de Inocencio XI.— Negocio del Patronato régio.— Los Je-

suitas en Pamiers. — Resistencia del Obispo á las órdenes del Rey. — El Papa le apoya.— Envia á los Jesuitas breves comminatorios. — Los Jesuitas citados ante el Parlamento de París y ante el de Tolosa. — Se elogia su prudencia. — El Papa excomulga á Luis XIV. — Los Jesuitas no publican la bula que les ha dirigido el Papa. — El Clero de Francia se reune. — Disposiciones de los ánimos. — Bossuet en la asamblea general de 1682. — Libertades de la Iglesia galicana. — Declaracion de los cuatro artículos. — Motivos religiosos y políticos de esta órden. — El padre Lachaise y el general de los Jesuitas. — Cartas del padre Lachaise sobre las consecuencias de la declaracion. — Tentativas de conciliacion del rey y de los obispos cerca de la santa Sede. — Carta de Luis XIV. — Las libertades galicanas y los revolucionarios.— Lo que hicieron los Jesuitas en aquellas graves circunstancias.— Los protestantes y el edicto de Nántes.— Colbert y Bourdaloue. — Plan de los Jesuitas para vencer la herejía. — El padre Dez en Estrasburgo.—Madama de Maintenon y Luís XIV.—El padre Lachaise se opone á su matrimonio. — Los Jesuitas se dividen sobre la oportunidad de la revocacion del edicto de Nantes. — Se acusa al padre Lachaise.— El canciller Letellier y su hijo Louvois. — Los Jesuitas en mision cerca de los protestantes. — Bourdaloue y La Rue. — Poco efecto que producen aquellas misiones. — La revocacion del edicto de Nantes atrae la persecucion sobre los Jesuitas de Holanda.— Su posicion en este país.— Medidas que adoptan. — Su Memoria á los Estados generales. -- El arzobispo de Sebaste y los Jansenistas. — Causas de la persecucion. — Los Jesuitas en los Estados generales. — Escriben á Roma por Orden de los estados. — El cardenal Paulucci. — Son proscritos. — Su perseverancia. — Los Jesuitas desterrados de Sicilia. — Su regreso. — Conversion de la familia lia electoral de Sajonia. — Los padres Vota y Salerno. — El padre Vota en Polonia con Frederico Augusto.—El padre Salerno en la corte de Sajonia.— Convierte al Catolicismo el principe heredero. — Le hace casar con una archiduquesa de Austria. — Salerno cardenal. — Clementc XI premia otros dos Jesuitas con la púrpura romana. — Tolomei y Cienfuegos. — Los Jesuitas expulsados de Rusia por Pedro el Grande. — Las congregaciones generales. — Cárlos de Noyelle, general de la Compañía despues de Oliva. — Su muerte. — Eleccion del padre Tirso Gonzalez. — Su carácter.— Le sucede Miguel Angel Tamburini.— Apostolado de Francisco de Hieronymo.

Enrique IV, con su reinado, los cardenales Richelieu y Mazarino con su ministerio, y los Jesuitas con la educacion habian preparado uno de esos siglos que hacen época en los anales del mundo. Faltaba tan solo encontrar un prín-

cipe digno de continuar la obra tan penosamente comenzada, cuando nació Luís XIV. En todo el ardor de la juventud y de las pasiones, bello como la esperanza, y llevando al mas alto grado el sentimiento de su fuerza y del honor nacional, iba á recoger la triple herencia que tres grandes hombres legaban á su inexperiencia. Los placeres, los juegos de cañas y los amores caballerescos debian ser su única ocupacion : el dia mismo en que murió Mazarino quiso ser rey; y lo fué en toda la majestad de este título. Hízose á un mismo tiempo popular y justo, magnífico y económico, conquistador y legislador. El niño habia sido arrullado por los tumultos de la Fronde, ó en medio del círculo en que Ana de Austria, su madre, unia la galantería española á las gracias de la conversacion francesa. El jóven habia por gratitud abandonado las riendas del estado al ministro de su minoría; pero cuando Mazarino dejó de existir, Luís se sintió llamado á reinar por sí mismo. El instinto del poder le reveló el conocimiento de los hombres y de los negocios; el orgullo de gobernar la Francia le enseñó el papel que debia desempeñar en Europa; y aquella cabeza que tanto brillaba bajo la corona, no consintió jamás un sacrificio de dignidad nacional. Luís XIV honró la Francia tanto en sus victorias como en sus reveses; le inspiró confianza en sus ilustres capitanes, en sus poderosos administradores, en sus mas célebres escritores, y sobre todo en su pueblo, á quien inflaman siempre todas las pasiones generosas. En una palabra, tuvo en el trono el buen sentido que dirige al genio.

Bajo el gobierno de un rey que no dejaba nada que hacer á los demás, los Jesuitas comprendieron que no tenian que temer ya esa instabilidad legal que los cuerpos de magistratura tenian suspendida siempre sobre su cabeza como una amenaza. Con Luís XIV, cuya energía veia el Parlamento, no podia hacerse nada contra su gusto. Tanto en la corte como en los colegios, así en París como en el fondo de las provincias, se dispusieron á trabajar en la prosperidad de la Religion y de la enseñanza. El rey con su omnipotencia inexperta todavía necesitaba un guia ilustrado, y lo encontró en el padre Annat, su confesor.

Francisco Annat, nacido en Rodes en 5 de febrero de 1591, era uno de esos caracteres ásperos, pero buenos, tales como las montañas del Rouergue han dado muchos á la Iglesia. Su ruda franqueza, su ciencia profunda, pero que el roce de la corte habia podido volver elegante, su fisonomía tan llena de sencillez como de disimulo, le daban un carácter particular. Habia desempeñado sin brillo, pero con un mérito incontestable, los primeros cargos de su Orden; y hacia tiempo que era el director espiritual del Monarca, cuando un acontecimiento inesperado vino á enemistar al Gefe de la Iglesia con el Rey Cristianismo. Luís XIV pretendia ser el primero siempre y por todas partes. Su orgullo natural realzado por tantas victorias y tantas paces gloriosas, le hacia intratable sobre sus derechos de preferencia. A fin de robustecer su autoridad en el interior quiso que fuese respetado en el exterior el nombre du su país. Ya á fines del año 1661 en una disputa que se suscitó entre el conde de Wateville, embajador de España, y el de Estrades, que lo era de Francia, habia tomado medidas tan decisivas que intimidado Felipe IV, su suegro, se sometió á sus exigencias y reconoció que el nieto de Cárlos V debia ceder el paso al sucesor de Francisco I. Un año despues empeñóse en una querella del mismo género; pero esta vez la cuestion era mas espinosa, porque Luís XIV se quejaba de la corte de Roma. El duque de Crequi, embajador cerca de la santa Sede toleraba la licencia de sus súbditos que habian insultado á una compañía corsa de la guardia del Papa. El rey no hubiera sin duda ni evitado, ni diferido la reparacion del ultraje; pero se dejó que los corsos lo vengasen por sí mismos. Asaltaron al duque de Crequi en su palacio, hicieron fuego sobre el coche del embajador, y mataron ó hirieron muchos franceses. Al saber este atentado contra el derecho de gentes, Luís XIV se apodera del condado Venesíno, y escribe á Alejandro VII que su ejército va á pasar los Alpes y á marchar sobre Roma si no se le concede una satisfaccion.

La posicion de los Jesuitas entre la santa Sede y la Francia era difícil. El padre Annat conocia el respeto que profesaba Luis XIV á la Cátedra apostólica; pero sabia tambien

que su orgullo justamente irritado no retrocederia ante ninguna consecuencia. Aunque en esta disputa no se trataba de los derechos de la Iglesia, podian no obstante verse atacados en la guerra. El padre Annat, á instancias del Rey se constituyó medianero por medio del general de la Compañía. El soberano Pontífice acababa de hacer un llamamiento inútil á los príncipes católicos, que rehusaron todos el honor de defender la corte de Roma contra las armas francesas. El papa habia permanecido indiferente al insulto que su sobrino el cardenal Chigi habia autorizado, ó cuando menos dejado impune. Annat se aprovechó de esta circunstancia para defender cerca de Alejandro VII y de Luis XIV los derechos de cada uno, y atenuar los ultrajes respectivos. El 18 de enero de 1663 escribia desde París al General de los Jesuitas :

« No puedo menos de manifestar mi sentimiento á vuestra Paternidad, viendo fallida la esperanza que habia concebido de un próximo arreglo entre el soberano Pontífice y el Rey Cristianísimo. Parecia que no habia nada mas probable que conciliar dos ánimos, amigos entrambos de la concordia; pero no sé que fatal coincidencia de los sucesos destruye todas mis previsiones. El Rey Cristianísimo toma con dolor la ofensiva; pero su misma repugnancia es una prueba de la energía y constancia con que llevará adelante la guerra hasta que haya alcanzado una reparacion completa. El mismo Santo Padre le ha confesado la atrocidad del insulto hecho á la Francia en medio de Roma, y no por uno ó dos individuos, sino por una partida numerosa de soldados corsos. El Rey se queja de que habiendo sido público el ultraje, no se haya podido descubrir en cuatro ó cinco meses un solo autor ó promotor del atendado, nadie que se haya hecho su cómplice por su negligencia en prevenir, prender ó castigar á los culpables. »

« Vuestra Paternidad comprende mejor de lo que sabria yo decirle las desastrosas consecuencias de esta querella. Está en la mano de las partes beligerantes el comenzar una guerra, pero no siempre depende de ellos el terminarla. El peligro imminente que amenaza en este reino á

» la santa gerarquía de la Iglesia, y el rompimiento de toda
» subordinacion, son para mí un fuego interior que me
» quema de una manera increible. No he oido hablar abier-
» tamente de renovar la pragmática sancion, y solo sé que
» uno de los primeros ministros se ocupa de la forma que
» debe seguirse para arreglar los negocios de la Iglesia de
» Francia cuando la guerra interrumpa toda comunicacion
» con la santa Sede : dicese que se asociará á los Parla-
» mentos á esta administracion. Habrá solamente una asem-
» blea de obispos, á la cual se consultará; dividiránse los
» pareceres, y temo mucho que esto ocasione un desastre
» á la Iglesia. Si durante las hostilidades se adquiere la
» costumbre de violar los derechos de la santa Sede, será
» muy difícil renunciar á un sistema de gobierno eclesiás-
» tico del cual pedirá Roma la abolicion, y que la Francia
» no querrá tal vez abandonar, porque se habrá inaugu-
» rado con ciertas apariencias de justicia. En suma, este
» negocio es de tal naturaleza que la Iglesia tiene quizás
» que temer mas de la victoria que de un descalabro, Los
» franceses vencidos y contando entre ellos una multitud
» de herejes ¿no se inclinarán, exasperados por la der-
» rota á lanzarse á la herejía, ó cuando menos al cisma!

« En cuanto á mí, puedo prometer que con el auxilio de
» Dios no faltaré á mí deber: pero ¿de que sirve una caña
» contra la furia de un torrente? Añadid á esto que se re-
» nueva en nuestro daño la antigua acusacion de Papismo.
» Una carta últimamente escrita de Roma en este sentido
» ha debilitado notablemente nuestros esfuerzos. Los sec-
» tarios antiguos y modernos, enemigos todos de la Com-
» pañía, se unen en esta ocasion, y será un prodigio sino
» recibimos golpes terribles durante la borrasca.

« Puedo decir que el Rey Cristianisímo tiene en grande
» estima al soberano Pontífice, habla de él con mucho res-
» peto, y no se olvida de reconocerlo por jefe de la Iglesia;
» pero está persuadido de que es para él una obligacion no
» dejar que se envilezca la majestad real tan cruelmente
» ultrajada. Cuando la santa Sede se proponia enviar un
» legado á París, oí decir al Rey que lo recibiria con mas
» honores que de costumbre. Creo que será grato á vuestra

» Paternidad leer aquí el testimonio de agradecimiento que
» debo al cardenal Antonio (1). Lleva muy bien este nego-
» cio, procurando conciliar las derechos de ambas partes,
» y prestar al Rey los servicios que le debe, sin faltar en
» nada á sus deberes hácia el Jefe de la Iglesia. »

La Corte de Roma conservaba un sentimiento tan elevado de su dignidad en sus relaciones diplomáticas con los príncipes, que costaba mucho á sus agentes confesar sus faltas personales. La carta del padre Annat no daba lugar á la incertidumbre : era preciso consentir en la reparacion que exigia Luis XIV, ó arrostrar los peligros de una guerra, cuyas calamidades religiosas enumeraba tan hábilmente el Jesuita. Alejandro VII prefirió sacrificar el orgullo de sus ministros que la integridad de la tiara. El mismo cardenal Chigi fué á ofrecer al Rey las escusas del Papa, y elevóse en el centro de la ciudad pontificia una pirámide para eternizar el recuerdo de la reparacion que el hijo predilecto de la Iglesia exigia de su madre. Annat en sus negociaciones se habia mostrado tan adicto al Vaticano como al trono de Francia. Luis XIV le agradeció el que hubiese calmado sus enojos, y Alejandro VII le manifestó en un breve su reconocimiento por su afortunada intervencion. El 16 de octubre de 1664 el jesuita respondia al soberano Pontífice : « He
» quedado confundido al leer el breve apostólico con que
» se ha dignado vuestra Santidad honrarme, pues es un
» favor que no habia merecido y que no tenia ningun mo-
» tivo para esperar. Cuando vuestra Santidad pareció en-
» comendarme el negocio cuya conclusion ha sido confiada
» al ilustre nuncio, Arzobispo de Tharse, recibí aquella in-
» sinuacion como una órden, y la órden como un favor.
» No será difícil hacer apreciar al Rey Cristianísimo los
» piadosos proyectos y las justas demandas de vuestra San-
» tidad. Todo cuanto interesa al culto divino y á la propa-
» gacion de la Fe es para él de la mayor importancia, se-
» gun nos prueba con numerosos testimonios todos los dias.
» No dudo los ofrecerá aun mayores de su celo, ahora que

(1) El cardenal Antonio Barberini, gran limosnero de Francia y arzobispo de Reims.

» va á restablecerse la concordia entre la Sede Apostólica
» y su Real Majestad, como conviene que subsista entre el
» mejor de los padres y el mas sumiso de los hijos. »

Los Jesuitas eran un freno moderador para Luis XIV cuando se hallaba en la embriaguez de su poder y de sus pasiones, y procuraban dirigir al bien las eminentes cualidades que desplegaba. Rodeado de aduladores ó de poetas que una palabra de su boca, un signo de su mano ó una mirada suya hacia felices ó sumia en la desesperacion; amante de la gloria, y lo mismo que su abuelo, sin fuerzas para resistir á las seducciones del amor, este príncipe podia asustarse de los prudentes consejos de un anciano, cuya austeridad era para él una acusacion continua. La historia y la poesía han consagrado la memoria de la señorita de la Valliere; pero el padre Annat se guardó muy bien de tomar parte en la admiracíon universal. Se divinizaba á Luís XIV; hasta sus vicios eran recibidos como virtudes. Los Jesuitas declararon la guerra á su corazon, y como dice Bayle (1), « el padre Annat reprendia todos los dias al prín-
» cipe por causa de sus amores, y no le daba ni un mo-
» mento de reposo. »

En esta sucesion tan rápida de fiestas y de combates, de placeres y de victorias que señala los treinta primeros años del reinado de Luís, la Compañía de Jesus no se contentó con gozar á la sombra del trono de un apoyo que no le faltó jamás. No habia sido fundada únicamente para vivir en la corte, no creia haber desempeñado cumplidamente su mision cuando habia inspirado sentimientos piadosos á alguna familia poderosa. Desvelada con los cuidados necesarios á la educacion de la Francia, no olvidó que debia consagrarse tambien á la conversion de los herejes, y á la conservacion del Catolicismo en las provincias. Contaba en su seno bastantes individuos para popularizar este triple apostolado. El reino por otra parte gozaba de una paz interior que les permitia regularizar su celo, y Luís XIV les daba la mas amplia libertad : aprovecharon esas ventajas,

(1) *Dicc. hist.* articulo, *Annat.*

y lo mismo que el Monarca comenzaron á marchar de triunfo en triunfo.

Despues de la batalla de Dunes en que Turena derrotó en 1658 al príncipe de Condé y á D. Juan de Austria, la ciudad de Dunquerque fué cedida á los Ingleses; pero Mazarino, que gobernaba todavía, especificó en las cláusulas del tratado que el padre Juan Canaye permaneceria en ella con el título de *rerum catholicarum moderator*, á fin de proteger la Fe de los habitantes. La Francia pensaba reconquistar mas tarde esa plaza marítima, y no queriendo conceder á los Ingleses todos los derechos de propriedad, Mazarino la unia en cierta manera al suelo francés por medio del culto. El jesuita tenía el encargo de conservar en los corazones el patriotismo y la Religion, y supo preservar tan bien á los ciudadanos de los errores del Anglicanismo, que cuando en 1662, despues de la paz de los Pirineos, Luís XIV rescató Dunquerque, solo se encontraron allí católicos y franceses. En la misma época el Colegio de los Jesuitas de La Fleche era testigo de una nueva victoria sobre el Anglicanismo. La condesa de Sussex, su hijo y toda su familia adjuraban la herejía. El conde de La Suze y la marquesa de Beauvau imitaban este ejemplo en la Casa profesa de París; Mad. de Montpinson en Alenzon, Luis de Croy en Uzes, de Bagais en Nimes, y la familia de la Claye en Meaux, volvian bajo la direccion de los Padres al seno de la Iglesia. Esta aumentaba por ellos el número de los fieles; y la Compañía de Jesus hallaba en las bendiciones del pueblo la recompensa que esperaba de sus trabajos. El conde de Dunois, hijo de Enríque de Orleans, duque de Longueville, vino, acompañado del gran Condé, su tio, á llamar á la puerta del noviciado, y se ofreció al Instituto despues de haber cedido sus derechos de primogenitura á su hermano Saint-Paul de Longueville, que morirá mas tarde en el paso del Rin. La Compañía repartia su ardor entre todas las obras: se veia á los hijos de Loyola seguir los unos los ejércitos, y morir, como el padre de La Borde, en el seno de la victoria que habian preparado con sus exhortaciones; mientras que otros en el fondo de las provincias y lejos del tumulto de los campos fundaban en 1664 casas de retiro sobre el

plan que San Ignacio de Loyola, y despues de él San Vicente de Paul, habian concebido. Las primeras que se crearon lo fueron en Bretaña, en este país, cuyo espíritu habian renovado los padres Mannoir, Martin, Rigoleu, Tomás y Hubi; Mannoir habia obrado prodigios en esta provincia; el clero, el pueblo, la nobleza, todos se encendian en fervor al fuego de su palabra; llevaba la conviccion á las almas al par que la reforma á las costumbres. Para perpetuar esos frutos de salud el abate de Kerlivio, vicario general de Vannes, la señorita de Francheville y el padre Vicente Huby se asociaron con el objeto de dotar á su patria con algunas casas de retiro. Los eclesiásticos, los seglares y hasta las mugeres, debian fortalecerse en ellas por separado en la piedad. El padre Huby arregló los ejercicios, y compuso las meditaciones. Su caridad era ingeniosa; conocia el arte de conmover los corazones endurecidos, de fortalecer á los débiles, de enardecer á los tíbios y de conservar el fervor. El padre Huby habia tomado una santa iniciativa; eleváronse otras casas en Bretaña, en las cuales derramaron esas congregaciones la semilla religiosa.

Ensayóse en otros países lo que tan buenos resultados habia dado en las playas del Océano, y en todas partes los alcanzaron los Jesuitas iguales. El Padre Luís Le Valois, nacido en Autun en 1639, y cuyo celo apostólico habia admirado la Normandía, fué á París para continuar la obra, y eligió el Noviciado de la Compañía. El Rey, aun en medio de sus triunfos y de sus placeres, unió su nombre á una idea que contribuia á la tranquilidad de las familias y al buen órden de la sociedad. El mariscal de Bellefonds, el amigo de Bossuet, tomó una parte activa en esos retiros, y estuvo en ellos, confundido con fieles de todas categorías, porque el padre Le Valois los habia establecido para todas las clases. Le Valois, y despues de él Sanadon, procuraron extender la moral y la instruccion hasta á los trabajadores; otro Jesuita, el padre Honorato Chaurand, cuya vida fué un sacrificio continuo, realizó él solo una institucion que era casi imposible á un gobierno.

Habia visto de cerca y estudiado la lepra de la mendiguez, y á fin de comenzar á curarla funda casas de trabajo,

donde reune á los pobres. No tiene mas auxiliares que su caridad y su elocuencia, y sin embargo triunfa de las malas inclinaciones, de la ociosidad y del desórden. Desde 1650 hasta 1697 recorre la Francia en todas direcciones, crea ciento veinte y seis hospitales y los dota con los mas sábios reglamentos. Chaurand poseia el don de persuasion; arrastra tras si los indigentes, les revela el precio del trabajo y les demuestra que la existencia vagamunda que llevan es una carga para ellos y para el país. Los mendigos consolados y alentados no desesperaban ya ni del cielo ni de los hombres. Chaurand les habia tomado bajo su proteccion; los gobernadores de las provincias, los obispos, y los ricos de la tierra le llamaron para que crease iguales establecimientos en sus ciudades ó en sus tierras. La reputacion que se habia adquirido el Jesuita y su aptitud á dominar por medio de una bondad siempre ingeniosa á los infelices á quienes la ociosidad ó el hambre arrastraba al crímen ó al vicio, traspasaron los Alpes. Al oir las maravillas obradas por un hombre sin fortuna, pero que sabe hacer fecunda la beneficencia, el Papa Innocencio XII concibe el proyecto de fundar en su capital la obra que el Padre ha organizado en Francia. Cambia su palacio de Letran en hospital; mas el soberano Pontífice no piensa solamente en imitar al Jesuita, sino que desea que aplique él mismo las reglas que ha establecido : quiere aprender de su boca los recursos que su celo ha sabido hacer fructificar. Chaurand llega á Roma; el Papa conversa muchas veces con él, le colma de testimonios de su aprecio, le admira en su caridad, y cuando el Jesuita murió an 19 de noviembre de 1697 en el noviciado de Aviñon, no se extinguió con él su pensamiento creador. Otros padres del Instituto siguieron sus huellas, y supieron tambien estimular la generosidad del rico y hacer productivo el trabajo del pobre.

Nada era extraño á los Jesuitas. Se hallaban en todas partes, pues donde quiera habia cosas grandes que llevar á cabo. La Orden habia llegado á ser un semillero de sábios y de misioneros, de confesores de los reyes y de preceptores de los pueblos. Todas las ciudades de Lorena y de Champaña les ofrecian nuevas casas. En 1665 se crea en

Reims una segunda cátedra de filosofía, y los habitantes de la antigua ciudad de san Remy votan una iluminacion general en honor de la Compañía de Jesus. Cárlos de Linoncourt, marqués de Bleinville, renuncia su inmensa fortuna para entrar en el Instituto; pero en el espacio de algunos años la muerte llena la Compañía de luto. El 5 de junio de 1667 el jesuita cardenal Pallavicini, uno de los mejores historiadores del Catolicismo, sucumbe en una edad no muy avanzada. El 27 de junio de 1673 muere el padre Tomás de Villers, despues de cincuenta y tres años de trabajos apostólicos, y el 9 de enero de 1677 el padre Edmundo de Joyeuse espira en Metz en los ejercicios de la enseñanza y de la predicacion. La ciudad de Dijon llora tambien la pérdida del padre Juan Bautista de Chateaubornay.

En esta época, en que el genio de la caridad crecia como el de la historia, de la poesía y de las artes, fué cuando los Jesuitas vieron salir de su seno un orador digno rival de Bossuet, de Fléchier y de Massillon. Luís Bourdaloue, nacido en Bourges en 1632, derramó sobre el púlpito un brillo que el tiempo no ha podido debilitar. Luís XIV tenia generales como Condé, Turena y Schomberg; Vaubán fortificaba las fronteras de Francia, Tourville y Forbin mandaban sus escuadras; sus ministros, sus embajadores eran los Louvois, Colbert, de Avaux, de Estrades y Torny. Contaba entre sus magistrados de Ormeson, Aquiles de Harlay, Lamoignon, Talon, Joly de Fleury y de Aguesseau. El duque de Montansier y Bossuet educaban su hijo, Mansart y Perrault construian sus palacios, Lebrun trasladaba al lienzo las victorias que la poesía inmortalizaba. Creaba la Academia de pintura y de escultura, el Observatorio de París y el jardin botánico. Mandaba á Tournefort que emprendiese sus doctos viajes. A su voz Cassini y Bérnouilli abandonaban su patria para enriquecer con sus talentos el reino de Francia. Corneille, Racine y Boileau componian sus obras maestras : Moliere ponia en ridículo los vicios de su tiempo y Bourdaloue aparecia para combatirlos con la razon cristiana. Este Jesuita de frente severa, dotado de una alma grande y benévola, se siente desde que pronuncia su primera palabra en la misma altura que tantos hombres glo-

riosos. Pero no es el renombre lo que busca, ni ha colocado su ambicion en los aplausos del mundo. Bourdaloue, llamado á distribuir los preceptos del Evangelio, tenia á la vista magníficos dechados, entre los cuales sobresalian Mascaron, Flechier y Bossuet. El Jesuita les igualó, les avantajó á todos, abriendo una nueva senda á la elocuencia sagrada. En medio de un siglo en que las obras del talento eran recibidas con tanto entusiasmo, el padre Bourdaloue fué mas que un orador, hizóse apóstol mucho mas por la santidad de su vida que por la superioridad de su talento. El ejercicio habitual de su ministerio, la direccion de las almas, la visita de los enfermos, el amor á los pobres, le dieron ese conocimiento del corazon humano que ha sido tan celebrado, y que parece hacer un tratado de moral práctica de uno de de sus sermones. La muchedumbre se agolpaba para oirle, y segun el testimonio de madama de Sevigné, se llenaba la iglesia dos dias antes de la hora en que el Jesuita empezaba su discurso. « He asistido á los sermones de la Pasion » de Mascaron, escribia el el viernes santo 27 de marzo de » 1671 (1). Deseaba muchísimo oir á Bourdaloue; pero » me ha sido imposible tener este gusto. Los lacayos » se hallaban en la Iglesia desde el miércoles y el gentío era » inmenso. »

Como predicador de la Corte tenia que cumplir austeros deberes. La admiracion de que se veia rodeado Luís XIV, el buen éxito que coronaba por todas partes los esfuersos de sus generales, de sus encargados de negocios, los grandes acontecimientos y las famosas notabilidades que nacian en torno de él, todo habia contribuido á persuadir al rey que era superior á todos los hombres. Colocado en tan alto puesto por los esplendores de su reinado, esperó legitimar sus pasiones delante de Dios, del mismo modo que las hacia aceptar por sus adulatores y por la Francia entera. La marquesa de Montespan habia reemplazado á la

(1) El 27 de febrero de 1679 madama Sevigné escribia otra vez : « Bourdaloue predica en san Jaime de la Boucherie. El gentió y los car» ruajes causan una confusion tal que se ha interrumpido el tráfico de » todo este barrio. »

señorita de la Vallière, que se habia hecho carmelita y expiaba con remordimientos eternos sus goces de un dia. Todo se callaba delante de ese doble adulterio. La corte se postraba á los pies de la favorita; mas Bourdaloue creyó que importaba á la dignidad de su ministerio dar al Rey una animosa advertancia. Mascaron, obispo de Tulle y el Jesuita predicaban la cuaresma de 1675 en presencia de Luís XIV. Explicando un dia el Jesuita la parábola de Natan, se atrevió á aplicársela directamente, y mas de una vez durante su discurso el terrible *Tu es ille vir*, resonó en los oidos del soberano (1). Al salír de la capilla real, Luís pregunta que es lo que ha querido decir Bourdaloue. Los cortesanos permanecen mudos, cuando de repente el duque de Montansier, cuya rígida franqueza no conoce miramientos : « Señor, ha dicho á V. M. Tú eres aquel va» ron. » A esta respuesta el Rey no pudo contener un movimiento de enojo; pero despues de haber reflexionado algunos instantes : « Señores, dijo, el padre Bour» daloue ha cumplido con su deber; cumplamos nosotros » con el nuestro. » Desde aquel dia Luís XIV pareció haber entrado en una vida menos fecunda en escándalos de familia.

A principios de 1670 el padre Annat, que estuvo encargado por espacio de diez y seis años de la direccion espiritual del Rey, creyó que la vejez no le permitia ya ofrecer al príncipe consejos que no siempre eran escuchados, y abandonó la corte resuelto á morir como simple religioso. Sucediole otro jesuita del Rouergue, llamado el padre Juan Ferrier. « Pequeño de estatura, dice Amelot de la Hous» saye (2), pero grande en cuanto al talento, » Ferrier entraba á ejercer su ministerio en circunstancias asaz difíciles. No tenia ni la mansedumbre llena de rudeza del padre Annat, ni la elegante dulzura del padre Lachaise : sus cualidades eran mas pronunciadas. Sabia que en medio de los extravíos de su corazon el Rey conservaba á la Religion un

(1) Algunos escritores han atribuido estas animosas palabras á Mascaron.

(2) *Memorias* de Amelot de la Houssaye, tomo III, pág. 290.

profundo respeto, y se atrevió á exigirle que diese un testimonio solemne de ello. « Mas de una vez dise Choisy en » sus *Memorias* (1) con escándolo del pueblo bajo, pero » con edificacion de los hombres prudentes é instruidos, » el Rey ha preferido alejarse de los sagrados misterios, » á pesar de la política, que acercarse indignamente á » ellos. »

Con la esperanza de una conversion prevista, el Jesuita á quien llamaban á la direccion de los asuntos religiosos sus funciones de confesor de Luís XIV, se ocupó en la prosperidad de la Iglesia y en los intereses del Clero. Amaba el Instituto de san Ignacio con todo el entusiasmo de un jesuita; pero si debemos dar crédito á Amelot de la Houssaye, que conoció mucho á este Padre, no queria servirle ni por medio de injusticias ni de favores. « Muchas veces, » refiere este Analista (2), oí decir á otros jesuitas que » querian hacerle tomar parte en sus querellas particula- » res para hallar un apoyo en su crédito, que el Rey no le » habia hecho su confesor para ser abogado de causas in- » justas. » Semejante independencia de carácter sostenida por una firmeza que no se desmentia nunca provocó mas de una queja. Luís XIV habia traspasado el derecho de los nombramientos eclesiásticos á un consejo de conciencia, de que hacia parte el Padre Annat. Ferrier fué llamado á él con el mismo título, pero muy pronto no se contentó con un voto aislado. Separó al nuevo arzobispo de Paris, Francisco de Harlay. Arrogóse insensiblemente, dicen los adversarios de la Compañíá, una autoridad ilimitada, y fué el canal, por decirlo así por donde pasaban todas las gracias, el promotor en todos los nombramientos.

Era una especie de ministerio creado por Luís XIV, el cual creyó mas conveniente confiarlo á un sacerdote, que no podia ambicionar nada, que á muchos otros prelados cuyas familias ó amigos no cesarian de solicitar ya para ellos ya para los demás. Este derecho de disponer de los beneficios y de los obispados, atribuido á un jesuita, debia

(1) *Memorias* de Choisy (edit. Petitot) tomo LXXIII, pág. 174.
(2) *Memorias* de Amelot, tomo III, pág. 290.

suscitar nuevos descontentos. Ferrier los despreció é hizo nombramientos, que Luís XIV ratificó, hasta el dia de su muerte, acaecida en la Casa profesa de París el 29 de octubre de 1674 (1).

El título de confesor del Rey se hizo desde entonces un cargo elevadísimo. Importaba á los ambiciosos tener en él un hombre segun su corazon. Luís XIV pedia un sacerdote justo y prudente á la Compañía de Jesus, y esta deliberaba todavía, cuando el mariscal de Villeroy hizo aceptar al Monarca el padre Lachaise, cuya equidad, dulzura y talento acababa de elogiar. Anñat y Ferrier habian sido como arrastrados á inmiscuirse en los negocios de la Iglesia; este último se habia hecho su dueño casi exclusivo. El confesor, por su posicion, se transformaba en personaje político, en un hombre que dispensaba las gracias y que tenia la llave de los favores. El crédito que esas funciones daban á un jesuita se atribuia á toda la Orden, que todos miraban como responsable de las virtudes y de los vicios de sus individuos. Su poder era reconocido, y á nuestro modo de ver, esto fué una gran falta. La Compañía de san Ignacio se desvió del principio establecido por Aquaviva, y sobre todo por su Fundador. Aceptó un cargo de mucho peso y cuya responsabilidad hubieran desviado sin duda los padres Auger, Coton, Lamormaini y Caussin. Se la vió encargarse por medio de uno de sus miembros de la distribucion de los beneficios. Esto era deslizarse en la administracion de lo temporal, en el gobierno de las cosas del mundo; y los Jesuitas debian obrar siempre lejos de ellas. Las necesida-

(1) Durante su última enfermedad, refiere Choisy en sus *Memorias*, y Oroux en la *Historia eclesiástica de la Corte de Francia*, el padre Ferrier, escribió al obispo de Marsella (Forbin de Janson) entonces embajador en Polonia, que le daba el arzobispado de Sens. Pere seis dias despues, le hizo escribir que no podia cumplirle su palabra, y que, sintiéndose próximo á comparecer delante de Dios, se creia obligado en conciencia á colocar en aquella sede un obispo que se hallase en estado de residir en ella. La víspera de su muerte envió al Rey una nota de los beneficios vacantes llena de los nombres de los que creia mas dignos de ocuparlos. Dícese que el Monarca hizo en ella pocas modificaciones.

des del momento, la voluntad de Luís XIV, la confianza de la santa Sede, la necesidad de dar garantías al episcopado pudieron, es cierto, ser causa de que se violentase una determinacion que echaba por el suelo todo un pasado de sacrificios; pero no por eso queda menos consignado en la historia que el padre Ferrier, y despues de él el padre Lachaise ejercieron funciones que la Regla de su Instituto declaraba incompatibles con los cuatro votos. Mas les hubiera valido á los Jesuitas no salir nunca de la media obscuridad en que habian permanecido hasta entonces, que venir á proclamar su autoridad á la faz de todo el mundo. Esta autoridad no era ya dudosa, ella se revelaba por los servicios, por los trabajos, por los mártires. No era necesario para evocar nuevas agresiones consagrarla con un decreto oficial que en nada aumentaba su fuerza. Cambiábase con esto su modo de existir : sé la revestia de un poder en quo nadie habia pensado; pero este poder encerraba el motivo próximo de su caida. Importa pues ver que uso hicieron los confesores de Luís XIV del poder que ponian en sus manos los sucesos.

Francisco de Lachaise, nacido en Forez en 25 de agosto de 1624, era sobrino del padre Coton, á quien ha hecho célebre la amistad de Enrique IV, y del padre de Aix, tan famoso por su saber como por la autoridad de sus costumbres. Despues de haber recorrido las sendas que conducen á la profesion de los cuatro votos, fué elegido provincial de Lion, y despues nombrado confesor del Soberano. El mariscal de Villeroy y Camilo su hermano, arzobispo de Lion, estuvieron esta vez muy acertados. « El padre Lachaise, di» ce Saint-Simon (1), y en su boca no creemos que se ten» ga por sospechoso el elogio á un jesuita, era un talento » mediano, pero estaba dotado de un carácter excelente. » Justo, probo, sensato, prudente, dulce y moderado, ene» migo de la delacion, de la violencia y del esplendor, era » honrado, bueno y humano. Se le encontraba siempre » cortés, modesto y respetuoso. Se dice de él que era muy » oficioso, justo, nada vengativo ni emprendedor, muy je-

(1) *Memorias* del duque de Saint-Simon, tomo IX, pág. 18.

« suita : pero sin odio ni bajeza, que conocia á los suyos » mas de lo que manifestaba, pero que entre ellos era co- » mo uno de tantos. El monarca referia de él una contexta- » cion que hace mas honor al uno que al otro : « Un dia, » dice, le echaba en rostro que era demasiado bueno.—No » es que sea yo, me contestó, demasiado bueno, sino que » vos sois demasiado severo. » Fué durante mucho tiempo quien distribuyó los beneficios é hizo elecciones muy acertadas. « El padre Lachaise, añade Saint-Simon (1), tenia » una figura noble é interesante. Justo en la decision de » los negocios, activo, persuasivo ocupado siempre sin pa- » recerlo nunca, desinteresado en todo aunque muy adic- » to á su familia, fácil en corregirse cuando habia sido » engañado, y ardiente en reparar el mal ocasionado por » sus yerros, juicioso por otra parte y circunspecto, no » hizo nunca mal á nadie sino en su defensa ó á pesar » suyo. Hasta los enemigos de los Jesuitas se vieron obli- » gados á hacerle justicia y confesar que era un hombre » honrado, bien nacido y muy digno del puesto que ocu- » paba. »

Tal es el retrato que la pluma sátirica de Saint-Simon ha trazado del jesuita. El elogio se halla limitado en él por ese sentimiento de egoismo que no permítia al escritor noble apreciar y admirar sino lo que le pertenecia ú ocupaba un rango igual al suyo : pero la injuria va acompañada de correctivos que revelan una imparcialidad relativa. El padre Lachaise se ha hecho un personaje aun en medio de las notabilidades de toda especie que rodeaban el trono de Luís XIV, por la larga influencia que ejerció sobre este Monarca. Tomó parte en los sucesos de aquel reinado, aconsejó y dirigió algunos y se le acusó de haber inspirado muchos. Su nombre está tan íntimanente enlazado con la historia francesa del siglo XVII, que algunos autores mal intencionados ó poco exactos, han querido mezclarle en las intrigas de la corte hasta cuando residia todavia en Lion (2).

(1) *Memorias* del duque de Saint-Simon, tomo IX, pág. 18.

(2) En el *Diccionario histórico y crítico* del protestante Bayle (articulo *Annat*, nota B.) se lee la rectificacion de mas de un error acerca

Lachaise no entró á ejercer sus funciones hasta á principios del año 1675. Era uno de esos hombres á quienes los estudios y sus inclinaciones pacíficas vuelven moderados, y cuyo carácter y temperamento no se hubieran prestado á la agitacion de las luchas ó religiosas ó políticas. Sin ambicion personal, sin fausto, se resignaba al poder por obediencia. Habia adquirido en la escuela de los Jesuitas una piedad sincera á la que no se oponia ni la jovialidad, ni esa especie de sibaritismo intelectual que una dicha demasiado uniforme comunica tan pronto. Amaba las artes y los literatos; la conversacion de los sábios era uno de sus mas dulces recreos, y tanto por la belleza de su fisonomía, como por la elegancia de sus modales, parecia haber nacido para ocupar un lugar distinguido cerca de Luís XIV.

Ningun hecho notable para el Instituto señaló los primeros años que siguieron al nombramiento del padre Lachaise. El confesor no habia tomado todavía sobre su real penitente el ascendiente, que se grangeó Annat por su bondad casi paternal, y que Ferrier conservó por un rigor que

del padre Lachaise. Bayle dice : «Una sátira impresa en Colonia en » 1693, con el título de, *Historia del padre Lachaise, Jesuita y confesor del rey Luís XIV*, asegura que habiendo este Padre trabajado » mucho para inclinar al Papa á hacer lo que deseaba de él el Monarca, » despues del insulto de la guardia corsa, el cardenal Mazarino en reconocimiento de este servicio, le prodigó mil halagos, lo recomendó al » Rey, y le agregó al Consejo de conciencia, lo que era propiamente hacerle coadjutor del confesor, estos hechos se colocan desde el año 1663 » al 1665. ¡He aquí lo que se llama saber la historia moderna! ¿Quién » es el que ignora que el cardenal Mazarino murió en 1671? Se añade » que el padre de Lachaise suplantó (en 1667) al padre Annat, disculpando los amores del Rey por La Valiere, por la debilidad de nuestra naturaleza, al paso que aquel Padre reprendia todos los dias al » Rey por ellos y no le daba un momento de reposo. Confieso que no » comprendo semejante audacia, pues es notorio que al padre Annat no » se despidió de la corte hasta en 1670, que ocupó su lugar un Jesuita » del Rouergue llamado el padre Ferrier, y que el padre Lachaise no » entró en él hasta de la muerte de este. ¿En qué piensan los que publican tan groseras imposturas? ¿Cómo no ven que destruyen su objeto » principal? *Est ars etiam maledicendi*, decia Escaligero. Los que lo » ignoran mas que disfaman á su enemigo, descubren el deseo que de » disfamarlo tienen.»

mas bien procedia del claustro que de la corte. El placer habia dispertado en el corazon del Rey el remordimiento; mas este remordimiento solo se manifestada por intervalos, y Lachaise no se atrevió á sancionarlo á los ojos de la Iglesia. Prudente sin embargo hasta en sus escrúpulos, lo ocultaba bajo razones de salud cuya insuficiencia nadie desconocia. « Las fiestas de Pascua, refiere Saint Simon, le » causaban durante la union del Rey con madama de Mon- » tespan, enfermedades de conveniencia. Una vez entre » otras le envió en lugar suyo el padre de Champs, quien » le negó la absolucion. »

Entre tanto el padre Lachaise se habia ido grangeando poco á poco la confianza del Monarca. Versado en la ciencia de las medallas (1), estudiaba la historia con él sobre esos monumentos de los tiempos pasados, y en medio de esas conversaciones sabia separar con muchísimo arte al Príncipe de la marquesa de Montespan. En las fiestas de Pascua de 1680 volvió al uso de los sacramentos. Desde este dia, el crédito del padre Lachaise creció con tanta rapidez como el de madama de Maintenon; desde esta epoca tambien datan las cuestiones religiosas transportadas al campo de la política. Luís XIV habia recibido de la naturaleza un don de autoridad que la España, el Austria y la Inglaterra se habian visto obligadas á reconocer. Tan repetidos triunfos habian legitimado tan bien su orgullo, que la nacion lo tuvo á su vez en aceptarlo. Luís XIV tenia tanta fe en su poder, que llegó á persuadirse que su voluntad debia hacer la ley en todas partes. No discutia consigo mismo el principio de su poderío, y todos se sometieron á él sin reflexion.

Ocupaba la cátedra de san Pedro un Pontífice, á quien

(1) Segun el sabio Boze la ciencia numismática debe al padre Lachaise una gran parte de los adelantos que hizo en el siglo XVII. Vaillant le dedicó su *Historia de los reyes de Siria por las medallas,* y declara en esta obra que debe la idea y perfeccion de la misma al Jesuita. El protestante Spon le dedicó tambien de la relacion de sus viajes, homenaje que presta no al padre de la Compañía de Jesus, sino al erudito. (Véase el elogio del padre Lachäise en la *Historia de la Academia de inscripciones y bellas letras* de que fué individuo).

pretensiones quizás mal definidas conducian por una senda enteramente opuesta á la que seguía Luís XIV. Inocencio XI, de la familia Odescalchi, habia sido elegido papa, el 21 de setiembre de 1676. Dotado de un carácter altanero de una inteligencia activa aunque sin haber recivido una educacion primaria esmerada, y mostrando en todos sus actos la inflexibilidad de su virtud, el nuevo Papa era austero y piadoso; pero no habia en él nada que pudiese justificar el dicho de Maquiavelo. « El universo pertenece á los espíritus frios; » palabra profunda, y que parece haberse ocultado á la política de la Corte de Roma en los negocios terrestres. Entrañablemente adicto á los derechos de la santa Sede, Inocencio XI los sostenia con una aspereza y un rigor que debian lastimar vivamente la susceptibilidad de un príncipe á quien tributaba la Francia una especie de culto. El Papa era, segun Antonio Arnauld, una columna que no adelanta, ni ceja; Luís XIV conocia el carácter de este soberano cuya eleccion habia procurado desbaratar. Hijo respetuoso de la Iglesia, pero celoso de las prerogativas de la corona, se hubiera dicho que expiaba la ocasion de suscitar alguna querella. El asunto del patronato real fué el pretexto que aprovecharon los dos para abrir de nuevo en el seno del Catolicismo discusiones de poder que estaba en el interés de la Iglesia y del trono condenar al olvido. El derecho de patronato real, invocado por Luís XIV, no era nada en sí mismo: y sin embargo volvió al Parlamento, que habia enmudecido, el derecho de la palabra, y provocó la convocatoria de la célebre asamblea general de 1682. Bajo este título tuvo sobre los asuntos de la Iglesia y de la Compañía de Jesus una influencia que vinieron á confirmar los acontecimientos.

Llamábase derecho de patronato real bajo la antigua monarquía francesa, el poder atribuido al Rey Cristianísimo de conferir los beneficios eclesiásticos mientras estaba vacante la sede episcopal, á la cual pertenecia la colacion ordinaria de los mismos, y de disponer de sus rentas. El orígen de este derecho se remontaba, comó el de otros muchos, á las concesiones hechas por el reconocimiento de la Catédra apostólica á los príncipes fundadores de aquellas iglesias. Esto no era mas que una excepcion : en 1673

Luís XIV extendió este derecho á todas las diócesis de Francia, de una manera uniforme, salvo los obispos que estaban exentos de él por algun título oneroso. La órden se dirigia particularmente á las sedes episcopales inmediatas á los Alpes y á los Pirineos. La voluntad del Rey era absoluta, y la mayor parte de los obispos la obedecieron; los de Pamiers y de Aleth se negaron á ello. El prelado que ocupaba la sede de Pamiers era Caulet, uno de los mas fogosos partidarios del Jansenismo. Atrevióse á hacer frente el solo á Luís XIV, y rehusó la entrada en su cabildo á dos canónigos que lo eran por nombramiento real. Montpezat, arzobispo de Tolosa, anula su ordenanza en calidad de metropolitano. Caulet apela á Roma, donde espera que su firmeza excitará el celo del soberano Pontífice por los derechos amenazados de la Iglesia. Apodéranse de sus temporalidades, mas no por eso se deja intimidar. Excomulga á los beneficiados por el Rey: el cabildo de Pamiers, que ha estado siempre en desacuerdo con su Obispo, se pone, de su parte, y cuando murió este en 1680 dejó á sus canónigos mas empeñados que él en defender las inmunidades eclesiásticas. Los regalistas y los antiregalistas eligieron cada cual por su parte vicarios generales. Estallaron sediciones en la ciudad y pronto la cuestion no se agitó ya en Pamiers, sino en Roma y en París, entre el soberano Pontífice y Luís XIV.

En el manifiesto que en el momento de la extincion de la Compañía de Jesus Pombal dirige á los obispos portugueses en nombre del Rey de que era ministro, se lee: « Los Jesuitas intrigaron sordamente para indisponer el » Rey Cristianísimo con el Papa, sembrar la discordia entre » el Sacerdocio y el Imperio y suscitar la confusion y el » desórden en la Iglesia y el Estado. Y en efecto lo logra» ron: viéronse elevarse entonces esas tristes contestacio» nes sobre el patronato real, que llenaron de duelo la mo» narquía, arruinaron el Clero, afligieron á Roma, hicie» ron llorar al Pontífice y extremecer de gozo á los Jesuitas, » los cuales fueron acusados y convencidos de haberse coli» gado todos contra lo santa Sede. »

Ya no se acusa á los Padres de ultramontanismo, sino

por el contrario, de que quieren destruir la Sede apostólica, de la cual han hecho voto de ser los mas firmes apoyos. Veamos cual fué su conducta en medio de tantos conflictos. Inocencio XI estaba encargado de defender los derechos de cada iglesia y de vengarlos de toda opresion injusta: era el conservador nato de los privilegios eclesiásticos y de la jurisdiccion establecida. Un obispo se dirigia á la santa Sede para pedir justicia, ¿debia la santa Sede sacrificar la dignidad del episcopado en favor de la soberanía¿ Caulet era partidario de las doctrinas de Jansenio, é Inocencio creyó que el error del prelado le obligaba doblemente á empeñarse en esta disputa de disciplina: admitió su apelacion, y en vez de presentarse como mediador entre los dos partidos, se constituyó árbitro supremo de la contienda. Los prelados de Francia, teniendo á Letalier, obispo de Reims, á su frente, proclamaban el derecho del patronato inenagenable é imprescriptible, y pretendian que en este punto los reyes cristianismos no debian ninguna deferencia á la disciplina de la Iglesia. Solo la prudencia podia conciliar tan encontrados pareceres, Inocencio XI no quiso permanecer en los límites que aquella le prescribia. Sin tomar en cuenta la disposicion en que se hallaban los ánimos en Francia, dirigió al Rey, al arzobispo de Tolosa y al cabildo de Pamiers breves en que el lenguaje no disimula la aspereza del pensamento. Estos breves, que llevan la fecha del 1.º de enero de 1681, distaban tanto de estar redactados con esa mansedumbre y ese tono paternal que usa siempre la Corte romana, que el 31 de marzo, á instancia del procurador general, el Parlamento ordenó que no se permitiese su publicacion. El primer presidente Aquiles de Harlay, no se contentó con ese decreto, y, ora fuese para dar al Papa tiempo de reflexionar, ora para excitar mas su resentimiento, declaró que aquellas cartas cominatorias no emanaban de la santa Sede, sino que parecian obra de espíritus díscolos é interesados en sembrar la discordia entre el Vaticano y las Tullerías.

Esta duda lisonjera ó calculada fué un ultraje á los ojos de Inocencio. A fin de regularizar su posicion en un debate en que protegia los privilegios de algunas iglesias contra las

usurpaciones del poder temporal, ordenó á Cárlos de Noyelle, vicario general del Instituto de los Jesuitas, que comunicase oficialmente los breves á los provinciales de Francia, y que mandase al propio tiempo á todos los Padres de la Compañía que publicasen aquellos actos de su voluntad, y que certificase que eran auténticos. Este era, aunque en mayor escala, un asunto igual al que tuvo lugar en Venecia en 1606. El Papa echaba mano de la obediencia de la Compañía y le pedia que se sacrificase para sostener su querella.

Habia Jesuitas en Pamiers, Tolosa, París, Roma y en los demás puntos en qne se agitaba con mas calor aquella disputa. En Pamiers y en Tolosa se mantenian neutrales, puesto que la cuestion no les interesaba al principio. Continuaron manteniendo relaciones amistosas tanto con los regalistas excomulgados, como con los antiregalistas, á los cuales las ordenanzas reales despojaban de sus bienes (1), y á quienes habia condenado con censuras eclesiásticas el Arzobispo metropolitano. Los Jesuitas se habian puesto á ver venir, y no escribian ni hablaban á favor ni contra el patronato. Solo el padre Maimbourg tomó con ardor la defensa del rey. Su obra sobre un objeto tan delicado obligó á la Compañía á declararse. El general de la Orden exigió en 1680 que el padre fuese expulsado inmediatamente de ella; pero Luís XIV se opuso. Sin embargo, comprendiendo Maimbourg que su adhesion á las doctrinas del patronato suscitaria graves disputas á sus hermanos, solicitó él mismo que se le dejase salir del Instituto, y el Rey se lo concedió en 1681.

Con la confianza que les dispensaba el soberano Pontífice, los Jesuitas se hallaban colocados en una situacion dificilísima. Su General estaba encargado de hacer pasar los breves á Francia, y los provinciales recibian órden de publicarlos como verdaderamente emanados de la santa

(1) En una memoria manuscrita enviada á Roma por los Jesuitas de Pamiers, se dice que Chaulet vivia familiarmente con los Padres de la Compañía, y que despues de la muerte de este Prelado se abstuvieron de toda discusion con el Cabildo.

Sede. Noyelle desempeñó la mision que le encargaba Inocencio XI, Era necesario arrostrar las leyes del reino y la cólera de Luís XIV, ó caer en desgracia del Papa. Las cartas habian llegado á su destino; pero los adversarios de la Compañía unidos á los anti-regalistas, metieron sobre ello tanto ruido, y tal vez hasta los mismos Jesuitas obraron de tal manera , que llegaron á noticia de los Parlamentos de París y de Tolosa las precauciones tomadas por Inocencio XI. Estos dos tribunales citaron ante ellos á los dos superiores de los Jesuitas, y el 20 de junio el padre Verthamont, rector de la Casa profesa fué interrogado por el primer presidente de Novion. El abogado general Dionisio Talon, manifestó lo grave del asunto de que se trataba y los peligros que suscitaria á la Iglesia galicana la medida adoptaba por la santa Sede. El Parlamento felicitó á los Jesuitas « porque no dejaban sorprender su prudencia ni corromper su fidelidad, » y prohibió que se publicasen los breves venidos de Roma.

En los registros del Parlamento de Tolosa, fecha del 27 de Julio de 1681, las explicaciones dadas por los Jesuitas arrojan mayores luces sobre este suceso. « Este dia se dice » en ellos, los abogados del Rey entraron en la cámara » grande é hicieron comparecer en su presencia al padre » Sartre, superior de la Casa profesa; al padre Duranti, » rector del Colegio; al padre Germain, rector del Noviciado » de los Jesuitas, y al padre Lacoste, procurador de la pro» vincia. El señor presidente les dijo : Habiendo sabido el » tribunal que vuestro provincial de Tolosa debia haber » recibido, como el de París, un supuesto breve del Papa » que le ha sido enviado por vuestro General con órden de » publicarlo, os ha mandado llamar para que, despues de in» formarse mas completamente de lo que sepa vuestra Com» pañía en este asunto, pueda proveer lo que juzgue mas » conveniente al servicio del Rey y de su Estado en una » causa tan interesante. Con este objeto el Parlamento os » ha hecho comparecer para que le informeis con exactitud » de lo que ha mediado en este asunto con una relacion » verdadera que le harais de todo lo que os ha escrito y » mandado vuestro General. En lo cual el Parlamento no

» duda que manifestareis en el servicio del Rey el mismo
» celo y la misma fidelidad de que ha dado pruebas vuestra
» Compañía en esta y otras ocasiones. »

A fin de no empeñar demasiado la autoridad los dos provinciales no se presentaron. El padre de Verthamont habia contestado en París, y el padre Sartre llevó la palabra en Tolosa. Declaró « que su provincial no habia recibido nin-
» gun breve del Papa dirigido á él ó á algun otro de la
» Compañía, y que solo le habian enviado un pliego de Ro-
» ma, en el cual se habia enviado un carta de su General,
» del 23 del último abril, con una copia en lengua Italia-
» na, y sin firma, de una órden que el asesor de la Inqui-
» sicion le habia remitido de parte del Papa, en la cual le
» mandaba enviar al provincial de Tolosa una copia autén-
» tica del breve de su Santidad del 1.° de enero del presente
» año, tocante á los vicarios generales establecidos en la
» diócesis de Pamiers, por vacante de su Sede, con órden
» de comunicarlo á los Jesuitas de Tolosa y de dicha dióce-
» sis de Pamiers; y otra copia de un breve dirigido al pro-
» vincial de París mandando á todos que reconozcan aquel
» otro breve y que lo declaren verdadero. »

El Jesuita no se extendia mas en su declaracion; en ella manifestaba á la vez su respeto filial hácia la santa Sede y su fidelidad al Rey. Y despues de pronunciada la sentencia, dice la deliberacion ó el acta del Parlamento, y que el padre Sartre hubo puesto los citados ducumentos sobre la mesa, el presidente dijo á los Jesuitas : « El tribunal está
» satisfecho de vuestra sumision; » y en seguida los abogados y ellos se retiraron.

Inocencio XI habia puesto á los Jesuitas franceses en la alternativa ó de desobedecer á la santa Sede y á su General, ó de violar las leyes de su país sobre materias que no interesaban á la Fe; y no vacilaron : con riesgo de atraer sobre sí la indignacion del Papa, como sucedió en efecto, quisieron manifestarse tales como eran. Este acto de respeto á la legislacion del reino tenia para ellos una gravedad que no se ocultó á nadie, y en 1761, cuando Luís XV consultó á los obispos franceses para saber si la obediencia de los Jesuitas á su General era ó no peligrosa, la Asam-

blea general del Clero recordó el hecho que referimos y añadió (1): « Este solo rasgo prueba, mejor que todos los » raciocinios, que los Jesuitas están persuadidos de que la » obediencia á su General, tal como está prescrita en sus » Constituciones, no les obliga en lo que se les ordena » contra la sumision y la fidelidad que que deben á sus » soberanos. »

Para los sacerdotes que no tomaban parte en estos debates, los breves de Roma eran como si no existiesen, puesto que no habian sido publicados en la forma canónica, y que solo les venian por relacion de otros. Unicamente los Jesuitas los habian leido; pero sin embargo; siguieron el ejemplo de los demás institutos religiosos, y se les vió predicar y administrar los sacramentos cual si nada de extraordinario aconteciese. Los curas de la diócesis de Pamiers se quejaron amargamente al Pontífice, y acusaron á los Padres de que desobedecian sus órdenes. Los Jesuitas, que conocian las dificultades de su posicion, se defendieron con habilidad, y probaron que les era imposible obrar de otra manera en el interés de la Iglesia y de la Francia. Hallábanse acosados por todas partes; aquí por la santa Sede, allí por la autoridad civil, y salieron de esta posicion embarazosa no lisonjeando ninguna pasion, y procurando no desviarse de la justicia. Una carta del padre Espaignac, rector del Colegio de Pamiers, escrita en Roma el 18 de diciembre de 1681, revela su incertidumbre:

» Ayer por la mañana, escribe, nuestro gobernador me » envió á llamar para leerme él mismo la minuta ó el bor» rador de una especie de súplica que los curas párrocos de » la diócesis dirigen á su Santidad. Quéjanse mucho en ella » de las violencias de que son aquí víctimas, y levantan la » voz contra Mr. Dandaure, subdelegado por monseñor el » Arzobispo de Tolosa para ser su vicario general en esta » diócesis, diciendo con una falsedad manifiesta y mali» ciosa que Mr. Daudaure obra así por consejo de los Je-

(1) *Procesos verbales de las asambleas generales del Clero de Francia*, tomo VIII, segunda parte. (Piezas justificativas, n.° 1, pág. 349).

» suitas de esta ciudad. Puedo asegurar á vuestra Reveren-
» cía y por vuestro medio al reverendo padre General y al
» padre Asistente, que no hay nada mas falso que esta su-
» posicion, porque este vicario general no nos consulta
» aquí ni de cerca ni de lejos.»

Inocencio XI era, como dijimos, muy severo en cuanto á los derechos de la santa Sede, y que no transigia al tratarse de ellos ni con sus deberes, ni con sus prevenciones. En el intervalo de algunos años el Rey se habia apoderado dos veces del patrimonio de la Iglesia y llevado la mano al condado de Aviñon. Lo mismo que los reyes sus antepasados y que Luís XV su sucesor; lo mismo que los reyes de Nápoles al apoderarse del principado de Benavente, cuando se suscitaba alguna contienda entre esos príncipes y la corte de Roma, Luís, obrando como ellos, esperaba obligar al Papa á consentir en unos deseos ó proyectos que no le era dado aprobar. Aquella espoliacion momentánea era un reto y una violencia; pero no intimidó al Pontífice. Luís XIV iba á hacer proclamar al Clero de Francia que solo era rey por la gracia de Dios y de su espada. El Papa era desheredado del privilegio quimérico de deponer los soberanos y de transmitír á otros sus estados. Por una inconsecuencia estraña el Rey se hacia arbitrariamente dueño del territorio eclesiástico, y negaba al Papa, soberano como él, la prerogativa que se atribuia. Inocencio XI no consintió en que se ultrajasen en su persona la dignidad pontificia, y en un momento de irritacion, tal vez justificado, fulminó un breve de excomunion contra Luís XIV.

Era preciso hacerlo llegar á París; Inocencio se dirige á un Jesuita francés que se hallaba á la sazon en Roma, llamado el padre Dez. Este se encargó de él, porque segun pensaba, convenia dar al Papa tiempo para que reflexionase : y en efecto sucedió lo que Dez preveia. Inocencio le habia mandado que publicase el breve de excomunion luego que llegara á Paris; mas el Jesuita se guardó bien de dar cumplimiento á una órden, que en el estado en que se hallaban los negocios podia romper la unidad para siempre, y guardó secreto sobre el acta de que era depositario. Los Padres que tuvieron noticia de ello escribieron á toda prisa

á su General para pedirle la revocacion del decreto, que el mismo Pontífice parecia condenar á la obscuridad, pues no lo hacia promulgar en la forma debida. El Santo Padre anuló su obra; reconoció en fin que los Jesuitas habian procedido con acierto, y no se habló mas de esa excomunion, cuyos recuerdos se han perdido hasta en Roma, y que solo sirvió para demostrar la prudencia de los hijos de Loyola.

Como sucede siempre en semejantes discusiones, los ánimos se enconaron, los mas calmosos se enardecieron, y cuarenta prelados unidos al Parlamento pidieron al Rey que convocase un sínodo nacional, ó una asamblea general del Clero. « El Papa, decian (1), nos ha instigado; pronto se » arrepentirá. » Segun el testimonio de Fenelon no se li» mitaron á una amenaza únicamente temporal. « La mayor » parte de los obispos, afirma el célebre Escritor (2), se » pusieron con un arrebato ciego de parte del Monarca; » ¿qué tenia eso de extraño? No conocian mas que al Rey, » de quien habian recibido su dignidad, su autoridad, sus » riquezas; al paso que en el estado en que se hallaban las » cosas creian que no tenian nada que esperar, nada que » temer de la Sede apostólica. Veian toda la disciplina en » manos del Rey, y se les oia repetir muchas veces que » hasta en materias de dogma era preciso ver de que parte » soplaba el viento de la corte ya para admitir ya para » condenar lo que esta estableciese ó reprobase. Habia aun » sin embargo algunos piadosos prelados que hubieran » conservado en el buen camino á la mayor parte de los » demás, si la generalidad no hubiese sido arrastrada por » jefes de sentimientos corrompidos. »

La gravedad de estas palabras de Fenelon explica muy bien las pasiones que agitaban al alto Clero; pero comparándolas con los acontecimientos y con los hombres, en presencia sobre todo de Luis XIV, que tenia en mas estima la Fe católica que sus ideas de dominacion, estas pala-

(1) *Nuevos opúsculos* del Abate Fleury, pág. 142.
(2) *Memoriale sanctissimo Domino nostro clam legendum* (tomo XII, pág. 601 de las *Obras* de Fenelon).

bras nos parecen exageradas. Reinaba cierta agitacion en los corazones; Inocencio XI se habia malquistado con el Rey y con los obispos por su inflexibilidad; sin embargo, la Iglesia de Francia se hallaba unida á la Cátedra apostólica con demasiados vínculos, para que una disputa que versaba mas bien sobre palabras que sobre hechos viniese á romper esa unidad que Carlomagno y san Luís, que Francisco I y Enrique IV habian tan gloriosamente proclamado. El mismo Parlamento, esclavo siempre de sus preocupaciones contra Roma, no hubiera accedido á una separacion violenta. Bossuet, el oráculo de la Iglesia galicana, conocia el fondo del pensamiento del Rey, y recibió de él el encargo de interponer la autoridad de su genio para cortar el vuelo á las esperanzas culpables. El 9 de noviembre de 1681 se abrió la asamblea general del Clero con el discurso del Opispo de Meaux. Algunos prelados á fin de halagar el encono de que suponian animado á Luis XIV, se ocupaban en hacer un manifiesto contra la santa Sede, mientras que Bossuet prorrumpia en esas palabras que la Religion, la historia y la elocuencia han consagrado :

« ¡ Cuán grande es la Iglesia Romana, sosteniendo todas » las iglesias, llevando el peso de todos los que sufren, » manteniendo la unidad, confirmando la fe, atando y de» satando á los pecadores, abriendo ó cerrando las puertas » del cielo ! ¡ Cuán grande es, repito, cuando llena de la » autoridad de san Pedro, de todos los Apóstoles, de los » concilios todos, pone en práctica con tanta fuerza como » discrecion tan saludables decretos ! ¡ Santa Iglesia Ro» mana, madre de las iglesias y de todos los fieles; Iglesia » escogida por Dios para unir á sus hijos en la misma fe y » caridad, nosotros estarémos siempre unidos á tí entra» ñablemente ! ¡ Pueda olvidarme á mí mismo, ó Iglesia » Romana, si te olvido ! ¡ Qué mi lengua se seque y se pe» gue á mi garganta si no eres siempre la primera en mi » memoria, si no te pongo siempre al principio de mis » cánticos de gozo ! »

No era ciertamente así como podia la Francia entrar en el cisma; y Luis XIV, que habia autorizado una expresion tan sublime de adhesion á la silla de san Pedro, no pensa-

ba en desviarse de la línea de sus deberes. El Papa le hería en los derechos de su corona, y quiso por medio de una resistencia calculada intimidar á Inocencio XI y darle una prueba de su poderío.

Los prelados se hallaban reunidos para discutir á fondo el derecho de patronato. El 19 de marzo de 1682 adoptaron la Declaracion de los cuatro artículos.

Hecha en un momento en que las pasiones de algunos prelados estaban enconadas contra Roma, esta declaracion de libertad iba á arrastrar en pos de sí la esclavitud. El 22 de marzo se mandó á todas las corporaciones encargadas de la enseñanza y á todos los institutos religiosos que firmasen y profesasen aquellos cuatro artículos, con expresa prohibicion de enseñar lo contrario. « Muchos doctores de » la Sorbona, dice el continuador de Mezeray, (1) fueron » desterrados, por no haber querido obedecer una órden » tan violenta, sin que se hubiese respeto á su edad, á su » carácter, ó su profesion y á las razones que podian tener » para resistirse. El Obispo de Arras fué hasta degradado » por haber manifestado que las cuatro proposiciones no » eran todas admisibles. » En una carta de Nicole á Arnauld (2) se echa de ver la misma repugnancia por parte de la Sorbona. El autor de los *Ensayos de moral* da cuenta de la manera con que los doctores de la Uuiversidad acogieron el edicto del Rey, y añade : « Los señores de la Sor» bona han disputado la gloria del silencio á los religiosos » de la Trapa : jamás lo observaron semejante : » Y luego » continua : « Si los cuatro artículos son verdades, como » lo creo, podian recibirlos no tan callados; y si eran erro» res, como suponen tal vez muchos de esta asamblea, qué » significan esos juramentos que han hecho de sostener la » verdad á costa de su propia vida? Quien me escribió » estos detalles es un doctor del número de los defensores » de la infalibilidad. »

(1) *Compendio cronológico de la Hist. de Francia*, tomo XIII, pág. 495.

(2) Carta de Nicole. *Ensayos de Moral*, tomo VIII, part. II, pag. 91.

Los Jesuitas eran casi los únicos dueños de la educacion en Francia, se les miraba como centinelas avanzadas del Catolicismo, y se gloriaban de estar unidos de una manera especial á la santa Sede : sin embargo, no parece que Luis XIV les exigiese una adhesion formal á las actas de 1682. Los Padres del Instituto acababan de prestar á la Francia y y al Rey un servicio señalado en el asunto de los breves y y de la excomunion, y se cree que se les dispensó de firmar los cuatro artículos. Hasta se dice que el padre Lachaise se negó á ratificar esta excepcion, só pretexto de que los Jesuitas eran tan buenos franceses como los demás sacerdotes del reino. Luis XIV, se, añade, sostuvo la dispensa en su favor. ¿Qué hay de verdadero ó de falso en esta tradicion? Imposible nos parece determinarlo. Las obras que tratan de la Declaracion de 1682, las memorias de la época y los archivos de Gesú no ofrecen ninguna huella del empeño contraido por la Compañía para profesar los cuatro artículos. Lo único que deducirse puede de las cartas del padre Lachaise al General del Instituto, es que los Jesuitas se hubieran adherido á ellos si se les hubiese mandado hacerlo. Cuando en 1761 el duque de Choiseul y los Parlamentos les exigieron una sumision oficial á la acta de la Asamblea general del Clero, los Jesuitas obedecieron, renovando las declaraciones que prestaran en 1626, 1713 y 1757. La adhesion de 1761, cuyo valor y extension examinarémos á su tiempo, acepta lo que se decidió en 1682, pero no dice que los Jesuitas se conformasen con las doctrinas emitidas en aquella época; á pesar de que hubiera sido la ocasion mas oportuna de recordarlo.

Los cuatro artículos no han sido condenados nunca como heréticos. Los papas, y hasta el mismo Inocencio XI, se han abstenido de dar sobre ellos un juicio decisivo y solemne; pero sin embargo, en diferentes ocasiones la santa Sede rechazó y anuló la Declaracion de 1682. Alejandro VIII en 1691, Clemente XI en 31 de agosto de 1706 y Pio VI en 1794 condenaron las cuatro proposiciones, sobre todo como acta del Clero de Francia, prescribiendo que se enseñase tal doctrina y que se reprobase la contraria, que es la generalmente recibida por la Iglesia. De parte del Clero francés

reunido no en concilio sino en mera asamblea, fué aquello arrogarse los derechos del Papa y de la Iglesia universal.

Luís XIV, por motivos llenos de prevision política, habia deseado que los Jesuitas permaneciesen neutrales en los debates eclesiásticos que agitaban la Francia. No queria romper con la santa Sede, y ni aun enemistarse abiertamente con Inocencio XI; los Padres del Instituto le servian como de medianeros y los guardó cumo sus futuros conciliadores. La Declaracion del Clero fué un golpe violento para el Catolicismo y el soberano Pontífice, el cual no obstante la recibió como se recibe en Roma, con dignidad, con confianza, porque allí se sabe mejor que en otra parte que las pasiones de los hombres giran siempre en un mismo círculo, y que no pueden prevalecer nunca contra la Piedra sobre la cual edificó Dios su Iglesia. Suscitáronse largas discusiones para defender ó atacar los decretos de la Asamblea del Clero; Inocencio XI y Luís XIV tuvieron sus teólogos y sus jurisconsultos. Las dificultades de la posicion en que se hallaban los Jesuitas en París y en Roma debian suscitarles muchos estorbos cerca de la santa Sede. La firmeza de Luís XIV era tan inflexible como la de Inocencio XI. Acusóse á los Padres del Instituto de que excitaban al Rey de Francia y llevaban las cosas al extremo, esperando con esto enconar los resentimientos del Pontífice é inducirle en un momento de irritacion á disolver la Compañía en el reino Cristianísmo. Se dice que el Papa amenazó dar este gran golpe (1); pero que entonces intervinieron Luís XIV y el Parlamento, y tomaron los Jesuitas bajo

(1) Inocencio XI fué y es todavía un gran pontífice á los ojos de los adversarios de la Compañía de Jesus por la razon de que queria destruir esta Orden religiosa. Se han olvidado sus largas diferencias con la Francia, para no acordarse, sino de su cólera de un dia contra los Jesuitas, y se cita como una gloria de su pontificado la órden que dió de que no pudiesen recibir novicios. En testimonio de esta prohibicion que no dejaba á los Discípulos de san Ignacio sino una existencia precaria, se apoyan sus adversarios en la declaracion siguiente: « *Inhibendum est Patri generali totique Societati ne in posterum recipiant novicios, neque admittant ad vota, sive simplicia, sive solemnia, sub pœna nullitatis aliisque arbitrio Sanctissimi, donec cum effectu*

su proteccion. La Compañía habia sido herida por servir á la Francia; mas adelante veremos al gobierno de Luís XV y á los parlamentarios hacerse un argumento de esta herida para lastimar en su mismo corazon el Instituto de Loyola. En ello hubo injusticia y cobardía, no se tomó el tiempo necesario para raciocinar con sus ódios, y ¡cosa extraña! se hizo en Prancia un crímen á los Jesuitas de haber sido demasiado franceses.

Habia animosidad por ambos lados, y las cosas no quedaron en este estado. La Corte de Roma se negó á confirmar los nombramientos de los obispos hechos por el Rey; y con el objeto de procurar poner fin á esos disturbios, el padre Lachaise dirigió el 23 de marzo de 1686 el siguiente escrito al General de la Compañía.

« Mi reverendísimo Padre: he recibido la carta del 15 de » enero que vuestra Paternidad me ha hecho el honor de » escribirme, y he visto con tanto mayor placer lo que me » dice de los sentimientos de ternura y de reconocimiento » que manifiesta el soberano Pontífice por la persona del » Rey, en cuanto nadie sabe mejor que yo hasta que punto » su Majestad los merece, no solo por las cosas admirables » que hace en favor de la Religion, que exceden de mucho » todo cuanto pueden escribiros y deciros; sino mas aun » por el celo puro y sincero en favor de la Fe y de la sal- » vacion de la almas con que las hace prefiriendo á todos » sus intereses los de Dios y del Cristianismo. Estoy seguro

» *pareant ac paruisse provaverint decretis et ordinationibus circa superius dictas misionis emanatis.*»

Los que se fundan en esta declaracion ignoran sin duda el estilo y los usos de la Cancillería romana, porque es evidente que el soberano Pontífice hablando en su nombre, no pudo servirse de estas locuciones: *Inhibendum est sub pœna nullitatis aliisque arbitrio sanctissimi*. En un decreto emanado de su poder el Papa no dice nunca: « debe prohibirse, sino « prohibimos; » ni se designa tampoco con el título de su Santidad. Esta acta se extendió en la Congregacion de la Propaganda, donde entonces tenian los Jesuitas muchos antagonistas con motivo de los asuntos de Francia. Lleva la fecha de 1684: al año siguiente fué limitada á la Italia y anulada enteramente en 1686 por el mismo Inocencio XI.

» que si su Santidad le conociese á fondo, no se contenta» ria con meros deseos de complacerle, ni con estériles de» mostraciones de su ternura paternal, y que nada podria » impedirle que se lo manifestase con testimonios que » honrarian á su misma Santidad, y que edificarian á toda » la Iglesia. Vuestra Paternidad sabe y habrá reconocido » en muchas ocasiones mi adhesion particular á la santa » Sede y mi extremada veneracion al Pontífice que en la » actualidad la ocupa, y me atrevo á decir que si mis votos » y mis continuos gemidos hubiesen sido escuchados, y si » mis pecados no hubieran hecho inútiles mis desvelos, » lo habria conocido él mismo por las pruebas las mas » gratas que de ella hubiese podido recibir; pero mi dolor » es tanto mayor al ver todas mis buenas intenciones frus» tradas, en cuanto lo que es objeto de ellos es tan poco » digno de suscitar en el corazon paternal y lleno de celo » de su Santidad disgustos contra la Cristiandad; porque » fuerza es decirlo, mi reverendísimo Padre, por lo que » respecta al derecho de Patronato, no acabo de compren» der por medio de que artificio se ha hecho de él un asun» to de grande importancia á los ojos de su Santidad, » puesto que en el espacio de tres años no ha producido » al Rey mas que el nombramiento de dos pequeños ca» nonicatos; de suerte que no hay aquí un hombre de bien » que pueda entender como su Santidad no ha sacrificado » un interés tan pequeño al bien de la Iglesia y á las gran» des y sólidas ventajas que esta reportaria de la satisfac» cion de su Majestad; porque Dios me libre de creer que » su Santidad no pueda, sin pecado, dispensar de un regla» mento tan poco importante como vuestra Paternidad me » lo insinua. Con respecto á los obispos á quienes su San» tidad niega las bulas, puedo protestar á vuestra Paterni» dad que son los mejores sujetos del Rey, no tanto por su » piedad como por su talento. Esto es, mi reverendísimo » Padre, cuanto puedo responder de mas preciso y exacto » sobre esos dos extremos de la carta de vuestra Paterni» dad. »

Este despacho no produjo el efecto que se esperaba. El Papa se obstinaba en mantener sus derechos episcopales.

Lachaise se manifestó mas ejecutivo, y leemos en otra carta del mismo año : « Por lo que toca á los que han sido ele-
» gidos para los obispados, á quienes su Santidad niega las
» bulas, es cierto que no se podia en manera alguna de-
» terminar á S. M. á que revocase esos nombramientos.
» Este mira como la funcion mas digna de su gobierno dar
» dignos prelados á las iglesias de su reino, y ha elegido
» aquellos porque eran los que mas merecian serlo por su
» virtud y capacidad. Así pues, no parece que su Santidad
» tenga el motivo que quereis suponer para negarse á otor-
» garles las bulas, y es preciso para esto que se le haya
» ocultado el modo como han pasado las cosas, porque es
» positivo que no habiendo tenido voto deliberativo en esa
» asamblea de que se queja su Santidad, los prelados de se-
» gundo órden, no han podido tener parte alguna en las de-
» liberaciones que se han hecho, ni en las resoluciones que
» se han tomado, y que no han firmado sino como testigos
» de lo que ha pasado, y como se hace firmar en estos ca-
» sos hasta á los oficiales aunque laicos. De suerte que,
» como no se puede decir que esas decisiones sean la ex-
» presion de sentimientos de que hayan hecho profesion
» firmando, segun costumbre, las actas de esta asamblea,
» su Santidad, al estar informado de este hecho, puede,
» sin comprometer su conciencia ni su autoridad, desistir
» de esa negativa de las bulas, tan perjudicial á la Reli-
» gion, y que tiene veinte y tres iglesias en una larga y de-
» plorable viudez. »

Inocencio XI permaneció inflexible, y, dice el protestante Schœll (1). « Luís XIV hizo un experimento que se ha
» renovado en nuestros dias : conoció que todo el poder
» de los príncipes se estrella contra la perseverancia de
» los Papas cuando esta se funda en la justicia. » Al morir Inocencio XI en 1689 habia treinta diócesis sin pastores. Los obispos nombrados comprendieron la susceptibilidad de este Pontífice, cuya virtud honraba hasta el mismo Luís XIV, y resolvieron dar una satisfaccion á la santa Sede.

(1) *Curso de historia de los Estados europeos,* tomo XXVIII, pág. 106.

El Rey, cuya firmeza estaba cansada, lo permitió. « Cada » uno de ellos, dice Voltaire (1), escribió por separado que » se hallaba dolorosamente afligido del modo con que se » portó la asamblea; cada uno de ellos declaró en su carta » que no recibia como decidido lo que en ella se habia » resuelto, ni como mandado lo ordenado en ella. Inocen- » cio XII (Pignatelli), mas dispuesto á la conciliacion que » Odescalchi, se contentó con este paso. »

En el estado en que se hallaban las cosas y con un rey como Luís XIV, era difícil exigir otro que fuese mas decisivo en favor de la Cátedra de san Pedro. La reflexion habia hecho nacer dudas sobre la legalidad eclesiástica de la Declaracion de 1682. Los Jansenistas se habian apoderado de ella, como todo partido de oposicion se apodera del principio ó hecho que puede convertirse en una arma entre sus manos, y llevaron al extremo sus consecuencias. Mezclando el nombre de Jesuita al de ultramontano, esperaban batir en brecha el poder del Papa, cuya supremacia no habia pensado jamás en debilitar la Iglesia de Francia. Lo atacaban todo á fin de emponzoñarlo todo. Luís XIV echó de ver que no eran ya las doctrinas antiguas de la Iglesia galicana las que se hallaban amenazadas, sino el órden social y hasta la Fe católica. El Jansenismo declamando contra la autoridad pontificia y procurando encender en el corazon del pueblo la desconfianza contra los Jesuitas, contaba, con el auxilio de los artículos de 1682, con inspirar sospechas á la santa Sede y conducir poco á poco los ánimos á un rompimiento con Roma, rompimiento que debia acabar por la creacion de una iglesia nacional. Introducir el cisma en la unidad es dar á las resoluciones políticas derecho de soberanía sobre los Estados; y Luís XIV creyó que valia mas retroceder que colocarse al borde de un abismo sin fondo. Era rey en toda la sublime acepcion de la palabra, y sobre todo en hacer respetar la inviolabilidad de su corona; pero

(1) *Obras completas* de Voltaire. *Siglo Luís XIV*. He aquí el mismo texto de la carta. « No ha sido nuestra intencion decretar nada, y » todo lo que ha podido creerse que era un decreto, no debe ser consi- » derado como tal. »

sobre sus obligaciones como príncipe tenia deberes que cumplir como cristiano. Honrábase de ser católico; y no temió dar un brillante testimonio de ello al dirigirse al Papa en 14 de setiembre de 1693.

« Tengo la satisfaccion, escribia á Inocencio XII, de po-
» ner en conocimiento de vuestra Santidad que he dado las
» órdenes necesarias para que no se observe lo dispuesto
» en mi edicto de 22 de marzo de 1682 acerca la declara-
» cion hecha por el Clero de Francia, á que me habian
» obligado los hechos pasados. »

Puesta en cotejo con las confesiones hechas por Bossuet y por los obispos electos, este despacho reducia á la nulidad la declaracion de 1682 en todo lo que innovaba ó prescribia que se enseñase contra el poder espiritual. La Asamblea general del Clero, fuese en un momento de arrebato ó por odio, habia adoptado medidas que atacaban la libertad de las conciencias. El Rey y los prelados renunciaban virtualmente á los puntos eclesiásticos de la Declaracion : los sediciosos, los abogados (1) y algunos sacerdotes para quienes son una necesidad el desórden y la intriga, se apoderaron de ellos. « Aquella carta, dice muy acertadamente una de
» las lumbreras de la magistratura francesa (2), fué el sello
» de la concordia entre la Corte de Roma y el Clero de
» Francia, y el Rey cumplió el compromiso que en ella se
» imponia. »

Las cosas volvieron pues al estado en que se hallaban antes del de 1682. La declaracion, repudiada individualmente por lo mayoria de la asamblea y por Luís XIV, no fué mas que un pretexto de peligrosas novedades. Ella será siempre

(1) El abate Frayssinous, obispo de Hermopolis, se expresa así en su obra de los *Verdaderos principios de la Iglesia galicana*, pàg. 13.

« Diré sin duda que no se deben buscar nuestras libertades ni en los
» *factum* de los abogados, mas jurisconsultos que teólogos, ni en má-
» ximas que carecen de fundamento sólido, que se pueden negar con
» la facilidad misma con que se afirman, ni en una jurisprudencia que
» tendia en otro tiempo á invadirlo todo, y que no hacia mas que enca-
» denar el ministerio eclesiástico. »

(2) *Obras* de Aguesseau, tomo XIII.

una palanca de que se servirán el jansenismo y despues de él los espíritus ambiciosos, incrédulos ó turbulentos y los sacerdotes amantes del escándalo, para minar la Iglesia y derrocar los poderes establecidos. No hablamos aqui como teólogos, sino como historiadores. No disputamos sobre la infalibilidad del Papa, ni acerca de los derechos imposibles de Roma sobre el poder temporal de los príncipes. Estas cuestiones que han dejado de serlo para los hombres religiosos y monárquicos, solo nos pertenecen en cuanto tienen relacion con los hechos y con los caracteres. Por todas partes vemos los principios falseados de la Iglesia galicana convertirse en una armadura para los cismas nacientes, por todas partes se nos presentan como un escudo detrás del cual se abrigan pasiones turbulentas, ó vanidades egoistas que no se han declarado aun. No examinamos la fuerza canócica de las actas de 1682, sino que sentamos un hecho; y este hecho verdadero en tiempo de Luís XIV, verdadero al principio de la revolucion francesa, se realiza aun en nuestros dias.

Mientras que la asamblea general del Clero procuraba vengar la omnipotencia de Luís XIV, ante la cual no humillaba su tiara Inocencio XI, ese príncipe, dejando á un lado las querellas intestinas se esforzaba en volver los herejes á la unidad. La paz de Nimega le habia hecho árbitro de los destinos de la Europa, y creyó que á fin de eternizar su poder y su dinastía, era necesario que tuviese la Francia una sola fe y un solo culto, como tenia un solo Rey. El padre Lachaise le hacia triunfar de sus pasiones, de la misma manera que triunfaba entonces de sus enemigos por medio de Catinat, Vendome, Luxembourg, Noailles y Boufflers. Luís XIV era católico, y como para borrar el recuerdo de los disgustos que acerca la disciplina habia causado á Inocencio, penso en realizar un proyecto que le habian inspirado la Religion y la política. Los sectarios eran para él un objeto continuo de desconfianza. « Mi abuelo, decia, amaba á los Calvinistas, mi padre los temia, y yo no los amo ni los temo. » En su gobierno interior les daba á entender que habia pasado ya el tiempo de las concesiones. El Protestantismo se manifestaba invasor, como todas las

sectas y todos los partidos mas fieles á sus odios que á sus principios. Richelieu habia desmantelado sus plazas fuertes, pero subsistian aun los privilegios y los templos que les concedia el edicto de Nantes. Los herejes miraban este edicto como una obra de salvacion, como una ley que no se atreveria nunca á violar el soberano. Leyendo el porvenir, Grocio, aunque hereje, no temia desde el año 1645 resolver esta cuestion, diciendo (1): « Qué los que adoptan el nom- » bre de reformados tengan presente que esos edictos no » son tratados de alianza, sino declaraciones de los reyes, » que las dieron en atencion al bien público y que las re- » vocarán si este lo exige. » Esta decision del sábio jurisconsulto no intimidó á los sectarios. Creíanse temibles por su número, por su carácter emprendedor, por el apoyo que les daban los reinos protestantes, y no maldecian, con Papiro Masson el dia en que nació la herejía para desgracia de su patria (2).

Se les oyó donde quiera hacerse una arma de la intolerancia y, como Sainte-Aldegonde, uno de sus mas ardientes jefes, lo escribia á Teodoro de Beza, en 10 de enero de 1566, « encontrar extraño que hubiese todavía hombres de un » corazon tan sensible que pusiesen en duda si el magis- » trado debe ó no castigar con penas exteriores y corporales » y con multas las insolencias cometidas en el servicio de » Dios y de la fe (3). » En todas partes se habian hecho dueños del poder: en Ginebra, lo mismo que en Hungría; en el Bearne como en Bohemia. En Sajonia y en Suecia, en los Cantones suizos y en el Austria, en los Países Bajos y en Francia, tomaron al pie de la letra el consejo de Flaccus Illiricus, el historiador protestante de Magdeburgo: « Asolaron, segun sus palabras (4), las iglesias, é intimi-

(1) *Rivetiani Apologet, pro schismaste,* etc.; pág. 22.

(2) Se lee en los *Elogios* de Papiro Masson, Pág. 455. « Hæc de vita » Calvini scribimus neque amici neque inimici, quem si labem et per- » niciem Galliæ dixero, nihil mentior. Atque utinam aut nunquam » natus esset aut in pueritia mortuus: tantum enim malorum intulit » in patriam, ut cunabula ejus merito detestari atque odisse debeas. »

(3) *Antídoto*, pág. 10.

(4) Flacus Illiricus vociberabatur potius vastitatem faciendam in

» daron los príncipes por el temor de las sediciones an-
» tes que tolerar un solo sobrepellíz. » Incesantemante en guerra con las diversas sectas que nacian de la herejía, se veia á todos los partidos, el luterano, el sociniano, el calvinista, el anabaptista, el cuákero, el anglicano, el puritano, el gomarista y el arminiano, coligarse en una admirable comunidad de pensamientos, cuando era preciso atacar la Iglesia ó minar el trono. Aquí se proscribia á los Católicos solo porque lo eran, allí se les privaba de poseer; sus hijos eran de derecho luteranos. El sectario á quien la conviccion volvia á la Fe de sus abuelos era desterrado para siempre de su patria y despojado de sus propiedades. Existen todavía semejantes leyes en Suecia y Dinamarca. A veces se mitiga su rigor en la práctica, mas entonces se hallaban en toda su fuerza. En Inglaterra y en Irlanda la persecucion contra los papistas que el acta del Test acababa de sancionar, era el mas monstruoso de los ultrajes hecho á la tolerancia y á la libertad. Luís XIV, con su profundo conocimiento de los hombres y de los negocios, con su maravilloso instinto del poder, observaba á la herejía en sus diferentes fases. Bossuet, el vencedor de Claudio y de Jurieu, le iniciaba por medio de su *Historia de las variaciones*, en las tendencias desorganizadoras del Calvinismo. Los Jesuitas que lo combatian desde su orígen, que se habian encontrado con él en todos los campos de batalla, corroboraron con sus conversaciones ó con sus obras la antipatía que el Rey le manifestaba. Las borrascas pasadas servian de leccion para el presente y el porvenir. Todos sabian con Grocio (1) que « en todas partes donde habian dominado
» los discípulos de Calvino habian derribado los gobiernos.
» El espíritu del Calvinismo, añade el sábio Holandés,
» es removerlo y trastornarlo todo. » Este pensamiento fué el que se tuvo presente en la revocacion.

Habíanse tomado desde el año 1661 medidas severas para limitar el edicto de Nantes. La reforma se hallaba minada

templis et principes seditionis metu terrendos, quam linea saltem vestis admittatur. (*Melchor Adam. in Vita philos.* pág. 195).

(1) *In animad. Rivetii*, op. tomo IV, pág. 649.

en sus fundamentos; y en el momento en que se reunió la asamblea general del Clero pera proclamar las libertades de la Iglesia galicana, no quedaba ya mas que la sombra de las concesiones arrancadas á Enrique IV; porque en sus *Memorias de estado*, el canciller Chiverny, quo fué quien redactó el edicto, declara que (1) « poco á poco la autoridad » del Rey lo habia hecho recibir en todas partes con ver» güenza y confusion de este estado. » Los Calvinistas hábiles se sometian á la unidad; mientras que otros, previendo que les amenezaban de cerca grandes calamidades no querian exponerse á ellas: volvian al culto antiguo ya por ambicion, ya por temor, ya por deseo de agradar al Rey; mas esas deserciones del estandarte de la Reforma, cualquiera que fuese su causa, debilitaban su antiguo partido, y producian en la segunda generacion verdaderos católicos. Con el prestigio del poder de que se hallaba revestido Luís XIV, hubiera sido prudente dejar al tiempo y á la Iglesia el cuidado de extinguir los últimos fuegos de la discordia religiosa. El Monarca era demasiado fuerte para no volver contra sus súbditos herejes los odiosos decretos que en los otros reinos deshonraban al Protestantismo. Los príncipes y los pueblos separados de la Comunion romana habian dado el ejemplo de persecucion; natural era pues el derecho de represalias, Luís XIV, sin embargo, hubiera obrado con mas prudencia si se hubiese contentado con vigilar á los herejes y sostener al Clero y á los Jesuitas en sus misiones para derramar la verdadera luz. Todos los espíritus ilustrados, todas las familias que tenian algun porvenir ó alguna fortuna volvian por conviccion ó por cálculo á la Fe de sus antepasados. Los Jesuitas habian comunicado ese movimiento: fuerza era pues secundarlo con habilidad y no dar un motivo de rovolucion y de queja á poblaciones á las cuales el fanatismo podia hacer temibles.

Hasta en 1682 habia salido bien el plan trazado por los Padres de la Compañía de Jesus; Luís XIV lo aplicó á los Protestantes de Estrasburgo, con el mismo resultado, pero entonces el Canciller Le Tellier y Louvois, su hijo, se apro-

(1) *Mem. de Estado de Chiverny*, pág. 316, ed. de 1636.

vecharon de él para dar el último golpo á los Hugonotes, sentándose como principio la revocacion del edicto de Nantes.

Se habia incorporado por fin al reino la ciudad de Estrasburgo; dominaba en ella la herejía y el obispo Francisco de Furstemberg y su Cabildo se habian visto obligados á refugiarse en Molsheim. Luís XIV tomó posesion de esta nueva llave de la Francia, y su primer cuidado fué crear en ella un seminario y un colegio, cuya direccion confió á los Jesuitas. El 8 de julio de 1682 el Obispo y el Cabildo se comprometieron con contrato á proveer á la subsistencia de doce Padres de la Compañía, y Juan Dez (1) aceptó estas condiciones en nombre de la Orden, de que era individuo. Los Jesuitas emplearon en Estrasburgo la dulzura y la tolerancia. Siguiendo las huellas de los padres Dez y Scheffmacher, que conocian las costumbres, las prevenciones y la franqueza de sus compatriotas, comenzaron por evangelizar á los habitantes del campo. Una parte considerable de la Alsacia era protestante, y fueron enviados á ella algunos Jesuitas alemanes como mensajeros de paz y de salud. El padre Dez teólogo consumado, abrió conferencias, y publicó libros que versaban siempre sobre la reunion de la Iglesia romana. Era preciso convencer los espíritus y ganar los corazones: Dez y Scheffmacher no retrocedieron ante ninguna dificultad. Los sectarios reconocian por jefes á Pistorius y Stachs: el Jesuita les obligó á confesar sus errores y abjuran la herejía en la antigua catedral de Estrasburgo, donde la habian predicado tantas veces. Ulrico Obrecht es por su ciencia y virtud una de las lumbreras del Protestantismo; Pelison y Bossuet, con quienes ha conferenciado muchas veces de viva voz ó por escrito, le habian apenas impresionado: el padre Dez ensaya esta conquista á la cual seguirán otras muchas, y en 1684 Obrecht parte para Meaux,

(1) Este padre Dez es el mismo que llevó á Francia le bula de excomunicacion contra Luís XIV. En 1688 fué elegido por el Rey para acompañar al Delfin y al duque de Maine en la campaña qne terminó con la toma de Filisburgo, Manheim y Tréveris. Cuando fué preciso separarse, el Delfin dijo al Jesuita: «No sé, padre mio, si estais satisfecho de mí como lo estoy yo de vos; pero si hago otra campaña sereis mi confesor.

á donde va lleno de justo sentimiento de admiracion para abjurar la herejía en manos del mismo Bossuet. El nuevo católico, quiso dar testimonio de su fe á la Iglesia y á los Jesuitas, y tradujo la obras de controversia del padre Dez, y secundó con mucha actividad el impulso dado al Catolicismo.

En el *Estado presentado á la Dieta de Ratisbona despues de la paz de Ryswick,* se encuentran los nombres de todas las ciudades y pueblos de Alsacia donde los Jesuitas llevaron el gérmen de la Fe verdadera: al darse uno cuenta de los obstáculos que tuvieron que vencer, se admira del celo y de la paciencia que tuvieron que desplegar para obtener semejante resultado. No se dirigian en efecto á los hombres preparados por la educacion á recibir la verdad, sino que debian hacer penetrar en los corazones ideas que las poblaciones se habian acostumbrado á mirar como creencias supersticiosas. Sin embargo, no desconfiaron de su causa. En pocos años supieron disponer tan maravillosamente aquellas naturalezas groseras, y recibieron tantas abjuraciones públicas ó secretas, que el número de los católicos excedió á sus esperanzas. Los frutos abundantes que recogian persuadieron á Luís XIV y á sus consejeros que nada era mas fácil que obtener por todas partes resultados semejantes. Los Jesuitas habian triunfado en Alsacia por medios de dulzura y de equidad, y se creyó que el Protestantismo, que cedia al raciocinio, se dejaria vencer por la amenaza. El viejo Canciller detestaba á los herejes; su hijo, el terrible ministro de Luís XIV, no les amaba porque suponia que Colbert, su rival en la confianza del Rey, les protegia. Un gran número de obispos creia que importaba al reposo futuro de la Iglesia acabar de una vez con una secta que bajo el gobierno de ocho monarcas habia sembrado siempre la discordia en el Estado. Hasta el Parlamento y la Universidad se asociaban á estos deseos, por lo que fué cometido el asunto al Consejo.

Una muger mas vieja que Luís XIV, pues tenia cuarenta y siete años, pero llena de discrecion, de talento y de una amabilidad llena de ambicion, adquiria sobre su carácter una influencia irresistible. Era esta madama de Mainte-

non, de la cual todos los escritores han hecho mas bien la sátira que la historia. Esta muger, á quien la miseria habia obligado á unir su destino al de Scarron, el poeta satírico del siglo XVII, sedujo al Rey con sus virtudes, como La Valliere, Montespan y Fontanges le habian enamorado por su belleza. Despues de la muerte de la reina María de España, osó Luís descender de su trono para hacer sentar secretamente en él una de sus vasallas. La posicion que iba á crear á la marquesa de Maintenon pareció tan excepcional al padre Lachaise, que procuró disuadir á Luís XIV de sus proyectos. El Monarca desatendió los avisos de su confesor, y madama de Maintenon no perdonó jamás al Jesuita este agravio. Sin embargo, el padre Lachaise fué quien en presencia de Francisco de Harlay, arzobispo de París, del caballero de Forbin, de Montchevreuil y de Bontemps, ayuda de cámara del Rey, ofició en la ceremonia del matrimonio secreto, cuya fecha debe ponerse en el año 1685. Dueña del corazon de Luís, conociendo sus debilidades reales, y dominándole por su talento siempre despejado y modesto, la nueva esposa no vaciló en secundar las miras del canciller Le Tellier y de los Católicos (1).

Consultóse á los Jesuitas sobre aquella medida. Los Padres aparecen bajo este reinado como los confidentes de Luís XIV y de sus ministros; habia uno en cada familia

(1) Schoell ha sido menos severo que nosotros con Madama de Maintenon. He aquí el retrato que hizo de ella en sus *Estados europeos*, tomo XXIX.

» Madama de Maintenon conservó su antigua modestia, pero compartió con el Rey el peso de su gobierno, en el cual ejerció por espacio de treinta años la mayor influencia. Su espíritu justo, pero sin miras elevadas, no la preservó su dificil posicion de errores y de faltas, pero no merece las inculpaciones que le ha dirigido una ciega prevencion. Sus intenciones eran siempre rectas: obedecia á la voz de su conciencia, y sometia constantemente su modo de ver al de su real esposo. Si la ambicion fué el primer móvil de sus acciones harto la expió con treinta años de fastidio....

» No creemos necesario rechazar la acusacion de devota que el fanatismo irreligioso dirige á la amiga de Luís XIV. En cuanto á la persecucion que experimentaron los Protestantes, ne tuvo parte en ella. »

ilustre. El padre Bouhours era el comensal del gran Colbert, y muchas veces este ministro, que fundó en Francia el crédito y la induslria, llamaba á Bourdaloue para deliberar con él y con Tronson, superior general de san Sulpicio, sobre asuntos que interesaban al reino (1). Los Jesuitas habian sido el blanco del odio de los sectarios tanto en Francia, Inglaterra, Alemania y en los Paises Bajos, como en sus misiones de la otra parte de los mares. Habian sufrido mas que nadie sus persecuciones, y no ignoraban que su intolerancia era por todas partes sin piedad. Sin embargo, en medio de esa atmósfera de tormentos de que se hallaban rodeados, delante de ese exceso de celo que manifiestan todos, ora fuese para satisfacer sus pasiones religiosas, ora para asegurar la paz de la Francia, los Jesuitas se dividieron acerca la oportunidad de le revocacion del edicto de Nantes.

Existen en los archivos del Estado dos memorias dirigidas á Luís XIV que tratan á fondo esta grave cuestion. La una fué escrita por de Aguesseau, entonces intendente del Limosin, y presentada en nombre de los Jansenistas, y la otra redactada y apoyada por la Compañía de Jesus. Estas memorias, que tuvo presente Rulhiere cuando escribió sus *Ilustraciones históricas sobre las causas de la revocacion del edicto de Nantes*, terminan ambas, áunque por motivos diferentes, pidiendo que se conserve el edicto de 1598. Pero no tienen firma, revelan tan solo su autenticidad por las huellas que en las mismas ha dejado el tiempo y no se las puede aceptar sin reserva. Es necesario por consiguiente para apreciar la situation de los partidos consultar á los historiadores de la época. Elias Benoit, protestante expatriado, publicó una obra sobre las causas del destierro de sus correligionarios, y acusa al padre Lachaise de ser el autor del edicto de revocacion y de todas las calamidades que le siguieron. El mismo Schoell, por lo regular tan morige-

(1) Existe una carta de M. Tronson, al padre Bourdaloue, fecha en 1.º de octubre de 1680, en que el Sulpiciano pide una cita al Jesuita, á fin de conferenciar sobre un asunto en el cual deseaba Colbert saber la on ion de entrambos.

rado, echa en rostro al confesor de Luís XIV el haber sido, en union con madama de Maintenon y de Louvois, el mas activo adversario de los hugonotes.

Estos asertos debieron encontrarse necesariamente bajo su pluma. Hallábanse perseguidos y proscritos, culpaban á los Jesuitas que no habian cesado un solo instante de combatirlos. Aunque escribieron sin pruebas, sin citar ninguna autoridad en apoyo de sus dichos, convencieron á todos los que deseaban con ansia aceptar una opinion hostíl á la Compañía de Jesus.

Otros analistas al recoger los recuerdos de sus contemporáneos no fueron tan explícitos. Los unos no tenian ninguna amistad con los Jesuitas, los otros eran sus rivales. Sin embargo, convinieron todos en decir que los Padres del Instituto no habian tomado parte en aquel asunto. El abate de Choisy, que vivia en la Corte, que conocia y divulgaba sus intrigas, expone los acontecimientos de una manera enteramente distinta. Refiere que Louvois, siempre celoso de su crédito, estaba inquieto por las conversaciones que el Arzobispo de París, el padre Lachaise y Pelisson tenian con Luís XIV. Estos tres hombres, á quienes el Monarca consultaba, tendian á debilitar ó destruir el Calvinismo en Francia, pero estaban contra los médios violentos y personales. « Louvois, continua Choisy, despues de haber expuesto el » estado en que se hallaban las cosas, quiso cortar de un gol» pe á esas conferencias que le parecian sospechosas, y sin » andar en miramientos apresuró vivamente la revoca» cion del edicto de Nantes. El Rey puso el asunto á la de» liberacion de su Consejo (1). »

Hacia entonces parte de este Consejo un anciano, cuyo patriotismo ha celebrado Bossuet, el Canciller Le Tellier, el cual estudiaba tiempo hacia y paso por paso la conducta de los herejes : acababa de sorprenderles en 1683 haciendo un plan general de union en las provincias de Poitou, Saintonge, Guiena, Delfinado y Languedoc : sabia que los ministros del culto reformado ponian las armas en las manos de los montañeses, y que esos *Misioneros con botas*; como

(1) *Mem.* de Choisy. tomo LXIII, pág. 184.

les llamaban los hugonotes, procuraban fanatizar la plebe ignorante. Le Tillier se sintió próximo á la muerte, pero deseaba con ansia unir su nombre antes de expirar á la medida de la que habia sido siempre el promotor mas énergico. El 22 de octubre de 1685 al sellar el edicto de revocacion, el Canciller pudo exclamar como Simeon : *Nunc dimittis servum, tuum.*

Luís XIV habia creido ahogar el Calvinismo, mas con la persecucion le dió nueva vida. Quedaba prohibido el ejercicio del culto reformado hasta en las casas particulares; quince dias despues de la publicacion de la real órden, todos los ministrios que no hubiesen renunciado á sus errores debian salir del territorio francés, al paso que se colmaba de favores á los que se convirtiesen al Catolicismo. Los Protestantes no podian ni emigrar, ni trasladar sus fortunas al extranjero bajo pena de galeras ó de confiscacion. Con el espíritu de intolerancia de que se hallaba animado Louvois, semejante decreto no podia producir mas que injusticias. Cométiéronse muchas, las cuales dieron sangrientos resultados. ¿ Que parte tomaron en todo eso los Jesuitas ¿ El marqués de La Fare, su enemigo, confiesa en sus *Memorias*, « que el mismo padre Lachaise, confesor del Rey, estaba » contra la violencias que se cometieron (1). » Duclos exclama (2) : « El padre Lachaise, cuya dulzura tanto se en» comiaba, ¿ no podia persuadir al Rey que no era con actos » de rigor como debia expiar el escándalo de su vida pasa» da ? » Oroux, respondiendo de entemano á esta acusacion presentada bajo una forma dubitativa, no teme decir hablando de Lachaise (3) : Declaróse en especial y decididamente » contra la exhumacion de los cadáveres de los Protestan» tes que eran arrojados á los muladares. Representó enérgi» camente á su Majestad cuanto tenia esta acusacion de odioso » y de bárbaro ; así es que el ministro Jurieu (4), mas jus-

(1) *Mem.* de La Farc, (edit. Petitot) tomo LXV, pág. 134.
(2) *Mem.* de Duclos, (edit. Petitot) tomo LXXVI, pág. 188.
(3) *Historia eclesiástica de la corte de Francia*, tomo II, pág. 531.
(4) *El Espíritu de Mr. Arnauld.*

» to con él que no lo fueron otros escritores, aun católicos,
» no podia imaginarse que fuese capaz de aprobar los pro-
» cedimientos rigorosos de que se lamentaba la pretendida
» Reforma. »

Somos contrarios por principio y por conviccion á toda especie de violencia contra las creencias que no se presentan á mano armada. Forzar las conciencias , llamar al martirio á un culto ó á un partido que se puede acabar por medio del raciocinio, que es fácil dejar morir en la indiferencia, es hacerle revivir en la sangre, es deshonrar la causa de la verdad haciéndola defender por fanáticos ó por la fuerza bruta. Luís XIV y todos los que se asociaron á la revocacion del edicto de Nantes no habian calculado sin duda los excesos que iba á provocar la desesperacion de los hugonotes, sino que creyeron que la generalidad obedeceria sin repugnancia, y que el temor haria ceder á los menos dóciles. Esto fué un error deplorable. Hase visto la parte que tomó el padre Lachaise en estos sucesos: falta contar lo que hicieron los otros Jesuitas.

Desde el año 1682 al 1688 organizan misiones en Troyes, Lunel, Xitré, Orbec, Soissons y Bourges. Chenard, cura párroco de la ciudad de Alenzon, llama á ella al padre du-Parc : las conversaciones del Jesuita vuelven muchos herejes á la unidad. La Compañía de Jesus preveia los males que acarrearia la tenacidad de los sectarios, y se esforzó en conjurarlos derramando por todas partes la luz de la Fe. Algunos hijos de Loyola acuden con los Capuchinos á las provincias donde era todavía poderoso el Calvinismo, y predicaron y evangelizaron á un mismo tiempo en el Rosellon, Poitou, la Alsacia, el Languedoc y en el Aunis y el Bearne. Habia grandes servicios que prestar á la Iglesia y al país; los Jesuitas mas célebres dan el ejemplo. El padre Bourdaloue huye de los aplausos de la Corte á fin de ilustrar con su lógica robusta á los protestantes de Montpelier. La Rue, cuyo nombre han inmortalizado sus triunfos literarios, se lanza á los campos de Languedoc. Lo mismo que el eloquente capuchino Ponoroto de Canes, hace oir siempre sus palabras de conciliacion; pero estas palabras parecen condenadas á la esterilidad. Las conversiones que obran

producen en los corazones una repugnancia mas invencible. El hugonote no ve en esos misioneros entregados al ardor de su celo mas que los precursores de la persecucion. Su ministerio pacífico es casi ineficaz sobre el entusiasmo de las poblaciones, á las cuales se manda volver inmediamente á la Fe. Ellas resisten aguardando el martirio ó acusan de cobardes y apóstatas á sus correligionarios que no manifiestan la misma obstinacion. Las clases elevadas se prestaron mas fácilmente que las otras al apostolado de los misioneros. Tenian para dejarse convencer, además de su educacion, instintos conservadores, motivos de ambicion que no hubieran podido satisfacer en el aislamiento á que se les condenaba : pero los habitantes del campo no se apresuraban tanto á aceptar las reales disposiciones. Se les decia que su tenacidad atraeria sobre ellos la violencia; mas como nada tenian que perder, la desafiaban entregándose á su entusiasmo salvaje. Esta irritacion produjo la guerra llamada de los Cevennes, y Cavalier, que venderá sus camisardos para tener el honor de tratar con el mariscal de Villars.

La revocacion del edicto de Nantes fué un manantial de amargas recriminaciones contra Luís XIV y los Jesuitas, á los cuales se atribuia esta medida. Los herejes de todas las sectas y de todos los países habian despojado de sus bienes, preso, proscrito ó asesinado á los fieles; habian roto, como si fuese el juguete de un niño, la libertad y el derecho de asociacion, y descendian hasta al fondo de las conciencias para imponer el perjurio ó la apostasía. Pero al saber que el Rey de Francia vuelve á sus correligionarios parte de los males que hicieron pesar sobre los Católicos, se apodera de todos los ánimos la indignacion. Los sectarios rehusaron á Luís XIV el derecho de perseguir á la herejía, siendo así que esta, atribuyéndose el monopolio de la intolerancia, se ensañaba donde quiera que podia introducir sus ministros y su creencia. Los que acababan de lanzar del suelo de su patria á los Católicos invencibles en su fe, se enfurecieron al recibir en el hogar de las hospitalidad calvinista á los hugonotes expulsados de Francia. Hubo dolores convencionales y cóleras fingidas, porque era imposible

que en el fondo de sus corazones los sectarios no reconociesen en los demás el derecho de usar de un príncipio de que habian tan á sus anchas abusado; pero era necesrrio desviar la cuestion para extraviar á la multitud y falsear además el espíritu de la historia. Los Protestantes salieron bien en su doble empresa. En Ginebra y en Lóndres alzóse un grito de indignacion contra la intolerancia de Luís XIV, y este grito resuena todavía : en Holanda evocó muchos hombres que no se contentaron con meter ruido; allí los protestantes despreciaron el papel de mártires por el de inquisidores.

Por su posicion inexpugnable, por su comercio con todos los mercados del mundo, por sus victorias navales y por su necesidad de alimentar las revoluciones en los demás estados, la Holanda habia llegado á ser en menos de un siglo una de las potencias mas temibles de Europa. Abria sus puertas á todos los descontentos, acogia todas las ambiciones burladas, explotaba todas las plumas que se vendian á sus libreros, hacia la guerra á cañonazos, y con calumnias ultrajaba á los que no podia vencer. Fuerte por el valor y sangre fria de sus hijos, y mas aun por el talento de sus almirantes y de sus diplomáticos echaba en la balanza europea ora una espada, ora un folleto. Acogia á los jansenistas vencidos, y fué para ellos una tierra de promision, porque comprendia muy bien que los discípulos de Jansenio eran una palanca que podria emplear siempre contra la Iglesia universal. Guillermo de Orange tenia otro objeto. El Catolicismo en Inglaterra salia de sus ruinas con la Compañía de Jesus: esta resureccion iba á dar un trono á sus cálculos ambiciosos, y el estatouder no perdonaba medio para llegar á él. La révocacion del edicto de Nantes fué un nuevo pretexto que se ofrecia á su ardor contenido; apoderóse de él con afan; y este Príncipe, que solo atendia á su propio interés, mostróse celoso protestante porque Luís XIV y Jacobo II eran ardiente católicos. Habia Jesuitas en las Provincias Unidas, y sobre ellos hizo caer el peso de sus venganzas. Perseguir á los Católicos y á la Compañíá de Jesus era ofrecer rehenes á sus cómplices que preparaban la revolucion de 1680, y hacerse un apoyo de todos los

hugonotes : Guillermo jugó la partida con tanta destreza como suerte.

En esta época el Instituto poseia en Holanda cuarenta y cinco residencias, que eran administradas por setenta y cuatro Padres. A fin de legitimar los medios coercitivos, que tenian por último un pretexto, se transformó al Rey de Francia en Jesuita (1) : este solo título fué al momento un decreto de proscripcion. Impusiéronse multas exorbitantes á las iglesias que los Padres ocupaban ; se encarceló á los misioneros y sus adherentes ; la profanacion y el sacrilegio marcharon con la frente enhiesta. En la Frise el padre Ernesto de Wissenkerke es el blanco de las amenazas de los sectarios, y se substrae á ellas huyendo de asilo en asilo. Iguales manifestaciones tuvieron lugar en Zufiten, en la Gueldre, en Alkmaer, Hoorne, Enkhuisen, la Haya y Utrecht. Los Jansenistas belgas ó refugiados dan aliento al Protestantismo, y lo excitan contra los Padres, procurando separar la causa de la Compañía de la de los demás Católicos. Se quiere derribar la bandera á fin de dispersar ó debilitar el ejército. Los Estados generales ponen á discusion si deben permitirse ó no los Jesuitas : les amenaza un decreto de destierro, y el superior de la Compañía en Holanda escribe el 2 de noviembre de 1685 á sus hermanos :

« En el estado crítico en que se encuentra nuestra mision » á consecuencia de las medidas de rigor adoptadas en Fran- » cia, participo á nuestros Padres algunas observaciones » de que deberán hacerse cargo.

1°. Recomiendo eficazmente á las oraciones y á los sacrificios de todos, la situacion de nuestra Compañía. No impongo ninguna plegaria de obligacion ; prefiero descansar en la buena intencion y en el celo de que se hallan animados cada uno, bien persuadido de que obtendré de esta manera mas de lo que exigir podria.

2°. Que cada uno ocupe modestamente su puesto; que no

(1) Persequentes reformatæ religionis homines Reges Galliæ de numero Jesuitarum.

se haga nada que pueda ofender á cualquera que sea y aumentar el peligro á que nos hallamos expuestos.

3°. Que cada cual sepa ocultar á tiempo y con prudencia lo que podria comprometer nuestras personas y nuestro sagrado ministerio cerca de los herejes, ó confiar en manos amigas ó seguras lo que se juzgue que deba substraerse á las pesquisas de nuestros enemigos, teniendo cuidado de hacerse entregar un recibo.

4°. Sí, lo que Dios no permita, se llegase á ordenar nuestra proscripcion actual ó futura, seria preciso aceptarla con toda la resignacion que inspira el Cristianismo y sufrirla con la paciencia de los Apostóles. Entonces cada uno podria retirarse á los lugares que ofrecen mas seguridad, como por ejemplo, á las haciendas, á las casas de campo de nuestros amigos, y permanecer en ellas bien ocultos.

« Espero que con estas precauciones saldremos felizmente » de este paso.

» Suplico á todos que empleen estos ú otros medios si » se encuentran de mas eficaces para el bien de la Mi- » sion. »

Tales son las precauciones mas secretas que en la víspera de las calamidades adoptan esos atrevidos conspiradores. Los Estados de Holanda van á atraer sobre sus cabezas la venganza del cielo y de los hombres; se les denuncia como la piedra angular de la política; se les acusa de todas las medidas que creen los príncipes deber tomar en el interés de sus coronas. Ellos se dirigen á los jefes parlamentarios de la república de las Provincias Unidas y presentan su defensa en una memoria. Como holandeses, citan en su apoyo el derecho de ciudadanos, como católicos y sacerdotes hacen ver que la libertad de conciencia lo mismo es para los Jesuitas que para los Gomaristas ó Arminianos. No piden nuevos privilegios; no reclamaban subsidios extraordinarios para educar á la juventud y fortalecer á sus hermanos en la Fé : quieren ser libres bajo un gobierno que ha proclamado la libertad.

Esta memoria era temible porque presentaba la cuestion con claridad. Les Jesuitas holandeses afirmaban y probaban

que el Rey habia obrado por motivos puramente humanos al revocar el edicto de Nantes. Al mismo tiempo escribian al padre Lachaise: « En este país se asegura que sois au- » tor de las persecuciones suscitadas en Francia contra los » Calvinistas, y se vengan en nosotros. El conde de Avaux » conoce nuestra posicion y os enterará de ella en París. » Os suplicamos por el amor que á nuestra mision y á la » Iglesia teneis, que hagais modificar á los Estados ese » juicio inicuo sobre las causas de la revocacion del édicto » de Nantes, y desvieis, si es posible, el golpe que nos » amenaza. «

Habia por vicario apostólico en Holanda un sacerdote del Oratorio, á quien la santa Sede acababa de elevar á la dignidad de arzobispo de Sebaste. Llamabáse Pedro Codde y era sucesor de Juan de Neercassel, quien, bajo el título de Obispo de Castorie, se habia manifestado muy adicto á las doctrinas del Jansenismo. Pedro Codde le imitó en sus errores; discípulo del *Augustinus* empezó á excitar contra los Jesuitas la tempestad que bramaba ya. Hacia mucho tiempo que los Padres del Instituto se hallaban en guerra abierta con estos dos vicarios apostólicos, Codde, representante de la santa Sede prefirió satisfacer sus odios teológicos que sostener con su autoridad y él crédito de sus parientes de Amsterdan al Catolicismo perseguido. El Arzobispo de Sebaste se hizo el auxiliar dc la herejía; acusó á los Jesuitas y procuró arrastrar en sus ideas cismáticas los fieles, cuya creencia debia ilustrar y conservar. Lo mismo que Quesnel, su cofrade del Oratorio, apelaba de las decisiones pontificias á los Estados generales de Holanda protestante. A fin de cubrir sus errores, transformaba en doctores de la Iglesia á los partidarios de Lutero ó de Calvino, y con el objeto de restablecer la unidad, que sus intrigas comprometian, solicitaba la decision de los laicos, divididos en tantas sectas como familias. La Corte de Roma juzgó que debia cesar este escándalo, y en un breve del 3 de abríl de 1704 depuso al Arzobispo de Sebaste. Los estados generales habian conocido que semejante auxiliar les era mas útil en su guerra contra los Jesuitas que todas las espoliaciones y los medios violentos, y se declararon en su favor. El nue-

vo vicario apostólico Cock recibe órden de salir de las Provincias Unidas, arrojando al propio tiempo de ellas á todos los eclesiasticos seculares que se adhieren á los mandatos del soberano Pontífice; pero los Jesuitas eludian con tanta sagacidad las medidas tomadas y se habian encerrado tan bien en el círculo de sus atribuciones, que los herejes no habian hallado nunca un pretexto especioso para realizar su plan.

El 27 de marzo de 1705 los Estados generales hacen comparecer á su barra á los Padres Juan de Bruyn, superior de la mision, á Francisco Vanhies, Jaime Claesman, y Cárlos Venderburgt. El síndico Akersloot les declara: « que de-» seando los muy poderosos Señores de los Estados poner » fin á las divisiones que existen entre los Católicos, han » puesto los ojos en los Jesuitas, y les amonestan á que » empleen su intercesion cerca del Papa para restablecer á » Mr. Codde en sus funciones de vicario apostólico, ó para » satisfacer en todo á las reclamaciones de los Jansenis-» tas. » El padre de Bruyn no se deja intimidar por este ultimatum, y pregunta qué es lo que deben hacer los Jesuitas para alcanzar este resultado. Por toda respuesta el síndico lee segunda vez las proposiciones, y añade que es absolutamente necesario que por medio de ellos sea reinstalado en su cargo Pedro Coddes antes del 15 de junio. Abrigábase la amenaza de los herejes bajo el manto del Jansenismo; los Padres comprendieron que la alternativa en que se les dejaba era para ellos su caida; pero no por eso pensaron en doblegarse ante esas amenazas. El 6 de abril de 1705 el padre Bruyn escribe á Roma, pero previene á los Estados que su carta no ejercerá ninguna influencia en las determinaciones pontificias, y que está redactado en este sentido. El 9 de mayo llega la respuesta esperada y tal como los Jesuitas presentian que seria. Su expulsion depende de ella, pero no quisieron que la Iglesia sacrificase su dignidad para obtener una libertad precaria.

Hacia veinte años que les amenazaba el destierro. Se habia fomentado la insureccion y organizado el pillaje contra ellos, no cabia ya duda que la revocacion del edicto de Nantes no era obra suya; pero los Protes-

tantes holandeses, cuya venganza se habia diferido, querian dar ánimo á sus aliados Jansenistas. El 20 de junio de 1705 los Padres fueron desterrados de las Provincias Unidas.

Hay en la Compañía de Jesus una perseverancia tan tenaz, los hijos de Loyola estan tan adiestrados á arrostrar toda clase de peligros, que la proscripcion les asusta mucho menos que la tranquilidad. Diríase que aquella fué siempre la condicion de su existencia, y que esa vida de agitaciones y combates es para ellos un elemento de triunfo. Podian, como otras muchas órdenes religiosas, disfrutando del resultado de los trabajos y de la gloria de sus predecesores, descender en paz el rio y dormirse sobre las tranquilas olas; pero los Jesuitas sabian que el brazo se robustece luchando contra su corriente. Con la cabeza ergida el ojo abierto, y el pecho desgarrado, prefirieron dirigirse hácia el puerto donde no abordaban jamás, pero desde el cual voces amigas, y algunos émulos á veces, les daban valor en tan atrevida lucha. Se les desterraba, mas ellos encontraban medios de resistir. Sus fieles son poco numerosos, y estan dispersos y turbados; los Jesuitas los traquilizan, comunican á los corazones católicos la calma de sus espíritus, y les inspiran valor para mirar sin palidecer las tribulaciones que les reserva la herejía. En el mes de febrero los Estados piensan en poner un término á esta situacion. Los Padres se presentan otra vez delante de ellos; se les obliga á hacer ratificar por la santa Sede en el espacio de tres meses el *ultimatum* propuesto, só pena de verse expulsados para siempre de las posesiones holandesas. La Iglesia respondió al padre de Bruyn por medio del cardenal Paulucci:

« Su santidad ha recibido con el mas vivo dolor la expo-
» sicion de los tristes sucesos que se refieren en la carta
» de vuestra Paternidad del 28 de Febrero del año próximo
» pasado; á saber, la órden que se ha dado á vuestros her-
» manos y á vos, de parte de los Estados de Holanda, de
» salir de su territorio dentro el término de tres meses, só
» pena de ser castigados como perturbadores de la tran-
» quilidad pública, con la salvedad empero que si en este
» intervalo desparecen enteramente las disenciones que

» reinan entre las comunidades Católicas Romanas, os se-
» rá permitido presentar una súplica á los Estados para que
» prolonguen vuestra permanencia ; pero que una vez que
» haya espirado este plazo se os perseguirá sin piedad, y ade-
» más serán cerradas para siempre todas vuestras iglesias
» y capillas. Su Santidad comprende muy bien que los
» que han suscitado esta tempestad contra vosotros son los
» Jansenistas, los cuales no perdonan medio alguno para
» atraer sobre vosotros, inocentes y pacíficos, este destier-
» ro que por tantos títulos merecen ellos. Se ha admirado
» extraordinariamente de ver á los Estados llevar su con-
» descendencia en favor de esos refractarios, no solo hasta
» dejar en plena libertad á los autores de esas discordias é
» intrigas, sino hasta dejarse arrastrar por sus manejos se-
» cretos á promulgar decretos indignos no solo de la equi-
» dad propia de los mismos, si que tambien del afecto que
» su Santidad no ha dejado de manifestarles con cuantos
» servicios le ha permitido hacerles su conciencia.

« Por lo demás, su Santidad no ignora que el motivo de
» esta medida, sacado de las divisiones que podian existir
» entre las congregaciones católicas, es absolutamente
» falso. Los verdaderos católicos de Holanda estan en per-
» fecta armonía entre sí, al paso que guardan la obedien-
» cia debida á la Cátedra pontificia. Sin razon se da el
» nombre de católicos á los jansenistas rebeldes á la santa
» Sede; pues el soberano Pontífice les mira no solo como
» excomulgados y separados de la unidad de la Iglesia, si
» que tambien como condenados cual enemigos de la Igle-
» sia y de su autoridad.

» Su Santidad desea que lo mas pronto posible recordeis
» de su parte estos hechos á los representantes de los Es-
» tados esperando de su justicia y de su prudencia un tra-
» tamiento menos severo para vosotros y que reprimirá la
» audacia de los demás. Mas si la violencia y la intriga de
» esos últimos prevaleciesen sobre vuestras justas deman-
» das y debieseis á pesar de vuestra inocencia sufrir el des-
» tierro á que os han condenado, el santo Padre os exhorta
» á que sobrelleveis esta calamidad con esa fuerza y esa
» constancia de ánimo de que le da tantas garantías vues-

» tra virtud acrisolada. Su pensamiento lleno de paternal
» solicitud os seguirá dó quier, cuando, segun el consejo
» del Evangelio, desterrados de una region huireis á otra
» despues de haber sacudido sobre ellos el polvo de vues-
» tros pies en testimonio de su obstinacion en negarse á
» recibir la salud. Os amonesta á que os acordeis que de-
» ben sufrirse con paciencia y hasta aceptarse con alegría
» no solo el destierro y los tormentos, sino hasta la muer-
» te, si es preciso, para la gloria de Dios y defensa de su
» Iglesia, y que el divino Salvador da con preferencia el
» título de Bienaventurados y promete el reino de los cielos
» á los que sufren persecucion por la justicia. Y en testi-
» monio de su caridad paternal, os da su bendicion apos-
» tólica con toda la efusion de su corazon. Y yo que escribo
» por órden suya á vuestra Paternidad, pido á Dios para
» vosotros, además del aumento de los dones espirituales,
» toda suerte de prosperidades. — J. cardenal *Paulucci*. »

No quedaba mas que hacer á los Jesuitas holandeses sino sufrir el ostracismo á que les condenaban los Jansenistas y Protestantes. El 18 de junio de 1708, los Estados no les concedian mas que veinte y cuatro horas para salir de su patria y abandonar su rebaño formado en el sufrimiento; los Jesuitas no pudieron decidirse á este sacrificio. Se les amenazaba con la muerte si no obedecian el decreto de los Estados, y se refugiaron en la provincia de Utrech, desde donde calmaron la irritacion de los Católicos y les enseñaron que los dias del peligro pasaban con mas velocidad que las horas de la felicidad. El edicto de destierro debia ponerse en ejecucion inmediatemente. Algunos años despues cuando se hubieron calmado el ardor del Jansenismo y los odios luteranos, los Jesuitas volvieron á proseguir poco á poco sus antiguas misiones, y se les encuentra en Amsterdam, Leyde, Delft, Rotterdam, Groninga Gonda y en todas las provincias donde hay fieles. En la Haya llegan á ser los limosneros de los plenipotenciarios extranjeros. Su ministerio tiene algo de clandestino, y se ven obligados á ocultarse, no por temor á los magistrados de Holanda, que por fin conceden mas amplia interpretacion á la libertad; sino de los sacerdotes excomulgados por la Iglesia y que

explotan en aquel país todos los escándalos de la Europa. Esos sacerdotes suscitaron mas de una vez la tempestad; los Estados generales se hicieron una arma de tantas calumnias, y decretaron á menudo que era preciso expulsar « la perniciosa y parricida secta de los Jesuitas. » Esta inclinó la cabeza y dejó pasar la borrasca, porque comprendia que la unia un deber imperioso á esa Holanda, donde habia sufrido mucho, pero donde fecundaba la simiente que debia producir tantas virtudes cristianas.

Los Holandeses procuraban destruir en su país la Compañía de Jesus, que fuerte con su paciencia á toda prueba, burlaba las calumnias mejor combinadas, y hacia inútiles las mas terribles persecuciones : al propio tiempo veíase proscripta en parte de Sicilia, siendo causa de esta medida una contienda acerca el poder eclesiástico que en ciertas circunstancias los magistrados civiles se creian con derecho á ejercer. Los monarcas de Sicilia pretendian que en virtud de una bula concedida á Rogerio, hijo de Tancredo, por Urbano II, gozaban como legatarios perpetuos de casi toda la plenitud de la autoridad pontificia en la isla por ellos conquistada. El Obispo de Lipari habia excomulgado por un motivo de los mas fútiles á algunos magistrados subalternos, los cuales se dirigieron á los que bajo el título de tribunal de la monarquía, usaban de la prerogativa que hacia mucho tiempo que la Iglesia romana tenia por nula y de ningun valor. Ese derecho atribuido á unos laicos era una quimera; pero sin embargo se hallaron hombres para defenderlo, porque en los estados pequeños los privilegios mas insignificantes se abultan de una manera extraordinaria. Algunos prelados sicilianos mirando el asunto como muy grave, lanzan el interdicto sobre sus diócesis y se substraen con la fuga á las consecuencias de este acto. Los magistrados seculares se oponen á la excomunion, que el soberano Pontífice sostiene. Buglio, el delegado del Virey, impone la pena de cinco años de destierro á todo religioso que obedecerá á la bula antes que haya recibido el *exequatur* real. En esta querella de jurisdiccion, los jesuitas de Cantana, dirigidos por el padre Barbieri su provincial, se ponen de parte de la santa Sede.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas, cuando el 24 de diciembre de 1713, Felipe V de España abandonó la Sicilia á Victor Amadeo, duque de Saboya capitan tan intrépido como experimentado político. El nuevo príncipe manda anunciar por los obispos de Mazzara y Cefalu que dará completa satisfaccion á la Corte de Roma, que serán reformados los abusos del tribunal de la monarquía; pero que nunca consentirá en que se despoje su estado de su antiguo privilegio. El duque de Saboya hablaba de esta suerte para hacerse popular, las autoridades españolas hacen la oposicion á esas declaraciones. Aquel pedia, ocultando las amenazas con caricias, que el Clero, y en especial los Jesuitas abriesen las iglesias y celebrasen en ellas los divinos oficios: los Jesuitas se deciden á condescender á los ruegos y á las órdenes del Rey. Lo que el padre Barbieri habia establecido, continuólo su sucesor el padre Sala. Roma desaprueba las precauciones de conciliacion; á pesar de la severidad de los mandatos de Victor Amadeo, se introducen en Sicilia el breve del Pontífice y las cartas del General de la Compañía; los Jesuitas las obedecen y cierran al momento sus iglesias de Catana y Guirgenti. Esto era condenar al destierro á cincuenta de ellos; pero no se detienen por esto. Este ejemplo modificó la oposicion de los otros Institutos, los cuales no quisieron, como los Padres de la Compañía, prestarse á una obediencia que comprometia su porvenir. Por una bula del 20 de febrero de 1715, Clemente XI abolió el prlvilegio y el tribunal de la monarquía de Sicilia. La querella pasó entonces á los escritos, y se alimentó con disputas interminables, en las cuales tomaron una parte muy activa los jesuitas Pisano, Catalano, Chiavetta y Buonincontro. Intervinieron nuevas transacciones diplomáticas entre el emperador de Alemania y Victor Amadeo. Este renunció la Sicilia por la corona de Cerdeña, y al momento Alberoni ensayó la conquista de las provincias arrebatadas á la monarquía española. Apareció en Sicilia un ejército; las ciudades abrieron sus puertas, los campesinos se tuvieron por dichosos en volver al dominio de sus antiguos reyes; pero todos pedian que se pusiese fin á los trastornos políticos, todos exigian que se levantase el des-

tierro de los jesuitas y demás confinados. El Papa y Felipe V trataron sobre estas bases, y el tiempo borró muy pronto hasta las huellas de tan largas contiendas.

La Compañía de Jesus era arrojada al propio tiempo de la Holanda protestante y de la Sicilia católica; mas por uno de esos cambios de opinion tan frecuentes en su existencia, se veia llamada á preparar la conversion al Catolicismo de la familia soberana de Sajonia. Hasta entonces los príncipes de esta Casa habian sido los mas celosos defensores y los generales mas denodados del Luteranismo. Desde Cárlos V la Alemania hereje debia á su espada innumerables triunfos. En el mes de noviembre de 1689, Cristian-Augusto de Sajonia abraza el Catolicismo, y es consagrado obispo de Raab y promovido al cardenalato. Habia vuelto á la Religion de sus abuelos y formó el proyecto de convertir á toda su familia. El primero de ella á quien venció fué Federico-Augusto II, elector de Sajonia, quien abjuró el Protestantismo en 1° de junio de 1697. Federico, cuya vida se deslizaba entre los esplendores de la corte y los peligros del campo de batalla, era uno de esos hombres de hierro á quienes la verdad no acobarda jamás. Para ser nombrado rey de Polonia, despues de la muerte de Sobieski, echó mano de la corrupcion electoral y quiso comprar la mitad de los votos de la Dieta : todos, salvo algunas excepciones, se vendieron. Católico en 1° de junio, Federico-Augusto fué elegido el 27 del mismo mes y coronado en Cracovia el 27 de setiembre. La conversion del Príncipe podia parecer á los ojos de la Iglesia una transaccion entre su conciencia y la diadema de Polonia : la santa Sede le aconsejó que se rodeara de ministros tan firmes como prudentes. El nuevo Monarca era un valiente soldado, que habia hecho frente por espacio de mucho tiempo á los Franceses, que habia vencido á los Turcos y que iba á encontrarse cara á cara con Cárlos XII de Suecia en las llanuras de Chissow y de Frawstad. Conocia que los Católicos esperaban una prenda de su sinceridad, y la dió eligiendo por confesor al padre Cárlos Mauricio Vota. El Jesuita habia sido el amigo de Juan Sobieski en ese trono donde se sentaba Federico despues de él; conocia el estado de los ánimos, y habia tomado parte

en todos los negocios del último reinado, siendo muy bien quisto de los Polacos : esta eleccion fué por consiguiente recibida con gusto tanto en Roma como en Varsovia.

Federico-Augusto, despues de haber atendido á las primeras necesidades de su pueblo, pensó en volver á sus estados hereditarios para establecer en ellos la libertad de conciencia. Vota le acompañó, pero en el ardor de su neofitismo el Rey llevaba sus deseos mas adelante : aspiraba á destruir á la fuerza la revolucion suscitada por Lutero; pero el Jesuita, mas moderado y menos belicoso, se opuso á que se acudiese á la violencia. Pensaba que la libertad de discusion bastaria para obrar sobre los corazones y convencer á los espíritus. El príncipe Egon de Furstemberg, el ministro de estado de Baichling y el nuncio Paulucci fueron de su mismo parecer. La moderacion de Vota triunfó de los arrebatos del celo. Apenas estuvo en Dresde el Jesuita se ocupó en ponerse en relacion con los pastores luteranos.

La electríz Ana-Sofía, madre de Federico-Augusto, y la reina Cristina de Brandeburgo, su esposa, profesaban el culto reformado, y habian visto con el mayor sentimiento la abjuracion del Príncipe. Vota se hizo su medianero, se improvisó conciliador de la familia de Sajonia, y supo hacer respetar por cada uno el ministerio de su palabra, conservando los derechos de todos. Los designios de Vota no eran un secreto para nadie, pero esperó realizarlos por medio del raciocinio. Segun su idea la Sajonia protestante debia llegar á ser católica, y probó de llegar á este resultado con la persuasion.

Pasáronse algunos años de esta suerte en el trabajo de las misiones ó en las luchas teológicas contra los Protestantes. Podian atreverse á todo con un Príncipe que no habia cejado nunca ante ningun obstáculo ; mas el Jesuita prefiere proceder por medios suaves, y funda una iglesia en Dresde y en Leipsick. Prefecto apostólico en nombre de la santa Sede gobierna al Rey y á los Católicos : pero sus fuerzas decayeron en esos trabajos tan variados, y Vota sintió que estaba próxima á sonar para él la hora del retiro. A fin de poner un intervalo entre el mundo y la

eternidad, obtuvo permiso del Monarca para ir á Roma en 1713, y murió algunos años despues, legando á otros Padres de la Compañía el cuidado de continuar el bien que habia comenzado. Vota habia dejado una grande obra sin terminar. Amigo del Rey, á quien acompañaba en la guerra y en la paz, poseia toda su confianza y la de Pedro I, emperador de Rusia; pero el príncipe hereditario de Sajonia, educado por su abuela y por su madre, permanecia adicto á la herejía : era un obstáculo para los Católicos y una esperanza para los Protestantes.

Nada podia emprenderse que fuese duradero en tanto que el heredero de la corona no separase su causa de la de la reforma. Era jóven, y Clemente XI, de la familia Albani, no consintió en dejar escapar la ocasion de reconquistar para la Fé una de las mas bellas porciones de la Alemania. Su sobrino, Aníbal Albani, nuncio extraordinario cerca de las Cortes germánicas, llega á Dresde á fin de trabajar en aquella conversion, acompañado del padre Juan Salerno en calidad de teólogo y de consejero. El Príncipe estaba entre las manos de los Luteranos sajones, que le miraban como una prenda de seguridad para el porvenir. Era preciso darle una educacion católica; los Jesuitas pensaban, como Albani, que convenia ante todo no proceder atropelladamente á fin de no dispertar el odio en los ánimos. Federico-Augusto escribia el 23 de enero de 1712 al soberano Pontífice : « Si » contra lo que esperamos, no se restableciese (lo que no » permita Dios) la paz en Polonia en mucho tiempo, estoy » sin embargo firme é irrevocablemente decidido á que mi » hijo deje la Sajonia y haga un viaje por los países católicos, » en el cual le acompañarán personas de la misma Reli» gion; mas si vuestra Santidad conoce un camino mas » corto y seguro, le suplico que me lo indique. »

La muerte de José I, emperador de Alemania, y la convocatoria de la Dieta en Francfort proporcionaron la ocasion tan deseada. El Rey hizo partir á su hijo para Italia. En Bolonia volvió á encontrar á los padres Salerno y Vogler, encargados por Federico-Augusto de dirigir su educacion. El jóven Príncipe se mostró tan dócil á las lecciones de los Jesuitas, que dirigia el cardenal legado Lorenzo Casoni, que

el soberano Pontífice, al dar estas noticias al rey Augusto II, le escribia que no temiese nada de los herejes. Clemente XI le aseguraba que todos los monarcas tomarian como propia su querella; y « si los Protestantes, añadia, atacaban vues- » tros estados hereditarios, prometemos empeñar ó vender » hasta nuestra tiara, si necesario fuese. » El Papa sabia cuan ventajoso seria para la Iglesia universal ese triunfo tan bien preparado por los Jesuitas, y aspiraba á conservarlo sin dejar la menor sospecha en los ánimos de las familias luteranas. A fin de facilitar su conversion á la Fé antigua les concedia de antemano, de su plena autoridad, los bienes eclesiásticos de que se habian apoderado sus abuelos, y luego terminaba su despacho con estas palabras : « Esperamos » con impaciencia el dia en que tendremos el consuelo de » ver y abrazar en Roma al Príncipe heredero vuestro hijo, » á quien miramos ya como la niña de mis ojos y el ins- » trumento de que tal vez se servirá la divina Providencia » para consolarnos colmadamente de lo que hemos sufrido » en esos doce años tan agitados de nuestro pontificado. »

Lució por fin ese dia tan deseado por Clemente XI y por el Rey de Polonia. El 27 de noviembre de 1712 el Príncipe, á la edad de 16 años, abjuró el Protestantismo entre las manos del padre Salerno. Al saberlo los herejes de Alemania y de Sajonia, reunen sus esfuerzos para abrumar á Federico-Augusto y obligar á su hijo á que declare nulos los actos consumados en Bolonia. Clemente XI y los Jesuitas se oponen á sus proyectos, y con el fin de desbaratarlos completamente se resuelve que el padre Salerno partirá para Viena con el encargo de negociar el matrimonio del Príncipe con una de las archiduquesas de Austria. Salerno era amigo del príncipe Eugenio y del conde de Stahremberg, y les dispone à aquel enlace, indispensable á la Unidad católica. El emperador Cárlos VI suscribe á esta demanda, y el padre Guarini se presenta en nombre de la santa Sede para apresurar el resultado de un acontecimiento tan próspero para ella. La religion de la casa de Sajonia iba á ser la Católica, porque el Emperador ponia por condicion absoluta que todos los hijos fuesen educados en el seno de la Iglesia romana. Los Jesuitas habian contribuido poderosamente á

esta victoria sobre la herejía; era necesario no abusar de ella para que produjese copiosos frutos, y movieron al Emperador y á Federico-Augusto á promulgar la libertad de conciencia en favor de los sectarios. El 20 de agosto de 1719 celebróse el matrimonio en Viena. Salerno habia sabido mover tan bien los ánimos en esas delicadas circunstancias, que hasta los Luteranos de Sajonia se unieron á los Católicos y le felicitaron por su moderacion. Habia trabajado mucho en favor de la Unidad: el Emperador, el Rey de Polonia y el príncipe Eugenio quisieron ofrecerle un testimonio público de reconocimiento y suplicaron al Papa que le elevase á la dignidad de cardenal, y el 19 de noviembre de 1719 el padre Juan Bautista Salerno fué revestido con la púrpura romana.

Seis años antes el mismo Papa habia recompensado espontáneamente los servicios del padre Tolomei obligándole á aceptar la dignidad de cardenal, y el 30 de setiembre de 1720 llamaban á otro jesuita á los mismos honores. Este jesuita era el padre Alvarez de Cienfuegos. Cienfuegos se habia unido con la mas íntima amistad con Juan Tomás Henriquez, el famoso almirante de Castilla durante la guerra de sucesion en España. Siguióle cuando Henriquez, nombrado embajador en París, concibió una atrevida estratajema, y en vez de ir á ocupar su destino, tomó el camino de Portugal. El Jesuita se habia declarado á favor del archiduque Cárlos de Austria, que fué mas adelante el emperador Cárlos VI, y este Príncipe le eligió para desempeñar elevadas misiones diplomáticas en las cortes de Madrid, Lisboa, Lóndres y Holanda, y despues pidió para él un capelo de cardenal. Esos tres nombramientos hechos por el mismo Papa, eran una arma para los contrarios de la Compañía de Jesus. Nadie tomó en cuenta las exigencias políticas, las voluntades imperiales ó reales que querian manifestar su agradecimiento, á pesar de toda renuncia á los honores tan recomendada por el Instituto á sus discípulos. Los Jesuitas se asustaron al ver salir del seno de su Compañía esos tres príncipes de la Iglesia, y resolvieron tácitamente que en adelante harian por no exponerse á unos favores que comprometian la esencia de la Orden. Cienfuegos fué en efecto el último cardenal jesuita antes de su extincion.

A peticion del Emperador de Alemania, Pedro el Grande habia abierto las fronteras de Rusia á los discípulos de Loyola; y hasta podia creerse, por lo que se desprende de algunos documentos inéditos, que los llamó espontáneamente á su imperio : de todos modos, ello es que en 1719 residian en él, y que gozaban cerca del Czar de un crédito que parecian aumentar sus triunfos. Pedro el Grande queria hacer pasar su pueblo del estado de barbarie al de civilizacion, del mismo modo que adiestraba un soldado en la maniobra. Este príncipe, que ha dejado un reflejo tan grande de su gloria en los anales de la Rusia, habia visto inclinarse ante su maravillosa inteligencia tantas voluntades salvajes, que despues de haber vencido á Cárlos XII de Suecia en Pultawa, no conocia obstáculos capaces de contenerle. Medio Tártaro aun en la medida que tomaba, pero lleno de genio en concebir sus planes de civilizacion, cambiaba las costumbres y las leyes. La fuerza era su última razon sobre un pueblo niño, y con ella triunfó de todas las preocupaciones antiguas. En medio de esas mejoras dictadas por la violencia, y que no debian dar resultados provechosos hasta mas tarde, Pedro I formó el proyecto de destruir la Religion griega. Consultó á los Jesuitas acerca las modificaciones que debian ensayarse; estos le comunicaron sus ideas, las cuales no estaban conformes con las suyas. El Czar veia por sí mismo los buenos efectos que alcanzaban por medio de la educacion un corto número de Padres diseminados en sus ciudades; mas esos medios parecieron demasiado lentos á su calenturienta impaciencia : creyó que semejantes consejos ocultaban un lazo, y como no se hallaba de acuerdo con el emperador Cárlos V sobre muchos puntos de política general, aprovechó esta ocasion para arrojar de sus estados á los Jesuitas. Como estos se habian manifestado poco favorables á sus innovaciones religiosas, se apoderó de todos sus papeles á fin de saber por sí mismo hasta donde se extendia su posicion. Esta investigacion no produjo ningun resultado, pero no impidió á los adversarios de la Compañía que dijesen que Pedro el Grande no encontró otro medio de asegurar su persona ni de tranquilizar su imperio que expulsar los Jesuitas.

Durante ese tiempo se habian renovado mas de una vez los jefes del Instituto, y reunido algunas congregaciones generales. Esas elecciones producian tan pocas alteraciones entre los Padres esparcidos por el globo, que apenas se hacia sentir el cambio de las personas. Tenian y tienen un gobierno electivo, donde por consiguiente cada asamblea puede poner en juego las pasiones ó las ambiciones; y sin embargo todo pasa entre ellos con tanta calma, todo está tan perfectamente arreglado, que la muerte del titular no lleva mas trastornos interiores que el tener que elegir su sucesor.

Pablo Oliva espiraba en medio de las querellas suscitadas en Francia con motivo del derecho de patronato. Murió el 26 de noviembre de 1681, despues de haber gobernado el Instituto por espacio de diez y siete años. Era un hombre de una piedad y de una habilidad consumadas, y que por su correspondencia con los reyes y los príncipes se habia visto mezclado en todos los acontecimientos de su época. Sus cartas, dirigidas á los emperadores de Alemania, á los reyes de Francia, España y Polonia, á las reinas, á los duques de Saboya, de Baviera, de Mantua, de Modena, de Toscana, de Brunswick y al Landgrave de Hesse trataban con una superioridad incontestable los puntos mas espinosos de los sucesos contemporáneos. Se pensó en publicarlas adulterándolas; pero en el último período de su vida Oliva resolvió imprimirlas, y salieron á luz en Roma. Habian nombrado vicario general á Cárlos de Noyelle. El 21 de junio reunióse en Gesu la Congregacion. Distinguíanse entre los profesos reunidos los padres Daniel Bartoli, Nicolás Avancin, Estevan de Champs, Pablo Fontaine, Pablo Casati, Domingo de Marinis, Octavio Rubeo, Martin de Espazza, José de Seyseas, y Ladislao Vid. El 5 de julio, Cárlos de Noyelle, nacido en Bruselas el 28 de julio de 1615, obtuvo todos los sufragios excepto el suyo. Este Jesuita no poseia las brillantes cualidades de sus predecesores; pero modesto y prudente, era entre Inocencio XI y Luís XIV un conciliador, ó cuando menos un hombre que inspirando sentimientos de moderacion á los Padres franceses, debia amor-

tiguar los enojos ó neutralizarlos. A esta idea debió sin duda semejante unanimidad.

La Congregacion que se separó el 6 de setiembre de 1682 dió cincuenta y seis decretos. Noyelle, cuyo generalato no duró mas que cuatro años y medio, tuvo que atravesar circunstancias muy espinosas; habíase visto empeñado á su pesar en las contiendas del Papa con la Francia; y aunque obligado á obedecer las órdenes de Inocencio XI, habia sabido comportarse de tal manera dejando á los Jesuitas su libertad de accion, que la Compañía pasó por en medio de estos dos escollos sin estrellarse. Pertenecia á una familia distinguida, pero que se hallaba entonces reducida á la indigencia. Se conocia su amistad á sus parientes; y se le insinuó que podia restituirles su fortuna y colocarlos en una posicion mas elevada si consentia en servir con mas celo á los intereses de la Francia : Noyelle contestó con sencillez : « No tengo mas parientes que los hijos de la Compañía. » El 12 de diciembre de 1686 espiró nombrando vicario general el padre de Marinis. Este convocó la asamblea de los profesos para el 21 de junio del año siguiente, y el 6 de julio Tirso Gonzalez de Santalla fué elegido en el tercer escrutinio por cuarenta y ocho votos sobre ochenta y seis.

Este nombramiento habia sido tenazmente disputado. Gonzalez, antiguo doctor de la Universidad de Salamanca, se habia hecho en España, antes de entrar en la Compañía de Jesus, una reputacion por su elocuencia. Disponíase á pasar á Africa para predicar el Cristianismo á los Mahometanos, cuando la provincia de Castilla le eligió como diputado á la décimatercia Congregacion general. Tirso Gonzalez era un teólogo consumado y un vigoroso adversario de los Jesuitas. Sus opiniones bastante conocidas sobre la doctrina del *Augustinus*, no le impidieron sin embargo combatir el probabilismo, y lo atacó cual si no hubiesen adoptado este sistema la mayor parte de los Jesuitas. Habian encontrado obstáculos en la publicacion de su obra, y esos obstáculos se manifestaron tambien en la votacion para la eleccion : pero ya que se hallaba á la cabeza del Instituto, Gonzalez no quiso condenar su libro al olvido. Lo hace imprimir declarando que lo ha escrito como teó-

logo y no como General de la Orden. Habia compuesto además otra obra dirigida especialmente contra las cuatro proposiciones de la asamblea del Clero de 1682. Este libro podia despertar temores y provocar disgustos en el ánimo de Luís XIV; mas no sucedió así : el tiempo habia calmado la irritacion primitiva, conocian ambos partidos que no debia sembrarse la desunion en el campo de la Iglesia por teorías impracticables. El mismo Gonzalez, aunque sinceramente adicto á las doctrinas ultramontanas, aconsejaba medios de dulzura, y en su generalato de diez y ocho años no se separó de ellos ni un instante. Como teólogo, pudo algunas veces ser irascible; como jefe de la Orden, conoció que tenia que cumplir mayores deberes, y los desempeñó con una firmeza llena de reserva.

La Congregacion confirmó en sus cargos de asistentes á Pablo Fontaine para Francia, á Pascacio de Casanueva para España, y á Antonio de Rego para Portugal, y eligió á Julio Balbi para la asistencia de Italia y á Eusebio Truschez para la de Alemania.

Segun el breve de Inocencio XI, la asamblea de los profesos debia reunirse cada nueve años. El 15 de noviembre de 1696 Tirso Gonzalez la convocó. Los padres Albertini, Jaime Villi, visitador en Bohemia, Pedro Dozenne, Prospero Parascoso, Manuel Correa, Alejandro Zampi, Ignacio Diertius, Ignacio Tartas, Pedro Zapata, Vicente Grimaldi, Gregorio Sarmiento, John Persall, provinciales de Nápoles, Francia, Cerdeña, Portugal, Venecia, Flandes-belga, Guyena, Andalucía, Sicilia, Castilla é Inglaterra, se encontraron en ella con los padres Miguel-Angel Tamburini, y Francisco Guerin, secretario de la Orden. Los profesos votaron veinte y nueve decretos, de los cuales solo el octavo tiene alguna importancia histórica. El la admision de la proposicion que hicieron los padres de Bohemia de publicar á sus expensas la coleccion de las Constituciones del Instituto, coleccion que es conocida bajo el nombre de Edicion de Praga.

El 27 de octubre de 1705 Tirso Gonzalez exhaló el último suspiro, y Miguel-Angel Tamburini, á quien el General habia nombrado vicario, convocó la Congregacion general para el 17 de enero de 1706. Asistieron á ella los padres

Guillermo Daubenton, Miguel Letellier, Federico Lamberti, Andrés Waibl, Mauricio de Antonellis, Ignacio Aleman, Valentin Zuech, Luís Montesdoca, Juan de Gomis, Curtio Sestio, Juan Dez, Alberto Melcht, Salvator Rivadeo y Miguel Diaz. El 30 de enero Tamburini reunió sesenta y dos votes en el segundo escrutinio, en concurrencia con Daubenton, y fué proclamado general. Nacido en Modena en 27 de setiembre de 1648 el nuevo Jefe de la Orden habia pasado por todos los grados del Instituto, y dejado donde quiera una reputacion de virtud, de moderacion y de saber, que no se desmintió nunca durante los veinte y cuatro años de su gobierno.

En el mismo tiempo el padre Francisco de Hierónimo, mas conocido en Italia con el nombre de Francisco de Girolamo, llenaba la ciudad y el reino de Nápoles con la fama de sus virtudes. Misionero infatigable, este Jesuita, lo mismo que san Francisco de Regis y Maunoir se habia consagrado á su patria, y fué su regenerador. Nacido el 17 de diciembre de 1642 en Grottaglia, abrazó el Instituto de san Ignacio, y desde aquel dia fué el promotor de la caridad, el enemigo mas encarnizado de la ociosidad y del vicio. Hierónimo se habia creado una especie de lenguaje popular, y ponia todos los tesoros de su alma al alcance de ese pueblo de Lazzarone, tan expansivo y fácil de impresionar, y le revelaba la necesidad de la penitencia y el amor al trabajo debajo de un sol que enerva las fuerzas en la ribera de Chiaia. Lo mismo que san Vicente de Paul, se ocupó en instruir á los habitantes del campo, en consolar á los enfermos é indigentes, y en rescatar los esclavos de los infieles. Lo mismo que él, llevó tambien la reforma de las costumbres á los presidios y á las prisiones; enseño á aquellos á quienes castigaba la justicia humana, que habia otra vida, de la cual podia hacerles participar el arrepentimiento. El Jesuita no se limitaba á dar consejos ó lecciones; sino que daba el ejemplo, y visitaba á los ricos para enseñarles á socorrer á los pobres; pero mas bien se le encontraba en los hospitales que en los palacios. Los dias del padre Francisco transcurrieron en medio de esas misiones en la Pouille y en Nápoles, que no interrumpió jamás. Segun la expresion de

san Bernardo, el justo habia vivido con paciencia y murió con alegría : era rico en buenas obras y en virtudes; espiró el 11 de mayo de 1716 á la edad de setenta y tres años. Habia sido amado durante su vida, y fué honrado despues de su muerte, obrándose milagros por su intercesion. Benedicto XIV le declaró venerable en 1751 ; Pio VII le beatificó el 2 de mayo de 1806, y el 26 del mismo mes del año 1839 Gregorio XVI le puso en el catálogo de los santos.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE DEL TOMO TERCERO.





